



J.R.
WARD

La Hermandad de la Daga Negra IX

AMANTE
LIBERADA



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Payne, hermana gemela de Vishous, está cortada por los mismos oscuros y seductores patrones que su hermano: es una luchadora por naturaleza y una rebelde cuando se trata de ejercer el papel tradicional de la mujer.

Encarcelada por su madre, la Virgen Escribana, por fin se ha liberado, pero ha sido para enfrentarse a una devastadora lesión. El Doctor Manny Manello es reclutado por la Hermandad para curarla, ya que es el único que puede hacerlo. A pesar de que el médico nunca antes había creído en los seres que se mueven en la noche como los vampiros, acabará dejándose seducir por una poderosa mujer que dejará marcado tanto su cuerpo como su alma.

Finalmente los dos encuentran mucho más que una conexión erótica, haciendo colisionar los mundos humano y vampírico... Además, Payne deberá resolver un asunto de un par de siglos atrás que pondrá en grave peligro su amor y sus vidas.

L≡**LIBROS**

J. R. Ward

Amante Liberada

La Hermandad de la Daga Negra - 9

EN MEMORIA DE MARGARET BIRD,
CON AFECTO.

DEDICADA A TI:

TÚ,
UN VERDADERO « HERMANO» .
CREO QUE TE ENCUENTRAS
EXACTAMENTE DONDE DEBES ESTAR...
Y NO SOY LA ÚNICA QUE PIENSA DE ESA FORMA

AGRADECIMIENTOS



Mi inmensa gratitud para los lectores de la Hermandad de la Daga Negra y un efusivo saludo a los Cellies.

Muchas gracias a Steven Axelrod, Kara Welsh, Claire Zion y Leslie Gelbman, por todo su apoyo y orientación.

Gracias también a todo el mundo en New American Library, estos libros son un verdadero trabajo en equipo.

Gracias a Lu y Opal, y a todos nuestros Mods, por todo lo que hacen gracias a la bondad de sus corazones. Y a Ken, que me soporta, y a Cheryle, que es la Reina Virtual Firmante.

Mi amor hacia D... y mi gratitud eterna por, ay, tantas cosas... en especial por Kezzy. Los bolos nunca habían sido tan sensuales.

Y con amor para Nath, que me acompaña a lo largo de cada paso, con paciencia y generosidad.

Gracias, Tía Lee. Aquí todo el mundo te adora... y esa ya es una lista bastante larga, ¿no te parece?

Gracias también a Doc Jess, quien es, y seguirá siendo, una de las personas más brillantes que he conocido... Tengo mucha suerte de que me aguantes. Y gracias a Sue Grafton y Betsey Vaughan, que completan mi Comité Ejecutivo.

Nada de esto sería posible sin mi adorado esposo, que es mi consejero y un

gran visionario que cuida de mí; mi maravillosa madre, que me ha dado tanto cariño que nunca podré pagárselo; mi familia (tanto a la que me unen los lazos de sangre como aquella que me adoptó) y mis queridos amigos.

Ah, y por supuesto, le mando mi amor a la mejor mitad de WriterDog.

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y NOMBRES PROPIOS



ahstrux nohtrum (n.). Guardia privado con licencia para matar. Sólo puede ser nombrado por el rey.

ahvenge (n.). Acto de retribución mortal, ejecutado por lo general por un amante masculino.

chrih (n.). Símbolo de una muerte honorable, en Lengua Antigua.

cohntehst (n.). Conflicto entre dos machos que compiten por el derecho a aparearse con una hembra.

Dhunhd (n. pr.). El Infierno.

doggen (n.). Miembro de la clase servil del mundo de los vampiros. Los doggen conservan antiguas tradiciones para el servicio a sus superiores. Tienen vestimentas y comportamientos muy formales. Pueden salir durante el día, pero envejecen relativamente rápido. Su expectativa de vida es de aproximadamente quinientos años.

ehros (n.). Elegidas entrenadas en las artes amatorias.

las Elegidas (n.). Vampiresas criadas para servir a la Virgen Escribana. Se consideran miembros de la aristocracia, aunque sus intereses son más espirituales que temporales. Tienen poca, o ninguna, relación con los machos, pero pueden aparearse con miembros de la Hermandad, si así lo dictamina la Virgen Escribana, a fin de propagar su clase. Algunas tienen la habilidad de vaticinar el futuro. En el pasado se usaban para satisfacer las necesidades de sangre de miembros solteros de la Hermandad y, después de un periodo en que los hermanos la abandonaron, esta práctica ha vuelto a cobrar vigencia.

esclavo de sangre (n.). Vampiro hembra o macho que ha sido subyugado para satisfacer las necesidades de sangre de otros vampiros. La práctica de mantener esclavos de sangre ha sido prohibida recientemente.

exhile dhoble (n.). Gemelo malvado o maldito, el que nace en segundo lugar.

ghardian (n.). El que vigila a un individuo. Hay distintas clases de ghardians, pero la más poderosa es la de los que cuidan a un hembra sehcluded.

glymera (n.). Núcleo de la aristocracia equivalente, en líneas generales, a la crema y nata de la sociedad inglesa de los tiempos de la Regencia.

hellren (n.). Vampiro macho que se ha apareado con una hembra y la ha tomado por compañera. Los machos pueden tomar varias hembras como compañeras.

Hermandad de la Daga Negra (n. pr.). Guerreros vampiros muy bien entrenados que protegen a su especie contra la Sociedad Restrictiva. Como resultado de una cría selectiva en el interior de la raza, los hermanos poseen inmensa fuerza física y mental, así como la facultad de curarse rápidamente. En su mayor parte no son hermanos de sangre, y son iniciados en la Hermandad por nominación de los hermanos. Agresivos, autosuficientes y reservados por naturaleza, viven apartados de los humanos. Tienen poco contacto con miembros de otras clases de seres, excepto cuando necesitan alimentarse. Son protagonistas de leyendas y objeto de reverencia dentro del mundo de los vampiros. Sólo se les puede matar infligiéndoles heridas graves, como disparos o puñaladas en el corazón y lesiones similares.

leahdyre (n.). Persona poderosa y con influencias.

leelan (n.). Palabra cariñosa que se puede traducir como « querido/a ».

lewIhen (n.). Regalo.

heage (n.). Apelativo respetuoso usado por un esclavo sexual para referirse a su amo o ama.

lys (n.). Herramienta de tortura empleada para sacar los ojos.

mahmen (n.). Madre. Es al mismo tiempo una manera de decir «madre» y un término cariñoso.

mbis (n.). Especie de niebla con la que se envuelve un determinado entorno físico; produce un campo de ilusión.

nalla o **nallum** (n.). Palabra cariñosa que significa «amada» o «amado».

newling (n.). Muchacha virgen.

el Ocaso (n. pr.). Reino intemporal, donde los muertos se reúnen con sus seres queridos para pasar la eternidad.

el Omega (n. pr.). Malévola figura mística que busca la extinción de los vampiros debido a una animadversión contra la Virgen Escribana. Vive en un reino intemporal y posee enormes poderes, aunque no tiene el poder de la creación.

periodo de fertilidad. (n.). Momento de fertilidad de las vampiresas. Por lo general dura dos días y viene acompañado de intensas ansias sexuales. Se presenta aproximadamente cinco años después de la «transición» de una hembra y de ahí en adelante tiene lugar una vez cada década. Todos los machos tienden a sentir la necesidad de aparearse, si se encuentran cerca de una hembra que esté en su periodo de fertilidad. Puede ser una época peligrosa, pues suelen estallar múltiples conflictos y luchas entre los machos contendientes, particularmente si la hembra no tiene compañero.

phearsom (n.). Término referente a la potencia de los órganos sexuales de un macho. La traducción literal sería algo como «digno de penetrar a una hembra».

Primera Familia (n. pr.). El rey y la reina de los vampiros y todos los hijos nacidos de esa unión.

princeps (n.). Nivel superior de la aristocracia de los vampiros, superado solamente por los miembros de la Primera Familia o las Elegidas de la Virgen Escribana. Se debe nacer con el título; no puede ser otorgado.

pyrocant (n.). Se refiere a una debilidad crítica en un individuo. Dicha debilidad puede ser interna, como una adicción, o externa, como un amante.

rahlman (n.). Salvador.

restricтор (n.). Miembro de la Sociedad Restrictiva, humano sin alma que persigue a los vampiros para exterminarlos. A los restrictores se les debe apuñalar en el pecho para matarlos; de lo contrario, son eternos. No comen ni beben y son impotentes. Con el tiempo, su cabello, su piel y el iris de los ojos pierden pigmentación, hasta que acaban siendo rubios, pálidos y de ojos incoloros. Huelen a talco para bebé. Tras ser iniciados en la sociedad por el Omega, conservan su corazón extirpado en un frasco de cerámica.

rythe (n.). Forma ritual de salvar el honor, concedida por alguien que ha ofendido a otro. Si es aceptado, el ofendido elige un arma y ataca al ofensor u ofensora, quien se presenta sin defensas.

sehclusion (n.). Estatus conferido por el rey a una hembra de la aristocracia, como resultado de una solicitud de la familia de la hembra. Coloca a la hembra bajo la dirección exclusiva de su ghardian, que por lo general es el macho más viejo de la familia. El ghardian tiene el derecho legal de determinar todos los aspectos de la vida de la hembra y puede restringir a voluntad toda relación que ella tenga con el mundo.

shellan (n.). Vampiresa que ha elegido compañero. Por lo general las hembras no toman más de un compañero, debido a la naturaleza fuertemente territorial de los machos que han elegido compañera.

Sociedad Restrictiva (n. pr.). Orden de cazavampiros convocados por el Omega, con el propósito de erradicar la especie de los vampiros.

symphath (n.). Subespecie de la raza de los vampiros que se caracteriza, entre otros rasgos, por la capacidad y el deseo de manipular las emociones de los demás (con el propósito de realizar un intercambio de energía). Históricamente han sido discriminados y durante ciertas épocas han sido víctimas de la cacería de los vampiros. Están en vías de extinción.

trahyner (n.). Palabra que denota el respeto y cariño mutuo que existe entre dos vampiros. Se podría traducir como « mi querido amigo ».

transición (n.). Momento crítico en la vida de un vampiro, cuando él, o ella, se convierten en adultos. De ahí en adelante deben beber la sangre del sexo

opuesto para sobrevivir y no pueden soportar la luz del sol. Generalmente ocurre a los veinticinco años. Algunos vampiros no sobreviven a su transición, en particular los machos. Antes de la transición, los vampiros son físicamente débiles, no tienen conciencia ni impulsos sexuales y tampoco pueden desmaterializarse.

la Tumba (n. pr.). Cripta sagrada de la Hermandad de la Daga Negra. Se usa como sede ceremonial y también para guardar los frascos de los restrictores. Entre las ceremonias realizadas allí están las iniciaciones, los funerales y las acciones disciplinarias contra miembros de la Hermandad. Sólo pueden entrar los miembros de la Hermandad, la Virgen Escribana y los candidatos a ser iniciados.

vampiro (n.). Miembro de una especie distinta del Homo sapiens. Los vampiros tienen que beber sangre del sexo opuesto para sobrevivir. La sangre humana los mantiene vivos, pero la fuerza no dura mucho tiempo. Tras la transición, que ocurre a los veinticinco años, no pueden salir a la luz del día y deben alimentarse de la vena regularmente. Los vampiros no pueden «convertir» a los humanos por medio de una mordida o una transfusión sanguínea, aunque en algunos casos raros son capaces de procrear con otras especies. Los vampiros pueden desmaterializarse a voluntad, aunque deben ser capaces de calmarse y concentrarse para hacerlo, y no pueden llevar consigo nada pesado. Tienen la capacidad de borrar los recuerdos de los humanos, siempre que tales recuerdos sean de corto plazo. Algunos vampiros pueden leer la mente. Su expectativa de vida es superior a mil años y, en algunos casos, incluso más.

la Virgen Escribana (n. pr.). Fuerza mística que hace las veces de consejera del rey, guardiana de los archivos de los vampiros y dispensadora de privilegios. Vive en un reino intemporal y tiene enormes poderes. Capaz de un único acto de creación, que empleó para dar existencia a los vampiros.

wahler (n.). Individuo que ha muerto y ha regresado al mundo de los vivos desde el Ocaso. Son muy respetados y reverenciados por sus tribulaciones.

whard (n.). Equivalente al padrino o la madrina de un individuo.

PRÓLOGO



VIEJO CONTINENTE, 1761

*X*cor vio cómo mataban a su padre cuando habían transcurrido apenas cinco años desde su transición. Todo sucedió frente a sus propios ojos y, sin embargo, a pesar de estar tan cerca, nunca pudo entender lo que sucedió.

La noche comenzó como cualquier otra: la oscuridad caía sobre un paisaje boscoso y lleno de cuevas y las nubes del cielo eran como un manto que los protegía de la luz de la luna, a él y a los que viajaban a caballo con él. Su grupo estaba compuesto por seis soldados fuertes: Throe, Zypher, los tres primos y él. Y también estaba su padre.

El Sanguinario.

Un antiguo miembro de la Hermandad de la Daga Negra.

Lo que los había hecho salir aquella noche era lo mismo que los convocaba cada jornada a la caída del sol: estaban buscando restrictores, aquellas armas sin alma del Omega, a las que tanto les gustaba aniquilar a la raza vampira.

Y solían encontrar restrictores. Con frecuencia.

Pero ellos siete no constituían ninguna hermandad.

En contraste con aquel aclamado grupo secreto de guerreros, esta pandilla de bastardos liderados por el Sanguinario no eran más que soldados: nada de ceremonias, nada de reverenciar a la población civil, nada de tradiciones ni elogios. Es posible que sus linajes fueran aristocráticos, pero cada uno de ellos había sido repudiado por su familia, o había nacido con defectos o había sido engendrado fuera del sagrado lecho matrimonial.

Ninguno de ellos sería jamás nada más que carne de cañón en la interminable guerra por la supervivencia.

Sin embargo, a pesar de que eso era cierto, también lo era que constituían la élite de los soldados, los guerreros más malvados, los más fuertes, aquellos que habían sobrevivido a lo largo de los años a las pruebas que les imponía el maestro más estricto y exigente de la raza: el padre de Xcor. Elegidos sabiamente a dedo, estos machos eran armas mortales en el combate contra el enemigo y no seguían ninguna regla de la sociedad vampira. Tampoco se atenían a norma alguna a la hora de matar: no importaba si la presa era un restrictor, un humano, un animal o un lobo. De todas maneras habría sangre.

Todos ellos habían hecho un voto y solo un voto: su amo era su señor, y ningún otro. A donde él iba, iban ellos, y punto. Un asunto mucho más sencillo que la elaborada mierda de la Hermandad; aunque Xcor hubiese sido candidato a la Hermandad por su linaje, no tenía ningún interés en ser un Hermano. A él no le importaba la gloria, esta no se comparaba con la dulce liberación que sentía al matar. Mejor dejar esas inútiles tradiciones, esos ridículos rituales para aquellos que se negaban a empuñar algo distinto a una daga negra.

Él usaba cualquier arma que tuviera a mano.

Y su padre era igual.

El golpeteo de los cascos de los caballos fue disminuyendo y se acalló por completo a medida que los combatientes salieron del bosque y entraron a un enclave de roble y maleza. El humo de los hogares flotaba en la brisa. Y había otra confirmación de que por fin habían llegado a la pequeña aldea que estaban buscando: arriba, en lo alto de una escarpada cima, como un águila posada en su nido, se alzaba un castillo fortificado cuyos cimientos se hundían en la roca como clavos gigantes.

Humanos. Siempre peleándose entre ellos.

¡Qué aburrimiento!

Y sin embargo la construcción inspiraba respeto. Si Xcor llegaba a establecerse algún día, tal vez masacraría a la dinastía que reinaba allí para apoderarse de esa fortaleza. Era mucho más fácil apoderarse del castillo de otro que levantar uno.

—A la aldea —ordenó su padre—. Vamos a divertirnos.

Se decía que había restrictores entre los pobladores de esa aldea, que unas

cuantas bestias pálidas se habían mezclado con los aldeanos que habían arado los campos y habían construido las casas de piedra que se levantaban a la sombra del castillo. No se podía descartar, pues era un rasgo típico de la estrategia de reclutamiento de la Sociedad: infiltrarse en un pueblo, ir capturando a los machos uno por uno, matar o vender a las hembras y a los niños, huir con las armas y los caballos y desplazarse luego a la siguiente aldea.

En ese sentido, Xcor pensaba igual que el enemigo: cuando terminaba de pelear, siempre se llevaba todo lo que podía a modo de botín, antes de lanzarse a la siguiente batalla. Noche tras noche el Sanguinario y sus soldados se abrían paso a través de lo que los humanos llamaban Inglaterra y cuando llegaban al extremo del territorio de los escoceses, daban media vuelta y se dirigían de nuevo hacia el sur y más allá del mar, hasta que el tacón de la bota italiana los obligaba a dar media vuelta de nuevo. Y luego tenían que volver a recorrer todos esos kilómetros en el otro sentido. Y así una y otra vez.

—Dejaremos las provisiones aquí. —Xcor señalaba un árbol de tronco grueso que se había caído sobre un arroyuelo.

Mientras trasladaban sus modestas provisiones al lugar elegido, no se oía otra cosa que el crujido del cuero y ocasionales resoplidos de los caballos. Cuando todo quedó almacenado junto al árbol caído, volvieron a montarse en los caballos y reunieron todos sus sementales, la única cosa de valor que poseían aparte de sus armas. Xcor no veía utilidad en tener objetos bellos o que le brindaran comodidad, eso no era más que un peso muerto que estorbaba sus movimientos. Y el movimiento era vital para ellos, era parte de ellos. En cambio un caballo fuerte y una daga bien balanceada, eso sí era útil, eso sí tenía un valor incalculable.

Cuando los siete se encaminaron hacia la aldea no hicieron ningún esfuerzo por atenuar el alarmante ruido de los cascos de sus corceles. Sin embargo, no lanzaron ningún grito de guerra. Eso no era más que un desperdicio de energía, pues sus enemigos no necesitaban recibir muchas invitaciones para salir a darles la bienvenida.

A manera de recibimiento, uno o dos humanos asomaron la cabeza por la puerta y luego rápidamente se encerraron en sus chozas. Xcor hizo caso omiso de ellos. En lugar de prestarles atención, escudriñó las casas de piedra, la plaza central y las tiendas fortificadas, en busca de una forma bípeda que fuera tan pálida como un fantasma y oliera como un cadáver recubierto de melaza.

En ese momento su padre llegó a su altura y sonrió con una mueca perversa.

—Tal vez después podamos disfrutar de las frutas de estos jardines.

—Tal vez. —Xcor, como su caballo, movía la cabeza. En verdad no estaba muy interesado en aparearse con hembras ni en forzar a los machos a someterse, pero su padre no solía privarse de ningún capricho que representara un poco de diversión.

A base de gestos, Xcor dirigió a tres guerreros de su grupo hacia la izquierda, donde había una pequeña construcción que tenía una cruz en lo alto del tejado. Él y los demás irían hacia la derecha. Su padre haría lo que quisiera. Como siempre.

Obligar a los caballos a mantenerse al paso era una tarea que desafiaba incluso a los brazos más fuertes, pero Xcor estaba acostumbrado a ese juego de tira y afloja, y se mantenía firme en su montura. Con siniestra decisión, sus ojos penetraban en las sombras que creaban las casas, la floresta y los rayos de la luna, escrutando los rincones...

El grupo de asesinos que surgió de la parte de atrás de la herrería iba muy bien armado.

Zypher los había contado.

—Cinco. Bendita sea esta noche.

Xcor corrigió el cálculo.

—Tres: dos son humanos. Sin embargo... matar a esos dos... también será un placer.

—¿Cuáles deseas reservarte para ti, mi señor? —Su hermano de armas siempre le trataba con una deferencia que Xcor se había ganado a pulso, y que no tenía nada que ver con privilegios de linaje.

—Los humanos. —Xcor, habló mientras se echaba hacia delante y se preparaba para el momento en que soltara las riendas del caballo—. Si hay más restrictores cerca, ese espectáculo los sacará de sus escondites.

Clavó las espuelas en el vientre de su caballo y se aferró con las poderosas piernas a la silla. Sonrió con sanguinaria satisfacción al ver que los restrictores tomaban posiciones, todos con cota de malla y armados hasta los dientes. Serían fieros adversarios, los dos humanos que estaban con ellos no iban a resistir tanto. Aunque también estaban bien equipados para el combate, los mortales saldrían huyendo al avistar los primeros colmillos, espantados como caballos de tiro al oír el primer cañonazo.

Por eso Xcor giró hacia la derecha nada más iniciar el galope. Cuando estuvo detrás de la choza del herrero, dio un tirón a las riendas y se bajó del caballo. Su semental era una bestia salvaje, ciertamente, pero asombrosamente dócil cuando él desmontaba y tenía que esperarlo...

Una hembra humana salió por la puerta trasera y su camisón blanco brilló en la oscuridad como un rayo, mientras trataba de mantener el equilibrio corriendo por el barrizal. En cuanto lo vio, se quedó paralizada de terror.

Era una reacción lógica: él tenía el doble o el triple de su tamaño, y no llevaba hogareñas ropas de quien se dispone a dormir, como ella, sino uniforme de combate. La mujer se llevó instintivamente la mano a la garganta, y el vampiro olisqueó el aire y percibió su aroma. Mmm, tal vez su padre tenía razón cuando hablaba de lo agradable que sería disfrutar del jardín...

Ante esa idea, Xcor dejó escapar un gruñido ronco, espeluznante señal que precipitó a la hembra humana en una loca huida. Al verla escapar, el depredador que llevaba dentro salió a la luz. El deseo de beber sangre se agitó como un ciclón en sus entrañas. Xcor recordó que hacía ya varias semanas que se había alimentado de un miembro de su especie, y aunque la muchacha no era más que una hembra humana, bien podría satisfacerlo por aquella noche.

Pero, por desgracia, ahora no había tiempo para la diversión. Más tarde, quizás. Su padre seguramente se encargaría de ese asunto después. Xcor pensó que daba lo mismo. Si necesitaba un poco de sangre para animarse, podría conseguirla de esa mujer o de cualquier otra.

Mientras daba media vuelta y la dejaba escapar, plantó los pies sobre el suelo y desenfundó su arma favorita: aunque las dagas eran estupendas, él prefería una guadaña de mango largo y ligeramente modificada para guardarla en un arnés que llevaba a la espalda. Xcor, gran experto en el manejo de la guadaña, sonrió al blandir en el aire aquella cuchilla afilada y curva, que esperaba pacientemente al par de peces que estaban a punto de caer en la red...

Ah, cómo le gustaba hacer las cosas como es debido.

Una luz brillante y un repentino estallido rompieron la tensa calma en el camino. Los dos humanos corrieron gritando hacia la parte trasera de la herrería, como si los estuvieran persiguiendo unos forajidos.

Pero estaban equivocados. Era todo lo contrario. El forajido los estaba esperando justo allí.

Xcor no gritó ni maldijo. Ni siquiera gruñó. Se lanzó al ataque con la guadaña entre las manos y el arma se mecía por delante de su cuerpo mientras sus poderosas piernas devoraban la distancia que le separaba del objetivo. Al verlo los humanos intentaron detenerse y resbalaron sobre el lodo. Agitaban, como enloquecidos, los brazos para no caerse. Parecían patos aleteando al aterrizar sobre el agua.

El tiempo se detuvo cuando Xcor cayó sobre ellos y su arma favorita dibujó un gran círculo en el aire, antes de alcanzar a los humanos a la altura del cuello.

Con un solo corte rápido y limpio, los decapitó. Por un mínimo instante la expresión de sorpresa brilló en los rostros de aquellas cabezas ya separadas de los cuellos, de la vida. Luego la sangre brotó a borbotones manchando el pecho de Xcor. Descabezados, los cuerpos cayeron al suelo con curiosa elegancia.

En ese momento Xcor gritó.

Luego dio media vuelta, plantó las tremendas botas de cuero en el fango, tomó una bocanada de aire y lanzó un aullido. Agitó ferozmente la guadaña frente a él, el acero ensangrentado todavía sediento de sangre. Aunque sus presas habían sido sólo un par de humanos, la emoción que producía matar era aún mejor que un orgasmo; la sensación de haber tomado la vida que aquellos cuerpos dejaban

atrás recorría su cuerpo, embriagándolo como una marea de aguardiente.

Con un escalofriante silbido llamó a su salvaje caballo obediente, que llegó junto a él enseguida. De un solo salto se subió a la montura y mantuvo la guadaña en alto con la mano derecha, mientras agarraba las riendas con la izquierda. Luego clavó las espuelas en el vientre de la bestia y el caballo salió al galope por un atajo estrecho que lo dejó en unos segundos en el epicentro de la batalla.

Sus compañeros de lucha estaban en plena faena. Las espadas se estrellaban en el aire y los gritos animaban la noche, mientras los demonios se enfrentaban al enemigo. Y en aquel momento, tal y como Xcor lo había previsto, llegó otra media docena de restrictores montados en sementales bien cuidados, como leones que acudían a defender su territorio.

Xcor cayó sobre el grupo que iba delante, al tiempo que aseguraba las riendas en la cabeza de la silla y blandía la guadaña en el aire. El fiero y leal caballo se lanzó sobre sus congéneres enseñando los dientes. Chorros de sangre negra y partes de extremidades volaban hacia todos lados mientras se enfrentaba a sus enemigos. El guerrero y su caballo no eran dos, sino uno en medio del ataque.

Al alcanzar a un asesino más con su guadaña y cortarlo en dos a la altura del pecho, Xcor tuvo, como tantas veces similares, la seguridad de que esa era su misión en la vida, el mejor y más valioso uso que podía darle a su tiempo en la tierra. Él era un asesino, no un defensor.

No peleaba por su raza... peleaba por él mismo.

Todo terminó muy rápido. La bruma nocturna se cerró alrededor de los restrictores caídos, que se desvanecían en medio de charcos de sangre negra y aceitosa. En el grupo de vampiros no había más que unas cuantas lesiones. Throe tenía una herida en el hombro, un corte causado por algún tipo de cuchillo. Y Zypher cojeaba un poco, al tiempo que una mancha roja se extendía por su pierna y llegaba a la bota. Pero ninguno parecía seriamente disminuido, y menos aún preocupado.

Xcor detuvo su caballo, desmontó y volvió a guardar la guadaña en su funda. Mientras sacaba la daga de acero y comenzaba a apuñalar a los asesinos, pensó que era una pena que todo fuera tan breve, que era triste estar ya en proceso de enviar al enemigo de vuelta a su creador. Él quería más pelea, mucha más.

Un grito aterrador lo hizo volver la cabeza. La mujer humana del camión iba corriendo como loca por el camino de tierra que salía de la aldea y su pálido cuerpo parecía volar. Era como si alguien acabara de sacarla de su escondite y estuviera tratando de escapar. Siguiéndola de cerca, el padre de Xcor iba a horcajadas sobre su montura. El cuerpo enorme del Sanguinario se inclinó hacia un lado al llegar junto a ella. En verdad no había ninguna posibilidad de huir y, cuando el hombre llegó al lado de la mujer, la agarró de un brazo y la montó sobre sus piernas.

No se detuvo, ni siquiera aminoró la velocidad, pero no por eso dejó de marcarla: mientras el caballo seguía lanzado al galope y la mujer saltaba como un guiñapo sobre la silla, el padre de Xcor clavó sus colmillos en el esbelto cuello de la presa y luego la mantuvo aprisionada, inmóvil con los caninos.

En poco tiempo, la mujer habría muerto. Seguro que habría muerto...

Si no hubiese ocurrido algo por lo que quien en realidad acabaría muerto sería el Sanguinario.

Del centro de la niebla que parecía arremolinarse sobre el camino, surgió de repente una figura fantasmal que parecía formada por los filamentos de humedad que flotaban en el aire. Tan pronto como Xcor vio el espectro, entrecerró los ojos y se concentró en las sensaciones que le transmitía su olfato.

Parecía una hembra. Una hembra de su raza. Vestida con una túnica blanca.

Y su aroma le recordó algo que no pudo definir con certeza.

La hembra estaba justo en el camino de su padre, pero no parecía preocupada por el caballo ni por el guerrero que se acercaba cada vez más a ella. Sin embargo, su padre sí parecía embelesado con la recién aparecida. Tan pronto como la vio, dejó caer a la humana como si no fuera más que un hueso de cordero del que ya había devorado toda la carne.

Era una situación extraña, pensó Xcor. El Sanguinario era un macho poderoso, un tipo de acción, ni mucho menos un individuo de los que se dejaba intimidar por la presencia de un miembro del sexo débil... Pero todo en su cuerpo parecía advertirle que esa entidad etérea era peligrosa. Letal.

Xcor gritó con todas sus fuerzas.

—¡Oye! ¡Padre! ¡Da media vuelta!

Sin perder de vista la escena, silbó para llamar a su caballo, que de nuevo acudió enseguida. Se montó rápidamente, clavó las espuelas en los flancos del animal y se lanzó a galope tendido para interceptar a su padre, sintiéndose invadido por una extraña sensación de pánico.

Sin embargo, ya era demasiado tarde. Su padre estaba llegando a la altura de la inquietante hembra, que se estaba encogiendo lentamente.

Por Dios, ¡va a lanzarse sobre él, como una pantera!

Con un movimiento coordinado, la hembra saltó y agarró la pierna de su padre para usarla como apoyo y montarse sobre el caballo. Y luego, en una maniobra que desafió no sólo los mitos sobre su sexo sino su naturaleza fantasmagórica, aferrada al sólido pecho del Sanguinario, se inclinó con fuerza hacia el otro lado hasta hacerle perder el equilibrio. Los dos cayeron pesadamente al suelo.

No se trataba de un fantasma, sino de un ser de carne y hueso.

Lo cual significaba que podía ser aniquilada.

Mientras Xcor espoleaba de nuevo a su caballo hacia ellos, la hembra dejó escapar un aullido que no parecía ni mucho menos femenino. Aquel terrible

chillido, que se parecía más a su propio grito de guerra, resonó por encima del golpeteo de los cascos del caballo y los ruidos de sus compañeros, que también se preparaban para afrontar aquel inesperado ataque.

Sin embargo, no parecía que hubiera una necesidad inmediata de intervenir.

Su padre, tras reponerse de la sorpresa que le produjo aquel desmonte inesperado, rodó sobre la espalda y desenfundó la daga. La expresión de su cara parecía la de un animal. Xcor maldijo y detuvo su carrera, convencido de que su padre estaba a punto de dominar la situación y sabedor de que el Sanguinario no era de aquellos a los que les gusta que los ayuden. Había golpeado a Xcor por hacerlo otras veces y las lecciones que se aprenden con sangre siempre se recuerdan.

No obstante, el hijo desmontó y se puso en guardia no muy lejos del lugar de la pelea, en previsión de que salieran del bosque otras valkirias como aquella.

Y allí quieto, en guardia, con todos los sentidos activados al máximo, la escuchó pronunciar un nombre.

—Vishous.

La rabia de su padre se transformó enseguida en breve instante de confusión. Antes de que el viejo macho pudiera retomar su defensa, ella comenzó a resplandecer con lo que sin duda debía de ser una luz salida de los infiernos.

—¡Padre! —Xcor corría ahora hacia donde estaban ellos.

Pero era demasiado tarde, pues la luz ya había tomado contacto con el cuerpo del Sanguinario.

Una llamarada estalló alrededor de la cara barbuda de su padre y en unos segundos se apoderó de todo el corpachón, como si se tratara de una pila de heno seco. Y con la misma elegancia con que había saltado antes sobre la montura, la hembra se puso de pie y se quedó observando cómo el Sanguinario luchaba frenéticamente contra el fuego, sin éxito alguno. En medio de la noche, el Sanguinario gritaba mientras se quemaba vivo, sin que su ropa de cuero le brindara ninguna protección a la piel ni a los músculos.

No había manera de acercarse lo suficiente al fuego. Xcor se detuvo en seco y levantó el brazo para protegerse la cara, mientras se agachaba y se alejaba de un calor que le parecía mucho más ardiente de lo que debería haber sido.

Entretanto, la hembra se mantuvo de pie frente al cuerpo que se retorció... y el resplandor anaranjado de las llamas iluminaba su rostro cruel y hermoso.

La maldita bruja sonreía.

Y entonces levantó la cara hacia él. Cuando Xcor vio claramente aquel rostro, no pudo creer lo que veía. Pero luego el resplandor de las llamas le confirmó lo que decían sus ojos. De nada valía llamarse a engaño.

Estaba frente a una versión femenina del Sanguinario. El mismo pelo negro, la misma piel blanca y los mismos ojos claros. La misma complexión. Más aún, la

misma chispa vengadora en aquellos ojos casi asesinos, esa misma fascinación e igual satisfacción por causar la muerte, aquellas características demoniacas que Xcor conocía demasiado bien.

Un momento después, la hembra había desaparecido, desvaneciéndose en la neblina de una manera que no se parecía a la forma en que se desmaterializaban los de su raza, sino a la manera en que se desvanece una columna de humo, poco a poco.

En cuanto pudo hacerlo, Xcor se apresuró a auxiliar a su padre, pero ya no quedaba nada que salvar... No quedaba casi nada que enterrar. Mientras caía sobre sus rodillas frente a los huesos humeantes y el hedor a carne quemada, Xcor tuvo un momento de debilidad deplorable: un par de lágrimas asomaron a sus ojos. El Sanguinario había sido una bestia indecible, odiosa, pero era su único hijo macho, y en cierto modo habían estado muy unidos... De hecho, eran el uno para el otro.

—¡Santo cielo! —Zypher mostraba su estupor con voz ronca—. ¿Qué ha sido eso?

Xcor parpadeó varias veces antes de volverse a contestar.

—Lo ha matado.

—Así es. Y vaya manera de matarlo.

Mientras el grupo de guerreros formaba un círculo a su alrededor, Xcor empezó a pensar en lo que tenía que decir, lo que tenía que hacer.

Se puso de pie con rigidez con la idea de llamar a su caballo, pero tenía la boca demasiado seca para silbar. Su padre... aquel que había representado su ruina y también el fundamento de su existencia, estaba muerto. Muerto. Y todo había ocurrido muy rápido, demasiado rápido.

Asesinado por una hembra.

Su padre, muerto.

Cuando pudo, Xcor miró a cada uno de los machos que tenía frente a él: a los dos que estaban a caballo, a los dos que estaban de pie y al que se encontraba a su derecha. En ese momento se dio cuenta de que fuera cual fuera el destino que le esperaba, todo dependería de lo que hiciera en ese momento, en ese mismo lugar.

No estaba preparado para lo que acababa de ocurrir, pero no iba a rehuir su deber.

—Escuchad con atención, pues sólo lo diré una vez. Nadie deberá decir nada de esto. Mi padre murió en un combate con el enemigo. Lo incineré para rendirle homenaje y mantenerlo conmigo. Juradlo ahora.

Los machos con los que había vivido y luchado desde hacía años prestaron juramento. Cuando sus voces profundas se desvanecieron en la noche, Xcor se inclinó y hundió los dedos entre las cenizas. Luego se llevó las manos a la cara y trazó una línea que iba desde las mejillas hasta las gruesas venas que bajaban por

el cuello. Después agarró la calavera huesuda, que era lo único reconocible que había quedado de su padre. Con aquellos restos humeantes en alto, reclamó como propios los soldados que tenía frente a él.

—Ahora yo soy vuestro único señor. Debéis uniros a mí en este momento o de lo contrario os convertiréis en mis enemigos. ¿Qué decís?

Prácticamente no hubo vacilación alguna. Los machos, casi al unísono, se inclinaron sobre una rodilla, desenfundaron las dagas y lanzaron un grito de guerra para después clavar aquellas armas en la tierra, a los pies de Xcor.

Este se quedó observando sus cabezas inclinadas y sintió como si un manto cayera sobre sus hombros.

El Sanguinario estaba muerto. Y al haber dejado de existir, a partir de esa noche se convertía en leyenda.

Y así debía ser, el hijo adoptaba ahora el papel de su padre, al mando de estos soldados que no servirían a Wrath, el rey que no quería mandar, ni a la Hermandad, que no se dignaría descender a este nivel, sino a Xcor y solo a él.

Xcor lanzó su primera arenga como jefe del grupo.

—Iremos en la dirección de la cual salió la hembra. La encontraremos aunque nos cueste siglos hacerlo, y pagará por lo que ha hecho esta noche. —Ahora, rehecho, sí fue capaz de silbar para llamar a su caballo—. Vengaré la muerte de mi padre con mis propias manos.

Se montó de un salto, tomó las riendas y espoleó al fiel animal hacia la noche, mientras su banda de forajidos formaba una fila tras él y se preparaba a enfrentarse a la muerte por él.

Al tiempo que salían de la aldea, Xcor guardó la calavera de su padre bajo la camisa de cuero que llevaba puesta, justo sobre su corazón.

La venganza sería suya. Aunque en eso le fuera la vida.

CAPÍTULO

1



HIPÓDROMO DE AQUEDUCT, QUEENS, NUEVA YORK
ÉPOCA ACTUAL

—Quiero chupártela.
El doctor Manny Manello volvió la cabeza hacia la derecha y miró a la mujer que acababa de hablarle. Ciertamente no era la primera vez que escuchaba esa frase, y los labios de los que habían salido las palabras en verdad tenían suficiente silicona como para considerarlos más que nada un buen cojín. Pero, con todo, la frase lo sorprendió.

Candace Hanson le sonrió y se acomodó su sombrero estilo Jackie Onassis con una mano de uñas perfectamente arregladas. Al parecer, creía que la combinación de elegancia y estilo chabacano resultaba atractiva. Y tal vez fuera así para algunos tíos.

Demonios, en otra época Manny probablemente habría aceptado la propuesta, aplicando la vieja doctrina del « ¿por qué no? ». Pero habían pasado los años y ahora era más bien devoto de la religión del « no hay que exagerar » .

Sin amilanarse por la falta de entusiasmo del doctor Manello, la mujer se

inclinó hacia delante y le enseñó un par de senos que no solo desafiaban la ley de la gravedad, sino que más bien la desmentían por completo.

—Sé adónde podemos ir.

Seguro que sí, pensó Manny, que respondió con cierta sorna.

—La carrera está a punto de empezar.

La mujer hizo un gesto, una especie de puchero. La boca adoptó una forma extraña, antinatural, y tal vez fuera la lógica después de la inyección. Dios, una década atrás probablemente era una chica bonita, pero ahora los años y los tratamientos habían agregado una pátina de desesperación a su rostro... junto con las arrugas normales del proceso de envejecimiento contra el que ella evidentemente luchaba como un boxeador de primera línea.

—Entonces, lo hacemos después.

Manny dio media vuelta sin responder, mientras se preguntaba cómo habría entrado aquella mujer en la parte destinada exclusivamente a los propietarios. Debió de ser en el momento en que todo el mundo se apresuró a regresar desde el *paddock*... y no había duda de que la tía debía de estar acostumbrada a entrar en lugares en los que teóricamente no podía estar: Candace era una de esas mujeres de la sociedad de Manhattan a las que solo les faltaba tener un proxeneta para ser prostitutas profesionales.

Pero no había que exagerar. Como cualquier otra molestia, ignorándola, se iría a molestar a otro lado.

A otro tipo, en este caso.

Manny levantó el brazo para evitar que la molestia se le acercara más, y se apoyó sobre la barandilla de su palco de propietario, expectante a la espera de que llevaran a su chica a la pista. Le había correspondido correr por el exterior y eso estaba bien: ella prefería tener libertad de movimientos, no quedarse encerrada por el interior en las curvas. Correr unos cuantos metros más nunca le había molestado.

El hipódromo de Aqueduct en Queens, Nueva York, no tenía el mismo prestigio que el de Belmont o Pimlico, ni llegaba al nivel del padre de todos los hipódromos, Churchill Downs, pero tampoco era una ratonera. Disponía de una buena pista de tierra y también de una de grama y de una pista corta. La capacidad total estaba alrededor de los noventa mil espectadores. La comida era un asco, pero la gente no iba allí a comer. Además, aquel hipódromo ofrecía algunas carreras importantes, como la de hoy: la carrera Wood Memorial Stakes, con un premio mayor de 750.000 dólares, que, además, como se disputaba en abril, constituía una prueba importante para los competidores de la Triple Corona...

Ah, allí estaba. Sí, era su chica.

Cuando los ojos de Manny se clavaron en Glory glory hallelujah, el clamor de la multitud, la luz brillante que lo rodeaba y el movimiento de los otros caballos

desaparecieron por completo. Lo único que veía era su magnífica potranca negra, cuyo pelo atrapaba y reflejaba la luz del sol, flexionando sus patas esbeltas y levantando sus delicados cascos de la pista de tierra para volverlos a plantar de nuevo en ella. Con una alzada de diecisiete palmos, el jinete parecía apenas un mosquito sobre su lomo, y esa diferencia de tamaño era una clara indicación de la división de poderes vigente en aquella especial relación. Desde el primer día de entrenamiento, ella lo dejó muy claro: tal vez tuviera que tolerar a los molestos humanos, pero ellos sólo eran unos ayudantes, la que estaba al mando era *Glory*.

Ese carácter dominante ya había espantado a dos entrenadores. ¿Y qué pasaba con el que tenía ahora? El tío parecía un poco frustrado, pero solo porque lo hacía sentirse desconcertado: los tiempos que lograba *Glory* eran impresionantes, pero eso no tenía nada que ver con el entrenador. Y la verdad es que a Manny le tenían sin cuidado los inflados egos de los hombres que se dedicaban a mangonear con los caballos para ganarse la vida. Su chica era una guerrera que sabía lo que hacía y él no tenía problema en dejarla libre y observar cómo se divertía actuando a su antojo, para desesperación de jockeys y entrenadores, durante las competiciones.

Con los ojos fijos en la potranca, Manny recordó al idiota al que se la había comprado hacía poco más de un año. Los veinte mil que había pagado habían sido una bicoca teniendo en cuenta su pedigrí, pero también demasiado dinero si considerabas su carácter y el hecho de que no estaba claro si podría obtener autorización para correr. Se trataba de una potranca salvaje de apenas un año, de pésimo carácter, que estaba a punto de ser vetada... o, peor aún, de ser convertida en comida para perros.

Pero su intuición no le engañó. Siempre y cuando ella pudiera hacer lo que quisiera y uno la dejara mandar, la potranca era una competidora espectacular.

Cuando los caballos se acercaron a los cajones de salida, algunos comenzaron a golpear las rejas con los cascos, pero su chica permaneció como una roca, como si supiera que no tenía sentido desperdiciar energías antes de que comenzara el juego de verdad. Y a Manny realmente le gustaban las posibilidades que ofrecía la carrera, a pesar de que la habían puesto en la peor posición. El jinete que la montaba era una estrella: sabía exactamente cómo tratarla y, en ese sentido, era más responsable de su éxito que los entrenadores. Su filosofía con ella era asegurarse de que *Glory* viera las mejores vías para salirse del pelotón y dejarla elegir la que quisiera.

Manny se puso de pie y se agarró de la barandilla de hierro pintada que tenía ante sí, uniéndose en el gesto a la multitud que se inclinaba hacia delante en sus asientos y sacaba un montón de binoculares. Oyendo palpar su corazón, se sintió feliz porque, aparte de los ratos que pasaba en el gimnasio, últimamente siempre parecía más muerto que vivo. La vida se había vuelto horriblemente monótona

durante el último año y tal vez esa era la razón por la cual la dichosa potranca había adquirido tanta importancia para él.

Tal vez era lo único que tenía.

Y no es que estuviera teniendo ideas raras, depravadas.

La entrada de todos los caballos en los cajones no era fácil, pero se hacía con la máxima presteza. Cuando estás tratando de meter dentro de cajitas de metal a quince animales agitados, con patas parecidas a zancos y glándulas suprarrenales que están funcionando a mil, no se puede perder el tiempo. En un minuto o un poco más, todo el mundo estuvo en su puesto y los ayudantes se dirigieron a sus posiciones.

Una palpitación.

La campana.

¡Bang!

Los cajones se abrieron, la multitud rugió y los caballos se lanzaron hacia delante como si hubiesen salido disparados de un cañón. Las condiciones climáticas eran perfectas. El día estaba seco y fresco. La pista estaba rápida.

No es que a su chica le importara mucho eso. Sería capaz de correr en arenas movedizas si fuera necesario.

Los caballos pasaron por la pista como un rayo y el sonido colectivo de sus cascos y la emoción de la voz del narrador animando a la grada llegaron a un punto culminante. Sin embargo, Manny conservó la calma, con las manos aferradas a la barandilla y los ojos fijos en la pista, mientras los caballos tomaban la primera curva convertidos en un amasijo de lomos, crines al viento y colas.

Miró la pantalla gigante, que le mostraba todo lo que necesitaba ver. Su potranca era la penúltima y parecía galopar de mala gana mientras que los demás iban como alma que lleva el diablo. Joder, ni siquiera alargaba del todo el cuello. El jinete, sin embargo, estaba haciendo su trabajo: alejándola del interior y dándole la oportunidad de correr en el exterior del grupo o cortando camino cuando estaba lista.

Manny sabía exactamente lo que ella planeaba hacer. Iba a lanzarse por en medio de los otros caballos como una bala.

Tal era su manera de correr.

Y, seguramente, cuando salieran a la recta, ella comenzaría a buscar las primeras posiciones. Con la cabeza gacha y el cuello alargado, sus zancadas empezaban a alargarse.

—Vamos, hazlo ahora, preciosa —susurró Manny.

A medida que *Glory* penetraba por el centro, se iba convirtiendo en un rayo de luz que pasaba a los otros caballos con una velocidad tal que era evidente que le iba la vida en ello: no bastaba con derrotarlos, tenía que hacerlo en la última media milla para ganarles a esos malditos en el último instante.

Manny se rió entre dientes. Ella era realmente era la clase de chica que le iba.

—Por Dios, Manello, mira cómo corre.

Manny asintió con la cabeza sin volverse a mirar al tío que le había hablado en el oído, porque en la cabeza del grupo estaba ocurriendo algo que lo cambiaba todo: el potro que había liderado la carrera todo el tiempo pareció desfondarse y fue perdiendo la ventaja. Sus patas simplemente se quedaban sin gasolina. El jinete lo castigó con la fusta en la grupa, pero esa medida tuvo el mismo éxito que tiene alguien que comienza a insultar al coche cuando la aguja del depósito indica que está vacío. El potro que iba segundo, un alazán inmenso con mala actitud y unas zancadas tan largas como una cancha de fútbol, aprovechó de inmediato la situación, y el jinete lo dejó avanzar.

Los dos fueron cuello a cuello, cabeza con cabeza, durante un lapso de apenas un segundo, antes de que el alazán se colocase en primera posición de la carrera. Pero no sería por mucho tiempo. La chica de Manny había alcanzado su máxima potencia y se había abierto camino a través de un grupito formado por tres caballos, para tomar el segundo puesto, y ya estaba tan pegada como una lapa al líder.

Sí, se veía que *Glory* se hallaba a sus anchas, en su elemento, con las orejas agachadas y enseñando los dientes.

Estaba a punto de salirse otra vez con la suya y era imposible no pensar en el primer sábado de mayo y el derby de Kentucky.

Todo ocurrió tan rápido.

Todo culminó... en un abrir y cerrar de ojos.

Con un movimiento deliberado, el alazán golpeó a *Glory* de refilón y el brutal impacto la mandó contra la valla. Su chica era grande y fuerte, pero no estaba preparada para un empujón como el que recibió, cuando iba a casi setenta kilómetros por hora.

Durante una fracción de segundo, Manny creyó que podría reponerse. A pesar de que la vio desviarse, tambalearse, el dueño esperaba que la potranca recuperara el camino y le diera al maldito bastardo una lección de modales.

Pero su chica finalmente se cayó. Justo frente a los tres caballos que acababa de pasar.

La confusión fue inmediata: caballos desviándose para evitar el obstáculo que había en su camino, jinetes cambiando súbitamente de posición con la esperanza de permanecer en sus monturas.

Todo el mundo lo logró.

Excepto *Glory*.

Mientras la multitud contenía el aliento, impresionada, Manny salió corriendo, saltando por encima de la baranda y esquivando gente, sillas y mil obstáculos hasta llegar a la pista misma.

Saltó la valla.

Manny corrió hasta donde estaba *Glory*. Los muchos años que se había pasado haciendo ejercicio le permitieron llegar a ella a una velocidad asombrosa.

La potranca trataba de incorporarse. Gracias a su fiero corazón, luchaba por levantarse del suelo, con los ojos fijos en los otros caballos, como si no le importaran sus lesiones: sólo quería alcanzar a los que la habían dejado rezagada en medio del polvo.

Lamentablemente, una pata delantera tenía otros planes: mientras ella luchaba por levantarse, la mano derecha colgaba sin fuerza por debajo de la articulación de la rodilla y Manny no necesitó de todos sus años como cirujano ortopedista para saber que el animal tenía problemas.

Graves problemas.

Manny resopló, tragó saliva y luego se dio cuenta de que el jinete estaba llorando:

—Doctor Manello, lo intenté... Ay, Dios...

Manny se agachó sobre el suelo de tierra y agarró las riendas, mientras llegaban los veterinarios y colocaban un biombo alrededor del animal para ocultar el drama.

Cuando los tres hombres uniformados se acercaron, los ojos de la potranca comenzaron a llenarse de dolor y confusión. Manny hizo lo que pudo para calmarla, dejándola mover la cabeza todo lo que quisiera, mientras le acariciaba el cuello. Se calmó del todo cuando le inyectaron un tranquilizante.

Al menos en ese momento cesó el forcejeo desesperado.

El veterinario le echó un vistazo a la pata y sacudió la cabeza. Lo cual, en el mundo de las carreras de caballos, era sinónimo de la frase: *hay que sacrificarla*.

Manny se le enfrentó.

—Ni siquiera lo piense. Inmovilicen la pata o reduzcan la fractura y llévenosla al Tricounty ahora mismo. ¿Está claro?

—Nunca volverá a correr... parece una fractura múlti...

—¡Saquen a mi caballo de la maldita pista y llévenlo al Tricounty!

—No vale la pena...

Manny agarró al joven veterinario de las solapas de la bata y lo acercó a él hasta que quedaron frente a frente.

—*Hazlo. Ya.*

Hubo un momento de total incompreensión, como si el mocoso nunca hubiese recibido una orden así.

Y para que las cosas quedaran bien claras entre ellos, Manny amplió sus explicaciones.

—No me apetece perderla, pero me muerdo de ganas de romperte la cara a ti. Aquí mismo. Ahora mismo.

El veterinario se arrugó y, como si entendiera que estaba a punto de recibir una buena paliza, plegó velas.

—Está bien... está bien.

Manny no estaba dispuesto a perder a su caballo. Durante los últimos doce meses había estado de duelo por la única mujer que le había importado en la vida, había puesto en duda su cordura y se había dedicado a beber escocés, la bebida que siempre había detestado.

Si *Glory* se moría ahora, realmente no le quedaría mucho en la vida, ¿verdad?

CAPÍTULO

2



CALDWELL, NUEVA YORK
CENTRO DE ENTRENAMIENTO, COMPLEJO DE LA HERMANDAD

Maldito encendedor... pedazo de mierda...

Vishous estaba de pie en el pasillo exterior de la clínica privada de la Hermandad, con un cigarro entre los labios y un pulgar que padecía un terrible ataque de frustración. No había ninguna llama con la cual hablar, a pesar de que ya había frotado la ruedecilla del mechero de todas las maneras posibles, con suavidad y con violencia, por lo civil y por lo criminal.

Chic. Chic, chic...

Con evidente disgusto, Vishous arrojó el encendedor a la papelera y se quitó el guante de cuero forrado de plomo que le cubría la mano. Al hacerlo, se quedó mirando fijamente la palma resplandeciente, mientras movía los dedos y giraba repetidamente la muñeca.

Se dijo que aquello no era una mano, sino en parte un lanzallamas y en parte una bomba nuclear, capaz de derretir cualquier metal, de convertir la piedra en vidrio, de acabar con cualquier avión, cualquier ferrocarril, carro de combate o

lo que quisiera. También servía, oh maravilla, para hacerle el amor a su shellan. Era, en fin, una de las dos herencias que había recibido de su madre-diosa.

Pero no servía para hacer funcionar un putito mechero.

Harto, alzó el arma mortal con dedos hasta ponerla a la altura de su rostro y acercó a ella la punta del cigarrillo, pero no demasiado, pues siempre corría el peligro de quemarlo de una llamarada, filtro incluido, antes de dar una sola calada. La mano no podía hacer funcionar el encendedor, pero era un encendedor cojonudo, usándolo con moderación.

Ah, qué deliciosa calada. Qué bien le sentaban en sus días buenos y normales, qué necesarias eran en jornadas como esta.

Vishous se recostó contra la pared y se puso a fumar. El cigarrillo no calmó su ansiedad, pero le dio algo mejor que hacer que la otra opción que se le había estado pasando por la cabeza durante las últimas dos horas. Al volver a ponerse el guante, sintió deseos de agarrar su «don» e irse a incendiar algo, cualquier cosa...

¿La que estaba al otro lado de esa pared era de verdad su hermana gemela? ¿De verdad se encontraba postrada en una cama de hospital, paralizada una mujer que era de su misma sangre?

¡Por Dios! Era increíble tener trescientos años de edad y acabar de enterarse de que tenía una hermana.

Qué buena broma, mami. De verdad, genial, insuperable.

Y él, Vishous, que creía que ya había superado todos los problemas con sus padres. Pero, claro, solo uno de ellos estaba muerto. Si la Virgen Escribana siguiera el camino del Sanguinario y se muriera, tal vez Vishous lograra recuperar el equilibrio.

Sin embargo, tal como estaban las cosas en este momento, esta última noticia bomba, sumada a la búsqueda que Jane estaba haciendo por su cuenta y riesgo en el mundo humano, lo estaba volviendo... No acertaba a decirlo.

No, no había palabras para expresarlo.

Sacó su móvil y lo miró. Luego volvió a guardarlo en el bolsillo de los pantalones de cuero.

Maldición, al fin y al cabo era lo de siempre. Cuando Jane se centraba en algo, todo lo demás desaparecía. Nada más importaba.

No es que él no fuera parecido, por no decir igualito, pero en ocasiones como esta lo mínimo era informar un poco de vez en cuando.

Maldito sol. Lo tenía atrapado en la mansión. Si por lo menos estuviera con su shellan, no habría posibilidades de que el «gran» Manuel Manello cuestionara nada. V sencillamente lo golpearía hasta dejarlo inconsciente, arrojaría su cuerpo dentro del Escalade y lo llevaría con sus talentosas manos al complejo para que operara a Payne, quisiera o no.

En su opinión, el libre albedrío era un privilegio, no un derecho.

Vio que el cigarro se había consumido, lo apagó contra la suela de la bota y arrojó la colilla a la papelería. Quería beber algo, se moría por beber algo. El problema era que no estaba pensando en soda ni agua. Media caja de Grey Goose lograría calmarlo mínimamente, pero con un poco de suerte, pronto tendría que ayudar en la sala de cirugía, así que nada de vodka, necesitaba estar sobrio.

Al empujar la puerta de la sala de reconocimientos, Vishous apretó los puños y los dientes y se llenó los pulmones. Durante una fracción de segundo, se preguntó si podría soportar mucho más. Si había algo que lo enfurecía eran los puñeteros trucos de su madre, y no podía imaginar otro peor que esta mentira entre las mentiras.

El problema era que la vida no venía con instrucciones que te dijeran cómo parar el juego cuando la máquina parecía perder el rumbo.

—¿Vishous?

El interpelado cerró los ojos por un instante al escuchar aquella voz suave y ronca.

—Sí, Payne. —Cambió rápidamente a la Lengua Antigua y agregó—. Soy yo.

Cruzó la sala, y volvió a acomodarse en el taburete con ruedas que estaba al lado de la camilla. Acostada, abrigada con varias mantas, Payne estaba inmobilizada, con la cabeza entre dos planchas y un cuello ortopédico que le cubría desde la barbilla hasta la clavícula. Una vía intravenosa mantenía su brazo unido a una bolsa que colgaba de un atril de acero inoxidable, por la cual corría algo que entraba por el catéter que Ehlén le había puesto.

Aunque la sala embalsada era luminosa y limpia y parecía brillar, y el equipo médico y todos los suministros resultaban tan amenazadores como una vajilla, Vishous se sentía como si estuviera en una cueva oscura rodeado de osos salvajes, o mejor, de monstruos infernales.

Le resultaría mucho más agradable salir y matar al desgraciado que había dejado a su hermana en ese estado. Lástima que eso significara matar a Wrath, lo cual sería un lío. Ese maldito sinvergüenza no solo era el rey, también era un hermano. Encima, estaba el pequeño detalle de que lo que le había ocurrido a Payne fue consentido. No fue una agresión por sorpresa, no. Las prácticas de combate que los dos llevaban haciendo los dos últimos meses los habían mantenido en forma, pero tenían su peligro, claro. Wrath no tenía en realidad ni idea de con quién había estado peleando debido a que el tío era ciego. ¿Que si sabía que se trataba de una hembra? Sí, claro. Todo eso había sucedido en el Otro Lado, y allí no hay machos. Pero la falta de visión del rey había hecho que no se diera cuenta de lo que V y todo el mundo notaba tan pronto entraba a la sala:

La larga trenza de Payne era del mismo color del pelo de V y su piel también tenía el mismo tono y tenía exactamente la misma constitución: alta, delgada y

fuerte. Pero los ojos... ¡mierda, los ojos!

V se restregó la cara. Su padre, el Sanguinario, había tenido cientos de hijos bastardos antes de ser asesinado en una escaramuza con restrictores, allá en el Viejo Continente. Pero V no consideraba a esas hembras como parientes suyas.

Sin embargo Payne era diferente. Los dos tenían la misma madre y no se trataba de cualquier mahmen. Se trataba de la Virgen Escribana. La madre de toda la raza.

Una maldita perra.

Payne fijó sus ojos en él y V contuvo la respiración. Los ojos que se encontraron con los suyos tenían un color blanco como de hielo. Eran exactos a los suyos. El aro azul marino que los rodeaba era algo que él veía cada noche en el espejo. Y la inteligencia... la inteligencia que se apreciaba en esas profundidades árticas era exactamente igual a la que hervía bajo su cráneo.

La mujer se quejó.

—No siento nada.

—Lo sé. —Vishous sacudió entonces la cabeza y lo repitió en Lengua Antigua —. Lo sé.

La boca de Payne se torció en un penoso intento de sonreír.

—Puedes hablar en la lengua que quieras. —Manejaba un inglés con cierto acento—. Hablo con fluidez... muchos idiomas.

Igual que él. Lo cual significaba que en ese momento Vishous no encontraba nada que decir en más de dieciséis lenguas distintas. Un idiota políglota.

Fue ella la que sí encontró algo que preguntar.

—¿Has tenido noticias... de tu shellan?

—No. ¿Quieres más analgésicos para el dolor? —Payne parecía estar más débil que hacía un rato.

—No, gracias. Esos medicamentos me hacen sentir... extraña.

Siguió un prolongado silencio.

Un silencio que se alargó un poco más.

Y más.

Joder, tal vez debería tomarla de la mano, se dijo Vishous. Al fin y al cabo la pobre tenía sensibilidad por encima de la cintura. Sí, pero ¿eso serviría para darle un poco de aliento y seguridad? La mano izquierda le temblaba como una hoja y la derecha parecía muerta.

—Vishous, no tenemos mucho...

Como su hermana dejó la frase sin terminar, Vishous la remató mentalmente: tiempo.

Joder, cómo deseaba que no tuviese razón. Cuando se trataba de lesiones de la columna vertebral, igual que ocurría con los ataques cardíacos y cerebrales, las posibilidades iban disminuyendo con el paso de cada minuto sin tratamiento.

Más valía que ese humano fuera tan brillante como Jane decía.

—¿Vishous?

—¿Sí?

—¿Habrías preferido que no viniese aquí?

Vishous frunció el ceño.

—¿Qué estás diciendo? No seas idiota, claro que te quiero tener conmigo.

Vishous movía un pie involuntariamente, nervioso. Se preguntó cuánto tiempo tendría que quedarse allí antes de poder salir a fumarse otro cigarro. Sencillamente, sentía que no podía respirar, sentado allí, sin poder hacer nada mientras su hermana sufría y a él se le llenaba la cabeza de preguntas. Miles de porqués bullían en su cerebro, pero no podía darles salida. Payne parecía estar a punto de entrar en coma en cualquier momento a causa del dolor, así que no era el mejor momento para tomarse un cafetito y ponerse a charlar.

Mierda, los vampiros podían curarse a la velocidad del rayo, pero aun así estaban lejos de ser inmortales.

Era muy posible que perdiera a su hermana gemela incluso antes de llegar a conocerla un poco.

Vishous echó un vistazo al monitor, para ver los signos vitales. La raza solía tener una presión arterial bastante baja, pero la de Payne estaba por los suelos. El pulso era débil e irregular, como una batería tocada por un chico blanco. Y habían tenido que dejar sin sonido la alarma del oxímetro, porque saltaba continuamente. El personal médico ya sabía que estaba hecha una ruina, no necesitaba pitidos para confirmarlo.

Al ver que Payne cerraba los ojos, Vishous se sobresaltó, temiendo que pudiera estar haciéndolo por última vez. Dios, en realidad, ¿qué había hecho por ella? Poco más que gritarle cuando ella le hizo una pregunta.

Se acercó un poco a la enferma, acongojado, sintiéndose como un idiota.

—Tienes que aguantar, Payne. Te voy a traer lo que necesitas, y mientras tienes que resistir.

Los ojos de su hermana gemela se abrieron y se quedó mirándolo intensa, extrañamente.

—Esto ha sido demasiado para ti.

—No te preocupes por mí.

—Eso es lo único que he hecho en la vida.

Era evidente que este asunto de tener una hermana solo era nuevo para él, así que se preguntó cómo demonios aquella criatura habría tenido noticias de la existencia de él, el hermano manos-antorchas. Y se preguntó qué sería lo que en realidad sabía.

Mierda, otra vez sentía deseos de haber sido un chico bueno. Sólo faltaba que su hermanita estuviese al tanto de que había sido una buena pieza toda su vida.

La hermana volvió a hablar con voz apagada.

—¿Por qué estás tan seguro de este sanador que buscas?

No, en realidad no lo estaba. Sólo estaba seguro de que si el maldito matasanos la mataba, esa noche habría un funeral doble, suponiendo que del humano quedara algo que se pudiera enterrar o incinerar.

—¿Por qué no me contestas, Vishous?

—Mi shellan confía en él.

Payne, que había tenido los ojos girados hacia su hermano, desvió la mirada hacia arriba y la clavó allí. ¿Estaría mirando el techo?, se preguntó Vishous. ¿La lámpara de examen que colgaba encima de ella? ¿Algo que él no podía ver?

No miraba, recordaba. Y eso hizo que la joven hablara de nuevo.

—Pregúntame cuánto tiempo pasé bajo la supervisión de nuestra madre.

—¿Estás segura de que tienes energía para esto? —Al ver que ella prácticamente lo fulminaba con la mirada, a Vishous le entraron ganas de sonreír—: ¿Cuánto tiempo, pues?

—¿En qué año estamos aquí en la Tierra? —Cuando Vishous se lo dijo, ella abrió mucho los ojos—. Caramba. Bueno, entonces han sido cientos de años. Estuve presa de nuestra madre durante varios siglos.

Vishous sintió que los colmillos le palpitaban de la rabia. Esa madre que les había tocado en suerte...

—Pero ahora estás libre.

—¿Lo estoy? —Payne bajó la mirada hacia sus piernas—. No puedo vivir en otra prisión.

—No lo harás.

Ahora la gélida mirada se llenó de suspicacia.

—Déjate de tópicos. Te he dicho que no puedo vivir así. ¿Comprendes lo que estoy diciendo?

Vishous sintió que se le congelaban las entrañas.

—Escucha, voy a traer a ese médico aquí y...

—Vishous, escucha. —Le cortó con voz ronca—. En verdad, yo lo haría si pudiera, pero no puedo, y no tengo nadie más a quien acudir. ¿Me comprendes?

Se miraron. Vishous tuvo deseos de gritar. Le ardía el pecho y el sudor le cubría la frente. Era un asesino por naturaleza y por formación y entrenamiento, pero esa no era una habilidad que tuviera intención de usar contra los de su propia sangre. Bueno, exceptuando a su madre, claro. Y a su padre, que no era problema porque se había muerto por su cuenta.

En resumen, no era una habilidad que quisiera poner en práctica con su hermana.

—Vishous. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí. —El vampiro llameante bajó la mirada hacia su maldita mano y flexionó los dedos—. Lo entiendo.

En el fondo de su ser, en lo más profundo de su corazón, Vishous sintió que vibraba algo muy íntimo. Se trataba de una sensación que conocía muy bien

desde hacía muchos años... pero su vibración también representaba una absoluta sorpresa en este momento. No había tenido esa sensación desde que conociera a Jane y a Butch. Tenerla de nuevo era... una mierda.

En el pasado, esa sensación lo había descarrilado por completo y lo había lanzado al territorio del sexo violento y la vida arriesgada.

La vida a la velocidad del sonido. O de la luz.

Entonces oyó de nuevo la voz de Payne, esta vez todavía más débil.

—¿Qué me dices, entonces?

Maldición, ¡si acababa de conocerla!

—Sí, te digo que sí. —Vishous flexionó su mano letal—. Me encargaré de ello si las cosas llegan a ese punto.



Cuando Payne levantó la vista desde la jaula de su cuerpo muerto, lo único que pudo ver fue el lúgubre perfil de su gemelo y se desprecio a sí misma por la posición en que acababa de ponerlo. Desde su llegada a este lado, había tratado de encontrar otro camino, otra opción, otra... vida.

Pero lo que ahora necesitaba no era algo que le pudiera pedir a un desconocido, solo se lo podía pedir a su hermano.

Aunque, claro, Vishous era un desconocido. No obstante, lo sentía próximo.

—Gracias, hermano mío.

Vishous sólo asintió una vez con la cabeza y volvió a adoptar la misma posición, con los ojos fijos hacia delante, es decir hacia la nada. En persona era mucho más que la suma de rasgos faciales y el inmenso tamaño de su cuerpo que tantas veces contemplara en sus visiones del Otro Lado. Antes de que fuera apresada por su mahmen, solía observarlo en los sagrados cuencos de cristal de las Elegidas que se dedicaban a escribir la historia de la raza. La primera vez que lo vio aparecer en el agua supo cuál era su relación con ella. Fue mirarlo y verse a sí misma.

Vaya vida la que había llevado. Comenzando con el campamento de guerreros y la brutalidad de su padre. Y ahora esto.

Bajo su fría actitud, realmente hervía de rabia. Payne podía sentirlo en sus propios huesos, un cierto vínculo entre ellos le permitía tener una percepción de su hermano más allá de lo que sus ojos le mostraban: desde afuera parecía tan sólido como un muro de ladrillo, con todos sus elementos en orden y bien pegados, cada uno en su lugar. Pero, por debajo de la piel, Vishous bullía. Y una señal externa de esa agitación era su mano derecha enguantada. Por debajo del borde del guante brillaba una luz resplandeciente... que se volvía cada vez más intensa. En especial desde el momento en que ella le pidió lo que le pidió.

El presente podría ser el único rato que pasaran juntos, pensó Payne, y volvió

a fijar los ojos en él.

—¿Tu pareja es la hembra curandera?

—Sí.

Al ver que solo siguió un silencio, Payne deseó poder entablar una conversación con él, pero era evidente que solo le había respondido por cortesía. Y, sin embargo, le creía cuando había dicho que se alegraba de que ella hubiese acudido a su casa. Payne no creía que Vishous dijese mentiras, y no porque le importaran la moral o la cortesía, sino porque consideraba que mentir era una pérdida de tiempo y energía.

Payne volvió a fijar sus ojos en el aro de fuego, la lámpara que colgaba sobre su cabeza. Deseaba que Vishous la tomara de la mano o la tocara de alguna forma, pero ya le había pedido demasiado.

La pobre chica se encontraba muy mal, pese a su aspecto sereno. Sentía el cuerpo pesado e ingrátido a la vez, y su única esperanza brotaba de los espasmos que notaba en las piernas y le producían un cosquilleo en los pies, haciéndolos moverse. Si eso estaba ocurriendo, seguramente era porque no todo estaba perdido, se decía como agarrándose a un clavo ardiendo.

Sólo que al mismo tiempo que se refugiaba en ese pensamiento esperanzado, otros signos venían a decirle lo contrario: cuando movía las manos, aunque no podía vérselas, sentía, es verdad, el recubrimiento frío y suave de la mesa sobre la que se encontraba. Pero cuando les decía a sus pies que hicieran lo mismo, era como si se encontrara en las aguas tranquilas y tibias de las piscinas del Otro Lado, envuelta en un abrazo invisible que no le permitía sentir nada.

¿Dónde estaba ese médico prodigioso?

El tiempo seguía corriendo.

Mientras la espera pasaba de ser intolerable a convertirse en una verdadera agonía, era difícil saber si la sensación de asfixia que tenía en la garganta provenía de su estado o del silencio reinante, capaz de ahogar a cualquiera. Ambos permanecían en la misma rígida inmovilidad, solo que por razones muy diferentes: ella se dirigía hacia la nada con celeridad y él estaba a punto de explotar.

Desesperada por tener algún estímulo, algo, cualquier cosa, Payne volvió a hablar.

—Háblame del sanador que va a venir.

La enferma pensó que tenía que ser un macho. Y las palabras del hermano parecieron confirmarlo.

—Es el mejor. Jane siempre habla de él como si fuera un dios.

El tono de la voz parecía menos elogioso que las propias palabras, pero, claro, a los vampiros machos no les gusta que otros machos tengan influencia sobre sus hembras.

¿Qué miembro de la raza podía ser?, se preguntó Payne. El único sanador que

había visto en los cuencos era Havers. Y sin duda no habría razón para tener que ir a buscarlo.

Tal vez había otro sanador que ella no había visto nunca. Después de todo, tampoco se había dedicado a mirarlo todo, todo el tiempo. Si su gemelo estaba en lo cierto, habían pasado muchos, muchos, muchos años entre su encarcelamiento y su libertad, así que sin duda se perdió muchísimas cosas ocurridas en la Tierra.

De repente, Payne sintió que la fatiga interrumpía sus pensamientos como si fuera una ola que penetraba en su cuerpo y la aplastaba todavía más contra la mesa metálica.

Sin embargo, cuando cerró los ojos solo pudo soportar la oscuridad por un momento, pues el pánico lo obligó a abrirlos de nuevo. Mientras su madre la había mantenido en un estado de animación suspendida, Payne había conservado la conciencia del espacio ilimitado y vacío que la rodeaba y del lento transcurrir de los momentos y los minutos. Esta parálisis se parecía demasiado a lo que había sufrido durante cientos de años.

Y esa era la razón por la cual le había hecho esa solicitud tan terrible a Vishous. Payne no era capaz de soportar venir a este lado solo para encontrarse con lo mismo de lo que había huido con tanta desesperación.

Las lágrimas nublaron su vista y de repente la luz brillante comenzó a temblar.

Cómo le habría gustado que su hermano la tomara de la mano.

Vishous se estremeció.

—Por favor no llores. No... llores.

—Tienes razón. Llorar no sirve de nada.

Así que Payne decidió mantenerse firme y se obligó a ser fuerte, pero era toda una batalla. Aunque su conocimiento de las artes médicas era limitado, la simple lógica le hacía comprender lo que le estaba ocurriendo: como provenía de un linaje extraordinariamente fuerte, su cuerpo había comenzado a curarse desde el momento mismo en que se había lastimado mientras luchaba con el Rey Ciego. Sin embargo, el problema era que el proceso regenerativo que normalmente salvaría su vida volvía su estado incluso más crítico... y era probable que ese estado se convirtiera en permanente.

Las columnas vertebrales que se fracturaban y se curaban por su cuenta no solían quedar bien y la parálisis de la parte inferior de sus piernas era claro indicio de ello.

Pero la parálisis no le impedía percibir muchas cosas.

—¿Por qué no dejas de mirarte la mano?

Hubo un momento de silencio que rompió el vampiro.

—¿Por qué crees que eso es lo que estoy haciendo?

Payne suspiró.

—Porque te conozco, hermano mío. Yo lo sé todo sobre ti.

Al ver que él no decía nada más, el silencio se volvió agobiante.
¿Qué habría evocado en su turbulento hermano con aquella pregunta?

CAPÍTULO

3



Algunas veces, la única manera de saber lo lejos que has llegado es regresar al lugar de donde saliste.

Cuando la doctora Jane Whitcomb entró en el complejo del hospital St. Francis, sintió como si volviera a sumergirse en su antigua vida. En cierto sentido, se trataba de un corto viaje: hacía apenas un año, era jefe del servicio de traumatología allí, vivía en un apartamento lleno de cosas de sus padres y se pasaba las veinticuatro horas del día corriendo entre el servicio de urgencias y las salas de cirugía.

Pero ya no.

Un claro indicio del cambio que se había producido fue la forma en que entró en el edificio del departamento de cirugía. No había razón para molestarse con las puertas giratorias. O las que llevaban a la recepción.

Jane atravesó sin problemas las paredes de vidrio y pasó frente a los guardias de seguridad de la recepción sin que nadie la viera.

A los fantasmas eso se les daba de maravilla.

Desde su transformación, Jane podía ir a cualquier lugar y entrar en

cualquier parte sin que nadie se percatara de su presencia. Pero también podía adquirir un cuerpo tan sólido como el de cualquier persona, cuando ponía toda su voluntad en ello. De una manera, era solo éter, de la otra, parecía tan humana como antes, muy capaz de comer, amar y vivir.

Y era una poderosa ventaja para su trabajo como médica privada de la Hermandad.

Como en ese momento, por ejemplo. ¿De qué otra manera podría infiltrarse en el mundo humano de nuevo sin armar un alboroto?

Mientras avanzaba rápidamente por el suelo de piedra de la recepción, Jane pasó junto a la placa de mármol en la que estaban grabados los nombres de los benefactores del hospital y se fue abriendo camino entre el gentío que pululaba por allí, como siempre. Muchas caras le eran conocidas: desde el personal administrativo hasta los médicos y las enfermeras con los que había trabajado durante años. Hasta los pacientes angustiados y sus familias anónimas le resultaban familiares; en cierta forma, las máscaras del dolor y la angustia eran iguales para todo el mundo, sin importar los rasgos faciales de cada persona.

Centrada en la misión de buscar a su antiguo jefe, Jane se dirigió hacia las escaleras traseras. Y, por Dios, casi le dieron ganas de soltar una carcajada. A lo largo de todos los años que habían trabajado juntos, Jane había acudido a Manny Manello con multitud de casos difíciles, pero esto iba a superar a cualquier accidente automovilístico múltiple, cualquier desastre aéreo o cualquier catástrofe imaginable.

Le llevaba un problema mayor que la suma de todas esas tragedias.

Cruzó la puerta metálica de urgencias y subió por la escalera trasera, pero sus pies no tocaban los peldaños, sino que flotaban sobre ellos, mientras ascendía como una brisa ligera, sin hacer ningún esfuerzo.

Tenía que conseguir su objetivo. Tenía que lograr que Manny aceptara ir y hacerse cargo de aquella lesión medular. Punto. No había otra, ninguna alternativa, ninguna salida ni a derecha ni a izquierda. Era el último cartucho, el último pase del partido... Sólo le quedaba rezar para que el jugador que estaba al otro lado del campo recibiera el maldito balón a tiempo.

Jane se dijo que era buena cosa estar tan acostumbrada a trabajar, y muy bien además, bajo presión. Y que conociera como la palma de su mano al hombre al que estaba buscando.

Manny aceptaría el reto. Aunque el asunto iba a resultar incomprensible para él en muchos sentidos, y lo más probable es que se pusiera furioso al ver que ella todavía estaba « viva », Manny jamás se negaría a hacerlo, era incapaz de dejar de atender a una paciente en estado crítico. Sencillamente, su naturaleza no se lo permitiría.

Al llegar al piso décimo, Jane atravesó otra puerta metálica sin hacer ningún esfuerzo y entró en las oficinas del departamento de cirugía. El lugar estaba

decorado de tal manera que parecía más bien la sede de una firma de abogados, con muebles oscuros y pesados y de apariencia lujosa. Eso tenía sentido. Los departamentos de cirugía eran una de las mayores fuentes de ingresos de los hospitales universitarios y por eso se invertían fuertes sumas en contratar, retener y mimar a las arrogantes estrellas de la casa, que se ganaban la vida abriendo y cerrando a la gente.

Entre el grupo de cirujanos del St. Francis, Manny Manello era la joya de la corona. Era el jefe de todo el departamento de ortopedia y traumatología. Esto significaba que era al mismo tiempo una estrella de cine, un sargento de instrucción y el presidente de Estados Unidos, personajes combinados hasta cristalizar en un hijo de puta de un metro ochenta de estatura. Manny tenía un carácter espantoso, una inteligencia asombrosa y una tolerancia al fracaso casi inexistente.

Y eso en un buen día.

Pero era un absoluto genio.

Los pacientes habituales de Manny siempre habían sido atletas de alto nivel. Había arreglado cientos de rodillas, caderas y hombros, que, de no ser por su intervención, habrían puesto fin a la carrera de muchos jugadores de fútbol, baloncesto, béisbol y hockey. Pero también tenía mucha experiencia con lesiones de columna y aunque el neurocirujano de turno también sería una buena opción, a la vista de lo que mostraban las radiografías de Payne se trataba de un asunto de ortopedia: si la médula quedaba comprometida, no había nada que la neurocirugía pudiera hacer por ella. La ciencia médica sencillamente no había llegado aún tan lejos.

Al pasar frente al escritorio de la recepcionista, Jane tuvo que detenerse. A mano izquierda estaba su antigua oficina, el lugar donde había pasado incontables horas revisando papeles y haciendo consultas con Manny y el resto del equipo. La placa que había sobre la puerta decía ahora: « Thomas Goldberg, M. D. Jefe del servicio de Traumatología» .

Goldberg era una excelente elección para su antiguo puesto.

Sin embargo, por alguna razón todavía resultaba doloroso ver esa placa.

Pero, vamos a ver. ¿Esperaba que Manny mantuviera su escritorio y su oficina intactos, como un monumento en su memoria?

La vida seguía su curso. La de ella. La de él. Y la del hospital.

Se dijo que era una idiota nostálgica y comenzó a avanzar por el pasillo alfombrado, mientras jugueteaba nerviosamente con la bata y el bolígrafo que llevaba en el bolsillo y el teléfono móvil que todavía no había tenido necesidad de usar. No tenía tiempo para explicar su regreso del mundo de los muertos, ni para convencer a Manny con halagos, ni para ayudarlo a entender la noticia asombrosa que estaba a punto de darle. Y no tenía más remedio que obligarlo a acompañarla, de una manera o de otra. Sí o sí.

Frente a la puerta cerrada de la oficina de Manny, Jane se tomó un respiro para prepararse y luego siguió adelante.

Pero él no estaba detrás de su escritorio. Ni en la salita de reuniones aneja.

Una rápida ojeada al cuarto de baño... y tampoco estaba allí, y las puertas de vidrio de la ducha no tenían restos de humedad ni había toallas mojadas junto al lavabo, de manera que se dijo que no había aparecido por allí desde hacía tiempo.

De regreso en la oficina, Jane respiró hondo. El ligero aroma de la loción de afeitar que solía usar Manny la hizo tragar saliva.

¡Dios, cómo lo echaba de menos!

La fantasmal doctora sacudió la cabeza y se acercó al escritorio para echar un vistazo a los papeles que había encima. Historias clínicas, montones de memorandos cruzados entre departamentos, informes de los comités de evaluación y de calidad. Como eran más de la cinco de la tarde de un sábado, tenía muchas posibilidades de encontrarlo allí: los fines de semana no había clases con los residentes, así que a menos que estuviera de turno y ocupado con un caso, tenía que haber estado sentado detrás de su escritorio, lidiando con aquel caos de papeles.

Manny realmente trabajaba las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

Al salir de la oficina, Jane revisó el escritorio de la asistente de Manny. Pero allí tampoco había ninguna pista.

La siguiente parada fueron las salas de cirugía. El St. Francis tenía varios niveles de salas de cirugía, todas organizadas por subespecialidades, y Jane se dirigió al módulo en que él solía trabajar. A través del cristal de las puertas dobles, vio una operación de rótula en todo su apogeo, y al lado la de una fea fractura múltiple. Y aunque los cirujanos llevaban mascarillas y gorros, comprobó que ninguno de ellos era Manny. Porque su amigo tenía unos hombros lo suficientemente anchos como para estirar la tela de cualquier traje de cirugía y, además, la música que provenía de las dos salas no coincidía en ningún caso con los gustos del genio. ¿Mozart? Ni en sueños. ¿Pop? Sobre su cadáver.

Manny solía escuchar rock, no duro sino ácido, y heavy metal. Hasta el punto de que, si no fuera contra el protocolo, las enfermeras ya llevarían años usando tapones para los oídos.

¡Joder!, ¿dónde demonios estaba? En esa época del año no había ningún congreso y no tenía vida fuera del hospital. Sólo le quedaba ver si por casualidad estuviera en el Commodore, y fuera profundamente dormido en un sofá de su ático, o en el gimnasio del lujoso edificio.

Mientras se dirigía a la salida, Jane sacó el móvil y marcó el número de la centralita del hospital.

—¿Hola? Buenas tardes. Estoy buscando al doctor Manuel Manello. ¿Mi

nombre? —Mierda, no había pensado un nombre—. Sí, esto... Hannah. Hannah Whit.

Cuando colgó, Jane se dijo que no tenía ni idea de lo iba a decir si le devolvía la llamada. Pero no se preocupó, consciente de que era una genial solucionadora de situaciones que requieren rapidez mental. Si llamaba, algo se le ocurriría. Lástima que hubiese tanta prisa. Si el sol ya se hubiera puesto, uno de los Hermanos podría haber salido del complejo y haber usado sus técnicas de manipulación mental para convencer a Manny y llevarlo a la mansión sin más problemas.

Aunque no podría haber sido Vishous. Algún otro. Cualquier otro.

Su instinto le decía que debía mantener a esos dos lo más alejados que pudiera. Ya tenían una emergencia médica sobre la mesa. Lo último que Jane necesitaba era que su antiguo jefe terminara en el quirófano, de paciente, porque su marido había decidido poner en práctica sus instintos territoriales y le había roto la espina dorsal con sus propias manos. Justo antes de que ella muriera, Manny había demostrado cierto interés en tener con ella una relación que iba más allá de lo profesional. Así que, a menos que se hubiese casado con una de esas barbies con las que le gustaba salir, había cierto riesgo y si, como solía decirse, la ausencia fortalece los sentimientos románticos, lo más posible es que los de Manny hacia ella todavía estuvieran intactos.

Pero, claro, también era probable que la mandara al infierno por haberle mentido acerca de todo eso del accidente y su muerte.

¡Menos mal que Manny no iba a recordar nada de esto!

Jane, sin embargo, estaba muy segura de que nunca iba a olvidar las próximas veinticuatro horas.



El Hospital Veterinario Tricounty tenía unas instalaciones magníficas, de última tecnología. Situado a quince minutos del hipódromo de Aqueduct, tenía desde salas de cirugía y de recuperación con todos los juguetes imaginables, hasta piscinas de hidroterapia y aparatos avanzados de radiología. Su personal estaba integrado por gente que veía en los caballos algo más que inversiones con cuatro patas.

En la sala de cirugía, Manny estudió las radiografías de la pata delantera de su chica y deseó ser el cirujano que entrara a encargarse del problema: podía ver con claridad las fisuras en el radio, pero eso no era lo que le preocupaba. Había un montón de astillas que se habían desperdigado alrededor y esos afilados trozos de hueso orbitaban en torno al extremo bulboso del hueso largo, como lunas en torno a un planeta.

El hecho de que su chica fuera de otra especie no significaba que él no se

podiera hacer cargo de la cirugía. Siempre y cuando el anestesiólogo la mantuviera sedada, Manny podría encargarse del resto. Los huesos eran huesos, después de todo.

Pero no iba a ser tan idiota.

Salió de sus meditaciones y preguntó a su colega, el veterinario jefe.

—¿Qué piensa?

—Mi opinión es que tenemos un panorama bastante gris. Se trata de una fractura múltiple desplazada. El tiempo de recuperación será largo y ni siquiera hay garantía de que puedan regenerarse las fracturas.

El tiempo de recuperación era el mayor problema: los caballos estaban diseñados para mantenerse de pie sobre cuatro puntos de apoyo, distribuyendo su peso de manera equitativa. Cuando se fracturaban una pata, lo más grave no era la fractura misma, sino el hecho de que tenían que redistribuir el peso y apoyarse de manera desproporcionada sobre el lado bueno para mantenerse de pie. Y ahí era donde se presentaban los problemas.

Por lo que estaba viendo, la mayoría de los propietarios elegirían la eutanasia. Su chica había nacido para correr y esta desastrosa lesión iba a hacer que eso fuera imposible. No correría ni fuera de las pistas, si es que sobrevivía. Y, como médico, Manny estaba bastante familiarizado con la crueldad de esas operaciones «heroicas» que terminaban dejando a los pacientes en un estado peor que la muerte, o que no hacían otra cosa que prolongar dolorosamente un final inevitable.

—¡Doctor Manello! ¿Ha oído usted lo que le he dicho?

—Sí, lo he oído.

Al menos este tío, a diferencia del mariquita del hipódromo, parecía estar tan triste como Manny. Manny dio media vuelta, se dirigió al lugar donde yacía su chica y le puso la mano sobre la cara. La piel negra brillaba bajo el efecto de las luces y, en medio de aquella sala cubierta de baldosines de color claro y muebles de acero inoxidable, *Glory* parecía una sombra que alguien hubiese olvidado en el centro de la estancia.

Durante un largo momento, observó cómo el costado de la potranca se expandía y se contraía al ritmo de la respiración. El solo hecho de verla sobre la mesa, con esas hermosas patas estiradas como bates y la cola colgando hasta el suelo le hizo reconocer de nuevo que esos animales habían sido hechos para estar sobre sus patas. Aquella postura parecía completamente antinatural. E injusta.

Mantenerla viva solamente para que él no tuviera que enfrentarse al dolor de su muerte no era la respuesta correcta.

Así que Manny se preparó y abrió la boca...

Pero una vibración dentro del bolsillo de su chaqueta lo interrumpió. Maldijo, sacó el BlackBerry y miró la pantalla, por si fuera una llamada del hospital. ¿Hannah Whit? ¿Un número desconocido?

No la conocía, y además no estaba de turno.

Probablemente se trataba de una equivocación de la telefonista.

Miró al veterinario y dijo lo contrario de lo que acababa de pensar.

—Quiero que la operen.

El corto silencio que siguió le dio tiempo para darse cuenta de que su decisión de no dejarla morir olía a cobardía. Pero ahora no podía enredarse en consideraciones seudopsicológicas, porque podía volverse loco.

—No puedo garantizar nada. —El veterinario volvió a examinar las radiografías—. Ignoro cómo saldrá esto, pero le juro que haré todo lo que pueda.

Dios, ahora vivía en carne propia lo que sentían tantas familias cuando él hablaba con ellas.

—Gracias. ¿Puedo observar desde aquí?

—Por supuesto. Le conseguiré ropa de cirugía. Por lo demás, ya conoce la rutina del lavado de manos y todo eso, doctor.

Veinte minutos después comenzó la operación. Manny ocupó su lugar de observación al lado de la cabeza, acariciando con la mano enguantada las crines de la potranca inconsciente. Mientras el veterinario principal hacía su trabajo, Manny iba aprobando su metodología y sus habilidades... El procedimiento duró poco más de una hora. Todas las astillas fueron retiradas o puestas de nuevo en su lugar. Luego le vendaron la mano y la pasaron de la sala de cirugía a una piscina, para que no se rompiera otra pata cuando se pasara el efecto de los sedantes.

Manny se quedó hasta que la potranca se despertó y luego siguió al veterinario hasta el pasillo.

El veterinario se explicó.

—Sus signos vitales son estables y la operación ha ido bien, pero todo puede cambiar en cualquier momento. Y pasará algún tiempo antes de que sepamos cuál es la situación real.

Mierda. Ese pequeño discurso era exactamente lo mismo que él les decía a los seres queridos y los familiares de los pacientes cuando llegaba el momento de que se fueran a casa y descansaran y esperaran a ver cómo se desarrollaba el postoperatorio.

—Le llamaremos. Le mantendremos informado de todo.

Manny se quitó los guantes y sacó una tarjeta del bolsillo.

—Por si no tienen mis datos en los archivos.

—Los tenemos. —El veterinario cogió la tarjeta de todas maneras—. Si hay algún cambio, usted será el primero en enterarse y yo personalmente le informaré de cómo está evolucionando cada doce horas, cuando haga mis rondas.

Manny asintió con la cabeza y tendió la mano al veterinario.

—Gracias por hacerse cargo de ella.

—De nada.

Después del apretón de manos, Manny hizo un gesto con la cabeza hacia las puertas dobles.

—¿Puedo entrar a despedirme?

—Por favor.

En la sala de recuperación, Manny se tomó unos minutos con su potranca. Dios... Le resultaba muy doloroso.

—Resiste, preciosa. —Susurraba con angustia, pues no parecía ser capaz de respirar bien.

Cuando se enderezó, el personal de la clínica le estaba mirando con una expresión de tristeza que Manny supo que lo acompañaría durante mucho tiempo.

—La vamos a cuidar mucho —dijo un veterinario con tono solemne.

Manny le creyó y eso fue lo único que le dio fuerzas para volver a salir al pasillo.

Las instalaciones del Tricounty eran muy grandes y le tomó algún tiempo cambiarse de ropa y luego encontrar la salida principal, junto a la que había dejado su coche. Afuera el sol ya se había puesto y un resplandor rojizo iluminaba el cielo como si Manhattan se estuviera incendiando. El aire estaba frío, pero flotaba una cierta fragancia floral gracias a los tempranos esfuerzos de la primavera por traer vida al paisaje desolado del invierno. Manny respiró hondo tantas veces que al final se sintió un poco mareado.

Dios, las últimas horas habían pasado tan rápido que todo parecía borroso, pero ahora, a medida que pasaban los minutos, era como si el frenesí hubiese agotado su fuente de energía, o se hubiese estrellado contra un muro de ladrillo y estuviese agonizando.

Cuando sacó del bolsillo la llave del coche, se sintió más viejo que Matusalén. La cadera lo estaba matando, tenía la cabeza a punto de estallar. Evidentemente, la carrera que se pegó en el hipódromo hasta donde estaba *Glory*, por muy bien que se encontrara para sus años, había exigido a sus articulaciones artríticas más de lo que podían hacer.

Qué manera de torcérselo el día. Había pensado que a esta hora estaría invitando a unas copas a los propietarios rivales... y, tal vez, ebrio de triunfo, hasta habría aceptado el generoso ofrecimiento oral de la señorita Hanson.

Se subió al Porsche y lo puso en marcha. Caldwell estaba a unos cuarenta y cinco minutos al norte de Queens y su coche prácticamente podía llegar solo hasta el Commodore. Lo cual era una buena cosa, pues casi no era capaz de conducir. Se sentía como un maldito zombi.

Nada de radio. Ni música del iPod. Tampoco pensaba devolver llamada alguna.

Al llegar a la carretera que llevaba al norte, Manny sencillamente fijó la vista en la ruta que tenía frente a sus ojos y resistió el impulso de dar media vuelta y...

¿Y qué? ¿Dormir junto a su yegua?

Pero no, si lograba llegar sano y salvo a su ático, allí encontraría un poco de ayuda. Tenía una botella de whisky Lagavulin sin abrir y podía tomarse el tiempo que quisiera. En lo que tenía que ver con el hospital, estaba de descanso hasta el lunes a las seis de la mañana, así que tenía el propósito de emborracharse y quedarse así hasta entonces.

Mientras llevaba el volante forrado en cuero con una mano, metió la otra entre la camisa de seda para buscar su crucifijo y, tras apretarlo, elevó al cielo una plegaria.

Dios..., por favor, permite que se recupere.

No se sentía capaz de soportar la pérdida de otra de sus chicas. Y tan seguidas. Jane Whitcomb había muerto hacía un año, pero eso solo era lo que decía el calendario. En su corazón parecía que el accidente hubiese ocurrido hacía apenas minuto y medio.

Manny no quería pasar por todo eso otra vez. De ninguna manera.

CAPÍTULO

4



El centro de Caldwell tenía muchos edificios altos con fachadas llenas de cristales, pero había muy pocos como el Commodore. Con sus treinta pisos, se destacaba entre los más altos de aquel bosque de cemento. Los cerca de sesenta áticos que albergaba tenían todos los lujos posibles, con abundancia de mármol y cromo, y por supuesto con el sello de un diseñador de moda.

En el piso veintisiete, Jane recorría el ático de Manny en busca de señales de vida, pero nada. Literalmente, no había encontrado nada. El lugar parecía más una pista de baile, pues los muebles se reducían a las tres cosas que había en la sala y una cama inmensa en la habitación principal.

Eso era todo.

Bueno, y unos cuantos taburetes forrados en cuero que había junto a la gran mesa de la cocina. ¿Y en las paredes? La única cosa que alteraba su desnudez era una pantalla de televisión de plasma del tamaño de una mesa de billar. Los suelos de madera carecían de alfombras y lo único que había allí eran aparatos para hacer ejercicio y... y zapatillas deportivas.

Lo cual no quería decir que Manny fuera un cerdo. No tenía suficiente basura

para ser considerado un cerdo.

Cada vez más angustiada, la muerta viviente entró en la habitación y vio varios montones de ropa de cirugía sucia en el suelo, como charcos después de una tormenta y... nada más.

Pero la puerta del armario estaba abierta. Miró.

—¡Maldita sea!

En el suelo se alineaban una maleta pequeña, una mediana y una muy grande... faltaba una, la simplemente grande. Y un traje, a juzgar por la percha vacía que colgaba en medio de los demás trajes.

Se había ido de viaje. Tal vez de fin de semana.

Sin muchas esperanzas, Jane volvió a marcar el número del hospital y volvió a pedir que lo localizaran...

Entonces sonó el pito de llamada en espera. Jane miró el número y volvió a maldecir.

Respiró profundamente y contestó:

—Hola, V.

—¿Nada?

—Nada de nada. Ni en el hospital, ni aquí, en el ático. —El gruñido sutil que se oyó al otro lado de la línea aumentó su sensación de fracaso—. Y también busqué en el gimnasio antes de subir.

—Entré subrepticamente en el sistema del St. Francis y encontré su agenda.

—¿Dónde está?

—Lo único que dice es que Goldberg está de turno. Mira, y a se hizo de noche. Podré salir de aquí dentro de unos...

—No, no... quédate con Payne. Ehlena es magnífica, pero creo que de todas formas tú también debes estar ahí.

Hubo una larga pausa, como si V se diera cuenta de que estaba tratando de mantenerlo lejos.

—Entonces, ¿adónde planeas ir ahora?

Jane apretó el teléfono y se preguntó a quién debería rezarle. ¿A Dios? ¿A la madre de V?

—No lo sé. Le he puesto ya dos mensajes.

—Cuando lo encuentres, llámame y yo iré a buscaros.

—Soy perfectamente capaz de llevarlo hasta la casa...

—No te alarmes, no le voy a hacer daño, Jane. No estoy planeando acabar con él, de verdad.

Sí, pero a juzgar por ese frío tono de voz, no dejaba de recordarse que hasta los mejores planes podían salir mal... Jane estaba segura de que lo dejaría vivir para que tratase a su gemela. Pero después, ¿qué? La mujer tenía sus dudas, en especial si las cosas no salían bien en la sala de cirugía.

—Voy a esperar aquí un poco más. Tal vez aparezca. O llame. Si no, ya

pensaré algo.

En medio del largo silencio que siguió, Jane prácticamente pudo sentir el chorro de aire helado a través del teléfono. Su pareja hacía muchas cosas bien: pelear, follar, lidiar con cualquier problema informático. Pero lo de controlarse cuando se veía obligado a quedarse quieto, ya era otra cosa. El autodominio no era una de sus principales habilidades. De hecho, dejarlo inactivo era la mejor manera de enloquecerlo.

A ella le molestaba aquella desconfianza de V.

—Quédate con tu hermana, Vishous. —Jane usó ahora un tono neutral, más frío—. Te mantendré al tanto.

Silencio.

—Vishous, cuelga y ve a hacerle compañía a tu hermana.

Vishous no dijo nada más. Solo cortó la comunicación.

Al terminar la llamada, Jane soltó una maldición.

Una fracción de segundo después, estaba marcando de nuevo en su móvil y en cuanto oyó que una voz profunda contestaba tuvo que secarse una lágrima que, a pesar de su apariencia translúcida, parecía muy, pero muy real.

—Butch. Necesito tu ayuda. —Su voz casi se quebró al decirlo.



Cuando desapareció la poca luz que quedaba después del crepúsculo y la noche comenzó su turno laboral, se suponía que el coche de Manny ya debía haber llegado a casa. Se suponía que debía haber ido directamente hacia el centro de Caldwell.

Pero en lugar de eso terminó en el extremo sur de la ciudad, donde los árboles eran muy altos y los prados superaban en número a las zonas asfaltadas.

Eso tenía sentido. Los camposantos debían tener mucha amplitud y mucha tierra, porque la palmaba todo el mundo y no era fácil amontonar ataúdes ni meterlos debajo del cemento o del asfalto.

Bueno, se podía hacer, pero eso eran mausoleos y nichos, ciudades de muertos, para entendernos, que a él no le gustaban.

El camposanto Campo de Pinos no cerraba hasta las diez de la noche y sus inmensas rejas de hierro estaban abiertas de par en par, mientras que las farolas de hierro forjado que iluminaban los senderos brillaban con una luz amarillenta en medio del laberinto de senderos. Al entrar, Manny tomó a la derecha y las farolas del Porsche iluminaron varias formaciones de tumbas marcadas con lápidas en medio del césped.

El lugar hacia el que se dirigía como si lo hubiesen hipnotizado era un monumento que carecía de significado. No había ningún cuerpo enterrado a los pies de la lápida de granito, porque no hubo ningún cuerpo que enterrar. Tampoco

cenizas que guardar en una urna, o al menos nada que pudieran estar seguros que no formaba parte del Audi que se había incendiado.

Después de recorrer cerca de un kilómetro de senderos serpenteantes, Manny soltó el acelerador y dejó que el coche se detuviera lentamente. Hasta donde podía ver, era el único visitante de todo el camposanto, lo cual le parecía muy bien. No había necesidad de tener público.

Al bajarse del coche, el aire frío no pareció ser de mucha ayuda para aclarar sus pensamientos, pero al menos los pulmones tuvieron algo que hacer mientras inhalaba profundamente y caminaba sobre el incipiente césped primaveral. Manny tuvo mucho cuidado de no pisar ninguna tumba mientras avanzaba; claro, no es que los muertos se fueran a dar cuenta de que se encontraba sobre ellos, pero esa parecía la actitud más respetuosa en un lugar así.

La tumba vacía de Jane se encontraba un poco más adelante y Manny disminuyó el ritmo de sus pasos al acercarse, no a sus restos mortales, sino a la ausencia de ellos. A lo lejos, el silbato de un tren interrumpió el silencio y ese sonido triste resultó tan condenadamente apropiado a la situación que Manny sintió como si estuviera en medio de una película que no aguantaría ni dos minutos en la tele de casa y mucho menos iría a ver a cine.

—Mierda, Jane.

Se puso en cuclillas y pasó los dedos por encima del borde irregular de la lápida. Él mismo había elegido aquella losa negra porque a Jane no le habría gustado nada un color pastel o similar. Y la inscripción era igual de sencilla y discreta; sólo el nombre de Jane, las fechas de nacimiento y muerte, y una frase al final: « Descanse en paz » .

Con eso iba a ganar el premio a la originalidad, pensó Manny.

Recordaba con precisión el momento en el que se enteró de su muerte. Estaba en el hospital, claro. Fue al final de un día y una noche muy largos, que comenzaron con la rodilla de un jugador de hockey y terminaron con la espectacular reconstrucción de un hombro, éxito que tenía que agradecer al drogadicto que había decidido que era capaz de volar.

Acababa de salir del quirófano, cuando se encontró a Goldberg esperándolo junto a los lavabos. Con un solo vistazo a la cara pálida de su colega, Manny supo que pasaba algo gordo. Con la mascarilla colgándole como un babero, preguntó qué demonios estaba ocurriendo, suponiendo que debía de tratarse de un accidente de cuarenta coches en la autopista, o una catástrofe aérea, o un hotel en llamas... algo que representara una gran tragedia para toda la ciudad y trabajo y gloria para su gremio.

Solo que en ese momento miró por encima del hombro de su colega y vio a cinco enfermeras y a otros tres médicos. Todos se encontraban en el mismo estado de Goldberg... y ninguno parecía tener mucha prisa para llamar a otros miembros del equipo o preparar las salas de cirugía.

Correcto. Era algo que afectaba a la comunidad. Pero a su pequeña comunidad.

—¿Qué ha pasado? ¿De quién se trata?

Goldberg había mirado hacia atrás en busca de un poco de apoyo de sus compañeros y ahí fue cuando Manny lo adivinó. Y aunque sintió que las entrañas se le congelaban, se aferró a la esperanza irracional de que el nombre que estaba a punto de salir de la boca de su colega no fuera el de...

—Jane. Un accidente de tráfico.

Manny no perdió ni un instante.

—¿En cuánto tiempo pueden traerla aquí?

—No serviría de nada.

Al oír eso, Manny no dijo nada. Sólo se quitó la mascarilla de la cara, la hizo un ovillo y la arrojó al cubo más cercano.

Al pasar junto a Goldberg, su colega había vuelto a abrir la boca para decir algo, pero él se lo prohibió.

—Ni una palabra. No. Quiero. Oír. Ni. Una. Palabra.

El resto del personal se apresuró a quitarse de su camino, abriéndole paso como una tela que se parte en dos.

De vuelta al presente, Manny pensó que no podía recordar adónde había ido o qué había hecho después; cuantas veces evocaba todo lo sucedido aquella noche, esa parte era un agujero negro. En cierto momento, sin embargo, había llegado a su ático, porque dos días después se había despertado allí, todavía vestido con la ropa de cirugía ensangrentada con la que había operado la aciaga noche.

Una de las ironías de todo el asunto era pensar en la cantidad de gente accidentada en las carreteras a la que Jane había salvado. El hecho de que muriera de esa forma parecía una venganza de la muerte por todas las almas que ella le había arrebatado de sus manos huesudas.

El pitido de otro tren hizo que a Manny le dieran ganas de gritar.

Eso y el hecho de que su maldito móvil estaba sonando de nuevo con un mensaje.

Hannah Whit. ¿Otra vez?

¿Quién demonios será?

Frunció el ceño y miró de reojo la lápida. La hermana menor de Jane se llamaba Hannah, si no estaba equivocado. Whit. ¿Whitcomb?

Pudiera ser, si no hubiera muerto siendo una niña.



Jane se paseaba nerviosamente de un lado a otro.

Por Dios, debería haber llevado sus zapatillas deportivas, las que usaba para correr, pensó mientras daba otra vuelta al ático de Manny. Por enésima vez.

Ya se habría marchado del ático si hubiera tenido idea de qué otra cosa hacer, pero ni siquiera su inteligente cerebro parecía capaz de sugerirle algo verdaderamente útil.

Que ahora sonara el móvil no era exactamente una buena noticia. No quería decirle a Vishous que cuarenta y cinco minutos después todavía no tenía nada que contarle.

No obstante, Jane sacó su móvil.

—Ay... Por Dios.

Ese número. Esos dígitos que solía tener en marcación rápida en todos los teléfonos que había poseído en su anterior vida. *Manny*.

Cuando oprimió el botón para contestar, sintió que su mente se quedaba en blanco y los ojos se le llenaron de lágrimas. Su querido viejo amigo y colega...

—¿Hola? —Era Manny, no había duda—. ¿Señorita Whit?

Al fondo Jane oyó el silbido de un tren.

—¿Hola? ¿Hannah? —Ese odioso y querido tono de voz... una voz ronca y autoritaria—. ¿Hay alguien ahí?

A lo lejos se oyó de nuevo el silbato amortiguado.

Por Dios... pensó Jane. Ya sabía dónde se encontraba su amigo.

Colgó y se apresuró a salir volando del ático, para atravesar el centro y dirigirse más allá de los barrios que quedaban a las afueras de la ciudad. Viajando como un espectro, a la velocidad de la luz, sus moléculas atravesaron la noche en un remolino que cubrió varios kilómetros en un segundo, como si fueran sólo centímetros.

El camposanto Campo de Pinos es el típico sitio para moverte por el cual necesitas un plano, pero cuando eres solo éter en el aire, puedes recorrer cientos de metros en un abrir y cerrar de ojos y encontrar enseguida el punto buscado, aunque des muchas vueltas.

Al llegar a su tumba, Jane respiró hondo y casi dejó escapar un sollozo. Ahí estaba, en carne y hueso. Su jefe. Su colega. La persona que había dejado atrás. Y estaba junto a la lápida negra que llevaba grabado su propio nombre.

Muy bien, en ese momento Jane se dio cuenta de que había tomado la decisión correcta al no asistir a su funeral. Lo único que se había permitido a sí misma fue leer la noticia en el *Caldwell Courier Journal*, y ver la fotografía de todos esos cirujanos y miembros del personal del hospital y pacientes le había roto el corazón.

Pero esto era mucho peor.

Y Manny parecía estar como ella: destrozado por dentro.

Por Dios, esa loción para después del afeitado seguía oliendo muy bien... y a pesar de que había perdido unos cuantos kilos continuaba siendo un hombre mortalmente atractivo, con ese pelo oscuro y esa cara de rasgos duros. Llevaba un traje a rayas de corte perfecto, pero había unas manchas de barro alrededor

de los bajos de los pantalones cuidadosamente planchados. Y los mocasines también estaban llenos de barro, lo cual le hizo preguntarse dónde demonios habría estado. Ciertamente no se había ensuciado en el camposanto: todo aquello estaba seco y cuidadosamente cubierto de césped...

Al ver que los dedos de Manny descansaban sobre la lápida, Jane pensó que debió de ser él quien la eligió. Nadie más habría tenido el buen sentido de ponerle exactamente lo que ella hubiese querido. Nada adornado ni meloso. Una frase breve, austera, elegante y al grano.

Jane hizo un esfuerzo y lo llamó.

—Manny.

El hombre levantó la cabeza, pero no miró hacia donde ella estaba, como si estuviera convencido de que había oído esa voz solo en su mente.

Tras condensar sus moléculas hasta formar un cuerpo sólido, Jane habló más alto.

—Manny.

Bajo cualquier otra circunstancia, la reacción habría sido para partirse de la risa, pues Manny se volvió bruscamente, luego lanzó un grito, se tropezó con la lápida y cayó sentado en el suelo.

—¿Qué... diablos... estás haciendo aquí? —Jadeaba, estupefacto, trastornado. La expresión de su rostro fue pasando rápidamente del horror al desconcierto y la incredulidad total.

—Lo siento.

Era una frase completamente estúpida, pero eso fue lo único que su boca pudo articular.

Y eso sería lo único por un rato, pues la visión de aquellos ojos castaños la dejó repentinamente sin palabras.

Manny se puso de pie rápidamente y su mirada oscura recorrió el cuerpo de Jane de arriba abajo. Y otra vez de arriba abajo. Nuevamente hacia arriba... y se clavó en su rostro.

De pronto estalló la ira. Y el dolor de cabeza, evidentemente, a juzgar por la mueca de dolor que hizo y la manera en que se sujetó las sienes.

—¿Esto es una broma macabra?

—No. —Jane casi hubiera deseado que así fuera—. Lo siento.

La expresión de rabia que cubrió la cara de Manny le resultaba a Jane dolorosamente familiar y entonces pensó en lo irónico que era que se pudiera sentir nostalgia de una expresión como esa.

—¿Lo sientes?

—Manny, y o...

—Yo te enterré. ¿Y tú lo sientes? ¿Qué coño es esto?

—Manny, no tengo tiempo de darte explicaciones. Te necesito.

Manny la miró con rabia durante un largo momento.

—¿Apareces después de un año de estar muerta y dices que me necesitas?

La realidad del tiempo transcurrido se le hizo agudamente dolorosa a Jane. Y también todo lo demás.

—Manny, no sé qué decirte.

—Ah ¿de verdad? ¡Aparte de que se te había olvidado contarme que estás viva, no sabes de qué charlar conmigo!

Manny se quedó mirándola fijamente. Solo mirándola.

Luego, con voz ronca, volvió a hablar.

—¿Tienes alguna idea de lo que ha significado perderte? —Rápidamente se pasó una mano por los ojos—. ¿La tienes?

Jane sintió un dolor en el pecho que casi le hacía difícil respirar.

—Sí. Porque yo también te perdí... perdí mi vida contigo y perdí el hospital.

El genial médico comenzó a pasearse de un lado a otro frente a la lápida. Y aunque Jane quería acercarse, sabía que no debía hacerlo.

—Manny, si hubiese habido alguna manera de regresar junto a ti, lo habría hecho.

—Lo hiciste. Una vez. Pensé que había sido un sueño, pero no lo fue. ¿Verdad?

—No, no lo fue.

—¿Cómo entraste en mi ático?

—Solo entré, qué más da la forma.

Manny se detuvo y se quedó mirándola, mientras la lápida se erguía entre ellos.

—¿Por qué lo hiciste, Jane? ¿Por qué fingiste tu muerte?

Bueno, en realidad ella no lo había hecho.

—Ahora no tengo tiempo de explicártelo.

—¿Entonces qué demonios estás haciendo aquí? ¿Qué tal si me explicas eso?

Jane suspiró.

—Tengo un paciente en estado crítico y quiero que tú te hagas cargo de él. No te puedo decir adónde tengo que llevarte y no te puedo dar muchos detalles y sé que esto no es justo... pero te necesito. —Jane quería desmoronarse allí mismo. Romper en llanto. Abrazarlo. Pero siguió adelante, simplemente porque tenía que hacerlo—. Llevo horas buscándote, así que se me está agotando el tiempo. Sé que estás furioso y confundido y no te culpo. Pero enójate conmigo más tarde... ahora ven conmigo. *Por favor.*

Lo único que Jane podía hacer era esperar. Manny no era una de esas personas a las que puedes enredar con palabras, y no era fácil de persuadir. Él decidiría qué hacer... si ir o no ir.

Y si decidía no ir, desgraciadamente Jane tendría que llamar a los Hermanos. A pesar de lo mucho que quería y extrañaba a su antiguo jefe, Vishous era su hombre y preferiría morirse antes de permitir que algo le sucediera a su

hermana.

De una manera u otra, Manny operaría esa noche.

CAPÍTULO

5



Butch O'Neal no era la clase de hombre que abandona a una dama en apuros. Era consecuencia de su educación a la antigua... el policía que llevaba dentro... el católico devoto y practicante que escondía en lo más profundo de su ser. Una vez establecido eso, hay que decir que, en el caso de la llamada telefónica que acababa de recibir de la adorable y talentosa doctora Jane Whitcomb, la caballerosidad no tuvo nada que ver con el hecho de que Butch se levantara enseguida y saliera corriendo. No tuvo que ver ni lo más mínimo.

Al salir a toda prisa de la Guarida y arrancar a correr por el túnel subterráneo hacia el centro de entrenamiento de la Hermandad, los intereses de Butch y los de Jane estaban totalmente alineados, incluso sin tener en cuenta el tema de la caballerosidad: los dos tenían pánico de que V se fuera a salir de madre nuevamente.

Los síntomas ya estaban presentes: lo único que tenía que hacer era mirarlo y podrías ver que la tapa de su olla a presión se estaba sacudiendo con fuerza a causa del calor y el torbellino que se desencadenaba dentro. ¿Qué hacer con toda esa presión? Tenía que salir de alguna manera, y en el pasado había causado los

peores estragos.

Al salir a través de la puerta oculta y entrar en la oficina, Butch giró a la derecha y atravesó como una flecha el largo pasillo que llevaba hasta las instalaciones médicas. El suave olor a tabaco turco que flotaba en el aire le indicó con precisión dónde encontrar su objetivo, aunque tampoco es que necesitara pistas para hacerlo.

Cuando llegó ante la puerta cerrada de la sala de reconocimiento, se arregló los puños de su camisa Gucci y se acomodó el cinturón.

Dio un golpecito suave en la puerta, aparentando serenidad, aunque el corazón le latía con fuerza.

Vishous no respondió con un «pase», sino que entreabrió la puerta y salió de medio lado, cerrando la puerta tras él.

Mierda, tenía mal aspecto. Y las manos le temblaban ligeramente mientras liaba uno de sus cigarros. Al ver que V comenzaba a mojar el papel para cerrarlo, Butch se sacó del bolsillo un mechero, lo encendió y se lo acercó.

Cuando su mejor amigo se aproximó a la llama color naranja, Butch pensó que conocía todas las señales que veía en ese rostro cruel e impenetrable.

Jane tenía toda la razón. El pobre diablo estaba al borde de la locura y se estaba conteniendo a duras penas.

Vishous dio una buena calada al cigarro y luego se recostó contra el muro de bloques de hormigón, con los ojos fijos al frente y las piernas bien plantadas en el suelo.

Después de un rato miró al amigo.

—¿No me vas a preguntar cómo estoy?

Butch adoptó la misma posición, justo al lado de su amigo.

—No necesito hacerlo.

—¿Quieres decir que ahora sabes leer el pensamiento?

—Pues sí, mira por dónde.

V se inclinó hacia un lado y dejó caer la ceniza en la papelera.

—Entonces dime qué estoy pensando.

—¿Estás seguro de que quieres que discutamos este asunto tan cerca de tu hermana? —Al ver que eso le arrancaba a su amigo una sonrisa, Butch miró el perfil de V. Los tatuajes que tenía alrededor del ojo se veían especialmente siniestros, probablemente por la tensión contenida, palpable en la expresión, casi una aureola que enmarcaba el rostro—. Bromas aparte, no querrás que trate de adivinarlo, V.

—No importa. Haz un intento.

Eso significaba que V necesitaba hablar, pero, a su manera tan característica, estaba demasiado encerrado en sí mismo para poder hacerlo. El tío siempre se cerraba a toda posibilidad de relación e intercambio de opiniones, pero al menos ahora había mejorado. Antes ni siquiera hubiese abierto la puerta con un juego

de este tipo.

—Payne te pidió que te hicieras cargo de ella si esto no funcionaba, ¿no es así? —A Butch le costó poner en palabras lo que tanto temía, y se le notó por el tono—. Y no estamos hablando de cuidados paliativos.

La respuesta de V fue un interminable suspiro.

—¿Qué vas a hacer? —Hizo la pregunta por seguir hablando, dándole un poco de calor, aunque ya conocía la respuesta.

—No vacilaré.

Su amigo no lo dudaba, y también sabía que la idea de que podría ocurrir ese drama, la mera idea, le partía el corazón. Maldita vida. Algunas veces las situaciones en las que te ponía eran sencillamente demasiado crueles.

Butch cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás, hasta apoyarla en la pared. Para los vampiros, la familia lo es todo. Tu pareja, los hermanos junto a los que luchas, tu sangre... eso es el mundo entero.

Y siguiendo esa teoría, en la medida en que V sufría, Butch también sufría. Y Jane. Y el resto de la Hermandad.

—Con suerte las cosas no llegarán a ese extremo. —Butch miró de reojo la puerta cerrada—. La doctora Jane va a encontrar a ese tío. Esa mujer es incansable, y tiene un olfato magnífico.

—¿Sabes lo que estaba pensando hace unos diez minutos?

—¿Qué?

—Aunque no hubiese sido de día, ella habría querido ir a buscar a ese tío sola.

Al sentir que el olor de los machos enamorados se esparcía por el aire, Butch pensó: Bueno, claro. Jane y el cirujano habían sido íntimos durante varios años, así que, si había que hacer algún trabajo de persuasión, le sería más fácil si estaba sola; suponiendo, claro, que pudiera superar todo el asunto engorroso de encontrarse de vuelta del mundo de los muertos. Además, V era un vampiro. Joder, eso por sí se necesitara otro ingrediente para complicar más las cosas.

Más valía que el pobre cirujano midiera uno cincuenta, tuviera los ojos a los lados de la cabeza y cara de Yogui. O sea, que fuera un oso. Porque sería la única manera de poder salvarse si el instinto de macho enamorado de V se ponía en acción.

Butch, preocupado, trató de calmar al celoso vampiro, que cada vez tenía peor cara.

—No debes enfadarte. ¿Crees que puedes culparla?

—Ahora no pensaba en mi mujer y el tipo ese. Pensaba en la que está aquí al lado, sufriendo. Es mi hermana gemela. —V se la mano por su pelo negro—. Maldición, mi hermana.

Butch tenía cierta idea de lo que significaba perder a alguien querido, así que sí, podía entenderlo perfectamente. Y, joder, prometía no separarse del lado de su amigo: él y Jane eran los únicos que podían controlar a V cuando estaba en

aquel estado. Y Jane iba a estar ocupada con ese cirujano y con la paciente...

El sonido del móvil de V los hizo saltar a los dos, pero el hermano se recuperó rápidamente y el teléfono no alcanzó a sonar por segunda vez antes de que se lo llevara a la oreja.

—¿Sí? ¿De veras? Gracias... maldición... sí. Estupendo. Nos veremos aquí en el estacionamiento. Está bien. —Hubo una breve pausa y V miró de reojo a su alrededor, como si quisiera estar solo.

Desesperado por volverse invisible, Butch clavó la mirada en sus mocasines Gucci. El hermano no era ducho en demostraciones públicas de afecto, ni se le daba bien hablar sobre temas personales con Jane cuando había gente a su alrededor. Lo mejor hubiera sido no estar allí, pero como era mestizo Butch no se podía desmaterializar. Y además ¿dónde diablos podía esconderse?

Después de que V susurrara un rápido «adiós», le dio una buena calada a su cigarro y luego habló a su amigo.

—Ya puedes dejar de fingir que no estás aquí.

—¡Qué alivio! Porque se me da muy mal.

—No tienes la culpa de ocupar un poco de espacio.

—Entonces, ¿lo ha encontrado? —Al ver que Vishous asentía con la cabeza, Butch se puso muy serio—. Prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Que no vas a matar a ese cirujano. —Butch sabía exactamente lo que significaba tener un tropiezo en el mundo exterior y caer en esa madriguera llena de vampiros. En su caso el asunto había terminado bien, pero, ¿qué pasaría con Manello?—. Esto no es culpa de ese tío ni es su problema.

V arrojó la colilla a la papelera y lo miró de reojo, con esos ojos con aspecto diamantino, fríos como una noche en el Ártico.

—Ya veremos cómo se desarrollan las cosas, policía.

Y diciendo eso, dio media vuelta y entró en el lugar donde se encontraba su hermana.

Bueno, al menos el desagraciado es sincero, pensó Butch, y soltó una maldición.



A Manny no le gustaba en absoluto que alguien que no fuera él condujera su Porsche 911 Turbo. De hecho, aparte del mecánico que se encargaba del coche, nadie lo había llevado jamás.

Esa noche, sin embargo, Manny permitió que Jane se pusiera al volante porque, en primer lugar, la mujer era bastante competente y podía meter las marchas sin destrozar la transmisión. En segundo lugar, Jane había insistido en que la única manera de llevarlo a donde se dirigían era conduciendo ella; y en

tercer lugar, él todavía estaba un poco tembloroso después de ver que alguien a quien había enterrado hacía un año aparecía de repente entre los arbustos y lo saludaba.

Así que seguramente no sería buena idea ir a los mandos de una máquina muy fina, a ciento veinte kilómetros por hora.

Manny no podía creer que estuviera sentado junto a Jane, en su coche, rumbo al norte.

Por supuesto, había aceptado la solicitud de Jane. Se convertía en un idiota cuando estaba frente a una mujer en apuros... y también era un cirujano adicto al bisturí, enganchado a los quirófanos.

Obviamente.

Eso no quería decir que no tuviera cientos de preguntas dándole vueltas en la cabeza. Y que no estuviera furioso. Sí, claro que lo estaba. Manny tenía la esperanza de poder aclarar las cosas en algún momento, para que todos volvieran a quedar tranquilos y felices, pero tampoco se moría por llegar a ese momento de sinceridad y sensiblería. Qué irónico. ¿Cuántas veces había mirado hacia el techo por las noches, mientras se encontraba acostado en su cama con su nuevo amigo el Lagavulin, y había suplicado que algún milagro hiciera posible que su antigua jefe de traumatología regresara con él?

El médico genial miró de reojo a Jane. Iluminado por el reflejo de las luces del tablero, el perfil de Jane seguía revelando una gran inteligencia. Una gran fuerza.

Todavía era la clase de chica que le atraía.

Pero eso ya nunca se traduciría en algo más. Pues aparte del obstáculo que suponía la inmensa mentira acerca de su muerte, ahora llevaba un anillo de metal gris en su mano izquierda.

—Te has casado.

Jane no lo miró ni un momento, siempre atenta al volante.

—Sí, me casé.

El dolor de cabeza que le había asaltado en cuanto hizo su aparición, pasó de golpe a hacerse insoportable. Brumosos recuerdos almacenados en su inconsciente comenzaban a atormentarlo. Necesitaba entender lo que sucedía.

Sin embargo, tenía que suspender aquel esfuerzo mental, aquella búsqueda cognitiva, antes de acabar sufriendo un aneurisma. Además, tampoco estaba sirviendo de nada, pues a pesar de lo mucho que trataba de recordar, no parecía poder llegar al meollo del asunto y tenía la sensación de que se podía producir un daño irreparable si seguía intentándolo.

Al mirar por la ventana del coche, Manny vio pinos frondosos y robles llenos de retoños, que se erguían bajo la luz de la luna y componían el bosque que rodeaba los extremos de Caldwell y que se iba volviendo más espeso a medida que se alejaban de la ciudad y su asfixiante amontonamiento de gente y

edificios.

El hombre habló con inmensa tristeza.

—Aquí fue donde encontraste la muerte. O al menos donde fingiste que habías muerto.

Un ciclista había encontrado su Audi entre los árboles, en un tramo de carretera que no estaba lejos de allí, después de que el coche se saliera de la carretera. Sin embargo, no habían hallado ningún cuerpo... pero no debido al fuego, según parecía.

Jane carraspeó.

—Lamento que lo único que pueda decir sea « Lo siento » . Es una mierda.

—Yo tampoco estoy muy feliz que digamos.

Silencio. Mucho silencio. Pero Manny no era de los que seguían haciendo preguntas cuando lo único que recibían como respuesta era « lo siento » .

—Desearía haber podido contártelo —dijo ella de repente—. Lo más difícil de todo lo que hube de vivir fue dejarte a ti.

—Pero no dejaste de trabajar, ¿verdad? Porque veo que todavía ejerces como cirujana.

—Sí, así es.

—¿Cómo es tu marido?

Al oír eso, Jane se encogió de hombros, y de ánimo.

—Ya lo conocerás.

Genial. Estupendo.

Jane aminoró la velocidad y giró a la derecha para tomar... ¿una carretera descarnada? ¿Qué demonios era eso?

El cirujano se alarmó. Después de lo ocurrido a la yegua, no quería tener que llorar por este otro ser querido, su coche.

—Para tu información, este coche fue diseñado para rodar por pistas de carreras y carreteras de primera clase, no por vías sin pavimentar.

—Es la única manera de llegar.

¿Adónde?, se preguntó Manny. Pero dijo otra cosa:

—Vas a quedar en deuda conmigo por esto.

—Lo sé. Pero tú eres el único que puede salvarla.

Manny se volvió a mirar a Jane enseguida.

—No me habías dicho que se trata de una mujer.

—¿Es que eso tiene alguna importancia?

—Teniendo en cuenta la cantidad de cosas que no entiendo de todo este asunto, todo es importante.

Unos diez metros más adelante, pasaron el primero de una interminable serie de charcos que parecían tan profundos como un maldito lago. A medida que el Porsche pasaba salpicando agua a diestra y siniestra, Manny notaban cómo rozaban contra el suelo sus delicadas entrañas. Habló entre dientes:

—Al diablo con la paciente. Quiero que me pagues por lo que le estás haciendo a mi chasis.

Jane soltó una risita y eso le causó a Manny un agudo dolor, pero también le ayudó a poner las cosas en perspectiva. La verdad era que ellos dos nunca habían estado juntos. Claro, él sintió una gran atracción. Una enorme atracción. Y hubo algo así como un beso. Pero eso era todo.

Y ahora ella era la esposa de otro.

Además de haber regresado del reino de los muertos.

Por Dios, ¿qué clase de vida era esa? Aunque tal vez todo esto no era más que un sueño y esa idea le alegró porque así tal vez resultaría que *Glory* tampoco se había fracturado una pata.

—No me has dicho qué clase de lesión tiene la paciente.

—Fractura de columna. Entre la sexta y la séptima vértebras torácicas. No tiene sensibilidad por debajo de la cintura.

—Mierda, Jane... es un encargo muy jodido.

—Ahora entenderás por qué te necesitaba con tanta desesperación.

Cerca de cinco minutos después, llegaron a una reja que parecía levantada durante las Guerras Púnicas: las puertas, torcidas, colgaban del marco y la cadena que pendía de una de ellas estaba totalmente oxidada y tenía varios eslabones rotos. ¿Y qué pasaba con la valla de la que formaba parte? Prácticamente había desaparecido y solo se veían unos cuantos trozos de alambre de púas que sin duda vieron mejores épocas.

Sin embargo, la maldita cosa se abrió con total suavidad. Y al atravesarla, Manny vio la primera cámara de vídeo.

A medida que avanzaban a paso de tortuga, una extraña neblina se fue extendiendo de repente y el paisaje se volvió tan borroso que Manny sólo podía ver medio metro adelante del coche. Por Dios santo, era como estar en medio de un episodio de *Scooby Doo*.

Y luego se produjo una extraña progresión: la siguiente reja que atravesaron estaba en condiciones ligeramente mejores, y la que vino después parecía incluso más nueva y la cuarta no parecía tener más de un año.

La última reja a la que llegaron brillaba de pies a cabeza y parecía sacada de la prisión de Alcatraz: tenía casi ocho metros de altura y rótulos que advertían que estaba electrificada. ¿Y qué había del muro al que daba acceso? No se trataba de nada pensado para detener al ganado, más bien algo diseñado para contener velocirraptores; y al cirujano le dio la impresión de que esa pared de cemento escondía otro muro de piedra de medio metro de ancho.

Manny volvió la cabeza para mirar a Jane cuando atravesaron la reja y comenzaron a descender hacia un paso subterráneo que podría haber sido cualquiera de los túneles que comunican Manhattan con sus alrededores. Y cuanto más bajaban, más se imponía en la cabeza de Manny la gran pregunta

que le había estado rondando desde que la vio aparecer en el camposanto: ¿Por qué fingir que estaba muerta? ¿Por qué causar en la vida de Manny, y la de todos los que trabajaban con ella en el St. Francis, el caos que su muerte había producido? Jane nunca había sido una persona cruel, ni una mentirosa, y no tenía ningún problema financiero ni nada de lo que debiera huir.

De repente lo entendió sin que ella dijera ni una palabra:

El gobierno de los Estados Unidos de América.

Unas instalaciones como aquellas, con tanta seguridad... escondidas en las afueras de una ciudad importante, pero no tan grande como Nueva York o Los Ángeles o Chicago, tenían que ser cosa del gobierno. ¿Quién, si no, podía permitirse el lujo de montar algo así?

¿Y quién demonios sería la mujer a la que iba a tratar?

El túnel terminaba en un aparcamiento subterráneo que seguía las normas internacionales, con sus columnas y sus espacios demarcados por líneas amarillas... y a pesar de lo inmenso que parecía ser estaba casi vacío, excepto por un par de furgonetas comunes y corrientes, de cristales oscuros, y un pequeño autobús también de vidrios polarizados.

Antes de que Jane terminara de aparcar el Porsche, se abrió de par en par una puerta de acero y...

Una sola mirada al tío enorme que salió por ella hizo que el médico sintiera que la cabeza le estallaba. El dolor localizado detrás de los ojos se volvió tan intenso que creyó desmayarse allí mismo, en el asiento del copiloto, mientras los brazos caían a sus lados y su cara se retorció de dolor.

Jane le dijo algo al hombre. Luego abrieron la puerta de su lado.

El aire que entró por las fosas nasales de Manny olía a seco y tenía un ligero aroma a tierra... pero también había algo más. Un olor a colonia. Una fragancia de madera que resultaba al mismo suntuosa y placentera, pero que también provocaba un irrefrenable impulso de huir.

Luchó para obligarse a abrir los párpados. Todavía tenía una visión muy borrosa, pero es increíble lo que uno es capaz de hacer si no tiene más remedio... Y cuando sus ojos pudieron enfocar claramente al hombre que tenía frente a él, resultó que estaba observando al desgraciado con perilla que había...

Al sentir otra oleada de dolor, Manny puso los ojos en blanco y estuvo a punto de vomitar.

Oyó a Jane decir algo extraño.

—Tienes que liberar sus recuerdos.

Siguió una conversación breve en la que la voz de su antigua colega se mezclaba con la voz profunda del hombre con los tatuajes en la sien.

—Eso lo está matando...

—Es demasiado arriesgado...

—¿Cómo diablos crees que va a poder operar así?

Luego hubo un largo silencio. Y entonces, súbitamente, el dolor desapareció como si alguien hubiese usado un conjuro mágico con él, y toda la presión que sentía en la cabeza se evaporó en un abrir y cerrar de ojos. Y en su lugar, Manny sintió que su cabeza se llenaba de recuerdos.

El paciente de Jane. Cuando trabajaba en el St. Francis. El hombre de la perilla y... un corazón de seis cavidades en lugar de cuatro, seis cámaras. El mismo que había aparecido en la oficina de Manny y se había llevado los archivos que mostraban la anomalía de su corazón.

Manny abrió los ojos y clavó la mirada en aquel rostro que inspiraba miedo.

—Yo te conozco.

—Sácalo tú del coche. —El tío de la perilla no estaba para evocar viejos encuentros—. No confío en que yo sea capaz de tocarlo sin...

¡Vaya bienvenida!

Y había alguien más detrás del desgraciado. Un hombre que Manny estaba seguro de haber visto antes... Debió de ser solo un encuentro casual, en todo caso, porque no podía asignarle un nombre ni recordar dónde se habían conocido.

—Vamos —dijo Jane.

Sí. Buena idea. A esas alturas el cirujano necesitaba algo en que concentrarse, cualquier cosa menos toda esta dañina confusión.

Mientras el cerebro de Manny se esforzaba sin mucho éxito por procesar lo que estaba ocurriendo, al menos sus pies y sus piernas sí parecían funcionar bien. Después de que Jane lo ayudara a salir del coche y a ponerse de pie, la siguió. A ella y al cabrón de la perilla, que se encaminaron hasta una construcción que parecía tan austera y limpia como la de cualquier hospital: pasillos despejados, luces fluorescentes instaladas en el techo y demás. Todo olía a desinfectante.

Y también se veían los objetivos de sucesivas cámaras de seguridad instaladas cada cierta cantidad de metros. En su angustiada situación, al médico el edificio le pareció un monstruo con muchos ojos.

Manny tuvo el buen tino de no hacer ninguna pregunta mientras caminaban por allí. Bueno, no fue solo buen tino, sino que tenía tal confusión en la cabeza, que estaba bastante seguro de que caminar era lo más que podía hacer en esos momentos. Y luego, claro, también estaba el cabrón de la perilla con su mirada letal, que no parecía muy dispuesto a la conversación.

Puertas. Atravesaron muchas puertas, todas las cuales estaban cerradas, y seguramente bajo siete llaves.

Palabras como *localización secreta* y *seguridad nacional* comenzaron a bailar en la mente y eso le ayudó mucho, pues se dijo que, estando en manos de la CIA o de quien fuera, tal vez sí podría perdonar a Jane por desaparecer de esa manera... Vamos, podría perdonarla con el tiempo.

Jane se detuvo ante unas puertas giratorias y sus manos comenzaron a jugar con las solapas de su bata blanca y el estetoscopio que llevaba en el

bolsillo. Parecía nerviosa, y eso le hizo sentirse como si tuviera un arma apuntándole a la cabeza, pues en la sala de cirugía, en incontables situaciones difíciles, Jane siempre había mantenido la calma. Ese era su principal rasgo de personalidad.

Así que esto debía de ser un asunto personal, pensó Manny. De alguna manera, lo que estaba al otro lado de estas puertas era algo que la tocaba de cerca, muy de cerca.

De pronto la resucitada le habló.

—Hay buen equipo aquí, pero no tengo de todo. Por ejemplo, no hay resonancia magnética. Sólo tengo TAC y rayos X. Sin embargo, la sala de cirugía debe tener todo lo necesario. Yo puedo ser tu ayudante y tenemos una excelente enfermera.

Manny respiró hondo e hizo un gran esfuerzo para recuperar la compostura. Gracias a su fuerza de voluntad, alejó de la mente todas las preguntas que seguían revoloteándole en la cabeza y dejó a un lado de momento la sensación de sorpresa y de desconcierto por este descenso al reino del Agente 007.

Pensó. ¿Qué era lo primero que tenía que hacer? Deshacerse de la molesta audiencia.

Manny miró hacia atrás, por encima del hombro, al cabrón de la perilla.

—Tienes que hacerte a un lado, amigo. Quiero que te quedes aquí en el pasillo.

La respuesta que obtuvo fue sencillamente... extraordinaria: el desgraciado le gruñó como si fuera un perro, enseñándole un par de caninos tan largos como su brazo.

—Está bien. —Jane se interpuso entre ellos—. Está bien. Vishous nos esperará aquí, no hay problema.

¿Vishous? ¿De verdad había oído bien?

Bueno, tampoco era tan raro. La madre de este chico seguramente estaba más loca que una cabra. Sólo una chiflada habría dejado a su niño con esa impresionante anomalía dental. Pero, en todo caso, allí había trabajo que hacer y ese desgraciado se podía ir a roer un hueso o algo así.

Al entrar en la sala de examen, Manny se quedó atónito.

¡Dios Santo!

¡No es posible!

La paciente que estaba sobre la mesa yacía tan quieta como el agua y... probablemente se trataba de la criatura más bella que el matasanos había visto en la vida: tenía el pelo de un color negro intenso, peinado en una trenza gruesa que colgaba junto a la cabeza. Tenía la piel dorada, como si fuera de ascendencia italiana y hubiese estado bronceándose recientemente. Los ojos... sus ojos eran como un par de diamantes, incoloros y brillantes, enmarcados por un círculo oscuro alrededor del iris.

—Manny.

La voz de Jane resonó exactamente detrás de él, pero al hombre le pareció como si estuviera a varios kilómetros de distancia. De hecho, todo el mundo parecía haberse ido a otra parte y lo único que existía eran los ojos de su paciente, que lo observaban desde la mesa, desde su delicada, hermosísima cabeza inmovilizada.

Finalmente había sucedido el milagro, se dijo Manny, al tiempo que metía la mano por debajo de la camisa y agarraba el crucifijo que llevaba al cuello. Toda la vida se había preguntado por qué nunca se había enamorado de verdad, locamente, y ahora lo sabía: porque había estado esperando que llegara este momento, esta mujer, esta época.

«La mujer es mía», pensó el reparador de huesos.

Y aunque eso no tenía ningún sentido, la convicción parecía tan fuerte que no pudo ponerla en duda.

—¿Tú eres el sanador? —La criatura celestial habló con una voz tan débil que Manny sintió que el corazón dejaba de latirle—. ¿Estás aquí por mí?

La mujer hablaba con un fuerte acento, un acento maravilloso, y parecía un poco sorprendida.

—Sí, soy el médico. —El hombre se quitó la chaqueta y la tiró a una esquina, sin preocuparse por dónde caía—. Estoy aquí por ti.

Al verlo aproximarse, los asombrosos ojos de hielo de la mujer se llenaron de lágrimas.

—Mis piernas... siento como si se estuvieran moviendo, pero sospecho que no los están haciendo.

—¿Te duelen?

—Sí.

Dolor fantasma. Como era de esperar.

Manny se detuvo al llegar al lado de la paciente y le echó un vistazo a su cuerpo, que estaba cubierto por una sábana. Era una mujer alta. Tenía que medir al menos un metro ochenta. Y se notaba, pese a su estado, que tenía una constitución fuerte y poderosa, aunque esbelta.

Parecía un soldado, se dijo el médico al apreciar, como buen experto, la fuerza de los brazos desnudos. Era algo así como una luchadora.

La parálisis de alguien como ella era algo que le partía el corazón. Pasarse la existencia en una silla de ruedas es un coñazo para el más anodino de los seres vivos, pero para alguien como ella, tan vigorosa, tan amante de la vida como sin duda era, sería como una sentencia de muerte.

Manny tomó con delicadeza la mano de la mujer... y tan pronto como sus manos se tocaron, todo el cuerpo del hombre pareció encenderse, como si ella fuera la toma adecuada para su enchufe interior.

—Voy a hacerme cargo de ti. —La miraba con intensidad, directamente a los

ojos—. Quiero que confíes en mí.

La mujer tragó saliva. Una lágrima que parecía del más fino cristal rodó por su sien. Impulsado por el instinto, Manny alargó la mano y atrapó la lágrima con el dedo...

El gruñido que se escuchó desde la puerta fue como un tosco aviso, una impertinente intromisión. Al mirar de reojo al cabrón de la perilla, a Manny le dieron ganas de gruñirle a ese hijo de puta en merecida respuesta. Y esa reacción, de nuevo, no parecía tener ningún sentido.

Con la mano de la paciente entre las suyas, Manny se dirigió a Jane.

—Saca a ese maldito desgraciado de mi sala de cirugía. Y quiero ver las radiografías y los exámenes *ahora mismo*.

Estaba dispuesto a salvar a esa mujer aunque le costara la vida lograrlo.

Y al ver el odio que brillaba en los ojos del cabrón de la perilla, pensó: Bueno, mierda, tal vez así acabaremos de una vez...

CAPÍTULO

6



Quinn estaba solo en Caldwell.
Por primera vez en su asquerosa vida.

Lo cual, cuando lo pensaba, era casi una imposibilidad estadística. Había pasado muchas noches, ciertamente, peleando y bebiendo y follando en los clubes del centro de la ciudad y alrededor de ellos; pero al menos una o dos noches debería haber estado solo, como es natural. Pero no. Al entrar en el club Iron Mask, Quinn cayó en la cuenta de que se encontraba, por primera vez, sin sus dos compinches.

Sin embargo, ahora las cosas eran distintas. Los tiempos habían cambiado. También la gente.

John Matthew se encontraba ahora felizmente emparejado, así que cuando tenía una noche libre, como ese día, se quedaba en casa con su shellan, Xhex, y al parecer daban un buen uso a su cama. Y claro, Quinn era el ahstrux nohtrum de John y todo eso, pero Xhex era una symphath asesina que era más que capaz de proteger a su macho y el complejo de la Hermandad de la Daga Negra era una fortaleza en la que no podría entrar ni un escuadrón SWAT. Así que John y él

habían llegado a un acuerdo... y lo mantenían entre ellos.

Y en cuanto a Blay...

Quinn no quería pensar en su mejor amigo. No, en absoluto.

Mirando el interior del club, Quinn conectó su filtro sexual y comenzó a estudiar a todas las mujeres y a todos los hombres y a todas las parejas. Había una sola y única razón para que hubiese ido allí y era la misma que había impulsado a los otros góticos que había en el club.

No era un lugar para entablar relaciones. Ni siquiera un sitio para buscar compañía. El lugar era para poner en práctica el cuento de meter y sacar, sacar y meter y, cuando el asunto terminaba, lo único que quedaba era decir *gracias, señorita...* o *señor*, dependiendo de su estado de ánimo, *ahora me tengo que ir, a seguir bien*.

El caso era que iba a necesitar a alguien con quien hacerlo. Uno o más de uno.

No era cuestión de volver después de un solo polvo. Tenía ganas de desollarse vivo. El cuerpo entero le zumbaba por la acuciante necesidad de encontrar alivio. Joder, siempre le había gustado follar, pero en los últimos dos días su libido se había convertido en una verdadera bestia. Lo nunca visto.

¿Blay seguía siendo aún su mejor amigo?

Quinn se reprochó su estupidez y buscó durante un segundo un espejo o algo similar para romperse la cabeza contra él. Por Dios Santo, ya no tenía cinco años. Los adultos no tienen un «mejor amigo». No lo necesitan.

En especial si dicho macho estaba follando con otra persona. Todo el día. Día tras día.

Quinn se acercó a la barra.

—Herradura. Doble. Y que sea Selección Suprema.

Los ojos de la mujer se encendieron detrás del pesado maquillaje y las pestañas postizas.

—¿Quieres abrir una cuenta?

—Sí. —A juzgar por la forma en que la mujer se pasó la mano por el vientre y la cadera, era evidente que Quinn también habría podido pedir una ración de camarera.

Cuando le tendió su American Express negra, la mujer hizo todo lo que pudo para exhibir las tetas y se inclinó tanto que parecía que estuviera tratando de recoger del suelo un papel con los pezones.

—Enseguida te traigo la bebida.

Vaya sorpresa.

—Genial.

Mientras la mujer se alejaba bamboleando las caderas, Quinn pensó que estaba perdiendo el tiempo: ella no era lo que estaba buscando esa noche, ni siquiera se le acercaba. Para empezar, era del sexo equivocado. Y además no

estaba buscando a nadie que tuviera el pelo negro. En realidad, a él mismo le extrañaba estar buscando lo que buscaba.

El daltonismo, desde luego, no es buena cosa, pero cuando uno solo se pone ropa negra y trabaja de noche, tampoco es demasiado problemático la mayor parte del tiempo. Además, los ojos disparejos de Quinn eran tan agudos y sensibles a los matices del gris que realmente percibía los «colores». Por ejemplo, sabía perfectamente qué mujeres de las que en ese momento estaban en el club eran rubias. Distinguía entre las de pelo castaño y las de pelo negro. Desde luego, podía equivocarse si alguna de aquellas descerebradas se había teñido mal, pero incluso así, por lo general se daba cuenta de que había algo raro, porque el tono de la piel no armonizaba con el del cabello.

La camarera volvió.

—Aquí tienes.

Quinn estiró la mano, se bebió el tequila de un solo trago y volvió a poner el vaso vacío sobre el mostrador con gesto enérgico.

—Intentémoslo un par de veces más, ¿quieres?

—Enseguida. —La mujer volvió a enseñarle los senos, probablemente con la esperanza de que tarde o temprano los tocara—. Eres mi cliente preferido, el que mejor sabe beber.

Vaya, vaya. Bien. Como si la capacidad de trajinarse una copa detrás de otra fuese algo extraordinario. Dios, la idea de que hubiese por ahí, tan campante, gente con semejante sistema de valores le despertó de nuevo las ganas de cortarse la cabeza.

Los humanos eran patéticos. Y la mayor parte de los que no eran humanos, también.

Cuando se dio media vuelta para mirar otra vez a la multitud, Quinn pensó que tal vez lo mejor sería calmarse un poco. Él mismo se estaba portando de una manera bastante patética. En especial cuando vio a dos hombres que estaban en un rincón, separados únicamente por los pantalones de cuero que llevaban puestos. Naturalmente, uno era rubio. Igual que su primo. Así que, por supuesto, empezó a hacer especulaciones sobre Blay y Saxton, lo cual acabó con su precaria tranquilidad.

La tormenta se iba preparando, amenazadora, en su ánimo. Porque, en realidad, no se trataba de especulaciones, ¿verdad? Cada noche, cuando se levantaba la mesa del comedor de la mansión de la Hermandad y todo el mundo se iba a sus quehaceres, Blay y Saxton siempre se dirigían discretamente hacia la escalera y desaparecían por el pasillo de arriba hacia las habitaciones.

Nunca se tomaban de la mano. Nunca se besaban delante de nadie. Y tampoco había ninguna mirada encubierta. Pero, claro, Blay era un caballero. Y Saxton un prostituto, sí, pero elegante, un gran actor, siempre dispuesto a brindar al público una buena representación.

Su primo era un puto de siete suelas...

«No, no lo es», le contradecía una vocecita interna. «Sólo lo odias porque se está acostando con tu chico».

—No es mi chico.

—¿Qué decías?

Quinn se dio la vuelta para fulminar con la mirada al entrometido, o incluso asesinarlo... pero en cuanto lo vio cambió de idea. Bingo, pensó.

De pie, junto a él, había un macho humano que medía alrededor de uno ochenta y cinco, con un pelo magnífico, hermoso rostro y unos labios que le resultaron muy atractivos. La ropa que llevaba no era totalmente gótica, pero sí mostraba algunos toques: cadenas en las caderas y un par de aros en una de sus orejas. Pero lo que lo atraía de verdad fue el color del pelo.

—Hablabas solo —murmuró Quinn.

—Ah, claro, a mí me pasa lo mismo con mucha frecuencia. —Ambos sonrieron y el humano volvió a concentrarse en la contemplación de su vaso.

Quinn decidió proseguir la conversación.

—¿Qué estás tomando?

El hombre levantó un vaso a medio terminar.

—Vodka con tónica. No soporto los licores afrutados.

—Yo tampoco. Yo tomo tequila. Sólo tequila.

—¿Patrón?

—Nunca tomo Patrón. Me gusta el Herradura.

—Vaya. —El tío dio media vuelta y se quedó mirando a la multitud que llenaba el local—. Te gustan las cosas auténticas, las de verdad.

—Sí.

Quinn estaba tentado de preguntar al señor vodka con tónica si estaba mirando a los tíos o a las tías, pero se contuvo. Joder, qué pelo tan asombroso. Fuerte. Rizado en las puntas.

Quinn siguió su cortejo.

—¿Estás buscando a alguien en particular?

—Tal vez. ¿Y tú?

—Definitivamente, sí.

El tío se rió.

—Hay muchas mujeres atractivas aquí. Hay mucho de donde elegir.

Maldito. Hijo. De. Puta. Vaya suerte: un hetero. Pero, claro, tal vez pudieran compartir algo y arrancar a partir de allí.

El tío se inclinó hacia él y le tendió la mano.

—Me llamo...

Cuando los dos se miraron de frente, el tío dejó la frase sin terminar, pero eso no le importó a Quinn. El nombre le traía sin cuidado.

Al otro le llamaba la atención otra cosa.

—¿Tienes los ojos de distintos colores, o es que yo no veo bien con esta luz?

—Sí, los tengo de diferente color.

—Eso es... genial.

Bueno, sí, es una cosa original, que puede tener su gracia siempre que no seas un vampiro nacido en la gylmera. Entonces se trata de un defecto físico que significa que tienes un daño genético y por lo tanto eres una vergüenza para tu linaje y nunca podrás aparearte. Un chollo.

—Sí, genial. —Quinn suspiró—. ¿De qué color son tus ojos?

—¿No lo ves?

Quinn se dio un golpecito en la lágrima que tenía tatuada debajo del ojo.

—Soy daltónico.

—Ah. Pues tengo los ojos azules.

—Y eres pelirrojo, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes, siendo daltónico?

—Por el tono de tu piel. Además, eres muy blanco y tienes pecas.

—Eso es asombroso. —El tío miró a su alrededor—. Está muy oscuro aquí... No aprecia bien los colores ni quien es normal, quiero decir quien no es daltónico.

—Bueno, con el tiempo he aprendido a distinguir muchas cosas. —Para sus adentros, Quinn agregó: « ¿Qué tal si te muestro otros trucos?» .

El nuevo amigo de Quinn sonrió y volvió a concentrarse en la gente que llenaba el club.

—¿Por qué me estás mirando de esa manera?

« Porque quiero follarte» , replicó de inmediato para sí.

—Me recuerdas a alguien.

—¿A quién?

—A una persona que perdí.

—Vaya, lo siento.

—No te preocupes, ¿qué culpa puedes tener tú?

Hubo una pequeña pausa.

—Entonces eres gay.

El tío se rió.

—No.

—Lo siento. Sólo pensé que... Supongo que era un buen amigo, entonces.

Sin comentarios.

—Voy a pedir otra copa. Te invito a una ronda.

—Gracias, hermano.

Quinn se volvió y le hizo señas a la camarera. Mientras esperaba a que viniera, comenzó a planear su aproximación. Primero, un poco más de alcohol. Luego agregaría unas cuantas hembras a la mezcla. El tercer paso sería dirigirse a uno de los baños de atrás y follarse a las chicas.

Luego... más contacto visual. Preferiblemente cuando uno o los dos

estuvieran dentro de una mujer. Porque a pesar de lo mucho que este pelirrojo insistiera en que le gustaban las mujeres, Qhuinn notó que el muy cabrón había sentido la conexión cuando los dos se miraron a los ojos... y eso de *hetero*, al fin y al cabo, era un término relativo.

Como lo de ser *virgen*.

Lo cual podría convertirlos en una pareja. Y además excitante, porque jamás ligaba con pelirrojos.

Pero esta noche iba a ser la excepción.

CAPÍTULO

7



Mientras yacía sobre la superficie de metal, bajo la extraña luz que iluminaba la sala, Payne no podía creer que su sanador fuese un humano.

—¿Entiendes lo que estoy diciendo? —La voz del humano tenía un tono profundo y un acento que a ella le resultaba extraño, aunque tampoco era la primera vez que lo oía. La compañera de su gemelo tenía la misma entonación e igual tipo de inflexiones de la voz—. Voy a entrar y...

Mientras le hablaba, el hombre se inclinaba para quedar dentro de su campo de visión. A ella le gustaba que hiciera eso. Tenía los ojos castaños, pero de un castaño especial, de un tono distinto al de la corteza del roble, o el cuero viejo, o la piel de venado. Los ojos del hombre tenían un precioso matiz rojizo, como de caoba recién barnizada. Payne pensó que hasta proyectaban una luz singular.

Hubo un gran revuelo desde su llegada, un enorme incremento de la actividad. Una cosa estaba clara: el hombre parecía muy versado en el arte de dar órdenes y muy seguro de su valía como profesional de la medicina. Y había algo más, muy llamativo: no le importaba que su hermano, el macho de Jane, diese muestras de odiarlo desde el instante en que lo vio.

El olor de macho enamorado de Vishous no podía ser ya más intenso.

—¿Me has entendido?

—Sí, te ha entendido. Los oídos le funcionan perfectamente bien.

Payne desvió los ojos hacia la puerta. Vishous estaba de regreso y en ese momento enseñaba los colmillos como si estuviera pensando en atacar. Por fortuna, a su lado se encontraba un macho que lo vigilaba de cerca y que parecía, más que un acompañante, una correa presta a sujetarlo. Además, el vigilante tenía piernas fuertes: si su gemelo decidía abalanzarse sobre el sanador, el macho de pelo oscuro estaba preparado para agarrar a Vishous con todas sus fuerzas y sacarlo de la habitación.

Menos mal.

Payne volvió a fijar sus ojos en el sanador.

—Sí, sí, lo he entendido.

El humano entornó los ojos.

—Entonces repíteme lo que he dicho.

—¿Para qué?

—Para no dar ningún paso en falso. Esto es muy delicado. Quiero estar completamente seguro de que sabes lo que voy a hacer y me preocupa que podamos tener algún problema de comunicación.

—Ella sabe qué diablos estás dici...

El médico se dio la vuelta, irritado, mirando al recién llegado.

—¿Pero todavía estás aquí?

El macho de pelo oscuro que estaba junto al gemelo de la enferma lo agarró del pecho y le susurró algo al oído. Luego se dirigió al sanador y le habló con un acento un poco peculiar.

—Tienes que tranquilizarte, amigo. O dejaré que te convierta en carne picada si sigues hablando en ese tono. ¿*Capisci?*

A Payne le pareció bien la respuesta de su nuevo médico.

—Si quieren que haga la operación, será bajo mis condiciones y a mi manera. Así que, o bien este hombre sale de aquí y aguarda en el pasillo, o tendrán que buscarse otro cirujano. ¿Qué deciden?

Se desencadenó una acalorada discusión. Jane, que había permanecido un poco alejada, mirando por una ventana, llegó apresuradamente, dispuesta a calmar las agitadas aguas. Al principio habló con voz suave, pero al final su tono fue subiendo hasta igualarse al del resto de los participantes en la discusión.

Payne hizo acopio de fuerzas para intervenir.

—Vishous... Vishous... ¡Vishous!

Al ver que no conseguía nada, la yacente silbó con inesperada fuerza. A punto estuvieron de saltar por los aires los objetos de vidrio cercanos.

Como si se hubiera apagado una luz, la trifulca general cesó de inmediato al oírse el silbido. El aire, eso sí, siguió cargado de electricidad, de tensión, en medio

del silencio.

—Se encargará de operarme y curarme. —Payne hablaba con voz suave pero firme; la tensión que flotaba en el aire hizo que le subiera la fiebre. Se sentía peor, cada vez más aletargada—. Él... se hará cargo de mí. Ese es... mi deseo. —La sacerdotisa fijó los ojos en su sanador—. Ahora vas a proceder a pegar las piezas dañadas de mi columna vertebral, como la llamas. Tienes la esperanza de que mi médula espinal no esté seccionada, sino sólo traumatizada. Luego dijiste que no puedes predecir el resultado, pero que después de «abrir» estarás en condiciones de conocer los daños con mayor precisión. Es lo que me has dicho, ¿verdad?

El cirujano la miró con una curiosa intensidad. De manera penetrante. Con solemnidad. Como si lo impulsara algo que Payne no pudo entender muy bien... pero que de todas maneras no le resultaba amenazador. Y entonces la enferma sintió que algo se movía en su interior, una especie de presagio, o más bien algo que percibió en los ojos de su sanador.

—¿Lo he recordado todo correctamente?

El médico tomó aire antes de responder a la enferma.

—Sí, así es.

—Entonces procede a operar... como dices.

Payne oyó que el macho de pelo negro le decía algo a su gemelo, que estaba en la puerta, y entonces Vishous levantó el brazo y apuntó uno de los dedos de su mano enguantada hacia el humano.

—No sobrevivirás a esto si ella no vive.

Mientras maldecía para sus adentros, Payne cerró los ojos y deseó de nuevo no haber conseguido lo que tanto había buscado. Habría sido mejor irse al Ocaso que causar la muerte de un humano inocente...

—Trato hecho. —Sorprendida, Payne abrió los ojos. El médico se mantenía firme frente a su gemelo, sin dejarse intimidar por su tamaño ni su fuerza, mientras aceptaba la misión que le había sido impuesta—. Pero tú te largas de aquí. Tienes que salir inmediatamente y mantenerte alejado. No voy a permitir que tus estupideces me distraigan.

El cuerpo enorme de su gemelo se retorció a la altura de los hombros y el pecho. Tomó aire, como para bramar, pero de pronto lo soltó y bajó la cabeza.

—Trato hecho.

Payne se quedó solamente en compañía de su sanador, Jane y la enfermera.

—Vamos a hacer un último reconocimiento. —El cirujano se inclinó hacia un lado y sacó un lapicero de un cajón metálico—. Voy a pasártelo por el pie. Quiero que me digas si sientes algo.

Al ver que la paciente asentía con la cabeza, el médico se salió de su campo de visión para hacer la prueba. Ella cerró los ojos para concentrarse, esforzándose por registrar alguna sensación. Cualquier cosa.

Si había alguna reacción, aunque fuera leve, seguramente sería una buena señal...

De pronto pareció recuperar fuerzas.

—Siento algo. En el pie izquierdo.

Hubo una pausa.

—De acuerdo.

—¿Y qué pasa ahora?

—Probaré más arriba.

Payne rogó a sus piernas que tuvieran una reacción similar. Al cabo de unos instantes su voz sonó mucho más desalentada.

—No, nada.

A falta de sensaciones, el ruidillo del roce de la sábana al ser puesta de nuevo sobre sus piernas fue la confirmación de que la estaban volviendo a cubrir. Al menos había sentido algo en un pie.

El sanador y la compañera de su gemelo empezaron a conversar en voz baja, de manera que ella no pudiera oír.

Payne protestó.

—En verdad, os agradecería que me incluyerais en la discusión. —Los dos se acercaron y a Payne le resultó extraño que ninguno de los dos pareciera complacido—. Es bueno que haya sentido algo, ¿no?

El médico se acercó a su cabeza. La sacerdotisa sintió cómo la tibia energía de la palma de la mano del médico se posaba sobre la de ella. Mientras la miraba fijamente, volvió a sentirse cautivada por aquel hombre. Transmitía un calor especial. Tenía unas pestañas muy largas. Y sobre la barbilla y las mejillas se apreciaba la sombra de una barba incipiente. Su pelo negro y grueso brillaba con la luz.

A Payne realmente le cautivaba su aroma.

Pero él todavía no le había contestado.

—¿No es así, sanador? ¿No es bueno haber sentido algo en el pie?

—No te estaba tocando el pie izquierdo en ese momento.

Payne parpadeó para alejar la repentina angustia que se apoderó de ella. Y sin embargo, después de tanto tiempo de inmovilidad, debería estar preparada para oír algo así. Trató de dominarse... y lo consiguió.

—Entonces, ¿vas a operarme ahora mismo?

—No, todavía no. —Manny miró de reojo a Jane y luego volvió a fijar sus ojos en Payne—. Vamos a tener que trasladarte a otro sitio para operarte.



—Este pasillo no está lo suficientemente lejos, amigo. —Al oír la voz de Butch y sus razonables palabras, V sintió ganas de arrancarle la cabeza de un mordisco. Y

ese deseo se fue haciendo aún más intenso tras la sugerencia del maldito tipejo —. ¿Qué te parece si nos vamos para la Guarida?

En condiciones normales era un buen consejo, ciertamente. Sin embargo...

—Estás comenzando a hartarme, policía.

—No me estás diciendo nada nuevo. Y, para tu información, no me importa.

La puerta de la sala de reconocimiento se abrió y Jane salió sigilosamente. Al clavar la mirada en V, notó que sus increíbles ojos no parecían, ni mucho menos, felices.

—Y ahora ¿qué? —V no sabía si sería capaz de soportar otra mala noticia.

—Manny quiere trasladarla.

Después de un momento de sorpresa, o más bien de estupor, el enamorado vampiro sacudió la cabeza, casi convencido de que había oído mal.

—¿Perdón?

—Al St. Francis.

—Ni hablar. ¡Ni-ha-blar!

—Vishous...

—¡El St. Francis es un hospital humano!

—Escúchame, V...

—¿Pero es que te has vuelto loca?

En ese momento, el condenado medicucho humano salió de la sala de reconocimiento. Ya fuese porque era muy valiente o porque estaba totalmente loco, se colocó justo frente a Vishous.

—No puedo operarla aquí. No hay condiciones ¿De verdad quieres que lo intente y la deje paralizada de por vida? Usa la maldita cabeza... Necesito hacerle una resonancia, material de alta tecnología, en fin equipo y personal del que no disponen aquí. Se nos está acabando el tiempo y no podemos transportarla muy lejos... Además, si ustedes son agentes del gobierno de Estados Unidos, podrán borrar su rastro y asegurarse de que esto no llegue a la prensa. Por supuesto, yo mantendré el secreto hasta la muerte. No hay ningún problema por ese lado.

¿Había dicho algo del gobierno de los Estados Unidos? ¿De qué demonios... Bueno, en todo caso, no importaba. V tenía otras preocupaciones más urgentes que aclarar las gilipolleces del matasanos.

—Ella no va a ir a un hospital humano. Y punto.

El cirujano frunció el ceño al oír eso de «humano», pero enseguida pareció olvidarlo.

—Entonces no la operaré...

V se lanzó sobre el hombre.

Fue un ataque totalmente súbito. En un momento tenía sus botas bien plantadas sobre el suelo y al siguiente estaba volando por el aire... al menos hasta que se estrelló contra el buen doctor y lo lanzó contra la pared de cemento del

pasillo.

—¡Entra ahí y comienza a abrir! —bramó V.

El humano apenas podía respirar, pero la hipoxia no le impidió mantener su criterio. Miró a V directamente a los ojos y, sin poder hablar, se expresó modulando las palabras con los labios: *No. Lo. Haré.*

—Suéltalo, V. Y déjalo que la lleve a donde la tenga que llevar.

Cuando la voz de Wrath interrumpió la escena, V sintió unas irresistibles ganas de matar a todo el mundo. Como si necesitara oír otra opinión. Y en forma de orden, esta vez.

Por toda respuesta, apretó más el cuello del cirujano.

—No vas a llevarla a ninguna parte...

La mano que cayó sobre el hombro de V parecía de plomo y la voz de Wrath resonó esta vez con un timbre tan afilado como una daga.

—Tú no mandas aquí. Ella está bajo mi responsabilidad, no bajo la tuya.

Error. En muchos sentidos.

Más que hablar, V gruñó.

—¿No? Ella lleva mi sangre.

—Y yo fui, maldita sea, el que la dejó en esa cama. Ah, y también soy tu putito rey, así que me vas a obedecer, Vishous.

Justo cuando V estaba a punto de decir o hacer algo que tendría que lamentar después, le alcanzó la cordura de Jane.

—V, piensa, por favor, en este momento, tú eres el problema. El problema no es el estado de tu hermana gemela, ni la decisión de Manny. Tienes que hacerte a un lado, aclarar tus ideas, pensar, no reaccionar visceralmente una y otra vez. Yo voy a estar con ella todo el tiempo y Butch será quien venga conmigo, no tú.

—Por supuesto que iré. —El policía se sumó al intento de tranquilizarle—. Y también nos acompañará Rhage. Ella no estará sola ni un instante.

Absoluto silencio. Por unos instantes el lado racional de V luchó contra el irracional para hacerse con el control de la situación... Y mientras, el humano se negaba a cambiar de opinión. A pesar de que se encontraba solo a una puñalada en el corazón, o un simple apretón más fuerte en el cuello, de ir a reunirse con su Creador, el maldito hijo de puta se limitaba a mirarle, casi desafiante.

Joder, esa actitud realmente era digna de respeto.

V notaba que la mano que Jane había posado sobre sus bíceps no tenía nada que ver con la de Wrath. En el caso de la mujer, se trataba de un contacto suave, tranquilizador, cuidadoso.

—He pasado varios años en ese hospital. Estoy familiarizada con todas las salas, toda la gente y todo el equipo. No hay un rincón que no conozca como la palma de mi mano. Manny y yo trabajaremos juntos y nos aseguraremos de que permanezca allí el menor tiempo posible... y de que esté protegida. Él es la máxima autoridad allí como jefe de Ortopedia y Traumatología y yo estaré

presente a cada paso que demos...

Jane siguió hablando, pero V dejó de oírla, pues una súbita visión cruzó por su mente como si fuera una señal que le llegara de algún transmisor externo: con claridad meridiana, V vio a su hermana sentada a horcajadas sobre un caballo, corriendo al galope por el borde de un bosque. No llevaba silla ni brida y tenía el pelo suelto, flotando en el aire bajo la luz de la luna.

Payne iba riéndose y su rostro reflejaba una dicha absoluta.

Era libre.

V siempre había visto imágenes del futuro, tenía ese don... Y precisamente por eso sabía que aquella no era una de esas imágenes. Hasta ese momento, sus visiones habían tenido que ver exclusivamente con la muerte: la de sus hermanos, la de Wrath y las de sus shellans y sus hijos. Saber cómo morirían los que lo rodeaban era una siniestra parte de las causas de su temperamento reservado y su locura. Sólo conocía la manera en que morirían, no sabía en qué momento y, por lo tanto, no podía salvarlos.

Así que lo que veía ahora no era el futuro. Esto era lo que él deseaba para la hermana gemela que había encontrado demasiado tarde en la vida y a la cual estaba a punto de perder. Demasiado tarde para él, demasiado pronto para ella.

En este momento, tú eres el problema.

Como no confiaba en ser capaz de hablar con ninguno de los presentes, salvo su esposa, se rindió. V dejó caer al médico como si fuera una moneda y se echó hacia atrás. Mientras el humano volvía a respirar, V se centró solamente en Jane.

—No puedo perderla. —Hablaba voz débil, sin ocultar su tristeza aunque hubiese testigos.

—Lo sé. Estaré con ella en cada momento. *Confía en mí.*

V cerró brevemente los ojos. Una de las cosas que su shellan y él tenían en común era que ambos eran los mejores en su campo de actividad. Dedicados a su trabajo, era como si vivieran en universos paralelos que ellos mismos habían creado y en los que se habían centrado: la lucha, en el caso de V, y la curación de la enfermedad, en el de Jane.

Así que lo que acababa de decir ella era equivalente a un juramento mortal de V. Si le decía que confiase en ella, era palabra sagrada.

Finalmente habló con voz ronca.

—Está bien, está bien. Pero quisiera estar un minuto a solas con ella.

Sin decir más, V empujó la puerta de doble hoja y se acercó a la cama de su hermana, diciéndose que podría ser la última vez que hablara con ella: los vampiros, al igual que los humanos, podían morir durante una operación.

Y se morían.

Payne tenía incluso peor aspecto que antes, acostada completamente inmóvil, con los ojos no sólo cerrados, sino apretados. Parecía estar soportando terribles dolores. Mierda, su shellan tenía razón. Él era el que estaba retrasando las cosas.

No el maldito cirujano. Su hermana no estaba para demoras.

—Payne.

La enferma abrió lentamente los párpados, como si le pesaran tanto como vigas.

—Hermano mío.

—Vas a ir a un hospital humano. ¿Te parece bien? —Asintió con la cabeza, V pensó que no le gustaba que la piel de Payne hubiese adquirido el color de las sábanas blancas—. El cirujano te va a operar allí.

Payne volvió a asentir y abrió la boca con esfuerzo. Jadeaba. Para espanto de V, su debilidad era tan grande que empezaba a tener problemas respiratorios. Aun así, pudo hablar.

—Es lo mejor.

Dios... ¿y ahora qué? ¿Le había dicho que la quería? V supuso que sí lo había hecho, aunque a su imperfecta manera. Sólo fue capaz de balbucear otra de sus frases más o menos afectuosas.

—Escucha... cuidate mucho.

Menuda demostración de cariño fraterno. Idiota. Maldito idiota. Pero eso fue lo único que pudo decir.

—Tú... también —respondió ella.

Por su propia voluntad, la mano buena de V se posó lentamente sobre la de ella. Al apretar ligeramente la muñeca, el vampiro vio que Payne no se movía ni mostraba ninguna reacción. Súbitamente, sintió un terrible miedo de haber perdido la oportunidad, de que ya se hubiese marchado.

—Payne.

Payne abrió los párpados temblorosos.

—¿Sí?

En ese momento se abrió la puerta y Jane asomó la cabeza.

—Tenemos que irnos.

—Sí. Claro. —V dio a su hermana un último apretón de manos y luego salió de la sala a toda prisa.

Al llegar al pasillo, Rhage ya estaba allí, al igual que Phury y Z. Lo cual era bueno. Phury era especialmente hábil en el arte de hipnotizar humanos... y ya lo había hecho antes en el St. Francis.

V se acercó a Wrath.

—La dejarás alimentarse de tu vena, ¿verdad? Cuando salga de la operación, va a necesitar alimentarse y tu sangre es la más fuerte que tenemos.

Para hacer ese ruego, habría sido mejor que V mostrara un poco de consideración por el hecho de que Beth, la reina, pudiera tener algún problema con la idea de compartir a su macho de esa manera. Pero, como era un maldito egoísta, la verdad es que a V eso le importaba un comino.

Wrath simplemente asintió con la cabeza.

—Mi shellan fue la primera en sugerirlo.

V cerró los ojos. Maldición, desde luego era una mujer de gran valía. Correcta y honorable.

Antes de partir, V lanzó una última mirada a su shellan. Jane parecía firme como un edificio de sólidos cimientos. En el gesto, en los ojos, en toda ella quedaba patente su fortaleza y su confianza.

V casi no podía hablar, conmocionado.

—No tengo palabras...

—Pero no importa, porque yo sé con exactitud lo que quieres decirme.

V se quedó de pie, a un metro de ella, pegado al suelo, deseando ser otra clase de macho. Deseando... ¡Joder, no era hora de desear que todo fuera diferente, sino de arreglar las cosas!

—Vete —susurró ella—. Yo me encargo de esto.

V lanzó una última mirada a Butch y, cuando el policía asintió con la cabeza con gesto de confianza, la decisión se volvió definitiva. Vishous le devolvió el gesto y luego se marchó del centro de entrenamiento, en dirección al túnel y luego a la Guarida.

Pero cuando allí, el atormentado vampiro se dio cuenta de que la distancia física no servía de nada. Todavía se sentía como si estuviera en el escenario de todo aquel drama... y realmente no confiaba tanto en su dominio de sí mismo como para estar seguro de que no acabaría volviendo a la clínica, el hospital o donde fuera «para ayudar».

Así que tenía que alejarse mucho más. Poner una enorme distancia.

De modo que abrió la pesada puerta principal de la Guarida y salió al patio... donde acabó parándose, desconcertado, sin ir a ninguna parte, como aquellos coches que estaban estacionados uno junto al otro, frente a la fuente.

Mientras permanecía erguido allí como petrificado, un extraño sonido intermitente llamó su atención. Al principio no pudo identificarlo, pero luego bajó la mirada y vio que su mano enguantada estaba temblando y golpeando la parte superior del muslo.

Por debajo del cuero forrado de plomo, el brillo era tan intenso que era necesario entrecerrar los ojos.

Estaba tan cerca de perder por completo el control, que se sentía incendiado, o volando, o quién sabe cómo...

Así que soltó una maldición, se desmaterializó y se dirigió al lugar al que siempre acudía cuando se ponía así. No quería llegar a ese destino ni quería hacer ese viaje a través de la noche... pero, al igual que le sucedía a Payne, su destino no estaba en sus manos.

CAPÍTULO

8



VIEJO CONTINENTE
ÉPOCA ACTUAL

El sueño no era nuevo. Databa de varios siglos atrás. Y sin embargo, sus imágenes parecían tan novedosas y claras como la noche en que todo había cambiado, hacía muchos siglos.

En lo profundo del sueño, Xcor vio frente a él la aparición de una hembra enfurecida, envuelta en un torbellino de bruma, que agitaba sus vestiduras blancas en medio del aire helado. Tras su aparición, Xcor supo de inmediato la razón por la cual aquel ser había salido de la espesura; pero su víctima no tenía conciencia aún de su presencia ni de su propósito.

El padre de Xcor se encontraba muy ocupado dirigiendo a su caballo hacia una mujer humana.

Pero, en ese momento, el Sanguinario vio el fantasma.

Luego la secuencia de acontecimientos era tan rigurosa como las líneas que recorrían la frente de Xcor: él gritaba para alertar a su padre y espoleaba a su caballo, mientras que su progenitor dejaba caer a la hembra humana que había

atrapado y se iba a perseguir al espíritu. Xcor nunca llegaba a tiempo. Siempre observaba con horror cómo la hembra saltaba de la tierra y tumbaba a su padre.

Y luego el fuego... el fuego que la hembra lanzaba sobre el cuerpo del Sanguinario era brillante y blanco, e instantáneo, y consumía a su padre en unos minutos, mientras que el olor a carne chamuscada...

Xcor se despertó sobresaltado, con la mano con la que agarraba la daga sobre el pecho y los pulmones expandiéndose y contrayéndose, pero sin recibir aire.

Apoyó las manos sobre el camastro hecho de mantas, se incorporó y se alegró de hallarse a solas en sus aposentos. Nadie tenía por qué verlo así.

Al tratar de regresar a la realidad, su respiración comenzó a rebotar contra las paredes desnudas, multiplicándose en infinidad de ecos que parecían gritos. Rápidamente, Xcor ordenó mentalmente a la vela que tenía en el suelo junto a él que se encendiera. Eso fue de gran ayuda. Luego se levantó para desentumecer el cuerpo, y el proceso de alineación de huesos y músculos también le ayudó lo suyo a estabilizar la mente.

Necesitaba comer. Y necesitaba sangre. Y una pelea.

Cubiertas esas necesidades, volvería a ser plenamente él mismo.

Se vistió con ropa del mejor cuero, se guardó una daga en el cinturón y salió de su habitación hacia el pasillo, por el que se colaban muchas corrientes de aire. A lo lejos, un murmullo de voces roncadas y el tintineo de los platos vino a decirle que la Primera Comida ya estaba servida abajo, en el gran salón.

El castillo en el que vivían él y su pandilla de forajidos era aquel que Xcor había encontrado la noche en que su padre fue asesinado, el que tenía vistas sobre el tranquilo caserío medieval que se había convertido primero en una aldea preindustrial y luego había crecido hasta transformarse en los tiempos modernos en una pequeña ciudad de cerca de cincuenta mil habitantes humanos.

Lo cual, teniendo en cuenta la prevalencia del *Homo sapiens*, no era más que una gota en el océano.

La fortaleza se ajustaba perfectamente a sus necesidades... y por las mismas razones que lo habían atraído hacia ella desde que la vio. La sólidas paredes de piedra y el foso con el puente todavía seguían en pie y aún era útiles, quién iba a decirlo, para mantener alejados a los curiosos. Además, existían cientos de fábulas sangrientas, leyendas siniestras y verdades a medias que arrojaban un velo terrorífico sobre sus tierras, su casa y sus soldados. Muy útiles, todo esos cuentos, para mantener la privacidad, que se decía ahora, en la época moderna. De hecho, durante los últimos cien años, sus soldados y él habían contribuido a propagar por la zona los engañosos mitos sobre vampiros que «acechaban» de vez en cuando en los caminos.

Lo cual era fácil de hacer cuando eres un asesino y te puedes desmaterializar a voluntad.

Con esas cualidades, gritas ¡*buh!* Y sale pitando el más pintado.

Pero había algunos problemas. Tras diezmar con sus hombres a la población de restrictores del Viejo Mundo, habían tenido que ingeniárselas para encontrar nuevas maneras de seguir ejercitando el arte de matar. Por fortuna, los humanos habían llenado el vacío; aunque, claro, sus hermanos y él tenían que permanecer en la clandestinidad, para proteger sus verdaderas identidades.

Y ahí había entrado en juego la necesidad humana de venganza, su apego a las represalias.

Los humanos no tenían más que una sola característica loable: su ira contra los que cometían atrocidades. Si los vampiros sólo cazaban a violadores, pedófilos y asesinos, sus «crímenes» eran más tolerados. Xcor sabía que si atacaban a los representantes de la moralidad, los humanos se volverían como abejas que salen de una colmena para proteger su territorio. Pero ¿qué sucedía si atacabas solamente a los violadores?

Ojo por ojo, decía su Biblia.

Y con eso, su banda de forajidos tenía materia para practicar su arte, su oficio o como quisiera llamarse.

Así había sido a lo largo de dos décadas, siempre con la esperanza de que su verdadero enemigo, la Sociedad Restrictiva, les enviara adversarios más dignos. Sin embargo, aún no había llegado ninguno y la conclusión a la que Xcor estaba llegando era que ya no había restrictores en Europa y no iba a llegar ninguno más. Después de todo, sus soldados y él habían recorrido cientos de kilómetros en todas direcciones cada noche en su búsqueda de villanos humanos. De haber habido restrictores, ya se habrían cruzado con algún asesino en algún lugar y en algún momento.

Y tal cosa no había pasado, no había ninguno.

Tal ausencia era lógica, desde luego. Hacía muchos años que el escenario de la guerra se había cambiado de continente: cuando la Hermandad de la Daga Negra se marchó al Nuevo Mundo, la Sociedad Restrictiva había seguido sus pasos como un perro de presa, dejando atrás a sus peores hombres, para que Xcor y sus forajidos los aniquilaran sin dificultades. Durante largo tiempo, había sido un desafío interesante, pues los asesinos habían seguido apareciendo, las batallas se sucedían una tras otra y los combates eran aceptables. Pero ese tiempo había quedado en el pasado y los humanos no eran realmente un adversario que estuviere a su altura.

Al menos los restrictores podían ser un desafío interesante.

Una sensación de densa insatisfacción lo invadía cuando descendió la escalera de piedra burda, mientras sus botas pisaban la antigua y raída alfombra que debería haber sido reemplazada hacía varias generaciones. Abajo, el enorme espacio que se abrió ante sus ojos estaba formado por una cueva de piedra, donde no había nada más que una inmensa mesa de roble ubicada frente a un hogar del tamaño de una montaña. Los humanos que habían construido la

fortaleza habían forrado sus burdas paredes con tapices, pero las escenas de guerreros montados sobre hermosos corceles no habían envejecido mejor que las alfombras: las fibras deshilachadas y descoloridas colgaban torcidas, mientras que la parte de debajo de los tapices se alargaba cada vez más, hasta que algún día cubrieran también el suelo.

Frente al fuego ardiente, su pandilla de forajidos ocupaba asientos de madera tallada, comiendo ciervo, urogallo y palomas que habían cazado en los terrenos de la propiedad, limpiadas en el campo y cocinadas allí, en el hogar. Bebían una cerveza que ellos mismos fermentaban y destilaban en los sótanos y otras dependencias subterráneas y comían sobre aquellos platos de peltre con cuchillos de caza y toscos tenedores.

No había mucha electricidad en la mansión: en opinión de Xcor, no la necesitaban para nada, pero Throe tenía otras ideas. El macho en cuestión había insistido en que destinaran un cuarto para sus ordenadores y eso requería molestas instalaciones de características que no resultaban ni muy interesantes de entender ni muy fáciles de explicar. Pero la modernización tenía sentido. Aunque Xcor no sabía leer, Throe sí, y los humanos no sólo eran incansables propagadores de hechos sanguinarios y depravaciones sin cuento, sino que a bastantes de ellos esa actividad les fascinaba. Con los endemoniados cacharros de Throe podían localizar a sus posibles presas a lo largo y ancho de toda Europa.

El puesto ubicado en la cabecera de la mesa estaba libre, reservado para él. En cuanto se sentó, los otros dejaron de comer y bajaron las manos.

Throe estaba a su derecha, en un puesto de honor.

Los pálidos ojos del vampiro brillaban con una extraña luz.

—¿Cómo te encuentras hoy?

Ese sueño, ese maldito sueño. En verdad, se sentía un poco aturdido, pero los otros nunca lo sabrían.

—Perfectamente bien. —Xcor se inclinó hacia delante con su tenedor y ensartó un muslo de ave, a saber de qué tipo—. A juzgar por tu expresión, me atrevo a decir que tienes en mente un propósito.

—Así es. —Throe sacó un grueso documento impreso. Parecía una compilación de artículos de periódico. Encima había una gran fotografía en blanco y negro y Throe la señaló—. Lo quiero a él.

El humano de la fotografía era un matón de pelo oscuro, que tenía la nariz rota y una frente ancha, como la de un chimpancé. La leyenda que había bajo la foto y las columnas del texto no eran otra cosa que un curioso diseño a los ojos de Xcor, y sin embargo captó claramente la maldad escrita en aquel rostro. No le hacía falta mucho más.

—¿Por qué este hombre en particular, trahyner? —Xcor preguntaba por preguntar, pues ya sabía la respuesta.

—Mató a varias mujeres en Londres.

—¿Cuántas?

—Once.

—No llegan a la docena.

Throe frunció el ceño con gesto de desaprobación. Lo cual era divertido, en realidad.

—Las torturó mientras estaban vivas y esperó a que murieran para... poseerlas.

—¿Te refieres a follarlas? —Xcor arrancó la carne del hueso con sus colmillos y, al ver que no recibía respuesta, alzó las cejas—. ¿Quieres decir que se las folló, Throe?

—Sí.

—Ah. —Xcor sonrió con malicia—. Maldito desgraciado.

—Fueron once mujeres.

—Sí, ya lo habías dicho. Así que se trata de un pequeño pervertido muy ardiente.

Throe tomó de nuevo los papeles y comenzó a pasar páginas, mientras contemplaba los rostros de las insignificantes hembras humanas. Sin duda debía estar rezando en ese mismo momento a la Virgen Escribana para que se le concediera la oportunidad de hacerle un servicio a una raza que sólo estaba a una ceremonia de inducción de ser convertida en su enemigo.

Patético.

Y Throe no podría ir solo, lo cual era el motivo de que pareciera tan molesto, pues gracias al juramento que estos cinco machos habían prestado la noche de la incineración del Sanguinario, estaban unidos a Xcor con cables de acero. No iban a ninguna parte sin su consentimiento y aprobación.

Aunque Throe estaba atado a Xcor desde mucho antes de eso. El suyo era un caso muy particular.

En medio del silencio, fragmentos del sueño volvieron a cruzar por la mente de Xcor, aumentados por el dolor de saber que nunca había encontrado a la maldita hembra espectral. Lo cual le atormentaba. Aunque estaba más que dispuesto a convertirse en el sustento de los mitos que llenaban la mente humana, Xcor no creía en fantasmas ni en embrujos, encantos o maldiciones. Su padre había sido aniquilado por algo real, de carne y hueso, y el cazador que llevaba dentro quería encontrar a esa cosa. Y desde luego matarla.

Throe rompió el silencio.

—¿Qué me dices?

Era un diálogo mil veces repetido.

—Nada. De otra manera, ya habría hablado, ¿no crees?

Los dedos de Throe comenzaron a tamborilear sobre la vieja madera manchada de la mesa y Xcor se sintió complacido de verlo así, inquieto, esperando con nerviosismo. Los demás sencillamente siguieron comiendo, a la

espera de que la batalla se resolviera de una forma u otra. A diferencia de Throe, a los demás no les importaba quién era el objetivo elegido. Siempre y cuando les dieran de comer y de beber, y pudieran desahogar sus instintos, se sentían contentos de pelear donde les mandasen y contra quienes se terciara.

Xcor trinchó otro trozo de carne y se recostó contra su inmensa silla de roble, con los ojos fijos en los decrepitos tapices. En medio de sus pliegues, esas imágenes de humanos que se dirigían a la guerra montados en corceles hermosos y equipados con armas que él respetaba le causaban mucha irritación.

La sensación de encontrarse en el lugar equivocado le causaba incluso picores en todo el cuerpo, y lo ponía tan nervioso como en ese momento se encontraba su segundo al mando.

Veinte años sin encontrar ningún restrictor y matando sólo a humanos, para mantenerse en forma, no era vida digna de aquel grupo de soldados ni de él.

Pero seguía habiendo vampiros en el Viejo Continente y él se había quedado allí con la esperanza de encontrar entre ellos lo que solo veía en sus sueños.

Esa hembra. La extraña criatura que había matado a su padre.

Por eso seguía en Europa, con su patética caza de pervertidos de tres al cuarto, escoria humana. ¿Y adónde lo había llevado toda esa espera?

La idea que llevaba meses contemplando volvió a dibujarse en su mente una vez más y adquirió forma y estructura, ángulos y arcos. Y aunque en ocasiones anteriores el ímpetu siempre se había desvanecido al poco rato, esta vez la pesadilla le dio la clase de poder que convierte una mera idea en una acción.

Y la anunció en voz alta.

—Iremos a Londres.

Los dedos de Throe se quedaron quietos de inmediato.

—Gracias, mi señor.

Xcor inclinó la cabeza y sonrió para sí mismo, mientras pensaba que Throe tal vez tendría la oportunidad de liquidar a ese humano. O tal vez no.

Sin embargo, los planes de viaje estaban en marcha.

CAPÍTULO

9



HOSPITAL ST. FRANCIS
CALDWELL, NUEVA YORK

Los complejos hospitalarios eran como rompecabezas. Solo que sus piezas no encajaban con tanta precisión como en esos juegos de mesa. Pero eso no resultaba tan malo en una noche como aquella, pensó Manny, mientras se preparaba para operar.

En cierto sentido, estaba asombrado de ver lo fácil que había resultado todo hasta ese momento. Los matones que lo habían llevado a él y a su paciente hasta allí habían aparcado en una de las muchas esquinas oscuras de los alrededores del St. Francis. Manny había llamado al jefe de seguridad del hospital, para informarle de que estaba llegando por la parte trasera con un paciente VIP que requería absoluta discreción. La siguiente llamada había sido al control de enfermería y el mensaje había sido el mismo: paciente especial llegando. Preparen la última sala de cirugía del tercer piso y que los técnicos del equipo de resonancia magnética estén preparados para un trabajo rápido. La última llamada había sido para organizar el transporte, y casi al instante aparecieron

enfermeros con una camilla.

Quince minutos después de terminar de hacer la resonancia, la paciente ya estaba en el quirófano número siete, y ya la estaban preparando.

—Y entonces, ¿quién es ella?

La que preguntaba era la enfermera jefe. Manny había estado esperando esa pregunta desde que entró. No le pillaba por sorpresa.

—Una campeona olímpica de equitación. Viene de Europa.

—Ah, bueno, eso lo explica todo. Hace un momento estaba murmurando algo, pero ninguna de nosotras pudo entender en qué lengua hablaba. —La mujer estaba revisando el historial, unos papeles que Manny se aseguraría de llevarse después de que todo terminara—. ¿Por qué tanto secreto, si no es más que una deportista?

—Es de la realeza. —¡Si hubiera sabido que en realidad no estaba contando una mentira! Desde luego, durante el viaje hacia el hospital el matasanos había pasado todo el tiempo contemplando sus majestuosos rasgos. Se ve que intuía algo de su verdadera condición.

Idiota. Maldito idiota.

La enfermera jefe echó un vistazo hacia el pasillo y por su cara pasó una sombra de preocupación.

—Entiendo. Eso explica tanta seguridad y tanto sigilo. Por Dios, parece que estuviéramos robando un banco.

Manny dio un paso atrás para echar un vistazo, mientras se limpiaba a conciencia las uñas con un cepillo duro. Los tres tíos que habían venido con él estaban esperando en el pasillo, a unos tres metros de la puerta, y sus cuerpos enormes aparecían llenos de preocupantes protuberancias debajo de la ropa negra.

Armas, sin duda. Tal vez cuchillos. Posiblemente también un lanzallamas o dos, a saber. Incluso, por el tamaño de los bultos, podrían llevar un misil tierra-aire.

Desde luego, al verlos uno ponía en duda la extendida idea de que trabajar para el gobierno no era más que mover papeles de un lado para otro.

La enfermera terminó de mirar el historial y otros papeles.

—¿Dónde está el consentimiento informado? No encuentro nada aquí ni en el sistema informático.

—Yo tengo todo eso. —Manny rezó para que, después de esta mentira, la mujer pasara a otra cosa—. ¿Ya tienes los resultados de la resonancia?

—Están en la pantalla, pero el técnico dice que salió con errores y le gustaría volver a hacerla.

—Déjame mirarla de todas formas.

—¿Estás seguro de que quieres que te ponga como responsable financiero de todo esto? ¿Es que ella no tiene dinero, pese a ser campeona y de la realeza?

—La paciente tiene que permanecer en el anonimato. Después me lo reembolsarán todo.

Al menos, Manny suponía que así sería, que alguien se lo pagaría, el FBI o quien fuere, aunque en realidad no le importaba. Manny se enjuagó las manos y los antebrazos para quitarse los restos de jabón y betadine y luego las sacudió. Con los brazos en alto, empujó la puerta giratoria con la espalda y entró en el quirófano.

Allí esperaban ya dos enfermeras y un anestesiólogo. Las primeras estaban revisando por segunda vez las bandejas de instrumentos perfectamente dispuestas sobre una tela azul de cirugía en un carrito, y el anestesiólogo estaba ajustando el equipo que usaría para mantener sedada a la paciente. El aire era frío, para reducir el riesgo de hemorragia, y olía a desinfectante. Los ordenadores zumbaban ligeramente, haciendo un curioso coro con las luces del techo y la lámpara que estaba sobre la mesa, que también emitían tenues zumbidos.

Manny se encaminó directamente hacia los monitores... y nada más ver la resonancia el corazón le dio un salto mortal, con triple tirabuzón. Lentamente, revisó las imágenes digitales con cuidado hasta que ya no pudo más.

A través de los cristales de las puertas giratorias observó detenidamente la apariencia de los tres hombres que aguardaban a la salida de la sala, con sus caras de expresión dura y los extraordinarios ojos fijos en él.

No eran humanos.

Luego su mirada se posó sobre la paciente.

Tampoco lo era.

Manny volvió a concentrarse en la resonancia. Se acercó más a la pantalla, como si eso fuera a arreglar mágicamente todas las anomalías que estaba viendo.

Joder, y pensar que había creído que el corazón de seis cámaras del cabrón de la perilla era una cosa única.

Notó que las puertas giratorias daban paso a alguien, cerró los párpados y respiró hondo. Luego dio media vuelta y se dispuso a afrontar la presencia del segundo médico, que era quien había entrado en la sala.

Jane estaba totalmente cubierta por el traje de cirugía y lo único que se le veía detrás del gorro y la mascarilla eran sus ojos de color verde. Manny había justificado su presencia diciendo al resto del personal que se trataba de la médica privada de la paciente, lo cual era cierto. Desde luego, había omitido mencionar que la misteriosa doctora conocía a todo el mundo allí tan bien como él. Jane no había abierto la boca.

Al ver que los ojos de Jane se clavaban en él sin que mediara ninguna disculpa, a Manny le dieron ganas de gritar, pero tenía un maldito trabajo que hacer. Así que volvió a concentrarse e hizo un esfuerzo por olvidarse momentáneamente de todo lo que no era de utilidad inmediata. Revisó el daño

sufrido en las vértebras para planear la aproximación quirúrgica.

Podía ver el área que se había fusionado a causa de la fractura: la columna vertebral de la paciente era una adorable obra de arte compuesta por núcleos de hueso perfectamente alineados e intercalados en medio de oscuros discos acolchados... excepto las vértebras T6 y T7. Allí estaba la causa de la parálisis.

Manny no podía ver si la médula espinal estaba comprimida o se había seccionado totalmente y no sabía cuál era la verdadera magnitud del daño hasta que no estuviera adentro. Pero no tenía buena pinta. La compresión de la médula era letal para tan delicada conducción de nervios. Si no hilaba muy fino se podía producir un daño irreparable, si es que no se había producido ya.

Lo más preocupante, con todo, era que la lesión parecía antigua. Siendo así, ¿por qué lo buscaron a él con tantas prisas?

Miró a Jane.

—¿Cuántas semanas han pasado desde que se lesionó?

—Fue... hace cuatro horas. —Procuraba hablar en voz tan baja que nadie pudiera oírla.

Manny se sobresaltó.

—¿Qué?

—Cuatro horas.

—¿Entonces había una lesión anterior?

—No.

—Necesito hablar contigo, en privado. —Mientras llevaba a Jane a una esquina de la sala, Manny se dirigió al anestesiólogo—. Espera un segundo, Max.

—Por supuesto, doctor Manello.

Arrinconó a Jane en un extremo de la sala y susurró.

—¿Qué demonios está sucediendo aquí?

—La resonancia habla por sí misma.

—Esa no es la resonancia de un ser humano, ¿verdad?

Jane solo se quedó mirándolo fijamente, sin parpadear ni flaquear.

—¿En qué diablos estás metida, Jane? —Manny parecía cada vez más alterado—. ¿En qué diablos me estás metiendo a mí?

—Escúchame con atención, Manny, y debes creer cada palabra que te diga. Tú vas a salvar la vida de esa mujer y, por extensión, la mía. Ella es la hermana de mi marido y si él... —A Jane se le quebró la voz—. Si ella se muere antes de que él tenga la oportunidad de llegar siquiera a conocerla, eso lo matará. Por favor, deja de hacer preguntas que no puedo responder y haz lo que sabes hacer mejor. Yo sé que esto no es justo y haría cualquier cosa para cambiar la situación. Lo único que no puedo hacer es permitir que ella muera.

Súbitamente, Manny recordó los terribles dolores de cabeza que había tenido a lo largo del último año, cada vez que trataba de pensar en los días anteriores al accidente automovilístico de Jane. Ese mismo dolor punzante había regresado en

cuanto volvió a verla... pero después el terrible malestar había desaparecido, dejando al descubierto las capas de recuerdos que él percibía pero que no había podido invocar con claridad.

—Cuando acabe vas a hacer algo para que no recuerde nada. Y ninguno de los demás médicos y enfermeras recordará nada tampoco. ¿Verdad? —Manny sacudió la cabeza, consciente de que en realidad todo aquello era mucho, muchísimo más importante que cualquier asunto secreto del gobierno de Estados Unidos.

¡Otra especie! ¿Una especie que coexistía con los humanos?

Pero Jane no iba a aclararle nada más.

—Maldita seas, Jane. De verdad.

Cuando estaba a punto de dar media vuelta, la mujer lo agarró del brazo.

—Te debo una. Si haces esto por mí, quedo en deuda contigo.

—Perfecto. Entonces el precio es barato: nunca vuelvas a buscarme.

Manny la dejó en el rincón y se encaminó hacia la paciente, a la que habían acostado boca abajo.

Manny se inclinó hacia ella.

—Soy... —Por alguna razón, Manny sintió deseos de usar su nombre de pila con aquella criatura, pero teniendo en cuenta que no estaban solos, mantuvo la conversación en términos profesionales—. Soy el doctor Manello. Vamos a empezar en este momento, ¿estás bien? No vas a sentir nada, te lo prometo.

Después de un momento, ella dijo respondió voz débil.

—Gracias, sanador.

Manny cerró los ojos al escuchar esa voz y el curioso término. Dios, el efecto que tenía sobre él, aunque se tratara solo de tres palabras, era gigantesco. Pero ¿qué era exactamente ese ser hacia el cual se sentía tan atraído? ¿Qué demonios era ella?

Una imagen de los colmillos de su hermano cruzó rápidamente por la mente de Manny y tuvo que bloquearla de inmediato para no descomponerse y echar por tierra la operación. Ya habría tiempo para las historias de terror después de la cirugía.

Mientras lanzaba una maldición entre dientes, le acarició el hombro y le hizo una seña con la cabeza al anestesiólogo.

—Es hora de empezar. Adelante.

La paciente tenía la espalda cubierta de Betadine. Mientras las drogas comenzaban a hacer efecto y la dormían, Manny palpó la columna con los dedos para fijar el camino que debía seguir.

—¿Ninguna alergia?

—Ninguna —respondió Jane.

—¿Algo especial de lo que necesitemos estar al tanto durante la intervención, cuando esté dormida?

—No.

—Perfecto. —Manny estiró el brazo y acercó la lupa quirúrgica para ponerla en posición, aunque todavía no la enfocó directamente sobre ella.

Primero tenía que cortar.

La enfermera miró hacia el equipo de música que estaba a un lado.

—¿Quieres oír algo de música?

—No. En este caso no quiero tener ninguna distracción. —Manny iba a realizar la operación como si su vida dependiera de ello y no solo porque el hermano de la mujer lo hubiese amenazado.

Aunque lo que sentía parecía ilógico, el hecho de que ella se muriera... fuera lo que fuera aquella criatura... sería una tragedia que no podía expresar con palabras.

CAPÍTULO

10



Lo primero que Payne vio al despertarse fue un par de manos masculinas. Evidentemente, estaba sentada en alguna especie de mecanismo de tracción que la mantenía erguida y le sostenía la cabeza y el cuello. Y las manos en cuestión estaban apoyadas en el borde de la cama que se encontraba a su lado. Hermosas y hábiles, con las uñas muy bien cortadas, las manos estaban repasando delicadamente un grueso fajo de papeles.

El macho humano al que pertenecían tenía el ceño fruncido mientras leía y sostenía en una mano un utensilio de escritura para hacer anotaciones ocasionales. La sombra de la barba era más densa ahora que la última vez que lo había visto. Por eso Payne supuso que debían de haber pasado varias horas.

Su sanador casi parecía tan agotado como ella misma.

A medida que su conciencia se iba fortaleciendo, Payne percibió un sutil silbido que provenía de algún lugar situado cerca de su cabeza... y también empezó a sentir un ligero dolor en la espalda. Tenía la sensación de que le habían dado pociones para adormecer sus sentidos, y eso no era lo que ella quería. Era mejor estar alerta, pues tal como estaban las cosas se sentía envuelta en un

capullo de algodón, y eso resultaba extrañamente aterrador. Lo que quería no era que le adormecieran los sentidos, sino poder usarlos. Quería sentir, lo que fuera, incluso dolor.

Sin poder hablar todavía, Payne miró a su alrededor. El macho humano y ella se encontraban solos y no era la habitación en la que la habían tenido anteriormente. Afuera, varias voces con aquel extraño acento humano competían por destacarse por encima de un constante ruido de pasos.

¿Dónde estaba Jane? La Hermandad...

—Necesi... necesito que... que me ayudes.

Su sanador se sobresaltó al oír esas palabras y enseguida dejó las páginas que había estado leyendo sobre una mesita con ruedas. Se puso en pie rápidamente, se inclinó sobre ella y su olor le causó a Payne un glorioso cosquilleo en la nariz.

El médico la saludó con una encantadora sonrisa.

—Hola.

—No siento... nada...

El sanador la tomó de la mano y, al ver que no podía sentir ni su calor ni el contacto de su piel, se sintió abrumada.

Pero él estaba allí para ayudarla.

—No hables... No pasa nada, estás bien. Sólo son los medicamentos para el dolor. Estás bien y yo estoy aquí contigo. Silencio, silencio.

Su voz la tranquilizó tanto como lo habría hecho una caricia de su mano.

La enferma volvió a hablar con su hilo de voz.

—Dime. ¿Qué... sucedió?

—Las cosas en el quirófano se desarrollaron de manera satisfactoria. Reacomodé las vértebras y pude ver que la médula espinal no estaba totalmente comprometida.

Payne contrajo los hombros y trató de recolocar su pesada y dolorida cabeza, pero el artificio que tenía alrededor del cuello la mantuvo justo donde estaba. No podía moverse ni un milímetro.

—Tu tono de voz... dice más que tus palabras.

Payne no recibió ninguna respuesta inmediata. El médico siguió acariciándola, consciente de que debía hacerlo aunque ella no podía sentir nada. Pese al silencio del doctor, sus ojos etablaron una conversación con los de Payne... y las noticias no eran buenas.

—Di... me... la verdad. No quiero oír nada más que la verdad.

—La operación no fue un fracaso, de verdad, pero aún no podemos saber cómo evolucionarás. El tiempo será el que diga la última palabra.

Payne cerró los ojos por un momento, pero la oscuridad la aterrizzaba. Así que los abrió rápidamente y se aferró a la cara de su sanador... y le disgustó la expresión de culpa que cubría su atractivo rostro.

—Tú no tienes la culpa, sanador. Ha sucedido lo que tenía que suceder,

sencillamente.

De eso, al menos, estaba segura. El sanador había tratado de salvarla y había dedicado a ello su mejor esfuerzo... Y pese a ello, la frustración que sentía era muy evidente.

Manny la miró con ojos tristes.

—¿Cuál es tu nombre? No sé tu nombre.

—Payne. Me llamo Payne.

Al ver que él volvía a fruncir el ceño, Payne pensó que, obviamente, no le había gustado el nombre y se sorprendió deseando que, al nacer, la hubiesen llamado de otra manera. Pero había otra explicación para ese descontento, ¿cómo no lo había pensado? La había visto por dentro y tenía que saber que ella era distinta de él.

Tenia que saber que ella era de otra especie.

Habló al médico con infinita dulzura.

—Lo que te imaginas no es errado.—Su sanador tomó una gran bocanada de aire y pareció retenerlo durante un día entero—. ¿Qué ideas están cruzando por tu mente? Háblame.

Manny esbozó una sonrisa. Ah, eso era maravilloso. Estaba adorable, se dijo la enferma. Sin embargo, era una pena que no se tratara de una sonrisa feliz.

—En este momento... —El sanador se pasó una mano por su magnífico pelo negro y rebelde—. Me estoy preguntando si debería hacer caso omiso de todo, hacerme el tonto, como si no supiera nada de lo que está ocurriendo... o exigir la verdad.

—La verdad. Siempre la verdad. No me puedo permitir el lujo de tener ni un momento de falsedad.

—Me parece justo. —Los ojos del sanador se clavaron en los de ella—. Estoy pensando que tú...

En ese momento se abrió la puerta de la habitación y se asomó una figura completamente envuelta en extrañas vestiduras. Al sentir el delicado y agradable aroma que despedía, Payne supo que se trataba de Jane, oculta bajo una túnica y una máscara azul.

Jane los miró.

—Ya casi es la hora.

La expresión del sanador de Payne se tornó completamente explosiva.

—No estoy de acuerdo con esto.

Jane entró y cerró la puerta.

—¡Payne, estás despierta!

—Así es. —La enferma trató de sonreír—. Lo estoy.

Manny interpuso su cuerpo entre ellas, como si estuviera tratando de protegerla.

—No puedes moverla. Es demasiado pronto. Deberíamos esperar al menos

una semana.

Payne miró de reojo las cortinas que colgaban desde el techo hasta el suelo. Estaba casi segura de que, al otro lado de la tela de color claro, había unas ventanas de cristal, y cuando amaneciera, cada uno de los rayos del sol penetraría a través de las cortinas. Sería fatal si no hacían algo pronto.

Se le aceleró el corazón, que pareció torturarle el pecho.

—Debo irme. ¿Cuánto tiempo tengo?

Jane miró aquel aparato para medir el tiempo que llamaba reloj y siempre llevaba en la muñeca.

—Cerca de una hora. Y Wrath está en camino. Será de gran ayuda.

Tal vez esa era la razón por la cual se sentía tan débil. Necesitaba alimentarse. Necesitaba una vena, sangre...

Al ver que su sanador parecía a punto de decir algo, Payne lo interrumpió para dirigirse a la shellan de su gemelo.

—No te preocupes, lo tengo todo controlado. Por favor déjanos solos.

Jane asintió con la cabeza y salió por la puerta, pero sin duda para quedarse cerca.

El humano se restregó los ojos, como si tuviera la esperanza de que eso cambiara sus percepciones... o tal vez la realidad en la que se encontraban atrapados.

Payne reanudó la charla que había interrumpido Jane.

—¿Cómo te gustaría que me llamara?

Él dejó caer las manos y la contempló durante un momento.

—Olvidate del nombre. ¿Podrías ser totalmente sincera conmigo?

En verdad, Payne no creía que pudiera responderle que sí. Aunque la técnica de borrar los recuerdos era bastante sencilla, no estaba muy familiarizada con las repercusiones que pudiera tener y le preocupaba que, cuanto más supiera su sanador, más cosas hubiese que ocultar y, en esa medida, los riesgos para la salud del buen humano fueran más altos.

—¿Qué deseas saber?

—¿Qué eres.

Los ojos de Payne volvieron a fijarse en las cortinas cerradas. A pesar de la vida tan protegida que había llevado, Payne conocía los mitos que la raza humana había construido alrededor de su raza. Muertos vivientes. Asesinos de inocentes. Seres sin alma ni moral alguna.

Nada de lo que se pudiera alardear, desde luego. Por tanto, decidió hablarle de lo que el médico tenía que saber con más urgencia.

—No me puedo exponer a la luz del sol. —Los ojos de Payne volvieron a clavarse en los del humano—. Mi proceso de recuperación es mucho más rápido que el tuyo. Y necesito alimentarme antes de que me muevan; después de que lo haga, estaré lo suficientemente bien como para viajar.

Al ver que el hombre se miraba las manos con pesadumbre, Payne se preguntó si quizás estaría arrepentido de haberla operado.

Y el silencio que se estableció entre ellos se volvió tan traicionero como un campo de minas. Parecía peligroso atravesarlo. Sin embargo, Payne habló.

—Hay un nombre para lo que soy.

—Sí. Y no quiero decirlo en voz alta.

Payne comenzó a sentir un curioso dolor en el pecho y, haciendo un esfuerzo supremo, levantó lentamente el antebrazo hasta que la palma de su mano quedó sobre el punto que le dolía. Era extraño que todo su cuerpo estuviese adormecido, pero que pudiese sentir ese dolor...

Abruptamente, la figura del hombre se volvió borrosa.

De inmediato la expresión de su sanador se suavizó y luego estiró la mano para acariciarle la mejilla.

—¿Por qué estás llorando?

—¿Estoy llorando?

El cirujano asintió con la cabeza y levantó el índice para que ella pudiera verlo. Sobre la yema del dedo brillaba una lágrima traslúcida.

—¿Tienes dolores?

—Sí. —Tras parpadear rápidamente varias veces, Payne intentó, sin éxito, aclarar su visión—. Estas lágrimas son bastante irritantes.

El sonido de la risa masculina y la visión de aquellos dientes blancos y perfectos hizo que Payne se sintiera en la gloria, casi levitando, aunque seguía inmóvil.

—Entonces no eres de las que lloran, ¿verdad?

—Nunca lloro.

El hombre se inclinó hacia un lado y tomó un trozo de papel que utilizó para secar las lágrimas que rodaban por la cara de Payne.

—¿Por qué lloras?

A Payne le tomó un momento contestar, pero luego tuvo que hacerlo, con una sola palabra.

—Vampira.

El hombre se sentó en el asiento que estaba junto a ella y se tomó un momento para doblar con cuidado el cuadrado de papel y arrojarlo luego a una papelería.

—Supongo que esa es la razón por la cual Jane desapareció hace un año, ¿no?

—No parece sorprendido.

—Sabía que se trataba de algo grande. —Se encogió de hombros, con ojos entristecidos—. He visto tu resonancia. Te he abierto y te he explorado.

Extrañamente, esa manera de plantear las cosas hizo que Payne se sintiera excitada, pese a su estado físico, pese a los efectos de los analgésicos.

—Sí. Así es.

—En todo caso, eres bastante similar a nosotros. Tu columna vertebral no es tan distinta, de modo que yo sabía lo que estaba haciendo. Hemos tenido suerte.

En realidad Payne no compartía esa opinión. No podía decirse que fuera una suerte estar paralizada cuando, después de tanto tiempo sin preocuparse por los machos, ahora tenía ante sí a uno que le resultaba especialmente atractivo.

Pero tal como había aprendido hacía mucho tiempo, el destino rara vez se interesaba por lo que ella deseaba.

Manny volvió a hablar, con leve pesadumbre.

—Entonces, ahora te vas a encargar de mí, ¿verdad? Le has dicho a Jane que lo tienes todo controlado. Harás que todo esto desaparezca. —El hombre movió el brazo alrededor de su cabeza—. No recordaré nada de lo sucedido. Eso mismo pasó cuando tu hermano vino aquí hace un año.

—Tal vez tengas algunos sueños. Nada más.

—¿Así es como los de tu raza han logrado permanecer ocultos?

—Sí.

El hombre asintió con la cabeza y luego miró a su alrededor.

—¿Vas a hacerlo ahora mismo?

Payne quería pasar más tiempo con él, pero no quería que la viera alimentándose de Wrath.

—En un momento.

El hombre observó fugazmente la puerta y luego la miró directamente a los ojos.

—¿Me harías un favor?

—Por supuesto. Será un placer poder servirte.

El hombre alzó sus cejas. En ese instante Payne podría haber jurado que su cuerpo despidió un poco más del delicioso aroma que lo caracterizaba. Luego el médico se puso muy serio.

—Dile a Jane... que lo entiendo. Entiendo por qué hizo lo que hizo.

—Está enamorada de mi hermano.

—Sí, ya lo he visto. Allá... donde estábamos, qué se yo qué lugar era, me di cuenta. Dile que todo está en orden entre ella y yo. Después de todo, no puedes elegir de quién te enamoras.

Sí, pensó Payne. Eso era muy cierto.

—¿Tú has estado enamorada?

Como los humanos no podían leer la mente, Payne se dio cuenta de que acababa de pensar en voz alta.

—Ah... no. Yo... no. No me he enamorado.

Aunque quizás no era sincera del todo, o se engañaba simplemente. Lo cierto era que el doctor le fascinaba, desde la manera de moverse hasta la forma en que su cuerpo llenaba la bata blanca y las vestiduras azules. Y la fragancia, y la voz. Todo.

Tras un nuevo silencio, la enferma lanzó una pregunta cuya respuesta temía.

—¿Tienes pareja?

El hombre soltó una carcajada.

—¡Por Dios, no!

Payne trató de controlarse, pero se le escapó un suspiro de alivio. Era extraño pensar que el estado civil de ese hombre pudiera importarle tanto como le importaba.

Y luego no hubo más que silencio.

Ah, el paso del tiempo. Era terrible. ¿Y qué debería decirle a su sanador en esos últimos minutos que les quedaban de estar juntos?

—Gracias por cuidar de mí.

—Fue un placer. Espero que te recuperes. —El hombre se quedó mirándola fijamente como si estuviera tratando de memorizar su cara y ella hubiera querido decirle que dejara de hacerlo, que no era posible dejarle que conservara ni siquiera ese recuerdo—. Siempre estaré a tu disposición, ¿de acuerdo? Si necesitas mi ayuda... ven a buscarme. —El doctor sacó una tarjeta y escribió algo sobre ella—. Este es el número de mi móvil. Llámame.

El hombre estiró el brazo y deslizó la tarjeta por debajo de la mano que descansaba sobre su corazón. Ella la recogió y pensó en todas las repercusiones de aquella relación imposible.

Y las implicaciones.

Y las complicaciones.

Con un gruñido, trató de moverse.

El médico se puso de pie enseguida.

—¿Necesitas que te cambie de postura?

—Mi pelo.

—¿Algo te está tirando el pelo?

—No... por favor, deshazme la trenza.

Manny se quedó paralizado por la petición. Clavó los ojos en la cara de su paciente. De repente, la idea de soltarle el pelo le pareció muy parecida a la de desnudarla y notó que su deseo sexual se despertaba súbita, casi salvajemente.

Por Dios. El muy capullo estaba excitado. El pene se le había puesto duro debajo de la ropa de cirugía.

A él, un eminente cirujano, un hombre acostumbrado a todo tipo de trato físico, frío, profesional, con sus pacientes... ¡Y le excitaba deshacer una trenza, como si fuese un jovencuelo salido!

¿Ves, capullo?, se dijo Manny, así es como funcionan las impredecibles leyes de la atracción. Candace Hanson le había ofrecido chupársela y él había demostrado el mismo interés que si le hubiesen propuesto que cantase un aria. Pero esta... ¿Qué era, ¿hembra?, ¿mujer?... le había pedido que le soltara la trenza y él ya estaba jadeando.

De pronto recordó la palabra.

Vampira.

En su cabeza, Manny oyó la palabra pronunciada por la voz de ella misma, con ese acento... y lo que más lo asombró fue notar su falta de reacción ante semejante noticia. Hombre, parándose a pensarlo, por supuesto que en su mente aparecían unos colmillos que no eran puro atrezo para una noche de Halloween o películas cutres de terror. Sí, si era vampira tendría colmillos y chuparía sangre.

Y, sin embargo, lo peculiar era que eso le parecía normal. Siendo chupasangre, tampoco iba a chupar otra cosa, ¿no?

Y también empezaba a parecerle normal la atracción sexual que estaba sintiendo.

La enferma le sacó de sus estrambóticas reflexiones.

—¿Me sueltas la trenza, entonces?

—Sí, claro. Ya voy.

A Manny no le temblaron las manos, no.

En absoluto.

Temblar era decir muy poco. Parecía sufrir convulsiones. Toma ya, pulso de cirujano.

Estaba atada con la cinta más suave que él hubiese tocado en la vida. No era algodón, no era seda... Era algo que nunca había visto. Con eso y la excitación, sus hábiles dedos de cirujano parecían torpes morcillas inertes, y demasiado burdos al tratar de deshacer el nudo. Y además aquel pelo... Por Dios, el pelo negro ondulado que hacía pensar en las más sublimes obras de arte. Arte erótico, por supuesto.

Centímetro a centímetro, Manny fue separando las tres partes de pelo, y las ondas del cabello iban flotando en el aire suntuosamente. Y como él no era más que un degenerado, en lo único que podía pensar era en el contacto de ese pelo sobre su pecho desnudo... su vientre... sus genitales...

—Así es suficiente —dijo ella.

Suficiente. Tras forzar al sinvergüenza que llevaba dentro a regresar al reino de la decencia, Manny obligó a sus manos a detenerse. A pesar de haber soltado sólo la mitad, la imagen de aquella criatura era asombrosa. Si era hermosa con el pelo recogido, estaba absolutamente deslumbrante con aquellas ondas agitándose alrededor de su cintura.

—Métela en la trenza, por favor. —Le tendió la tarjeta con la mano casi sin fuerza—. Así nadie se dará cuenta.

Manny parpadeó y pensó: genial. No había manera de que el detestable cabrón de la perilla estuviera de acuerdo con que su hermana se relacionara con el cirujano...

Y menos que se rozaran, que se tocaran, vamos.

Bueno, tal vez un poco. ¡Y si pudiera follarla!

« Es hora de callarse, Manello, aunque no estés hablando en voz alta » .

En voz alta dijo otra cosa mucho menos subida de tono.

—Eres brillante. Muy audaz.

Eso la hizo sonreír. ¡Por Dios Santo!, pensó Manny. Esos incisivos eran afilados, blancos y largos... y habían sido diseñados por años de evolución para clavarse en las gargantas.

En lugar de bajarle la libido, ese pensamiento le llevó al borde del orgasmo.

Y, en ese momento, su paciente frunció el ceño.

Ay, y o no quería.

—Ah... ¿puedes leer mis pensamientos?

—Si estuviera más fuerte, sí. Pero si noté que tu olor corporal se volvió más intenso.

Así que ella sabía que lo estaba haciendo sudar, pero quizás... Manny tuvo la impresión de que no comprendía la razón de los calores que lo agobiaban. Todavía más excitante. La mujer lo miró con absoluta inocencia.

Desde luego, era posible que la chica, o lo que fuese, no pensara en él en términos sexuales por la sencilla razón de que era humano. Y encima acababa de salir de una terrible operación, por lo que la situación no podía tener nada de romántico para ella.

Manny interrumpió su segunda conversación interna y dobló la tarjeta en dos. Otra de las maravillosas ventajas de aquel abundante pelo fue que le tomó sólo un segundo camuflar su información escrita entre la trenza. Cuando terminó, Manny volvió a hacer el lazo con la delicadísima cinta; luego acomodó con cuidado la trenza junto a ella.

La miró, el muy sátiro.

—Espero que la uses. De verdad.

La sonrisa de Payne fue tan triste que Manny vio que las posibilidades de que eso sucediera no eran muy altas que digamos, pero alguna había. Era evidente que el contacto entre las dos especies no era una de sus prioridades.

Al menos ella sabía dónde encontrarlo, y se las había ingeniado para tener el contacto, ocultándolo al de la perilla.

—¿Qué crees que sucederá? —Hizo un gesto con la cabeza señalándose las piernas.

Los ojos de Manny siguieron la mirada de la mujer.

—No lo sé. Obviamente, las leyes de la naturaleza son otras para vosotros... así que cualquier cosa es posible.

—Mírame. —La criatura celestial tenía unos ojos suplicantes, arrebataadores

—. Por favor, despedámonos.

Manny sonrió.

—Me cuesta mucho decirte adiós. —Era tan fuerte la atracción que sentía Manny, que casi no se atrevía a mirarla—. Prométeme una cosa.

- ¿Qué te puedo prometer?
—Que me llamarás si puedes.
—Lo haré.

Sin embargo, Manny sintió que Payne no estaba diciendo la verdad. No sabía por qué, pero estaba condenadamente seguro.

Pero, entonces, ¿para qué se había tomado tantas molestias escondiendo la tarjeta? Ni idea.

Manny miró de reojo hacia la puerta y pensó en Jane. Mierda, debería disculparse cara a cara por haber sido tan detestable.

—Quisiera poder desprenderme de algo mío, dejarte algo mío.

Manny volvió la cabeza bruscamente y clavó los ojos en los de la mujer.

—Lo que sea. Quiero cualquier cosa que puedas darme.

Las palabras le salían casi como un tenue resuello. Manny se dio cuenta de que, sin querer, estaba hablando a la doliente en términos sexuales... Estaba hecho un verdadero cerdo.

—Pero dejarte algo tangible... —La mujer negó con la cabeza—. Eso representaría un riesgo para ti.

Manny contempló el rostro fuerte y hermoso... y se detuvo en los labios.

—Tengo una idea.

—¿Sí? Cuéntamela. —La inocencia de su mirada le hizo detenerse un momento. Y encendió su deseo como si fuese una hoguera.

Su deseo tampoco necesitaba mucha ayuda, tal como estaban las cosas.

—¿Cuántos años tienes? —Manny no hizo esa repentina pregunta por cambiar de tema, ni se había vuelto loco. No. Sería un sátiro, pero nunca ligaba con menores de edad. Con seguridad ella tenía la constitución de un adulto, pero a saber a qué velocidad maduraban las vampiras.

—Tengo trescientos cinco años.

Manny se quedó mudo. Tomó aire una vez. Y otra vez. Con seguridad, se trataba de una adulta, concluyó.

—Entonces, ¿ya estás en edad casadera?

—Lo estoy. Sin embargo, no tengo pareja.

Gracias, Dios mío.

—Bien, ya sé lo que quiero. —A ella. Desnuda. Y encima de él. Pero estaba dispuesto a conformarse con mucho menos.

—¿Qué es?

—Un beso. —Manny levantó las manos con aire tranquilizador nada más decirlo—. No tiene que ser un beso apasionado y ardiente. Sólo... un beso.

Al ver que ella no respondía, Manny sintió ganas de morirse. Y pensó seriamente en entregarse al hermano de la mujer para que le diera la paliza que se merecía.

De repente, la mujer susurró unas sorprendentes palabras.

—¿Me enseñas cómo hacerlo?

—Pero... ¿Es que los de tu especie no... se besan? —Sólo Dios sabía lo que podrían hacer. Pero si había algo de cierto en la leyenda, el sexo no estaba ausente del repertorio de aquella gente, sino más bien todo lo contrario.

—Sí lo hacen. Pero yo nunca... ¿Estás enfermo? —Payne estiró la mano hacia él—. ¡Sanador! ¿Qué te pasa?

Manny abrió los ojos... Se había quedado sin aire y sin pulso.

—Déjame preguntarte algo. ¿Alguna vez has estado con un hombre?

—Nunca he estado con un hombre humano. Y... tampoco con ningún macho de los míos.

Manny sintió que su miembro estaba a punto de estallar. Lo cual era toda una locura. Nunca jamás le había importado si una mujer había estado antes con alguien o no. De hecho, la clase de chicas que normalmente le gustaban habían perdido la virginidad a comienzos de la adolescencia y no tenían ningún remordimiento.

Los ojos pálidos y luminosos de Payne se clavaron en él.

—Tu olor se ha vuelto aún más fuerte.

Probablemente porque estaba sudando como una bestia para tratar de detener el orgasmo. Sólo le faltaba correrse allí, como un gran profesional de la medicina, vamos.

—¿De verdad?

—Sí, y me gusta.

Hubo un momento eléctrico entre ellos, de tal intensidad que Manny no creía que su recuerdo se pudiera borrar con ningún truco de manipulación mental. Y luego la boca de Payne se abrió y su lengua color de rosa se asomó para humedecer los labios... como si se estuviera imaginando algo que le provocaba sed.

Luego dijo las palabras más excitantes de la historia.

—Creo que quiero comprobar a qué sabes.

Bien. Al diablo con lo del beso casto. Si quería comérselo vivo, estaba dispuesto. Y eso fue antes de que Manny viera cómo los colmillos blancos que salían de su mandíbula superior se alargaban todavía más.

Al verlos su excitación creció, aunque pareciese imposible.

Manny podía sentir sus propios jadeos, pero no podía oír nada, pues la sangre le ensordecía palpitando en sus oídos. Maldición, estaba a punto de perder el control... y no en sentido metafórico. Estaba literalmente a un paso de arrancarle las mantas y montarse sobre ella. Aunque estuviera sujeta por aparatos de cirugía ortopédica. Y aunque fuera virgen a los tres siglos de edad. Y aunque no fuera de su misma especie. Todo eso no solo no importaba, sino que añadía encanto a la criatura.

Manny necesitó de toda su fuerza de voluntad para ponerse de pie y dar un

paso atrás.

Tuvo que carraspear dos veces.

—Creo que será mejor que lo dejemos para una próxima oportunidad.

—¿Una próxima oportunidad?

—En un futuro, sí.

De inmediato, la expresión de la mujer cambió, difuminándose la débil pasión que momentos antes había empezado a asomar a su rostro.

—Sí, por supuesto. Claro.

Parecía decepcionada. Se odió por herirla, pero no había manera de explicarle lo mucho que la deseaba sin que el asunto se volviera pornográfico y por tanto catastrófico. Era virgen, por Dios Santo. Y se merecía a alguien mejor que él. Con colmillos y todo.

Manny le lanzó una última mirada y ordenó a su cerebro que recordara aquella visión. Tenía muy claro que necesitaba guardarla, no perderla.

—Haz lo que tienes que hacer. Borrarme el cerebro o lo que sea. Ahora.

Los ojos de la mujer lo contemplaron de pies a cabeza y se detuvieron en sus caderas. Cuando él se dio cuenta de que ella estaba mirándole la entrepierna, es decir, el pene, que estaba en posición erecta debajo de la ropa, Manny discretamente escondió con sus manos lo que tenía debajo de los pantalones.

Y entonces habló con voz ronca.

—Me estoy muriendo de... No puedo permanecer junto a ti ahora mismo. No soy de fiar. Así que tienes que hacerlo. Por favor. Dios, sólo hazlo...

CAPÍTULO

11



R *avas, sbarduno, grilletto, trekker.*

La palabra *gatillo* daba vueltas en la cabeza de V en todas las lenguas que conocía, mientras se esforzaba por exprimir su cerebro al máximo. En parte lo hacía para entretenerse, pero sobre todo porque, si no lo hacía, la angustia se lo comería vivo.

Mientras jugaba con la palabrita, los pies lo llevaban de un lado al otro de su ático en el Commodore. Aquel incesante movimiento convertía el lugar en el equivalente de una jaula para hámster, con la única diferencia de que ésta costaba varios millones de dólares.

Paredes negras. Techo negro. Suelo negro. La vista nocturna de Caldwell nunca había sido el principal atractivo del lugar.

Cocina, salón, alcoba, y otra vez vuelta a empezar.

Otra vez. Y otra vez.

Todo negrísimo.

A la luz de velas negras.

Había comprado el ático hacía cerca de cinco años, cuando el edificio todavía estaba en construcción. Tan pronto como vio que estaban levantando la estructura junto al río, decidió convertirse en el dueño de la mitad del último piso del rascacielos. Pero no para convertirlo en una especie de hogar... él siempre había tenido un escondite alejado del sitio donde dormía. Incluso antes de que Wrath consolidara a la Hermandad en la vieja mansión de Darius, V tenía el hábito de mantener el lugar donde dormía y guardaba sus armas separado de sus... otras actividades.

Esta noche, sintiéndose como se sentía, era al mismo tiempo lógico y ridículo que hubiera acudido allí.

A lo largo de muchas décadas y centurias, V no solo había desarrollado una reputación entre la raza, sino que había reclutado un rebaño de machos y hembras que necesitaban lo que él podía darles. Tan pronto como tomó posesión del ático, comenzó a llevarlos allí, a su agujero negro, para impartir una clase de sexo muy particular.

Allí les hacía sangrar.

Y les hacía gritar y llorar.

Y los follaba o hacía que lo follaran.

V se detuvo junto a la mesa de trabajo y observó la vieja madera, rayada y marcada no sólo por las herramientas de su oficio, sino por la sangre, los fluidos de los orgasmos y la cera derramados allí.

Dios, algunas veces la única manera de saber lo lejos que has llegado es regresar al lugar de donde saliste.

V estiró su mano enguantada y agarró las gruesas correas de cuero que usaba para mantener a sus esclavos muy quietos, exactamente donde los quería.

Las correas que solía usar, se corrigió enseguida. En tiempo pasado. Ahora que estaba con Jane, ya no hacía esas cosas... había perdido la antigua e irrefrenable pulsión.

Al mirar hacia la pared, se detuvo a contemplar su colección de juguetes: látigos, cadenas y alambre de púas. Grilletes, mordazas y cuchillas. Flagelos. Trozos de cadena.

Los juegos que practicaba, en otro tiempo, no eran para los miedosos, ni para los principiantes ni para los curiosos. Para los esclavos de verdad, había una línea muy fina entre el placer sexual y la muerte: las dos eran experiencias excitantes, pero la última representaba tu última oportunidad. Literalmente. Y V era el gran maestro, capaz de llevar a los demás a donde necesitaban llegar... e incluso un poco más allá.

Por eso todos ellos acudían a él.

Antes, en el pasado.

Mierda.

Y esa era la razón por la cual su relación con Jane había sido una revelación.

Con ella en su vida, V no había vuelto a sentir la apremiante necesidad de hacer nada de eso. Ni de experimentar aquel relativo anonimato, ni el control que ejercía sobre sus esclavos, ni el dolor que le gustaba infligirse a sí mismo, ni esa sensación de poder de los orgasmos dolorosos.

Después de todo este tiempo, V pensaba que se había transformado.

Error.

Todavía tenía dentro de sí el interruptor perverso y ahora estaba en la posición de «encendido».

Desde luego, el impulso de cometer un matricidio era supremo, muy estresante... En especial cuando no podías llevarlo a cabo.

V se inclinó y acarició un flagelo de cuero que tenía esferas de acero inoxidable en los extremos. Al sentir cómo las tirillas de cuero se filtraban por los dedos de su mano buena, le acometieron ganas de vomitar... porque al estar allí, se sentía dispuesto a dar cualquier cosa por un poquito de lo que solía tener antes...

No, un momento. Mientras contemplaba la mesa, trató de recuperar la cordura de los últimos tiempos. Antes de Jane, solía practicar el sexo como amo, porque era la única manera de sentirse lo suficientemente seguro para consumir el acto... y una parte de él siempre se había preguntado, en especial cuando agitaba el látigo, por decirlo de alguna manera, por qué sus esclavos deseaban lo que él les daba.

Ahora tenía una idea bastante aproximada: porque lo que llevaban por dentro era tan tóxico y violento que necesitaba una válvula de escape del mismo estilo...

V caminó hasta una de sus velas negras, sin darse cuenta siquiera de que sus botas tocaban el suelo.

Y la vela ya estaba sobre la palma de su mano, antes de que se diera cuenta de que la había cogido.

El deseo le hizo levantar la vela... y luego V ladeó ligeramente la parte encendida sobre su pecho. Un chorro de cera negra y ardiente le saltó sobre la clavícula y rodó por debajo de su camiseta sin mangas.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, al tiempo que dejaba escapar un silbido a través de los colmillos.

Más cera sobre la piel desnuda. Más ardor.

Al sentir que se excitaba y su miembro se ponía duro, la mitad de su ser parecía entusiasmarse con el plan y la otra mitad se rebelaba, lo consideraba sucio. Sin embargo, su mano enguantada no tenía problemas con la doble personalidad. Fue directamente hacia los botones de la bragueta de los pantalones de cuero y liberó la verga.

A la luz de la vela, V se vio bajar la vela y sostenerla sobre el miembro erecto... y luego volver la mecha encendida hacia el suelo.

Una lágrima negra se escapó de la fuente de calor y se lanzó en caída libre...

—Mierda...

Cuando sintió que sus párpados por fin podían abrirse, bajó los para ver la cera endurecida sobre el borde del pene y la pequeña línea que marcaba el rastro que había seguido.

Esta vez lanzó un gemido gutural cuando ladeó la vela... porque sabía lo que venía.

Más gemidos. Más cera. Una maldición en voz alta, seguida de jadeos.

No había necesidad de mover la pelvis a modo de bombeo sexual. El dolor era suficiente, pues cada vez que caía sobre su verga una gota de cera hirviendo, causaba un impulso eléctrico que estimulaba los testículos y los músculos de los muslos y el trasero. Periódicamente, V subía y bajaba la llama por la verga, para dejar caer gotas nuevas sobre la carne viva y el miembro saltaba cada vez que recibía uno de esos embates... hasta que notó que ya había habido suficientes jugueteos preliminares.

Entonces metió la mano que tenía libre debajo de los testículos y puso la verga en posición vertical.

La cera cayó exactamente sobre el punto más sensible y la agonía fue tan intensa que casi se desploma... El orgasmo fue lo que impidió que las piernas se le doblaran, pues el poder de la eyaculación endureció su cuerpo desde los pies hasta la cabeza.

Cera negra por todas partes.

Encima de la mano y de la ropa.

Igual que en los viejos tiempos... excepto por una cosa: era una experiencia absolutamente vana, vacía. Ah, pero un momento. Eso también formaba parte de los viejos tiempos. La diferencia era que, en aquel entonces, él no sabía que había algo más. Algo como Jane...

El sonido del móvil le hizo sentirse como si le acabaran de pegar un tiro en la cabeza y, aunque no sonó fuerte, el silencio se rompió como un espejo y los trozos reflejaron una imagen de él que V no quería ver: felizmente emparejado, estaba de todas maneras allí, en su escondite de perversión, masturbándose.

V se detuvo y lanzó la vela al otro extremo del salón, como si fuera un gran jugador de béisbol. Por fortuna la llama se extinguió en el aire, gracias a lo cual no se incendió todo el maldito edificio.

Y eso fue antes de que viera quién estaba llamando.

Su Jane. Seguramente para contarle cómo iban las cosas en el hospital humano. Por Dios Santo, un macho honorable habría estado a la salida de la sala de cirugía, esperando a que su hermana saliera y brindándole apoyo a su pareja. Pero en lugar de eso, a él lo habían mandado lejos por verlo fuera de sí y había ido allí para dedicar un buen rato a jugar con la cera negra y la maldita erección.

V oprimió el botón para contestar, al tiempo que se guardaba la verga todavía dura entre los pantalones.

—¿Sí?

Hubo una pausa durante la cual tuvo que recordarse que Jane no podía leer los pensamientos, por lo cual dio gracias a Dios. Joder, ¿qué era lo que acababa de hacer?

Al fin habló Jane.

—¿Estás bien?

Todo lo contrario, estoy fatal.

—Sí. ¿Cómo está Payne? —Por favor, se dijo, que lo que viene no sea una mala noticia.

—Bueno... ya salió de la operación y está bien. Vamos de camino al complejo. Le fue bien en el quirófano y Wrath la alimentó. Sus signos vitales son estables y parece relativamente cómoda, aunque no hay manera de saber cuál será el resultado a largo plazo.

Vishous cerró los ojos.

—Por lo menos todavía está viva.

Y entonces hubo un rato de silencio, interrumpido solamente por el discreto zumbido del vehículo en el cual se encontraba Jane.

Después de un rato, la mujer habló de nuevo.

—Al menos ya pasamos el primer obstáculo y la operación se desarrolló sin sobresaltos... Manny estuvo brillante.

V decidió pasar por alto ese comentario.

—¿Algún problema con el personal del hospital?

—Ninguno. Phury hizo su magia. Pero por si hubo alguien o algo que hayamos omitido, probablemente sea buena idea monitorear todo el sistema de archivo del hospital por un tiempo.

—Yo me encargaré de eso.

—¿Cuándo vendrás a casa?

Vishous tuvo que apretar los dientes, mientras se abrochaba los botones de la bragueta. Le volvía el deseo perverso. El rostro se le ponía morado, o azul, hasta parecer un siniestro pitufo. Una sola vez nunca era suficiente para él: en una noche normalita de las de otro tiempo, se necesitaban cinco o juegos para lograr lo que necesitaba.

Jane no leía el pensamiento, pero lo conocía.

—¿Estás en el ático?

—Sí.

Hubo una tensa pausa.

—¿Solo?

Bueno, la vela era un objeto inanimado.

—Sí.

—Está bien, V, tienes derecho a retirarte a pensar lo que estás pensando en este momento.

—¿Cómo sabes qué tengo en mente?
—¿Por qué ibas a estar pensando en otra cosa?
Por Dios... ¡Qué hembra de valía!
—Te amo.

—Lo sé. Yo también. —Pausa—. ¿Te gustaría... estar ahí con alguien más?
El dolor que se ocultaba en la voz de Jane casi quedaba eclipsado por su serenidad, pero para V fue tan claro como el mediodía.

—Eso quedó en el pasado, Jane. Confía en mí.
—Confío en ti, no lo dudes ni un momento.

Entonces por qué preguntas, pensó V, al tiempo que apretaba los ojos y dejaba caer la cabeza hacia atrás. Bueno, pues porque... Porque lo conocía demasiado bien.

—Dios... No te merezco.

—Sí, sí me mereces. Ven a casa, a ver a tu hermana...

—Tenías razón al decirme que me fuera. Siento haberme portado como un idiota.

—Tienes derecho a desahogarte. Todo esto ha sido muy estresante...

—Jane...

—¿Sí?

V trató de articular alguna palabra, pero falló y, nuevamente el silencio se impuso entre ellos. Maldición, sin que importase lo mucho que se esforzara por componer una frase, V sentía que no había ninguna combinación mágica de sílabas que le permitiera formular adecuadamente lo que sentía.

Pero, claro, tal vez no fuera tanto un problema de vocabulario como de lo que él acababa de hacer: se sentía como si tuviera algo que confesarle a Jane, y no pudiera hacerlo.

Jane insistió.

—Ven a casa. Ven a verla. Si no estoy en la clínica, búscame.

—Está bien. Lo haré.

—Todo irá bien en adelante, Vishous. Y tienes que recordar algo.

—¿Qué?

—Sé con quién me casé. Sé quién eres. No hay nada que pueda horrorizarme... Ahora cuelga el teléfono y ven a casa.

Al despedirse de Jane y oprimir la tecla para terminar la llamada, V pensó que no estaba muy seguro de que realmente no hubiese nada que pudiera horrorizarla. Esa noche él mismo se había dado una buena sorpresa.

V guardó el móvil, lió un cigarro y se tocó los bolsillos en busca de un encendedor. Recordó que había tirado a la basura su maldito mechero, allá en el centro de entrenamiento.

Entonces volvió la cabeza y vio una de aquellas condenadas velas negras. No había otra solución. Se acercó a una y encendió su cigarro.

La idea de regresar al complejo era la mejor. Un buen plan, claro y sólido.

Lástima que le provocara ganas de dar alaridos.

Después de terminar el cigarro, el vampiro masoquista se dispuso a apagar las velas y dirigirse a casa. Verdaderamente, era su firme propósito.

Solo que no llegó a cumplirlo.



Manny estaba soñando. Tenía que estar soñando.

Era vagamente consciente de estar en su oficina, boca abajo en el sofá de cuero en el que solía acostarse para recuperar un poco de sueño. Como siempre, tenía debajo de la cabeza un traje de cirugía enrollado a manera de almohada y se había quitado las zapatillas Nike.

Todo eso era normal, la vida común y corriente.

Pero la pequeña siesta lo fue envolviendo, y de repente ya no estaba solo. Estaba encima de una mujer...

Al echarse para atrás bruscamente, sorprendido, ella se quedó mirándolo fijamente con unos ojos del color del hielo que, sin embargo, ardían de deseo.

La interpeló con voz quebrada.

—¿Cómo has entrado aquí?

—Estoy dentro de tu cabeza. —La mujer tenía un acento extranjero, que resultaba terriblemente excitante—. Estoy dentro de ti.

Y luego se dio cuenta de que, debajo de su cuerpo, ella se encontraba totalmente desnuda y caliente... Por Dios Santo, pese a lo surrealista del momento, Manny sintió deseos de follar con ella.

Era lo único que parecía lógico.

—Enséñame. —Le hablaba con voz misteriosa. Abrió los labios, al tiempo que movía las caderas debajo de su entrepierna—. Tómame.

La mano de ella se movió entre los dos y, cuando encontró su erección, comenzó a acariciarla, lo cual le hizo gemir.

—Me siento vacía sin ti. Lléname. Ahora.

Con una invitación como aquella, Manny no se detuvo a pensarlo dos veces. Se bajó los pantalones hasta los muslos, con apresurada torpeza, y entonces...

—Dios. —El miembro se deslizó por la vagina húmeda de la criatura de los sueños.

Una embestida y estaría hundido hasta el fondo, pero se controló para no penetrarla del todo. Primero iba a besarla y, lo que era más importante, iba a hacerlo bien, porque... ella nunca antes había sido besada...

¿Cómo sabía eso?

Qué más daba. ¿A quién le importaba?

Y la boca no era el único lugar que planeaba visitar con los labios, con la

lengua.

Se separó un poco, bajó la mirada por aquel cuello largo hasta la clavícula... y siguió bajando... o al menos trató de hacerlo.

Ese fue el primer indicio de que algo andaba mal. Aunque podía ver cada detalle de su rostro hermoso y fuerte y de su cabello largo y negro recogido en una trenza, la imagen de los senos resultaba borrosa, y no se aclaraba: a pesar de lo mucho que se esforzaba, Manny no lograba ver los pechos con claridad. Pero, en todo caso, parecía perfecta a sus ojos, independientemente de la apariencia.

Perfecta para él.

La etérea mujer jadeaba y rogaba.

—Bésame...

El ardiente cirujano sintió que sus caderas se sacudían al oír esa voz y notó que el pene, como moviéndose por voluntad propia, se deslizó hasta el núcleo mismo de ella.

Dios, la sensación de aquella mujer apretada contra él, mientras sus genitales se encontraban en lo más hondo de su virginidad caliente y húmeda, buscando ese punto sensible...

—Sanador...

No fue una palabra, sino más bien un jadeo. La mujer arqueó la espalda y sacó la lengua para humedecerse el labio inferior...

Colmillos.

Esas dos puntas blancas eran colmillos. Manny se quedó paralizado: lo que estaba debajo de él y a su disposición no era un ser humano.

—Enséñame... tómame...

Vampira.

Manny tenía que haberse sentido horrorizado y asqueado. Pero no lo estaba, ni en broma. Por el contrario, constatar la naturaleza de la criatura femenina le hizo desear penetrarla con una desesperación que lo dejó sudando. Y también había algo más... le hizo desear marcarla.

Aunque no sabía qué demonios significaba eso.

—Bésame, sanador... y no te detengas.

—No me detendré —gemía el médico—. Nunca me voy a detener.

Al bajar la cabeza para acercar sus labios a los de ella, estalló en un orgasmo explosivo que se derramó, torrencial, sobre ella...

Manny se despertó con un grito tan fuerte que habría levantado a un muerto.

La eyaculación era abundantísima. Como un loco, clavaba la pelvis en el sofá, mientras brumosos y fascinantes recuerdos de su amante virgen lo hacían sentirse como si las manos de ella estuvieran sobre su piel... Maldición, era evidente que el sueño ya se había acabado, pero el orgasmo seguía su curso. Tuvo que apretar los dientes, doblarse, contener el aliento para detener unas convulsiones sexuales que ya amenazaban con cortarle la respiración, además de

manchar el sofá y cuanto había cerca de allí.

Cuando todo terminó, el doctor se dejó caer de cara sobre los cojines del sofá e hizo lo que pudo para llevar un poco de oxígeno a sus pulmones. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que el segundo salto iba a comenzar en cualquier momento. De nuevo regresaba el sueño, esta vez en forma de fragmentos tentadores. Ya echaba de menos un encuentro que en realidad no había existido, pero le parecía más real que la prosaica y muy concreta realidad que percibía en ese momento, tumbado, despierto, pringado.

Confuso, rebuscó en la memoria. Manny encontró débiles, muy débiles recuerdos de un extraño lugar donde había estado, de una mujer a la que había tenido que...

Un repentino y violentísimo dolor le torturó las sienes y lo dejó completamente noqueado. De no haber estado ya en posición horizontal, sin duda habría caído, como fulminado, al suelo.

Gritó, se agarró la cabeza.

El dolor era horrible, como si alguien lo hubiese golpeado en el cráneo con un tubo de plomo. Pasó un buen rato antes de que tuviera fuerzas para darse la vuelta, colocarse boca arriba primero y después tratar de sentarse.

El primer intento de ponerse en posición vertical no fue un gran éxito, que se diga. El segundo resultó más útil, porque al menos logró poner los brazos a los lados del torso y apoyarse en el sofá para evitar derrumbarse como un árbol viejo. Mientras su cabeza colgaba de los hombros como un globo desinflado, puso toda su atención en la alfombra oriental sobre la que habían de marchar sus pies. Tomó aire y esperó a tener fuerzas suficientes para correr al baño y tomarse un analgésico.

Estaba muy dolorido, pero no sorprendido. Ya había tenido dolores de cabeza similares. Justo antes de que Jane muriera...

El recuerdo de su antigua jefa de traumatología desencadenó otra oleada de pinchazos que le hacían suplicar, como si hubiese perdido la razón, algo así como por-favor-que-dejen-de-dispararme-entre-los-ojos.

Para defenderse del brutal ataque de los dolores, decidió hacer respiraciones cortas y poner la maldita mente en blanco, lo cual, de alguna manera, y para su propio asombro, logró sacarlo de la crisis. Cuando sintió que lo peor de la agonía ya había pasado, intentó levantar la cabeza con mucho cuidado... previendo que un cambio de altitud pudiera provocar otro ataque.

El reloj antiguo que tenía detrás del escritorio marcaba las cuatro y dieciséis.

¿Las cuatro de la mañana? ¿Qué diablos había hecho toda la noche, después de salir del hospital para equinos?

Al tratar de recordar sus últimos movimientos, se vio conduciendo su coche a través de Queens, después de que *Glory* se despertara, con la intención de dirigirse a casa. Pero evidentemente eso no era lo que había sucedido. Manny no

tenía ni idea de cuánto tiempo podía llevar dormido en su oficina. Miró la ropa de cirugía y vio gotas de sangre por aquí y por allá... y notó que sus zapatillas deportivas todavía estaban cubiertas por los protectores quirúrgicos. Al parecer había estado operando a un paciente...

Otro terrible pinchazo cruzó por su cabeza, haciéndole contraer cada músculo del cuerpo. Consciente de que aquello no podía soportarlo muchas veces, se concentró, abandonó todo proceso mental y comenzó a respirar de forma lenta y regular.

Con los ojos fijos en el reloj, observó cómo las manecillas del minutero pasaban del diecisiete... al dieciocho... al diecinueve...

Veinte minutos después, por fin pudo ponerse de pie y dirigirse al baño, que recordaba un escenario de película, con suficiente mármol, cristal y bronce como para parecer el decorado de un castillo demasiado iluminado. Y eso era lo malo. Maldijo por el daño que le hacían aquellas luces tan brillantes.

Corrió la puerta de cristal de la ducha, metió la mano para abrir los grifos y enseguida, antes de meterse bajo el agua, se dirigió al lavabo para abrir la puerta de espejo del armarito y agarrar el frasco de analgésico. Cinco pastillas de golpe eran más de la dosis recomendada, pero al fin y al cabo él era médico, joder, y se recetaba esa dosis. ¿Algún problema?

El agua caliente fue como una bendición que se fue llevando no sólo los restos de la increíble eyaculación, sino también todo el estrés de las últimas doce horas. Dios... *Glory*. Esperaba que su potranca estuviera bien. Y en cuanto a esa mujer que había ope... ¿Mujer?... ¡Ayyyyy!

El anuncio de otro asalto de la horrible migraña le hizo abandonar cualquier idea que estuviera tratando de articular. Al parecer, en esos momentos las ideas eran veneno puro para su cabeza. Se concentró solamente en las sensaciones del agua que le caía sobre la cabeza, los hombros, el cuerpo entero.

Aún la tenía dura.

Como una piedra.

Que su condenado miembro permaneciera completamente alerta, a pesar de que su otra cabeza estaba totalmente aturdida, no era nada normal, ni divertido. Lo último que tenía ganas de hacer en ese momento eran trabajos manuales, pero el buen cirujano tenía la sensación de que aquella pertinaz erección se iba a convertir en algo parecido a un enano de jardín, allí presente para toda la eternidad si no tomaba cartas en el asunto.

Cuando la pastilla de jabón se deslizó de la jabonera de bronce y aterrizó en el dedo gordo del pie, lanzó una maldición, levantó el pie y se dio la vuelta... luego se inclinó y recogió la pastilla.

Pero estaba muy resbaladiza.

Se escurrió otra vez.

Tras varios intentos pudo colocarla en su sitio.

Ahora tenía que encargarse del enano de jardín. Al deslizar la palma de la mano hacia arriba y hacia abajo, el agua caliente y el roce suave y jabonoso dieron sus frutos, pero no se parecieron nada a lo que había sentido al estar sobre aquella mujer...

Otra punzada. Justo en el lóbulo frontal.

Dios, parecía como si hubiese un ejército de guardias armados alrededor de cualquier pensamiento que tuviera que ver con ella. ¿Ella? ¡Ay!

Lanzó una maldición y decidió dejar de pensar por completo, pues sabía que tenía que terminar lo que había empezado. Apoyó un brazo contra la pared de mármol y dejó caer la cabeza, mientras se masturbaba. Siempre había tenido mucha energía sexual, pero esto parecía algo completamente distinto, un deseo que superaba cualquier barrera conocida y penetraba hasta un cierto núcleo de su ser que le resultaba completamente desconocido.

—Mierda... —Al correrse, apretó los dientes y se dejó caer contra las paredes de la ducha. La eyaculación fue igual de fuerte y caudalosa que la que había tenido en el sofá. Sacudía el cuerpo entero. El pene no era lo único que se retorció de manera incontrolable: cada músculo parecía involucrado. Se mordió con fuerza los labios para no gritar.

Cuando por fin volvió a su ser, tenía la cara aplastada contra el mármol y la respiración tan agitada como si acabara de atravesar Caldwell corriendo a toda velocidad.

O tal vez todo el estado de Nueva York

Entonces se situó de nuevo bajo la ducha, se lavó otra vez y salió. Agarró una toalla y...

Miró hacia abajo y se quedó de piedra.

—¿Era una broma?

La verga seguía tan erecta como al comienzo de la masturbación. Tan intacta, orgullosa y fuerte como cualquier bate de béisbol.

Querido enano de jardín, te estás pasando. Ya vale, ¿no?

Si no quería hacer caso por las buenas, estaba dispuesto a hacerlo desaparecer bajo los pantalones. Obviamente, lo de complacerle y proporcionarle alivio no estaba funcionando. Estaba exhausto y empalmado. ¿Cómo era posible? Demonios, tal vez estaba incubando una influenza o cualquier otra infección. Dios sabe que la gente que trabaja en hospitales puede contagiarse de muchas cosas.

Al parecer, también de amnesia.

Manny se envolvió en una toalla y se dirigió a su oficina... pero de pronto frenó en seco. En el aire flotaba un extraño aroma, a especias extrañas.

No era la fragancia de su colonia, de eso estaba seguro.

Así que decidió ir hasta la puerta y echar un vistazo afuera. Las oficinas de administración estaban a oscuras y desiertas. Además, allí ya no se sentía el

curioso olor, en todo caso.

Frunció el ceño y volvió a mirar el sofá. Pero, prevenido, no se permitió pensar en lo que acababa de suceder allí. No estaba para pinchazos.

Diez minutos después, ya estaba vestido con un traje de cirugía limpio y se había afeitado. Mister Felicidad, que todavía estaba tan erguido como un obelisco, permanecía a buen recaudo, contenido por la fuerte tela de los pantalones, enjaulado como el animal que era. Recogió el maletín y el traje que había usado en el hipódromo. Se sentía más que dispuesto a dejar atrás el sueño, el dolor de cabeza y toda esa maldita noche de migrañas y amnesias.

Atravesó las oficinas del departamento de cirugía y tomó el ascensor para bajar hacia la salida, en la planta donde se encontraban las salas de cirugía. Por todas partes se veía a miembros de su personal, cada uno a lo suyo: operando los casos de urgencia, organizando el traslado de los pacientes, limpiando, preparando. Manny lo saludó con un gesto de la cabeza, pero no dijo nada. Comportándose de esa manera, como siempre, todo parecería normal. Lo cual era un alivio.

Y casi llegó al aparcamiento sin tropiezo alguno.

Casi, porque su estrategia de escape se vio frenada abruptamente, al llegar a la zona de recuperación. Manny tenía la intención de pasar de largo, pero sus pies sencillamente se negaron a seguir y la cabeza le empezó a dar vueltas... Y súbitamente se sintió impulsado a entrar en una de las salas. Fue tener ese impulso y notar que el dolor de cabeza volvía al ataque. Pero esta vez no opuso resistencia, sino que se abrió paso hasta el último cubículo, que estaba junto a la salida de emergencia.

En el set en cuestión, la cama estaba impecable y las sábanas estaban tan bien estiradas sobre el colchón que podría haber rebotado una moneda como las piedrecillas lanzadas a la superficie del río. No había ninguna anotación en el tablero que usaba el personal, ningún monitor pitando. El ordenador ni siquiera estaba en línea.

Pero en el aire había olor a desinfectante. Y un cierto perfume...

Alguien había estado recientemente allí. Alguien a quien él había operado. Esa noche.

Y ella era...

En ese momento, Manny creyó morir de dolor y se tuvo que agarrar al marco de la puerta para no caer redondo al suelo. La migraña, o lo que fuera, empeoró, y tuvo que inclinarse...

Y ahí fue cuando la vio.

A pesar del dolor, Manny frunció el ceño e hizo un esfuerzo para caminar hasta la mesita auxiliar y ponerse en cuclillas. Alargó la mano y tanteó el suelo debajo de la mesa, hasta que encontró una tarjeta doblada en dos.

Incluso antes de verla bien, el cirujano supo de qué se trataba. Y por alguna

razón, al tomar la tarjeta sintió que se le partía el corazón.

La desdobló y se quedó contemplando las letras con su nombre y su cargo, la dirección del hospital, el número de teléfono y el del fax. Escrito a mano en el espacio en blanco que había a la derecha del emblema del St. Francis, con su letra, estaba el número de su teléfono móvil.

Pelo. Pelo negro recogido en una trenza. Sus manos soltando...

—¡La puta madre que me parió!

Manny, horriblemente torturado, alcanzó a apoyar una mano en el suelo, pero de todas maneras se cayó pesadamente sobre el linóleo, antes de darse la vuelta y quedarse tumbado sobre la espalda. Mientras se agarraba la cabeza con las manos y hacía un esfuerzo por aguantar aquel dolor, se dio cuenta de que, aunque tenía los ojos abiertos, no podía ver nada.

—¡Jefe!

La voz de Goldberg fue un mínimo alivio para las punzadas en las sienes. El dolor pareció ceder un poco, como si su cerebro estuviera tratando de aferrarse a un salvavidas que le habían lanzado desde la orilla y alguien estuviera tirando de él para salvarlo de los tiburones. Al menos temporalmente.

—Hola —gimíó.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Qué te pasa? ¿Te duele la cabeza?

—En absoluto.

Goldberg se rió.

—Debe de haber algún virus andando por ahí. Ya he visto a cuatro enfermeras y a dos administrativos tirados por el suelo como tú. Los he mandado a casa y he tenido que llamar a los sustitutos.

—Sabía decisión.

—Pues saca tus conclusiones.

—No tienes que decirlo dos veces. Ni siquiera una. Ya me voy. Ya me voy. — Manny se obligó a sentarse y luego, cuando se sintió con fuerzas, se agarró a la cama para ayudarse y levantó el maldito trasero del suelo.

—Se suponía que no ibas a estar disponible este fin de semana, jefe.

—Ya me conoces. Al final volví. —Por fortuna, Goldberg no preguntó por los resultados de la carrera de caballos. Pero, claro, tampoco sabía que debía hacerlo. Nadie tenía idea de lo que Manny hacía fuera del hospital, principalmente porque él nunca había pensado que fuera lo suficientemente importante, comparado con lo que todos hacían allí, como para andar contándolo.

¿Por qué sentía de repente, entre ataque y ataque de migraña, aquel vacío en su vida?

El jefe de traumatología lo miraba, entre irónico y preocupado.

—¿Necesitas que alguien te lleve?

Dios, cómo echaba de menos a Jane.

—¿Cómo?... —¿Cuál era la pregunta? Ah, sí—. Ya me he tomado unas pastillas para el dolor. Estaré bien. Mándame un mensaje si me necesitas. —Al salir, Manny le puso una mano sobre el hombro a Goldberg—. Estás al mando hasta mañana a las siete de la mañana.

Pero no escuchó la respuesta de Goldberg.

La verdad es que Manny estaba tan aturdido que ni siquiera se dio cuenta de que caminó hasta los ascensores del lado norte y tomó uno que lo llevó hasta el aparcamiento. Era como si el último ataque de dolor de cabeza hubiese desconectado por completo su cerebro. Al salir al estacionamiento, Manny fue poniendo un pie delante del otro, como un autómatas, hasta llegar a su lugar y...

¿Dónde diablos estaba su coche?

Manny miró a su alrededor. Todos los jefes de servicio tenían una plaza fija en el aparcamiento, pero su Porsche no estaba donde debía estar.

Y tampoco tenía las llaves en el bolsillo del pantalón del traje, que era donde siempre las llevaba.

La única buena noticia fue que, cuando se puso hecho una fiera, el dolor de cabeza se le pasó por completo, aunque eso, obviamente, debía de ser el resultado de las pastillas.

¿Dónde demonios estaba su maldito coche? ¿Dónde?

Por Dios Santo, estando aparcado dentro del hospital no era tan sencillo romper la ventanilla, ponerlo en marcha con un puente y salir huyendo. Para abrir la puerta del aparcamiento y salir a la calle era necesario pasar la tarjeta que él llevaba en su...

La puta cartera tampoco estaba en el bolsillo.

Genial. Justo lo que necesitaba: una cartera robada, un Porsche camino al desguace y un buen jaleo con la policía.

La oficina de seguridad estaba junto a la salida, al lado de la caseta de control del aparcamiento, así que se encaminó rápidamente hacia allá en lugar de hacer las preceptivas llamadas a la policía y demás, porque... también se habían llevado su móvil...

De repente, Manny redujo su paso hacia la caseta. Y luego se detuvo por completo. A medio camino de la salida, en la fila donde estacionaban los pacientes y sus familias, había un Porsche 911 Turbo de color gris. Del mismo modelo que el suyo. Con la misma pegatina en la ventana trasera.

Y la misma matrícula.

Manny se acercó al coche con tanta prevención como si hubiese una bomba debajo del chasis. Manny abrió con cuidado la puerta del lado del conductor. NO habían echado la llave.

La cartera, las llaves y su móvil estaban debajo del asiento.

—¿Doctor? ¿Se encuentra bien?

Estupendo. Al parecer, había dos cosas que se repetían con insistencia esta noche: la ausencia de recuerdos y que la gente le hiciera la única pregunta a la que no podía responder con toda sinceridad.

Al levantar la mirada, se preguntaba qué podía decirle al guardia de seguridad: Oiga, ¿por casualidad sabe si alguien dejó en la oficina de objetos perdidos el tornillo que parece que me falta?

—¿Por qué está aparcado aquí, doctor? —El tío del uniforme azul iba al grano.

« No tengo ni idea » .

—Mi plaza estaba ocupada.

—Joder, debió decírmelo, doc. Lo habríamos arreglado enseguida.

—Ustedes son una maravilla, pero no es cuestión de andar molestándoles por una tontería semejante.

—Bueno, cuídese, doctor... y descanse. No tiene muy buena cara.

—Excelente consejo.

—Tal vez debí estudiar medicina. —El guardia, sonriente, levantó la linterna a manera de despedida—. Que pase buena noche.

—Lo mismo digo.

Manny se volvió a subir a su coche fantasma, encendió el motor y dio marcha atrás. Mientras avanzaba hacia la salida del estacionamiento, sacó su tarjeta de identificación y la usó sin problemas para abrir la puerta. Al salir a la avenida St. Francis, dobló a la izquierda y se dirigió al centro, hacia el Commodore.

Por el camino sólo se sentía seguro de una cosa.

Estaba perdiendo su adorada razón.

CAPÍTULO

12



V ya debería estar en casa, pensó Butch, mientras miraba al vacío, nervioso, en la Guarida.

—Ya debería estar aquí. —Jane, detrás de Butch, tampoco se mostraba tranquila—. Hablé con él hace cerca de una hora.

—¡Estos malditos genios y sus comportamientos imprevisibles! —Butch despotricaba mirando el reloj por enésima vez.

Entonces se levantó del sofá de cuero, rodeó la mesita y se dirigió al lugar donde estaba la instalación de ordenadores de su mejor amigo. Los «cuatro juguetes», como solía llamar a los sofisticados aparatos de altísima tecnología, costaban unos buenos cincuenta mil dólares. Y eso era, más o menos, lo único que Butch sabía sobre ellos.

Bueno, eso y cómo usar el ratón para localizar el chip del GPS instalado en el móvil de V.

No había razón para buscar más. La dirección que indicaba el GPS le dijo todo lo que necesitaba saber... y también le causó malestar en el estómago.

—Todavía está en el Commodore.

Al ver que Jane no decía nada, Butch levantó la mirada desde los monitores. La shellan de Vishous estaba de pie junto al futbolín, con los brazos cruzados sobre el pecho. En ese momento, el cuerpo de la mujer era tan traslúcido que Butch alcanzaba a ver la cocina a través de él. Después de un año, Butch ya se había acostumbrado a las distintas formas que podía adoptar Jane y ésta por lo general indicaba que estaba pensando intensamente en algo, de manera que olvidaba por completo que debía mantener una forma corpórea.

Butch estaba seguro de que los dos estaban pensando en lo mismo: que V se hubiese quedado hasta tarde en el Commodore, cuando sabía que su hermana ya había salido de la operación y se encontraba segura en el complejo, era sospechoso... en especial teniendo en cuenta el estado de ánimo en que se encontraba.

Y considerando, sobre todo, los extremos a los que le gustaba llegar.

Butch se dirigió al armario y sacó una chaqueta de gamuza.

—¿Crees que podrías...?—Jane dejó la frase sin terminar y se rió—. Me has leído el pensamiento.

—Lo traeré de regreso. No te preocupes.

—Está bien... de acuerdo. Creo que iré a acompañar un rato a Payne.

—Buena idea. —La rápida respuesta de Butch tenía que ver con algo más que los beneficios clínicos que representaría para la hermana de V la permanencia a su lado de la doctora...

Butch se preguntó si Jane lo sabría. ¡Claro que estaría al tanto, no era ninguna idiota!

Sólo Dios sabía lo que Butch iba a encontrar en el ático de V. Detestaba pensar que su amigo estuviese siendo infiel a su compañera, pero la gente comete errores, en especial cuando está muy presionada. Y era mejor que no fuera Jane quien viera lo que estaba pasando.

Camino a la salida, dio un abrazo rápido a Jane; abrazo que ella devolvió enseguida, al tiempo que adquiría consistencia sólida y lo estrechaba con fuerza.

—Espero que... —Jane no terminó la frase.

—No te preocupes. —Butch sabía que ella sí se preocuparía, dijera lo que dijera. Y con motivo.

Un minuto y medio después, el antiguo policía se encontraba tras el volante del Escalade, conduciendo como un loco. Aunque los vampiros podían desmaterializarse, debido a su condición de mestizo, ese útil truco no formaba parte de su repertorio.

Por fortuna, Butch no tenía muchos reparos ante la idea de sobrepasar el límite de velocidad.

Y hacerlo añicos.

Cuando llegó al centro de la ciudad, la zona todavía estaba bastante adormilada y, a diferencia de lo que sucedía en los días laborables, cuando los

camiones de reparto y los madrugadores de los pueblos vecinos comenzaban a llegar desde antes de que saliera el sol, ese día la ciudad permanecería a esa hora tan desierta como un pueblo fantasma. El domingo era un día de descanso, o de colapso total, dependiendo de la intensidad de tu trabajo. O de tu ritmo de ingesta de bebida.

Cuando era detective de homicidios del Departamento de Policía de Caldwell, Butch llegó a familiarizarse bastante con los ritmos ciudadanos diurnos y nocturnos de aquel laberinto de callejones y edificios. Conocía los lugares donde solían aparecer los cadáveres y conocía a las personalidades criminales para las que matar era una profesión o un entretenimiento de tiempo completo.

En esa época solía hacer muchos viajes de este tipo a la ciudad, a toda velocidad, sin saber hacia qué se dirigía. Aunque... ya puestos a comparar, ¿qué se podía decir de su nuevo trabajo liquidando restrictores con la Hermandad? No era más que el mismo maldito oficio, con la misma descarga de adrenalina y la misma sórdida certeza de que la muerte lo esperaba en cada esquina.

Y, por cierto, Butch se encontraba apenas a unas dos calles del Commodore, cuando el presentimiento de que se estaba acercando a algo inquietante se fue concretando... Ese algo eran restrictores.

El enemigo estaba cerca. Y había varios de ellos.

Esto no era instinto. Era conocimiento. Desde que el Omega le había hecho aquel truco, Butch se había convertido en una especie de varita de zahorí para localizar asesinos, y aunque detestaba la idea de tener dentro de él a ese demonio, y deliberadamente evitaba pensar en ello con frecuencia, el asunto constituía un instrumento de incalculable valor en la guerra.

Él era la profecía del Ddestroyer hecha realidad.

Se le erizó el pelo de la nuca y se sintió atrapado entre dos polos: la guerra y su hermano. Después de una época en que la Sociedad Restrictiva parecía haber bajado su actividad, estaban comenzando a aparecer asesinos por todas partes. Parecía que su enemigo había hecho como Lázaro y resucitaba, con nuevos miembros. Así que era bastante posible que algunos de sus hermanos estuvieran cerrando la noche con una buena batalla; en cuyo caso, probablemente estaban a punto de llamarlo para que hiciera su magia.

Demonios, ¿sería posible que se tratara de V? Eso explicaría la tardanza.

Mierda, tal vez el asunto no era tan grave como todos estaban pensando. Una carnicería en vez de un polvo, qué alivio. Sin duda estaban lo suficientemente cerca del Commodore como para justificar el registro del GPS, y cuando estás en una lucha cuerpo a cuerpo con varios asesinos no es posible poner pausa y mandar un mensaje para avisar que te vas a retrasar un pelín.

Al dar la vuelta en una esquina, las farolas del Escalade iluminaron un largo y estrecho callejón que era como el equivalente urbano de un colon: las paredes de ladrillo que lo rodeaban estaban llenas de basura y hollín y el asfalto del suelo

aparecía salpicado de charcos de agua sucia...

—¿Qué demonios...?—Butch retiró el pie del acelerador y se inclinó sobre el volante... como si tal vez eso pudiera modificar lo que estaba viendo.

Al fondo del callejón se estaba desarrollando una pelea: tres restrictores en una lucha cuerpo a cuerpo contra un solo oponente.

Un oponente que no presentaba resistencia.

Butch cruzó la camioneta y se bajó a la carrera. Los asesinos habían rodeado a Vishous y el maldito idiota estaba dando vueltas dentro del círculo, pero no para lanzar patadas o vigilar lo que pasaba a sus espaldas. Estaba dejando que cada uno de los asesinos lo golpeará. Y los desgraciados llevaban cadenas.

Gracias al permanente reflejo de las luces de la ciudad, Butch vio cómo múltiples gotas de sangre roja caían sobre el cuero negro, al tiempo que el inmenso cuerpo de V absorbía los golpes de los eslabones que volaban a su alrededor. Si Vishous hubiese querido, podría haber agarrado los extremos de esas cadenas, tirando de los asesinos hasta dominarlos. Esos mierdas no eran más que nuevos reclutas, que todavía conservaban el color del pelo y de los ojos, ratas callejeras que debían de haber pasado la inducción como mucho un par de horas antes.

Por Dios, teniendo en cuenta el legendario poder de autocontrol de V, también podría haberse concentrado y desmaterializado para marcharse del lugar sin mayor problema.

Pero en lugar de eso permanecía en el centro del círculo, con los brazos abiertos a la altura de los hombros, para que no hubiese ninguna barrera entre los impactos de las cadenas y su torso.

El desgraciado iba a parecer la víctima de un accidente de tráfico si seguía así. O peor.

Al llegar al lugar de la pelea, Butch se encogió, saltó y aplastó de un golpe al asesino que tenía más cerca. Cuando los dos cayeron sobre el pavimento, Butch agarró al asesino por el pelo, le dio un tirón y le cortó la garganta de un solo tajo. Un chorro de sangre negra brotó de la yugular del infeliz y entonces se desplomó, pero el policía no tuvo tiempo de darle la vuelta para inhalar su esencia.

Ya tendría tiempo después de limpiar un poco.

Butch se puso de pie rápidamente y agarró el extremo de una cadena en pleno vuelo. Dio un tremendo tirón, se echó hacia atrás y giró sobre sus talones para arrancar al asesino de la zona de flagelación de V y arrojarlo contra un contenedor de basura como si fuera una piedra.

Al ver que el muerto viviente parecía estar viendo estrellitas y se convertía en tapete para recibir las futuras bolsas de basura, Butch dio media vuelta y ya estaba listo para terminar el combate cuando, sorpresivamente, V decidió despertar y se hizo cargo del asunto. A pesar de que evidentemente estaba

malherido, el vampiro masoquista se convirtió en un remolino descomunal que lanzó una patada y luego se abalanzó sobre el desgraciado, mientras enseñaba los colmillos. Al cerrar la brecha entre sus incisivos y su víctima, mordió al restrictor en el hombro y se aferró a él como si fuera un perro; luego sacó una daga negra y apuñaló al infeliz en el abdomen.

El tracto intestinal del asesino cayó sobre el pavimento. V le cortó la cabeza y lo dejó caer al suelo.

Y luego ya no se oyó más que su respiración agitada.

Butch lo interpeló entre jadeos.

—¿Qué demonios estabas haciendo?

V se dobló a la altura de la cintura y apoyó las manos en las rodillas, pero evidentemente esa posición no le procuró suficiente alivio, pues lo siguiente que Butch vio fue al hermano de rodillas, al lado del asesino que había destripado... respirando con mucha dificultad.

—Contéstame, imbécil. —Butch estaba tan furioso que sintió deseos de darle a su amigo una patada en la cabeza—. ¿Qué coño estás haciendo?

Empezaba a caer una llovizna helada. Un chorrito de sangre roja se escurrió de la boca de V y tuvo que toser un par de veces. Pero no dijo nada.

El expolicía se pasó una mano por el pelo que empezaba a humedecerse y alzó la cabeza hacia el cielo. Las gotas heladas que cayeron sobre su frente y sus mejillas fueron como una bendición refrescante que lo calmó un poco, pero aun así siguió sintiendo un terrible ardor en la boca del estómago.

—¿Hasta dónde pensabas llegar, V?

En realidad, Butch no quería oír la respuesta. Ni siquiera estaba hablando con su mejor amigo. Solo estaba contemplando el cielo nocturno, clamando a todas aquellas estrellas a punto de desvanecerse. Intentaba recuperar fuerzas.

Y entonces se dio cuenta. Las débiles chispas de luz que se observaban en el firmamento no solo eran producto de la luz de la ciudad... sino que el sol estaba a punto de desprezarse sus brillantes bíceps y comenzar a iluminar esa parte del mundo.

Tenía que moverse rápido.

Al ver que Vishous escupía sangre sobre el asfalto, Butch recuperó la conciencia y sacó la daga. No tenía tiempo de inhalar a los asesinos, pero eso tampoco era buena idea hoy; cuando terminaba sus funciones de Dhestroyer, Butch siempre tenía que recurrir a V para que lo curara o, de lo contrario, se quedaba chapoteando en la ciénaga de las náuseas permanentes, envenenado por los asquerosos restos del Omega. Pero ¿era conveniente hacerlo en ese momento? No estaba seguro siquiera de ser capaz de sentarse al lado de Vishous mientras regresaban a casa.

Por Dios Santo, ¿V quería una buena paliza?

Pues bien, Butch se sentía en ese momento el tipo indicado para dársela.

Cuando Butch apuñaló al restrictor que había dejado las vísceras sobre el asfalto, Vishous ni siquiera parpadeó al ver el estallido que se produjo junto a él. Y tampoco pareció darse cuenta cuando Butch hizo desaparecer al que tenía el corte en la garganta.

El último asesino que quedaba era el del depósito de basura, al que solo le habían alcanzado las fuerzas para levantarse hasta el borde del contenedor y quedarse apoyado sobre él como si fuera un zombi.

Así que el expolicía se acercó corriendo y levantó la empuñadura de la daga por encima del hombro preparándose para...

Cuando estaba a punto de asestar el golpe final, un olor llegó hasta sus fosas nasales, un olor que no se componía solamente de la famosa fragancia *Eau d'emie*, sino que contenía algo más. Algo que él conocía muy bien.

Butch terminó la tarea que tenía pendiente y, cuando la llamarada se desvaneció, clavó la vista en la tapa del contenedor. La mitad estaba cerrada, pero la otra parte parecía un poco torcida hacia un lado, como si la hubiese golpeado un camión al pasar, y la poca luz que entraba por la rendija fue suficiente para que Butch viera lo que había dentro. Al parecer, el edificio al que pertenecía el contenedor debía de albergar una especie de fábrica de metal, porque dentro había una gran cantidad de virutas metálicas en forma de espiral, que parecían pelucas de Halloween...

En medio de ellas, una mano sucia y pálida que tenía dedos pequeños y delgados...

—Mierda —susurró Butch.

Los años de entrenamiento y la mucha experiencia que llevaba a cuestas despertaron enseguida su instinto de detective, pero de inmediato se recordó que no tenía tiempo que perder en ese callejón. El amanecer estaba cerca y, si no se apuraba y regresaba al complejo, terminaría convirtiéndose en humo.

Además, sus días de policía habían terminado hacía mucho tiempo.

Esto era un asunto de humanos. Ya no era su problema.

De pésimo humor, Butch corrió hasta la camioneta, puso el motor en marcha y pisó el acelerador hasta el fondo, aunque en ese momento solo tenía que cubrir menos de veinte metros. Cuando pisó el freno, el Escalade chirrió y derrapó un poco sobre el pavimento mojado, deteniéndose apenas a unos centímetros de V.

Mientras los limpiaparabrisas automáticos del vehículo hacían su recorrido a derecha e izquierda, Butch bajó la ventanilla del lado del pasajero.

—Súbete. —Ni le miró: seguía con la vista fija al frente.

Ninguna respuesta.

—Súbete al maldito coche.

Ya en el área de reanimación y recuperación de la clínica de la Hermandad, Payne se encontraba en una habitación distinta a la que había ocupado antes y, sin embargo, todo parecía igual: todavía yacía inmóvil en una cama que no era la suya, en un estado de impotente agitación.

La única diferencia era que ahora tenía el pelo suelto.

Al sentir que el recuerdo de sus últimos momentos con su sanador insistía en penetrar en su cabeza, Payne lo dejó entrar, pues estaba demasiado cansada para luchar contra sus embates. ¿En qué estado lo había dejado? Mientras borraba los recuerdos del médico, la sacerdotisa se había sentido como una ladrona, y la mirada desolada, vacía, con la que él se había quedado le causó terror. ¿Le habría hecho algún daño?

El hombre era por completo inocente en aquel asunto; lo habían usado y luego lo habían desechado como un mal pensamiento, cuando en realidad se merecía un trato mucho mejor. Aunque no la hubiese curado, había hecho todo lo que estaba a su alcance, de eso Payne estaba segura.

Después de enviarlo hacia el lugar donde solía ir a esa hora de la noche, a su oficina, Payne se había sentido desgarrada por el remordimiento... Pero estaba segura de que no podía confiar en lo que haría con cualquier información que tuviera sobre cómo entrar en contacto con él. Esos momentos eléctricos que habían tenido lugar entre los dos eran una tentación muy grande y lo último que ella quería era tener que robarle más recuerdos a su maravilloso sanador.

Así que, con una fuerza de voluntad que reforzaba el temor, se había desatado la trenza que él le soltara y rehiciera, hasta que la pequeña tarjeta con su información cayó al suelo.

Nada más. Y ahora Payne se encontraba en el complejo de la Hermandad.

En verdad, lo mejor que podía pasar entre ellos era que se cortase toda comunicación. Si ella sobrevivía... si en realidad él había podido curarla... iría a buscarlo... Pero ¿con qué propósito?

Ay, por Dios, ¿a quién pretendía engañar? Ese beso que nunca había tenido lugar. Esa era la razón por la que lo buscaría. Y seguramente no se conformarían con el beso.

Payne recordó entonces a la Elegida Layla y se sorprendió deseando poder regresar a la conversación que habían tenido en el estanque hacía sólo unos días. Layla había encontrado un macho con el que quería aparearse y Payne pensaba que se había vuelto loca; una opinión nacida de la ignorancia, según parecía. En poco más de unos minutos, su sanador humano le había enseñado que podía sentir atracción por el sexo opuesto. Y no estaba loca. ¿O sí lo estaba?

Nunca olvidaría el aspecto de aquel hombre, de pie junto a su cama, con ese cuerpo completamente excitado y listo para poseerla. Los machos estaban magníficos en esa situación. Descubrirlo había sido una gran sorpresa. Una maravillosa sorpresa.

Su médico, como al parecer decían ellos, era magnífico. Payne no creía que hubiese sentido lo mismo si se tratara de otra persona. Y entonces se preguntó qué habría sentido al tener esa boca sobre la suya. El cuerpo masculino dentro del suyo...

Ah, las fantasías que se podían tener cuando una estaba sola y taciturna...

Pero, en verdad, ¿qué futuro podían tener ellos dos como pareja? Ella era una hembra que no encajaba en ninguna parte, una guerrera atrapada en la piel tibia del cuerpo de una Elegida; por no hablar del problema de la parálisis. Por otro lado, él era un macho atractivo, sexual, lleno de energía, que pertenecía a una especie diferente de la suya.

El destino nunca los uniría y quizás eso era lo mejor. Estar juntos sería demasiado cruel para ambos, porque en su caso nunca podría haber ninguna clase de apareamiento: ni ceremonial ni físico. Ella estaba atrapada allí, en el enclave secreto de la Hermandad, y si el protocolo del rey no los mantenía alejados, la violenta animadversión de su hermano ciertamente sí lo haría.

No, no estaban destinados a unirse.

Al ver que la puerta se abría y entraba Jane, Payne se sintió aliviada de poder pensar en otra cosa, cualquier cosa, y trató de brindarle una sonrisa a la fantasmagórica compañera de su hermano gemelo.

Jane también sonrió al aproximarse.

—Estás despierta, querida. ¿Te encuentras bien?

Payne frunció el ceño al ver la tensa expresión de la mujer, que no podía ocultar con su forzada sonrisa.

—Sí, pero ¿cómo te encuentras tú?

—Eso no es importante, la importante es la enferma. —Jane se sentó de medio lado sobre la cama y revisó con los ojos todos los aparatos que controlaban cada latido de su corazón y cada movimiento de sus pulmones—. ¿Estás cómoda?

En absoluto.

—Lo estoy. Y te agradezco todo lo que has hecho por mí. Dime, ¿dónde está mi hermano?

—Pues... todavía no ha vuelto a casa. Pero pronto estará aquí. Y seguramente querrá verte.

—Y yo a él.

En ese momento, la shellan de V pareció quedarse sin palabras. Y el silencio dijo mucho más que cualquier conversación.

Payne miró a la doctora.

—No sabes dónde está, ¿verdad?

—Sé dónde está. El lugar en el que se encuentra lo conozco demasiado bien.

—Entonces estás preocupada por sus inclinaciones. —Payne hizo una mueca de disgusto consigo misma—. Lo siento. Siempre soy demasiado franca.

—No importa. De hecho, me siento más cómoda con la gente sincera que con la que es demasiado prudente. —Jane cerró momentáneamente los ojos—. Entonces, ¿sabes cómo es V?

—Lo sé todo. Absolutamente todo. Y de todas formas lo he amado desde antes de conocerlo.

—¿Y cómo es posible que lo hayas sabido?

—Eso no te lleva más de un segundo cuando eres una Elegida. Los cuencos de cristal me han permitido observarlo a través de todas las etapas de su vida. Y me atrevería a decir que esta época, contigo, es, de lejos, la mejor.

Jane resopló un poco desconcertada.

—¿Sabes lo que va a suceder después?

¡Siempre esa pregunta! Hasta ella misma, al mirarse las piernas, se sorprendió preguntándose lo mismo.

—Lamentablemente, no. Lo único que se puede ver es el pasado, o sucesos inminentes, muy cercanos al presente.

Hubo un largo silencio, que rompió la doctora traslúcida.

—Algunas veces me cuesta mucho trabajo acercarme a Vishous. Está justo frente a mí, pero no puedo alcanzarlo. —Sus ojos verdes relampaguearon—. Él odia las emociones. Y es muy independiente. Bueno, yo soy igual. Por desgracia, en situaciones como la presente siento que no estamos realmente juntos, sino que seguimos senderos paralelos. No sé si entiendes lo que quiero decir. Dios, cualquiera que oiga lo que estoy diciendo pensará que me he vuelto loca. Estoy desvariando. Se diría que tengo problemas con él, y no es así.

—Yo sé cuánto lo adoras. Y conozco muy bien su naturaleza. —Payne pensó en todos los años de abusos que había sufrido su gemelo—. ¿Alguna vez te ha hablado de nuestro padre?

—No.

—No me sorprende.

Jane clavó los ojos en los de Payne.

—¿Cómo era el Sanguinario?

¿Qué se podía responder a eso?

—Digamos que... lo maté por lo que le hizo a mi hermano... y vamos a dejarlo ahí.

—¡Dios!

—Más bien deberías invocar al diablo, si pensamos en términos humanos.

Jane tenía un gesto de estupefacción, casi de espanto.

—V nunca habla del pasado. Jamás. Y solo una vez mencionó lo que le ocurrió a su... —Jane se detuvo ahí. De todas maneras, no había razón para seguir, pues Payne conocía muy bien los hechos a los cuales se refería—. Tal vez debí presionarlo para que siguiese hablando, para que se desahogase, pero no lo hice. Hablar de cosas íntimas lo altera mucho, así que preferí dejarlo en paz.

—Lo conoces bien.

—Sí. Y como lo conozco, estoy preocupada por lo que pueda haber hecho esta noche.

Ah, sí... Las perversiones que le gustaban.

Payne estiró la mano y acarició el brazo transparente de la médica, y se sorprendió al ver que cada parte que tocaba iba adquiriendo consistencia. Como Jane se sobresaltó, la Elegida se disculpó, pero la compañera de su gemelo negó con la cabeza.

—Por favor, no te disculpes. Es gracioso... sólo V puede hacer eso conmigo. Todos los demás me atraviesan.

Menuda metáfora.

Payne pronunció las siguientes palabras con mucha claridad:

—Tú eres la shellan adecuada para mi gemelo. Y él te ama solo a ti.

A Jane se le quebró la voz.

—Pero ¿qué sucederá si no puedo darle lo que necesita?

Payne no tenía una respuesta fácil a esa pregunta. Antes de que pudiera formular alguna respuesta, Jane volvió a hablar.

—No debería estar hablando así contigo. No quiero que te preocupes por Vishous y por mí, ni debo colocarte en una posición incómoda. Mi deber es que estés a gusto, lo mejor posible.

—Las dos lo amamos y sabemos cómo es, así que no hay nada por lo cual sentirse incómoda. Y, antes de que me lo pidas, te aseguro que no le diré nada. Nos convertimos en hermanas de sangre en cuanto te apareaste con él, y siempre será muy importante para mí que me consideres tu confidente.

Jane pareció conmovida.

—Gracias. Un millón de gracias.

En ese momento, un pacto se selló entre las dos, uno de esos vínculos tácitos que constituyen la fortaleza y la base de toda familia, ya sea fruto de la sangre o de las circunstancias.

Qué hembra tan fuerte y valiosa, pensó Payne.

Lo cual le recordó algo.

—Mi sanador, ¿cómo se llama?

—¿Tu cirujano? ¿Te refieres a Manny, al doctor Manello?

—Sí. Me dio un mensaje para ti. —Jane pareció ponerse un poco tensa—. Dijo que te perdonaba. Por todo. Supongo que sabes a qué se refiere.

La compañera de Vishous soltó una larga exhalación y aflojó los hombros.

—Por Dios. Manny. —Luego negó con la cabeza—. Sí, sí, sé a lo que se refiere. Y en verdad espero que salga con bien de este lío. Ya son muchos los recuerdos que han sido borrados de su cabeza.

Payne no podía estar más de acuerdo.

—¿Puedo preguntarte cómo lo conociste?

—¿A Manny? Fue mi jefe durante años. El mejor cirujano con el que he trabajado en la vida.

—¿Y tiene pareja? —Payne usó un tono de voz que esperaba que sonara neutro, desinteresado.

Jane se rió.

—Para nada, aunque sabe Dios que siempre hay mujeres revoloteando a su alrededor.

Al oír un sutil gruñido que estallaba en el aire, la buena doctora parpadeó sorprendida. Payne rápidamente dominó su instinto posesivo. No tenía derecho a considerarlo suyo.

—¿Qué... qué clase de hembras prefiere?

Jane entornó los ojos.

—Rubias, de piernas largas y de senos grandes. No sé si conoces las muñecas barbie, pero ese siempre ha sido su tipo de mujer.

Payne frunció el ceño. Ella no era rubia ni tenía senos particularmente grandes... pero piernas largas sí, por ese lado no había problema.

Pero ¿por qué estaba pensando en eso?

Al cerrar los ojos, la Elegida se sorprendió a sí misma rezando para que el macho nunca conociera a la Elegida Layla. Menuda ridiculez.

La compañera de su gemelo le dio unas palmaditas en el brazo.

—Sé que estás exhausta, así que te voy a dejar descansar. Si me necesitas, solo tienes que apretar el botón rojo que está en el cabecero, y vendré enseguida.

Payne sonrió con aire cansado.

—Gracias, sanadora. Y no te preocupes por mi gemelo. Volverá a ti antes de que amanezca.

—Eso espero con toda el alma. Escucha, ahora quiero que descanses. Al finalizar la tarde comenzaremos un poco de terapia física.

Payne se despidió de la mujer y cerró los ojos de nuevo.

Cuando se quedó sola, se dio cuenta de que entendía lo que Jane sentía al pensar en que Vishous estuviera con otra. Imágenes de su sanador rodeado de hembras parecidas a la Elegida Layla le provocaron náuseas. No podía remediarlo.

¡En qué desastre estaba sumida! Atrapada en una cama de hospital, mientras su mente se debatía entre pensamientos turbulentos sobre un macho al que no tenía derecho a desear por muchas razones...

Y sin embargo, sin derecho o con él, la idea de que aquel hombre compartiera su energía sexual con otra la hacía sublevarse. Pensar que pudiera haber otras hembras cerca de su sanador, buscando lo que él parecía tan dispuesto a entregarle a ella, deseando esa cosa larga que tenía entre las piernas, la presión de sus labios contra la boca de ellas... todo eso la convertía en una Elegida violenta.

Cuando volvió a gruñir, Payne se dio cuenta de que había actuado muy bien al dejar la tarjeta del médico en el hospital. De lo contrario, ya la estaría usando, dispuesta a exterminar a todas las amantes que tuviera.

Después de todo, a Payne no le costaba trabajo matar.

Como bien había demostrado la historia.

CAPÍTULO

13



Quinn entró en la mansión por el vestíbulo. Y eso fue un error. Debería haber entrado por el garaje, pero la verdad era que los ataúdes que permanecían apilados en un rincón le aterrorizaban. Siempre se imaginaba que las tapas se iban a abrir e iban a aparecer unos espectros salidos de la *Noche de los muertos vivientes*.

Desde luego, pensó Quinn, ya era hora de que dejara de portarse como una niña. Joder, era un vampiro hecho y derecho.

Pues bien, debido a esa estupidez, en cuanto pisó el vestíbulo se encontró de frente con Blaylock y Saxton, que estaban bajando la escalera, los dos impecablemente arreglados para la Última Comida. Los dos llevaban pantalones de vestir, no vaqueros, y suéteres, no sudaderas, y mocasines, no botas de combate. Estaban recién afeitados, perfumados y peinados. No tenían nada de afeminados, en absoluto.

Francamente, eso habría facilitado las cosas.

Quinn deseaba que alguno de esos hijos de puta decidiera exteriorizar su

condición y ponerse una estola de plumas y usar esmalte de uñas. Pero no. Seguían pareciendo dos machos muy atractivos, que sabían cómo aprovechar su dinero en tiendas como Saks... mientras él, por otra parte, se arrastraba como una rata de alcantarilla, con su ropa de cuero y sus camisetas sin mangas; y, ese día en particular, llevaba un peinado tirando a estrafalario, producto del sexo duro, y una colonia, si es que se le podía llamar así, de la marca que solían usar las putas.

Pero, claro, Quinn estaba convencido de que lo único que separaba a esos dos del estado en que él se encontraba era una ducha caliente y jabonosa y una visita a su viejo armario, pues estaba seguro de que Blaylock y Saxton debían haberse pasado toda la noche abrazados como dos boxeadores exhaustos en el último asalto. Tenían aire de hallarse demasiado satisfechos, mientras se dirigían al comedor a tomar una cena que seguramente estaban necesitando.

Al llegar al suelo de mosaico que representaba un manzano en plena florescencia, Blay posó sus ojos azules sobre Quinn. Lo miró de arriba abajo. Pero su rostro no mostró ninguna reacción.

Ya no reaccionaba.

Esa permanente expresión de dolor había desaparecido... y no porque los entretenimientos de Quinn fuesen perfectamente obvios.

En ese momento Saxton dijo algo y Blay desvió la mirada... y ahí estaba, como siempre, el rubor que subió por su adorable piel blanca, al tiempo que los ojos azules se posaban en los suyos.

« No soy capaz de soportar esto », pensó Quinn. « Esta noche no puedo » .

Así que decidió pasar de largo sin entrar en el comedor, se dirigió a la puerta que había debajo de las escaleras y desapareció por allí. Tan pronto como cerró la puerta tras él, la animada conversación que venía del comedor dejó de oírse y fue reemplazada por una oscuridad silenciosa que le sentó mucho mejor.

Luego bajó las escaleras, atravesó otra puerta, con código de seguridad, y entró en el túnel que comunicaba la casa principal con el centro de entrenamiento. Pero ahora que estaba solo sintió que se quedaba sin gasolina y solo alcanzó a dar dos pasos antes de que sus piernas dejaran de funcionar y tuviera que apoyarse en la pared. Al dejar caer la cabeza hacia atrás, Quinn cerró los ojos. Ojalá tuviera una pistola en la mano para ponérsela en la cabeza.

Se había follado al pelirrojo del Iron Mask.

Había follado con ese heterosexual hasta más no poder.

Y todo había ocurrido exactamente como él lo había previsto: primero los dos conversaron un rato en la barra, mientras estudiaban al personal femenino que estaba en el club. Poco después, un par de senos se habían acercado montados en unas botas negras de plataforma. Charlaron con ella. Bebieron con ella... y su amiga. ¿Una hora después? Los cuatro estaban en un baño, muy apretados.

Solo era el segundo paso, la segunda parte del plan. Las manos eran solo

manos en los espacios estrechos y, cuando hay mucho movimiento y caricias que vienen y van, nunca puedes estar seguro de quién te está tocando. Acariciándote. Excitándote.

Todo el tiempo que estuvieron con las hembras, Quinn estuvo planeando cómo deshacerse de ellas y el asunto había tomado mucho, pero que mucho más tiempo del que quería. Después del sexo, las chicas quisieron quedarse charlando un rato más: ya se sabe, para intercambiar números, chismorrear, preguntar si querían ir a comer algo.

En fin. Quinn no necesitaba guardar ningún número, porque nunca iba a llamarlas; no le gustaba charlar ni siquiera con la gente que conocía y, en cuanto a ir a comer algo, el alimento que él podía ofrecerles no tenía nada que ver con una hamburguesa grasienta de cafetería.

Después de archivar mentalmente esas solicitudes en la carpeta « Gilipollices varias », se vio obligado a lavarles el cerebro para convencerlas de que se fueran, lo cual había despertado en él un extraño sentimiento de compasión por los machos humanos que carecían de ese recurso tan útil.

Y luego él y su víctima se quedaron solos, mientras el macho humano se recuperaba contra el lavabo y Quinn fingía hacer lo propio contra la puerta. Después de un rato hubo contacto visual, casual por parte del humano, pero muy serio por parte de Quinn.

—¿Qué pasa? —La verdad es que era una pregunta vacía, porque ya sabía de qué iba la cosa... porque sus párpados parecían haberse vuelto muy pesados de repente.

Quinn había estirado la mano hacia atrás, para poner el seguro de la puerta y evitar interrupciones.

—Todavía tengo hambre.

Abruptamente, el pelirrojo había mirado hacia la puerta, como si quisiera salir... pero su verga decía algo completamente distinto. La bragueta de los vaqueros amenazaba con romperse.

—Nadie lo sabrá nunca. —Quinn hablaba con voz ronca. Demonios, hasta podría haber hecho que el pelirrojo no se acordara de nada; aunque, en la medida en que el tío no se había dado cuenta de su condición de vampiro, no había razón para usar el limpiador de memorias.

—Pensé que habías dicho que no eras gay... —El tono de la afirmación sonaba un poco lastimero, como si no se sintiera completamente cómodo con lo que su cuerpo deseaba.

Quinn había cerrado la distancia que los separaba, apoyando su pecho contra el del pelirrojo. Y luego lo había agarrado por la nuca y lo había acercado a su boca. El beso había provocado lo que estaba destinado a provocar: que toda reflexión abandonara el baño y se quedaran allí solamente las sensaciones.

A partir de ese momento había pasado de todo. Dos veces.

Cuando terminaron, el tío no le ofreció darle su número telefónico. Había tenido una eyaculación espectacular, pero era evidente que, por su parte, se trataba sólo de un experimento único, lo cual resultaba perfecto para Quinn. Se alejaron sin decir palabra, cada cual de regreso a su vida: el pelirrojo se había dirigido a la barra y Quinn se había ido a deambular solo por las calles de Caldwell.

Lo único que lo hizo regresar fue la llegada inminente del día.

—Maldita sea...

Toda la noche había sido una lección sobre cómo hacerse daño: sí, en la vida había ocasiones en que los sustitutos funcionaban, como por ejemplo en una reunión, cuando mandas a alguien en representación tuya, a que vote por ti. O cuando necesitas algo de un supermercado y le entregas una lista a un doggen. O cuando te has comprometido a jugar al billar, pero estás demasiado borracho para sostener el taco y le pides a alguien que haga la jugada por ti.

Por desgracia, teorías de este tipo ciertamente no funcionaban cuando deseabas haber sido el que desvirgaba a alguien, pero no lo eras, y lo mejor que se te ocurría era ir a un club, encontrar a alguien con un rasgo físico similar, algo como, digamos, el color de pelo... y follar con él.

En esa situación, terminabas sintiéndote vacío y no porque hubieses eyaculado hasta la médula y estuvieras flotando en medio de una nube poscoital de *Ahhhhh, síiii, más, más, y todo eso.*

De pie en aquel túnel, a solas, Quinn se sentía completamente vacío. Como si le hubieran sacado todo lo que tenía dentro.

Lástima que a su libido no se le hubiesen acabado las ideas, claro. Pues en medio de la soledad, Quinn comenzó a imaginar qué pasaría si fuera él, en lugar de su primo, el que estuviera bajando a cenar con Blay. Cómo sería ser el que compartía con su amigo no sólo la cama, sino la habitación. Cómo sería acercarse a todo el mundo y decir: hola, les presento a mi novio...

El bloqueo mental que produjo esa última idea fue tan total que Quinn se sintió como si lo hubiesen golpeado en la cabeza.

Y ese era precisamente el problema.

Mientras se restregaba los ojos de distintos colores, pensó en lo mucho que lo había odiado su familia. Convencidos de que el defecto genético de tener un ojo verde y otro azul significaba que era un fenómeno, todos lo habían tratado como una vergüenza para su linaje.

Bueno, en realidad había sido peor que eso. Su familia había terminado por expulsarlo de la casa y enviarle una guardia de honor que le diera una lección. Tal era la razón de que hubiese terminado siendo un wahlker.

Y pensar que su familia nunca se había enterado de las otras «anomalías» que adornaban su personalidad...

Como querer estar con su mejor amigo.

Por Dios, Quinn realmente no necesitaba un espejo para ver lo cobarde y falso que era... pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Estaba atrapado en una jaula que carecía de llave, construida por todos esos años de desprecio por parte de su familia. La verdad, tras su apariencia salvaje, es que no era más que un marica reprimido. Blay, por otra parte, era el fuerte. Cansado de esperar, había declarado abiertamente quién era y había hallado con quién estar.

Maldición, eso era muy doloroso. Mucho.

Quinn lanzó una maldición y suspendió su indigno monólogo de despechada en etapa premenstrual, mientras se obligaba a seguir caminando. Estaba decidido a cambiar. Con cada paso que daba, se blindaba cada vez más ante el mundo, amordazaba sus temores internos y fortificaba sus puntos débiles.

No podía seguir igual. Blay había cambiado. John había cambiado.

Y, al parecer, él era el siguiente en la lista, porque no podía continuar de aquella manera.

Al entrar en el centro de entrenamiento a través de la oficina, Quinn decidió que si Blay podía pasar página, él también era capaz de hacerlo. La vida es lo que tú decides que sea; independientemente de dónde te coloca el destino, la lógica y el libre albedrío significan que cada persona puede hacer lo que quiera con su vida.

Y a él no le gustaba vivir como lo estaba haciendo, no le gustaba el sexo anónimo. No le gustaba la estupidez forzada por la desesperación. No le gustaban los celos que lo quemaban, ni los remordimientos que no lo llevaban a ninguna parte.

El cuarto de las taquillas estaba vacío y no había clases en ese momento, así que Quinn se cambió a solas. Se puso unos pantalones cortos negros y unas zapatillas negras, de marca Nike.

El gimnasio estaba igual de desierto y eso era perfecto.

Quinn encendió el sistema de sonido y fue revisando las opciones con el mando a distancia. Cuando oyó *Clint Eastwood*, de Gorillaz, se dirigió a la cinta andadora. Detestaba hacer ejercicio... simplemente detestaba sentirse como un hámster. Siempre había dicho que, si de ejercitarse se trataba, era preferible follar o pelear.

Sin embargo, cuando estás atrapado en una casa por culpa del puto amanecer, y estás decidido a darle una oportunidad al celibato, correr sin ir a ninguna parte, es decir en la cinta, parecía una opción perfectamente viable para quemar energía.

Puso en marcha la máquina, se subió de un salto y comenzó a cantar al ritmo de la música.

Con la mirada fija en la pared blanca de cemento que tenía enfrente, fue poniendo un pie delante del otro, una y otra vez, hasta que lo único que quedó en su mente y su cuerpo fue el movimiento continuo de sus pies y el ritmo de su

corazón y el sudor que se formaba en su pecho y su espalda descubiertos.

Por una vez en su vida, prefirió no apresurarse, y calibró la velocidad de modo que pudiera correr a un ritmo asumible, que se pudiera alargar horas y horas.

Cuando estás tratando de escapar de ti mismo, tiendes a buscar lo salvaje y lo repugnante, tiendes a acercarte a los extremos, a ser imprudente, porque eso te obliga a levantarte y aferrarte con todas tus fuerzas a los bordes de los abismos que tú mismo creas.

Así como Blay era quien era, Quinn también: aunque quisiera salir y estar con... el macho... que amaba, no era capaz de hacerlo.

Pero a fe que iba a dejar de huir de su cobardía. Tenía que hacerse responsable de sus propias mierdas, aunque eso le hiciera odiarse a sí mismo hasta el fondo. Porque tal vez si lo hacía, dejaría de tratar de distraerse con el sexo y la bebida y entendería qué era realmente lo que quería.

Aparte de Blay, claro.

CAPÍTULO

14



Sentado junto a Butch en el Escalade, V no era más que una contusión de uno noventa y siete de estatura y ciento diecisiete kilos de peso.

Y dos colmillos.

Mientras avanzaban a toda velocidad hasta el complejo, V sentía que le dolía cada centímetro del cuerpo. Tenía tantos dolores que era como si no le doliera nada, porque era imposible concentrarse en el sufrimiento de un solo punto. Por eso no gritaba.

Así que había obtenido algo de lo que necesitaba.

El problema era que el alivio ya estaba comenzando a desvanecerse y eso lo ponía más furioso con el buen samaritano que iba tras el volante. Aunque el policía no parecía darse por aludido. Había estado marcando insistentemente un número en su móvil y colgaba y volvía a marcar, como si los dedos de su mano derecha tuvieran Parkinson.

Probablemente estaba llamando a Jane y luego cambiaba de opinión. Gracias a...

—Sí, me gustaría informar de un cadáver. —Butch hablaba al fin—. No, no

voy a darle mi nombre. Está en un contenedor de basura en uno de los callejones que salen de la calle Diez, a dos calles del Commodore. Parece una mujer caucásica, de dieciocho o diecinueve años, quizás veintitantos... No, no voy a dejar mi nombre... Oiga, ¿por qué no apunta lo que le digo, que es lo importante, y deja de preocuparse por mí?

Mientras Butch sostenía esa conversación con la telefonista, V cambió de posición en el asiento y sintió cómo aullaban las costillas que tenía rotas. No estaba nada mal. Si necesitaba otra paliza para calmarse, podía hacer unos cuantos abdominales y así volvería a subirse al bendito carrusel de la agonía...

Butch arrojó el móvil en la guantera. Lanzó una maldición. Y volvió a maldecir.

Y luego decidió expresar su desagrado.

—¿Hasta dónde pensabas dejar avanzar las cosas, V? ¿Hasta que te apuñalaran? ¿Hasta que te dejaran tirado en la calle para que el sol te achicharrara? ¿Qué hubieras considerado suficiente?

V trató de hablar con claridad a pesar de que tenía el labio superior muy hinchado.

—No te hagas, ¿vale?

—¿Qué? —Butch volvió la cabeza con brusquedad. Sus ojos tenían una expresión absolutamente violenta—. ¿Qué has dicho?

—No te hagas... el que no sabe de qué va esto. Te he visto bebiendo como un loco, borracho como una cuba... he visto... —Vishous tosió con glorioso dolor—. Te he visto medio inconsciente, a cuatro patas, con un vaso entre las manos. Así que no te hagas el santo conmigo.

Butch volvió a concentrarse en la carretera.

—Eres un miserable hijo de puta.

—Como quieras.

Esa fue toda la conversación.

Cuando Butch aparcó frente a la mansión, los dos tenían los ojos entornados y parpadeaban como si los acabaran de rociar con un espray de pimienta: el sol todavía estaba hundido en el horizonte, pero se encontraba lo suficientemente cerca como para que el cielo hubiese adquirido un tono rosa que resultaba sólo un poco menos que letal para un vampiro.

Ninguno de los dos entró en la casa grande. De ninguna manera. La Última Comida debía de estar a punto de empezar y, teniendo en cuenta su estado de ánimo, no había razón para alimentar los chismes.

Sin decir ni una palabra más, V entró en la Guarida y fue directo a su habitación. No era cuestión de que Jane o su hermana lo vieran en ese estado. Demonios, teniendo en cuenta el dolor que sentía en la cara, tal vez ni siquiera podría presentarse ante ellas después de darse una ducha.

En el baño, abrió la llave del agua y se quitó las armas en la oscuridad, lo cual

implicaba sacar su daga de la funda que llevaba a la espalda y ponerla sobre la encimera. Esfuerzo titánico, una bendita tortura. Tenía la ropa sucia, cubierta de sangre, cera y otras mierdas. V la dejó caer al suelo, sin saber muy bien qué iba a hacer con ella.

Luego se metió debajo del agua antes de que saliera caliente. Al sentir el golpe del agua fría en la cara y los pectorales, gruñó, pues el impacto bajó hasta el pene y lo hizo ponerse duro. Pero ahora no tenía ningún interés en ocuparse de la erección. Se limitó a cerrar los ojos, mientras su sangre y la sangre de sus enemigos se desprendía de su cuerpo y se iba por el desagüe.

Joder, después de quitarse todo eso de encima, iba a tener que ponerse un suéter de cuello alto. Tenía la cara llena de cardenales, pero tal vez eso se podría explicar diciendo que había tenido una pelea con restrictores. Pero ¿cómo justificar un cuerpo lleno de cardenales de pies a cabeza?

Difícil.

V relajó la cabeza y dejó que el agua corriera por la nariz y la mandíbula, mientras trataba desesperadamente de regresar a la bruma en que se había sentido inmerso cuando volvía en el coche. Pero el dolor se estaba desvaneciendo, de modo que su droga preferida estaba perdiendo el efecto que tenía sobre él y el mundo empezaba a resultarle más claro de nuevo.

Joder, esa sensación de estar fuera de control lo asfixiaba como si alguien lo estuviese estrangulando.

Maldito Butch. Ese imbécil hijo de puta se pasaba la vida haciendo el bien, interfiriendo en sus asuntos, metiendo la nariz donde no lo llamaban.

Diez minutos después, V salió de la ducha, agarró una toalla negra y se envolvió en ella mientras se dirigía a la habitación. Al abrir el armario, encendió una vela negra con el pensamiento y... lo único que vio fue una gran cantidad de camisetas sin mangas. Y pantalones de cuero.

Eso es lo que le sucede a tu guardarropa cuando te dedicas a pelear y pelear, y sólo pelear, y duermes desnudo.

No había ningún jersey de cuello alto a la vista.

Bueno, tampoco era tan grave...

Un rápido giro hacía el espejo que colgaba detrás de la puerta y hasta él mismo se asustó. Parecía que hubiese tenido un encuentro sadomasoquista con Godzilla, pues tenía el torso, los hombros y los pectorales llenos de heridas de color rojo vivo. La cara parecía una broma, pues uno de los ojos estaba tan hinchado que prácticamente no podía abrir el párpado... Había una herida profunda en el labio inferior... y su mandíbula parecía la de una ardilla que estuviera haciendo acopio de bellotas.

Genial. Parecía un mutante.

Después de recoger la ropa sucia y esconderla en el fondo del armario, asomó la cabeza al pasillo y aguzó el oído. A la izquierda se oía el ruido del

televisor. Y a la derecha se oía el chapoteo de un líquido.

Así que se dirigió desnudo al cuarto de Butch y Marissa. No había razón para ocultarle los golpes a Butch... el desgraciado cabrón había visto cómo se los daban.

Al asomarse a la puerta, encontró al policía sentado en el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas, un vaso de Lag en las manos y la botella entre sus mocasines.

—¿Sabes en qué estoy pensando en este momento? —El policía hablaba sin levantar la mirada.

V supuso que estaba a punto de escuchar una larga retahíla.

—Cuéntame.

—En la noche en que te vi arrojarte desde el balcón del Commodore. En la noche en que creí que habías muerto. —Butch dio un sorbo a su vaso y suspiró—. Creía que ya habíamos superado esa etapa.

—Si te sirve de consuelo, yo pensaba lo mismo.

—¿Por qué no vas a ver a tu madre? Habla de esta mierda con ella.

Como si hubiese algo que esa hembra pudiese decir a estas alturas.

—La mataría, policía, bien lo sabes. No sé cómo lo haría, pero mataría a esa perra por esto. Primero me deja en manos de un padre sociópata, a pesar de ser muy consciente de cómo era, porque, joder, no en vano lo ve todo. Luego decide ocultarme su identidad durante trescientos años, antes de aparecer el día de mi cumpleaños porque quiere que le sirva de semental para perpetuar su estúpida religión. Aunque yo pude superar esa mierda, ¿no? Pero ¿qué hay de mi hermana, de mi gemela? La encerró, policía. La retuvo contra su voluntad. Durante siglos enteros. Y ni siquiera me contó que tenía una hermana. Eso es demasiado. Hasta aquí he llegado. —V se quedó mirando la botella de whisky—. ¿Me das un trago de eso?

Butch le puso el corcho a la botella y se la lanzó a V. Cuando éste la agarró, el policía contestó.

—Pero despertarse muerto un día no es la respuesta oportuna. Y tampoco dejarse golpear de esa manera.

—¿Te estás ofreciendo a hacerlo por mí? Porque me estoy volviendo loco y necesito sacar toda la basura fuera, Butch. De verdad. Soy peligroso en este estado... —El vampiro machacado dio un sorbo a la botella y lanzó una maldición al sentir que el corte del labio ardía como si le hubiese dado una calada a un cigarrillo por el extremo equivocado—. Y no se me ocurre ninguna otra manera de deshacerme de esto que siento... Porque te juro que no voy a volver a caer en mis viejos hábitos.

—¿No te sientes tentado, de verdad?

V se preparó para el dolor que lo esperaba y dio otro sorbo al whisky. Luego hizo una mueca de dolor.

—Quiero el alivio que eso me produce, no voy a negarlo, pero no pienso acostarme con nadie distinto de Jane. No hay ninguna posibilidad de que regrese a nuestra cama matrimonial con la polla apestando a puta. Eso lo arruinaría todo, y no sólo para ella, sino también para mí. Además, lo que necesito ahora es un amo, no un esclavo... y no hay nadie en quien pueda confiar. —Excepto, se dijo, tal vez, Butch, pero eso implicaría cruzar demasiados límites—. Así que estoy atrapado. Tengo en la cabeza una arpía que no deja de gritar y no puedo ir a ninguna parte para deshacerme de ella... y eso me está volviendo endemoniadamente loco.

Por Dios, por fin lo había dicho. Todo.

Hurra por él.

Y la recompensa fue otro sorbo de la botella.

—Joder, ¡cómo me duele el labio!

—No te ofendas, pero te lo mereces. —Butch levantó sus ojos de color almendra y, después de un momento, esbozó una sonrisa que dejó ver la corona dental ligeramente torcida que tenía delante, con los poderosos colmillos—. ¿Sabes una cosa? Cuando estábamos allí llegué a odiarte durante un minuto, de verdad. Y antes de que preguntes, has de saber que los suéteres de cuello alto están abajo, al fondo de esa estantería. Llévate también unos pantalones de sudadera. A juzgar por el estado de tus piernas, parece que te hubieran atacado quinientos psicópatas con bates.

—Gracias, hermano. —V caminó a lo largo de la estantería llena de ropa colgada de finas perchas de madera de cedro. Algo que definitivamente no se podía negar era que el guardarropa de Butch estaba lleno de posibilidades—. Nunca pensé que me alegraría de que fueras un maldito petimetre.

—Creo que la descripción adecuada es «caballero elegante y refinado».

Con su acento del sur de Boston, las palabras sonaron a película glamurosa, y V se sorprendió preguntándose si él no podría expresarse también de esa manera. Una pregunta del expolicía le sacó de esas meditaciones.

—¿Qué vas a hacer con Jane?

V puso la botella en el suelo, se metió un suéter de cachemira por encima de la cabeza y lanzó una maldición cuando vio que apenas le llegaba al ombligo.

—Ella ya tiene suficiente por ahora. Ninguna shellan necesita saber que su macho se fue a buscar que le dieran una buena paliza, y no quiero que se lo cuenten, como podrás suponer.

—¿Y cómo vas a explicar esa cara tan bonita, idiota?

—La hinchazón bajará en un rato.

—Pero no lo suficientemente rápido. Si vas a ver a Payne con esa cara...

—Ella tampoco necesita mi placentera presencia por ahora. Simplemente me mantendré alejado por un día. No hay urgencia. Payne está recuperándose y se encuentra estable; al menos eso fue lo que Jane me dijo, así que creo que me iré

a mi taller de forja.

Butch levantó su vaso.

—¿Me echas un poco?

—Claro. —V sirvió una copa a su amigo y luego le dio otro sorbo a la botella, antes de ponerse unos pantalones. Enseguida extendió los brazos hacia los lados y dio una vuelta sobre sus talones—. ¿Mejor así?

—Lo único que alcanzo a ver son los tobillos y las muñecas... y, para tu información, pareces una adolescente con ese ombligo al aire. No te favorece lo más mínimo.

—Vete a la mierda. —Tras dar otro sorbo a la botella, V decidió que su nuevo plan era emborracharse—. No tengo la culpa de que seas un maldito enano.

Butch soltó una carcajada y luego volvió a ponerse serio.

—Si vuelves a hacer eso otra vez...

—Tú me pediste que agarrara tu ropa.

—No es de eso de lo que estoy hablando.

V dio un tirón a las mangas del suéter, pero no logró absolutamente nada.

—No vas a tener que intervenir, policía, porque no voy a dejar que me maten. Esa no es la idea. Sé perfectamente dónde poner el límite.

Butch lanzó una maldición. Ahora no estaba serio, sino mortalmente serio.

—Dices eso y estoy seguro de que crees que es verdad. Pero las situaciones se pueden salir de control, en especial esa clase de situaciones. Puedes estar logrando... lo que sea, no sé muy bien qué... pero de pronto las cosas se pueden volver en tu contra.

V flexionó la mano enguantada.

—Eso es imposible. Con esto, no puede pasar, y de verdad no quiero que hables con mi chica del asunto, ¿vale? Prométemelo. Tienes que mantenerte al margen.

—Entonces tienes que hablar con ella.

—¿Y cómo puedo decirle que...? —A V se le quebró la voz y tuvo que carraspear un par de veces—. ¿Cómo demonios puedo explicarle esto a ella?

—¿Cómo no hacerlo? Eso es lo que tienes que decirte. Ella te ama.

V solo sacudió la cabeza. No se podía imaginar diciéndole a su shellan que quería que le hicieran daño físico. Eso la mataría. Y de ninguna manera quería que ella lo viera en tan lamentable estado.

—Mira, me voy a encargar de esto y yo solo. De todo.

—Eso es lo que me da más miedo, V. —Butch se tomó todo el whisky que le quedaba de un solo trago—. Ese es nuestro mayor problema.



Jane estaba observando a su paciente mientras dormía, cuando su móvil vibró en

el bolsillo. No era una llamada sino un mensaje, de V: « Ya estoy en casa y voy a bajar a trabajar en la forja. ¿Cómo está P? ¿Cómo estás tú? ».

El suspiro que soltó no era de alivio. V había regresado apenas diez minutos antes de que saliera el sol y no quería verla a ella ni a su hermana. Mal asunto.

A la mierda, pensó Jane, al tiempo que se ponía de pie y salía de la sala de recuperación.

Dejó a cargo de todo a Ehlena, que estaba en la sala de reconocimiento de la clínica actualizando los archivos de los Hermanos, tomó el corredor, giró a la izquierda, hacia la oficina, y atravesó, recurriendo a su falta de materialidad, el armario de suministros. No había razón para tomarse la molestia de pulsar los códigos de las puertas; ella simplemente la atravesó como el fantasma que era...

Y ahí estaba V, a unos veinte metros por delante, caminando por el túnel en dirección contraria a la de ella... tras haber pasado por el centro de entrenamiento para sumergirse aún más en la montaña.

Las luces fluorescentes del techo lo iluminaban desde arriba, destacando sus hombros enormes y la pesada complexión de su cuerpo. A juzgar por la manera como le brillaba el pelo, debía de tenerlo húmedo, y el aroma al jabón que siempre usaba confirmaba que acababa de ducharse.

—Vishous.

Jane sólo pronunció el nombre una vez, pero el túnel se convirtió en una especie de caja de resonancia que repitió la palabra una y otra vez.

V se detuvo.

Esa fue la única respuesta que obtuvo la esposa fantasma.

Después de esperar un momento a que él dijera algo, a que diera media vuelta, a que hiciera algún gesto que indicara que la había oído, Jane descubrió algo nuevo acerca de su condición de fantasma: aunque no estaba propiamente viva, sus pulmones todavía podían comprimirse hasta dejarla sin aire.

—¿Dónde estabas? —Insistió, pese a que en realidad no esperaba una respuesta.

Y no la hubo. Pero Vishous se había detenido justo debajo de una lámpara, así que aun desde lejos Jane pudo ver cómo sus hombros se contrajeron.

—¿Por qué no te vuelves a mirarme, Vishous?

Por Dios... ¿qué demonios habría hecho en el Commodore? Ay, Jesús...

En ese momento Jane entendió por qué las parejas hablaban de « construir » una vida en común. Porque aunque las decisiones que tomamos como marido y mujer no son ladrillos, ni el tiempo es cemento, la gente va construyendo algo tangible, real. Y en ese momento, al ver que su hellren se negaba a acercarse, y que ni siquiera quería darle la cara, Jane sintió que un terremoto sacudía lo que había pensado que era terreno sólido.

—¿Qué has estado haciendo toda la noche? —Jane tenía la voz ahogada.

Al oír eso, V giró sobre los talones y dio dos largos pasos hacia donde estaba Jane. Pero su propósito no era acercarse, sino salir del haz de luz directa. Sin embargo...

—¡Dios, tu cara!

—Tuve una pelea con unos restrictores. —Al ver que Jane hacía el ademán de acercarse, V levantó una mano—. Estoy bien. Pero en este momento necesito un poco de soledad.

Ahí había algo raro, pensó Jane, y se detestó tanto por la pregunta que surgió en su mente que ni siquiera se permitió hacerla.

Se quedaron en silencio.

V lo rompió de pronto.

—¿Cómo está mi hermana?

—Todavía descansa. Ehlén está con ella. —Jane casi no podía hablar, era como si tuviera la garganta cerrada.

—Tú también deberías irte a descansar un rato.

—Lo haré. —Y un cuerno. Tal como estaban las cosas entre ellos, Jane estaba segura de que nunca más volvería a dormir.

V se pasó la mano enguantada por el pelo.

—No tengo nada que decir en este momento.

—¿Estuviste con alguien?

V no vaciló al contestar.

—No.

Jane se quedó mirándolo... y luego soltó el aire lentamente. Una cosa absolutamente cierta sobre su hellren, algo en lo que siempre podía confiar, era que Vishous no decía mentiras. A pesar de todos los defectos que tenía, mentir no era uno de ellos.

—Está bien. No te agobiaré. Ya sabes dónde encontrarme. Estaré en nuestra cama.

Y ella fue la que dio media vuelta y comenzó a caminar en dirección opuesta a donde él se encontraba. Aunque la distancia que sentía entre ellos le rompía el corazón, Jane no quería a presionar a V para que hiciera algo que no era capaz de hacer. Si necesitaba espacio, soledad... Pues bien, le daría lo que necesitaba.

Pero no para siempre, desde luego.

Tarde o temprano, ese macho iba a tener que hablar con ella. Tendría que hacerlo o de lo contrario... Jane no sabía qué hacer.

Sin embargo, su amor no iba a sobrevivir para siempre en medio de aquel vacío. Sencillamente, no podría hacerlo.

CAPÍTULO

15



El hecho de que José de la Cruz se detuviera rápidamente en un Dunkin' Donuts camino al centro de Caldwell era de libro. Un topicazo. La imaginación popular pensaba que todos los detectives de homicidios vivían tomando café y comiendo rosquillas; pero no siempre era así.

A veces no tenían tiempo de detenerse.

Y, joder, independientemente de lo que mostraran las películas y las novelas de detectives, la realidad era que él funcionaba mejor si tenía en su flujo sanguíneo un poco de cafeína con una cucharada de azúcar.

Además, José de la Cruz se moría por el dulce. Punto.

La llamada que los había despertado a su esposa y a él se había producido poco antes de las seis de la mañana, lo cual, considerando la cantidad de llamadas nocturnas que recibía, era una hora casi decente: los cadáveres, al igual que la gente enferma, no seguían un estricto horario laboral, así que la hora de la llamada había sido casi una bendición.

Y eso no era lo único que había salido bien. Gracias a que era domingo, las carreteras y las calles estaban tan desocupadas como una pista de bolos, y su

coche sin identificación policial pudo llegar al centro desde los barrios de la periferia en un tiempo récord. Tanto, que cuando entró en la zona en cuestión, pasándose de largo todos los semáforos, su café todavía estaba hirviendo.

La fila de patrullas de policía anunciaba el lugar donde había sido hallado el cadáver mucho mejor que la cinta amarilla que habían puesto por todas partes, como si fuera el lazo de un maldito regalo de Navidad. José de la Cruz soltó una maldición, aparcó el coche junto a la pared de ladrillo del callejón y se bajó. Mientras daba sorbos a su café, se fue acercando al corrillo de uniformados con caras largas.

—Saludos, detective.

—¿Qué tal, detective?

—Buenos días, detective.

José de la Cruz saludó a los chicos con un gesto de la cabeza.

—Buenos días a todos. ¿Cómo vamos?

—No la hemos tocado. —Rodríguez hizo un gesto con la cabeza hacia el contenedor de basura—. Está ahí adentro y Jones ya tomó las primeras fotografías. El forense y los de la policía científica ya están en camino. Al igual que la « comehombres ».

Ah, sí, su fiel fotógrafa.

—Gracias.

—¿Dónde está su nuevo compañero?

—En camino.

—¿Estará listo para esto?

—Ya veremos. —José de la Cruz estaba seguro de que ese asqueroso callejón debía de haber visto a mucha gente vomitando hasta las vísceras, así que si el novato perdía el control, no pasaba nada, era lógico.

José pasó por debajo de la cinta y se dirigió al contenedor. Como siempre que se acercaba a un cadáver, sintió que su sentido del oído se aguzaba hasta un grado casi insoportable: el chismorreo de los hombres que estaban detrás de él, el sonido de las suelas de sus zapatos contra el asfalto, la brisa que venía del río... todo sonaba horriblemente fuerte, como si alguien hubiese aumentado al máximo el volumen del maldito mundo.

Y, lo irónico era que el propósito de su presencia allí, esa mañana, en ese callejón... el propósito de la presencia de todos esos coches y hombres y de la cinta... era muy silencioso. José apretó el vaso de plástico, al tiempo que se asomaba por encima de la tapa oxidada del contenedor. La mano de la mujer fue lo primero que vio, pálidos dedos con uñas quebradas, que tenían debajo algo de color marrón.

Quienquiera que fuese, había opuesto resistencia.

Mientras observaba el cuerpo de la enésima chica muerta, José deseó con todas sus fuerzas poder tener unos días de tranquilidad en su trabajo, un mes o

una semana... o, maldición, aunque solo fuera una noche. Joder, lo que realmente tenía era una crisis profesional: cuando estás en el oficio policiaco, es difícil alcanzar la satisfacción laboral. Porque, aunque resuelvas un caso, de todas maneras alguien está enterrando a un ser querido.

Cuando el policía que estaba junto a él le preguntó si quería que abriera la otra mitad de la tapa, al detective le pareció que el hombre le estaba hablando con un megáfono. A punto estuvo de mandarlo callar, pero luego pensó que lo más seguro era que el tío estuviera susurrando, como si estuviera en una biblioteca.

El problema era su hipersensible oído.

—Sí, gracias —respondió José.

El oficial utilizó una porra para empujar la tapa lo suficientemente lejos como para que entrara más luz, pero no miró hacia adentro. Solo se quedó allí como uno de esos guardias que se mantienen frente al Palacio de Buckingham, mirando hacia el callejón, pero sin enfocar los ojos en nada.

Cuando José se puso de puntillas para echar una mirada, pensó que el policía había hecho muy bien decidiendo no mirar.

Tendido sobre un somier, el cadáver de la mujer estaba desnudo y su piel gris y manchada aparecía extrañamente luminosa bajo la tenue luz del amanecer. A juzgar por su cara y su cuerpo, parecía tratarse de una adolescente de dieciocho o quizás veinte años. Caucásica. Le habían cortado el pelo tan de raíz que en algunas partes tenían el cuero cabelludo lacerado. Los ojos se los habían sacado de las órbitas.

José sacó un bolígrafo de su bolsillo, se inclinó sobre el borde del contenedor y separó con cuidado los labios y a rígidos. Ningún diente... no quedaba ninguno en las encías ensangrentadas.

Luego se movió hacia la derecha y levantó una de las manos de la mujer, para ver las yemas de los dedos. También le habían borrado las huellas.

Pero la desfiguración no se limitaba a la cabeza y las manos... Tenía agujeros en diversos puntos, uno en la parte superior de un muslo, otro en el brazo y dos más en la parte interna de las muñecas.

Al tiempo que maldecía, José pensó que estaba seguro de que había sido arrojada allí y asesinada en otra parte, pues el callejón estaba demasiado a la vista para ejecutar esa clase de trabajo: esa mierda requería tiempo y herramientas... y correas de inmovilización para mantenerla quieta.

Una voz sonó a su espalda.

—¿Qué tenemos aquí, detective?

José miró por encima del hombro a Thomas del Vecchio, Jr.

—¿Ya has desayunado?

—No.

—Perfecto.

José se hizo a un lado para que Veck pudiera echar un vistazo. Como su nuevo y espigado compañero le llevaba al menos quince centímetros, el tío no tuvo que empinarse para ver qué había adentro. Apenas se inclinó un poco. Y luego se quedó mirando la escena, como si fuera una foto interesante. Nada de salir corriendo a vomitar. Ninguna exclamación. Ningún cambio de expresión.

—Lo arrojaron aquí —dictaminó—. Tuvieron que traerlo hasta aquí.

—A esta chica la tiraron aquí, querrás decir.

Veck miró a José sin inmutarse, a pesar de que sus ojos azules parecían alerta.

—¿Perdón?

—Esta persona fue arrojada aquí. Se trata de un ser humano, no de una cosa, Del Vecchio.

—Correcto. Lo siento. Ella, desde luego. —El tío volvió a inclinarse sobre el contenedor—. Creo que tenemos ante nosotros a un coleccionista de trofeos.

—Tal vez.

El hombre abrió mucho los ojos y alzó las cejas.

—Pero faltan muchas cosas... a ella le han arrancado muchas cosas.

—¿Has visto la CNN recientemente? —José limpió su bolígrafo con un pañuelo de papel.

—No tengo tiempo de ver la tele.

—En el último año han aparecido mujeres en este estado. En Chicago, Cleveland y Filadelfia.

—Hostias. —Veck se metió un chicle en la boca y comenzó a masticar con fuerza—. ¿Así que está pensando que puede tratarse de un asesino en serie?

Mientras que Del Vecchio movía las mandíbulas como un rumiante, José se restregó los ojos para alejar ciertos recuerdos que afloraron a su cabeza.

—¿Cuándo lo dejaste?

Veck se aclaró la garganta.

—¿El tabaco? Hace cerca de un mes.

—¿Y cómo vas?

—Fatal.

—Me lo imagino.

José resopló, se llevó las manos a las caderas y volvió a concentrarse en el caso. ¿Cómo demonios iban a averiguar quién era esta chica? Había miles de jovencitas desaparecidas en el estado de Nueva York. Esa sería la línea de investigación suponiendo que el asesino no hubiera cometido el crimen en Vermont, o Massachusetts, o Connecticut y la hubiese llevado luego allí.

Una cosa era segura: no iba a permitir que un maldito desequilibrado comenzara a atacar a las chicas de Caldie. Eso no iba a ocurrir mientras él estuviese al mando.

Al dar media vuelta, puso una mano sobre el hombro de su compañero mascador de chicle.

—Te doy diez días, amigo.

—¿Para qué?

—Para que vuelvas a subirme a la montura del Hombre Marlboro.

—No subestime mi fuerza de voluntad, detective.

—No subestimes lo que vas a sentir esta noche cuando vayas a casa y trates de dormir.

—De todas maneras nunca duermo mucho.

—Pues este trabajo tampoco te va a ayudar.

En ese momento llegó la fotografía con su cámara, su flash, y su mala actitud.

José hizo un gesto con la cabeza en la dirección contraria al lugar donde ella estaba.

—Retirémonos de momento y dejémosla trabajar.

Veck la miró de reojo y se sorprendió al ver el odio con que la recién llegada lo miraba. Ciertamente, no debía de estar acostumbrado a esa clase de recepción: Veck era uno de esos tíos alrededor de los cuales siempre gravitan las mujeres, tal como se había puesto en evidencia en las dos últimas semanas. En la comisaría, las mujeres siempre lo estaban buscando.

—Vamos, Del Vecchio, comencemos a revisar la zona.

—Entendido, detective.

Normalmente, José le habría dicho a su compañero que le llamara De la Cruz, pero ninguno de sus «nuevos» compañeros había durado más de un mes, así que no valía la pena. Que lo llamaran por su nombre de pila estaba fuera de discusión, descartado por completo; solo una persona lo había hecho en el trabajo y ese desgraciado había desaparecido hacia tres años.

Tardaron cerca de una hora en husmear un poco por ahí, pero al final de ese tiempo ni José ni Veck parecían haber encontrado nada importante. No había cámaras de seguridad en el exterior de los edificios, y tampoco se había presentado ningún testigo. Pero los tíos de la científica iban a arrastrarse por todas partes con sus lupas y sus bolsitas de plástico y sus pinzas. Tal vez encontrarán algo.

Los forenses aparecieron a las nueve e hicieron su trabajo y, cerca de una hora después, dieron autorización para levantar el cadáver. Cuando los de la morgue pidieron ayuda para mover el cuerpo, José se sorprendió al ver cómo Veck se ponía un par de guantes y saltaba dentro del contenedor.

Justo antes de que se la llevaran, José preguntó por la hora aproximada de la muerte y le dijeron que podía ser el mediodía del día anterior.

Genial, pensó, mientras las patrullas comenzaban a retirarse. Habían pasado casi veinticuatro horas hasta que la encontraron. Bien podrían haberla traído desde otro estado.

José miró a Veck.

—Es hora de repasar las bases de datos.

—Enseguida.

Al ver que su nuevo compañero daba media vuelta y se dirigía hacia una motocicleta, José lo llamó.

—El chicle no es exactamente un alimento.

Veck se detuvo y se volvió para mirarle.

—¿Me está invitando a desayunar, detective?

—Sencillamente, no quiero que te desmayes en el trabajo. Tú te morirías de vergüenza y yo me quedaría otra vez sin compañero.

—Usted es puro corazón, detective.

Tal vez fuera así en otros momentos. Pero ahora solo tenía hambre y no tenía ganas de comer solo.

—Nos vemos en cinco minutos en la Veinticuatro.

—¿La Veinticuatro?

Estaba claro, el pobre hombre no era de Caldwell.

—La cafetería Riverside, en la calle ocho. Abierta las veinticuatro horas del día.

—Perfecto. —El tío se puso un casco negro y pasó una pierna por encima de un aparato que parecía tener motor y poco más—. Yo invito.

—Haz lo que quieras.

Veck arrancó la moto y soltó gas ruidosamente.

—Siempre lo hago, detective. Siempre.

Cuando se marchó, dejó una estela de testosterona en el callejón y, mientras se subía a su coche un poco descolorido, al compararse con él, José se sintió como un imbécil entrado en años. Se sentó al volante, puso su vaso casi vacío y totalmente frío dentro del soporte plástico de Dunkin' Donuts y miró hacia donde estaba el contenedor.

Entonces sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y llamó a la central.

—Hola, habla De la Cruz. ¿Me puedes poner con Mary Ellen? —La espera duró menos de un minuto—. M. E. ¿cómo andas? Bien... bien. Oye, quisiera oír la llamada que recibimos para informar sobre el cadáver que apareció cerca del Commodore. Sí. Claro, búscala. Gracias, aquí espero.

José metió la llave en el encendido.

—Genial, gracias, M. E.

Luego respiró profundamente y giró la llave...

Sí, me gustaría informar de un cadáver. No, no voy a darle mi nombre. Está en un contenedor de basura en uno de los callejones que salen de la calle Diez, a dos calles del Commodore. Parece una mujer caucásica, de dieciocho o diecinueve años, quizás veintitantos... No, no voy a dejar mi nombre... Oiga, ¿por qué no apunta lo que le digo, que es lo importante, y deja de preocuparse por mí?

José agarró con fuerza el teléfono y comenzó a temblar de pies a cabeza.

El acento del sur de Boston era tan claro y familiar que sintió como si la cinta

del tiempo se hubiese rebobinado.

Mary Ellen le devolvió al presente.

—¿Detective? ¿Quiere oírla otra vez?

Cerró los ojos y aceptó con voz ahogada.

—Sí, por favor...

Cuando la grabación llegó al final, José dio las gracias a Mary Ellen casi sin darse cuenta de que lo hacía, mecánicamente. De igual manera, colgó.

El detective De la Cruz se sintió devorado por la misma pesadilla de dos años antes... cuando entró en un ático sucio y deteriorado, lleno de botellas vacías de Lagavulin y cajas de pizza. Otra vez veía su propia mano temblorosa abriendo la puerta de un baño, mientras se repetía mentalmente que estaba a punto de encontrar un cadáver al otro lado, colgado en cualquier parte, quizás en la ducha, o tal vez metido en la bañera, nadando en sangre en lugar de en agua.

Para Butch O'Neal, vivir al límite no era solo un reto personal sino una actividad que había convertido en trabajo, un modo de vida, por así decirlo. Útil para trabajar como detective del departamento de homicidios. Era un bebedor nocturno crónico y no solo odiaba las relaciones sociales sino que era casi totalmente incapaz de establecer vínculos con otras personas.

Casi, porque José y él habían sido muy buenos amigos. José era la persona a quien más se había acercado Butch en la vida.

No fue un suicidio, nadie se engañe. Nunca apareció ningún cuerpo. Nada. Una noche estaba bien y a la siguiente... se había esfumado.

Al principio, durante uno o dos meses, José mantuvo viva la esperanza de recibir alguna noticia, ya fuera por parte del mismo Butch, o porque en algún lado aparecía un cuerpo con la nariz fracturada y una corona dental un poco chunga en los dientes delanteros.

Pero los días se fueron convirtiendo en semanas y luego en meses y José se sintió como un médico que ha contraído una enfermedad terminal: por fin conoció de primera mano lo que sentían las familias de las personas desaparecidas. El aterrador reino del No Saber no era un lugar por el que hubiese pensado deambular jamás; pero con la desaparición de su antiguo compañero no solo lo había recorrido incesantemente, sino que había comprado un terreno en él, había construido una casa y se había mudado permanentemente a ella.

Ahora, sin embargo, después de haber renunciado a toda esperanza, cuando al fin había dejado de despertarse en medio de la noche con miles de preguntas sin respuesta, aparecía esta grabación.

Claro, millones de personas hablaban con acento del sur de Boston. Pero O'Neal tenía un tono ronco muy característico, que era imposible imitar.

De pronto, José sintió que ya no tenía ganas de ir a la cafetería ni quería comer nada. Pero de todas maneras puso el coche en marcha y aceleró.

Al primer vistazo echado a aquel contenedor, en cuanto vio aquellos ojos

ausentes y aquella burda mutilación odontológica, José supo que tendría que buscar a un asesino en serie. Pero nunca pensó que también estaba a punto de iniciar otra investigación.

Ya era hora de encontrar a Butch O'Neal.

Si es que podía.

CAPÍTULO

16



Una semana después, Manny se despertó en su propia cama con una resaca horrible. Era un consuelo, al menos, la certeza de que ese dolor de cabeza tenía una explicación clara: al regresar a casa, había agarrado la botella como si fuese el amor de su vida y ambos habían mantenido una titánica discusión, a ver quién acababa antes con quién.

A punto estuvieron de empatar, o sea, de quedar liquidados ambos.

Lo primero que hizo fue estirar el brazo y agarrar el móvil. Con ojos borrosos, llamó al veterinario. Ambos doctores tenían siempre, últimamente, una charla matutina. Manny dio gracias a Dios por hacer que el veterinario también fuera insomne.

Contestó al segundo timbrazo.

—Dígame.

—¿Cómo está mi chica? —La pausa que se escuchó al otro lado de la línea le dijo todo lo que necesitaba saber—. ¿Tan mal van las cosas?

—Bueno, sus signos vitales siguen estables y se encuentra tan cómoda como se puede al estar colgada con los artilugios, pero me preocupa que pueda

desarrollar una laminitis. Ya veremos.

—Mantenme informado.

—Claro, como siempre, no faltaba más.

Llegados a ese punto, lo único que podía hacer era colgar. La conversación ya había terminado y ciertamente Manny no era de los que seguían un rato más diciendo tonterías. De haberlo sido, el chismorreó tampoco le serviría para obtener lo que quería, que era un caballo perfectamente sano.

Desconectó la alarma de la radio despertador, que sonaría enseguida, a las seis y media. No era cosa de que, con su resaca, el aparato aquel le perforase la cabeza. Resopló y se trazó su plan del día. Ejercicio. Café. De regreso al hospital.

No, mejor: café, ejercicio, hospital.

Mucho mejor así, en efecto. Necesitaba antes de nada un poco de cafeína. En el estado en que se encontraba, no tenía fuerzas para correr ni levantar pesas. Ni siquiera para manejar aparatos complicados, que requieren un gran esfuerzo de concentración. Por ejemplo el ascensor, con todos sus botones.

Apoyó los pies sobre el suelo, se puso en posición vertical y sintió que la cabeza le palpitaba, pero se resistió a la idea de que tal vez, solo tal vez, el dolor no estuviera relacionado con el alcohol. Joder, ¿por qué iba a ser, si no? No estaba enfermo, no padecía un derrame ni estaba desarrollando un tumor cerebral. De todas formas, aunque así fuera se iría a trabajar al St. Francis. Esa era su naturaleza. Demonios, cuando era más joven, porfiaba por ir a la escuela aun cuando estuviera enfermo; incluso cuando tuvo varicela y parecía un dibujo hecho a base de puntitos, había insistido en subirse al autobús.

Aquella vez su madre ganó la batalla tras rezongar durante horas que era un cabezón igualito a su padre.

Lo cual no era ningún cumplido, sino más bien lo contrario. Y le tocó escucharlo durante años, la infancia entera.

Sin embargo, para Manny eso no significaba nada, pues nunca había conocido a su padre. Lo único que tenía de él era una fotografía desteñida, que era, también, la única cosa que había puesto alguna vez en un marco...

Fenomenal, pero ¿por qué diablos estaba pensando en eso ahora?

El café fue lo más parecido a un mejunje de Starbucks, sin vaso de plástico, palito de madera y demás, pero igualito. Se puso la ropa para hacer ejercicio mientras el café se enfriaba y luego se tomó dos tazas mientras observaba cómo serpenteaba el tráfico matutino por las curvas de la Avenida del Norte, a la tenue luz del amanecer. La última parte del ritual fue agarrar el iPod y ponerse los auriculares, más o menos lo de siempre. No era muy conversador, y por la mañana y resacoso menos aún. Lo último que necesitaba ese amanecer era encontrarse con una chica deportista que charlara como una cotorra.

Abajo, el gimnasio estaba prácticamente vacío, lo cual le supuso un gran alivio, aunque sabía de sobra que eso no duraría mucho. Se subió a la cinta

andadora que estaba más cerca de la puerta, apagó la pequeña televisión colocada sobre la máquina, que amenazaba con agobiarle con las noticias de la mañana, y comenzó a trotar.

Mientras escuchaba el rock pesado de Judas Priest y ponía la mente en blanco, su cuerpo rígido y dolorido obtuvo lo que necesitaba. Considerando cómo estaban las cosas, Manny pensó que al fin y al cabo se encontraba mejor de lo que estaba hacía una semana, después de aquel desastroso fin de semana. Todavía tenía dolores de cabeza, pero seguía trabajando normalmente, atendiendo al mismo número de pacientes y desenvolviéndose razonablemente bien.

Sin embargo, eso le hizo preguntarse algo. Justo antes de estrellarse contra un árbol, Jane también había tenido fuertes dolores de cabeza. Ya nunca sabría si, de haber podido hacer una autopsia habrían encontrado un aneurisma. Pero, claro, sería una casualidad excepcional que los dos tuvieran un...

—*¿Por qué lo hiciste, Jane? ¿Por qué fingiste tu muerte?*

—*Ahora no tengo tiempo de explicártelo.*

—*¿Entonces qué demonios estás haciendo aquí? ¿Qué tal si me explicas eso?*

—*Tengo un paciente en estado crítico y quiero que tú te hagas cargo de él. No te puedo decir adónde tengo que llevarte y no te puedo dar muchos detalles y sé que esto no es justo... pero te necesito.*

—Mierda... —Manny sacó como pudo los pies de la cinta, colocándose a un lado, mientras apretaba los dientes para soportar el dolor que acababa de asaltarle en plena rememoración de aquella charla. Luego se apoyó sobre el panel de control de la máquina y comenzó a respirar lentamente, es decir, tan lentamente como puede respirar alguien que ha estado corriendo a gran velocidad.

A lo largo de los últimos siete días había aprendido, a través del método de ensayo y error, que cuando el dolor atacaba lo mejor que podía hacer era poner la mente en blanco y olvidarse de todo. Y la constatación de que ese sencillo truco cognitivo funcionaba era un indicio tranquilizador ante el miedo al aneurisma. Si algo estaba a punto de abrir un agujero en la pared de la arteria cerebral, ningún ejercicio de yoga serviría de nada.

Sin embargo, sí había un patrón definido en los ataques. El dolor siempre se presentaba al pensar en Jane... o en ese sueño erótico que seguía teniendo.

Joder, había tenido suficientes orgasmos durante el sueño como para incapacitar a su libido durante varias semanas. Pero, como no era más que un puto enfermo, la garantía casi absoluta, de que al dormir volvería a estar con la mujer de sus fantasías le hizo desear acostarse temprano por primera vez en su vida.

Aunque no podía explicar por qué esos pensamientos hacían surgir los dolores de cabeza, la buena noticia era que estaba mejorando. Cada día que pasaba

después de aquel extraño hueco negro que había sido el maldito fin de semana, se sentía un poco más como el de siempre.

Cuando no quedó más que una sombra del dolor, Manny volvió a poner los pies sobre la cinta sin fin y terminó su sesión de ejercicios. Al salir, se despidió con un gesto de cabeza de los otros madrugadores que habían aparecido poco a poco, pero se marchó antes de que alguien le preguntara si estaba bien, tras haberlo visto tan fatigado.

De nuevo en el ático, se duchó, se puso un traje de cirugía y una bata limpios y luego agarró el maletín y llamó al ascensor. Para escapar al tráfico, tomó las vías de circunvalación de la ciudad. La carretera que se dirigía hacia el norte siempre estaba atascada a esa hora del día. Así logró llegar en poco tiempo, mientras escuchaba el rock alternativo de My Chemical Romance.

I'm Not Okay era una melodía que, por alguna razón, parecía atraerle mucho en estos días.

Al entrar en el complejo del hospital St. Francis, la luz del sol todavía no brillaba plenamente, lo cual sugería que sería un día nublado. Aunque en realidad a él eso no le importaba. Una vez que entraba en las entrañas de la bestia, el clima no lo afectaba en lo más mínimo, a menos que se presentara un tornado y se llevase el edificio, cosa que nunca ocurría en Caldwell. Demonios, muchos días solía llegar al trabajo cuando todavía estaba oscuro y salía cuando volvía a ser de noche; pero nunca había sentido que se estuviera perdiendo algo solo por no haber visto la luz del sol...

Curioso. Sin embargo, ahora sí que parecía sentirlo.

Había llegado al St. Francis después de terminar su residencia como cirujano en la Facultad de Medicina de Yale. Su intención por aquel entonces era irse a Boston, o a Manhattan, o a Chicago. Sin embargo, se había establecido allí y, aunque ya habían pasado diez años, todavía estaba donde había comenzado. Claro, se encontraba en el último peldaño de la escalera, por decirlo así, había salvado y mejorado muchas vidas, y había preparado a la siguiente generación de cirujanos.

El problema era que en ese momento, mientras bajaba la rampa hacia el aparcamiento, todo eso le parecía en cierto sentido una especie de existencia vacía.

Tenía cuarenta y cinco años, lo que significaba que al menos la mitad de su vida útil ya se había ido por el desagüe. ¿Qué balance podía presentar? Un ático lleno de artículos Nike y un trabajo que había copado toda su vida. Ninguna esposa. Ni hijos. Muchas Navidades y primeros de año y cuatros de julio pasados en el hospital, mientras su madre buscaba su propia compañía para pasar las festividades y seguramente suspiraba por abrazar a unos nietos que sería mejor que esperara con paciencia.

Por Dios, ¿con cuántas mujeres anónimas había follado a lo largo de los años?

Cientos. Como poco.

Manny oyó por enésima vez la voz de su madre: *Eres igual que tu padre.*

Cierto. Su padre también había sido cirujano. Y tarambana.

Esa era, de hecho, la razón por la cual Manny había elegido Caldwell. Su madre había trabajado en el St. Francis como enfermera de la unidad de cuidados intensivos, matándose para pagarle todos esos años de educación médica. ¿Y qué había sucedido cuando Manny se graduó en la Facultad de Medicina? En lugar de orgullo, en el rostro de su madre había aparecido una expresión de distancia y reserva... Cuanto más se acercaba Manny a lo que había sido su padre, más desconfianza parecía inspirar en su madre. Y aunque creyó que estando en la misma ciudad podrían comenzar a tener una relación más estrecha, o alguna mierda así, las cosas no habían funcionado de esa manera.

Y el caso es que ella estaba bien. Ahora vivía en Florida, en una casa con campo de golf que él había pagado, jugando a las cartas con señoras de su edad, cenando con los compañeros de bridge y discutiendo sobre quién había hecho trampas o esto o lo otro. Manny estaba encantado de poder sostenerla económicamente, y a eso se limitaba su relación.

En cuanto a su padre, estaba enterrado en el cementerio Campo de Pinos. Murió en 1983 en un accidente de tráfico.

Definitivamente, los coches eran unos aparatos peligrosos.

Aparcó el Porsche, se bajó del vehículo y tomó las escaleras en lugar del ascensor, para hacer más ejercicio; después enfiló el puente peatonal de entrada al hospital por el tercer piso. Al pasar junto a numerosos médicos y enfermeras, y otros empleados del hospital, se limitó a saludar aquí y allá con gestos de cabeza, sin detenerse, siguiendo su camino. Por lo general siempre iba primero a su oficina, y eso era lo que había ordenado a sus pies.

Pero los pies no le obedecieron.

Sus pasos se encaminaron directamente a las salas de reanimación.

A manera de explicación, se dijo que quería hacer una ronda a sus pacientes, pero eso era mentira. Y a medida que su cabeza se sentía más y más aturdida, decidió hacer caso omiso de la confusión. Al fin y al cabo, el aturdimiento era mejor que el dolor y probablemente lo que pasaba era simplemente que estaba hipoglucémico por haber hecho ejercicio y no haber comido nada después.

Una paciente... estaba buscando a su paciente... Sin nombre. Manny no tenía ningún nombre en la memoria, pero sabía cuál era el cubículo.

Al llegar a este, que era el que estaba más cerca de la salida de emergencia, al final del pasillo, sintió una oleada de ansiedad que lo recorrió de arriba abajo. Se sorprendió asegurándose de tener la bata bien puesta y pasándose una mano por el pelo para peinarse. ¿Se había vuelto coqueto? Joder, qué vida esta.

Tomó aire, se preparó, entró y...

El hombre de ochenta años que estaba en la cama dormía, pero no parecía muy tranquilo, pues estaba lleno de tubos que entraban y salían de su cuerpo, como si fuera un coche en plena reparación.

Un dolor seco golpeó la cabeza de Manny cuando se quedó allí, observando al anciano.

—¡Doctor Manello!

La voz de Goldberg, que venía desde atrás, fue todo un alivio, porque le brindó algo concreto a lo cual aferrarse en medio de aquel caos.

Se dio la vuelta.

—Hola, buenos días.

El cirujano primero, o sea el segundo de a bordo, levantó las cejas y luego frunció el ceño.

—Hola... ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Qué voy a hacer? Viendo a un paciente. —Por Dios, tal vez todo el mundo se estaba volviendo loco.

—Pensé que te ibas a tomar el día libre.

—¿Perdón?

—Eso fue... bueno... eso fue lo que me dijiste cuando te marchaste esta mañana. Después de que... te encontráramos aquí.

—¿De qué estás hablando? —Manny, confuso, movió una mano con gesto displicente—. Escucha, primero déjame desayunar algo...

—Pero si es hora de cenar, doctor Manello. Son las seis de la tarde. Te fuiste de aquí hace doce horas.

La oleada de ansiedad que lo había impulsado hacía solo un momento pareció abandonarlo y de inmediato fue reemplazada por una sensación fría y paralizante que nunca había experimentado.

Un temor gélido se apoderó de él. Manny creyó que se le iba el mundo.

El tenso silencio que siguió fue interrumpido por el bullicio del corredor y los pasos de gente que corría a atender pacientes, o llevaba y traía medicinas, o ropa limpia, o bandejas con comida, es decir con la cena, que debían de estar repartiendo de habitación en habitación.

Manny solo pudo balbucear de mala manera.

—Yo... ya me voy a casa.

Su voz resonó con la fuerza de siempre, pero la expresión del rostro de su colega reveló la verdad que lo rodeaba: independientemente de lo mucho que se dijera que se sentía mejor, la realidad era que no era el de siempre. Parecía igual. Sonaba igual. Caminaba igual. Pero nada más.

Incluso había tratado de convencerse de que era el mismo.

Pero algo había cambiado ese fin de semana y el amnésico doctor temía que ya no hubiera vuelta atrás.

—¿Quieres que alguien te lleve? —Goldberg hablaba con voz dubitativa.

—No. Estoy bien.

Manny necesitó esforzarse al máximo para no echar a correr tan pronto como se dio media vuelta para marcharse. Apelando a toda su fuerza de voluntad, echó la cabeza hacia atrás, enderezó los hombros y fue poniendo un pie delante del otro con toda tranquilidad.

Curiosamente, mientras salía por donde había llegado, se le vino a la memoria su antiguo profesor de cirugía, aquel al que las autoridades de la escuela habían «retirado» más o menos discretamente al cumplir setenta años.

Por esa época, Manny estaba en su segundo año de medicina y el doctor Theodore Benedict Stanford III solía ser un absoluto desgraciado en clase, de esos profesores a los que les encanta que sus estudiantes les den una respuesta equivocada porque así tienen la oportunidad de humillarlos.

Cuando la escuela anunció que el doctor Stanford III se marcharía al final del año, Manny y sus compañeros organizaron una fiesta en la que todos se emborracharon para celebrar que ya no habría más promociones de estudiantes sometidas a semejante maltrato.

Ese verano Manny trabajaba como limpiador en la escuela para ganarse algún dinero, y estaba trajinando en el pasillo, cuando sacaron las últimas cajas de la oficina de Stanford. Así fue como tuvo la oportunidad de ver al viejo en persona, saliendo por última vez del edificio.

El doctor Stanford salió con la cabeza bien alta y bajó tranquilamente las escaleras de mármol, antes de atravesar la imponente puerta principal con gesto orgulloso.

En aquella ocasión, Manny se había reído mucho de la arrogancia del viejo, siempre firme a pesar de los achaques de la edad y la obsolescencia. Pero ahora, al caminar con la misma actitud, Manny se preguntó si no habría estado equivocado, si no habría juzgado al viejo demasiado superficialmente.

Lo más probable era que Stanford se sintiera tal y como Manny se sentía en ese momento.

Como un inútil.

CAPÍTULO

17



Jane oyó el grito desgarrador a pesar de que se encontraba en la oficina del centro de entrenamiento. El ruido la despertó y le hizo levantar bruscamente la cabeza de la almohada improvisada que formaban sus brazos, al tiempo que enderezaba la espalda, que hasta ese momento había permanecido encorvada sobre el escritorio.

Un ruido de algo que se rasgaba... y luego un aleteo...

Inicialmente pensó que debía tratarse de una ráfaga de viento, pero enseguida descartó la idea y se puso en guardia. No había ventanas en esa zona subterránea. Y se necesitaría una gigantesca tempestad para que el ruido llegase hasta allí.

Se levantó de la silla de un salto, rodeó el escritorio y salió corriendo por el pasillo hacia la habitación de Payne. Todas las puertas estaban abiertas precisamente por esa razón: solo tenía un paciente y, aunque Payne era muy tranquila, si algo sucedía...

¿Qué demonios era todo ese ruido? Porque también se oían gruñidos...

Al llegar a la puerta de la sala de reanimación, Jane no pudo contener un grito. Por Dios... sangre.

Corrió hacia la cama.

—¡Payne!

La gemela de V estaba como loca, agitando los brazos sin ton ni son, mientras trataba de quitarse las sábanas de encima y se clavaba las afiladas uñas en los brazos y los hombros, arañándose salvajemente.

—¡No puedo sentirlas! —gritaba, enseñando los colmillos y abriendo tanto los ojos que se le alcanzaba a ver la parte blanca que rodeaba el iris—. ¡No siento nada!

Jane se acercó a ella y le agarró uno de los brazos, pero Payne se zafó enseguida y siguió haciéndose daño.

—¡Payne! ¡Detente!

Mientras Jane trataba de contener a su paciente, gotas de sangre roja caían sobre su cara y su bata blanca.

—¡Payne! —Si la cosa seguía así, las heridas irían a más, acabaría haciéndose las tan profundas que se alcanzaría al ver el hueso—. ¡Ya basta!

—¡No siento nada!

Un bolígrafo apareció en la mano de Payne como por arte de magia. Pero el asunto no tenía nada de mágico: el bolígrafo era de Jane y solía guardarlo en el bolsillo de su bata. De pronto, a Jane todo aquel frenesí enloquecido le pareció una imagen surrealista, a cámara lenta, en la cual Payne levantaba la mano...

El movimiento fue tan rápido y tan decidido que no hubo manera de detenerlo.

La punta afilada del bolígrafo dibujó un arco en el aire antes de penetrar a través del corazón de la mujer, con toda potencia, y luego su torso se levantó bruscamente y de su boca abierta salió una exhalación mortal.

Jane gritó:

—*Nooooooooo...*

—¡Jane, despierta!

La voz de Vishous no parecía tener sentido, pero en ese momento Jane abrió los ojos... y se encontró en medio de la oscuridad. La clínica, la sangre y la respiración agitada de Payne fueron reemplazadas por un velo negro que...

Enseguida se encendieron unas velas y lo primero que Jane vio con claridad fue el rostro duro de Vishous. Estaba en la cama junto a ella, a pesar de que no se habían acostado al mismo tiempo.

—Jane, tranquila, no era más que un sueño.

—Entiendo, estoy bien. —Tragó saliva y se retiró el pelo de la cara—. Estoy...

Mientras se incorporaba apoyándose sobre los brazos y jadeaba, todavía no estaba segura de qué era sueño y qué era realidad. En especial teniendo en cuenta que Vishous se encontraba a su lado. Últimamente no solo no se habían acostado juntos, sino que tampoco se habían despertado juntos. Jane había

pensado que V dormiría abajo, en su taller de forja, pero al parecer no era así.

—Jane...

En medio del silencio y la penumbra, la fantasmal mujer captó en esa voz toda la tristeza que V nunca habría expresado en ninguna otra situación. Y ella se sentía igual. Los últimos días, en los que casi no habían hablado, el estrés por la recuperación de Payne, la distancia... la maldita distancia... eran jodidamente tristes.

Sin embargo allí, a la luz de las velas, en su cama matrimonial, todo eso pareció desvanecerse un poco.

Con un suspiro, Jane se recostó sobre el cuerpo tibio y pesado de V y el contacto la transformó enseguida: sin tener que hacer un esfuerzo consciente para volverse sólida, su cuerpo adquirió firmeza y el calor que fluía entre los dos la convirtió en un ser tan real como él. Entonces Jane levantó la vista y se quedó contemplando el rostro fiero y hermoso del vampiro, con el tatuaje en la sien, el magnífico pelo negro que siempre se echaba hacia atrás, las cejas bien definidas y aquellos ojos pálidos y bellos como el hielo.

Durante la última semana, ella había recreado varias veces en su mente la noche en que todo pareció derrumbarse entre ellos. Y aunque muchas de las situaciones eran frustrantes y estresantes, había una especialmente que no parecía tener sentido alguno.

Cuando se encontraron en el túnel, Vishous llevaba un suéter de cuello alto. Y él nunca usaba suéteres de cuello alto. Los odiaba porque le parecía que coartaban su libertad física, por así decirlo. Una bobada, desde luego, sobre todo teniendo en cuenta lo desinhibido que podía ser a veces. Por lo general siempre usaba camisetas sin mangas, o andaba desnudo. ¿Por qué esta vez no iba así? ¿Quería ocultar algo? Fue lo que Jane, que no era ninguna idiota, creyó desde el primer momento.

V había dicho que había tenido una pelea con restrictores, pero él era un experto en el combate cuerpo a cuerpo, muy superior a casi todos los vampiros y a todos los restrictores. Podía sufrir unos cuantos golpes, claro; pero si tenía el cuerpo lleno de cardenales, eso sólo podía haber sucedido por una razón: porque él mismo lo había permitido.

Y Jane no podía evitar preguntarse quién le habría hecho eso.

V interrumpió las meditaciones de la mujer.

—¿Estás bien?

Jane levantó la mano y la puso sobre la mejilla de su pareja.

—¿Y tú?

V ni siquiera parpadeó.

—¿Qué estabas soñando?

—Tenemos que hablar sobre lo que está pasando, V.

El vampiro apretó los labios y se puso más tenso de lo que ella esperaba.

Finalmente habló.

—Payne está donde está. Solo ha pasado una semana y...

—No quiero decir que tengamos que hablar sobre Payne. Tenemos que hablar sobre lo que ocurrió esa noche que te quedaste solo.

En ese momento V se relajó y se recostó contra las almohadas, al tiempo que entrelazaba las manos sobre sus sólidos músculos abdominales. En medio de la penumbra, los rasgos de su cara dibujaban sombras afiladas.

—¿Me estás acusando de haber estado con alguien más? Pensé que ya lo habíamos aclarado.

—Deja de salirte por la tangente. —Jane lo miró fijamente—. Y si quieres una pelea, ve a buscar algún restrictor.

Con cualquier otro hombre, esa respuesta habría provocado una discusión abierta, con todo el dramatismo que se pudiera imaginar.

Pero, en el caso de Vishous, solo se volvió hacia Jane y sonrió.

—Qué cosas dices.

—Preferiría que fueras tú el que dijera cosas.

Aquella chispa de deseo que Jane conocía tan bien, pero que no había visto en la última semana, centelleó en los ojos de V mientras se volvía hacia ella. Luego bajó los párpados y clavó la mirada en los senos que se mecían bajo la sencilla camiseta con la que Jane se había acostado.

La mujer interpuso su cara en el campo visual de V. Ella también estaba sonriendo. Las cosas se habían puesto tan tensas entre ellos últimamente, que ese encuentro era un alivio.

—No voy a permitir que me distraigas.

Mientras el deseo sexual brotaba a oleadas del cuerpo de V, Jane sintió que su compañero le acariciaba delicadamente el hombro con un dedo. Y luego abrió la boca para enseñar las puntas blancas de sus colmillos, que se comenzaron a alargar mientras se pasaba la lengua por los labios.

En ese momento, la sábana que V tenía encima comenzó a escurrirse hacia abajo, dejando al descubierto su escultural abdomen. Y siguió bajando y bajando. El motor que tiraba de la sábana era la mano enguantada de V y con cada nuevo centímetro que quedaba expuesto, Jane se sentía más y más atraída. No podía apartar los ojos de allí. La sábana se detuvo justo antes de dejar al descubierto una enorme erección, pero a cambio V le brindó a Jane un pequeño espectáculo: mientras sus caderas se contraían y se relajaban, Jane pudo ver cómo los tatuajes que tenía alrededor de la pelvis se estiraban y se recomponían en una magnífica danza.

—Vishous...

—¿Qué?

V metió la mano enguantada debajo de la sábana y Jane no necesitó ver adónde se dirigía para saber que V acababa de agarrarse el miembro: la forma

en que su cuerpo se arqueó le dijo todo lo que necesitaba saber. Eso y el hecho de que se mordiera el labio inferior.

—Jane...

—¿Qué?

—Solo quieres mirar, ¿verdad?

Dios, Jane recordó la primera vez que lo había visto así, tendido en la cama, erecto y completamente listo para eyacular. Ella le estaba dando un baño con una esponja y él leyó sus pensamientos como si fueran un libro abierto: a pesar de que no quería admitirlo, Jane estaba desesperada por verlo masturbarse.

Y por eso se había asegurado de excitarlo lo suficiente.

Sofocada, Jane se echó sobre V y acercó su boca a la de él, casi hasta tocarlo.

—Sigues saliéndote por la tangente.

En un segundo, V la agarró de la nuca con la mano que tenía libre, dejándola atrapada en esa posición. Y aquella demostración de poder tuvo un magnífico efecto entre sus muslos, que se humedecieron.

—Sí, te estoy esquivando, —V sacó la lengua y le lamio los labios—. Pero podemos hablar cuando... terminemos... Ya sabes que nunca miento.

—Pensé que lo que siempre decías era que nunca te equivocas.

—Bueno, eso también. —Un palpitante gruñido brotó de la boca de V—. Y ahora, en este momento, tú y yo necesitamos esto. Lo sé, no me equivoco.

Esa última frase no fue pronunciada con pasión, como las otras, sino con toda la seriedad que ella necesitaba escuchar. Y lo cierto era que V tenía razón. Los dos habían estado dando vueltas en círculo durante los últimos siete días, pisando con cuidado para evitar las minas que amenazaban con volar su relación. De modo que conectarse de esa manera, piel contra piel, iba a ayudarlos a superar los desencuentros que no podían paliar las palabras.

—Entonces, ¿qué dices?

Ella gimio antes de replicar con otra pregunta.

—¿Qué quieres que diga?

V soltó una carcajada sensual y excitante y su brazo empezó a contraerse y relajarse mientras se acariciaba la verga.

—Quita la sábana, Jane.

La orden fue apenas un susurro, pero la mujer la oyó con claridad y enseguida se puso alerta. Como siempre sucedía.

—Hazlo, Jane. Mírame.

Jane puso una mano sobre los pectorales de V y la fue bajando lentamente, mientras sentía las costillas y las firmes protuberancias de los abdominales y oía los incipientes gemidos de su excitado macho. Cuando levantó la sábana, tuvo que tragar saliva al ver cómo la cabeza del pene se asomaba por encima del puño, liberándose de las restricciones y ofreciéndose a sus ojos con una única lágrima

transparente.

Cuando Jane estiró la mano para tocarla, V le agarró la muñeca y la inmovilizó.

—Mírame, Jane... —Casi gruñía, más que otra cosa—. Pero no toques.

Hijo de puta. Jane lo odiaba cuando hacía eso. Y también lo adoraba.

Sin soltarla, Vishous siguió trabajando en su erección con la mano enguantada, y su cuerpo se volvió aún más hermoso al encontrar un ritmo constante. La luz de las velas dio a toda la escena un aire misterioso, pornográfico, excitante y sublime. Claro, se dijo Jane, las cosas siempre eran así con V. Con él, nunca sabía qué esperar, y no sólo porque fuese el hijo de una deidad. Con él, el sexo siempre era una experiencia llevada al límite, a un punto brusco y tortuoso, retorcido y exigente. Maravilloso.

Y eso que Jane sabía que solo tenía acceso a una versión descafeinada de su novio, por así decirlo.

En su laberinto interno había cuevas más profundas, cuevas que ella nunca había visitado y a las que nunca podría ir.

V le habló con tono autoritario y sugerente.

—Jane, sea lo que sea lo que estás pensando, olvídalos. Quédate conmigo aquí y ahora y no te preocupes de nada más. Disfruta.

Jane cerró los ojos. Ella sabía muy bien quién era su compañero, el macho al que amaba. Un año atrás, cuando se había comprometido con él por toda la eternidad, era muy consciente de la existencia de muchos hombres y mujeres a los que él había poseído de aquella forma tan suya. En ningún momento se le pasó por la cabeza que ese pasado pudiera interponerse entre ellos...

—No estuve con nadie esa noche. —V seguía usando un tono fuerte y seguro—. Esa noche estuve solo. No puedes dudarlo.

Jane abrió los ojos. V había dejado de masturbarse y estaba completamente inmóvil.

Abruptamente, Jane sintió que la visión se le volvía borrosa. Las lágrimas asomaban, ardientes.

—Lo siento —dijo con voz ronca—. Solo necesitaba oírlo. Yo confío en ti, de verdad, pero es que...

—No digas nada, todo está bien. —V estiró la mano enguantada y atrapó con ella la lágrima que iba rodando por la mejilla de Jane—. Está bien. ¿Por qué no habrías de preocuparte por mí y por lo que me sucede?

—Porque está mal.

—No, soy yo el que se comporta mal. —V respiró hondo—. Me he pasado la última semana diciéndome que debía hablar. Me arrepiento de lo que pasó, pero sencillamente no sabía qué demonios decir para que las cosas no empeoraran.

Jane estaba sorprendida de ver que V reaccionaba de una manera tan comprensiva. Los dos eran muy independientes y esa era la razón por la cual la

relación funcionaba: él era reservado y ella no necesitaba mucho apoyo emocional. Por lo general, eso funcionaba a la perfección.

Sin embargo, no había sido así la última semana.

—Lo lamento —murmuró V—. Cuánto quisiera ser distinto.

De alguna manera, Jane sabía que V se refería a muchas más cosas que su naturaleza reservada.

—No hay nada que no puedas hablar conmigo, V. En este momento estás sometido a mucho estrés. Lo sé, no creas que no me doy cuenta de ello. Y estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para ayudarte.

—Te amo.

—Entonces tienes que hablar conmigo. El silencio es la única cosa que te garantizo que no funciona.

—Lo sé. Pero es como mirar en un cuarto oscuro. Quiero contarte mis mierdas, pero no puedo, no puedo expresar nada de lo que siento.

Jane le creía y sabía que ese era uno de los problemas con los que tenían que lidiar los adultos que habían sido víctimas de abusos en la infancia. El mecanismo de defensa que desarrollaban desde temprana edad, y que los ayudaba a salir adelante, era una especie de división de la personalidad en compartimentos estanco: cuando las cosas se salían de madre, escondían las emociones muy, muy lejos, en cualquiera de los cubículos en que habían dividido su yo interno para defenderse.

El peligro, desde luego, estaba en la presión que inevitablemente se iba acumulando.

Sin embargo, al menos habían logrado romper el hielo entre ellos. Y ahora se encontraban en terreno más tranquilo.

Como si tuvieran voluntad propia, los ojos de Jane se clavaron en la verga de V, que yacía sobre su estómago, llegando más allá del ombligo. De repente sintió que lo deseaba tanto que no podía ni hablar.

V jadeó.

—Tómame, Jane. Hazme lo que quieras.

Lo que tenía ganas de hacer era chupársela, y eso hizo, doblándose sobre las caderas de V y tomándola en su boca hasta que la verga de su compañero tocó el fondo de su garganta. V emitió un gemido casi animal y sus caderas se levantaron bruscamente, empujando todavía más el miembro dentro de la boca de la hembra. Luego dobló abruptamente una de sus rodillas, de modo que ya no sólo estaba boca arriba sino que sus genitales quedaron totalmente expuestos, ofreciéndose completamente a ella, mientras le ponía una mano detrás de la cabeza al sentir que ella encontraba un ritmo que lo excitaba...

El cambio de postura se produjo de manera rápida y fluida.

Con su tremenda fuerza, V reacomodó el cuerpo de Jane en un abrir y cerrar de ojos, girándola ciento ochenta grados al tiempo que quitaba las sábanas del

camino para poder levantar las caderas de Jane y apoyarlas sobre su torso. Luego le abrió las piernas contra su cara y...

—Vishous... —Jane se sintió morir de gusto mientras seguía chupando el enorme pene.

La boca de V se sentía húmeda y caliente y estaba justo frente a su objetivo, jugueteando con el sexo de Jane, mordisqueando y chupando, antes de que la lengua se aventurara a penetrarla y lamerla. En ese momento Jane sintió que su cerebro se apagaba o, mejor, que explotaba, y al no tener nada en que pensar, se perdió dichosa en lo que estaba sucediendo en ese momento, sin recordar lo que había ocurrido antes. Jane tenía la sensación de que a V le pasaba lo mismo... Estaba totalmente concentrado en acariciarla, lamerla, devorar su vagina, mientras le clavaba las manos en los muslos y gemía su nombre contra el húmedo sexo.

Era imposible concentrarse en lo que él le estaba haciendo, al mismo tiempo que ella le hacía lo mismo a él, pero eso no era un problema serio. Disfrutaban salvajemente, de todas formas. La erección de V se percibía caliente y dura en su boca, mientras él se desenvolvía con maestría entre sus piernas, y esas sensaciones eran prueba de que, aunque fuera un fantasma, Jane seguía experimentando las mismas reacciones físicas que cuando estaba « viva ».

—Joder, cómo te necesito.

Tras decir esto, en otra rápida demostración de poder, Vishous la levantó como si no pesara más que la sábana y esta vez el cambio de posición no fue ninguna sorpresa. Él siempre prefería correrse dentro de ella, en lo más profundo de su sexo, y le abrió bien las piernas antes de acomodarla sobre sus caderas y dejar que la cabeza roma del miembro viril entrara en la vagina... *y regresara a casa con toda su fuerza.*

La invasión de V no solo tuvo que ver con el sexo, sino con algo así como la necesidad de reclamar lo que era suyo, y a Jane le encantó. Así debía ser.

Mientras se dejaba caer hacia delante y se apoyaba contra los hombros de V, Jane clavó sus ojos en los de su compañero y se siguió moviendo con él, a su ritmo, cada vez más rápido, hasta que alcanzaron el orgasmo al mismo tiempo y los dos se quedaron rígidos al sentir que él estallaba dentro de ella y el sexo de ella lo exprimía. Y luego V la acostó de espaldas y volvió a bajar rápidamente por su cuerpo, regresando a donde estaba antes, para acariciarla con la boca, mientras las palmas de sus manos se cerraban sobre los muslos femeninos y sencillamente la devoraba.

Al sentir que Jane llegaba otra vez al orgasmo, V se levantó sin que mediara ninguna pausa, le abrió las piernas y la penetró de nuevo con un solo movimiento fluido. El cuerpo de V era como una máquina inmensa que bombeaba dentro de ella y su olor a macho enamorado invadió toda la habitación.

El vampiro alcanzó otro magnífico orgasmo, y otro. Y ella igual. Una semana

de abstinencia concluía con aquella gloriosa sesión de sexo incontenible.

Mientras V eyaculaba profusamente, Jane se quedó mirándolo y pensando en cuánto amaba todas sus facetas, incluso aquellas que a veces le costaba tanto trabajo entender.

Y luego V siguió. Con más sexo. Y todavía más.

Cerca de una hora después, saciado por fin su deseo, V y Jane yacían inmóviles sobre la cama, respirando profundamente a la luz de las velas.

Entonces Vishous se colocó en otra posición, pero siempre abrazado a ella, y sus ojos exploraron la cara de Jane un largo momento.

—No tengo palabras. Hablo dieciséis lenguas, pero no tengo palabras.

En su voz resonaban el amor y la angustia al mismo tiempo. Realmente, V era como un inválido cuando se trataba de emociones. Ni siquiera el hecho de haberse enamorado había eliminado esa tara... por lo menos no la había eliminado del todo. Pero no había que angustiarse... después de lo que acababan de vivir juntos, todo volvía a marchar bien.

—Tranquilo. —Jane le dio un beso en el pecho—. Yo te entiendo.

—Sólo desearía que no tuvieras que hacerlo.

—Y tú me entiendes.

—Sí, pero tú no eres una persona problemática, eres clara.

Jane se levantó apoyándose en los brazos.

—Soy un maldito fantasma, por si no lo has notado. Y eso es algo que desquiciaría a muchos hombres. No puede ser tan fácil relacionarse con un espectro, ¿no te parece?

V la estrechó para darle un beso rápido, casi brusco.

—Te voy a tener durante el resto de mi vida.

—Así es. —Después de todo, los humanos no vivían ni la décima parte de lo que vivían los vampiros.

Cuando la alarma del despertador comenzó a sonar, V miró el reloj con odio.

—Ahora sé por qué duermo con un arma bajo la almohada.

Al ver que V estiraba la mano para apagarlo, Jane pensó que estaba de acuerdo.

—¿Sabes lo que te digo? Más que apagarlo, podrías dispararle.

—No, ni hablar, Butch terminaría entrando aquí como un loco, y no quiero tener un arma cerca si veo que te encuentra desnuda.

Jane sonrió y luego se volvió a recostar, mientras V se levantaba de la cama y se dirigía al baño. Al llegar a la puerta, se detuvo y la miró.

—Siempre vine a buscarte, Jane. Todas las noches de esta semana, vine para estar contigo. No quería que estuvieras sola y tampoco quería dormir sin ti.

Y con esas palabras, desapareció en el baño y un momento más tarde Jane oyó que abría la ducha.

Después de todo, V no era tan torpe como pensaba usando las palabras.

Mientras se desprecizaba con un sentimiento de satisfacción, Jane se decía que ella también tenía que levantarse; ya era hora de relevar a Ehlana en la clínica. Pero, joder, cuánto le gustaría quedarse allí toda la noche. O por lo menos unos minutos más...

Diez minutos después, Vishous se marchó para reunirse con Wrath y la Hermandad y, antes de salir, le dio un beso. Dos besos.

Cuando se levantó, Jane se demoró un rato en el baño y luego se dirigió al armario. Bien alineados en sus perchas, había varios pantalones de cuero, de él; varias camisetas blancas, de ella; un par de batas blancas, de ella, y un par de chaquetas de motero, de él. Las armas estaban guardadas en una caja de seguridad a prueba de fuego y los zapatos se encontraban en el suelo.

Su vida era incomprensible en muchos sentidos. ¿Una mujer fantasma casada con un vampiro? Por favor...

Pero al mirar ese armario, tan ordenado y a la vez tan en consonancia con sus locas vidas, mientras contemplaba esa ropa tan cuidadosamente arreglada, Jane se sintió a gusto con sus circunstancias. Ser como ella no era tan malo en este mundo desquiciado; de verdad que no.

A su manera, era normal. Traslúcida a ratos, ciertamente, pero normal.

CAPÍTULO

18



A bajo, en la clínica del centro de entrenamiento, Payne estaba haciendo sus ejercicios, como los llamaba ella.

Acostada en la cama, con las almohadas a los lados, cruzaba los brazos sobre el pecho y contraía el abdomen, al tiempo que levantaba el torso lentamente hasta quedar sentada. Cuando se encontraba perpendicular al colchón, extendía los brazos hacia el frente y los sostenía allí, mientras volvía a acostarse. Con hacerlo una o dos veces, ya sentía que el corazón le latía con fuerza y que le faltaba el aire, pero se daba sólo un breve momento de descanso antes de repetirlo. Y repetirlo. Y repetirlo.

Cada vez el esfuerzo se volvía más agotador, hasta que la frente se le cubría de sudor y los músculos del estómago comenzaban a dolerle. Jane le había enseñado cómo hacerlo y le había dicho que eso le sentaría bien, aunque comparado con lo que solía ser capaz de hacer, aquellos ejercicios eran una nimiedad. Nada.

En realidad, Jane había intentado que la convaleciente hiciera mucho más... hasta le había llevado una silla de ruedas para que se pudiera mover dentro del

complejo, pero Payne no podía ni ver semejante aparato y tampoco soportaba la idea de pasarse la vida rodando de un lugar a otro.

A lo largo de la semana anterior, Payne había ido descartando todas las esperanzas vanas, incubadas con la esperanza de que ocurriera un milagro... que nunca se había hecho realidad.

Parecía que habían pasado años desde que peleara con Wrath... desde aquella bendita época en la que controlaba a la perfección sus fuertes y muy bien coordinadas extremidades. Había dado por sentadas tantas cosas, como si fueran eternas. Buenas y malas. Estuvo angustiada, insatisfecha de su vida como Elegida, y ahora añoraba volver a ser la que era, con un dolor que, según suponía, solo se podía sentir al pensar en los muertos.

Pero, claro, Payne prácticamente daba por hecho que en realidad había muerto. Seguía medio viva porque su cuerpo no era lo suficientemente inteligente como para dejar de funcionar.

Maldijo en Lengua Antigua, se dejó caer hacia atrás y se quedó inmóvil. Cuando pudo, tanteó con las manos hasta encontrar la correa de cuero que se había puesto alrededor de los muslos. Estaba tan apretada que sabía que debía de estar cortando la circulación, pero la verdad era que no había sentido ni la más leve presión de la correa y tampoco notó el dulce alivio que debía haberle producido soltarla.

Y así habían sido las cosas desde la operación.

Ningún cambio.

Payne cerró los ojos y volvió a sumirse en una guerra interna en la que sus temores cruzaban las espadas con la razón, con resultados siempre trágicos. Después de siete ciclos de noche y día, el ejército de los pensamientos racionales se estaba quedando sin munición, sus tropas totalmente agotadas.

Cada día la misma lucha. Al principio se había sentido impulsada por una corriente optimista, pero luego la ilusión se había desvanecido y había pasado por un periodo de paciencia obligada, que tampoco había durado mucho. Desde entonces, estaba estancada en el reino estéril de las esperanzas infundadas.

Sola.

En verdad, la soledad era lo peor de todo: porque a pesar de toda la gente que iba y venía, que entraba y salía de la habitación, la Elegida se sentía terriblemente aislada, aunque unos y otros se sentaran a hablar con ella o la ayudaran con sus necesidades básicas. Confinada en la cama, se hallaba en un plano de realidad distinto al de ellos, separada de los demás por un vasto desierto invisible, que podía ver con claridad, pero que no podía atravesar.

Y había una cosa más extraña. El dolor de todo lo que había perdido se volvía más intenso cada vez que pensaba en su sanador humano, lo cual ocurría con una frecuencia enorme. Cada vez mayor.

Cuánto echaba de menos a ese hombre. Muchas eran las horas que había

pasado recordando su voz, su rostro, aquel último momento entre ellos... hasta que los recuerdos se convirtieron en una manta con la que se calentaba durante las largas y frías horas de angustia y preocupación.

Sin embargo, por desgracia, esa manta, al igual que su capacidad de raciocinio, se iba gastando por el exceso de uso, y no había manera de repararla.

El sanador no formaba parte de su mundo y nunca regresaría; no era más que un sueño fugaz, y vívido, sí, pero efímero, que se había ido desvaneciendo. Empezaba a deshilacharse, a convertirse en filamentos, retales.

De pronto la Elegida reaccionó.

—¡Ya es suficiente!

Aprovechando la fuerza que le quedaba en la parte superior del tronco, se volvió hacia un lado para acomodar las almohadas, pero mientras luchaba contra el peso muerto de la parte baja de su cuerpo perdió el equilibrio y cayó bruscamente sobre el colchón, arrastrando con un brazo el vaso de agua que estaba en la mesita junto a la cama.

Un vaso, claro, no era un objeto que resistiera bien los impactos.

Al ver cómo el vaso se hacía trizas, Payne cerró la boca, porque esa era la única manera que conocía de retener los gritos en los pulmones. De no ser por eso, los chillidos habrían roto el sello de sus labios y jamás se habrían detenido. Porque era demasiado.

Pero no, no era para tanto. Al fin logró dominarse. Cuando sintió que ya tenía suficiente control de sí misma, miró desde la cama el desastre que había causado en el suelo. En condiciones normales, sería un asunto muy sencillo: cosa de pasar la fregona tras recoger los cristales.

En otras épocas, lo único que habría tenido que hacer sería agacharse y limpiar, nada más.

Pero ahora, ¿qué? Pensó. Tenía dos opciones: quedarse allí y pedir ayuda, como una inválida, o estrujarse el cerebro y hacer un intento de ser independiente.

Le costó un buen rato localizar los mejores puntos de apoyo para poner las manos y luego calcular la distancia hasta el suelo. Por fortuna, no estaba conectada a ningún aparato. Bueno, todavía tenía un catéter en la mano, que aunque le daba cierta autonomía, tal vez significaba que no era tan buena idea tratar de hacerlo por sí misma.

Pero la verdad era que no podía soportar la indignidad de quedarse allí sin hacer nada. Una guerrera como ella, ¿ahora se había convertido en una chiquilla incapaz de ocuparse de sus propias cosas?

Eso era insoportable.

Así que procedió a sacar unos cuantos pañuelos de papel, bajó la barandilla de seguridad de la cama, se agarró a ella e inclinó la parte superior del tronco hacia un lado. La torsión hizo que sus piernas saltaran como las de una marioneta,

sin gracia alguna, pero al menos pudo alcanzar la suave superficie del suelo con los pañuelos blancos que se había puesto en la palma de la mano.

Mientras se estiraba intentando mantener un precario equilibrio sobre el borde de la cama y pensaba que estaba cansada de que se lo hicieran todo, que la bañaran y la envolvieran como a una criatura recién llegada al mundo, su cuerpo siguió el ejemplo del vaso.

Sin previo aviso, la barandilla se escapó de su mano y, al tener las caderas tan lejos del colchón, se fue de cabeza contra el suelo, sin poder luchar contra la fuerza de gravedad. Payne estiró las manos enseguida para apoyarse en el suelo mojado, pero las dos resbalaron sin remedio, de modo que fue la cara la que terminó recibiendo el impacto. En la fracción de segundo que duró el castañazo sintió que todo el aire salía de sus pulmones.

Y luego ya no hubo ningún movimiento más.

Quedó atrapada, con las piernas inservibles aún extrañamente apoyadas en la cama, de modo que colgaban directamente sobre su cabeza y su torso, los cuales reposaban en el suelo.

Tomó aire, resignada, y gritó:

—¡Auxilio... *auxiiiilio!*

Con la cara aplastada contra el suelo, los brazos casi adormecidos por la incómoda posición en que se encontraban y los pulmones ardiendo por efecto de la falta de aire, Payne sintió cómo la rabia se encendía dentro de ella hasta que todo su cuerpo empezó a temblar...

Empezó como un crujido. Luego el ruido se convirtió en movimiento, a medida que la mejilla comenzaba a deslizarse por las baldosas, estirando tanto la piel que Payne pensó que se estaba despellejando. Y luego creció la presión sobre la nuca, que se encontraba atrapada entre dos fuerzas: la que ejercía en una dirección su voluntad y la del peso de su cuerpo en la otra.

Apelando a toda su energía, Payne concentró su rabia y logró mover los brazos hasta apoyar al fin las palmas de las manos sobre el suelo. Y después de una gran inhalación, se impulsó con fuerza hacia arriba, para levantarse y girar hasta quedarse de espaldas...

Pero su trenza quedó atrapada entre los soportes de la barandilla de la cama y la pobre ya no pudo moverse más. Con la cabeza torcida hacia un hombro por culpa de la trenza y sin poder ir a ninguna parte, lo único que Payne podía ver desde esa posición eran sus piernas, esas piernas largas y esbeltas a las que hasta entonces no había dedicado ningún pensamiento.

Mientras la sangre fluía lentamente hacia el torso, Payne observó cómo la piel de las pantorrillas iba palideciendo hasta quedarse tan blanca como un papel.

Entonces cerró los puños con fuerza y ordenó a sus dedos que se movieran.

—Maldición... *moveos...* —También habría cerrado los ojos para concentrarse, pero no quería perderse el milagro, si es que ocurría.

Pero no ocurrió.

No pasó nada.

Y comenzó a darse cuenta de que nunca iba a pasar.

Cuando las uñas de los dedos de los pies comenzaron a adquirir una tonalidad grisácea, Payne reconoció que iba a tener que aceptar lo que le estaba sucediendo. Su ridícula y enrevesada postura era una metáfora del trance que atravesaba en su puñetera vida.

Torcida. Inútil. Un peso muerto.

La crisis que esto finalmente desató no provocó lágrimas ni sollozos. Eso sí, estuvo marcada por una drástica decisión.

—¡Payne!

Al oír la voz de Jane, la convaleciente cerró los ojos. No era la persona que ella quería que la salvara. Necesitaba a su gemelo... Payne necesitaba que su gemelo la ayudara.

Lo pidió con voz ronca.

—Por favor llama a Vishous. Por favor.

La voz de Jane sonaba muy cerca.

—Vamos a levantarte del suelo.

—¡Vishous!

Se oyó un clic y Payne se dio cuenta de que la alarma que ella no había alcanzado a tocar, acababa de sonar.

—Por favor, llama a Vishous.

—Vamos a...

—*Vishous.*

Silencio. Hasta que se oyó que se abría la puerta.

Volvió a sonar la voz de Jane.

—Ayúdame, Ehlena.

Payne era consciente de que su boca se estaba moviendo, pero dejó de oír lo que pasaba a su alrededor cuando las dos hembras la volvieron a subir a la cama y le acomodaron de nuevo las piernas, alineándolas a junto a otra, antes de cubrirlas con una sábana blanca.

Mientras se desarrollaban varias tareas de limpieza a su alrededor, en la cama y en el suelo, Payne clavó los ojos en la pared blanca que había estado observando eternamente desde que la habían trasladado a ese lugar.

—Payne.

Al ver que no respondía, Jane repitió:

—Payne, mírame.

La Elegida desvió la mirada, pero no sintió nada al clavar los ojos en el rostro preocupado de la shellan de su gemelo.

—Necesito a mi hermano.

—Claro, ahora lo llamo. En este momento está en una reunión, pero le pediré

que baje antes de que se vaya. —Hubo una larga pausa—. ¿Puedo preguntarte para qué lo necesitas?

El tono sereno y neutro de las palabras le indicó a Payne que la buena doctora no era ninguna imbécil.

—¿Payne? ¿Me oy es?

La enferma cerró los ojos y se oyó decir:

—Me hizo una promesa cuando todo esto empezó. Y necesito que la cumpla.



A pesar de ser un fantasma, el corazón de Jane seguía teniendo la extraña facultad dejar de latir súbitamente en su pecho.

Por eso, al sentarse en el borde de la cama, Jane sintió que no había nada moviéndose detrás de su esternón.

Con voz estremecida hizo la pregunta cuya respuesta no quería ni imaginar.

—¿Y qué promesa fue esa?

—Es un asunto entre nosotros dos.

A la mierda con eso, pensó Jane, segura de que su suposición era correcta.

—Payne, siempre, siempre podemos hacer algo más.

Pero no tenía ni idea de qué podría ser. Las radiografías mostraban que los huesos habían quedado perfectamente alineados, gracias a la extraordinaria habilidad de Manny. Sin embargo, la médula espinal era un misterio, la carta que desconocían. Jane tenía la esperanza de que se produjera una regeneración de los nervios. Todavía estaba aprendiendo a conocer el organismo de los vampiros, muchas de cuyas cualidades parecían cosa de magia. Sobre todo, las posibilidades de recuperación, que comparadas con lo que los humanos podían hacer eran asombrosas.

Pero no habían tenido suerte esta vez.

Y no se necesitaba ser Einstein para imaginarse qué era lo que Payne estaba buscando.

—Háblame con sinceridad, shellan de mi gemelo. —Los ojos de cristal de Payne se clavaron en los de Jane—. Sé sincera contigo misma.

Si había algo que Jane odiaba de su profesión médica eran esos momentos en que hay que tomar una decisión basada en juicios de valor. En la práctica de la medicina había muchas situaciones en las que las decisiones eran fáciles de tomar, muy claras: ¿Alguien llegaba a urgencias con la mano entre hielo y un torniquete en el brazo? Había que volver a poner el miembro en su sitio y restaurar los nervios. ¿Mujer en trabajo de parto con el cordón umbilical enredado en el cuello de la criatura? Cesárea. ¿Fractura compuesta? Abrir y colocar.

Pero no todo era así de « sencillo ». Con frecuencia, la bruma de puede-ser-

esto-o-aquello se instalaba en un caso y ella tenía que enfrentarse a un panorama nublado y...

Por Dios, a quién quería engañar.

El resultado clínico de la ecuación de la que se trataba en este caso ya estaba claro, aunque no quisiera aceptarlo.

—Payne, déjame ir a llamar a Mary...

—No quise hablar con la hembra consejera hace dos noches y tampoco hablaré con ella ahora. Para mí, se acabó. Y a pesar de lo mucho que me atormenta recurrir a mi gemelo, por favor, ve a llamarlo. Tú eres una buena hembra y no debes ser la que se encarga de esto.

Jane se miró las manos. Nunca las había usado para matar. Jamás. Eso era antiético no solo con su vocación y su compromiso con la profesión, sino a los ojos de ella misma como simple persona.

Y sin embargo, al pensar en su hellren y el rato que habían pasado juntos cuando se despertaron, se dio cuenta de que no podía permitir que V viniera a hacer lo que Payne quería que hiciera. V se había alejado solo un poco del borde del precipicio al que había estado a punto de saltar y no había nada que Jane no estuviera dispuesta a hacer para mantenerlo alejado de su borde.

—No puedo ir a llamarlo. Lo siento. Sencillamente, no lo voy a poner en esa posición. De ninguna manera.

El gemido que brotó de la garganta de Payne era la nítida expresión del dolor de su corazón.

—Sanadora, esta es una decisión mía. Es mi vida. No la tuya. ¿Quieres ser mi salvadora de verdad? Entonces haz que parezca un accidente, o tráeme un arma y yo lo haré. Pero no me dejes en este estado. No lo soporto y no habrás hecho nada bueno por tu paciente si sigo así.

De alguna manera, Jane sabía que eso iba a suceder. Lo había visto con la misma claridad que observara las pálidas sombras de las radiografías, aquellas que indicaban que todo debía estar funcionando bien... y que, si ese no era el caso, la médula espinal había sufrido una lesión irreparable.

Jane se quedó mirando las piernas que yacían bajo la sábana, tan inmóviles, y pensó en el juramento hipocrático que había hecho hacía ya varios años: «No harás daño» era el primer mandamiento.

Era difícil no ver que Payne sufriría un gran daño si permanecía como estaba; en especial porque ella no había querido que se hiciera el procedimiento. Jane había sido la que había insistido en salvarla y la había presionado por sus propias razones... Y V había hecho lo mismo.

Payne estaba serenamente desesperada.

—Encontraré una manera. De alguna forma, encontraré una forma de hacerlo.

Era difícil no creerla.

Y habría muchas más posibilidades de tener éxito si Jane contribuía... Payne estaba muy débil y cualquier arma en su mano podía causar el desastre definitivo

—No sé si podré hacerlo. —Las palabras salieron de la boca de Jane lentamente—. Tú eres su hermana. Dudo que pudiera perdonarme algún día.

—No tiene por qué saberlo.

Dios, ¡qué encrucijada! Si ella estuviera atrapada en esa cama, se sentiría exactamente igual que Payne y querría que alguien la ayudara a ejecutar su última voluntad. Pero ¿cómo podría soportar la carga de ocultarle a V algo así? ¿Cómo podría hacerlo?

Pero peor aún podría ser que lo hiciese él mismo, y así nunca regresara de ese lado oscuro de su alma en el que parecía desterrado. Matar a su hermana sería encerrarse en las tinieblas interiores para la eternidad.

La mano de su paciente encontró su mano y la agarró.

—Ayúdame, Jane. Ayúdame...



Cuando salió de la reunión nocturna con la Hermandad y se dirigió a la clínica del centro de entrenamiento, Vishous estaba más cerca de sentirse como el de siempre, y no en un sentido negativo. El sexo con su shellan había sido clave para los dos, una especie de reinicio, no solo físico.

Joder, había sido muy bueno estar otra vez con su hembra. Sí, claro, todavía tenían problemas... y, bueno, mierda, cuanto más se aproximaba a la clínica, más sentía la presión del estrés, que volvía a presionarle los hombros como dos inmensas pesas. Había ido a ver a su hermana al comienzo de cada noche y luego otra vez al amanecer. En los primeros días se respiraba un clima lleno de esperanza, pero ahora eso se había desvanecido. El clima era triste, casi asfixiante.

En todo caso, su hermana gemela necesitaba salir de ese cuarto y eso era lo que V planeaba hacer enseguida. Tenía la noche libre e iba a llevarla a la mansión, para mostrarle que había más cosas que disfrutar en la vida, lejos de la jaula blanca que era la sala de reanimación.

Payne no se estaba recuperando físicamente, desde luego.

Así que el aspecto mental pasaba a primer plano. Así estaban las cosas, y así había que afrontarlas.

¿Conclusión? V no estaba preparado para perderla en este momento. Sí, y a habían pasado toda una semana juntos, pero eso no significaba que la conociera mejor que al principio. El vampiro estaba convencido de que los dos se necesitaban mutuamente. No había ningún otro descendiente de esa maldita deidad que era su madre, y tal vez juntos podrían entender toda la mierda que

habían recibido por cuenta de su origen. Joder, no existía un manual que explicara los pasos necesarios para saber ser hijo de la Virgen Escribana.

Con los hombros cada vez más tensos, se imaginó su diálogo con la sociedad que le rodeaba.

—*Hola, me llamo Vishous. Soy hijo de la Virgen Escribana y he sido su hijo durante trescientos años.*

—*Hola, Vishous.*

—*Ella me ha vuelto a hacer otro truco terrible y estoy tratando de no ir al Otro Lado para matarla.*

—*Té entendemos, Vishous.*

—*Y, por cierto, también quisiera desenterrar a mi padre para volver a matarlo, pero no puedo. Así que sólo voy a tratar de mantener viva a mi hermana, aunque ella está paralizada de la cintura para abajo, y voy a tratar de resistir el impulso de causarme dolor para poder lidiar con esta mierda.*

—*Eres un maricón de mierda, Vishous, pero nos das lástima y por eso te apoyamos.*

Después de salir del túnel y atravesar la oficina, V cruzó la puerta de cristal y siguió avanzando por el pasillo. Al pasar por el gimnasio, oyó que alguien corría como si tuviese las zapatillas en llamas, pero nada más. Salvo el gimnasta solitario no había nadie más por allí. V presentía que Jane probablemente estaba todavía en su cama matrimonial, descansando después de lo que le había hecho.

Esa idea causó una gran satisfacción al macho enamorado que llevaba dentro. Enorme.

Al llegar a la sala de reanimación, V no llamó, sino que...

Al entrar, lo primero que vio fue la aguja hipodérmica. Después vio que esta se encontraba a punto de cambiar de manos y pasar de su shellan a su hermana gemela.

No había ninguna razón terapéutica para eso.

—¿Qué estáis haciendo? —Había hecho la pregunta en voz baja, súbitamente aterrorizado.

Jane volvió la cabeza enseguida, pero Payne no lo miró. Tenía los ojos fijos en aquella jeringuilla, como si fuera la llave que abriera la puerta de su prisión.

Y sin duda la iba a ayudar a salir de la cama, en dirección a un ataúd.

—¿Qué coño estáis haciendo! —No era una pregunta. Porque ya lo sabía.

Payne por fin se dirigió a él, con rostro lúgubre.

—Es mi decisión.

Su shellan lo miró a los ojos.

—Lo siento, V.

El vampiro sintió que se le nublabla la vista, pero eso no impidió que se abalanzara sobre ellas con todo su cuerpo. Al llegar al pie de la cama, sus ojos se

aclararon y vio cómo su mano enguantada agarraba la muñeca de su shellan.

Su puño de acero era lo único que mantenía a su gemela lejos de la muerte y enseguida se dirigió a ella, no a su compañera.

—*No te atrevas.*

Los ojos de Payne brillaban de la rabia cuando los clavó en él.

—¡Eres tú el que no tiene derecho a atreverse!

V retrocedió por un momento. Había contemplado las caras de sus enemigos cuando los derrotaba, las de muchos esclavos descartados y muchos amantes olvidados, tanto masculinos como femeninos, pero nunca había visto un odio tan profundo.

Jamás.

—¡Tú no eres mi dios! —Payne parecía fuera de sí—. ¡Solo eres mi hermano! Y no vas a encadenarme a este cuerpo, ¡ni tú ni nuestra mahmen!

Se trataba de una ira tan comprensible, tan justificada que, por primera vez en su vida, V se sintió perdido. Ella tenía razón y tenía tanta fuerza de voluntad como él. ¿Cómo luchar, en esas condiciones?

El problema era que, si se marchaba ahora, si se tomaba un respiro para pensar, volvería demasiado tarde, tan solo para asistir a un funeral. Necesitaba un momento para controlar su furia, pero no disponía de él, prefería morir antes que desviar la mirada un segundo de la mortal jeringuilla.

—Dame dos horas. No te detendré, no tengo derecho a hacerlo, pero sí te puedo pedir que me des ciento veinte minutos.

Payne entornó los ojos.

—¿Para qué?

Para hacer algo que habría sido inconcebible cuando todo esto comenzó. Pero se había declarado una especie de guerra y, en consecuencia, V no podía permitirse el lujo de elegir sus armas; tenía que usar lo que tenía, aunque detestara la idea.

—Te diré exactamente por qué. —V le quitó la aguja de la mano a Jane—. Vas a hacerlo para que esto no me atormente durante el resto de mi maldita vida. ¿Qué opinas de esa razón? ¿Te parece suficiente?

Payne bajó los párpados pesadamente y luego hubo un largo silencio hasta que la yacente volvió a hablar.

—Te concederé lo que pides, pero no voy a cambiar de opinión si permanezco en esta cama. Revisa bien tus expectativas antes de partir... y ten cuidado si tratas de razonar con nuestra mahmen. No cambiaría jamás esta prisión por una al lado de ella, en su mundo. La muerte es mil veces mejor.

Vishous se guardó la aguja en el bolsillo y desenfundó el cuchillo de cacería que siempre llevaba colgado del cinturón de sus pantalones de cuero.

—Dame la mano.

Cuando ella la extendió, V le cortó la palma con la hoja del cuchillo y luego

hizo lo mismo en su propia mano. Después unió las dos heridas.

—Júralo. Por la sangre que compartimos, prométele.

Payne torció la boca como si, en otras circunstancias, hubiese podido sonreír.

—¿No confías en mí?

—No. —El vampiro no estaba para eufemismos—. Ni lo más mínimo, corazón.

Al cabo de un momento Payne estrechó la mano a su hermano, al tiempo que se le aguaban los ojos.

—Lo prometo.

Vishous se relajó por un instante y respiró hondo.

—Está bien.

Soltó a su hermana, dio media vuelta y se encaminó a la puerta. No podía perder tiempo. Se dispuso a volar pasillo adelante.

—Vishous.

Al oír la voz de Jane, dio media vuelta y sintió ganas de maldecir.

—No me sigas. No me llames. Nada bueno puede salir de todo esto si estoy cerca de ti ahora.

Jane cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ella es mi paciente, V.

—Ella es mi sangre. —Impulsado por la frustración, V cortó el aire con la mano—. No tengo tiempo para esto. Me voy.

Y diciendo eso, salió corriendo. Mientras Jane se quedaba atrás.

CAPÍTULO

19



Cuando Manny regresó a su casa, cerró la puerta, echó la llave y se quedó allí. Como un mueble. Con el maletín en la mano.

Es asombroso ver cómo, cuando pierdes la razón, te quedas sin opciones. Su voluntad no había cambiado; todavía quería tener el control de su mente y de lo que no era capaz de describir, es decir, de lo que estaba pasando con su vida, fuera lo que fuese. Pero no había nada a lo que agarrarse, no había riendas con las cuales dominar aquella bestia.

Mierda, así era como se debían de sentir los enfermos de Alzheimer: su personalidad seguía intacta, al igual que la mayor parte de su intelecto, pero estaban rodeados de un mundo que ya no tenía sentido, porque no podían retener sus recuerdos, ni hacer asociaciones de ideas, ni sacar conclusiones.

Y todo lo que le ocurría estaba vinculado con aquel fin de semana; o, al menos, ahí había comenzado. Pero ¿qué era exactamente lo que había cambiado? Tenía perdida en las brumas de la memoria al menos una noche, si no más. Recordaba la carrera en el hipódromo y la caída de *Glory*, y luego la clínica veterinaria. Después, el viaje de regreso a Caldwell, cuando él había ido

a...

El anuncio de otro demoledor dolor de cabeza lo hizo maldecir y darse por vencido.

Así que se dirigió a la cocina, dejó el portafolio en el suelo y terminó contemplando la cafetera. La había dejado encendida al salir hacia el hospital. Genial. Así que el café que se había tomado por la mañana era en realidad de ayer, y era todo un milagro que no hubiera declarado un incendio y hubiese acabado con todo el edificio.

Se sentó en uno de los taburetes que estaban junto a la encimera de granito y se quedó mirando como una estatua la pared de cristal que tenía frente a él. Más allá de su terraza, la ciudad brillaba como una dama camino al teatro, con todos sus diamantes. Las luces de los rascacielos le hicieron sentirse realmente solo.

Silencio. Vacío.

El ático parecía más bien un ataúd.

Dios, si ya no podía operar, ¿qué le quedaba?

La sombra apareció como por arte de magia en su terraza. Solo que no era una sombra... No tenía nada de traslúcida. Era como si las luces y los puentes y los rascacielos fueran un telón que tuviera un hueco en medio.

Un hueco en forma de hombre.

De hombre grande.

Manny se puso de pie, con los ojos fijos en la figura. En lo más profundo de su cerebro, en la base del tallo cerebral, el cirujano supo que allí estaba la causa de todo, un «tumor» antropomorfo, que caminaba y respiraba y que venía a por él.

Como si lo estuvieran llamando, se acercó, abrió la puerta corredera de cristal y enseguida sintió el golpe del viento en la cara y cómo le volaba el pelo sobre la frente.

Hacía frío. Dios, mucho frío... pero el golpe de frío no se debía solo a la brisa nocturna de abril. Ese viento helado procedía de la figura que permanecía inmóvil y amenazante, a solo unos metros de él, y Manny tuvo la impresión de que la causa del ambiente glacial era que ese desgraciado, que iba vestido de cuero negro de pies a cabeza, lo odiaba. Y sin embargo, el doctor no tenía miedo. La respuesta a lo que le estaba sucediendo estaba relacionada con ese hombre enorme que había aparecido de la nada, a más de veinte pisos de altura...

Una mujer... una mujer con el pelo negro recogido en una trenza... ella era su...

El dolor de cabeza volvió a atacarlo, agarrándolo por la nuca y subiendo enseguida a la coronilla para enseguida amenazar con hacerle estallar el lóbulo frontal.

Sintiendo que perdía el equilibrio, Manny se agarró de la puerta y perdió la paciencia.

—La puta madre que te parió, no te quedes ahí. Háblame o mátame, pero *haz* algo.

Más viento contra su cara.

Y luego una voz profunda.

—No debí venir aquí.

—Sí, si tenías que venir. —Manny hablaba superando el dolor—. Porque me estoy volviendo loco y tú lo sabes, ¿no es así? ¿Qué coño me has hecho?

Ese sueño... sobre la mujer que deseaba, pero no podía...

Manny sintió que le temblaban las rodillas, pero a la mierda con eso.

—Llévame con ella... y no me jodas. Sé que ella existe... La veo todas las noches en mis sueños.

—Esto no me gusta nada.

—Qué cabrón, y ¿crees que yo estoy muy feliz? —Manny decidió reservarse el «hijo de puta» que pensaba agregar al final. También se reservó la determinación de que, si aquel degenerado decidía hacer algo más que provocarle migrañas, él también lo atacaría como fuera, con los recursos que tuviese a su alcance. Seguramente lo aplastaría, pero, fuese o no una locura, no se iba a dejarse vencer sin presentar oposición—. ¡Vamos! Hazlo.

Entonces se oyó una carcajada.

—Tú me recuerdas a un amigo.

—¿Estás diciendo que hay algún otro cabrón que se volvió loco por tu culpa? Genial. Ya podemos fundar un grupo de apoyo mutuo, una bonita asociación de afectados.

—Está bien, maldita sea.

El tío levantó una mano y en ese mismo instante los recuerdos estallaron en la cabeza de Manny y fluyeron por todo su ser. Todas las imágenes y los sonidos de aquel fin de semana perdido parecieron regresar en tropel.

Tambaleándose, Manny se agarró la cabeza con las manos.

Jane. Unas instalaciones secretas. Una operación.

Vampiros.

Entonces el hermano de su paciente lo agarró y esa mano de acero sobre sus bíceps fue lo único que evitó que Manny se cayera al suelo de madera.

—Tienes que venir a ver a mi hermana. Se va a morir si no vas.

Manny tomó aire por la boca y tragó saliva. La paciente... *su paciente*...

Reunió fuerzas y preguntó con voz débil.

—¿Todavía está paralizada?

—Sí.

—Llévame, cuanto antes. Ya.

Si la médula espinal había sufrido un daño permanente, no había nada que pudiera hacer por ella desde el punto de vista clínico, pero no importaba. Tenía que verla.

El cabrón de la perilla lo miró con cara de muy pocos amigos.

—¿Dónde está tu coche?

—Abajo.

Manny se soltó y fue directo a recoger el maletín y las llaves que había dejado sobre la encimera de la cocina. Al tropezar con algo en el ático, sintió que su cerebro se llenaba de una bruma que lo aterrorizó. Si seguían jodiéndole de esa manera, su cerebro terminaría por sufrir un daño irreparable. Pero esa era una discusión para otro momento.

Tenía que ir junto a esa mujer.

Cuando llegó a la puerta del ático, el vampiro iba tras él. Manny se pasó el portafolio y las llaves a la mano izquierda.

Perfecto dio un giro rápido y lanzó un gancho de derecha que dibujó un arco perfectamente calculado para impactar en la mandíbula del desgraciado.

Crac. Fue un golpe seco y la cabeza del maldito salió disparada hacia atrás.

Al ver que el vampiro volvía a enfocar los ojos en él y torcía la boca mientras gruñía, Manny no se amilanó.

—Eso, por joder con mis recuerdos.

El hombre se pasó el dorso de la mano por la boca ensangrentada.

—Buen gancho.

—Cuando quieras, lo repito —dijo Manny, al tiempo que salía del ático.

—Podría haber detenido ese puño sin inmutarme. Te lo digo solo para que quede claro.

Sin duda, eso era cierto.

—Sí, pero no lo hiciste, ¿verdad? —Manny se dirigió al ascensor, oprimió el botón de bajar y miró hacia atrás por encima del hombro—. Así que eso te convierte en un idiota o un masoquista. Lo que prefieras.

El vampiro se le acercó.

—Cuidado, humano, solo estás vivo porque me resultas útil.

—¿Ella es tu hermana?

—No lo olvides.

Manny sonrió enseñando todos sus dientes.

—Entonces hay algo que debes saber.

—¿Qué?

Manny se irguió y miró al desgraciado directamente a los ojos.

—Si ahora piensas que quieres matarme, esto no es nada comparado con lo que vas a sentir cuando vuelva a verla.

Manny estaba excitado solo de pensar en ella.

Al sonar una campana, las puertas dobles se abrieron y él entró en el ascensor y dio media vuelta. Los ojos del vampiro eran como flechas en busca de un blanco; pero Manny siguió sin intimidarse.

—Sólo quería aclararte mi posición. Ahora entra, o evapórate hasta abajo y

te recojo en la calle.

El vampiro masoquista lo miró con desprecio.

—Debes de pensar que soy un idiota, ¿me equivoco?

—Pues no, en absoluto.

Pausa.

Después de otro momento de silencio, el vampiro farfulló algo y luego entró en el ascensor antes de que las puertas comenzaran a cerrarse. Ambos hombres se quedaron hombro con hombro, mientras observaban cómo se iban iluminando los números de los pisos al bajar...

Cinco... cuatro... tres... dos...

Como si fuera el conteo regresivo de una explosión.

—Cuidado, humano. No es bueno presionarme demasiado.

—Y yo no tengo nada que perder. —A excepción de la hermana del enorme degenerado, se dijo—. Supongo que tendremos que esperar a ver cómo termina esto.

—Así es.



Payne parecía un triste bloque de hielo mientras contemplaba el reloj que estaba junto a la puerta de su habitación. El aparato circular era tan blanco como la pared de la que colgaba, y la única diferencia eran los doce números negros, separados por rayas negras. Las manecillas del aparato, dos negras y una roja, se movían lentamente, en redondo, como si estuvieran tan aburridas con su trabajo como se sentía Payne al mirarlas.

Sin duda Vishous había ido a ver a su madre. ¿A qué otro lugar podría acudir?

Así que aquello era una pérdida de tiempo; con seguridad, V regresaría con las manos vacías. Era un acto de absoluta arrogancia pensar que la Dama Que No Se Dejaba Influir se sentiría afectada por los peligros que corrían sus hijos.

Llamar a esa mujer Madre de la Raza... ¡Qué estupidez!

Payne frunció el ceño.

El ruido comenzó como un vago golpeteo, pero rápidamente fue volviéndose más fuerte. Pasos. Pesados pasos que avanzaban por un suelo de madera a toda prisa. Y había dos tipos de pisadas, dos caminantes. Tal vez no eran más que los Hermanos de su gemelo, que regresaban para un exa...

Cuando la puerta se abrió, lo único que Payne alcanzó a ver fue la figura de Vishous, siempre tan alta e intransigente.

—Te traigo algo.

Pero antes de que V pudiera hacerse a un lado, el « algo » lo empujó...

—*Querida Virgen Escribana*... —Los ojos de Payne se llenaron de lágrimas.

Su sanador había irrumpido en la habitación y, ay, era tal como ella lo

recordaba... con ese pecho ancho y esas piernas largas, el abdomen plano y la mandíbula varonil, elegante, afilada. Tenía el pelo despeinado, como si se lo hubiese estado revolviendo con los dedos, y respiraba de manera agitada, con la boca ligeramente abierta.

—Sabía que eras real —dijo enseguida el sanador—. Maldición, ¡lo sabía!

El hecho de ver a su sanador tuvo el efecto de un rayo que la recorrió de arriba abajo, llenándola de energía y lanzando sus emociones al aire.

—Sanador. —Casi no podía hablar, entre la debilidad y la emoción—. Mi sanador...

Le interrumpió la voz de V.

—La puta que te parió.

El humano dio media vuelta y se dirigió a Vishous.

—Danos un poco de intimidad. Ya habrá...

—Cuidado con lo que dices...

—Soy su médico. Me trajiste aquí para que la evaluara desde el punto de vista clínico...

—No seas ridículo.

Hubo una pausa.

Entonces, ¿por qué cojones estoy aquí?

—Precisamente por la misma razón por la cual te odio.

Eso produjo un largo silencio, así como un sollozo de Payne. Se sentía inmensamente feliz de ver a su sanador en carne y huesos. Y ese sollozo hizo que los dos machos se volvieran a mirarla enseguida. La expresión de su sanador cambió de inmediato, pasando de la furia pura a la actitud protectora, enternecida.

—Cierra la puerta al salir. —Implacable, el médico seguía despreciando a quien podía matarle, al tiempo que se acercaba a ella.

Payne se pasó las manos por los ojos para secarse las lágrimas y miró hacia el fondo del cuarto, mientras su sanador se sentaba en el borde de la cama. Vishous había dado media vuelta y se dirigía a la salida.

Él lo sabía, pensó Payne. Consciente de que nada de lo que su madre pudiera haber hecho por ella la salvaría, V le había llevado lo único capaz de hacer que ella deseara seguir viviendo.

Clavó los ojos en el vampiro que se retiraba.

—Gracias, hermano mío.

Vishous se detuvo. La tensión que parecía estar sintiendo era tan grande que los puños apretados parecían echar humo. Cuando volvió lentamente la cabeza, sus ojos de hielo ardían.

—Haría cualquier cosa por ti. Cualquier cosa.

Y con esas palabras, V abrió la puerta y salió... Al ver cómo se cerraba la puerta, Payne se dijo que ciertamente se podía decir *te quiero* sin tener que

pronunciar exactamente esas palabras.

En efecto, los hechos significaban más que las palabras.

CAPÍTULO

20



Manny y Payne se quedaron solos. El cirujano no podía dejar de mirar a su paciente. Sus ojos iban de la cara a la garganta y luego hasta las largas y hermosas manos. Por Dios, aquella criatura olía como recordaba y ese perfume se metió por su nariz y le llegó directamente hasta los genitales.

—Sabía que eras real. —Ya lo había dicho. Joder, se estaba repitiendo. Tal vez habría sido mejor decir algo más, cualquier cosa, pero evidentemente eso era todo lo que se le ocurría; el alivio que le producía saber que no se estaba volviendo loco era sencillamente abrumador.

Al menos hasta que vio el brillo de las lágrimas en los ojos de la mujer, que subrayaban la absoluta desesperanza de su mirada.

Había hecho por ella todo lo que podía y sin embargo había fracasado. Totalmente.

Aunque en realidad Manny ya se lo había imaginado. El cabrón de la perilla, su hermano, no habría regresado al mundo humano si las cosas fuesen bien en ese terreno.

Con voz trémula, el sanador la interrogó.

—¿Cómo estás?

Al responder, la celestial criatura sacudió lentamente la cabeza.

—Lastimosamente... estoy...

Viendo que no terminaba la frase, Manny le agarró la mano. Dios, qué piel tan suave.

—Háblame.

—Mis piernas... mis piernas no han mejorado.

Manny maldijo para sus adentros. Quería examinarla a conciencia, ver las últimas radiografías... tal vez hacer preparativos para llevarla de nuevo al St. Francis para hacer otra resonancia.

Pero, a pesar de lo importantes que eran todos esos exámenes, podían esperar. Por ahora, se encontraba en una situación emocional muy frágil y su obligación era ayudarla a superar eso antes que nada.

—¿Sigues sin sentir nada, nada en absoluto?

Payne negó con la cabeza, una lágrima se escapó de sus ojos y rodó por su mejilla. Manny odiaba verla llorar, pese a que tenía que reconocer que nunca había visto nada tan precioso como aquellos ojos bañados de lágrimas.

—Yo... siempre estaré así. —La convaleciente se estremeció.

—Y ¿qué quieres decir exactamente con eso de « estaré así »?

—Aquí. En esta cama. Atrapada. —Los ojos de la mujer no solo le sostuvieron la mirada, sino que parecieron buscar los suyos y aferrarse a ellos—. No puedo soportar esta tortura. Ni una noche más.

Era evidente que hablaba muy en serio y, por una fracción de segundo, Manny sintió que el pánico le devoraba el alma. Tal vez en el caso de otra mujer... u hombre, en realidad... una afirmación como esa podría ser la expresión de su desconsuelo. Pero ¿en el caso de ella? Era un plan.

—¿Tenéis acceso a Internet aquí?

—¿Internet?

—¿Algún ordenador con acceso a la red?

—Ah... Creo que hay uno en el salón que está más allá. Saliendo por esa otra puerta.

—Enseguida vuelvo. Quédate ahí.

Eso la hizo esbozar una sonrisa.

—¿Y adónde podría ir, sanador?

—Eso es precisamente lo que quiero mostrarte.

Al ponerse de pie, Manny tuvo que resistir el impulso de besarla y se apresuró a salir para evitarlo. No le llevó ni un minuto encontrar el Dell en cuestión y entrar en el sistema con la ayuda de una enfermera rubia bastante atractiva que se presentó como Ehlena. Diez minutos después, Manny regresó a la habitación de Payne y se detuvo en el umbral.

En ese momento la enferma estaba arreglándose el pelo. Las manos le

temblaban mientras se lo alisaba. Las manos pasaban por la cabeza e iban a la trenza, recorriéndola como si estuviera buscando algún defecto.

Manny no pudo contenerse.

—No hace falta que hagas eso. Estás perfecta. Mejor dicho, eres perfecta.

En lugar de responder, ella se sonrojó y se puso nerviosa, lo cual fue, en realidad, lo mejor que pudo hacer.

—Me has dejado sin aliento.

Estas últimas palabras de la mujer dispararon la imaginación de Manny hacia lugares a los que no debería ir.

Tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no abalanzarse sobre ella como el cuarentón salido que era.

—Payne, yo soy tu médico, ¿verdad?

—Sí, sanador.

—Y eso significa que te voy a decir la verdad. Sin engaños y sin ocultarte nada. Te voy a decir exactamente lo que pienso y dejaré que tomes tu propia decisión... Para eso necesito que me oigas con atención, ¿comprendes? Lo único que tengo para ofrecerte es la verdad, nada más y nada menos.

—Entonces no necesitas decir nada, porque sé muy bien cuál es mi situación.

Manny miró a su alrededor.

—¿Has salido de aquí alguna vez desde que regresaste de la operación?

—No.

—¿Así que has estado mirando estas cuatro paredes durante toda una semana, atrapada en una cama, mientras que otras personas te alimentan, te bañan y se ocupan de tus funciones corporales?

Respondió secamente.

—No necesito que me lo recuerdes. Gracias por...

—Entonces, ¿cómo sabes cuál es tu situación?

Payne frunció el ceño con expresión seria y misteriosa. Y también muy sexi, se dijo el maduro calentorro.

—Eso es ridículo. Yo sé dónde estoy. —Señaló, un poco irritada, el colchón sobre el que reposaba—. Todo el tiempo he estado aquí.

—Exacto. —Al ver que ella lo miraba con odio, Manny se acercó—. Voy a levantarte de ahí y te voy a llevar a otro sitio, si me lo permites.

La mujer alzó las cejas.

—¿Y adónde piensas llevarme?

—Fuera de esta maldita jaula.

—Pero... No puedo. Tengo un...

—Lo sé. —Desde luego, ella estaba preocupada por el catéter, y para ahorrarse cualquier situación incómoda, Manny sacó una toalla limpia de la mesita—. Tendré cuidado con eso, y contigo.

Después de asegurarse de que todo estaba en orden, el médico le quitó la

sábana que la estaba tapando y la levantó en brazos. El cuerpo de su paciente se sentía sólido contra la parte superior de su tronco y le llevó apenas un momento acomodarla, con la cabeza sobre el hombro y las largas, larguísimas piernas colgando de su brazo. El perfume que llevaba o el jabón que usaba, o lo que fuera, le hizo pensar en el olor del sándalo... y de algo más.

Orgasmos, Dios, qué orgasmos.

Los que había tenido cuando soñaba con ella.

Ahora fue él quien se sonrojó. Cojonudo.

Payne se aclaró la garganta.

—¿Te parece que peso mucho? Soy muy grande para ser una hembra.

—Eres perfecta, una hembra perfecta.

—En el lugar del que vengo no es así, sino al contrario.

—Entonces están usando un patrón de belleza equivocado.

Manny llevó su preciosa carga a través de la puerta hasta la sala de examen. El lugar estaba vacío porque así lo había pedido el médico un momento antes: le había dicho a la enfermera —¿Elina? ¿Elaina?— que les dejasen unos instantes de discreta soledad, porque tenían que hablar en privado.

No había manera de saber cómo saldrían las cosas.

Con ella entre sus brazos, recostada contra su pecho, el médico se sentó frente al ordenador y se acomodó de manera que ella pudiera ver la pantalla. Al ver que ella parecía más interesada en mirarlo a él, no se molestó lo más mínimo... aunque eso no le ayudaba mucho a concentrarse. Y tampoco contribuía a llevar a buen puerto el propósito por el cual la había sacado de la cama.

—Payne.

—¿Qué?

Joder, qué voz tan seductora. Ese tono era capaz de cortarlo como un cuchillo y hacer que le gustara el dolor provocado por esa herida; deseársela como la estaba deseando y contenerse era un placer tan exquisito que de alguna manera era mejor que el mejor sexo que hubiera tenido en la vida.

Era como un maravilloso orgasmo anticipado, consumado por no tener lugar.

—Se supone que debes mirar la pantalla. —Acarició la mejilla de la Elegida.

—Prefiero mirarte a ti.

—Ya, ¿de veras? —Manny se percató de que había hablado con una voz tan seductora como la de ella y se dijo que era hora de propinarse una regañina interna cuyo mensaje principal era «ni se te ocurra, viejo verde».

Pero, joder...

—Tú haces que sienta algo por todo el cuerpo. Incluso en las piernas.

Bueno, la atracción sexual inspiraba eso a algunas personas. Ciertamente los circuitos de Manny estaban tan encendidos como Manhattan a media noche.

Solo que el propósito central de sentarla en sus rodillas como si fuese San Nicolás y estuvieran en Navidad, era algo mucho más importante que prepararse

para un polvo rápido... o incluso una sesión que durara una semana, o un mes, o Dios los protegiera, un año entero. Tenía que ver con toda una vida. La de ella.

—¿Qué te parece si miras el ordenador por un momento y luego puedes observarme a mí todo lo que quieras?

—Está bien.

Payne seguía sin mirar el monitor.

—Mira el ordenador, bambina.

—¿Eres italiano?

—Por el lado de mi madre.

—¿Y por el de tu padre?

Manny encogió los hombros.

—Nunca lo conocí, así que no puedo decírtelo.

—¿Tu progenitor fue un desconocido?

—Bueno, más o menos. —Manny puso el dedo índice debajo de la barbilla de Payne y le volvió suavemente la cabeza hacia el ordenador—. Mira.

Luego le dio un golpecito a la pantalla y se dio cuenta del momento en que Payne se concentró en lo que estaba viendo, porque frunció el ceño y las pupilas brillaron celestialmente.

—Ese que ves es un amigo mío, Paul. —Manny no trató de ocultar el orgullo que sentía—. También fue paciente mío. Es un campeón... y ha estado en esa silla de ruedas durante años.



Al principio, Payne no estaba muy segura de qué era la imagen... Se estaba moviendo; eso era seguro. Y parecía ser... Un momento. Era un humano, y estaba sentado en una especie de aparato que rodaba por el suelo. Para desplazarse, él impulsaba el aparato con sus grandes brazos, con la cara contraída y una concentración tan feroz como la que tendría un guerrero en el momento culminante de la batalla.

Tras él venían otros tres hombres sentados en máquinas similares y tenían los ojos fijos en él, como si estuvieran tratando de cerrar la distancia que parecía crecer cada vez más entre ellos y su líder.

—¿Eso es una carrera? —preguntó Payne.

—Es el Maratón de Boston, una competición en silla de ruedas. Ahí Paul está pasando por Heartbreak Hill, la parte más difícil del recorrido, cuesta arriba.

—Va delante de los otros.

—Espera y verás... apenas está empezando. Paul no solo ganó la carrera... Logró un récord impresionante.

Entonces vieron cómo el amigo de Manny ganaba con un inmenso margen, mientras sus brazos enormes se movían con el viento, el pecho subía y bajaba,

pletórico, y la multitud que se agolpaba a los dos lados de la calle lo ovacionaba. Al pasar a través de una cinta, una hermosa mujer corrió hacia él y los dos se abrazaron.

¿Y qué llevaba la mujer en los brazos?: un bebé con los mismos rasgos de aquel hombre.

El sanador de Payne se inclinó hacia delante y movió sobre el escritorio un pequeño instrumento negro con el cual cambió lo que se veía en la pantalla. Entonces desapareció la imagen que se movía y en su lugar apareció un retrato estático del hombre, sonriendo. Era muy apuesto y era como si proyectara salud. A su lado estaba otra vez la misma mujer de pelo rojo y el pequeño de ojos azules.

El hombre seguía sentado y la silla parecía ahora más compleja que aquella en la que había competido; de hecho, era mucho más parecida a la que Jane le había llevado. Las piernas del hombre parecían desproporcionadamente pequeñas con relación al resto de su cuerpo, delgadas e inmóviles sobre la silla, pero nadie se fijaba en eso y ni siquiera en la silla rodante. Sólo veías el halo de energía e inteligencia que rodeaba a ese hombre.

Payne estiró la mano hacia la pantalla y tocó la cara del hombre.

Habló con voz muy baja.

—¿Cuánto hace que...?

—¿Cuánto tiempo lleva paralizado? Cerca de diez años. Estaba paseando en su bicicleta cuando fue atropellado por un conductor borracho. Le hice siete operaciones en la espalda.

—Pero todavía está en la silla.

—¿Ves a la mujer que está junto a él?

—Sí.

—Se enamoró de él después del accidente.

Payne volvió la cabeza como un rayo y se quedó mirando a su sanador.

—¿Y pudo tener descendencia?

—Claro. Paul puede conducir un coche, puede tener relaciones sexuales, obviamente... y lleva una vida más plena que mucha gente a la que le funcionan las piernas. Es un empresario exitoso, un atleta magnífico y un hombre maravilloso. Me siento orgulloso de ser su amigo.

Al hablar, el cirujano siguió moviendo la cosa negra y las imágenes fueron cambiando. Había muchas en las que el hombre aparecía en otras competiciones atléticas y luego otra en la que estaba sonriendo, junto a un gran edificio en construcción, y luego una más en la que aparecía frente a una cinta roja, con un par de tijeras doradas en la mano.

—Paul es el alcalde de Caldwell. —El sanador volvió a moverle la cabeza para que ahora lo mirara a él—. Escúchame, y quiero que recuerdes esto. Tus piernas son parte de tí, pero no son todo lo que eres, ni mucho menos. Así que,

sea lo que sea lo que decidas hacer esta noche, necesito que sepas que no eres menos a causa de la lesión. Aunque estés en una silla, seguirás valiendo lo mismo que valías. La estatura no es más que un dato físico, pero no significa ni una mierda en lo que tiene que ver con el carácter o la clase de vida que llevas.

Manny hablaba con mucha seriedad y, si Payne quería ser honesta consigo misma, tenía que reconocer que se enamoró un poco más de él en ese momento.

—¿Puedes mover el... esa cosa, para que pueda ver más?

—Toma, mejor muévelo tú. —El sanador tomó su mano y la puso sobre el objeto negro y alargado—. Izquierda y derecha, arriba y abajo. ¿Ves? Va moviendo la flechita de la pantalla. Haz clic sobre la zona indicada cuando quieras ver algo.

Payne necesitó un par de minutos para aprender, pero luego le fue cogiendo el truco... y era absurdo, pero el solo hecho de desplazarse por las distintas partes de la pantalla y elegir lo que quería ver le inyectó una gran sensación de energía.

Soltó una exclamación.

—¡Puedo hacerlo!

Enseguida se sintió avergonzada. Teniendo en cuenta lo sencillo que era, se dijo que era una victoria muy pequeña como para vanagloriarse de ella.

—Esa es la idea. —Le hablaba al oído—. Puedes hacer cualquier cosa.

Payne se estremeció al oír eso. O tal vez se estremeció por algo más que las palabras.

Al volverse a concentrar en la pantalla, pensó que las imágenes que más le gustaban eran las de las competiciones. El esfuerzo y la voluntad indomable que expresaba la cara del hombre, ella los sentía arder en su pecho desde hacía mucho tiempo. Y por supuesto, la imagen de la familia también era una de sus favoritas. Se trataba de humanos, pero los vínculos parecían ser tan fuertes como lo eran entre los vampiros. Allí había amor, mucho amor.

Manny creyó llegado el momento decisivo.

—¿Qué dices, entonces?

—Creo que llegaste en el momento oportuno. Eso es lo que digo.

Payne se movió entre los fuertes brazos de Manny y se quedó mirándolo. Sentada en sus rodillas, deseó poder sentir más partes de él. Todo su cuerpo. Pero de la cintura para abajo, sólo notaba una vaga tibieza, eso sí, mucho mejor que el frío que había sentido constantemente desde la operación... pero había tanto que sentir y ella no podía...

—Sanador... —Payne había clavado los ojos en los labios del hombre.

Él bajó los párpados y pareció dejar de respirar.

—¿Sí?

—¿Puedo...? —La mujer se humedeció los labios—. ¿Puedo besarte?

Él pareció encogerse, como si padeciera un dolor súbito, pero el olor que despedía se hizo más intenso, así que Payne se dio cuenta de que sí deseaba que

ella hiciera lo que hizo.

A Manny no se le ocurrió otra cosa que blasfemar, o más bien bendecir a su manera.

—¡Santo... Cristo... Bendito!

—Tu cuerpo desea esto —dijo deslizando su mano por su suave pelo hasta apoyarla en su nuca.

—El problema es lo que desea mi cuerpo, en efecto. —Al ver la expresión de confusión que asomó en el rostro de Payne, él clavó sus ojos ardientes en los senos de ella—. Mi cuerpo quiere mucho más que un beso.

De repente, Payne sintió un cambio dentro de su organismo, un cambio tan sutil que era difícil de definir. Notó algo distinto que le recorría el torso y todas sus extremidades. ¿Un cosquilleo? No, algo diferente, especial. Sin embargo estaba demasiado absorta en la energía sexual que fluía entre ellos como para preocuparse por definirlo.

Mientras envolvía su otro brazo alrededor del cuello de Manny, Payne musitó.

—¿Qué más quiere tu cuerpo, además del beso?

El sanador dejó escapar un ronco gruñido que salió directamente del alma, o de cierto lugar más prosaico, y ese sonido indujo en Payne la misma sensación de poder que sentía cuando tenía un arma en la mano. Volvía a tener, al fin, una sensación fuerte, en este caso poderosa como una droga.

Y pidió otra dosis.

—Dime, sanador, ¿qué más quiere tu cuerpo?

Los ojos color castaño del hombre parecían arder cuando la miró.

—Todo. Quiere cada centímetro de ti: por fuera y por dentro. Hasta el punto de que no estoy seguro de que estés lista para darme todo lo que deseo.

—Yo decidiré si puedo o no puedo. —En ese momento la mujer sintió que una extraña y vibrante ansiedad se instalaba en sus entrañas—. Yo decidiré qué puedo manejar y qué no, ¿vale?

La sonrisa del cuarentón era un despliegue de pura perversión. En el buen sentido.

—Sí, señora.

Al sentir que un sonido sensual y rítmico invadía el lugar, Payne se sorprendió. Y más cuando constató que procedía de ella. Estaba ronroneando.

—¿Tendré que pedírtelo otra vez, sanador?

Hubo una pausa. Y luego él negó lentamente con la cabeza.

—No. Te daré... exactamente lo que deseas.

CAPÍTULO

21



Cuando Vishous empujó la puerta de la sala de reconocimiento, se encontró con una escena que le hizo pensar con gusto en la castración.

Lo cual, teniendo en cuenta su propia experiencia con el manejo de cuchillos cerca de las partes íntimas, era mucho decir.

Pero, claro, su hermana estaba sentada prácticamente a horcajadas sobre la verga del maldito humano de mierda, mientras los brazos de él la rodeaban y sus cabezas permanecían unidas. Solo que no se estaban mirando el uno al otro... y esa fue la única razón por la cual decidió no interrumpir la fiesta. Estaban mirando la pantalla de un ordenador, donde se veía a un hombre en una silla de ruedas, corriendo junto a otro montón de tíos.

«La estatura no es más que un dato, pero no significa ni mierda en lo que tiene que ver con el carácter o la clase de vida que llevas» .

«¿Puedes mover el... esa cosa?» .

Por alguna razón, el corazón de V dio un brinco cuando vio que el humano le mostraba a su hermana cómo usar un ratón de ordenador. Y luego oyó algo que le dio razones para tener esperanzas:

« Puedo hacerlo» , dijo Payne.

« Esa es la idea» , replicó Manello con voz suave. « Puedes hacer *cualquier cosa*» .

Bueno, mierda, el juego estaba dando sorpresas, había que reconocerlo. V había traído al humano solo por un rato, con el fin de hacerla desistir de sus impulsos suicidas. Pero nunca pensó que ese tío zarrapastroso pudiera brindarle a su hermana algo más que el cariño que se tiene por una mascota.

Y sin embargo, el hijo de puta estaba mostrándole muchas cosas, aparte de cómo besar.

V quería ser el que salvara a Payne y supuso que, al traer a Manello, podría ser el que lo lograra, pero, si tenía esa posibilidad, ¿por qué no había hecho algo más de lo que hizo antes? ¿Por qué la propia Jane no había hecho algo más? Ellos deberían haberla sacado de ese lugar, haberla llevado a la mansión... haber comido y charlado con ella.

Haberle mostrado que su futuro era diferente, pero que no se había evaporado.

V se restregó la cara, mientras la rabia lo consumía. Maldita Jane, ¿cómo era posible que ella no supiera que los pacientes necesitan algo más que medicinas para el dolor y baños de esponja? Su gemela necesitaba un maldito horizonte. Cualquiera enloquecería encerrado en ese asqueroso cuarto.

¡La puta madre que los parió!

V volvió a concentrarse en su hermana y el humano. Ahora se estaban mirando fijamente el uno al otro y parecía como si se fuera a necesitar una palanca para separarlos.

Lo cual hizo que V volviera a sentir deseos de matar al desgraciado.

Mientras su mano enguantada se dirigía al bolsillo en busca de un cigarro, V consideró la idea de carraspear con fuerza. O mejor sacar la daga y clavarla en la cabeza del humano. Pero el problema era que ese cirujano constituía una herramienta que podía usar hasta que ya no la necesitara más. No podía perforarle el cerebro porque aún no habían llegado a ese momento.

V se obligó a dar marcha atrás...

—¿Cómo estás?

Al dar media vuelta, V dejó caer su maldito cigarro.

Butch lo recogió.

—¿Necesitas un mechero?

—Mejor un cuchillo. —V tomó el cigarro y sacó su nuevo encendedor Bic, que funcionó perfectamente. Después de dar una calada, dejó que el humo saliera lentamente por la boca—. ¿Vamos a tomarnos una copa?

—Luego. Creo que primero tienes que ir a hablar con tu hembra.

—Créeme, no es el momento. Cuando lo sea, lo sabré.

—Está haciendo las maletas, Vishous.

El macho enamorado que llevaba dentro se volvió loco, pero a pesar de eso V se esforzó por quedarse allí, en el pasillo, y seguir fumando como si no pasara nada. Dio gracias a Dios por su adicción a la nicotina, pues eso era lo único que impedía que estuviera maldiciendo como un demente e incluso que se dedicara a estrangular al expolicía, más que nada para entretenerse un rato y no tener que pensar en su fantasmal amada.

—V, hermano, ¿qué diablos está pasando?

V apenas podía oír las palabras de Butch a causa del estruendo que sentía dentro de su cabeza. Y no logró articular una explicación muy completa.

—Mi shellan y yo tuvimos una diferencia de opinión.

—Entonces hablad del asunto, resolvedlo.

—No, ahora no. —El vampiro apagó el cigarro contra la suela de su bota y lo arrojó a la papelera—. Vámonos.

Solo que no arrancó. A la hora de moverse, no pudo comenzar a caminar hacia el garaje donde le estaban cambiando el aceite al Escalade. Se sentía literalmente incapaz de marcharse y parecía como si sus pies se hubiesen quedado pegados al suelo.

Miró hacia la oficina y se lamentó al pensar en que, hacía solo una hora, parecía como si las cosas estuvieran marchando bien de nuevo. Pero no. Era como si lo que había pasado antes no fuera más que una tregua para dar paso a la situación en la que se encontraban ahora.

—No tengo nada que decirle, de veras.

Menuda novedad.

—Tal vez se te ocurra algo.

V lo dudaba.

Butch le puso una mano sobre el hombro.

—Escúchame. Tienes un gusto fatal para la ropa y la misma capacidad de relación con los demás que un cuchillo de carnicero.

—¿Se supone que esas palabras tan bonitas deben ayudarme?

—Déjame terminar...

—¿Terminar? ¿Qué sigue ahora? ¿Algo sobre el tamaño de mi polla?

—Sí, ya que lo dices. Hasta una polla fina como un lápiz puede lograr su cometido... he oído los gemidos que salen de tu habitación y eso lo prueba. —Butch le dio un cordial empujón a su amigo—. Solo te digo que tú necesitas a esa hembra en tu vida. No arruines esa mierda. No la arruines ahora, ni nunca. ¿Me entiendes?

—Ella iba a ayudar a Payne a quitarse la vida. —Al ver que Butch se estremecía, V asintió con la cabeza—. Sí. Esto no es una insignificante discusión sobre cómo dejas el tapón de la puta pasta de dientes.

Después de un momento, Butch habló casi en un murmullo.

—Debe de haber tenido una muy buena razón.

—No hay ninguna razón posible. Payne es el único familiar que tengo y ella me la iba quitar para siempre.

Al plantear la situación con tanta claridad, V sintió que el zumbido en la base de su cráneo se volvía más fuerte y se preguntó si estaría a punto de sufrir algún tipo de ataque.

En ese momento, por primera vez en su vida, sintió miedo de sí mismo y de lo que era capaz de hacer. Desde luego, nunca le haría daño a Jane, independientemente de lo enloquecido que estuviera, nunca sería capaz de tocarla con rabia...

Butch dio un paso atrás y levantó las manos.

—Oye. Tranquilo, compañero.

V bajó la vista. No se había dado cuenta de que estaba empuñando sus dos dagas... y tenía los puños tan apretados que se preguntó si no iría a necesitar una intervención quirúrgica para que se las extirparan de la palma de la mano.

—Toma. —Aturdido, V se las tendió—. Aleja esto de mí.

Rápidamente, V le entregó las dagas y todas sus armas a su mejor amigo, hasta quedar totalmente desarmado. Y Butch aceptó la carga con alivio y solemne eficiencia.

—Sí, tal vez tengas razón. Será mejor que hables con ella más tarde.

—Ella no es la persona que debería preocuparte ahora, policía.

Al parecer, los impulsos suicidas parecían estar disparados ese día en su familia.

V dio media vuelta para marcharse y el amigo lo agarró del brazo.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

Una impactante imagen cruzó fugazmente por la mente de V.

—Nada que seas capaz de manejar. Desgraciadamente.

—No decidas por mí, maldito hijo de puta.

V se acercó hasta que sus caras quedaron apenas a unos centímetros de distancia.

—No tienes estómago para eso, créeme.

Los ojos almendrados de su amigo le sostuvieron la mirada y no parpadearon.

—Te sorprendería lo que estoy dispuesto a hacer para mantenerte vivo.

Abruptamente, V abrió la boca y se quedó sin aire. Y mientras los dos permanecían allí, frente a frente, el masoquista notó que se le tensaba el cuerpo.

—¿Qué estás diciendo, policía?

—¿De verdad crees que los restrictores son ahora la mejor opción? —Butch hablaba con voz ronca—. Al menos yo me puedo asegurar de que no estás muerto al terminar la sesión.

Por la mente de V cruzaron rápidamente muchas imágenes llenas de detalles gráficos y abrumadoramente perversos. Y él era el protagonista de cada una de

ellas.

Después de un momento en que nadie dijo nada, Butch dio un paso atrás.

—Qué cojones. Sí que es el momento. Ve a ver a tu hembra. Te estaré esperando en el Escalade.

—Butch, no sabes lo que dices. No es posible.

Su mejor amigo lo miró con frialdad.

—A la mierda con eso. —Dio media vuelta y se fue caminando por el pasillo —. Ven a buscarme. Cuando estés listo.

Mientras V lo veía irse, se preguntó si todo eso tendría que ver con salir a tomarse un trago... o con la posibilidad de que él y Butch cruzaran la peligrosa puerta que el policía acababa de abrir.

En el fondo de su corazón, el vampiro sabía que se trataba de las dos cosas.

Mierda de vida.



Entretanto, en la sala de reconocimientos, mientras miraba a Payne a los ojos, Manny tuvo la sensación de que alguien estaba fumando cerca de allí. Con su suerte, debía de ser ese maldito hermano de Payne, y el desgraciado debía de estar llenándose de nicotina antes de entrar allí para fregar el suelo con su cara, se dijo el cirujano empalmado.

Que sea lo que Dios quiera, se dijo. En todo caso, la boca de Payne estaba a solo unos centímetros de la suya y el cuerpo de Payne proyectaba su calidez contra el suyo y su miembro ardía de deseo. Manny era un hombre con gran fuerza de voluntad y determinación, pero detener lo que estaba a punto de suceder era algo que superaba ampliamente sus capacidades. Y las de cualquiera.

Así que levantó las manos y las puso alrededor de la cara de Payne. Al sentir el contacto, ella abrió los labios y él pensó que debía decir algo, pero su voz parecía haber decidido retirarse, como el cerebro, para dejar vía libre a los puros sentidos.

Más cerca. Manny empezó a estrecharla y se encontró con ella a medio camino. Ambas bocas se fundieron en una. Y aunque su cuerpo parecía tener la paciencia de un tigre hambriento, Manny tuvo mucho cuidado cuando la besó. Dios, qué labios tan suaves... Sí, muy suaves... tanta suavidad le llevó a querer abrirla las piernas y penetrarla con todo lo que tenía, con los dedos, con la lengua, con su sexo. Con la cabeza, si se terciaba.

Pero nada de eso iba a suceder en ese momento. Ni esa noche. Y ni siquiera al día siguiente. Manny no había tenido mucha experiencia con vírgenes, pero estaba seguro de que aunque Payne estuviera experimentando una respuesta sexual, había que andarse con mucho cuidado. Virgen y paralizada: demasiada

fragilidad para un sátiro revenido como era el cirujano.

Pero las palabras de la virgen no dejaban entrever fragilidad alguna.

—Más, más... *Más*...

Durante una fracción de segundo, Manny sintió que su corazón dejaba de latir y reconsideró el plan de ir con calma: ese tono de voz no parecía el de una chiquilla extraviada. Era el de toda una mujer, lista para entregarse a su amante. O más bien para que su amante se entregase a ella.

Y, apelando a la teoría de que una mujer nunca debe tener que pedir nada dos veces, el médico obedeció, acariciando la boca de Payne con la suya, mordiéndole el labio inferior, sacando de excursión su cálida lengua. Cuando su mano se deslizó por el cuello femenino, Manny sintió deseos de soltarle la trenza y meterse entre el pelo, pero eso era igual que desnudarla, y en aquella estancia lo podía ver cualquiera.

Y, además, él ya estaba a punto de correrse, así que mejor echar el freno, muchas gracias.

Pero no había freno posible.

Manny deslizó la lengua dentro de la boca de Payne y gruñó. La abrazó, primero con gran fuerza, luego más relajadamente, pues la pobre ya tenía bastantes huesecillos rotos.

Joder, aquella criatura sublime era como combustible puro que le hacía hervir la sangre, convirtiendo su cuerpo en un motor encendido y rugiente. ¿De verdad había pensado que los sueños que tenía en los últimos días eran ardientes? La experiencia real hacía que parecieran cosa de monjitas.

Más juegos con la lengua, más entrar y salir, más de todo, hasta que Manny tuvo que obligarse a parar. Sus caderas se sacudían vigorosamente contra el trasero de Payne que reposaba sobre sus piernas, y eso no parecía muy justo, teniendo en cuenta que ella no podía sentir nada en tan apetecible zona.

Así que el médico respiró hondo y se detuvo.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que bajara la cabeza y comenzara a besarle el cuello y la parte superior del pecho, camino de los senos...

Las uñas de Payne se clavaron con tanta fuerza en sus hombros que Manny pensó que, de haber estado desnudo, le habría hecho sangre. Y esa idea lo excitó todavía más. Mierda, la idea de que pudiera haber algo más que sexo puro, que ella pudiera aferrarse a su cuello y morder y beber su esencia...

Con una especie de resoplido, Manny se separó de la piel de Payne y dejó caer la cabeza hacia atrás, mientras respiraba de manera agitada.

—Creo que debemos calmarnos un poco.

—¿Por qué? —Le miraba fija, ansiosamente. Entonces se acercó un poco más y gruñó—. Tú deseas esto.

—Hombre, claro. Pero...

Las manos de Payne se dirigieron a la parte de delante de la camisa de

Manny.

—Entonces, sigamos...

El sanador le agarró rápidamente las muñecas, conteniendo la respiración porque estaba a punto de correrse, allí, con los pantalones puestos, como un adolescente descontrolado.

—Tienes que dejar de hacer eso. Ya mismo.

Dios, apenas podía respirar.

De pronto ella se separó y bajó la cabeza. Luego se aclaró la garganta y habló.

—En verdad, lo lamento mucho.

La vergüenza que ella parecía sentir le partió el corazón.

—No, no... no es por ti. No me has entendido.

Al ver que la criatura celestial no respondía, Manny le levantó la cabeza y se preguntó si ella sabría algo acerca de lo que hacía el cuerpo masculino cuando estaba excitado. Por Dios, ¿sabría por lo menos qué era una erección?

—Escucha con atención. —Procuró ser lo más persuasivo posible—. Yo deseo estar contigo. Aquí. En tu cuarto. Sobre el suelo del pasillo. Contra la pared. De cualquier manera, en cualquier parte, a cualquier hora. ¿Está claro?

Los ojos de Payne brillaron.

—Pero entonces ¿por qué no...?

—Creo que tu hermano está en el pasillo, eso en primer lugar. En segundo lugar, tú me dijiste que nunca habías estado con nadie. Y yo, por mi parte, sé muy bien adónde puede llevar todo esto y lo último que quiero es asustarte por ir demasiado deprisa.

Los dos se quedaron mirándose a los ojos durante un rato. Finalmente, Payne esbozó una sonrisa tan amplia que se le hicieron hoyuelos y sus dientes perfectamente blancos brillaron.

Por Dios... sus colmillos ahora eran más largos. Mucho más largos. Y parecían tan afilados...

Manny no pudo evitarlo: en lo único en lo que pudo pensar fue en qué se sentiría si uno de ellos se deslizaba suavemente por la parte inferior de su pene.

El fantasma de la eyaculación atacó de nuevo.

Y eso fue antes de que la lengua rosada de Payne se asomara a sus labios y diera un paseo por las afiladas puntas de sus colmillos.

—¿Te gustaría?

Manny sintió que el corazón le palpitaba con fuerza.

—Sí. Joder, sí...

Un segundo después, las luces se apagaron y la habitación quedó en tinieblas. Y luego se oyeron dos clics... ¿cerraduras? ¿Podrían ser las cerraduras de las puertas?

Illuminados por el reflejo de la pantalla del ordenador, Manny vio cómo

cambiaba la cara de Payne. Cómo desaparecía todo residuo de timidez y pasión inocente, para ser reemplazada por un deseo salvaje que le recordó que ella no era humana. Payne era una hermosa depredadora, un magnífico y poderoso animal lo suficientemente humano como para que él se olvidara de quién y qué era ella en realidad.

Sin pensarlo más, Manny levantó una mano y agarró el cuello de su bata blanca. Mientras se sentaban, las rígidas solapas de la bata se habían doblado hacia arriba y ahora quería bajárselas para dejar expuesto su cuello.

Manny jadeaba como un animal.

—Tómame —gruñó—. Hazlo. Quiero saber qué se siente.

Ahora fue ella la que tomó el mando y sus fuertes manos subieron hasta la cara de Manny para bajar luego por su cuello, hasta la clavícula. Payne no tuvo que ladearle la cabeza. Él ya lo había hecho sin que le dieran ninguna instrucción y su garganta resplandecía allí, desnuda e invitadora.

—¿Estás seguro? —Hizo la pregunta con aquel maravilloso y exótico acento que alargaba las erres.

Manny tenía la respiración tan agitada que no estaba seguro de que pudiera responder, así que sólo asintió con la cabeza. Y luego, al pensar que quizás eso no era suficiente, puso sus manos sobre las de ella y las apretó contra su cuello.

Payne, definitivamente dominadora, se concentró en la yugular de Manny, mientras sus ojos parecían brillar como dos estrellas nocturnas. Cuando se acercó, lo hizo gradualmente, como si devorase con dolorosa lentitud los centímetros que separaban sus colmillos de la piel de Manny.

El roce de sus labios pareció un contacto de terciopelo, pero la expectativa de lo que estaba a punto de pasarle era tan grande que Manny parecía estar magnificando todas las sensaciones. Por eso supo exactamente el momento en que...

Los colmillos tocaron su piel con una suavidad casi perversa.

Luego sintió que la mano de Payne le envolvía la nuca y lo sujetaba manteniéndolo tan inmóvil, con tal fuerza, que él se dio cuenta de que podría partírle el cuello en cualquier momento. Pero no le dio ningún miedo. Todo lo contrario.

—Ay, Dios... —Manny gemía, entregándose por completo—. Ay, mierda...

El mordisco fue firme y decidido, dos puntas que se clavaban profundamente y un dolor dulce que lo privaba de toda sensación distinta a la succión de que era objeto.

Eso y la torrencial eyaculación que ya no pudo contener y llegó palpitando a la cabeza de su verga, mientras sus caderas se estrellaban contra ella y el miembro se sacudía y... seguía sacudiéndose.

Manny no sabía cuánto tiempo estuvo eyaculando. ¿Diez segundos? ¿Diez minutos? ¿O tal vez fueron horas? Lo único que sabía era que a cada sorbo que

ella daba, él eyaculaba más y el placer era tan intenso que sintió que había llegado a su fin...

Porque supo que nunca iba a volver a experimentar nada similar con nadie que no fuera Payne. Ya se trataría de un vampiro o un humano.

Entonces Manny le pasó una mano por detrás de la cabeza y la apretó más contra él, sin importarle que le sacara toda la sangre. Maravillosa manera de morir...

Después de unos minutos, ella hizo ademán de alejarse, pero él deseaba tanto que ella siguiera que trató de forzarla a permanecer contra su garganta. Sin embargo, no era rival para ella, pues era tan fuerte que ni siquiera notó su resistencia.

La comprobación de la fuerza de su amada le hizo correrse otra vez.

A pesar de lo aturdido que estaba, Manny sintió con claridad el momento exacto en que los colmillos retrocedieron y ella salió de él. Luego el dolor fue reemplazado por un lametón suave, que pareció cerrar los pinchazos.

En medio de un semitrance, Manny bajó los párpados y su cabeza quedó colgando de los hombros como si fuera un globo desinflado. Con el rabillo del ojo, y gracias a la luz que proyectaba la pantalla, pudo observar el perfil perfecto de Payne mientras se lamía el labio inferior...

Pero no, no era la luz del ordenador.

El aparato, tras el rato sin usarlo, había entrado en estado de hibernación y lo único que se veía era el fondo negro con el logo de Windows.

Era ella la que brillaba. Toda ella. De pies a cabeza.

Manny supuso que debía de ser cosa normal en los vampiros, y le pareció extraordinario.

Pero entonces vio que ella fruncía el ceño.

—¿Estás bien? Tal vez tomé demasiado...

—Yo... —Manny tragó saliva. Dos veces. Sentía la lengua dormida—. Yo estoy...

Una sombra de pánico cruzó por el hermoso rostro de Payne.

—Santo Dios, qué he hecho...

Pero Manny hizo un gran esfuerzo y logró levantar la cabeza.

—Payne, ha sido enorme, maravilloso. Sólo corriéndome dentro de ti habría podido resultar aún mejor.

Payne pareció momentáneamente aliviada y luego preguntó:

—¿Qué es correrse?

CAPÍTULO

22



En la Guarida, Jane se movía rápidamente por su habitación. Después de abrir las puertas del armario, comenzó a sacar camisas blancas y a arrojarlas por encima del hombro hacia la cama. Con tantas prisas, las perchas volaban y caían al suelo, o se desplomaban hasta el fondo del armario. Pero en ese momento a Jane no le importaba.

No estaba llorando. Y se sentía orgullosa de eso.

Por otro lado, todo su cuerpo temblaba con tanta fuerza que no había nada que pudiera hacer para mantenerse sólida. Era un fantasma con mal de amores, puro ectoplasma a causa del desengaño.

Al sentir que el estetoscopio se resbalaba de su cuello y aterrizaba en la alfombra, se detuvo sólo para no pisarlo.

—Mierda... joder...

Se agachó para recogerlo, miró de reojo hacia la cama y pensó que tal vez ya era hora de abandonar las camisas blancas. Ya había una montaña de camisas sobre las sábanas negras.

Entonces dio unos pasos hacia atrás, hasta quedar sentada en el borde de la

cama y se quedó mirando el armario. Las camisetas sin mangas y los pantalones de cuero de V permanecían intactos, mientras que su lado del armario era un caos.

Qué ilustración tan adecuada de la situación que estaban viviendo.

Aunque él también estaba sumido en el caos, por más que su ropa permaneciese en buen orden. ¿No?

Dios, pero ¿qué diablos estaba haciendo?, pensó Jane. Mudarse a la clínica, aunque fuera temporalmente, no era sensato ni servía para nada. Cuando estás casado, te quedas donde estás y tratas de buscar una solución. Así era como sobrevivían las relaciones.

Pero si se marchaba ahora no había manera de saber adónde iría a parar su matrimonio.

Pensaba. ¿Cuánto tiempo de normalidad habían tenido? ¿Dos horas? Genial. Jodidamente genial.

Jane sacó su teléfono, oprimió la tecla para enviar un mensaje y se quedó mirando el espacio para escribir, con la mente de igual color que la pantalla. Dos minutos después, volvió a guardar el aparato. Era difícil poner en 160 caracteres todo lo que tenía que decir. Ni siquiera le alcanzarían seis páginas de 160 caracteres.

Payne era su paciente y por tanto tenía una obligación con ella. Vishous era su compañero y no había nada que no estuviera dispuesta a hacer por él.

Y la hermana gemela de V no estaba dispuesta a concederle a ella ni un momento, aunque al parecer sí era algo que estaba dispuesta a concederle a V. Y, obviamente, Vishous había ido en busca de su madre.

Sólo Dios sabía qué iba a salir de aquello.

Mientras contemplaba el desastre que había causado en la habitación, Jane revisó la situación una y otra vez y seguía llegando a la misma conclusión: el derecho que tenía Payne a decidir sobre su propio destino superaba el derecho que pudiera tener cualquier otra persona a retenerla en esa vida. ¿Que era muy duro? Sí. ¿Que no era justo con las personas que la amaban? Claro que no.

No tenía la menor duda de que Payne, si ella no le hubiese brindado el método de la inyección, habría encontrado la forma de quitarse la vida, sin detenerse porque esta fuese mucho más dolorosa.

Jane no estaba de acuerdo con la manera de pensar de Payne ni con su decisión. Pero tenía claro el dilema ético, meridianamente claro. El derecho de la pobre enferma a decidir sobre su futuro brillaba, trágicamente, por encima de todo.

Y estaba decidida a que Vishous escuchara sus razones, incontestables.

En lugar de huir, contemplando el detestable estado del armario, símbolo de su arrebato, decidió quedarse donde estaba, de manera que, cuando él regresara a casa, ella lo estuviera esperando y juntos pudieran ver si todavía quedaba algún

cimiento de su vida en común. Jane no quería engañarse. Era posible que hubieran alcanzado el punto sin retorno, que ya no tuviesen solución y sentía que no podía culpar a V si ese fuera el caso. La familia era la familia, después de todo. Pero ella había hecho lo que le exigía la situación, de acuerdo con el deber que tenía con su paciente. Y eso era lo que hacían los médicos, aunque les costara muy caro, aunque el precio fuera... todo lo que tenían.

Se levantó y comenzó a recoger perchas del suelo hasta que llegó otra vez junto al armario. Había más perchas y algunas prendas entre las botas y los zapatos, de modo que se agachó y se estiró hasta el fondo...

De pronto tocó algo suave. Cuero. Sí, pero no era una bota.

Así que se sentó en el suelo y sacó lo que había tocado.

—¿Qué demonios es esto? —Los pantalones de combate de V no tenían por qué estar tirados entre los zapatos...

Y el cuero tenía una mancha... Un momento. Era cera. Cera negra. Y...

Jane se llevó la mano a la boca y soltó los pantalones.

Había compartido suficientes orgasmos con V como para identificar su semen sobre el cuero. Y no era la única mancha. También había sangre. Sangre roja.

Con una aterradora sensación de fatalidad, alargó de nuevo la mano hacia el fondo del armario y tanteó un poco hasta encontrar una camiseta. Al sacarla, encontró más sangre y más cera.

Aquello procedía de la noche que V había ido al Commodore. Era la única explicación: estas prendas no eran reliquias antiguas y olvidadas, residuos de la vida que V llevaba antes de conocerla. Joder, el olor de la cera todavía impregnaba las fibras de la tela y el cuero.



La fantasmal mujer sintió la presencia de V tan pronto como este se asomó a la puerta.

Sin levantar la mirada, se dirigió a él.

—Creí que no habías estado con nadie.

Su respuesta tardó un buen rato en llegar.

—No estuve con nadie.

—Entonces, ¿cómo explicas esto? —Jane levantó los pantalones, mostrándoselos sin mirarle.

—No estuve con nadie.

Jane volvió a arrojar los pantalones dentro del armario, junto con la camiseta.

—Para usar una frase que tú mismo acuñaste, no tengo nada que decir en este momento. De verdad.

—¿De verdad crees que puedo follar con otra persona?

—¿Qué significa lo que hay en esa ropa, entonces?

V no respondió. Solo se quedó allí, contemplándola desde su estatura y su mutismo. Estaba extrañamente distante.

Jane esperó a que el vampiro dijera algo. Esperó un poco más. Y para pasar el tiempo, se recordó que la infancia de V había sido una mierda y que la única manera de sobrevivir había sido permanecer sumido en un estoico e indomable silencio.

Pero ese tipo de explicaciones ya no le resultaban suficientes. En ciertos momentos, el amor se merecía algo más que un silencio enraizado tercamente en el pasado.

—¿Fue Butch?

Jane tenía la esperanza de que así fuera. Al menos si había sido el mejor amigo de V, ella sabría que cualquier clase de orgasmo habría sido accidental. Butch era completamente fiel a su pareja y accedería a representar el papel de amo o de sumiso sólo en nombre de la amistad, de la extraña y horrible medicina que V parecía necesitar para conservar la cordura. A pesar de lo extraño que sonaba, Jane podría entender eso y olvidarlo.

Insistió, ahora sí, mirándole.

—¿Fue Butch? Porque eso podría aceptarlo.

Vishous pareció momentáneamente sorprendido al oír eso, pero luego negó con la cabeza.

—No sucedió nada.

—¿Entonces me estás diciendo que estoy alucinando? Porque a menos que me ofrezcas una mejor explicación, lo que de verdad tengo son esos pantalones... y las asquerosas imágenes que están cruzando por mi mente.

Silencio, solo silencio.

Le interpeló con doloroso susurro.

—Ay, Dios, ¿cómo pudiste, cómo fuiste capaz?

V sólo sacudió la cabeza y dijo, con tono bajo y gélido.

—Lo mismo digo y o. ¿Cómo fuiste capaz?

Bueno, al menos ella tenía una razón para explicar lo que había sucedido con Payne. Y no había mentido al respecto.

Después de un momento, V entró en la habitación y agarró el morral en el que guardaba su ropa de hacer gimnasia, que estaba vacío.

—Toma. Vas a necesitar esto si no te cabe todo en la maleta.

Y con esas palabras, lo lanzó... y se marchó.

CAPÍTULO

23



En la sala de reconocimientos, el sanador de Payne parecía medio muerto, pero enteramente feliz con aquella especie de defunción parcial.

Mientras esperaba a que el exhausto cirujano respondiera a su pregunta, Payne parecía más preocupada por él que él por ella. La sangre de su sanador tenía un sabor exquisito y aquel vino oscuro se había deslizado por su garganta, entrando en su organismo y llenando no sólo su estómago sino todo su cuerpo.

Y su espíritu.

Era la primera vez que se alimentaba de una vena del cuello. Las Elegidas, cuando estaban en el Santuario, no necesitaban del sustento de la sangre. Ni siquiera tenían periodos de necesidad en las épocas en que no se encontraban en un estado de animación suspendida, como había sido su caso durante tantos años.

Y la verdad es que apenas recordaba haberse alimentado de las venas de la muñeca de Wrath.

Curioso... las dos sangres tenían más o menos el mismo sabor, aunque la del rey era más fuerte.

Payne, entre meditación y meditación, volvió a la carga.

—¿Qué es correrse?

El médico exangüe resopló.

—Es, vamos a ver, pues es lo que ocurre cuando estás dentro de alguien durante la relación sexual.

—Muéstramelo.

El pobre hombre no tuvo más remedio que echarse a reír.

—Me encantaría. Créeme.

—¿Por qué ríes? ¿Es algo que yo... puedo hacerte?

Manny tosió para pensar un instante.

—Ya lo hiciste.

—¿De veras?

El sanador asintió con la cabeza.

—Claro que lo hiciste. Y por eso ahora necesito una ducha.

—Pues dúchate y luego me muestras eso. —No era una solicitud; era una orden. Y al sentir que los brazos de Manny se apretaban a su alrededor, Payne tuvo la impresión de que estaba excitado—. No lo dudes, me lo tienes que enseñar todo.

—Joder, claro que lo voy a hacer. —Sonrió con picardía—. Te lo voy a mostrar todo.

Al ver que la miraba como si conociera secretos que ella no alcanzaba a imaginar, Payne se dio cuenta de que, aunque siguiese paralizada, eso era algo por lo cual la vida valía la pena. Esa especie de conexión y ese deseo intenso y maravilloso eran más valiosos que sus piernas. Payne sintió un súbito terror al pensar que había estado a punto de perder todo eso.

Tenía que dar las gracias a su gemelo de la forma adecuada. Pero ¿cuál era esa forma?, ¿cómo podría corresponder a semejante regalo?

—Déjame llevarte de vuelta a la habitación. —El maltrecho cirujano se puso de pie, a pesar de que iba soportando todo su peso—. Cuando me asee un poco, habrá que pensar en bañarte con la esponja, ya sabes.

Payne arrugó la nariz con disgusto.

—Qué aburrimiento.

Manny volvió a sonreír con picardía.

—No tendrá nada de aburrido en la forma en que yo voy a hacerlo. Confía en mí. —La miró un momento en silencio—. Oye, ¿crees que podrías encender las luces por mí, para que no tropecemos? Estás resplandeciendo, pero no estoy seguro de que esa luz sea suficiente.

Payne tuvo un momento de confusión. Luego levantó un brazo. El sanador tenía razón. Su cuerpo brillaba con una luz suave y su piel emitía una vaga fosforescencia... ¿Qué era aquello? ¿Tal vez esa era su respuesta sexual?

Lógico, pensó Payne. Porque lo que aquel humano le hacía sentir era tan incontenible como la felicidad y tan luminoso como la esperanza.

La vampira encendió las luces con el pensamiento y abrió las cerraduras de las puertas de igual manera. Manny sacudió la cabeza y reanudó la marcha.

—Joder, haces unos trucos muy interesantes, qué bárbaro.

Tal vez, pero no eran los trucos que le gustaría hacer en ese momento, pensó Payne. Le encantaría poder devolverle lo que él había compartido con ella... pero no tenía ningún secreto importante que enseñarle y tampoco podía ofrecerle su sangre, pues los humanos no sólo no la necesitaban, sino que podían morir si la ingerían.

Confesó su frustración en un susurro.

—Me gustaría poder pagarte.

—¿Pagarme qué?

—Tu generosidad por venir aquí y mostrarme...

—¿A mi amigo? En verdad, es toda una inspiración.

Payne se refería más al hombre de carne y hueso que al de la pantalla.

—Así es. —No quiso deshacer el equívoco.

De regreso en la sala de recuperación, Manny la llevó hasta la cama y la acostó con sumo cuidado, arreglando las sábanas y las mantas para que ninguna parte de su piel quedara descubierta. También se tomó el tiempo necesario para reorganizar los monitores que supervisaban sus funciones corporales y para acomodar y airear un poco las almohadas que sostenían su cabeza.

Mientras trabajaba, Manny siempre trataba de cubrir sus caderas con algo. Una parte de las sábanas. Las dos mitades de su bata.

Terminó y la miró con una sonrisa.

—¿CÓmoda? —La enferma movió la cabeza afirmativamente—. Enseguida vuelvo. Grita si me necesitas, ¿de acuerdo?

El sanador desapareció en el baño. La puerta quedó entornada, tapando la mayor parte de la vista, pero no toda. Se veía una parte de la cabina de la ducha, donde caía un haz de luz, y Payne vio con claridad cómo el brazo cubierto con la bata blanca se alargaba, agarraba un grifo y hacía brotar la lluvia caliente.

Luego vio ropa que caía al suelo. Mucha ropa.

También alcanzó a vislumbrar por un instante el glorioso cuerpo de su sanador, al tiempo que entraba en el cubículo y cerraba la puerta de cristal. El ruido del agua al caer cambió, lo que le indicó a Payne que el cuerpo desnudo de su sanador se encontraba bajo la cascada.

¿Cuál sería su aspecto, cubierto de agua y jabón, con la piel brillante y tibia, tan masculino?

Apoyándose en las almohadas, la vampira se inclinó hacia un lado... y luego se inclinó un poco más... y todavía más, hasta quedar prácticamente colgando...

Dios.

El cuerpo del doctor estaba de perfil, pero Payne pudo tener una panorámica casi completa: con los músculos bien marcados, tenía un pecho y unos brazos

pesados, que se apoyaban sobre caderas sólidas y piernas largas y poderosas. Un manto de pelo negro se extendía por los pectorales y formaba una línea que bajaba hasta el abdomen y seguía hacia abajo, más abajo... y más abajo...

Maldición, Payne no alcanzaba a ver lo suficiente y su curiosidad era demasiado fuerte para hacer caso omiso de ella.

¿Cómo era su sexo? ¿Qué tacto tendría?

Payne soltó una maldición y se movió con torpeza hasta que quedó prácticamente en el otro extremo de la cama. Ladeando la cabeza, trató de aprovechar al máximo la limitada perspectiva que le ofrecía la rendija de la puerta. Pero así como ella se había movido, él también lo había hecho y ahora estaba enseñando la espalda y su... la parte baja de su cuerpo...

Payne tragó saliva y se estiró un poco más hacia arriba para ver todavía más. Mientras el sanador le quitaba la envoltura a una pastilla de jabón, el agua corría por los hombros y bajaba por la espalda, cayendo luego sobre las nalgas y la parte posterior de los muslos. Después empezó a enjabonarse la nuca y la espuma que producía con sus manos iba cayendo con el agua a medida que restregaba.

Payne estaba fascinada.

—Media vuelta. Déjame verte entero.

El deseo de ver más no hizo sino aumentar cuando las manos enjabonadas del sanador se dirigieron hacia lo que estaba debajo de la cintura. Mientras levantaba una pierna y luego la otra, las manos resultaban eróticamente eficientes, lavando a conciencia los muslos y las pantorrillas.

De pronto Payne se dio cuenta de que el sanador se ocupaba de su sexo. Porque echó la cabeza hacia atrás y sus caderas se sacudieron con fuerza.

Estaba pensando en ella. Payne estaba segura de eso.

Y luego dio media vuelta.

Todo pasó tan rápido cuando sus ojos se cruzaron que los dos se echaron hacia atrás.

La había pillado in fraganti.

Payne se apresuró a recostarse de nuevo contra las almohadas y adoptó la misma posición en la que estaba anteriormente, mientras arreglaba por segunda vez las mantas que él había organizado con tanto cuidado. Con la cara roja como un tomate, Payne quería ocultar...

Entonces se oyó un chirrido y Payne levantó la vista. El médico llegaba en tromba desde el baño, donde había dejado el agua de la ducha corriendo. Todavía tenía jabón sobre el abdomen y el agua le goteaba desde...

El sexo de su sanador le causó una honda y magnífica impresión. Allí estaba aquella maravilla, en primer plano, orgullosa, enorme, dura.

—¡Pero...!

El médico había empezado a decir algo, pero ella estaba demasiado

cautivada para escucharlo, demasiado fascinada. En el fondo de su cuerpo pareció brotar una fuente, mientras su sexo se hinchaba y se preparaba para aceptarlo.

En realidad el cirujano se estaba tapando ahora las vergüenzas con las manos.

—¡Payne, por Dios!

De inmediato ella se sintió avergonzada y se llevó las manos a las muy acaloradas mejillas.

—Siento mucho haberte espiado.

El humano se agarró de la puerta.

—No, no es eso... —Sacudió la cabeza como si quisiera aclarar sus ideas—. ¿Te das cuenta de lo que estabas haciendo?

Payne no pudo evitar sonreír.

—Sí. Y créeme, mi sanador, soy totalmente consciente de lo que estaba mirando con tanta atención.

—¡Estabas erguida, Payne. Estabas sentada sobre las rodillas, en el borde de la cama!

La vampira sintió que el corazón dejaba de latirle. No era posible que estuviese en lo cierto.

No era posible.



Al ver que Payne fruncía el ceño, Manny se abalanzó sobre ella, pero luego se dio cuenta de que estaba jodidamente desnudo. Desnudo es una cosa, jodidamente desnudo quiere decir que un tío no sólo tiene el trasero al aire sino que está completa y totalmente excitado y no lleva nada encima. Así que regresó rápidamente al baño, agarró una toalla, se la envolvió alrededor de las caderas y, entonces sí, se acercó a la cama.

La mujer balbuceaba, incrédula.

—Yo... no, debes de estar equivocado. No pude haber...

—Lo hiciste. Lo he visto.

—Solo me estiré un poco.

—Entonces ¿cómo lograste llegar al borde de la cama? ¿Y cómo volviste a ponerte en la posición en la que estás ahora?

Payne clavó los ojos en el extremo de la cama, mientras apretaba las cejas sin entender nada.

—No lo sé. Yo estaba... mirándote y tú eras lo único que parecía existir.

Manny se sintió asombrado en el primer instante, y enseguida sintió una extraña transformación. No podía creer que una hembra tan celestial como ella pudiera desearlo de esa manera.

Halagado en su masculinidad, estuvo a punto de perder la cabeza, pero logró

dominarse.

—Espera, déjame ver qué es lo que está sucediendo, ¿vale?

Manny sacó las sábanas y las mantas que estaban dobladas por debajo del colchón y las subió hasta la altura de los muslos de Payne. Luego deslizó un dedo por la planta de uno de sus hermosos pies.

El médico creyó que el pie se iba a mover, pero no lo hizo.

—¿Sientes algo?

La enferma negó con la cabeza. Repitió la misma operación en el otro lado. Luego se movió hacia arriba y apretó con las palmas de las manos los delicados tobillos de Payne.

—¿Algo?

Los ojos de Payne tenían una expresión trágica cuando respondió.

—No siento nada. Y no entiendo qué es lo que dices haber visto.

Manny siguió subiendo, hacia las pantorrillas.

—Estabas sobre las rodillas. Te lo juro.

Todavía más arriba, hasta llegar a los muslos firmes.

Nada.

Por Dios, pensó Manny. Necesariamente, debía de tener algún grado de control sobre las piernas. No había ninguna otra explicación. A menos que estuviera alucinando.

Ella seguía sumida en la tristeza.

—No lo entiendo.

Y él tampoco, pero estaba decidido a descubrir lo que estaba sucediendo.

—Voy a revisar tus radiografías. No tardo.

Al pasar a la sala de reconocimientos, Manny pidió ayuda a la enfermera para tener acceso a la historia clínica de Payne a través del ordenador. Con experimentada eficiencia, lo revisó todo: los signos vitales, los resultados de los exámenes, las radiografías, hasta encontró las pruebas que le había practicado en el St. Francis, lo cual fue toda una sorpresa. No tenía ni idea de cómo habían tenido acceso a la resonancia original. Estaba seguro de haber borrado el archivo poco después de que entrara en el sistema del hospital. Pero sin duda se alegró de verlo de nuevo.

Cuando terminó, se recostó en la silla y el frío que golpeó sus hombros le recordó que lo único que llevaba encima era una toalla.

Lo cual explicaba la extraña mirada que le había lanzado la enfermera al verlo llegar.

Levantó las cejas como pidiendo excusas a la mujer, y siguió a lo suyo, que era mirar la última radiografía.

—¡Qué demonios!

La columna estaba en perfecto estado, con las vértebras bellamente alineadas y muy derechas. Su brillo fantasmagórico sobre el fondo negro brindaba una

perfecta fotografía de lo que estaba ocurriendo en la espalda de Payne.

Todo, desde la historia clínica hasta el examen que acababa de practicarle en la cama, sugería que la conclusión que había sacado al verla de nuevo era la correcta: él había hecho el mejor trabajo técnico de su vida, pero la médula espinal había sufrido un daño irreparable y no había nada que hacer.

Y de repente Manny recordó la expresión de la cara de Goldberg, que casi le tomó por loco cuando vio que al parecer no podía distinguir entre el día y la noche.

Mientras se restregaba los ojos, Manny se preguntó si habría tenido una alucinación cuando vio a la mujer erguida, es decir si otra vez estaría perdiendo la noción de la realidad. Sin embargo, estaba seguro de lo que había visto... ¿O no?

De pronto se hizo la luz en su mente.

El médico se dio la vuelta y levantó la vista hacia el techo. Sin duda alguna, allá en la esquina había un adminículo pegado a un panel. Lo cual significaba que la cámara de seguridad podía ver cada centímetro cuadrado del cuarto.

Tenía que haber otra en la sala de recuperación. Tenía que haber una igual.

Manny se puso de pie, se dirigió a la puerta y se asomó al corredor, con la esperanza de poder encontrar de nuevo a la amable enfermera rubia, que acababa de salir a sus quehaceres.

—¿Hola?

Su voz resonó por todo el pasillo, pero no hubo respuesta, así que no tuvo otra opción que explorar un poco, aunque estuviera descalzo y medio desnudo. Sin saber adónde dirigirse, se decidió por la derecha y comenzó a caminar rápidamente. Golpeó en todas las puertas que se encontró y luego trató de abrirlas. La mayoría estaban cerradas, pero las que no lo estaban, daban paso a... aulas. Y alguna sala de conferencias. Y un gimnasio inmenso, que parecía profesional.

Cuando llegó a la que tenía un letrero que decía «sala de pesas», oyó el golpeteo de los pasos de alguien que estaba tratando de machacar una máquina andadora y decidió pasar de largo. Después de todo, no era más que un humano medio desnudo en un mundo de vampiros, y ciertamente no creía que fuera la enfermera la que se estuviera entrenando para el maratón.

Además, a juzgar por lo pesados que parecían esos pasos, lo más probable era que terminara activando una bomba en lugar de abrir simplemente una puerta... y aunque tenía suficientes impulsos suicidas como para enfrentarse con cualquier cosa que lo atacara, ahora se trataba de ayudar a Payne, no de alimentar su ego ni practicar sus conocimientos de boxeo.

Entonces decidió dar media vuelta y hacer una pequeña exploración en la otra dirección. Siguió llamando a las puertas y abriendo las que podía. Cuanto más se alejaba, el lugar parecía alojar menos salones aulas para convertirse más

en una especie de central de policía, con salas de interrogatorio y mierdas así. Al final, había una puerta inmensa que parecía sacada de una película, con paneles reforzados y llenos de pernos.

Más allá debía de estar el mundo exterior, pensó el despetotado cirujano.

Empujó con todas sus fuerzas.

¡Sorpresa!

Salió al aparcamiento en el que estaba su Porsche.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?

Manny clavó los ojos en un Escalade totalmente negro, que tenía los cristales oscurecidos y las llantas y la parrilla pintadas de negro. Y junto al vehículo estaba el tío que había visto aquella primera noche, el que pensó que había reconocido...

—Yo te he visto en alguna parte. —Mientras hablaba Manny notó que la puerta se cerraba detrás de él.

El vampiro sacó del bolsillo una gorra de béisbol y se la puso. Los Red Sox. Por supuesto, teniendo en cuenta el acento de Boston.

Aunque la pregunta del millón era: ¿cómo demonios hace un vampiro para terminar hablando como un tío nacido en el sur de Boston?

—Bonito crucifijo. —El de la gorra contemplaba la cruz que Manny llevaba al cuello—. ¿Qué haces? ¿Estás buscando tu ropa?

Manny entornó los ojos.

—Sí. Alguien me la robó.

—¿Para poder hacerse pasar por médico?

—Tal vez hoy es Halloween, ¿cómo diablos voy a saberlo?

Por debajo de la visera azul oscura apareció una sonrisa que dejaba ver una corona dental ligeramente torcida. Y, por supuesto, también tenía un buen par de colmillos.

Manny se esforzaba por recordar. Ya había alcanzado una conclusión definitiva: ese hombre había sido humano antes. Pero, ¿se había convertido en chupasangre? Joder, ¿cómo había podido ocurrir tal cosa?

El antiguo humano le habló con tono irónico.

—Haze un favor. Deja de romperte la cabeza con eso, regresa a la clínica y vístete antes de que aparezca Vishous.

—Yo sé que te he visto en alguna parte y en algún momento voy a descubrir la verdad. Pero, en fin... por ahora necesito tener acceso a los registros de las cámaras de seguridad instaladas aquí abajo.

Aquella especie de sonrisa sarcástica se evaporó de repente.

—¿Y por qué cojones quieres hacer eso?

—Porque mi paciente acaba de enderezarse por sus propios medios... y no estoy hablando de que haya levantado el torso de las malditas almohadas. Yo no estaba ahí cuando ocurrió y necesito ver cómo sucedió.

Red Sox pareció dejar de respirar.

—¿Qué dices? ¿Qué coño estás diciendo?

—¿Acaso tengo que explicártelo con mímica, como si estuviéramos jugando a los personajes o alguna mierda así?

—No gracias, realmente no necesito verte de rodillas delante de mí, cubierto únicamente con una toalla.

—Ya somos dos.

—Espera, ¿estás hablando en serio?

—Sí. Te juro que yo tampoco estoy interesado en chupártela.

Hubo una pausa. Y luego el desgraciado soltó una carcajada.

—Eres un pedazo de cabrón manipulando las palabras, eso te lo reconozco. A ver: yo te puedo ayudar, pero tienes que vestirme, amigo. Si V te ve andando así cerca de su hermana, vas a necesitar hacer otra operación, pero en tus propias piernas.

Mientras el tío comenzaba a caminar hacia la puerta, Manny recordó. No era en el hospital donde le había visto.

—La catedral de St. Patrick. Ahí es donde te he visto. Siempre te sientas solo en los bancos de atrás, durante la misa de medianoche, y siempre llevas esa gorra.

El hombre abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarlo pasar. Debido a la visera, no había manera de saber qué estaba mirando, pero Manny estaba seguro de que no lo estaba mirando a él.

—No sé de qué hablas, amigo.

Lo sabes de sobra, pensó Manny.

CAPÍTULO

24



Bienvenido al Nuevo Mundo.

Al salir hacia la noche, Xcor sintió que todo era diferente: el olor no era el mismo de los bosques que rodeaban su castillo, sino la mezcla de contaminación y peste de alcantarilla de una ciudad, y los sonidos no eran los que producían los ciervos que galopaban a lo lejos entre los árboles, sino el barullo de los coches, las sirenas de la policía y los gritos.

—En verdad, Throe, nos has encontrado un magnífico acomodo. —Arrastraba las palabras con ironía.

—La propiedad estará lista mañana.

—¿Y debo creer que ir allí implicará una mejoría? —Xcor miró de reojo hacia la humilde casa en la que habían pasado todo el día escondidos—. ¿O acaso nos sorprenderás con algo todavía menos grandioso?

—La encontrarás más que apropiada. Te lo aseguro.

En verdad, considerando todas las variables que habían tenido que conjugar para llegar hasta allí, el vampiro había hecho un trabajo estupendo. Habían tenido que tomar dos vuelos nocturnos para asegurarse de no tener problemas con la luz

del día y, cuando por fin habían llegado a Caldwell, Throe de alguna manera lo había arreglado todo: esa casa decrepita tenía, sin embargo, un sótano sólido y también habían tenido a su disposición un doggen que les sirviera las comidas. La solución permanente del asunto de su lugar de residencia estaba pendiente, pero lo más probable era que fuese lo que necesitaban.

—Será mejor que esté a las afueras de esta porquería urbana.

—No te preocupes. Conozco tus preferencias.

A Xcor no le gustaba vivir en las ciudades. Los humanos eran como vacas estúpidas. Una estampida de idiotas era más peligrosa que cualquier acción de gente inteligente; nunca podías predecir lo que pasaría con los imbéciles. Aunque había una ventaja en todo eso: Xcor quería reconocer el terreno antes de anunciar su llegada a la Hermandad y a su «rey», y no había lugar más perfecto que aquel en el que se encontraban.

La casa estaba justo en el centro.

—Vamos por aquí. —Echó a andar seguido por su pandilla de degenerados.

Caldwell, Nueva York, le ofrecería, sin lugar a dudas, unas cuantas revelaciones. Tal como había aprendido tanto en épocas pasadas como en este luminoso presente, por la noche las ciudades eran todas iguales, independientemente de su ubicación, dimensiones y estructura. La gente que estaba en la calle no era la más laboriosa y respetuosa con la ley, sino los truhanes, los sinvergüenzas y los inadaptados. Como esperaba, a medida que iban avanzando por las calles, Xcor vio humanos sentados en el pavimento sobre sus propios excrementos, grupos de forajidos caminando de manera agresiva, o hembras de mala pinta buscando a machos de una pinta todavía peor.

Sin embargo, a nadie se le ocurría molestar a su grupo de seis matones, aunque Xcor casi lo deseaba. Una pelea les serviría para quemar energías. En fin, con suerte, también podrían encontrarse con sus enemigos y enfrentarse a un rival digno por primera vez en dos décadas.

Cuando Xcor y sus soldados dieron la vuelta a una esquina, se encontraron con una plaga humana: varios establecimientos con apariencia de tabernas, instalados a cada lado de la vía, tenían las luces encendidas y, al frente, largas filas de gente a medio vestir esperando acceder al interior. Xcor no podía leer los letreros que colgaban sobre las puertas, pero en la manera en que los hombres y las mujeres zapateaban contra el suelo, y también en la manera como se retorcián y hablaban, se podía ver que al otro lado les esperaba el olvido temporal, la evasión como decían ellos.

Xcor sintió ganas de matarlos a todos. Pensó en la bendita guadaña que llevaba consigo: el arma reposaba en su espalda, doblada en dos, acunada en la funda y escondida bajo el abrigo de cuero que llegaba hasta el suelo.

Para mantenerla en su lugar, Xcor aplacó su ansiedad con la promesa de encontrar restrictores.

—Tengo hambre.

Zypher siempre decía lo mismo. Y como siempre, no estaba hablando de comida. El momento en que lo había dicho no dejaba dudas: el olor a sexo provenía de la fila de hembras humanas junto a las cuales pasaban. De hecho, las mujeres se ofrecían para ser usadas, con esos ojos pintados que clavaban con insistencia en aquellos machos que equivocadamente pensaban que pertenecían a su misma especie.

Bueno, los ojos que se clavaban con insistencia en los rostros de los machos distintos de Xcor. Porque a él lo miraban sólo una vez y apartaban la vista casi al instante.

—Después saciarás eso que llamas hambre —dijo Xcor—. Me encargaré de que tengas lo que necesitas.

Aunque no sabía si tomaría parte en el festín, era muy consciente de que sus soldados necesitaban sustento sexual y estaba más que dispuesto a concedérselo; los guerreros pelean mejor si están satisfechos, tal como lo había aprendido hacía mucho tiempo. Y, quién sabe, tal vez él tomara también algo para sí, si sus ojos se sentían atraídos hacia alguna hembra... que pudiera soportar su apariencia. Pero, claro, para eso ganaban dinero. Muchas eran las ocasiones en que había pagado para que una hembra le permitiera estar dentro de su sexo. Eso era mucho mejor que obligarlas a someterse, para lo cual no tenía estómago, aunque nunca admitiría esa debilidad ante nadie.

Sin embargo, esos devaneos, si se producía, sólo tendrían lugar al final de la noche. Primero necesitaban explorar su nuevo vecindario.

Después de pasar frente a las hileras de bares abarrotados de gente, llegaron precisamente a la zona que tenían la esperanza de encontrar, allí donde reinaba la nada urbana: bloques enteros de construcciones abandonadas durante la noche, o quizás por más tiempo; calles totalmente desprovistas de coches; callejones oscuros y sin salida, con sitio de sobra para pelear.

El enemigo debía de encontrarse allí. Xcor simplemente lo sabía: era la única afinidad que compartían los dos bandos de la guerra, el secreto. Y allí, las peleas podían desarrollarse sin temor a sufrir una interrupción.

Mientras su cuerpo se moría por una pelea y sus oídos escuchaban el acompasado golpeteo de las botas de su pandilla de desgraciados detrás de él, Xcor sonrió. Esto iba a ser...

Al dar vuelta a otra esquina, se detuvo. A una calle a mano izquierda había un grupo de coches blancos y negros, aparcados en semicírculo alrededor de la salida de un callejón... como si fueran un collar en la garganta de una hembra. Xcor no podía leer los signos que tenían en las puertas, pero las luces azules en el techo le confirmaron que se trataba de policías humanos.

Respiró hondo y percibió el olor de la muerte.

Un asesinato bastante reciente, pensó Xcor. El olor no era no tan intenso como

si se tratara de algo que acabara de pasar en los últimos dos minutos.

—Humanos. —Esbozó una sonrisita burlona—. Ojalá fueran más eficientes y terminaran de matarse completamente unos a otros.

Uno de sus soldados asintió. Xcor lo miró con frialdad y dio la orden de seguir.

—Adelante.

Al pasar junto al escenario del crimen, Xcor miró hacia el callejón. Hombres con expresiones de asco y manos nerviosas permanecían de pie alrededor de una caja grande de forma peculiar, como si esperaran que algo saltara de allí en cualquier momento y los agarrara de las pelotas con sus garras.

Típico. Los policías vampiros no se alterarían y ya tendrían buenas pistas, al menos, cualquier vampiro digno de llamarse así. Pero los humanos sólo parecían hallar su temple cuando intervenía el Omega.



De pie frente a una caja de cartón manchada y lo suficientemente grande como para contener un refrigerador, José de la Cruz encendió su linterna y pasó el rayo de luz sobre otro cuerpo mutilado. Era difícil tener una idea clara del cuerpo, debido a que la gravedad había hecho su trabajo y había convertido a la víctima en un confuso nudo de brazos y piernas, pero el cuero cabelludo salvajemente rasurado y el agujero en un brazo sugerían que era el segundo caso similar.

Tras enderezarse, De la Cruz echó un vistazo alrededor del callejón desierto. Mismo modus operandi del primero, pensó: hicieron el trabajo en otro lado, arrojaron los restos en el centro de Caldwell y se fueron a buscar a la siguiente víctima.

Tenían que atrapar a ese desgraciado.

De la Cruz apagó la linterna y miró su reloj de pulsera digital. Los de la policía científica llevaban rato haciendo su minucioso trabajo y la fotografía ya había hecho lo suyo, así que era hora de echarle un buen vistazo al cuerpo.

La voz de Vecksonó a su espalda.

—El forense está listo para verla y necesita ayuda.

José dio media vuelta.

—¿Tienes un par de guantes?

De repente, De la Cruz se detuvo y miró a lo lejos por encima de los anchos hombros de su compañero. Una calle más allá, un grupo de hombres caminaba en formación triangular, uno a la cabeza, dos detrás y otros tres más atrás. La formación era tan precisa y sus pasos tan coordinados que, inicialmente, lo que más le llamó la atención a José fue el estilo casi militar y el hecho de que todos iban vestidos de cuero negro.

Luego se percató del tamaño de aquellos hombres. Todos eran absolutamente

inmensos y se preguntó qué clase de armas llevarían bajo esos abrigos largos idénticos; sin embargo, la ley prohíbe a los oficiales de policía registrar a un civil sólo porque parezca amenazante.

El que iba delante volvió la cabeza y José tomó una foto mental de un rostro que sólo una madre podría querer: angulosa y cadavérica, con las mejillas chupadas y una malformación en el labio superior debida a una hendidura en el paladar que no había sido operada.

El hombre pasó de largo y toda la unidad continuó su marcha.

—Detective.

José se sacudió para volver a concentrarse en el presente.

—Lo siento. Me distraje. ¿Tienes un par de guantes?

—Sí, aquí están.

—Sí, claro. Gracias. —José agarró el par de guantes de látex y se los puso—. ¿Tienes la...?

—¿La bolsa? Sí.

Veck parecía circunspecto y alerta, lo cual era su estado normal, según había aprendido José. Aunque era muy joven, pues no llegaba aún a los treinta, actuaba como un veterano.

El veredicto hasta ahora era que no estaba tan mal como compañero.

Pero solo había pasado una semana y media desde que habían comenzado a trabajar juntos de verdad.

En cualquier escenario de un crimen, quién mueve los cuerpos depende de gran cantidad de variables. Algunas veces ayudan los del Departamento de Rescate. En otras, como en este caso, se encargaba el que estuviera cerca y tuviese estómago para hacerlo.

Veck siguió con su profesionalidad a cuestas.

—Cortemos la parte frontal de la caja. Ya lo examinaron y fotografiaron todo y me parece mejor eso que tratar de inclinarla hacia delante y arriesgarnos a que se rompa por debajo.

José miró al tío de la policía científica.

—¿Seguro que ya lo tienes todo?

—Sí, detective. Yo estaba pensando lo mismo.

Los tres trabajaron en equipo: Veck y José sostuvieron la caja, mientras que el otro hombre utilizó un bistorí, naturalmente. Y luego José y su compañero bajaron lentamente el panel.

Se trataba de otra jovencita.

—Maldición. —El forense contrajo el rostro—. Otra vez.

Más que una maldición, pensó José. A la pobre chica la habían asesinado igual que a las otras, lo que significaba que primero la habían torturado.

—Putá mierda. —Veck se sumó a los lamentos entre dientes.

Los tres hombres la movieron con mucho cuidado, como si a pesar de estar

muerta su cuerpo maltratado todavía fuese sensible a la posición de sus extremidades. Después de desplazarla apenas medio metro, la colocaron sobre la bolsa negra que habían abierto previamente, de modo que el forense y el fotógrafo pudieran hacer su trabajo.

Veck se mantuvo en cuclillas al lado del cuerpo, con una expresión completamente impasible, aunque de todas maneras irradiaba la sorda furia de un hombre indignado por lo que estaba viendo.

La luz brillante del flash de una cámara rompió la oscuridad del callejón como un grito acaba con el silencio en una iglesia. Antes de que el rayo se desvaneciera, José volvió la cabeza para ver quién diablos estaba tomando fotografías, y no fue el único. Los otros agentes que estaban alrededor también se pusieron alerta.

Pero Veck fue el que estalló y salió corriendo como un rayo.

El tío de la cámara no tuvo tiempo de hacer nada. En un acto absolutamente arriesgado, el desgraciado se había colado por debajo de la cinta de la policía y había aprovechado que todo el mundo estaba concentrado en la víctima. Pero, al tratar de escapar, se enredó precisamente en la cinta que no había respetado y se cayó, mientras corría hacia la puerta abierta de su coche. Se recuperó, pero había perdido ventaja.

Veck, por otra parte, tenía las piernas de un atleta y una enorme agilidad: no necesitó agacharse para pasar por debajo de la cinta, no: saltó por encima, se abalanzó sobre el coche y se agarró del borde de la capota, al tiempo que el fotógrafo, aterrorizado, emprendía la huida. Y luego todo comenzó a pasar como a cámara lenta. Mientras los otros oficiales se apresuraban a ayudar, el fotógrafo pisó el acelerador hasta el fondo y las llantas chirriaron.

El coche arrancó.

Justo en dirección al escenario del crimen.

—¡Mierda! —José, mientras se preguntó cómo demonios iban a proteger el cuerpo.

Las piernas de Veck se bamboleaban de un lado a otro, mientras el coche rompía la cinta amarilla y se dirigía como una flecha hacia la caja de cartón. Pero ese hijo de puta de Del Vecchio no solo se quedó pegado a la capota sino que logró meter la mano por la ventana del conductor, agarrar el volante y estrellar el coche contra un contenedor de basura que estaba a poco más de un metro de la víctima.

Cuando los airbags del coche estallaron y el motor dejó escapar un horrible silbido, Veck salió proyectado por encima del contenedor y José pensó que nunca olvidaría la imagen de ese hombre, con la chaqueta del traje totalmente abierta, lo cual permitía ver el brillo del arma a un lado y de la placa en el otro, volando por los aires como si tuviera alas.

Veck aterrizó con un golpe seco sobre la espalda.

—¡Oficial herido!

Al tiempo que gritaba, José corría hacia su compañero.

Pero no hubo manera de convencer a ese hijo de puta de que se quedara quieto o se dejara ayudar. Veck se puso de pie enseguida, como si fuera el maldito conejito de Energizer, y se abalanzó hacia el corrillo de oficiales que habían rodeado al conductor del coche y le apuntaban con sus armas. Después de quitar a los demás del camino, Veck abrió la puerta del conductor y sacó a rastras a un fotógrafo medio inconsciente, que parecía a punto de sufrir un ataque al corazón. El maldito era tan gordo como San Nicolás y tenía la típica cara coloradota de los alcohólicos.

El tipo también tenía problemas para respirar, pero no había manera de saber si eso era resultado de la carrera y el choque o se debía al hecho de que acababa de establecer contacto visual con Veck y evidentemente sabía que estaba a punto de recibir una paliza.

Pero el joven policía simplemente lo lanzó hacia un lado y se sumergió en el automóvil, buscando algo con frenesí. Antes de que hiciera trizas la cámara, José intervino.

—Necesitamos eso como prueba. —Veck había levantado el brazo por encima de la cabeza, como si quisiera lanzar la Nikon contra el pavimento.

—¡Quietos! —José agarró la muñeca de su compañero con las dos manos y lanzó todo el peso de su cuerpo contra el pecho del hombre. Por Dios, el desgraciado novato era enorme, no solo alto, sino también fornido, y, durante una fracción de segundo, José se preguntó si tendría éxito en su maniobra.

Sin embargo, en ese momento Veck cedió y su espalda se estrelló contra el costado del coche.

José trató de mantener un tono de voz normal, a pesar de que estaba usando toda su fuerza para inmovilizar a su compañero.

—Piensa un momento. Si rompes la cámara, no podremos usar en su contra la fotografía que tomó. ¿Me oyes? Piensa, maldición, piensa.

Los ojos de Veck se clavaron en el fotógrafo y, francamente, la ecuanimidad que se observaba en ellos era un poco inquietante. Aun en medio de una situación físicamente estresante, Del Vecchio parecía extrañamente relajado, absolutamente concentrado... y definitivamente letal. José tuvo la sensación de que, si soltaba a su compañero, la cámara no sería lo único que iba a sufrir un daño irreparable.

Veck parecía totalmente capaz de matar con absoluta serenidad y eficacia.

—Veck, amigo, reacciona.

Hubo un momento en que nada se movió. José fue muy consciente de que todos los que estaban en el callejón, incluido el fotógrafo, pensaban lo mismo que él: que allí podría pasar cualquier cosa.

—Escucha. Mírame, amigo.

Los ojos azules de Veck se desviaron lentamente y parpadearon. Poco a poco, la tensión del brazo fue disminuyendo, pero José no lo soltó hasta que agarró la Nikon; no había manera de saber si la tormenta ya se había terminado de verdad.

—¿Estás bien?

Veck asintió con la cabeza y se arregló la americana. Cuando asintió por segunda vez, José dio un paso atrás.

Tremendo error.

Su compañero se movió con tanta rapidez que no hubo manera de detenerlo. Y golpeó con tanta fuerza al fotógrafo que probablemente le rompió la mandíbula.

Cuando el fotógrafo pareció desmayarse mientras lo sostenían unos policías, nadie dijo nada. Todos hubieran querido hacer lo mismo, pero, considerando la forma en que Veck se había abalanzado sobre ese coche, era evidente que él era el que se había ganado el derecho de hacerlo.

Por desgracia, ese puñetazo probablemente le acarrearía una suspensión, y tal vez hubiera también una demanda contra el Departamento de Policía.

Mientras sacudía la mano con que había golpeado al fotógrafo, Veck habló por fin.

—Que alguien me dé un cigarrillo.

Mierda, pensó José. No había razón para seguir tratando de encontrar a Butch O'Neal. Era como si su antiguo compañero estuviera allí, frente a él.

Así que tal vez debería renunciar a la idea de seguir rastreando esa llamada de la semana pasada al número de emergencias. Aun con todos los recursos disponibles en el Departamento de Policía, no había podido averiguar nada y probablemente eso era lo mejor.

Un loco con instintos autodestructivos y a era más de lo que él podía manejar en el trabajo. Dos no, muchas gracias.

CAPÍTULO

25



En el centro de entrenamiento del complejo de la Hermandad, Butch se sentía inclinado a odiar al cirujano por pura lealtad a V. En especial después de verlo andar por ahí medio desnudo, como si fuera miembro de un grupo de danza erótica o de una grotesca secta.

Joder, pensar que ese desgraciado andaba así cerca de Payne, envuelto apenas en una toalla. Era una pésima idea por muchas razones.

Habría sido diferente si el cirujano tuviera el cuerpo de un jugador de ajedrez, por ejemplo. Pero tal como estaban las cosas, Butch se sintió como si John Cena, el célebre culturista, hubiera estado tratando de seducir a la hermanita de V. ¿Cómo era posible que un cirujano tuviera semejante cuerpo?

Sin embargo, había dos cosas que salvaban al puto doctor: el desgraciado se había puesto el traje de cirugía que Butch le había dado, para no seguir dando ningún espectáculo. Y, cuando se sentaron frente al Dell de la sala de examen, el tío parecía sinceramente preocupado por Payne y su bienestar.

Aunque, la verdad, no estaban avanzando mucho en ese frente. Los dos miraban la pantalla del ordenador como si fueran un par de perros mirando

Animal Planet: con mucha concentración, pero incapaces de comprender nada, y menos de subir el volumen al televisor o cambiar de canal.

En condiciones normales, Butch habría llamado a Vishous. Pero eso no iba a ocurrir esa noche, teniendo en cuenta lo que debía de estar sucediendo en ese momento en la Guarida. Bastante tenía su amigo, como para preocuparse por la informática.

Butch esperaba que V y Jane logaran arreglar las cosas entre ellos.

El cirujano lo miró.

—¿Y ahora qué?

El expolicía salió de sus pensamientos para volver a concentrarse en la tarea que tenía enfrente y puso la mano sobre el ratón.

—Ahora cogemos y rezamos para que pueda encontrar los malditos registros de seguridad. Pero los encontraré, así me los tenga que sacar del culo.

—Qué tío tan refinado. Y pensar que andabas jodiéndome por la maldita toalla.

Butch sonrió.

—Vete a la mierda.

Sorprendentemente, los dos se inclinaron al mismo tiempo sobre la pantalla, como si esa sincronización pudiera ayudar mágicamente al ratón a encontrar lo que estaban buscando.

El médico se enrabetó.

—Joder, soy un desastre con los ordenadores. Soy mejor trabajando con las manos.

—Yo también.

—Ve al menú del comienzo.

—Ya voy, ya voy ...

—Mierda.

Los dos habían lanzado la exclamación al unísono, al ver cómo se desplegaba un montón de archivos, o de programas, o lo que fuera.

Naturalmente, no había nada que se llamara «seguridad» ni «cámaras» ni «haga clic aquí, imbécil, para encontrar lo que está buscando».

—Espera, ¿podría estar en «vídeos»?

El expolicía asintió.

—Buena idea.

Los dos se acercaron un poco más al ordenador, casi hasta pegar la punta de la nariz contra la pantalla.

—¿Puedo ayudaros, chicos?

Butch se volvió.

—Gracias a Dios, Jane. Escucha, necesitamos encontrar los archivos digitales de la cámara de seguridad... —De pronto Butch se quedó callado—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí.

Ajá, claro. Desde su posición, Butch podía ver que Jane no estaba bien. Ni siquiera remotamente bien. Parecía tan perturbada que Butch se dio cuenta de que no debía preguntar dónde estaba V y que éste no iba a aparecer en un buen rato.

—Oye, doc. —Butch habló mientras se incorporaba.

—¿Sí?

—¿Puedo hablar contigo un segundo?

—Yo...

Antes de que Jane pudiera resistirse, Butch se apresuró a continuar.

—Gracias. Vamos al pasillo. Manello, tú trata de encontrar algo en ese ordenador.

—Eso haré.

Cuando Butch y Jane salieron de la sala de reconocimiento, Butch bajó la voz.

—¿Qué sucede? Ya sé que no es de mi incumbencia. Pero de todas maneras quiero estar al tanto.

Después de un momento, Jane cruzó los brazos sobre la bata blanca y se quedó mirando al vacío. Pero no porque quisiera cerrarse como una ostra, sino porque, al parecer, estaba reviviendo algo desagradable en su mente.

Butch insistió

—Dime qué pasa.

—Tú sabes la razón por la cual V fue a por Manny, ¿verdad?

—No conozco los detalles, no. Pero... me los puedo imaginar. — Francamente, los instintos suicidas de Payne eran bastante evidentes.

—Como médico, me encuentro sometida a distintas presiones. No sé si puedes ponerte en la piel e...

Ay, Dios, era peor de lo que Butch había pensado.

—Sí, claro que puedo imaginarlo. Mierda.

—Pero eso no es todo. Cuando estaba haciendo las maletas, encontré unos pantalones de V en el fondo del armario. Y estaban llenos de cera negra. Y de sangre y ... —Jane se estremeció—. Algo más.

Butch sintió ganas de estrangular al imbécil de su amigo.

—Joder.

Al ver que Jane se quedaba callada, el expolicía se dio cuenta de que ella no quería ponerlo en una posición incómoda y por eso no iba a preguntar nada. Pero era evidente lo que quería saber.

Putá mierda, le había prometido a V que se mantendría al margen, pero no podía permitir que esos dos se separaran.

—V no te traicionó. Esa noche, creo que ya hace una semana, ¿no?, dejó que lo golpearan, Jane. Dejó que unos restrictores le dieran una paliza. Lo encontré rodeado de tres asesinos, que lo estaban azotando con cadenas.

Jane lanzó una exclamación y se llevó las manos a la boca.

—Ay... Dios...

—No sé qué habrás encontrado en el armario, pero te aseguro que V no estuvo con nadie más. Él mismo me lo dijo.

—Pero ¿qué pasa con la cera? Y con...

—¿No se te ocurrió que todo eso pudo hacérselo él mismo?

Jane se quedó sin palabras por un momento.

—No. Pero no entiendo por qué no pudo decírmelo.

El antiguo policía decidió hablar con la más descarnada franqueza, aunque le resultara un poco violento.

—Ningún tío quiere confesarle a su esposa que se está haciendo una paja. Eso es demasiado patético... y probablemente, para V eso es, de todas maneras, una especie de traición. Él realmente te adora.

Al ver que los ojos verdes como los bosques de Jane se llenaban de lágrimas, Butch se quedó momentáneamente desconcertado. La buena doctora era tan fuerte y sólida como su hellren... y esa fuerza era, precisamente, la razón por la cual era tan buena médica. Pero eso no significaba que no tuviera sentimientos, claro, y ahí estaban aflorando.

—Jane, no llores.

—Te confieso que no sé cómo vamos a superar esto. De verdad no lo sé. Él está mal. Yo también. Y además está Payne. —Abruptamente, Jane agarró el brazo a Butch y se lo apretó—. ¿Podrías ayudarlo, por favor? Con lo que necesita. Tal vez lo que nos pueda ayudar sea romper el hielo.

Mientras los dos se miraban a los ojos, Butch se preguntó si estarían pensando realmente en lo mismo. Pero ¿cómo podría plantear eso de una manera sensata? ¿Entonces quieres que lo golpee y o en lugar de que lo haga un restrictor?

Jane respondió casi entre sollozos.

—Yo no puedo hacerlo. Y no solo porque ahora tengamos problemas. Sencillamente, es algo que excede a mis capacidades. Él confía en ti... Yo confío en ti... y él lo necesita. Me preocupa que si V no logra romper esa muralla de la que se ha rodeado, terminemos separándonos inevitablemente... o peor... Llévelo al Commodore, por favor.

Bueno, eso aclaraba el asunto.

Butch carraspeó.

—Para serte sincero, hace días que vengo pensando en eso. Y, de hecho, acabo... de ofrecérselo.

—Gracias.

Butch estiró la mano y le acarició la mejilla a Jane.

—Lo voy a cuidar bien. No te preocupes.

Jane le agarró la mano.

—Gracias.

El expolicia con colmillos y la difunta transparente se abrazaron por un momento y, mientras lo hacían, Butch pensó que no había nada que no estuviera dispuesto a hacer para mantener juntos a Jane y a V.

—¿Dónde está ahora?

—No tengo ni idea. V me tiró una mochila y yo... guardé mis cosas y me marché. No lo vi en la Guarida al salir, pero tampoco lo busqué.

—Perfecto. Yo me encargo. ¿Tú ayudas a Manello?

Al ver que Jane asentía con la cabeza, Butch le dio un apretón y salió corriendo por el túnel subterráneo en dirección a la última parada: la Guarida.

Sin tener idea de qué se podría encontrar, Butch marcó el código de seguridad y asomó la cabeza por la puerta. No había humo, así que no se estaba quemando nada. Tampoco se oían gritos. El único olor era el del pan que Marissa había horneado hacia un rato.

—¿Vishous? ¿Estás aquí?

Nada.

Dios, todo estaba demasiado silencioso.

Al fondo del pasillo, Butch vio que el cuarto de V y Jane estaba hecho un desastre, pero no había nadie. La puerta del armario estaba abierta y se veía que había muchas perchas vacías, pero eso no fue lo que llamó su atención.

Se dirigió al lugar donde estaban los pantalones de cuero y los levantó. Un buen católico como él no sabía mucho acerca de las prácticas sadomasoquistas, pero todo indicaba que pronto iba a aprender mucho sobre eso.

Butch sacó el móvil y llamó a V, pero sabía que no iba a tener respuesta. Así que supuso que iba a tener que usar de nuevo el GPS.



—Me siento como en los viejos tiempos.

Manny tenía la vista fija en la pantalla del ordenador mientras hablaba. Era difícil decir qué era lo más raro de estar otra vez sentado junto a su antigua colega. Con tantas cosas que decirse, el silencio entre ellos era como jugar al escondite con unos niños de tres años: aunque todos están prácticamente a la vista, siempre pretendes no verlos.

—¿Por qué quieres ver los archivos digitales de la cámara?

—Ya lo verás.

Jane no tuvo ninguna dificultad para localizar el programa que buscaban y, un momento después, en la pantalla apareció la imagen en vivo del cuarto de Payne. Un momento, la cama estaba vacía... sólo se veía una bolsa.

Jane sacudió la cabeza.

—Imagen equivocada. Esta sí es.

Allí estaba. Su Payne. Acostada contra las almohadas, con el extremo de la

tranza entre las manos y los ojos fijos en el baño, como si tal vez se estuviera imaginando que Manny seguía en la ducha.

Maldición. Payne es muy hermosa.

Jane le miró y le preguntó con voz suave.

—¿Eso crees?

Muy bien, había llegado el momento de que su boca dejara de funcionar, pensó Manny, creyendo que estaba pensando en voz alta.

Así que carraspeó.

—¿Podemos retroceder con las imágenes una media hora?

—Claro.

La imagen comenzó a retroceder y el contador que había en la esquina inferior derecha empezó a correr a toda velocidad.

Al verse examinándola con solo una toalla a modo de taparrabos, le pareció absolutamente obvio que los dos se sentían muy atraídos el uno hacia el otro. Ay, Dios... esa maldita erección dio a Manny otra razón para no mirar a Jane.

—Espera... —Manny se irguió, expectante—. Despacio. Ahí está.

Manny vio cómo regresaba al baño y...

Jane soltó una exclamación impropia de ella, pero muy reveladora de la sorpresa que acababa de llevarse.

—¡La madre que me parió!

Ahí estaba: Payne aparecía sentada sobre las rodillas, al borde de la cama, y su cuerpo largo y esbelto se mantenía perfectamente erguido mientras miraba hacia la puerta del baño.

—Pero, por Dios, ¿no está resplandeciendo?

—Sí. —Manny también afirmó con la cabeza solemnemente—. Así es.

—Espera... —Jane puso otra vez en marcha la grabación hacia delante—. ¿Aquí estás examinándola para ver si siente algo?

—Sí, pero no encontré nada. Nada. No sintió nada. Y, sin embargo, retrocede de nuevo... gracias. —Manny y señaló las piernas de Payne—. Aquí es evidente que tiene control muscular.

—Pero esto no tiene ninguna lógica. —Jane volvió a pasar la grabación varias veces—. Aunque lo hizo... Ay, Dios... se está moviendo. Es un milagro.

En efecto, parecía todo un milagro. Solo que...

Manny, con su olfato médico, se hizo una pregunta en voz alta.

—¿Cuál es el estímulo?

—Tal vez eres tú.

—En absoluto. Es evidente que la operación fue un fracaso, o se habría arrodillado antes. Tú misma la has reconocido y has visto que sigue paralizada.

—No estoy hablando del estímulo de tu escalpelo.

Jane echó atrás la grabación hasta el momento en que Payne se levantaba y ahí congeló la imagen.

—Eres tú.

Manny se quedó mirando la imagen y trató de ver algo más aparte de lo obvio: era clarísimo que, mientras Payne lo miraba, la luz que irradiaba se hacía más brillante y que llegaba un momento en que se podía mover.

Jane fue parando el vídeo fotograma a fotograma, por así decirlo. En cuanto Manny salía del baño y ella se volvía a acostar, el brillo desaparecía y la paciente perdía la sensibilidad.

Manny casi no podía articular palabra.

—Esto no tiene sentido.

—Te equivocas, creo que sí lo tiene. Es por su madre.

—¿Cómo? ¿Pero qué galimatías es éste?

—Dios, ¿por dónde comenzar? —Jane señaló su propio cuerpo—. Yo soy lo que soy gracias a la Virgen Escribana.

—¿Quién? —Manny sacudió la cabeza—. ¿Una virgen escribana, o sea que copia papeles y esas cosas? No entiendo nada.

Jane sonrió.

—No es necesario que entiendas demasiado; ni siquiera creo que sea conveniente. Sencillamente es algo que está sucediendo. Solo tienes que quedarte con Payne y ver cómo evoluciona.

Manny volvió a clavar la vista en la pantalla. Bueno, mierda, parecía que el cabrón de la perilla había tenido razón. De alguna manera, ese degenerado se había imaginado lo que iba a ocurrir. O quizás solo fue a buscarlo como recurso desesperado, sin mucha fe. En todo caso, ciertamente parecía que el cirujano fuera una especie de medicina para la extraordinaria criatura que yacía en la cama.

Por muchas razones, era una magnífica idea seguir adelante con el experimento.

Pero no debía llamarse a engaño. Sin duda, al final no tendría nada que ver con el amor ni con el sexo; tendría que ver con levantarla de aquella maldita cama y hacerla moverse, de modo que pudiera volver a vivir su vida, independientemente de las circunstancias, los tratamientos y todo lo demás. Bien sabía el cuarentón dueño de una potranca que al final no le iban a permitir quedarse con aquella mujer. Se desharían de él como quien se deshace de un vaso de plástico. Sí, era posible que ella se encaprichara con él, pero también era verdad que Payne era una virgen que no conocía nada mejor.

Y tenía un hermano que iba a obligarla a tomar las decisiones correctas.

¿Y qué pasaría con él? Cuando acabara, no iba a recordar nada de la bonita historia de fantasmas, vampiros y vírgenes copadoras de legajos, ¿verdad?

Gradualmente, Manny se fue dando cuenta de que Jane tenía los ojos fijos en él, en su perfil.

—¿Qué pasa? —Hizo la pregunta sin desviar la vista de la pantalla.

—Nunca te había visto tan enganchado a una mujer.

—Nunca había conocido a nadie como ella. —Nada más decirlo, levantó la palma de la mano para impedir cualquier posible conversación al respecto—. Y te puedes ahorrar el discurso de ten-mucho-cuidado-que-es-muy-delicada. Ya lo sé, y también sé lo que me espera al final de esto.

Joder, tal vez esos desgraciados incluso terminarían por matarlo y arrojárselo al río. Y hacer que pareciera un accidente.

—No iba a decirte que tuvieses cuidado. —Jane se movió en el asiento—. Y, créeme, sé lo que estás sintiendo.

Manny la miró de reojo.

—¿Ah sí?

—Es lo mismo que sentí cuando conocí a Vishous. —Los ojos se le aguaron, pero enseguida pareció recuperarse—. Pero ahora estamos hablando de Payne y de ti.

—¿Qué está sucediendo, Jane? Cuéntame.

—No está sucediendo na...

—¡Venga, por favor, déjate de cuentos! Y te digo lo mismo que acabas de decirme a mí. Nunca te había visto así. No tienes buen aspecto.

Jane respiró hondo.

—Problemas matrimoniales. Simple y llanamente eso. Bueno, en realidad no es tan simple, pero no importa.

Era evidente que Jane no quería hablar del tema.

—Está bien. Pero ya sabes que puedes hablar conmigo. Mientras me permitan quedarme, claro.

Manny se restregó la cara. Era una tontería preocuparse por cuánto tiempo iría a durar aquella historia, pero también era inevitable. La posibilidad de perder a Payne le resultaba inasumible, a pesar de que apenas la conocía.

De repente recordó que Jane había sido humana. Y estaba allí. Tal vez había...

¡Joder!

—Oye, Jane... —Miró con gesto preocupado a su vieja amiga—. ¿Qué...?

En ese momento se quedó sin palabras. Jane estaba sentada en el mismo asiento, en la misma posición, vestida con la misma ropa... pero él podía ver la pared que estaba detrás de ella... y los armarios metálicos... y la puerta del otro lado. Y no los veía más allá de los hombros de Jane. Los estaba viendo a través de ella.

La muerta viviente debió de darse cuenta, porque enseguida se excusó.

—Ay, lo siento.

Frente a los ojos del cirujano, Jane pasó de ser una figura translúcida a convertirse de nuevo en una persona normal.

Manny se levantó de un salto y fue retrocediendo hasta estrellarse contra la

camilla de reconocimiento.

—Tienes que decirme qué es lo que pasa. —Manny la miraba con ojos desorbitados—. Por... Dios... Santo...

Al ver que Manny se agarraba el crucifijo que llevaba al cuello, Jane bajó la cabeza y se acarició el pelo nerviosamente.

—Querido Manny, hay muchas cosas que no sabes.

—Entonces, cuéntamelas. —Al ver que ella no respondía, Manny sintió que el alarido que oía en su cabeza subía cada vez más de volumen—. Será mejor que empieces a hablar, porque realmente estoy harto de sentirme como un maldito loco.

Hubo un largo silencio.

—Yo estoy muerta, Manny, pero no fallecí en un accidente de coche. Eso fue un montaje.

Manny sintió que el suelo cedía bajo sus pies.

—¿Cómo?

—Me pegaron un tiro. Me dispararon. Fallecí en los brazos de Vishous.

—Ah, bueno, entonces ya está todo explicado.

El cirujano, hombre racional, usaba la mordacidad para no acabar como un cencerro.

—Fue así, no creas que bromeo.

—¿Y quién lo hizo, quien te disparó?

—Los enemigos de Vishous.

Manny se aferró a su crucifijo y el católico que llevaba dentro comenzó a creer súbitamente que los santos eran mucho más que ejemplos de buen comportamiento: probablemente eran su último recurso en aquel manicomio.

—Ya no soy la que conociste, Manny. En muchos sentidos. —Había una enorme tristeza en la voz de Jane—. Ni siquiera estoy viva de verdad. Esa fue la razón por la que no volví a verte. No fue por aquello de la separación entre los vampiros y los humanos, no, sino porque en realidad ya no estoy aquí.

Manny parpadeó. Como una vaca aturdida. Varias veces.

Cojonudo. ¿Entonces se suponía que lo más consolador de todo esto era descubrir que su antigua cirujana de traumatología era un fantasma? Manny sintió que su radar se apagaba por completo. Había sufrido tantas explosiones últimamente que, como una articulación dislocada, ahora su cerebro tenía total libertad de movimiento.

Y, desde luego, ya no funcionaba.

Pero ¿a quién le interesaba?

CAPÍTULO

26



En el centro de Caldwell, Vishous exploraba la noche completamente solo, mientras atravesaba la explanada que se extendía debajo de los puentes de la ciudad. Había comenzado en el ático, pero no se había quedado allí más de diez minutos, y a fe que era paradójico pensar que todas esas ventanas de cristal, tras las que tanto se había desahogado, ahora le resultaban opresivas. Después de lanzarse al aire desde la terraza, sus moléculas habían vuelto a fusionarse junto al río. Los otros Hermanos debían de andar por los callejones buscando restrictores y encontrándolos, pero V no quería compañía hoy. Quería pelear.

Solo.

Al menos eso fue lo que se dijo a sí mismo.

Sin embargo, después de una hora caminando sin rumbo, se dio cuenta de que en realidad no estaba buscando una confrontación. En realidad no estaba buscando nada.

Se sentía completamente vacío, tan vacío que sentía curiosidad por saber de dónde venía el impulso que le hacía seguir caminando, pues le parecía estar actuando de manera inconsciente.

Se detuvo a observar las perezosas y fétidas aguas del Hudson y soltó una amarga carcajada.

A lo largo de toda su vida, había acumulado una cantidad de conocimientos que podía equipararse con los de la maldita Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. Algunos eran útiles, tales como el arte de pelear, cómo fabricar armas, cómo obtener información y mantenerla en secreto. Y también había otros muchos relativamente inútiles para la vida cotidiana, como el peso molecular del carbono, la teoría de la relatividad de Einstein, las ideas políticas de Platón. También había conocimientos, ideas, en los que se había detenido una sola vez y luego nunca había vuelto a recordarlos. Y saberes que retomaba de vez en cuando, a intervalos regulares, y con los que disfrutaba como si fueran juguetes, hasta que se cansaba.

También había cosas en las que nunca, jamás se permitía pensar.

Y en medio de todos esos ejércitos cognitivos había un inmenso destacamento, afincado en el cerebelo o sus alrededores, que no era más que la cloaca a la que iban a parar muchas mierdas en las que no creía. Teniendo en cuenta que era un escéptico, allí había montañas y montañas de bolsas llenas de basura. Por ejemplo la idea de que los padres aman a sus hijos, o que las madres son un regalo de Dios y bla, bla, bla. Ese tipo de sandeces.

Si existía en la mente algo así como un Ministerio de Medio Ambiente, esa parte de su cerebro ya debería haber sido citada a un juzgado, multada y clausurada.

Pero era gracioso. El pequeño paseo de esta noche por los sórdidos pasajes subterráneos junto al río le había hecho escarbar en esa zona de su cerebro y rescatar algo de allí:

Los machos enamorados no son nada sin sus hembras. Eso no era basura. Eso era una puta verdad.

Era muy extraño. Siempre había sabido que amaba a Jane, pero como era un maldito discapacitado emocional había reprimido sus sentimientos sin darse cuenta. Mierda, ni siquiera cuando volvió a él después de morir y él descubrió brevemente no solo lo que significaba la felicidad absoluta sino cómo se sentía, ni siquiera en ese momento se había permitido soltarse.

Claro, la capa de hielo que lo recubría por fuera se había derretido gracias al calor que ella le brindaba, pero por dentro, en lo profundo de su ser, V había seguido igual. Por Dios, Jane y él ni siquiera se habían apareado formalmente. Él solo había llevado las cosas de ella a su habitación y, eso sí, gozando y reverenciando cada minuto que habían pasado allí. Pero cada uno hacía su vida independiente por las noches.

Ahora sentía que había desperdiciado todas esas horas.

Las había malgastado de una manera casi criminal.

Y ahora Jane y él se encontraban en una encrucijada, separados por brechas

que no sabía cómo rellenar, a pesar de toda esa inmensa cultura e inteligencia que poseía.

Joder, cuando había visto a Jane con esos malditos pantalones en la mano y esperando a que él dijera algo, se había sentido como si alguien le hubiese cosido los labios... Probablemente porque se sentía culpable por lo que había hecho en su ático. Pero ¿no era una locura sentirse culpable por eso? Su propia mano no podía ser considerada una rival amorosa. No había traición alguna.

Sin embargo, el problema era que el hecho de sentirse atraído hacia la clase de alivio que solía buscar en otras épocas le parecía un horror. Pero eso era porque el sexo siempre formaba parte del asunto.

Naturalmente, eso le hizo pensar en Butch. La solución que su amigo había sugerido era tan obvia que V se preguntaba por qué no la había considerado antes él mismo. Pero, claro, pedirle a tu mejor amigo que te dé una paliza no es exactamente algo que se te ocurra en cualquier momento.

Ojalá hubiera tenido esa posibilidad hacía una semana. Tal vez eso habría ayudado.

Pero la escena en la habitación no era el único problema que Jane y él tenían, ¿verdad? Ella tenía que haber acudido a él para hablar de la situación desesperada de su hermana. Tenía que haberle consultado antes de decidir darle aquella puta jeringuilla.

La rabia comenzó a propagarse en su interior como una peste, y sintió miedo de lo que había al otro lado de esa sensación de vacío. Él no era como otros machos, nunca lo había sido, y no solo porque su mami fuera una maldita deidad hija de la gran puta; conociendo su suerte, podía ser el único macho enamorado sobre la superficie de la tierra que lograra superar el inútil aturdimiento que producía el hecho de perder a su shellan... para llegar a un lugar, ay, mucho más terrible.

La locura, por ejemplo.

Un momento, él no sería el primero, ¿o sí? Murhder había perdido la razón. De manera absoluta e irrevocable.

Tal vez pudieran fundar un club de pirados. Y el saludo podría incluir el uso de dagas.

Eran unos malditos paralíticos emocionales.

Con un gruñido, V dio media vuelta y se dirigió al lugar de donde venía el viento... y en ese momento habría elevado una plegaria de agradecimiento, si no odiara tanto a su madre. Porque en medio de la bruma, flotando sobre los vapores y la humedad, el dulce olor de su enemigo brindó a su estado de aturdimiento un propósito y una definición que le hicieron sentirse mucho mejor.

El vampiro masoquista notó que sus pies comenzaban a caminar y luego a trotar y enseguida a correr. Y cuanto más rápido avanzaba, mejor se sentía: ser un asesino despiadado era mucho, pero que mucho mejor que ser un zombi

vacío. V quería mutilar y matar; quería destrozar con los colmillos y con las manos; quería sentir la sangre de sus enemigos sobre él y dentro de él.

Quería que los gritos de aquellos que mataba resonaran en sus oídos.

Atraído por el asqueroso olor, V procuró atajar por distintas avenidas y atravesó un laberinto de callejones y pasajes, persiguiendo una peste que se volvía cada vez más intensa. Y cuanto más se acercaba, más aliviado se sentía. Tenía que haber varios de ellos. Y lo mejor era que no había rastro de sus hermanos, lo cual significaba que los tendría todos para él.

Un banquete privado.

Al dar vuelta a la última esquina, entró en una cloaca urbana no muy profunda, pero amplia, y frenó en seco. El callejón no tenía salida por el otro lado, pero los edificios que había a lado y lado encajonaban el viento que venía del río y lo devolvían directamente a sus fosas nasales enriquecido con todos los olores del lugar.

¿Qué demonios era eso?

El hedor era tan fuerte que su nariz comenzó a pedir a gritos una tregua, pero, para su sorpresa, no se encontró con ningún grupo de descoloridos armados con cuchillos y esperándolo.

El callejón estaba vacío.

Solo entonces notó el sonido de un goteo. Como si hubiese un grifo a medio cerrar.

Después de crear a su alrededor un poco de mhis, V se quitó el guante de la mano resplandeciente y utilizó la palma de su mano para alumbrar el lugar. Mientras caminaba, la luz formaba un haz frente a él y lo primero que vio fue una bota... que estaba unida a una pantorrilla forrada en tela de camuflaje... y a un muslo y una cadera...

Pero eso era todo.

El cuerpo del asesino había sido cortado por la mitad como si fuera un trozo de jamón y el corte horizontal dejaba ver parte del tracto intestinal y el muñón de la columna vertebral, que brillaba con su color blanco en medio de la grasa negra.

Un ruidito atrajo su atención hacia la derecha.

Esta vez vio primero una mano... una mano pálida que clavaba las uñas en el asfalto húmedo y luego se alzaba, como si estuviera tratando de cavar un agujero en el suelo.

El restrictor no era más que un torso, pero todavía estaba vivo. Sin embargo, eso no era ningún milagro, sino algo natural en ellos: hasta que no los apuñalas en el corazón con algo hecho de acero, los asesinos siguen viviendo, sin importar el estado en que se encuentren sus cuerpos.

Cuando V movió lentamente su mano-lámpara hacia arriba, pudo ver algo mejor la cara de aquella cosa. Tenía la boca abierta y la lengua se movía como

si estuviera tratando de hablar. Como se había vuelto habitual en la más reciente cosecha de asesinos, se trataba de un recluta nuevo, cuyo pelo oscuro todavía tenía que decolorarse hasta volverse tan blanco como la harina.

V saltó por encima del desgraciado y pasó de largo. Un par de metros más allá, encontró las dos mitades de un segundo asesino.

Al sentir que se le erizaban los pelos de la nuca en señal de alerta, V movió su mano resplandeciente a su alrededor, alejándose de los cadáveres mientras trazaba círculos concéntricos.

Vaya, vaya, vaya... esto sí que era un regreso al pasado.

Y no se trataba precisamente de un buen pasado.



Entretanto, en el complejo de la Hermandad, Payne yacía en su cama, esperando.

No solía ser muy paciente ni en sus mejores días, y sentía que habían pasado diez años desde que su sanador se había marchado. Cuando por fin regresó, llevaba consigo un panel delgado que parecía un libro.

El hombre se sentó en la cama y Payne notó una gran tensión en su rostro fuerte y atractivo.

—Siento haberme demorado tanto. Jane y yo estábamos analizando el asunto en el ordenador.

Payne no entendía de qué estaba hablando su sanador.

—Dime sin rodeos lo que tengas que decir.

Con manos rápidas y hábiles, el hombre abrió la parte superior de aquel adminículo.

—Tienes que verlo por ti misma, es lo mejor.

Reprimiendo unas enormes ganas de maldecir, la vampira parálitica obligó a sus ojos a fijarse en la pantalla. De inmediato reconoció la imagen de la habitación en la que se encontraba. Sin embargo, se trataba de una imagen anterior, porque mientras estaba en la cama, ella observaba fijamente el baño. La imagen estaba congelada, como si fuera un cuadro, pero luego, cuando el hombre tocó algo, una pequeña flecha blanca se movió en la pantalla y la imagen se volvió animada.

Payne frunció el ceño y se concentró en su imagen. Estaba brillando con luz propia: cada centímetro de piel que se veía parecía iluminado desde dentro. ¿Por qué pasaría eso?

Luego se vio enderezándose, levantando el tronco de las almohadas, y torciendo el cuello para poder espiar a su sanador. Después siguió ladeándose y comenzó a desplazarse hacia los pies de la cama...

—Estoy sentada. ¡Sobre las rodillas!

En efecto, su figura resplandeciente se había enderezado perfectamente y se había sostenido con total equilibrio, mientras observaba a Manny en la ducha.

—Ciertamente, lo hiciste. —Sonreía, y ahora el iluminado parecía él.

—También estoy irradiando una luz. ¿Por qué sucede eso?

—Teníamos la esperanza de que tú pudieras explicárnoslo. ¿Alguna vez te había sucedido eso anteriormente?

—Que yo sepa, no. Pero pasé tanto tiempo encerrada en prisión que siento como si no me conociera a mí misma. —La grabación se detuvo—. ¿Podrías pasarla nuevamente?

Al ver que su sanador no contestaba y las imágenes no volvían a moverse, Payne miró de reojo a Manny... pero se sobresaltó. El rostro del hombre expresaba una rabia tormentosa tan profunda que sus ojos se habían vuelto casi negros.

—¿En prisión? ¿Quién te encerró y por qué?

Qué extraño, pensó vagamente Payne. Siempre le habían dicho que los humanos eran criaturas mucho más débiles que los vampiros. Pero el instinto protector de su sanador parecía tan inmortal como el de su propia especie.

A menos, claro, que no se tratara de instinto protector. Pudiera ser que le disgustara mucho que hubiera estado prisionera, sin más.

¿Y quién podría culparlo?

—¿Me has oído, Payne?

—Sí... Perdóname, sanador... tal vez no usé la palabra correcta, pues ésta no es mi lengua materna. Quería decir que he pasado mucho tiempo bajo la custodia de mi madre.

Aunque era casi imposible, Payne trató de que en su voz no se notara el disgusto que le producía pensar en eso, y al parecer la estrategia funcionó, porque enseguida Payne vio cómo su sanador se relajaba y volvía a respirar.

—Ah, bueno. Desde luego, esa palabra no significa lo que crees que significa.

En efecto, los humanos también tenían estándares de comportamiento, ¿no es así? Y el alivio que Manny parecía haber sentido era tan grande como la tensión que Payne había visto en sus ojos. Pero, claro, era normal buscar tanto en las hembras como en los machos un comportamiento moral y decente.

Cuando el sanador volvió a poner las imágenes de la grabación, Payne se concentró en el milagro que había tenido lugar. Y se sorprendió sacudiendo la cabeza ante lo que veía.

—En verdad no me di cuenta. ¿Cómo puede ser posible?

El cirujano suspiró.

—Lo he discutido con Jane... y ella, bueno, nosotros tenemos una teoría. —Manny se puso de pie y se acercó a una de las lámparas del techo para inspeccionarla—. Es una locura, pero... tal vez Marvin Gaye sí sabía de qué estaba hablando.

—¿Marvin?

Con un movimiento rápido, Manny agarró un asiento y lo puso directamente debajo de la lámpara.

—Era un cantante. Tal vez algún día te deje oír una de sus canciones. —El médico apoyó un pie sobre el asiento y se levantó hasta el techo, donde desconectó algo de un tirón, antes de bajarse—. También hizo música específica para baile.

—No sé bailar.

Manny se volvió a mirarla y entornó los ojos.

—Otra cosa que te puedo enseñar. —Mientras el cuerpo de Payne comenzaba a arder, Manny se acercó a la cama—. Y estoy seguro de que me va a gustar mucho enseñarte a bailar.

El hombre se inclinó, los ojos de Payne se clavaron en sus labios y luego sintió que comenzaba a respirar más rápido. Iba a besarla... Santo Cielo, él iba a...

—Querías saber qué era correrse. —Ahora la voz del hombre parecía más bien un resuello. Las bocas se encontraban a escasos centímetros la una de la otra—. ¿Qué tal si te lo muestro en lugar de explicártelo con palabras?

Y diciendo eso, Manny accionó un interruptor y apagó las luces, sumiendo la habitación en una penumbra interrumpida solamente por la luz del baño y la claridad que se colaba por debajo de la puerta que daba al pasillo.

El galán insistió en voz baja.

—¿Quieres que te lo muestre?

En ese momento, Payne sintió que solo había una y nada más que una palabra en su vocabulario:

—Sí.

Pero entonces él retrocedió.

Y cuando una protesta estaba a punto de brotar de su garganta, la enferma se dio cuenta de que su sanador se había ubicado justamente en el camino del rayo de luz que venía del baño.

—Payne...

El sonido de su nombre pronunciado por esos labios hizo que Payne empezara a tener serias dificultades para respirar.

—Sí...

—Quiero que tú... —Al tiempo que empezaba a hablar, bajaba la mano hasta el borde de la camisa para levantarla lentamente e ir dejando a la vista los espectaculares músculos abdominales— me deseas.

Por todas las vírgenes, claro que lo deseaba.

Y él también la deseaba a ella, porque cuanto más miraba a Payne, más se contraían y se relajaban esos abdominales, como si él también tuviera dificultades para respirar.

Entonces el sanador deslizó la mano hasta la cintura.

—Mira lo que tú me haces.

En ese momento alisó la tela de los pantalones a la altura de la entrepierna y quedó muy claro eso, que la deseaba.

La mujer reaccionó de inmediato.

—¡Eres un pearsom! Ya lo creo que lo eres.

—Y dime, ¿eso es bueno?

—Es...

Payne clavó la mirada en el abultamiento poderoso que se erguía alzando la tela frontal de los pantalones, que ya no parecían anchos, como ocurría un poco antes. No estaba al aire, pero lo imaginaba grande, apetecible, suave. Enorme. Aun con muchas lagunas, la mecánica del sexo no le era del todo desconocida en el plano teórico, lógicamente, pero hasta ahora no se había podido explicar la razón por la cual las hembras se sentían atraídas hacia los machos. Sin embargo, al mirar a su sanador, ahora le parecía natural. La Elegida sintió que su corazón dejaría de latir y la sangre se le detendría en las venas si no lo tenía dentro de ella cuanto antes.

Manny no se detuvo en sus propuestas tentadoras.

—¿Quieres tocarme?

—Por favor, sí, cuanto antes, por favor.

—Pero primero mírate a ti misma, bambina. Levanta un brazo y mírate.

Payne bajó la vista solo para complacerlo y así poder seguir cuanto antes con lo que estaban haciendo...

Pero su piel estaba brillando desde adentro, como si el calor y las sensaciones que él había producido se hubiesen manifestado en forma de luz.

—Dios. No sé... no sé qué me está pasando.

—Creo que estamos viendo la solución. —Manny se sentó junto a los pies de Payne—. Dime si sientes esto. —Posó suavemente la mano sobre una pantorrilla de la mujer.

—Calor —dijo Payne con voz ahogada—. Siento calor.

—¿Y aquí?

—¡Sí, sí!

Como Manny se movió hacia arriba, hacia los muslos, Payne apartó las mantas con brusquedad para que nada impidiera el contacto. Sentía que el corazón se le iba a salir del pecho.

El cirujano puso la mano sobre la otra pierna.

Esta vez... no sintió nada.

—No, no... ¡tócame otra vez, tócame otra vez! —La devoraba la ansiedad, pese a lo cual parecía totalmente concentrada en las sensaciones—. Tócame.

—Espera...

—¿Qué pasa?... ¡Hazlo otra vez! Por lo que más quieras, hazlo otra vez.

—Payne. —Manny le agarró las manos que estaba agitando incontroladamente—. Payne, mírate.

El resplandor había desaparecido. Su piel, su carne, volvía a ser normal.

—¡Maldita sea!

—Tranquila, preciosa. Escucha, mírame. —Después de un momento, los ojos de Payne se encontraron con los del sanador—. Respira hondo y relájate. Vamos, respira conmigo. Eso es. Así está bien... Vamos a intentar recuperar las sensaciones.

Manny se inclinó sobre ella, y la Elegida notó el suave roce de sus dedos sobre el cuello.

—¿Sientes esto?

—Sí... —La impaciencia de la enferma parecía crecer por el efecto de aquella voz profunda, aquel contacto lento, premioso.

—Cierra los ojos.

—Pero...

—Ciérralos, por favor.

Obedeció. Las yemas de los dedos de su sanador desaparecieron... y fueron reemplazadas por su boca. Los labios le rozaron el cuello y enseguida comenzó a chuparle suavemente la piel.

Ese contacto desató un creciente calor entre las piernas de la criatura celestial.

—¿Sientes esto? —preguntó él con voz grave.

—Claro que sí.

—Entonces déjame seguir. —La empujó suavemente hasta que su espalda quedó de nuevo sobre las almohadas—. Tu piel es tan suave...

Mientras la acariciaba con la nariz, el sonido de la voz del sanador era como una música excitante y tranquilizadora al mismo tiempo. Los maravillosos dedos del cirujano se deslizaban por su clavícula... y luego comenzaron a bajar. Al sentir eso, Payne experimentó un curioso calor en el torso y sintió cómo sus pezones se ponían duros. Fue como si cobrara conciencia de todo su cuerpo... de cada centímetro de sí misma. Incluso de las insensibles piernas.

—¿Lo ves, bambina? Ya sientes otra vez.

Payne, embelesada, casi prefería no abrir los ojos, pero lo hizo y cuando los abrió y miró hacia abajo, el brillo le supuso un gran alivio... y la hizo aferrarse a las sensaciones que él le estaba causando.

El cirujano estaba lanzado de nuevo.

—Dame tu boca, déjame entrar en ella.

Aunque sonó como una orden que anunciara un asalto brusco, el beso fue suave y provocador. Manny se dedicó entonces a acariciar y chupar sus labios, a lamerla con delicada fuerza.

Payne notó el tacto de la mano del sanador sobre la pierna.

—Te siento. —En medio del interminable beso, los ojos se le llenaron de lágrimas—. Puedo sentir tu mano.

—Me alegra. —Manny se alejó un poco, con expresión seria—. No sé qué es esto exactamente, no te voy a mentir. Jane tampoco está segura.

—No me importa. Solo quiero recuperar mis piernas.

Manny se quedó pensando por un momento. Pero luego asintió con la cabeza, como si le estuviera haciendo una promesa.

—Y yo voy a hacer todo lo que pueda para devolvértelas.

Luego sus ojos se posaron sobre los senos de Payne y la respuesta fue inmediata... cada vez que respiraba, la tela que cubría los pezones parecía acariciarla y eso hacía que se pusieran más duros.

—Deja que te dé placer, Payne. Y ya veremos adónde nos lleva esto.

—Sí, eso es lo que quiero. —Payne tomó entre sus manos la cara del hombre y la acercó a su boca una vez más—. Por favor.

Como si se estuviera alimentando de una vena, Payne comenzó a nutrirse ahora del calor de los labios del médico, de la energía que irradiaba la lengua del médico cuando entraba en su boca.

Mientras gemía, se sumergió en las sensaciones que estaba recibiendo: el peso de su cuerpo sobre la cama, el flujo vital, maravilloso, de su sangre corriendo por las venas, el palpitante deseo que sentía entre las piernas, el exquisito dolor que experimentaba en los senos.

Notó la mano del macho humano sobre sus muslos, y habló entre jadeos.

—Sanador, escucha.

Manny se alejó un poco y ella se sintió feliz al ver que él también estaba jadeando.

—Payne, quiero hacer algo.

—Lo que sea. —El hombre sonrió—. Pero, antes, ¿puedo soltarte el pelo?

Ciertamente, su peinado era lo último en lo que ella en ese momento podía estar pensando, pero la expresión de su sanador parecía tan suplicante, tan intensa, que no podía negarle el capricho. En realidad no podía negarle ningún contacto de ningún tipo con ninguna parte de su cuerpo.

—Desde luego. Suéltamelo.

Los dedos de Manny temblaban ligeramente mientras se acercaban al extremo de la trenza.

—He querido hacer esto desde el primer momento en que te vi.

Poco a poco, centímetro a centímetro, fue liberando las fascinantes ondas negras de aquella melena maravillosa, enorme simplemente porque la elegida no tenía interés en ocuparse de ella, recortarla, retocarla. Sin embargo, al ver la profunda atracción que su hermosa y salvaje cabellera parecía despertar en él, Payne comenzó a preguntarse si no habría subestimado la importancia del pelo.

Terminada su excitante labor, el matasanos dejó que la melena reposara

sobre las sábanas, y se quedó mirando lo que para él era un espectáculo asombroso.

—Eres indescriptiblemente hermosa.

Tras siglos sin sentirse femenina, y mucho menos « hermosa », el sentimiento de admiración, por no decir adoración, que su sanador manifestaba no solo a través de las palabras sino del tono de voz, fue para ella la mejor de las sorpresas.

—Me has vuelto a dejar sin palabras —dijo Payne.

—Permíteme que haga otra cosa con tu boca.

Se metió con ella en la cama y se acostó a su lado. Payne se recostó sobre el mejor de los almohadones: el pecho y el vientre de su amado. Comparada con otras vampiras, Payne era grande. Sentía que su cuerpo había heredado todo el poder de su padre, hasta el extremo de sentirse con frecuencia un poco desproporcionada cuando se comparaba con otras hembras. A diferencia de la gracia sinuosa con que se movía la Elegida Layla, en verdad el cuerpo de Payne parecía diseñado para el combate y no para desempeñar funciones espirituales o sensuales.

Sin embargo, allí, con su sanador, se sintió a gusto con las proporciones de su cuerpo. Y aunque el sanador no tenía el tremendo peso de su hermano gemelo, era más grande y más corpulento que ella en todos los lugares donde debía ser más fuerte un macho. Acostada junto a él en medio de la penumbra, con los cuerpos tan cerca y la temperatura cada vez más ardiente, Payne había dejado de ser algo que no debería ser, una mole contrahecha y voluminosa, para convertirse en objeto de deseo y pasión.

Manny le susurró en la boca.

—Estás sonriendo.

—¿Lo estoy?

—Sí, y me encanta.

A la altura de la cadera, las manos del sanador penetraron por debajo del camisón y Payne lo sintió todo: desde el roce ligero del meñique, hasta la suavidad de la piel de la mano y el rastro ardiente que fue dejando mientras subía lentamente por el cuerpo. La hembra cerró los ojos y arqueó el cuerpo contra el macho, con plena conciencia de que estaba pidiendo algo, aunque sin saber todavía qué era lo que buscaba. Y aun sin saberlo, estaba segura de que se lo daría.

Sí, su sanador sabía exactamente qué era lo que ella necesitaba. La mano siguió subiendo por el costado y se detuvo debajo de los senos pesados y tiernos.

El cirujano seguía hablando con sugerentes susurros.

—¿Esto está bien?

Ella respondió con un hilo de voz.

—Lo está, y lo estará cualquier cosa que me sirva para poder sentir de nuevo mis piernas.

Pero no deseaba las caricias solo por eso, ni siquiera principalmente por eso. Lo que ahora la impulsaba en realidad era el deseo de tenerlo a él de tener su miembro dentro de ella.

—*¡Sanador!*

Una delicada caricia en los pechos había obligado a Payne a levantar el cuerpo del colchón y abrir las piernas, apoyándose sobre los talones. Y luego el pulgar del hombre se entretuvo en el pezón y el roce produjo una explosión de fuego en lo más profundo de su intimidad.

Las piernas de la hembra se movieron sobre la cama, impulsadas por la presión que sentía en el sexo.

—Me estoy moviendo.

La emoción y el deseo le volvieron la voz ronca. En efecto, ya no estaba paralizada, se movía; pero lo que más la emocionaba ahora no era eso, sino la inminencia de la consumación, de la posesión.

—Lo sé, bambina. Y me voy a asegurar de que tu movilidad sea permanente.

CAPÍTULO

27



En el centro de Caldwell, Butch dejó el Escalade en el aparcamiento subterráneo del Commodore y tomó el ascensor de servicio hasta el último piso del edificio. No tenía idea de qué se iba a encontrar al llegar al ático de V, pero de ahí era de donde venía la señal del GPS, así que hacia allí que iba.

En el bolsillo de su chaqueta de cuero llevaba todas las llaves necesarias para entrar en el santuario de Vishous: la tarjeta plástica para entrar en el estacionamiento, la tarjeta metálica para el ascensor y la llave de cobre que permitía abrir las cerraduras de las puertas.

El corazón le palpitaba aceleradamente cuando oyó una campanita y las puertas del ascensor se abrieron en silencio. Aquello de *libre acceso a todas las instalaciones* parecía adquirir un nuevo significado esa noche y, al salir al pasillo, Butch pensó que necesitaba una copa. La necesitaba con urgencia.

Frente a la puerta, Butch sacó la llave de cobre, pero primero utilizó los nudillos. Un par de veces.

Pasó cerca de un minuto antes de que se convenciera de que no había

respuesta y nadie le iba a abrir. Pero no quedó convencido de que no hubiese alguien allí dentro.

Al diablo con los nudillos. Butch golpeó la puerta, esta vez con el puño.

—¡Vishous, abre la puta puerta o entraré por mis medios!

Contó: uno, dos, tres, cuatro...

—A la mierda. —El expolicía metió la llave en la cerradura y la giró antes de apoyar el hombro contra el sólido metal de la puerta y abrirla de par en par.

Irrumpió como una tromba y oyó que la alarma se disparaba. Lo cual significaba que V no podía estar allí.

—Joder.

Rápidamente marcó una clave en el panel de control, apagó la alarma y cerró la puerta tras él. No había rastros de velas encendidas ni olor a sangre. En la atmósfera del santuario de su amigo no había nada más que aire frío y limpio.

Encendió las luces y parpadeó debido al resplandor que se produjo de repente.

Sí, joder... Tenía muchos recuerdos de ese lugar... Se vio entrando en el ático y desplomándose sobre el suelo después de que el Omega entrara dentro de él y saliera de la cuarentena... vio a V perdiendo la razón y saltando desde la maldita terraza...

Butch se acercó a la pared donde estaba el «equipo». Allí también había ocurrido otro montón de cosas. Algunas de las cuales ni siquiera se alcanzaba a imaginar.

Avanzó revisando aquella selección de objetos de metal y cuero. El ruido de sus botas rebotaba contra el techo y sentía que la cabeza le daba vueltas. En especial al llegar al final de la exposición: en la esquina, un par de esposas de acero colgaban del techo sostenidas por gruesas cadenas.

Si le ponías las esposas a alguien, podías alzarlo del suelo y dejarlo colgando como si fuese un trozo de carne.

Butch estiró la mano y tocó las esposas. No tenían almohadilla de protección, sino...

Clavos. Clavos romos que sin duda penetraban en la piel como si fueran dientes.

Se forzó a mantener la concentración en la tarea que lo ocupaba en ese momento, así que se puso a registrar el apartamento, revisando todos los recovecos... y encontró un pequeño chip sobre la encimera de la cocina. Era la clase de cosa que sólo V sabría cómo sacar de un teléfono móvil.

Así le había despistado.

—Hijo de puta.

Así que no había manera de saber dónde...

En esas, el teléfono sonó y Butch miró la pantalla. Gracias a Dios.

—¿Dónde diablos estás?

La voz de V sonó muy seria.

—Te necesito aquí. Novena y Broadway. Ya.

—A la mierda con eso... ¿Por qué está tu GPS en la cocina?

—Porque ahí lo dejé cuando lo saqué del teléfono.

—Vete a la mierda, V. —Butch apretó el puño sobre el teléfono y deseó que existiera una aplicación que te permitiera estirar la mano a través del éter y darle una bofetada al que estaba al otro lado—. No puedes...

—Ven aquí ahora mismo. Novena y Broadway. Tenemos problemas.

—Me estás jodiendo, ¿no crees? Primero haces lo posible para que no te puedan localizar y...

—Alguien está matando restrictores, policía. Y si es quien creo que es, tenemos problemas.

Pausa. Una larga pausa.

Butch preguntó con voz trémula.

—¿Qué has dicho?

—Novena y Broadway. Ya. Voy a llamar a los demás.

Butch colgó y corrió a la puerta.

Como solo le tomaría cinco minutos llegar a pie al punto en cuestión, decidió dejar el todoterreno en el aparcamiento. Al comenzar a avanzar por el laberinto de calles de Caldwell, supo que se estaba acercando debido al asqueroso olor que flotaba en el aire y al rumor que despertaba la proximidad del enemigo en sus entrañas.

Dobló la esquina de un callejón sin salida, se lanzó contra una pared de mhis y la penetró. Al salir al otro lado, percibió aroma a tabaco turco y vio una diminuta llama amarilla en el fondo del callejón.

Echó a correr hacia donde estaba V y solo se detuvo cuando llegó al primer cuerpo. O, mejor... una parte del primero.

—Hola, piernas.

Vishous se acercó y se quitó el guante para darle luz. Butch pudo ver de un solo golpe aquel panorama de piernas y entrañas.

—Joder.

—Partidos por la mitad —murmuró V—. Como si fueran trozos de mantequilla cortados por un cuchillo caliente.

El hermano tenía mucha razón. Parecía un corte casi quirúrgico.

Butch se arrodilló y sacudió la cabeza.

—Esto no puede ser resultado de la política de la Sociedad Restrictiva. Ellos nunca abandonarían los cuerpos de esta manera.

Dios sabía que los asesinos solían pasar por épocas de gran turbulencia, ya fuera porque el Omega se aburría con el líder de turno o debido a luchas de poder internas. Pero al enemigo le preocupaba tanto como a los vampiros mantener sus asuntos fuera de los radares humanos, así que no había manera de

que dejaran ese desastre para que lo encontrara la policía.

Butch adivinó la llegada de los otros hermanos y se puso de pie. Phury y Z se materializaron primero. Luego lo hicieron Rhage y Tohr. Y Blay. Esos eran todos por esa noche: Rehvenge solía pelear con frecuencia con la Hermandad, pero estaba en la colonia de los symphath, representando su papel de Rey de los Malditos, y Qhuinn, Xhex y John Matthew tenían la noche libre.

Rhage habló con gesto lúgubre.

—Dime que no estoy viendo esto.

—Tus ojos están funcionando perfectamente bien. —V apagó el cigarro contra la suela de su bota—. Yo tampoco podía creerlo.

—Pensé que él estaba muerto.

—¿Él? —Butch miró alternativamente a V y a Rhage—. ¿De quién habláis?

Holly wood, mirando los despojos, estaba a otra cosa

—¿Por dónde comenzar? Si al menos tuviéramos a mano un asador, podríamos hacer pinchos de restrictor.

—Sólo tú puedes pensar en comida en un momento como este —comentó alguien.

—Sólo digo...

Si la conversación siguió después de eso, Butch no la escuchó porque su alarma interna se disparó de repente.

—¡Atentos, estamos a punto de tener compañía!

Entonces dio media vuelta y se plantó de cara a la entrada del callejón. El enemigo se estaba acercando. Con rapidez.

V se le acercó.

—¿Cuántos son?

—Al menos cuatro, tal vez más. Esto puede ser una trampa, no tenemos retirada posible.



Entretanto, en el centro de entrenamiento de la Hermandad, Manny prestaba cuidados especiales a su paciente.

Mientras acariciaba los senos de Payne con una mano, ella se retorció debajo de él y sus piernas se agitaban con impaciencia sobre el colchón, al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás y su cuerpo resplandecía como la luna en una noche despejada de invierno.

—No te detengas, sanador. —Gemía mientras el cirujano trazaba círculos alrededor del pezón con el pulgar—. Siento... lo siento todo...

—No te preocupes, no voy a detenerme, sería lo último que pensara en este maravilloso instante.

No, Manny no tenía ninguna intención de echar el freno. Aquello era un

tratamiento médico experimental. Y un placer incontenible.

—Sanador, dame más, más, por favor.

Manny se abrió paso con la lengua en la boca de Payne y a la vez le apretó ligeramente el pezón. Luego empezó a levantarle el camisón.

—Déjame quitarte esto. Voy a ocuparme de ti... allí abajo.

Payne le ayudó mientras la desnudaba y le retiraba con sumo cuidado el material médico que la protegía. Cuando quedó completamente desnuda, el humano se quedó inmóvil por un momento. Se le secó la boca contemplándola. Tenía unos senos perfectamente formados, con pequeños pezones de color rosa, y su vientre largo y plano llevaba hacia una hendidura despejada que hacía que la cabeza le diera vueltas.

—¿Estás bien, sanador?

Pero lo único que Manny era capaz de hacer era tragar saliva. En vista de ello, Payne agarró la sábana y se la echó encima para ocultar su cuerpo.

—¡No! —La reacción fue fulminante—. Lo siento. Sólo necesito un minuto.

—¿Para qué?

Clímax, en una palabra. A diferencia de Payne, Manny sí sabía con precisión hacia dónde se dirigía el encuentro: en menos de minuto y medio, su boca iba a recorrerla por todas partes.

—Para reponerme. Eres increíble, y no tienes nada de lo que avergonzarte, sino lo contrario.

El cuerpo de Payne era una locura, pura armonía sexual recubierta de una piel suave y luminosa; en su opinión, musculosa y todo, era la mujer perfecta. Punto. Por Dios, nunca se había sentido tan excitado por ninguna de aquella muñequitas de club, con su artificial perfección, cuyo trato tanto había frecuentado.

Payne no solo era bella, sino que estaba llena de fuerza, y eso para él era puro sexo.

No obstante, la criatura debía salir de esta experiencia con su virginidad intacta. Claro que la mujer deseaba dar lo que él pidiera, pero en estas circunstancias no era justo tomar de ella algo que nunca podría recuperar. Movida por el deseo de devolver a sus piernas algo de su funcionamiento normal, seguramente estaría dispuesta a ir mucho más lejos de lo que lo haría si se tratara solamente de sexo sin más.

Aquella mierda entre ellos tenía un propósito claro, un fin terapéutico. No podía aprovecharse de ello, por mucho que le frustrara.

Manny se acercó a ella y repitió las palabras mágicas de un rato antes.

—Dame tu boca, bambina. Déjame entrar.

Se besaron y el hombre puso las manos sobre los perfectos senos.

Excitada como nunca, la vampira estuvo a punto de saltar de la cama.

—Calma, quieta. No digas nada, tranquila.

Aquella mujer era como un rayo dentro de una botella. Una maravilla, una tentación, un mortal peligro.

Imágenes de ambos copulando salvajemente pasaron por la cabeza del cirujano.

« Termina ya con esa mierda, Manello », se dijo para sus adentros.

Y entonces Manny se separó de la boca de Payne y fue hacia el cuello, acariciándola con la nariz, hasta hundir delicadamente sus dientes en el pecho; sólo lo suficiente para que lo sintiera. Y cuando las manos de ella se hundieron entre su pelo, Manny se dijo, con razón, que ella deseaba que se dirigiera exactamente al lugar al que se dirigía. No había más que ver la fuerza con que le apretaba la cabeza y la forma en que jadeaba.

Siguieron las caricias. El matasanos sacó la lengua y la deslizó lentamente por la piel hasta llegar a la cima sonrosada que coronaba el seno. Delicadamente, trazó círculos con la lengua alrededor del pezón.

La vampira, a punto de enloquecer, se mordía el labio inferior. Los colmillos, finalmente, dejaron un hilillo de sangre roja.

Sin pensarlo, el médico se levantó y atrapó con la lengua la sangre que había brotado...

Manny, que jamás habría pensado que sería capaz de hacer algo así, cerró los ojos. Aquella sangre tenía un sabor fuerte y misterioso, espeso, extrañamente suave al paladar.

El hombre sintió un cosquilleo en la boca, y después en las entrañas.

Nada más ocurrir esto, la mujer habló con voz gutural.

—¡No! No debes hacer eso.

Manny, sorprendido, abrió los ojos y vio cómo ella sacaba su propia lengua y lamía la sangre que había quedado.

—Sí, debo hacerlo.

Él también necesitaba más. Mucho más...

Pero la vampira le puso un dedo sobre los labios y negó con la cabeza.

—No. Te podrías volver loco.

Más bien se volvería loco si no tomaba un vaso entero de aquella preciosa sangre cuyo efecto parecía el de una sublime mezcla de cocaína pura y escocés de cien años. Sólo con aquella gotita que había lamido Manny se sentía como Supermán, notaba que su pecho latía con glorioso vigor y que todos sus músculos crecían, poseedores de nueva potencia.

Como si le hubiese leído el pensamiento, Payne insistió.

—No, no, no es prudente, de verdad.

Probablemente ella tenía razón; bueno, sin el probablemente. Pero eso no significaba que Manny no quisiera intentarlo de nuevo, suponiendo que tuviera otra oportunidad.

Manny volvió a concentrarse en el pezón, que besó y lamió una y otra vez.

Cuando vio que ella volvía a arquear el cuerpo, le pasó un brazo por debajo y la levantó hacia él. En lo único en lo que podía pensar ya era en el deseo de meterse entre las piernas de Payne con la boca... pero no estaba seguro de qué podría pasar si lo hacía. Se decía que necesitaba mantenerla en esa dulce fase de excitación, no asustarla con la clase de mierdas que a los hombres les gusta hacer a las mujeres.

Así que se conformó con bajar la mano hacia el lugar donde quería poner los labios. Deslizó lentamente la palma de la mano sobre el esternón y el abdomen. Y más abajo, hacia las caderas. Y más abajo, hasta la parte superior de los muslos.

—Ábreme paso, Payne. —Hablabla con suavidad, sin abandonar las caricias a los pezones—. Ábrete para que pueda tocarte.

La hembra hizo lo que le pedía y sus elegantes piernas se abrieron.

—Confía en mí.

La voz baja, excitada, inspiraba confianza, en efecto. Y ella confiaba.

Manny no las tenía todas consigo. Se sentía culpable por estar haciéndole aquellas cosas a una inocente criatura por primera vez en su vida, de modo que estaba decidido a no violar los límites que él mismo se había impuesto.

Y la criatura hablaba entre gemidos.

—Te obedezco y confío ciegamente en ti.

Dios tuviera piedad de ellos, pensó Manny, al tiempo que deslizaba la palma de su mano hacia la unión de...

—Mierda. —La vagina de Payne estaba caliente y empapada, parecía seda pura. Era imposible contenerse.

En un acto reflejo, Manny retiró la mano enseguida. La brusquedad del movimiento hizo que las sábanas salieran volando. Pero la hembra arqueó el cuerpo, ofreciéndose entre gemidos de suplicante deseo.

—Sanador, por favor... no te detengas.

—No sabes lo que quiero hacerte —dijo Manny para sus adentros.

—Estoy sufriendo.

Manny apretó los dientes.

—¿Dónde te duele?

—Donde me tocaste y después retiraste la mano. No te detengas, te lo suplico.

Manny abrió la boca y soltó todo el aire en un inmenso suspiro que pareció un rugido atávico.

—Querida, tú no...

—Haz lo que deseas hacerme, sanador. Lo que sea. Sé que te estás conteniendo.

No pudo aguantarse más. Se sumergió en las profundidades de la mujer con todo el deseo del mundo. Nada podía ya detenerlo, salvo una palabra de la

amada.

Como un rayo, Manny se había metido entre las piernas de Payne. Le apartó los muslos con las manos, para quedar frente a una vagina tentadora, brillante, lubricada, que palpitaba frente al impulso masculino de dominarla y aparearse.

Manny se entregó, pese a todas sus prevenciones. Ya le daba igual que lo partiera un rayo. Se dejó ir y la besó justamente allí. Y aquel beso no tuvo nada de gradual o delicado; Manny se sumergió con toda su fuerza, chupando y lamando, mientras ella gritaba y le arañaba los brazos.

Y el hombre se corrió. A pesar del infinito número de orgasmos que había tenido hacía bien poco en la oficina, eyaculó de nuevo. Y en abundancia. El zumbido que sentía en la sangre y el dulce sabor del sexo de Payne, la forma en que ella se movía contra sus labios, restregándose, buscando todavía más... todo fue demasiado.

—Sanador... estoy... al borde de... No sé qué... Yo...

Manny la lamó el sexo de extremo a extremo, una y otra vez.

—Entrégate, te voy a hacer disfrutar mucho.

Mientras jugueteaba con la lengua, Manny comenzó a acariciarla entre las piernas, sin penetrarla pero dándole exactamente lo que ella quería, tocándole el clitoris, con una cadencia e intensidad que la hacía batallar contra la sensación de impaciencia. El hombre quería enseñarle que esta expectativa previa al orgasmo era casi tan placentera como el propio orgasmo que estaba a punto de experimentar.

Dios, ella era increíble: su cuerpo duro flexionando y relajando los músculos, la barbilla apenas visible más allá de los senos perfectos y la cabeza que se echaba hacia atrás y tumbaba las almohadas... Todo era la cumbre de la excitación sexual.

Manny se dio cuenta del momento en que tuvo lugar la explosión del orgasmo femenino porque la hembra jadeó y se agarró de la sábana que cubría el colchón, rasgándola con sus uñas mientras se ponía rígida de pies a cabeza.

Y su sexo fue una fuente de increíble néctar.

Entonces él pasó la lengua.

Y con solo asomarse al corazón del sexo de Payne... pudo sentir sutiles contracciones que lo embriagaron definitivamente.

Cuando estuvo seguro de que Payne había terminado, se echó hacia atrás apoyándose sobre los brazos. Miró y maldijo. Dios, allí estaba, entregada, lista para recibirle, mojada y resplandeciente...

Abruptamente, Manny se bajó de la cama y retrocedió unos pasos. Sentía que su verga tenía las dimensiones del Empire State Building y sus testículos dos bombas atómicas al final de la cuenta atrás. Pero eso no era todo. Algo dentro de él rugía al sentir que no estaba dentro de ella... y ese impulso tenía que ver con algo más que el sexo puro. Manny deseaba «marcarla» de alguna manera.

¿Marcarla? Eso no tenía ningún sentido.

Desesperado, jadeando y al borde de la locura, el cirujano terminó por colocar las manos contra el marco de la salida al pasillo e inclinarse hacia delante, apoyando la frente contra el acero de la puerta. En cierto sentido, casi deseaba que alguien entrara en ese momento y lo golpeará hasta dejarlo inconsciente.

—Sanador, aún persiste...

Durante un momento, Manny cerró los ojos. No estaba seguro de poder repetir lo mismo tan pronto. Sentía que se moría por el hecho de no...

—Mírame —dijo ella.

El hombre hizo un esfuerzo para levantar la cabeza y mirar por encima del hombro... y entonces se dio cuenta de que Payne no estaba hablando de sexo: estaba sentada en el borde de la cama, con las piernas colgando y acercándose cada vez más hacia el suelo, mientras la extraña luz que irradiaba de ella la iluminaba de pies a cabeza. Al principio lo único que Manny pudo ver con claridad fueron los senos, y la forma grácil en que colgaban, llenos y redondos, con los pezones rígidos, en medio del aire frío de la habitación. Pero luego se dio cuenta de que estaba haciendo girar los tobillos. Primero uno y luego el otro.

¡Te lo dije, cretino! ¿Lo ves? Esto no tenía nada que ver con el sexo. De lo que se trataba era de la lucha de Payne contra la parálisis.

«¿Entendiste eso, imbécil?», se dijo Manny. Esto tenía que ver con la posibilidad de que ella volviera a caminar: el sexo como medicina... y sería mejor que no lo olvidara. Esto no tenía nada que ver con él ni con su polla.

Manny se apresuró a acercarse, con la esperanza de que ella no notara la evidencia de la eyaculación que acababa de tener. Pero, la verdad, no tenía de qué preocuparse. Payne tenía los ojos fijos en sus pies y los observaba con feroz concentración.

—Ven... —Manny hubo de esforzarse para que no se le quebrara la voz—. Déjame que te ayude a ponerte de pie.

CAPÍTULO

28



Vishous sintió que sus colmillos se alargaban. Una cuadrilla de asesinos formaba un círculo alrededor de la entrada al callejón. Eran bastantes, pensó Vishous. Al menos media docena. Y era evidente que sus compañeros debían de haberles dado las coordenadas, porque, de no ser así, el mhis habría ocultado a sus ojos toda esta carnicería.

Teniendo en cuenta el estado de ánimo en que V se encontraba, esta aparición debería haber sido como una bendición.

Pero había un problema: el callejón estaba construido de forma que la única manera de salir, aparte de abalanzarse contra las filas del enemigo, era desaparecer. Por lo general, eso no sería inconveniente, en la medida en que un combatiente experimentado siempre podía serenarse lo suficiente como para concentrarse y desmaterializarse, aun en el fragor de la batalla, pero para eso tenías que estar relativamente ileso y no te podías llevar contigo a ningún camarada.

Así que Butch estaba jodido si las cosas se ponían feas. Siendo mitad vampiro, mitad humano, el tío era literalmente incapaz de esparcir sus moléculas por el

éter para ponerse a salvo.

V se dirigió a su amigo.

—Ahora no te las vayas a dar de héroe, policía. Déjanos a nosotros la dirección de las operaciones.

—No estás hablando en serio, ¿verdad? —Butch lo estaba fulminando con la mirada—. Preocúpate por ti y no me jodas.

Pero eso no era posible. V no estaba dispuesto a perder en la misma noche las únicas dos brújulas que tenía en la vida.

Hollywood, como siempre, declaró inaugurada la batalla.

—Hola, chico. ¿Os vais a quedar ahí mirándonos o comenzamos?

Y así fue como comenzó la feroz lucha. Los restrictores avanzaron y se enfrentaron a la Hermandad cara a cara, cuerpo a cuerpo. Para asegurarse de contar con la privacidad que necesitaban, V redobló la barrera visual y la burbuja protectora creó una especie de espejismo en el que no se veía nada en caso de que los humanos pasaran por allí.

Mientras comenzaba a desgastar a un restrictor, V siguió pendiente de Butch. Naturalmente, el maldito expolicía estaba justo en el centro de la acción, enfrentándose a un novato alto y delgado a puñetazo limpio. A Butch le encantaba boxear y la cabeza era su blanco favorito, pero en esos momentos Vishous realmente preferiría que su amigo se dedicara a la esgrima o, mejor aún, al lanzamiento de misiles. Desde el techo. O desde el otro continente. Así nunca estaría cerca de las peleas. V sencillamente detestaba que el policía se acercara tanto, porque quién diablos sabía qué podía salir del bolsillo de un restrictor, novato o no, o cuánto daño se podía hacer con un arma o un pedazo de...

La patada llegó inesperadamente, por el aire, y fue como un yunque que golpeó a V justo en el costado. Mientras salía disparado hacia atrás y se estrellaba contra el muro de ladrillo, el vampiro masoquista recordó lo que solían enseñar a sus alumnos cuando todavía tenían la escuela de entrenamiento: la primera regla del combate es poner toda tu maldita atención en tu oponente.

Había que meterse en la cabeza que, aunque tuvieras el mejor cuchillo del mundo, si te distraías terminabas jodido, rebotando como una bola de ping-pong. O alguna cosa peor.

V volvió a llenar sus pulmones de aire y usó el impulso del oxígeno para saltar hacia delante y detener con las manos, a la altura del tobillo, la pierna que le atacaba por segunda vez. Sin embargo, el restrictor tenía una gran habilidad e hizo un movimiento estilo *Matrix*, utilizando las manos de V como base para dar un giro en medio del aire. La bota de combate dio justo contra el oído de V y su cabeza salió disparada hacia un lado, mientras se le reventaban toda clase de tendones y músculos.

El masoquista no pudo dejar de pensar en lo ventajoso que le resultaba que el dolor le ayudara siempre a concentrarse.

Gracias a la fuerza de gravedad, aquella patada voladora volvió a bajar después de llegar a su punto más alto y V vio cómo el asesino estiraba los brazos hacia el asfalto para evitar estrellarse de cara contra el suelo. Era evidente que el desgraciado esperaba que su oponente le soltara el pie, aturdimiento por el patadón en el oído.

Pero no. ¡Qué pena, corazón!

A pesar del dolor que sentía, o quizás gracias a él, V se aferró a ese tobillo y lo retorció en la dirección contraria a la pirueta de su dueño.

Crac.

Algo pareció quebrarse o dislocarse y, teniendo en cuenta que V estaba sujetando mejor que la escayola el pie y los huesos inferiores, pensó que probablemente debía de tratarse de la rodilla, el peroné o la tibia.

El señor de las patadas lanzó un grito, pero el vampiro todavía no había terminado con él. Sacó una de sus dagas negras y cortó el músculo que se extendía por detrás de la pierna y entonces pensó en Butch. Así que se dirigió a la parte superior de aquel cuerpo que se retorció, lo agarró del pelo y le hizo un bonito corte en el cuello con su cuchillo.

La incapacitación parcial no era suficiente esa noche.

Hecho esto, V se dio la vuelta, con el cuchillo lleno de sangre en la mano y echó un vistazo a las otras peleas que se estaban desarrollando a su alrededor. Z y Phury estaban trabajando sobre un par de restrictores... Tohr tenía el suyo propio... Rhage no luchaba, jugaba con otro... ¿Dónde estaba Butch?

En la esquina, el policía había tumbado a un asesino y se estaba inclinando sobre su cara. Los dos se miraban fijamente y la boca ensangrentada del restrictor se movía como la de un pecesito, abriéndose y cerrándose lentamente, como si supiera que lo que seguía no podían ser nada bueno para él.

La bendita maldición de Butch entró en acción al tiempo que el policía inhalaba profundamente. La transferencia se inició como una columna de humo negro que pasaba de la boca del asesino a la de Butch, pero rápidamente se convirtió en un río de mierda, la esencia del Omega pasando del uno al otro en una carrera vertiginosa.

Cuando terminaran, del asesino ya no quedarían más que unos restos cenicientos. Y Butch se pondría enfermo como un perro intoxicado y relativamente inútil.

V corrió hacia allá y por el camino esquivó una estrella ninja y agarró a un asesino que iba girando como un trompo, para devolverlo a la zona de ataque de Hollywood.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Levantó a Butch del pavimento y lo arrastró lejos de la zona de inhalación—. Tienes que esperar hasta el final, lo sabes de sobra.

Butch se agachó hacia un lado, intentando combatir las arcadas. Ya estaba

medio envenenado y el hedor del enemigo brotaba de todos sus poros, mientras el cuerpo luchaba contra el veneno. Necesitaba que lo curaran allí mismo, pero V no se iba a arriesgar a...

Más tarde se asombraría al recordar cómo se había dejado sorprender por el enemigo dos veces en una misma pelea.

Pero esa capacidad de introspección solo se despertaría muchas horas después, ahora se trataba de vencer o morir.

El bate de béisbol lo alcanzó a un lado de la rodilla y la caída que se produjo después del golpe fue estrepitosa. V se desplomó de inmediato. La pierna golpeada quedó atrapada bajo su considerable peso, en una antinatural postura que le provocó una terrible punzada de dolor en la cadera. Acababa de sufrir una lesión similar a la que él había infligido al de las patadas. Justicia poética, no te jode.

V se maldijo a sí mismo y al bastardo del bate y la buena puntería.

Había llegado la hora de pensar rápido. V yacía de espaldas sobre el suelo, con una pierna que zumbaba como si fuera un motor trabajando a marchas forzadas, y ese bate podía hacer mucho daño...

Entonces apareció Butch y se abalanzó sobre el asesino con toda la gracia de un búfalo herido, justo en el momento en que el bate se levantaba por encima del hombro en dirección a la cabeza de V para rematarlo. Gracias al enorme peso de su cuerpo, Butch y el asesino se estrellaron contra el muro de ladrillo y, después de un momento de su-puta-madre-qué-fue-eso, el asesino retorció el tronco y bufó como un animal herido.

Fue como si se estrellaran unos huevos gigantes. Los huesos del restrictor parecieron volverse líquidos y el maldito cayó sobre el pavimento, dejando que Butch se desplomara hacia atrás, con la daga llena de sangre negra en la mano.

El antiguo policía acababa de apuñalar al desgraciado. Miró a V y balbuceó.
—¿Estás bien?

Lo único que pudo hacer el vampiro bateado fue mirar a su mejor amigo.

Mientras los otros seguían peleando, ellos dos simplemente se quedaron mirándose a los ojos, con un fondo musical que incluía un coro de bramidos y golpes metálicos e ingeniosos insultos. Deberían decirse algo, pensó V. Había tantas cosas... que decir.

Al fin habló el masoquista.

—Quiero recibirlo de ti. Lo necesito.

Butch asintió con la cabeza.

—Lo sé.

—¿Cuándo?

El policía hizo un gesto con la cabeza en dirección a la pierna dislocada de su amigo.

—Primero tienes que recuperarte de eso. —Butch gruñó y se puso de pie—.

Y dicho esto, voy a buscar el Escalade.

—Ten cuidado. Llévate a uno de los hermanos con...

—A la mierda con eso. Y tú quédate donde estás.

—No voy a ir a ninguna parte con esta rodilla así, policía.

Butch se alejó y sus pasos parecían apenas un poco más firmes que los que habría podido dar V con la rodilla tal como la tenía. Entonces volvió la cabeza para mirar a los otros. Estaban ganando, poco a poco, pero de forma implacable, la balanza se iba inclinando a su favor.

Y cinco minutos después tenían aún más ventaja.

Pero siete asesinos más aparecieron a la entrada del callejón.

Era evidente que la segunda oleada había pedido refuerzos y estos también eran reclutas nuevos, que todavía no sabían bien cómo manejar el mhis. Obviamente, sus camaradas debían de haberles dado las coordenadas, pero sus ojos no podían ver más que un callejón desierto.

No obstante, los desgraciados superarían la ceguera muy pronto y romperían la barrera.

Moviéndose tan rápido como podía, V apoyó las palmas de las manos en el suelo y se arrastró hasta una puerta incrustada en el muro. El dolor era tan fuerte que su visión se nubló por un momento, pero eso no impidió que se quitara el guante y lo guardara dentro de la chaqueta.

El masoquista deseó con todas sus fuerzas que Butch no decidiera de repente volver a la lucha. Iban a necesitar transporte en cuanto terminara.

Cuando la siguiente tanda de asesinos atravesó la barrera, V dejó caer la cabeza sobre el pecho y comenzó a respirar con tanta suavidad que sus costillas apenas se movían. Con el pelo por la cara y los ojos protegidos por aquel velo negro, pudo observar la masacre de asesinos. Teniendo en cuenta ese increíble número de novatos recién inducidos, V pensó que la Sociedad tenía que estar importando psicópatas y sociópatas de Manhattan, pues las escorias de Caldwell simplemente no daban abasto para cubrir semejante aumento en las filas de sus enemigos.

Lo cual representaría una ventaja para la Hermandad.

Sin duda alguna.

Cuatro de los asesinos se encaminaron directamente a la pelea, pero uno, un perro guardián con hombros anchos y brazos que colgaban como los de un gorila, se dirigió a donde estaba V, probablemente en busca de armas.

Vishous esperó con paciencia, sin moverse, haciéndose el muerto.

No se movió ni siquiera cuando el maldito se inclinó sobre él. Permaneció donde estaba y esperó... Un poco más... un poco... más...

—¡Sorpresa, desgraciado!

V agarró al asesino de la muñeca y lo arrastró hacia él.

El restrictor cayó como un fardo sobre la pierna herida de V, pero eso no le

importó, porque la adrenalina era un magnífico analgésico, y además le dio la fuerza necesaria no solo para soportar el dolor sino para mantener al hijo de puta en su sitio.

Entonces V levantó su mano resplandeciente y la acercó a la cara del asesino. No había razón para golpearlo o darle una bofetada, el solo contacto de la prodigiosa palma era suficiente. Y justo antes de que lo tocara, los ojos de su víctima se abrieron como platos, mientras la luz hacía brillar la parte blanca alrededor del iris.

—Sí, esto te va a doler, qué pena, ¿verdad?

El chisporroteo y el grito resonaron con la misma fuerza, pero solo perduró el primero. Al final, lo único que quedó flotando en el aire fue un asqueroso olor a queso quemado, que se mezcló con el humo sucio. El poder de su mano consumió la cara del asesino en menos de un minuto y la carne y los huesos fueron devorados por el fuego mientras que el monstruo novato agitaba brazos y piernas en el aire.

Cuando solo quedó el Jinete sin Cabeza, V retiró su mano y se dejó caer. Habría sido genial quitarse ese peso de encima de su pierna herida, pero simplemente ya no tenía energías para nada más.

Su último pensamiento, antes de desmayarse, consistió en una oración para que sus amigos terminaran pronto con todo aquello. El mhis no iba a durar mucho más si él ya no estaba allí para mantenerlo... y eso significaba que se quedarían peleando a la vista de todo el mundo...

Luego se desmayó.

CAPÍTULO

29



Mientras permanecía sentada en el borde de la cama, con los pies colgando, Payne comenzó a flexionar primero uno y luego el otro, al tiempo que se maravillaba del milagro que era pensar una orden y lograr que las piernas la obedecieran.

—Ven, ponte esto.

Al levantar la vista, se sintió momentáneamente distraída por la boca de su sanador. Ahora, la Elegida no podía creer que ellos hubiesen... que él hubiese... hasta que ella...

Sí, ponerse una bata era buena idea, se dijo Payne.

—No dejaré que te caigas, tranquila. —El cirujano la tranquilizaba mientras la ayudaba a ponerse la bata—. No te quepa la menor duda de que estarás muy segura.

Le creyó. Creía ciegamente en aquel maravilloso humano.

—Gracias.

—No hay de qué. —Manny le tendió el brazo—. Vamos... hagámoslo de una vez.

Pero la gratitud que sentía era tan compleja que no podía dejar de explicarla. El «no hay de qué» no sirvió para frenar su discurso apasionado.

—Por todo, sanador. Gracias por todo, por venir, por ayudarme, por... bueno por eso que...

Manny le sonrió brevemente, ayudándola luego a salir del atolladero.

—Estoy aquí para hacer que mejores. Es lo mío.

—Eso es verdad, pero no todos los sanadores se portan así.

Y diciendo eso, Payne se impulsó con cuidado hasta ponerse de pie.

Lo primero que notó fue el frío del suelo bajo las plantas de los pies, y enseguida notó su propio peso y las cosas se pusieron francamente feas: los músculos sufrieron espasmos al recibir inesperadamente la presión de todo el cuerpo y las piernas se doblaron como si fueran frágiles cañas... Sin embargo, su sanador estaba allí cuando lo necesitó y enseguida le pasó el brazo por detrás de la cintura y la sostuvo.

Trató de afirmarse en pie durante unos segundos. Finalmente habló entre jadeos provocados por el esfuerzo y por la emoción.

—Estoy de pie. Estoy... de pie.

—Claro que lo estás.

La parte inferior de su cuerpo no se parecía a la de antes: los muslos y las pantorrillas temblaban tanto que Payne sentía que sus rodillas se golpeaban una contra otra. Pero lo importante era que estaba de pie.

Estaba entusiasmada:

—Ahora vamos a caminar.

Del desánimo más absoluto había pasado a la mayor osadía.

—Tal vez sea mejor hacer esto con calma...

—Al baño. —Se sentía capaz de cualquier cosa—. Vamos al baño, donde me ocuparé de mis necesidades personales sin la ayuda de nadie.

La independencia era un factor absolutamente vital. Tener el privilegio de disfrutar de la sencilla pero profunda dignidad de hacerse cargo de las necesidades de su cuerpo le parecía, después de todo lo sufrido, como maná caído del cielo, una prueba de que todo en la vida podía acabar siendo una bendición. O todo lo contrario, claro.

Solo que, cuando trató de dar el primer paso, no pudo levantar el pie.

—Cambia el peso del cuerpo. —El médico la hizo girar ciento ochenta grados y se colocó detrás de ella—. Tranquila, haz lo que te digo, que yo me ocuparé del resto.

Obedeció y notó que una mano de su sanador se apoyaba en la parte posterior de su muslo y le levantaba la pierna. Sin que él tuviera que decirselo, Payne intuyó que debía inclinarse hacia delante y descargar delicadamente el peso sobre esa pierna, mientras él le acomodaba la rodilla e impedía que la articulación fallara.

El milagro tenía mucho de maniobra mecánica, pero no por ello era menos emocionante.

Lo cierto es que Payne caminó hasta el baño.

Al alcanzar su objetivo, el enamorado cirujano la dejó a solas y ella utilizó la barra lateral incrustada en la pared para ayudarse.

Payne sonreía todo el tiempo. Lo cual, se decía a sí misma, era completamente ridículo.

Cuando terminó, se puso de pie apoyándose en la barra y abrió la puerta. Su sanador estaba esperando allí mismo. Ambos se ofrecieron los brazos al unísono.

—Vanos de vuelta a la cama. —Manny no rogaba, ordenaba—. Voy a examinarte y luego te conseguiré unas muletas.

Payne asintió con la cabeza y se desplazó lentamente hasta la cama. Cuando por fin se acostó, estaba jadeando, pero se sentía más que satisfecha. La debilidad era algo que podía soportar. Pero el horrible frío y la falta de sensibilidad eran como una sentencia de muerte.

Una sentencia que a punto estuvo de ejecutarse.

La vampira cerró los ojos, tragó saliva y respiró hondo. Mientras tanto, el doctor comprobaba sus constantes vitales con diligencia.

—Tienes la tensión un poco alta. Pero eso puede ser debido a lo que nosotros... en fin, lo que hicimos... lo que hicimos. Puede que yo también la tenga. —Manny se aclaró la garganta, algo que parecía estar haciendo mucho últimamente—. Ahora examinemos las piernas. Quiero que te relajes y cierres los ojos. No mires, por favor.

La mujer obedeció y Manny hizo su trabajo.

—¿Puedes sentir esto?

Payne frunció el ceño y se concentró en distinguir las diferentes sensaciones de su cuerpo, desde la suavidad del colchón, pasando por la casi imperceptible brisa fría que le acariciaba la cara, hasta la sábana sobre la que reposaba su mano.

Nada. No sentía...

Se incorporó de repente, como un resorte, impulsada por el pánico. Clavó la vista en sus piernas y vio que Manny no la estaba tocando: tenía las manos a los lados de su propio cuerpo.

—Me has engañado.

—No. Simplemente hago pruebas.

Volvió a acostarse y a cerrar los ojos con enormes deseos de maldecir, pero podía entender las razones de su sanador.

—¿Qué tal ahora?

Payne sintió un ligero peso debajo de la rodilla. Lo notaba con claridad meridiana.

—Tu mano está sobre mi pierna... —Entonces abrió un ojo y vio que no

había engaño—. Sí, me estás tocando.

—¿Alguna diferencia con respecto a lo que sentiste antes, es decir, la primera vez que empezaste a tener sensaciones?

Payne frunció el ceño.

—Es ligeramente... más fácil de sentir.

—El aumento de la sensibilidad es una magnífica señal.

Manny palpó el otro lado. Luego subió casi hasta la cadera. Después bajó hasta el pie. Luego examinó la parte interna del muslo... la parte externa de la rodilla.

Así llegó a la última zona.

—¿Y ahora?

En medio de la oscuridad, Payne se concentró por enésima vez en sus sensaciones.

—No, no siento... ahora nada.

—Bien. Ya hemos terminado.

Payne abrió los ojos y miró a su sanador. Experimentó un extraño estremecimiento. ¿Cómo sería el futuro que les esperaba a ellos dos?, se preguntó. ¿Qué pasaría después de este periodo de convalecencia? Con todos sus dramáticos inconvenientes, la parálisis tenía una ventaja: simplificaba mucho las cosas. Pero si se recuperaba, eso terminaría.

Llegado ese momento, ¿querría Manny estar con ella?

Payne estiró la mano y agarró la de su sanador.

—Eres como una bendición para mí.

—¿Por tu mejoría? —El médico negó con la cabeza—. No, esto es obra tuya, bambina. Tu cuerpo se está recuperando solo. Es la única explicación. —El sanador se inclinó sobre ella, le acarició el pelo y le estampó un casto beso en la frente—. Ahora tienes que dormir. Estás exhausta.

—No te irás, ¿verdad?

—Claro que no. —Manny miró de reojo el asiento que había usado para apagar la lámpara del techo—. Estaré aquí.

—Esta cama... es suficientemente ancha para los dos.

Al ver que el hombre vacilaba, ella tuvo la impresión de que algo había cambiado en él. Y, sin embargo, acababa de tratarla con maestría erótica y ese aroma suyo se había hecho más intenso... es decir que sin duda otra vez estaba excitado. No obstante... ahora parecía haber entre ellos una sutil distancia, una barrera invisible.

—¿Vienes? Por favor.

Manny se sentó en el borde de la cama y comenzó a acariciarle el brazo lenta y rítmicamente... Y esa actitud la puso nerviosa.

El médico trató de explicarse dulcemente.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no?

—Creo que será más fácil para todos si los detalles del tratamiento quedan solo entre tú y yo.

—Ah, entiendo.

—Ese hermano tuyo me trajo aquí porque está dispuesto a hacer cualquier cosa para que mejores. Pero hay una diferencia entre la teoría y la práctica. Si él entra y nos encuentra juntos en la cama, solo estaremos añadiendo otro problema a los que ya tenemos.

—¿Y si te digo que no me importa lo que él piense?

—Debes tener paciencia con él. —El sanador se estremeció—. Seré sincero contigo. No soy el mayor admirador de tu hermano, pero, por otro lado, le ha tocado verte aquí sufriendo, y eso...

Payne respiró hondo y pensó: ah, si solo fuera eso.

—Yo tengo la culpa de todo.

—Tú no pediste que te lesionaran.

—No me refiero a la lesión... sino a la preocupación de mi hermano. Antes de que llegaras, le pedí algo que nunca debí pedirle y luego lo empeoré todo... — Payne movió la mano como si quisiera cortar el aire—. Soy una maldición para él y su compañera. En verdad, soy una maldición.

Que a ella le hubiese faltado fe en la benevolencia del destino era, quizás, comprensible, pero lo que había hecho al pedirle a Jane que la ayudara era imperdonable. La intervención del sanador había sido una revelación y una bendición más allá de todo lo imaginable, pero ahora en lo único en lo que podía pensar era en su hermano y su shellan... y en las repercusiones que su cobardía estaba teniendo y podía tener en ellos.

La vampira se estremeció, mascullando maldiciones.

—Necesito hablar con mi hermano.

—Está bien. Lo llamaré.

—Por favor.

Manny se levantó y se dirigió a la salida. Cuando tenía la mano sobre el picaporte, se detuvo.

—Necesito saber algo.

—Pregunta y te diré lo que sea.

—Quiero saber qué sucedió justo antes de que me trajeran de vuelta. Por qué fue a buscarme tu hermano.

No eran exactamente preguntas, sino solicitudes de confirmación, o de confesión. Payne sospechó, por ello, que Manny lo había adivinado todo.

—Eso es algo que debe quedar entre él y yo.

El cirujano entornó los ojos.

—¿Qué hiciste?

Ella suspiró y jugueteó con la manta.

—Dime, sanador, si no tuvieras esperanzas de volver a levantarte de la cama, y no tuvieses posibilidad de conseguir un arma, ¿qué harías?

Manny apretó los párpados por un momento. Luego abrió la puerta.

—Iré a buscar a tu hermano enseguida.

Cuando Payne se quedó a solas con sus remordimientos, trató de resistir la necesidad de maldecir. De arrojar objetos. De gritar a las paredes. Siendo la noche de su resurrección, debería estar eufórica, pero su sanador parecía distante, su hermano estaba furioso y ella tenía miedo al futuro.

Sin embargo, ese estado no duró mucho tiempo.

Aunque la cabeza le daba vueltas, la fatiga física terminó por aplacar en pocos minutos a la mente. La criatura celestial se sumió en un agujero negro sin sueños, que la abrazó en cuerpo y alma.

Su último pensamiento, antes de que todo quedara a oscuras y dejara de oír ruidos, fue que esperaba poder corregir sus errores.

Y quedarse, de una u otra forma, con su sanador para siempre.



Afuera, en el pasillo, Manny se recostó contra la pared de bloques de hormigón y se restregó la cara, agobiado.

No era ningún idiota, así que en el fondo del corazón intuía, con enorme dolor, lo que había ocurrido: lo único que podría haber obligado a ese maldito vampiro a regresar al mundo humano a buscarlo tenía que ser un genuino sentimiento de desesperación. Pero, por Dios... ¿qué habría sucedido de no haberle encontrado a tiempo? ¿Qué habría ocurrido si el hermano de Payne hubiese...?

—Qué mierda de vida.

Manny se separó de la pared y se dirigió al cuarto de suministros, donde buscó un traje de cirugía nuevo, se cambió y dejó el que se había quitado en el contenedor de la ropa sucia.

La sala de reconocimiento fue la primera parada de su recorrido, pero Jane no estaba allí, así que siguió caminando hasta la oficina con puerta de cristal.

Nadie.

De vuelta en el pasillo, oyó el mismo golpeteo que había escuchado antes y que venía del cuarto de pesas, así que decidió echar un vistazo: un tío con los pelos de punta estaba sudando sangre en la cinta andadora. El hijo de puta estaba literalmente bañado en sudor y su cuerpo parecía tan consumido que casi daba lástima.

Manny salió sin hacer ruido. No tenía sentido preguntarle a ese desgraciado. ¿Qué podría haber visto?

—¿Me estás buscando a mí?

Manny se volvió al oír la voz de Jane.

—Qué oportuna. Payne necesita ver a su hermano. ¿Sabes dónde está?

—En la calle, peleando, pero regresará antes del amanecer. ¿Sucede algo?

Manny sintió la tentación de responder: «¿Por qué no me lo cuentas tú?», pero decidió no hacerlo.

—Es algo entre ellos dos. Lo único que sé es que ella quiere verlo.

Jane desvió la mirada.

—Bien. Se lo diré. ¿Cómo está Payne?

—Ya anda.

Jane volvió la cabeza enseguida.

—¡Dios! ¿Sola?

—Con un poco de ayuda, pero muy poca. ¿No tendrás, por casualidad, unas muletas o algo parecido?

—Ven conmigo.

Jane lo condujo a un gimnasio prácticamente profesional, por tamaño y equipamiento. Lo cruzaron, hasta llegar al cuarto donde se guardaba el material. Sin embargo, en contra de lo que esperaba el cirujano, tan acostumbrado a ese tipo de instalaciones, no se encontraron con un cuarto lleno de balones ni cuerdas de ningún tipo. En lugar de eso, de las estanterías colgaban cientos de armas distintas: cuchillos, estrellas Ninja, espadas, catanas, puños de hierro...

—Bonita gimnasia practicáis aquí.

—Todo esto es para el programa de entrenamiento.

—¿Entonces están educando a la nueva generación en la ciencia y el amor?

—No te burles. Tienen que defenderse, y aquí practicaban... al menos hasta los ataques.

Jane pasó de largo frente a las estanterías llenas de armas hasta llegar a una puerta marcada con una etiqueta que decía «terapia física». Allí Manny se encontró con un cuarto de rehabilitación perfectamente equipado con todo lo que un atleta profesional necesitaría para mantenerse ágil y rápido como un rayo.

—¿Has hablado de unos ataques?

Jane se puso muy seria.

—Sí. La Sociedad Restrictiva asesinó a muchas familias y los que quedaron abandonaron Caldwell. Poco a poco están empezando a regresar, pero últimamente las cosas no han sido fáciles.

Manny frunció el ceño.

—¿Qué demonios es la Sociedad Restrictiva?

—Los humanos no son la principal amenaza para los vampiros. —Jane abrió un armario y enseñó a Manny toda clase de muletas, bastones y aparatos ortopédicos—. ¿Qué estás buscando exactamente?

—¿Contra eso, esa sociedad, es contra lo que pelea tu marido todas las noches?

—Sí, así es. Ahora, dime, ¿qué quieres?

Manny se quedó mirando el perfil de Jane y rápidamenteató cabos.

—Ella te pidió que la ayudaras a quitarse la vida, ¿verdad?

Jane cerró los ojos.

—Manny, no te ofendas, pero realmente en este momento no tengo fuerzas para sostener esta conversación.

El médico insistió, pese a todo.

—¿Eso fue lo que sucedió?

—Más o menos, sí.

Manny resopló y habló con un punto de emoción en la voz.

—Payne está mejor ahora. Creo que se va a poner bien.

—Nunca dejaré de admirarte. —Jane esbozó una sonrisa—. Siempre aparece tu toque mágico.

Manny estuvo a punto de clavar la mirada en el suelo, como si fuera un adolescente al que acaban de poner por las nubes.

—Bueno, tampoco hay que exagerar. Pero vamos a lo que interesa: me llevaré un par de férulas y un par de muletas. Creo que eso será suficiente.

Mientras Manny tomaba lo que necesitaba, sintió la mirada de Jane posada sobre él. Sin que la mujer dijera nada, la sorprendió.

—Y antes de que lo preguntes, la respuesta es no.

Jane se echó a reír.

—No sabía que fuera a hacerte una pregunta.

—Claro que lo sabías. Estabas a punto de hacerla. No me voy a quedar, no. La dejaré de pie y caminando, y luego volveré a mi vida de siempre.

—No era eso lo que estaba pensando. —Jane frunció el ceño—. Pero podrías quedarte, ¿sabes? Ya ha sucedido en otros casos. Yo misma me quedé. Y Butch. Y Beth. Porque me parece que ella te gusta.

Manny hizo una confesión en voz baja.

—La palabra «gustar» no refleja ni la décima parte de lo que siento.

—Entonces no hagas ningún plan hasta que esto termine.

El cirujano negó con la cabeza.

—Tengo una carrera que se está yendo a hacer puñetas debido, casualmente, a todas las cosas que habéis hecho con mi cerebro. Tengo una madre que, aunque no me adora, de todas maneras se preguntará por qué no aparezo en ciertas fechas. Y tengo un caballo que está seriamente lesionado. ¿Me estás diciendo que tu marido y sus amigos van a aceptar que yo tenga un pie en cada mundo? No lo creo. Además, ¿qué coño podría hacer con mi vida? Atender a Payne es un placer, no lo dudes, pero no lo quiero convertir en una profesión. En realidad tampoco quiero que ella termine con un tío como yo.

—¿Y qué es lo que tienes tú de malo? —Jane cruzó los brazos sobre el pecho—. No es por nada, pero eres un hombre maravilloso.

—Gracias por ahorrarme los detalles.

—Hay cosas que se pueden negociar.

—Está bien, supongamos que eso es cierto. Pero ahora respóndeme esto: ¿Cuánto tiempo viven ellos?

—¿Cómo dices?

—¿Cuál es la esperanza de vida de los vampiros? ¿Cuánto duran?

—Eso varía.

—Sí, varía, ¿pero por un margen de décadas o de siglos?—Al ver que Jane no respondía, Manny movió la cabeza—. Eso me imaginaba. En cambio a mí me quedan, ¿cuánto crees? ¿Unos cuarenta años de vida? Y en unos diez años voy a comenzar a envejecer. Ya tengo infinidad de dolores y achaques cuando me levanto por las mañanas y me está comenzando a atacar una artritis en las caderas. Ella necesita enamorarse de alguien de su propia especie, no de un humano que, en un abrir y cerrar de ojos, se convertirá en un paciente geriátrico. —Manny volvió a sacudir la cabeza—. El amor puede conquistarlo todo, menos la realidad. La puta realidad siempre gana, Jane.

Jane soltó una amarga carcajada.

—Eso es algo que no te puedo discutir.

Manny miró las férulas.

—Gracias por darme estos cacharros.

—De nada. Le diré a V que Payne quiere verlo.

—Perfecto.

Al regresar a la habitación de Payne, Manny entró con cuidado y se detuvo tan pronto cruzó la puerta. Estaba profundamente dormida en medio de la penumbra; el brillo ya había desaparecido por completo de su piel. ¿Volvería a estar paralizada cuando se despertara o serían definitivos los progresos que había hecho?

Se dijo que no había más remedio que esperar para averiguarlo.

Entonces dejó las muletas y las férulas contra la pared, se dirigió a una silla que había junto a la cama y se sentó. Se movió, cruzó y descruzó las piernas, tratando de encontrar una posición cómoda. No pretendía dormir. Sólo quería observar a Payne...

Y Payne se revolvió de repente.

—Ven aquí, por favor. Necesito tu calor.

El hombre se quedó donde estaba, y se dio cuenta de que si no se movía en realidad no era por temor al hermano de la celestial criatura. Era una especie de mecanismo de defensa lo que ahora le impulsaba a mantenerse alejado de ella. Estaba seguro de que, al menor acercamiento, se verían otra vez enredados en una situación comprometedor, porque sabía Dios que estaba dispuesto a darle placer durante horas, si era necesario. Pero no se podía permitir el lujo de soñar siquiera con que tuviesen futuro juntos.

Vivían en dos mundos distintos.

Y él sencillamente no pertenecía al mundo de Payne.

Manny se inclinó hacia delante, puso su mano sobre la de ella y le acarició el brazo.

—Tranquila, estoy aquí.

Para su sorpresa, cuando ella se giró, vio que no le dedicaba una mirada suplicante. Tenía los ojos cerrados, es decir que solo estaba hablando dormida.

—No me dejes, sanador.

—Me llamo Manny. Manello... Doctor Manello, pero llámame Manny.

CAPÍTULO

30



Quinn oyó el agudo silbido que rebotaba como una bala contra las paredes del vestíbulo de la mansión. Se dijo que tenía que ser cosa de John Matthew.

Joder, como si no lo hubiese oído miles de veces a lo largo de los últimos tres años.

Tras poner un pie en el primer escalón de la enorme escalera, Quinn se detuvo y se secó el sudor de la cara con la camisa que llevaba en la mano. Tuvo que agarrarse de la barandilla tallada para no perder el equilibrio. Después de hacer tanto ejercicio la cabeza parecía írsele un poco, como si fuese especialmente liviana, lo cual contrastaba con el resto de su cuerpo: las piernas y el trasero le pesaban tanto como debía de pesar aquella condenada mansión...

Sonó de nuevo el silbido, y Quinn se dijo que definitivamente alguien parecía estar hablando con él. Así que dio media vuelta y vio a John Matthew de pie, en medio de las puertas del comedor.

—¿Qué demonios te has hecho? —dijo John Matthew por señas, apuntando luego el dedo hacia su propia cabeza.

Qué vida ésta, pensó Quinn. En el pasado, una pregunta semejante habría

hecho referencia a muchas más cosas aparte de un cambio de peinado.

—Se llama rapado.

—¿Seguro? A mí me parece un absoluto desastre.

Quinn se pasó la mano por la cabeza rapada.

—No es nada raro.

—Al menos sabes que tienes la opción de usar peluca. —Los ojos azules de John se entornaron—. ¿Y dónde está el metal?

—En el armario de las armas.

—No me refiero a las armas, sino a toda la mierda que llevabas en la cara.

Quinn se limitó a sacudir la cabeza y dio media vuelta, pues no estaba interesado en hablar sobre todos los *piercings* que se había quitado. Estaba aturdido y exhausto físicamente y se sentía tan dolorido por el ejercicio que hacía a diario que...

Sonó otro silbido y sintió ganas de mandar a John a la mierda. Pero resistió la tentación porque eso implicaría más demora: John nunca lo dejaba escaparse cuando tenía el día pesado.

Quinn miró hacia atrás y gruñó.

—¿Qué coño pasa?

—Tienes que comer más. Ya sea con todos o por tu cuenta. Te estás convirtiendo en un esqueleto...

—Estoy bien...

—Tonterías. Será mejor que empieces a comer o haré que clausuren ese gimnasio y te prohíban la entrada. Tú decides. Aparte de eso, he llamado a Layla. Ya está en tu habitación esperándote.

Quinn apretó los puños y arrugó la despejada frente. Agitó con fuerza la cabeza. Mala idea, porque sintió como si el vestíbulo comenzara a dar vueltas a su alrededor. Así que tuvo que agarrarse otra vez de la barandilla. Una vez seguro, tronó.

—Yo puedo apañarme solo.

—Pero como no ibas a hacerlo, lo hice por ti... Aparte de matar a una docena de restrictores, esa será mi buena acción de la semana.

—¿Quieres dártelas de Madre Teresa? Pues búscate otro menesteroso a quien beneficiar. Yo no sirvo.

—Lo siento. Te elegí a ti y será mejor que te muevas. No querrás hacer esperar a una dama. Ah, y mientras Xhex y yo estábamos en la cocina, le pedí a Fritz que te preparara algo de comer y te lo llevara a tu cuarto. Chao.

Al ver que John se marchaba hacia la cocina, Quinn le gritó con rabia.

—No quiero que te conviertas en mi salvador, imbécil. Me puedo valer por mí mismo.

La respuesta de John fue un corte de mangas por encima de la cabeza, prosiguiendo su camino, sin darse la vuelta.

—¡Vete a la mierda!

Realmente no quería ver a Layla en ese momento.

No es que tuviera nada contra la Elegida, pero la idea de encerrarse ahora con una persona siempre interesada en mantener relaciones sexuales sencillamente lo dejaba extenuado. Lo cual era toda una ironía, ¿no? Hasta ahora, el sexo no es que hubiera formado parte de su vida, sino que era toda su vida. Pero ¿qué había ocurrido en la última semana? La idea de estar con alguien le causaba náuseas.

Por Dios, de seguir así, el pelirrojo de la otra noche sería la última persona con la que habría follado en su vida. Era evidente que la Virgen Escribana tenía un perverso sentido del humor.

Con ánimo sombrío, se obligó a marchar escaleras arriba, casi arrastrándose. Por el camino se preparó para decirle a Layla, de la manera más amable, que por favor se ocupara de sus propios asuntos.

Pero al llegar al segundo rellano sintió un mareo que lo obligó a frenar en seco.

Durante las últimas siete noches, se había acostumbrado a la permanente sensación de aturdimiento que le producía la combinación de hacer todo el ejercicio que estaba haciendo en el gimnasio y comer como un pajarillo. En realidad, eso era exactamente lo que buscaba: marearse. Joder, era más barato que emborracharse y la sensación de estar volando sólo cesaba cuando comía.

Pero este mareo era distinto. Se sentía como si alguien lo hubiese empujado por detrás y sus piernas ya no fueran capaces de sostenerlo; aunque, a juzgar por lo que podía percibir, al parecer todavía estaba de pie. Además, tenía las caderas apoyadas en la barandilla.

Hasta que, súbitamente, sin que mediara ningún aviso, una de sus rodillas se dobló y Qhuinn se desplomó como un libro que cae de una estantería. Cataplás.

Gracias a sus rápidos reflejos, no cayó del todo, pero se quedó prácticamente colgando de la maldita barandilla. Entonces clavó la mirada en la pierna y se dio un par de golpes, mientras respiraba profundamente y apelaba a toda su fuerza de voluntad para obligar a su cuerpo a seguir subiendo.

Sin embargo, todo fue en vano.

En lugar de eso, se fue escurriendo lentamente y tuvo que dar media vuelta y agacharse, hasta quedarse en cuclillas sobre la alfombra. Además, no parecía poder respirar... o, mejor dicho, respiraba pero no servía de nada.

Joder... Maldición... Vamos...

A la mierda.

Desde arriba le llegó una voz.

—¿Le ocurre algo, señor?

Dos veces a la mierda.

Mientras apretaba los ojos, Qhuinn pensó que la aparición de Layla era como

la comprobación de las malditas leyes de Murphy en vivo y en directo.

—Señor, ¿puedo ayudarte?

Pero, claro, tal vez había una cosa buena en aquella lamentable situación: mejor que lo hubiera encontrado Layla y no uno de los Hermanos.

—Sí. Es la rodilla. Creo que me he lesionado en el gimnasio.

Quinn levantó la vista cuando la Elegida se apresuró a bajar a auxiliarlo y, mientras ella parecía flotar, su túnica blanca contrastaba con el rojo profundo de la alfombra y el deslumbrante entorno dorado del vestíbulo.

Se sintió como un perfecto idiota cuando ella le tendió la mano. Quinn trató de ponerse de pie; pero no lo logró.

—Yo, verás, te advierto que soy muy pesado.

Entonces la preciosa mano de Layla agarró la suya con más fuerza y Quinn se sorprendió al ver que a él le temblaban los dedos. Y más se sorprendió al ver cómo Layla lo levantaba del suelo con un solo movimiento.

—Eres muy fuerte, Layla.

La Elegida le pasó el brazo por la cintura y lo ayudó a mantenerse en pie.

—Ven, te ayudaré a caminar.

—Estoy completamente sudado, perdona.

—No importa.

Y diciendo esas palabras, comenzaron a avanzar. Muy lentamente, terminaron de subir las escaleras y enfilaron el pasillo del segundo piso. Renqueaba a su paso frente a toda clase de puertas, que por fortuna estaban cerradas: el estudio de Wrath, la habitación de Tohrment, la de Blay... Quinn no quería ni mirar esa puerta. Luego pasaron ante la de Saxton. Bien, tampoco iba a echar abajo esa para lanzar a su primo por la ventana de una patada.

Más adelante, las habitaciones de John Matthew y Xhex, y finalmente la suya.

La Elegida le habló con dulzura.

—Abriré la puerta.

Tuvieron que entrar de lado debido a lo grande que era Quinn, que se sintió muy agradecido cuando por fin Layla cerró la puerta tras ellos y lo llevó hasta la cama. Nadie tenía que enterarse de lo que estaba ocurriendo. Lo más probable era que la Elegida aceptara su explicación de que solo era un dolor sin importancia provocado por una lesión de nada.

El plan era sentarse, pero en cuanto Layla lo soltó, el enflaquecido vampiro se desplomó hacia atrás sobre el colchón, y allí se quedó sin poder moverse. Bajó la vista hacia su cuerpo y se preguntó por qué no podría ver el coche que sin duda tenía aparcado encima. Definitivamente no era un Prius. Parecía más una Chevrolet Tahoe. O algo más grande. Un camión, incluso.

En todo caso, un coche bastante grande.

—Escucha, Layla, ¿podrías mirar en el bolsillo de mi chaqueta? Tengo ahí

una barra de proteínas.

De pronto se oyeron ruidos en la puerta. Y luego llegó el aroma de algo que parecía una cena.

—¿No quieres probar mejor un poco de asado, señor?

Quinn sintió que el estómago se le apretaba como si fuera un puño.

—Dios... no...

—También hay arroz.

—Sólo quiero una de esas barras, por favor.

Un sutil chirrido le sugirió a Quinn que Layla debía estar acercando la bandeja y, un segundo después, llegó hasta sus narices mucho más que el mero aroma de lo que Fritz había preparado.

—Espera... espera, mierda... —Quinn se estiró hacia la papelera y metió allí la cabeza a la espera de que se le pasaran las arcadas—. Comida, no, joder...

—Necesitas comer. —Layla le hablaba de pronto con sorprendente autoridad—. Y además yo te voy a alimentar.

—No te atrevas a...

—Toma. —En lugar de la carne o el arroz, Quinn se encontró frente a un trozo de pan—. Abre la boca. Necesitas la comida, señor. Eso fue lo que dijo tu John Matthew.

Quinn se dejó caer sobre las almohadas y se puso un brazo sobre la cara. Sentía el corazón dando brincos detrás del esternón y de repente se dio cuenta de que, si seguía así, realmente se podía matar.

Y curiosamente la idea no le pareció tan mala. En especial cuando recordó la cara de Blay.

Era tan hermoso. Tan absolutamente hermoso. Parecía estúpido, una completa mariconada, decir eso de su amigo, pero era cierto. Esos malditos labios eran el problema; atractivos y carnosos. ¿O tal vez eran los ojos, tan jodidamente azules?

Quinn había besado esa boca y le había encantado hacerlo. Había visto encenderse la chispa en aquellos ojos.

Él podría haber sido el primero, y el único, en tener a Blay. Pero ¿qué había ocurrido? Había llegado su primo y...

—No, joder —gruñó, ante la cercanía del pan, que le había sacado de sus pensamientos.

—Señor. Come.

Sin energía para batallar, Quinn hizo lo que le decían, abrió la boca, masticó de manera mecánica y tragó la comida a pesar de que sentía la garganta seca. Y luego lo volvió a hacer otra vez. Y otra más. Resultó que los hidratos de carbono apaciguaron el terremoto que había en su estómago y, más rápido de lo que cabría esperar, se vio deseando algo un poco más sustancioso. Sin embargo, lo que seguía en el menú era un poco de agua mineral, que Layla le dio en

pequeños sorbos.

—Tal vez deberíamos descansar un rato. —Quinn rechazó otro trozo de pan.

Se echó de lado, y notó, cosa que jamás le había ocurrido, que los huesos de sus piernas chocaban uno contra otro. Más le sorprendió ver que el brazo se posaba en el pecho de una manera distinta a la habitual: ahora había menos músculos pectorales que le sirvieran de colchón.

El pantalón de deporte Nike le quedaba ancho, muy flojo ya en la cintura.

Y pensar que se había hecho todo ese daño apenas en siete días.

A ese paso, en dos o tres sesiones de gimnasio más, dejaría de parecerse por completo al de siempre.

Al diablo con eso, la verdad era que ya no se parecía al de siempre. Tal como John Matthew había notado, no solo se había rapado la cabeza, sino que se había quitado el *piercing* de la ceja, el del labio inferior y otros, además de la docena de aros que llevaba en las orejas. También se había quitado los anillos del pecho. Todavía tenía un *piercing* en la lengua, pero no era visible. En realidad no se lo había quitado por eso, porque nadie podía verlo.

Estaba descontento, por no decir harto consigo mismo en muchos aspectos. Harto de ser el raro de la panda. Harto de arrastrar su reputación de promiscuo.

Y ya no le interesaba rebelarse contra un montón de cadáveres. Por favor, Quinn no necesitaba que ningún psiquiatra le explicara por qué era así: su familia parecía salida de una revista de la *glymera*, perfecta y conservadora, y como pago habían recibido a un maldito puto bisexual lleno de *piercings*, con atuendo gótico y enfermiza fascinación por las agujas. Pero ¿cuánto de todo aquello se correspondía verdaderamente con su personalidad y cuánto era simple expresión de rebeldía por tener los ojos de distintos colores?

¿Quién era él realmente?

De pronto sonó de nuevo la voz de la Elegida.

—¿Quieres más?

Menuda pregunta.

Cuando vio que la Elegida volvía a ofrecerle pan, el vampiro famélico dejó de oponer resistencia. Abrió la boca y se comió el maldito pan como si fuera un bebé. Y luego más. Finalmente Layla le acercó a los labios el tenedor con un trozo de asado.

—Probemos con esto, señor. Por favor, mastica lentamente.

¿Lentamente? No, guapa, imposible, mala suerte. Su organismo reaccionó enseguida ante el estímulo de la comida y empezó a devorar la carne, a veces con tanta prisa que mordía hasta el tenedor. Layla decidió seguirle el ritmo, dándole un bocado tras otro, tan rápido como él podía recibirlo.

—Espera un momento. —De repente, Quinn, otra vez mareado temió devolverlo todo.

Se acostó de nuevo sobre la espalda y apoyó una mano sobre el pecho. Hacer

respiraciones cortas y pausadas fue su salvación.

Si llenaba demasiado los pulmones creía reventar.

Después de un rato, la cara de Layla apareció en su campo visual.

—Señor, tal vez deberíamos parar aquí. Por ahora ha sido suficiente.

Quinn entornó los ojos y, por primera vez desde que había aparecido, la vio con claridad.

Dios, era preciosa, con ese pelo rubio recogido en la parte alta de la cabeza y ese rostro perfecto. Con esos labios de color fresa y esos ojos verdes que brillaban con la luz, Layla era todo lo que la raza valoraba en términos de ADN: no tenía ningún defecto visible.

Quinn levantó la mano y le acarició el moño. Era tan suave. No necesitaba ponerse laca; era como si las ondas de su pelo supieran que su trabajo era subrayar los rasgos y estuvieran ansiosas por cumplir lo mejor posible con su oficio.

—¿Qué ocurre, señor?—Se puso muy tensa.

Quinn sabía lo que había debajo de esa túnica: Layla tenía unos senos absolutamente maravillosos y su estómago era plano como una tabla... y esas caderas y el sexo sedoso entre las piernas eran tesoros por los que un hombre aceptaría caminar sobre cristales.

Quinn conocía esos detalles porque lo había visto todo, y había tocado y hasta puesto la boca en la mayor parte.

Sin embargo, no la había poseído. Y tampoco había llegado muy lejos. Siendo una ehros, Layla había sido entrenada para el sexo, pero al no haber un Gran Padre que sirviera a las Elegidas de esa manera, ella solo tenía conocimientos teóricos. Nunca había hecho trabajo «de campo», por decirlo de alguna manera. Durante un tiempo, Quinn había disfrutado de la oportunidad de mostrarle algunas cosas.

Pero no se sentía bien haciéndolo.

Bueno, ella había sentido muchas cosas que creía que estaban bien, pero sus ojos parecían tener demasiadas expectativas, mientras que el corazón de Quinn albergaba muy pocas como para que las cosas pudieran seguir adelante.

—¿Te gustaría alimentarte de mi vena, señor?—Layla, más tranquila, hablaba con voz sensual.

Quinn se quedó mirándola en silencio.

Los labios rojos de Layla se entreabrieron de nuevo.

—Señor, ¿te gustaría... tomarme?

Al cerrar los ojos, Quinn volvió a ver la cara de Blay. Pero no como era ahora, no. No vio al frío desconocido que él mismo había creado. Volvió a ver al antiguo Blay, el de los ojos azules que siempre estaban fijos en él.

—Señor, siga aquí, estoy a tus órdenes. Todavía. Siempre.

Cuando Quinn volvió a concentrarse en Layla, vio que tenía los dedos sobre

las solapas del manto y que había abierto las dos mitades, exhibiendo ante sus ojos aquel elegante cuello y la gloriosa hendidura del pecho.

—Señor, deseo servirte. —Layla, con gesto indescritiblemente erótico, se separó un poco más las dos partes del manto y se ofreció al vampiro no solo para que se alimentara de la vena sino de todo su cuerpo—. Tómame...

Quinn detuvo aquellas delicadas manos cuando bajaron hacia la cinta que ceñía la cintura.

—Para.

Layla abrió los ojos desmesuradamente. Se había quedado petrificada. Hasta que reaccionó y se recolocó bruscamente el manto.

—Entonces puedes tomar sangre de mi muñeca. —La mano le temblaba cuando se subió la manga—. Toma de mis venas lo que necesitas de manera tan evidente.

Layla no lo miró. Probablemente no podía hacerlo.

Y sin embargo allí estaba... rechazada por una desgracia que no tenía nada que ver con ella y que él nunca había querido imponerle... ofreciéndosele todavía, pero no de manera patética, sino porque había nacido y había sido criada para cumplir un propósito que no tenía nada que ver con lo que ella deseaba y sí mucho que ver con las rígidas normas sociales.

La Elegida, inocente pero digna, estaba decidida a cumplir con su deber. Aunque no la desearan por ser la persona que era.

Por Dios, Quinn sabía perfectamente lo que ella sentía en ese momento.

—Layla...

—No te disculpes, señor. Eso es más humillante.

Quinn la agarró del brazo porque tuvo la impresión de que la mujer estaba a punto de ponerse de pie.

—Mira, esto es culpa mía. Nunca debí comenzar ese juego sexual contigo...

—Ahora soy yo la que dice que es suficiente. —Layla y tenía la espalda tan tiesa como una tabla, la barbilla levantada y la voz un poco alterada—. Por favor, déjame ir.

Quinn frunció el ceño.

—Mierda, estás helada.

—¿Lo estoy?

—Sí. —Quinn pasó la mano por el brazo de Layla, como para comprobarlo—. ¿Tú también necesitas alimentarte? ¿Layla? ¿No me respondes?

La Elegida pareció relajarse un poco.

—He permanecido en el Otro Lado, en el Santuario, así que no lo necesito.

Bueno, eso tenía sentido, ciertamente. Si una Elegida vivía en el Otro lado, existía sin existir, así que no necesitaba beber sangre... aunque, al parecer, esa necesidad sí se podía reactivar. Durante los últimos dos años, Layla era quien se había encargado de alimentar a los Hermanos que no podían hacerlo de sus

shellans. Ella era la Elegida elegida por todo el mundo.

Entonces el vampiro pareció caer en la cuenta de algo.

—Espera, ¿no has ido a la casa de los Adirondacks?

Ahora que Phury había liberado a las Elegidas de la existencia rígida y aislada que llevaban, la mayor parte de ellas habían abandonado el Santuario en el que habían pasado encerradas siglos enteros y habían ido a la gran casa de campo de los Adirondacks, donde aprendían a disfrutar de las libertades que ofrecía la vida en este lado.

—¿Layla?

—No, no he vuelto a ir.

—¿Por qué?

—No puedo. —Layla hizo un gesto que pretendía acabar con la conversación y se volvió a subir la manga—. Señor, ¿vas a beber de mi vena?

—¿Por qué no has vuelto?

Los ojos de Layla por fin se clavaron en los de Quinn. Parecía estar francamente furiosa, lo cual supuso para Quinn un extraño alivio, pues la sumisa actitud con que ella parecía aceptar todo le hacía dudar de su inteligencia. Pero, a juzgar por la expresión que tenía en ese momento, aquella criatura era bastante más que un simple cuerpo perfecto.

—Layla, respóndeme. ¿Por qué no has vuelto?

—Porque no puedo.

—¿Quién dice que no puedes? —Quinn no era muy cercano a Phury, desde luego, pero conocía lo suficientemente bien al Hermano como para no vacilar en plantearle un problema—. ¿Quién dice que no puedes?

—No se trata de que alguien lo diga, no te inquietes. —Layla volvió a sacudir la muñeca—. Bebe para que vuelvas a tener la fortaleza que necesitas y así te podré dejar en paz.

—Está bien, si no se trata de alguien, entonces dime qué te lo impide.

Una expresión de frustración cruzó como una sombra por el rostro de Layla.

—Eso no tiene por qué preocuparte.

—Yo decidiré por qué cosas me preocupo, gracias. —A Quinn no le gustaba maltratar a las hembras, pero tampoco era un marqués, y sin embargo, al parecer, el caballero que llevaba dentro acababa de levantarse de la cama donde llevaba años dormido, y ahora quería recuperar todo el tiempo perdido—. Dime.

Quinn detestaba todo ese rollo de hablar y compartir las tristezas con los demás, y embargo allí estaba, tratando de averiguar qué le sucedía a Layla. Desde luego, le irritaba que algo estuviera haciendo daño a aquella hembra.

—Está bien. —Layla levantó las manos, como rindiéndose—. Si me quedo mucho tiempo en la casa de campo, no puedo cubrir vuestras necesidades de sangre. Así que debo ir al Santuario para recuperarme y esperar a que me llamen. En ese momento vengo a este lado y os atiendo y después tengo que

regresar de nuevo al Santuario. De modo que no, no puedo ir a las montañas.

—Por Dios...

—No importa.

Todos ellos no eran más que un montón de cabrones egoístas. Deberían haber previsto este problema. Joder, por lo menos Phury debería haberlo tenido en cuenta. A menos que...

—¿Has hablado con el Gran Padre?

—¿Acerca de qué exactamente? —La respuesta fue brusca—. Dime, señor, ¿tú tendrías mucha prisa para exponer ante tu rey tus debilidades en el campo de batalla?

—¿Y cuáles son tus supuestas debilidades? Si tú te encargas de la alimentación de al menos cuatro de nosotros...

—Por eso mismo. Es mi obligación, y mi capacidad para atenderos es muy limitada.

Layla se puso de pie y caminó hasta la ventana. Mientras miraba hacia fuera, Quinn sintió no ser capaz de deseársela: en ese momento, habría dado cualquier cosa por sentir por ella lo que ella sentía por él; después de todo, era todo lo que su familia valoraba, el pináculo social para una hembra. Y lo deseaba.

Pero al mirar en el fondo de su corazón, Quinn sabía que ya había alguien que ocupaba ese lugar. Y nada podría cambiar eso. Nunca, al parecer.

—Yo no sé quién o qué soy exactamente.

Ahora Layla parecía estar hablando consigo misma.

Bueno, parecía que los dos iban en el mismo tren hacia ninguna parte en lo de conocerse a uno mismo.

—Y no lo vas a averiguar si no abandonas ese Santuario.

—Eso es imposible si debo atender...

—Pues usaremos a alguien más. Es así de simple.

Layla volvió a ponerse en guardia al oír estas palabras.

—Por supuesto, señor. Podéis hacer lo que queráis.

Quinn se quedó mirando la expresión dura de aquella preciosa cara.

—Se supone que eso debería ayudarte.

Ella lo miró, no ya con dureza, sino casi con odio.

—Pues no ayuda, porque de hacerlo me dejaríais sin nada. Vuestra decisión me perjudicaría.

—Es tu vida. Tú puedes elegir.

—No hablemos más de esto. —Layla levantó las manos—. ¡Querida Virgen Escribana! Tú no tienes idea de lo que se siente al desear cosas que no estás destinado a tener.

Quinn soltó una carcajada cargada de amargura.

—Claro que sí. —Vio que Layla abría los ojos y levantaba las cejas con gesto de asombro, así que entornó los ojos y se explicó—. Tú y yo tenemos más cosas

en común de lo que crees.

—Pero si tú tienes toda la libertad del mundo. ¿Qué más puedes desear?

—Créeme, las cosas no son lo que parecen.

—Bueno, yo te deseo a ti y no te puedo tener. Eso no es decisión mía. Al menos si te atiendo a ti y a los demás, tengo un propósito en la vida, aparte de lamentarme por haber perdido algo con lo que soñaba.

Quinn respiró profundamente. La actitud de Layla era muy digna de respeto. No había ni una pizca de autocompasión en su voz. Solo estaba exponiendo los hechos tal como los entendía.

Mierda, ella era exactamente la clase de shellan que él había deseado en otro tiempo. A pesar de que llevaba años follando con cualquier cosa que caminara, en el fondo de su mente siempre se veía comprometido con una hembra, y para siempre. Una hembra con un linaje impecable y mucha clase; una hembra como ella, que sus padres no solo habrían aprobado sino por la cual lo habrían respetado por primera vez en la vida.

Ese siempre había sido su sueño. Sin embargo, ahora que había aparecido frente a sus ojos... ahora que estaba de pie al otro extremo de su habitación y lo estaba mirando a la cara... él deseaba algo totalmente distinto.

—Quisiera sentir algo realmente profundo por ti. —Quinn hablaba con voz ronca, un punto emotiva, respondiendo a la verdad con otra verdad—. Haría casi cualquier cosa por sentir por ti lo que debería sentir. Tú eres mi hembra perfecta. Todo lo que siempre deseé, y que creí que nunca podría tener.

Layla abrió tanto los ojos que parecían un par de lunas, hermosas y brillantes.

—Entonces ¿por qué...?

Quinn se restregó la cara y se preguntó qué coño estaba diciendo.

Era un perfecto cretino.

Cuando se quitó las manos de la cara, sintió una cierta humedad en la que no quería pensar mucho.

—Estoy enamorado de otra persona —dijo con voz apagada—. Esa es la razón.

CAPÍTULO

31



Conmoción afuera, en el pasillo. Pasos acelerados, insultos en voz baja, algún que otro golpe seco.

Todo ese ruido despertó a Manny y, en una fracción de segundo, mientras la marea de ruidos parecía avanzar por el corredor, pasó de estar prácticamente inconsciente a encontrarse del todo y alerta. El estruendo pasó de largo, antes de que fuera interrumpido de súbito, como si alguien hubiese cerrado una puerta.

Después de levantar la cabeza del lugar donde la había apoyado, sobre la cama de Payne, Manny observó a su paciente. Hermosa. Sencillamente hermosa. Y seguía durmiendo tranquilamente...

El rayo de luz le dio directamente en la cara.

La voz de Jane sonó tensa desde el umbral.

—Necesito otro par de manos aquí. Ya.

Manny no lo pensó dos veces. Corrió hacia la puerta, impulsado por su alma de cirujano siempre dispuesto a trabajar, sin hacer ninguna pregunta.

—¿Qué tenemos?

Mientras los dos corrían por el pasillo, Jane se alisó la ropa manchada de

sangre.

—Múltiples traumas. La mayor parte, heridas de cuchillo, y también un balazo. Y hay otro en camino.

Entraron juntos en la sala de reconocimientos. ¡Joder! Era más de lo que imaginó mientras corrían. Había hombres heridos por todas partes: de pie en los rincones, recostados contra la mesa, inclinados sobre la encimera, maldiciendo mientras se paseaban de un lado al otro. Elena o Eleloquefuera, la enfermera, se apresuraba a sacar bisturís e hilo de sutura en grandes cantidades y un hombrecillo viejo se movía entre todo el mundo ofreciendo agua en una bandeja de plata.

Jane le hablaba con dramática precisión.

—Todavía no he podido clasificarlos. Hay demasiados heridos.

—¿Tienes un estetoscopio y un tensiómetro de sobra?

Jane se dirigió a un pequeño armario abrió un cajón y sacó lo que Manny le pedía.

—La tensión en esta gente es mucho más baja de la que estás acostumbrado a ver. Así que hay que guiarse por el ritmo cardíaco.

Lo cual significaba que, como médico, Manny no tenía manera de juzgar con precisión el estado de los heridos.

Manny dejó los instrumentos a un lado.

—Entonces será mejor que la enfermera y tú hagáis la evaluación general. Yo me encargo de los preparativos.

—Probablemente es lo mejor, sí.

Manny se acercó a la enfermera rubia que en ese momento revolvía con gestos precisos y eficaces en el gabinete de suministros.

—Yo sigo con esto. Tú ayuda a Jane a hacer la evaluación preliminar.

La enfermera hizo un gesto rápido de asentimiento y se fue a tomar signos vitales.

Manny abrió todos los cajones y comenzó a sacar equipo quirúrgico, que fue organizando sobre la mesa. Los analgésicos estaban en un cajón, arriba; las jeringuillas, abajo. Mientras revisaba rápidamente todo lo revisable, pensó que era impresionante la calidad de todo el material. No sabía cómo lo había hecho Jane, pero todo parecía directamente traído de un hospital de alto nivel.

Diez minutos después, Jane, la enfermera y él se reunieron en el centro de la sala.

Jane habló.

—Tenemos dos en mal estado. Rhage y Phury están perdiendo mucha sangre. Me preocupa que las arterias estén perforadas porque las malditas heridas son demasiado profundas. Z y Tohr necesitan radiografías y creo que Blaylock tiene una conmoción cerebral, aparte de una herida muy fea en el estómago.

Manny se dirigió al lavabo y comenzó a prepararse.

—Entonces, no perdamos tiempo. —Una vez que se hubo lavado, el cirujano miró a su alrededor y señaló al rubio que parecía un mamut y tenía un charco de sangre debajo del pie izquierdo—. Yo me encargo de él.

—Bien. Yo me encargaré de Phury. Ehlena, tú empieza a sacar radiografías de los huesos rotos.

Puesto que se trataba de una operación de campo, Manny tomó su equipo y se acercó al paciente, que estaba tumbado en el suelo, justo donde se había desplomado hacía un momento. El cabrón iba vestido de cuero negro de los pies a la cabeza. Al parecer, sufría agudos dolores, pues tenía la cabeza echada hacia atrás y apretaba los dientes.

Manny le apretó cordialmente un brazo.

—Me voy a ocupar de ti. ¿Algún problema con eso?

—Ninguno, si logra evitar que me desangre.

—Dalo por hecho. —Manny agarró unas tijeras—. Voy a cortar la pernera del pantalón, pero primero te voy a quitar los botines.

—Botas de combate. —El rubio era de armas tomar, a lo que parecía.

—Bueno. Como quieras. En todo caso, a hacer puñetas con ellas.

Nada de desatar cordones: Manny simplemente cortó por toda la caña y sacó la bota, dejando expuesto un pie del tamaño de una maleta. Y luego cortó fácilmente los pantalones de cuero hasta la cadera.

—¿Qué se ve, doc?

—Un pavo de Navidad, amigo.

—¿Tan profunda es?

—Peores las he visto. —No había necesidad de decir que se alcanzaba a ver el hueso y que la sangre brotaba a borbotones—. Tengo que volver a lavarme. Enseguida estoy aquí.

Después de pasar por el lavabo, Manny se puso un par de guantes, se volvió a sentar junto al rubio y tomó un frasco de lidocaína.

El rubio gigante a punto de desangrarse lo detuvo.

—No se preocupe por el dolor, doc. Cósame y ocúpese de mis hermanos; ellos lo necesitan más que yo. Yo lo haría solo, pero Jane no me deja.

Manny se quedó quieto por un momento.

—¿Te coserías a ti mismo?

—Lo he hecho durante muchas más décadas de las que han visto sus ojos, doc.

Manny sacudió la cabeza.

—Lo siento, muchachote. No me voy a arriesgar a que pegues un brinco mientras te estoy cosiendo la arteria.

—Doc...

Manny apuntó la jeringuilla directamente a la cara increíblemente apuesta de

su paciente.

—Cállate y acuéstate. Hay que dormirte para hacer esto, así que no te preocupes. Ya tendrás tiempo de jugar a hacerte el héroe.

Otra pausa.

—Está bien, está bien. No se altere. Solo le pido que termine cuanto antes conmigo y ayude a los demás.

Era difícil no admirar la lealtad de ese tío.

Trabajando a toda velocidad, Manny anestesió la zona afectada lo mejor que pudo, mientras pinchaba la carne con la aguja formando un círculo. Por Dios, era como si hubiese vuelto a la época de la facultad de medicina y, extrañamente, se sintió más vivo de lo que se sentía cuando hacía las prodigiosas operaciones a las que se dedicaba en los últimos tiempos.

Esto era... la realidad en su máxima expresión, rock duro a todo volumen. ¡Y vaya si le gustaba ese sonido!

Agarró un montón de toallas limpias, las metió debajo de la pierna y limpió la herida. Al ver que su paciente se ponía rígido y gemía, trató de calmarle.

—Tranquilo, muchachote. Sólo estamos limpiando la herida.

—No hay... problema...

Claro que había problema y Manny quería haber podido hacer más para controlar el dolor, pero no había tiempo. Había varias fracturas múltiples de las cuales ocuparse. Así que había que estabilizarlo y seguir con el próximo.

Al oír que alguien gemía y desde la izquierda se escuchaba otra sarta de insultos, Manny tapó el minúsculo agujero que encontró en la arteria y luego cosió el músculo y procedió a restaurar la parte superficial, carne y piel.

El joven tenía los puños apretados, dominando el dolor.

—Lo estás haciendo muy bien.

—No se preocupe por mí.

—Sí, sí, ya lo sé... tus hermanos. —Manny se detuvo por un segundo—. Estás bien, no te apures.

—A la... mierda... con eso. —El guerrero sonrió y enseñó sus colmillos—. No estoy bien, estoy perfecto.

Luego el rubio cerró los ojos y se recostó, con la mandíbula tan apretada que era increíble que pudiera tragar saliva. O incluso respirar.

Manny trabajó tan rápido como pudo sin sacrificar la calidad de su tarea. Y justo cuando estaba secando la línea de sesenta puntos con una gasa, oyó que Jane gritaba.

Miró hacia ella.

—¡Su puta madre!

En la puerta de la sala de reconocimientos, el marido de Jane estaba en brazos de Red Sox y parecía que lo hubiese atropellado un camión: tenía la piel reseca y los ojos entornados. Para colmo, su bota apuntaba en la dirección

equivocada.

Manny llamó a la enfermera.

—¿Podrías vendar esto? —Luego miró de reojo a su paciente—. Tengo que mirar...

—Vaya. —El rubio le dio un golpecito en el hombro—. Y gracias, doc. No olvidaré esto.

Mientras se dirigía a atender al recién llegado, Manny se preguntó si ese cabrón de la perilla le permitiría operarlo. Porque esa pierna auguraba horas de quirófano. Parecía completamente destruida aun desde esa distancia.



Cuando al fin llegó a la sala de examen en brazos de Butch, Vishous entraba y salía del estado consciente. El dolor de la rodilla y la cadera estaba mucho más allá de la agonía para adentrarse en un territorio totalmente nuevo, cuyas abrumadoras sensaciones minaban su fuerza y su capacidad de pensar.

Sin embargo, V no era el único que estaba en baja forma. Al atravesar la puerta de la sala de examen, caminando sobre piernas temblorosas, Butch, agotado, golpeó la cabeza de su amigo herido contra el marco.

—¡Mierda!

—Mierda, lo siento.

—Bájame, joder. —V creía que su cabeza comenzaba a dar alaridos y a cantar una versión a capella de *Welcome to the Jungle*.

Para acallar ese endemoniado concierto, V abrió los ojos con la esperanza de distraerse.

Jane estaba justo frente a él, con una jeringuilla en una de las manos enguantadas y llenas de sangre, y el pelo recogido con una cinta.

El vampiro herido gruñó.

—Ella no. Ella... no...

Los profesionales de la medicina nunca deben tratar a sus parejas; eso es garantía de un desastre. Si su rodilla o su cadera quedaban lesionadas de por vida, Vishous no quería que Jane lo tuviera en la conciencia. Dios sabía que ya tenían suficientes problemas entre ellos.

En ese momento intervino Manny.

—Entonces yo soy tu única opción. Bienvenido.

Vishous entornó los ojos. Genial. Vaya opción.

El humano no se anduvo por las ramas.

—¿Estás de acuerdo? O tal vez quieres pensarlo un rato, hasta que tus articulaciones se suelden solas y queden como las de un flamenco. O la pierna se gangrene y se caiga y un problema menos.

—Eres un buen vendedor...

—Ya te digo. Pero ¿la respuesta es...?

—Vale. Sí.

—Ponlo sobre la mesa.

Butch lo acostó con mucho cuidado, pero a pesar de eso V estuvo a punto de vomitar sobre ellos, torturado por los abismales dolores.

—Hijo de puta... —Cuando esas palabras estaban terminando de salir de su boca, la cara del cirujano apareció en su campo visual—. Cuidado, Manello... no debes... estar tan cerca de mí...

—¿Quieres golpearme? Bien, pero espera a que me haya ocupado de tu pierna.

—No, no es eso, tengo... náuseas.

Manello sacudió la cabeza.

—Necesito controlar la situación desde aquí. Dame un poco de Demer...

—Demerol no. —V y Jane habían soltado la exclamación al unísono.

Enseguida, V desvió la mirada hacia donde estaba ella. Al otro extremo de la sala, la doctora transparente estaba arrodillada en el suelo, inclinada sobre el estómago de Blaylock, cosiendo una herida de aspecto muy feo. Sus manos trabajaban con la firmeza de una roca y la sutura era absolutamente perfecta. Todo en aquella mujer era la representación misma de la competencia profesional. Excepto las lágrimas que resbalaban por su cara.

Al tiempo que dejaba escapar un gemido, V miró hacia la lámpara que colgaba sobre él.

—¿La morfina os vale? —Manello, que no podía perder tiempo, preguntó cortando la manga de la chaqueta de motero de V—. Y no trates de hacerte el fuerte. Lo último que necesito es que vomites todo lo que tienes en el estómago, mientras yo trabajo aquí abajo.

Jane no contestó esta vez, así que lo hizo V.

—Sí, eso está bien.

Mientras Manello llenaba la jeringuilla, Butch se le acercó y lo miró de frente. A pesar del mal estado en que se encontraba el policía después de su trabajo de inhalación, habló con un tono absolutamente letal.

—No necesito advertirte que no debes joder con mi amigo. ¿Entiendes?

El cirujano lo miró desde atrás del frasco de morfina.

—No estoy pensando en el sexo en este momento, gracias. Pero, si lo estuviera, te aseguro que no sería con él. Así que, en lugar de andar pensando en con quién me acuesto, ¿por qué no nos haces un favor a todos y te das una ducha? Hueles a demonios.

Butch parpadeó y luego esbozó una sonrisa.

—Tienes pelotas.

—Y están hechas de bronce. También son tan grandes como una campana de iglesia.

V sintió algo frío sobre la parte interior de la articulación del codo; luego un pinchazo, y poco después creyó estar volando. Su cuerpo se convertía en una bola de algodón. De vez en cuando sentía una punzada de dolor que le subía desde las entrañas hasta el corazón. Pero no estaba relacionada con lo que Manello estaba haciendo en la herida. V no podía quitar los ojos de su compañera, que seguía atendiendo a los hermanos.

A pesar de su visión borrosa, V pudo observar cómo Jane terminaba con Blay y luego comenzaba a atender a Tohrment. No podía escuchar lo que estaba diciendo, porque sus oídos no estaban funcionando muy bien, pero era evidente que Blay había quedado muy agradecido y Tohr parecía más tranquilo solo por sentir su presencia. De vez en cuando, Manello le preguntaba algo, o Ehlena llegaba con una pregunta, o Tohr hacía una mueca de dolor y ella suspendía lo que estaba haciendo para consolarlo.

Bien, aquella era la vida de Jane, ¿no? Esa dedicación a curar, a reparar daños, a buscar la excelencia en los cuidados, esa tenaz dedicación a sus pacientes.

Su deber hacia ellos la definía, ¿no?

Y al verla así, V tuvo que reconsiderar lo que había ocurrido entre ella y Payne. Si Payne estaba decidida a quitarse la vida, Jane seguramente había tratado de detenerla. Pero cuando fue evidente que no iba a poder...

De pronto, como si supiera que la observaba, Jane se volvió a mirarlo. Sus ojos estaban tan ensombrecidos que V apenas podía ver de qué color eran y, por un momento, Jane perdió su forma corporal, como si él le hubiese robado la voluntad de vivir.

Entonces la cara del cirujano se interpuso.

—¿Necesitas más analgésicos?

V apenas podía hablar, con aquella lengua seca, gruesa, torpe.

—¿Qué?

—Acabas de gruñir.

—No... es... por la rodilla.

—No es solo la rodilla.

—¿Qué?

—Creo que tienes la cadera dislocada. Voy a quitarte los pantalones.

—Lo que sea...

Mientras volvía a concentrarse en Jane, V apenas sintió las tijeras que subieron por las dos costuras de sus pantalones de cuero, pero se dio cuenta del momento exacto en que el cirujano retiró todo el cuero, porque el maldito dejó escapar una discreta exclamación, que procuró disimular rápidamente.

V, pese a su semiinconsciencia, estaba seguro de que la reacción no tenía nada que ver con los tatuajes de advertencia escritos en Lengua Antigua. Algo malo habría visto.

—Lo siento, doc. —El vampiro no sabía muy bien por qué se estaba disculpando.

—Yo... coño, no... te voy a tapar. —El humano desapareció por un instante y regresó con una manta que puso sobre la parte baja del abdomen de V—. Sólo necesito ver tus articulaciones.

—Adelante.

Los ojos de Vishous volvieron a clavarse en Jane y de pronto se sorprendió preguntándose... si hubieran tratado de tener hijos, en el caso de que ella no hubiese muerto y regresado como un fantasma. No era muy probable que él pudiese procrear, con todo el daño que su padre le había hecho. Además, nunca había querido tener descendencia, y en eso no había cambiado.

Sin embargo, ella habría sido una madre maravillosa. Jane todo lo hacía bien.

¿Echaría de menos la sensación de estar viva?

¿Por qué no se lo había preguntado nunca?

El regreso de la cara del cirujano interrumpió sus pensamientos.

—Tienes la cadera dislocada, como imaginaba. Voy a tener que volver a ponerla en su sitio antes de intervenir en la rodilla, porque me preocupa el tema de la circulación. ¿Te encuentras bien?

—Sólo cúrame. —No hablaba; gemía—. Haz lo que se necesite.

—Bien. He colocado en la rodilla una férula provisional mientras me ocupo de lo otro. —El humano miró a Butch, que, haciendo caso omiso del consejo de que se diera una ducha, se había recostado contra la pared, a menos de medio metro de donde estaba V—. Necesito tu ayuda. Eres el único que está disponible.

El policía nunca escurría el bulto. Rápidamente reunió la energía que le quedaba y se acercó.

—¿Qué quieres que haga?

—Mantener la pelvis en su lugar. —El humano se subió sobre la mesa de acero inoxidable a la altura de las piernas de V y se agachó para no golpearse la cabeza con la lámpara—. Esto va a ser un tirón tremendo, pero no hay otra manera de hacerlo. Quiero que me mires y te mostraré dónde debes poner las manos.

Butch obedeció y se acercó.

—¿Dónde?

—Aquí. —V tuvo la vaga sensación de que algo tibio lo tocaba a la altura de la cadera—. Un poco más hacia fuera... Bien. Bien.

Butch volvió la cabeza y se dirigió a V por encima del hombro.

—¿Estás listo para esto?

Qué pregunta. Como preguntarle a alguien si está listo para recibir un golpe en la cabeza.

—Estoy... impaciente.

—No pienses en nada, solo mírame a mí.

Y eso fue lo que hizo V: observar los ligeros matices verdes que brillaban en los ojos almendrados del expolicía, los contornos de su singular nariz torcida y la sombra de la barba.

Cuando el humano agarró la parte baja de los muslos de V y comenzó a levantarlos, V se sacudió contra la mesa y se golpeó la cabeza, apretando los dientes con una fuerza desconocida para él.

El policía siguió consolándolo.

—Tranquilo, calma. Concéntrate en mí.

En ese momento V no podía concentrarse nada más que en el dolor. Era una sensación nueva. Incluso para él, especialista en sufrimientos. Aquello sí era dolor, no lo que él había conocido antes. DOLOR con mayúsculas.

Vishous respiraba con dificultad, no sabía si podría soportar aquello. Sentía que se iba.

Se oyó una voz, posiblemente la del humano.

—Dile que respire.

Sí, eso era lo que quería. Pero no podía.

—Está bien, a la de tres voy a empujar la articulación para volver a colocarla. ¿Listo?

V, loco de dolor, asfíxiado, no sabía con quién estaba hablando el cirujano, porque, si era con él, no había manera de responder. El corazón le latía como loco, los pulmones se habían vuelto de piedra y su cerebro parecía Las Vegas por la noche y...

—¡Tres!

Vishous soltó un terrible alarido.

Lo único que resonó con más fuerza fue el crujido de la cadera al volver a su sitio. Y lo último que V vio antes de entregar su habitación en el Hotel de la Conciencia fue cómo la cabeza de Jane giraba abruptamente y sus ojos reflejaban un incontrolable pánico, como si lo peor que le pudiera pasar en la vida era que él estuviese sufriendo...

Así supo que todavía la amaba.

CAPÍTULO

32



En la mansión, en la habitación de Quinn, lo único que se oía era un pesado silencio, lo cual suele suceder cuando arrojas una bomba, ya sea real o figurada.

Joder, Quinn no podía creer que hubiese pronunciado esas palabras: aunque los únicos que estaban en la habitación eran Layla y él, Quinn se sentía como si se hubiese subido al edificio más alto de Caldwell y hubiese anunciado el asunto a través de un altavoz.

Lay la habló en un susurro.

—Tu amigo. Blaylock

Quinn sintió que el corazón se le congelaba, pero después de un momento se sintió obligado a asentir.

—Sí, él.

Quinn se quedó a la espera de alguna expresión de disgusto o de asco... o aunque fuera de sorpresa. Viniendo de donde venía, la homofobia no le era ajena en absoluto y Layla era una Elegida, por Dios Santo, es decir de un ámbito comparado con el cual toda esa mierda de la vieja escuela de la glymera

parecía claramente progresista.

Sin embargo, los hermosos ojos siguieron mirándolo fijamente, inalterables.

—Creo que lo sabía. Vi la manera en que él te miraba.

Claro, pero eso ya había cambiado. Decidió ser claro con aquella mujer.

—¿No te molesta el hecho de que se trate de otro macho?

Hubo una breve pausa y, luego, la respuesta que ella le dio lo dejó descolocado.

—Ni lo más mínimo. ¿Por qué habría de molestarme?

Quinn tuvo que desviar la mirada, porque le preocupaba lo que sabía que revelaban sus ojos.

—Gracias.

—¿Por qué?

Lo único que Quinn pudo hacer fue encoger los hombros.

Quién habría pensado que la aceptación sería tan dolorosa como todo el rechazo que siempre había soportado.

Al fin miró de nuevo a la Elegida.

—Creo que será mejor que te vayas.

—¿Por qué?

Porque él estaba considerando seriamente la posibilidad de convertirse en un maldito aspersor y no quería que nadie lo viera así. Ni siquiera ella.

—Señor, todo está bien. —La voz de Layla sonaba muy seria—. No te juzgo por el sexo de la persona a la que amas, sino por la manera en que la amas.

—Entonces deberías odiarme. —Por Dios, ¿por qué su boca seguía hablando? —. Porque le rompí el maldito corazón.

—Entonces, ¿él no conoce tus sentimientos?

—No. —Quinn entornó los ojos—. Y no los va a conocer, ¿está claro? Nadie sabe nada.

Layla inclinó la cabeza.

—Tu secreto está a salvo conmigo. Pero conozco bien la forma en que te mira. Tal vez deberías decirle que...

—Déjame ahorrarte el sufrimiento por una lección que yo aprendí por las malas. Hay ocasiones en las que es demasiado tarde. Él es feliz ahora, y se lo merece. Joder, quiero que él conozca el amor, aunque yo solo pueda observarlo desde la barrera.

—Pero ¿qué pasa contigo?

—¿Qué pasa conmigo? —Quinn hizo el ademán de pasarse la mano por el pelo, pero luego recordó que se había rapado—. Escucha, no hablemos más de esto. Solo te lo he contado porque necesito que sepas que esta mierda entre tú y yo no tiene nada que ver con que tú no seas lo suficientemente buena o lo suficientemente atractiva. ¿Quieres que sea sincero? Estoy harto de estar con otras personas solo por el sexo. Ya no quiero hacer eso. Eso no me lleva a ningún

lado. En resumen, que hasta aquí he llegado con todo eso.

Vaya ironía. Ahora que no estaba con Blay, iba a comenzar a serle fiel.

Layla caminó hasta la cama y se sentó. Mientras acomodaba las piernas y se alisaba el manto con sus manos elegantes y pálidas, habló.

—Me alegra que me lo hayas dicho.

—¿Sabes lo que te digo? A mí también me alegra. —Quinn estiró el brazo y le acarició la palma de la mano—. Y tengo una idea.

—¿De veras?

—Amigos. Tú y yo. Vienes aquí, me alimentas o te alimento y charlamos. Como amigos.

La sonrisa de Layla reflejaba una tristeza increíble.

—Siempre supe que yo no te interesaba de esa manera especial. Tú me tocabas con mucha cautela y me mostrabas cosas que me fascinaban, es verdad, pero la pasión que sentía no me impedía notar que...

—Tú tampoco estás enamorada de mí, Layla. Sencillamente no lo estás. Sentiste muchas cosas físicas y eso te hizo pensar que se trataba de emociones. Pero el problema es que el cuerpo necesita mucho menos que el alma para establecer una conexión.

Layla se puso sobre el corazón la mano que tenía libre.

—Pero me duele aquí.

—Porque estás encaprichada conmigo. Pero eso se desvanecerá. En especial cuando conozcas al macho adecuado.

Dios, qué cosas pasaban. Tal parecía que Quinn había pasado, en solo una semana, de ser un maldito promiscuo a convertirse en un circunspecto consejero del corazón. De seguir así iba a terminar haciendo un consultorio televisivo.

Quinn le ofreció el brazo.

—Toma de mi vena para que puedas quedarte más tiempo a este lado y descubrir qué es lo que deseas en la vida. No lo que tu cuna dicta, sino lo que tú quieres. Incluso, si puedo, te voy a ayudar. Dios sabe que sé muy bien lo que es sentirse perdido.

Hubo un largo silencio y luego ella lo miró.

—Blaylock no sabe de lo que se está perdiendo.

Quinn sacudió la cabeza con tristeza infinita.

—Te equivocas, claro que lo sabe. Créeme.



La limpieza no era una tarea menor.

En el armario correspondiente buscó un cubo y una fregona. Mientras lo hacía, Jane pensaba en todo lo que iba a tener que pedir para reponer los suministros que se necesitaban: habían usado cientos de paquetes de gasa, la

cantidad de jeringuillas que le quedaba parecía un chiste, se les habían acabado las vendas...

Volvió, abrió la puerta de la sala de reconocimientos con el trasero, arrastró el cubo ayudándose de la cabeza de la fregona y respiró profundo. Había sangre por todas partes, en el suelo y también en las paredes. Y en lugar de pelusillas, en los rincones se acumulaban las bolas de gasa blanca manchada de rojo.

Además, había tres bolsas repletas de residuos biológicos.

Era un absoluto caos.

Contemplando ese panorama, Jane se dio cuenta de que, si Manny no hubiese estado allí, es posible que hubiesen perdido a alguno de los Hermanos. Rhage, por ejemplo, podría haberse desangrado. O Tohr, porque lo que parecía una simple herida en el hombro había resultado mucho más serio.

Al final Manny había tenido que operarlo después de terminar con Vishous.

La doctora fantasma cerró los ojos y apoyó la cabeza en el mango de la fregona. Siendo una difunta, ya no se fatigaba de la manera en que solía hacerlo: no sentía dolores ni calambres, ni aquella casi olvidada sensación de tener que arrastrarse como si alguien le hubiese amarrado un par de piedras a los tobillos. Ahora lo que se cansaba era su mente, hasta el punto de que necesitaba cerrar los ojos y no ver ni hacer absolutamente nada; como si su circuito cerebral requiriese que lo apagaran y lo dejaran enfriarse.

Y entonces dormía. Y soñaba.

O... como probablemente le sucedería hoy... no dormía. El insomnio todavía le molestaba de vez en cuando.

—Primero vas a tener que barrer.

Jane levantó la cabeza y trató de sonreír al ver a Manny.

—Creo que tienes razón.

—¿Qué tal si dejas que yo me encargue?

De ninguna manera. Jane no tenía ganas de encerrarse en el otro cuarto del área de recuperación para ponerse a contemplar el techo. Además, Manny tenía que estar tan cansado como ella, o más.

—¿Cuánto hace que no comes nada?

El humano respondió con otra pregunta.

—¿Qué hora es?

Jane miró su reloj.

—La una.

—¿De la tarde?

—Sí.

—Hace unas doce horas que comí por última vez. —Manny parecía sorprendido.

Jane se dirigió hacia el teléfono que había sobre el escritorio.

—Llamaré a Fritz.

—Espera, no tienes que...

—Debes de estar a punto de desmayarte.

—Pues mira, me siento genial.

Eso no podía ser cierto. Aunque al mirarle, la verdad era que sí parecía lleno de energía.

En todo caso, Jane le iba a pedir algo de comer.

En un momento encargó la comida de su amigo y colega. Fritz estaba encantado. Por lo general, después de la Última Comida el mayordomo y su personal se retiraban para descansar un poco antes de comenzar con la limpieza diaria, pero la verdad es que preferirían seguir trabajando en lo suyo.

—Dime dónde se guardan los trastos de limpieza —comentó Manny.

—Afuera, en el pasillo. A mano izquierda.

Mientras Jane llenaba el balde de agua y desinfectante, Manny encontró una escoba, regresó y comenzó a barrer.

Pasaron un rato trabajando hombro con hombro. Jane se dio cuenta de que en lo único en lo que podía pensar era en Vishous. Mientras atendían a los hermanos, había demasiadas cosas que reclamaban su atención, pero ahora, mientras movía la fregona de un lado a otro sobre el suelo de baldosas, le parecía que toda la angustia que se había mantenido entre bambalinas a lo largo de esas horas había dado un paso al frente y ocupaba el centro del escenario.

Ella no.

Jane lo oía repetir esas palabras una y otra vez. Veía su rostro ceniciento y sus ojos de hielo y la manera en que le había impedido acercarse.

Curioso... la eternidad que le había sido concedida siempre le había parecido la bendición más grande. Hasta que pensaba en la posibilidad de estar lejos del hombre al que amaba. Entonces era una horrible maldición.

Y era lo que estaba pasando.

¿Adónde podría ir? Lógicamente, no podría quedarse en el complejo de la Hermandad si se separaban. Sería demasiado duro para todo el mundo...

—Toma.

Jane se sobresaltó al ver el pañuelo de papel que se agitaba frente a su cara. El pequeño cuadrado blanco colgaba de los dedos de Manny, que lo volvió a agitar al ver que ella se quedaba allí mirándolo.

—Estás llorando, ¿no te has dado cuenta?

Jane dejó la fregona, tomó el pañuelo y se sorprendió al ver que Manny tenía razón: cuando se secó los ojos y miró el kleenex, vio que estaba mojado.

—¿Sabes una cosa?—Manny arrastraba las palabras—. Viéndote así desearía haberle amputado esa maldita pierna.

—Él solo tiene parte de la culpa.

—Eso crees tú, pero yo tengo derecho a ver las cosas como me dé la gana.

Jane lo miró de reojo.

—¿Tienes otro kleenex?

Manny le alcanzó una caja y Jane sacó un par de pañuelos más. Se secó las lágrimas. Se sonó. Se volvió a secar las lágrimas. Y terminó el ataque de llanto arrojando uno... dos... tres kleenex a la papelera.

—Gracias por ayudarme. —Jane levantó la mirada. Manny parecía furioso y ella no tuvo más remedio que sonreír—. Cómo lo echaba de menos.

—¿Qué echabas de menos?

—Esa cara de furia que pones con tanta frecuencia. Me recuerda los viejos tiempos. —Jane le sostuvo la mirada—. ¿V va a quedar bien?

—Si no le doy una patada por joderte la vida, sí.

—¡Qué galante! —No lo decía en broma. A su modo, Manny era un caballero de los pies a la cabeza—. Estuviste increíble esta noche.

Otra cosa que también creía de verdad.

Manny puso la caja de kleenex sobre la encimera.

—Igual que tú. ¿Eso sucede con frecuencia?

—En realidad no. Pero tengo la sensación de que las cosas pueden estar cambiando.

La mujer volvió a centrarse en el trabajo. Fregó con más energía, pero eso realmente no estaba mejorando el estado del suelo, sino moviendo la sangre de un lado para otro, difundiéndola. Probablemente lo mejor sería lavar con manguera todo el lugar.

Minutos después, se oyó un golpecito en la puerta y Fritz asomó la cabeza.

—Su cena está lista. ¿Dónde le gustaría cenar?

Fue Jane quien respondió.

—Cenará en la oficina. En el escritorio. —Miró de reojo a su antiguo colega—. Será mejor que vayas, antes de que se enfríe.

La mirada que le lanzó Manny fue el equivalente ocular de un corte de mangas. Pero la doctora, implacable, se limitó a decirle adiós.

—Vete, y después de comer descansa un rato.

Solo que nadie le decía qué hacer a Manny Manello.

Manny sonrió al mayordomo.

—Voy enseguida.

Cuando Fritz salió, su antiguo jefe se llevó las manos a las caderas y, aunque Jane se preparó para enfrentarse a una discusión, Manny se salió por la tangente.

—¿Dónde está mi maletín?

La mujer parpadeó, sorprendida. Él se encogió de hombros.

—No te voy a obligar a hablar conmigo.

—Entonces has pasado página.

—Imaginate. —Manny hizo un gesto con la cabeza hacia el teléfono que estaba empotrado en la pared—. Tengo que escuchar mis mensajes de voz y quiero que me devuelvan mi maldito teléfono.

—Ah... claro, tu coche tiene que estar en el aparcamiento. Al fondo del pasillo está el acceso. Crees que el maletín puede estar en el Porsche.

—Puede, gracias...

—¿Estás pensando en marcharte?

—Todo el tiempo. —Manny dio media vuelta y se dirigió a la puerta—. Es en lo único en lo que pienso.

Bueno, pues ya eran dos. Pero, claro, al contrario que el médico, Jane nunca se había imaginado que acabaría marchándose.

Una prueba más de que no tenía ningún sentido hacer muchos planes para el futuro.

CAPÍTULO

33



Tradicionalmente, era costumbre dentro de la glymera que, cuando alguien llegaba a la casa de otra persona, dejara una tarjeta de visita sobre la bandeja de plata que le ofrecía el doggen mayordomo del huésped. La tarjeta debía tener inscritos el nombre único de cada uno y su linaje. El propósito era anunciar al visitante, así como rendir homenaje a las costumbres sociales que definían y caracterizaban a las clases altas.

Sin embargo, ¿qué sucedía cuando uno no podía leer ni escribir... o, más precisamente, cuando prefería métodos de comunicación más viscerales que señoriales?

Bueno, entonces uno dejaba en un callejón los cadáveres de aquellos que había asesinado, para que su « anfitrión» los encontrara.

Xcor se levantó de la mesa donde había estado sentado durante un rato y se llevó la taza de café en la mano. Los otros estaban durmiendo abajo y él sabía que debería seguir su ejemplo, pero no podía descansar. Ese día le resultaba imposible. Tal vez tampoco lo lograra el siguiente.

Dejar abandonados a esos restrictores mutilados pero aún vivos había sido un

riesgo fríamente calculado. ¿Qué pasaría si los humanos los hallaban? Problemas. Sin embargo, habría valido la pena. Wrath y la Hermandad habían gobernado en ese continente a lo largo de mucho tiempo. ¿Y con qué resultados? La Sociedad Restrictiva seguía viva. La población de vampiros estaba dispersa. Y esos humanos arrogantes, flácidos y casquivanos estaban por todas partes.

Xcor se detuvo en el pasillo del primer piso y echó un vistazo a su nueva residencia permanente. La casa que Throe había conseguido era ciertamente muy apropiada. Construida en piedra, era vieja y estaba localizada a la salida de la ciudad, dos condiciones que resultaban muy apropiadas para sus propósitos. En algún momento la casa había sido un lugar fastuoso, pero ese tiempo había pasado, igual que su fastuosidad. Ahora era sólo la sombra de lo que había sido, pero tenía todo lo que él necesitaba: paredes sólidas, un techo firme y fuerte y espacio más que suficiente para alojar a sus machos.

Aunque, la verdad, nadie planeaba utilizar con mucha frecuencia todos esos salones del primer piso, ni las siete habitaciones del segundo. Pues, a pesar de que tenían cortinas pesadas en cada ventana, los numerosos ventanales de cristal tendrían que ser tapiados para convertirla en una residencia suficientemente segura durante el día.

Por ahora, todos se habían quedado bajo tierra, en el sótano.

Era como un retorno a los viejos tiempos, pensó Xcor, porque la costumbre de ocupar habitaciones independientes era algo que solo había arraigado en los tiempos modernos. Antes todos comían juntos, follaban juntos y reposaban en grupo.

Tal como debían hacer los soldados.

Xcor acariciaba la idea de pedirle que se quedaran en la parte subterránea. Todos juntos. Tal vez lo hiciera, sí.

Y, sin embargo, en estos momentos él no se encontraba allá abajo con ellos ni tenía intención de bajar. Ansioso e inquieto, listo para cazar pero sin tener ninguna presa a la vista por el momento, había estado caminando de una habitación vacía a la otra, agitando el polvo al tiempo que pensaba en sus deseos de conquistar ese nuevo mundo.

—Los tengo. A todos.

Xcor se detuvo y dio un sorbo a su taza de café. Luego dio media vuelta.

—Muy audaz por tu parte.

Throe entró en lo que alguna vez debió ser un imponente salón de recepciones, pero que ahora no era más que un espacio frío y vacío. El guerrero todavía estaba vestido de cuero, pero su porte irradiaba una natural elegancia. Lo cual no era ninguna sorpresa. A diferencia de los demás, el pedigrí de Throe era tan perfecto como su cabello dorado y sus ojos del color del cielo. Y lo mismo podía decirse de su cuerpo y su rostro: no tenía ningún defecto por fuera ni por dentro.

Por el contrario, él era ciertamente uno de los bastardos.

Al oír que el macho se aclaraba la garganta, Xcor sonrió. Aun después de todos los años que llevaban juntos, Throe todavía se sentía incómodo en su presencia. ¡Qué curioso!

—Informa.

—Por el momento hay algunos miembros de dos familias en Caldwell. Lo que queda de los otros cuatro linajes principales está desperdigado por lo que llaman Nueva Inglaterra. Así que algunos están, quizás, a ochocientos o mil kilómetros de aquí.

—¿Con cuántas familias estás relacionado?

Throe carraspeó otra vez.

—Con cinco.

—¿Cinco? Eso llenaría muy rápidamente tu agenda social. ¿Estás planeando alguna visita?

—Tú sabes que no puedo hacerlo.

—Ah... es cierto. —Xcor se terminó el café—. Se me había olvidado que fuiste censurado. Entonces supongo que tendrás que quedarte con estos plebeyos aquí.

—Sí, así es.

Xcor esperó un momento para disfrutar del incómodo silencio.

Sólo que el otro macho tuvo que estropearlo abriendo la boca otra vez.

—No tienes manera de seguir adelante. No formamos parte de la glymera.

Xcor sonrió y enseñó los colmillos.

—Te preocupas demasiado por las reglas, amigo mío.

—No puedes convocar una reunión del Consejo. No tienes derecho a hacerlo.

—Cierto. Sin embargo, darles razones para que lo convoquen ellos mismos es otra historia. ¿No fuiste tú el que dijo que había muchas reservas sobre el rey después de los ataques?

—Sí. Pero sé muy bien qué es lo que buscas y el objetivo final es una traición, en el mejor de los casos, o un suicidio, en el peor.

—Tienes una concepción del mundo muy estrecha, Throe. A pesar de la gran educación práctica que posees, careces por completo de visión de conjunto.

—No puedes derrocar al rey, y me imagino que no estarás pensando en tratar de matarlo.

—¿Matar? —Xcor alzó las cejas—. No le deseo un ataúd. En absoluto. Le deseo una larga vida, para que se pueda cocer a fuego lento en los jugos de su fracaso.

Throe negó con la cabeza.

—No sé por qué lo odias tanto.

—¡Por favor! —Xcor entornó los ojos—. No tengo nada contra él en lo personal. Lo que ansío es su posición, nada más. Y el hecho de que permanezca

vivo mientras yo me siento en su trono solo añade sabor a mi cena.

—A veces pienso que estás loco.

Xcor sonrió malignamente.

—Te aseguro que no estoy cegado por la rabia ni loco. Y deberías tener más cuidado de expresar comentarios de ese tipo.

Xcor era muy capaz de matar a su viejo amigo. Ese día. Esa noche. Al día siguiente. Su padre le había enseñado que los soldados no eran distintos de cualquier otra arma. ¿Qué pasaba cuando los arcos estaban a punto de fallar? Había que deshacerse de ellos. Puro sentido común.

—Perdóname. —Throe hizo una leve inclinación—. Mi deuda contigo sigue en pie, por supuesto. Y mi lealtad también.

Qué ingenuidad. Aunque, la verdad, el detalle de que Xcor hubiese asesinado al macho que deshonró a la hermana de Throe había sido una gran inversión en términos de tiempo y energía. De esa forma había atado a sí para siempre a aquel guerrero inquebrantable y sincero.

Fue el mismo Throe quien le pidió a Xcor que lo hiciera. En esa época, Throe no era más que un dandi, incapaz de cometer el crimen con sus propias manos, así que se había internado en el reino de las sombras para buscar algo que nunca habría dejado entrar en su mansión, ni siquiera por la puerta de servicio. A Throe le había sorprendido que rechazaran el dinero que ofrecía, y ya se alejaba cuando Xcor planteó sus exigencias.

Una rápida mención del estado en que habían hallado a su hermana había sido suficiente para arrancarle la promesa.

El entrenamiento que recibió después había obrado milagros. Bajo la tutela de Xcor, Throe se había ido endureciendo con el tiempo, como el acero templado al fuego. Ahora era un asesino. Ahora servía para algo más que hacer de adorno social en cenas y bailes.

Era una lástima que su linaje no hubiese visto con buenos ojos la transformación; a pesar de que su propio padre había sido un Hermano, joder. Uno pensaría que la familia habría estado agradecida, pero, ay, en lugar de eso habían repudiado al pobre desgraciado.

Cada vez que pensaba en eso, a Xcor le daban genuinas ganas de llorar.

—Les vas a escribir. —Xcor volvió a sonreír, mientras sentía un cosquilleo en los colmillos y en la entrepierna—. Escribirás a todos y les anunciarás nuestra llegada. Señalarás todo lo que han perdido y les recordarás a los jóvenes y a las hembras que fueron masacrados aquella noche de verano. Les hablarás de todas las audiencias que no han tenido con el rey. Expresarás el absoluto sentimiento de indignación que eso te causa y lo harás de manera que puedan entenderte, porque tú fuiste alguna vez parte de ellos y conoces su lenguaje. Y luego esperaremos... a que nos llamen.

Throe hizo una reverencia.

—Como desees, mi leahdyre.

—Entretanto, cazaremos restrictores y llevaremos la cuenta de nuestros asesinatos. De manera que, después de que pregunten por nuestro estado de salud y otras pamplinas, cosa que siempre hace la aristocracia aunque le importe una mierda, podamos contarles que, aunque los caballos de pura raza están hermosos en los establos, hay peligro, y lo que quieres que vigile tu puerta es una manada de lobos.

La glymera era despreciable en muchos aspectos, pero eran tan predecibles como un reloj de bolsillo. Lo que hacía que sus manecillas dieran la vuelta una y otra vez era el instinto de conservación.

—Será mejor que vayas a descansar. —Xcor hablaba despacio—. ¿O es que ya estás a la caza de una de tus distracciones? —Al ver que guardaba silencio, el jefe frunció el ceño, pues la falta de respuesta ya llevaba implícita una contestación—. Tienes un propósito distinto al que ocupó nuestras horas previas. Pero el humano muerto tiene mucho menos interés que nuestros enemigos que están vivos.

—Sí señor.

Entiéndase: no.

—No te distraigas con otros propósitos en perjuicio de nuestros objetivos.

—¿Alguna vez te he fallado?

—Todavía hay tiempo, viejo amigo. —Xcor se quedó mirando al macho por debajo de unos párpados colocados a media asta—. Siempre habrá tiempo para que des rienda suelta a tu inclinación natural a meterte en líos. Y, a menos que estés en desacuerdo, permíteme recordarte cuáles han sido tus circunstancias durante los últimos dos siglos.

Throe se puso rígido.

—No es necesario. No tienes que hacerlo. Soy perfectamente consciente del lugar en que me encuentro.

—Bien. —Xcor asintió con la cabeza—. Eso es muy importante en esta vida. Sigue adelante, entonces.

Throe hizo otra inclinación de cabeza.

—Te deseo un buen descanso, leahdyre mío.

Xcor observó cómo el macho se alejaba y, cuando se encontró solo de nuevo, sintió un ardor en todo el cuerpo que lo contrarió. El deseo sexual no era más que una pérdida de tiempo, porque no servía para matar ni para alimentarse, pero, de cuando en cuando, los genitales necesitaban algo más que una sesión de lucha.

Cuando se hiciera de noche, Throe iba a tener que conseguirles algo nuevo a sus malditos testículos, y a los bastardos del sótano, y esta vez Xcor se vería obligado a recibir su parte.

Y también iban a necesitar sangre. Preferiblemente que no fuera humana, pero si tenían que conformarse por el momento con ella, lo harían.

Al fin y al cabo, solo tendrían que deshacerse después de los cuerpos.

CAPÍTULO

34



En el centro de entrenamiento del complejo de la Hermandad, Manny se despertó en la cama, no en la silla. Tras un momento de confusión, brumosos recuerdos se lo aclararon todo al cabo de unos instantes: después de que el mayordomo apareciera con los manjares, Manny había comido en la oficina, tal como Jane le había dicho que hiciera, y allí, y no dentro del coche, era donde había encontrado su teléfono móvil, la cartera, las llaves y el portafolio. La pequeña colección de elementos de Manello estaba a plena vista, sobre un asiento. A Manny incluso le sorprendió la falta de vigilancia en aquel rincón, teniendo en cuenta la cantidad de seguridad que había alrededor.

Pero al encender el teléfono descubrió que faltaba la tarjeta SIM. Y estaba seguro de que necesitaría una bomba atómica para entrar en ese aparcamiento sin permiso. Así que las llaves del coche tampoco servían de nada.

¿Y el maletín? ¿Para qué iban a vaciarlo? Solo había una barra de cereal y unos cuantos papeles que no tenían nada que ver con instalaciones subterráneas, con vampiros ni con Payne.

Manny supuso que eso explicaba la falta de vigilancia. ¿Para qué molestarse?

Empeñado, de todas formas, en escuchar sus mensajes, buscó un teléfono fijo por el lugar. Lo encontró y marcó los números adecuados.

Manny revisó tres buzones distintos: el de su casa, el del móvil y el de la oficina. En el primero había dos mensajes de su madre. Nada importante, reparaciones rutinarias que había que hacer en la casa y cómo en su nueva afición al golf había logrado superar el temido hoyo nueve. En el móvil había un mensaje del veterinario que Manny tuvo que escuchar dos veces. Y en el buzón del despacho... todo había sido tan deprimente como las noticias sobre *Glory*: había siete mensajes de colegas de todas partes del país y todo parecía tristemente normal. Le invitaban a viajar para dar su opinión en algún caso, o dar conferencias en congresos, o le pedían que hiciera un hueco en su programa de residencia para el hijo o el amigo de alguien.

La triste verdad era que todos esos mensajes comunes y corrientes se hallaban estancados en un lugar que le parecía remoto. Era como si sus nuevas circunstancias dejaran todo eso atrás, muy atrás. Hasta le parecía raro que sus colegas no se dieran cuenta de que ahora él estaba en otra dimensión. Claro que, ¿cómo iban a saber nada?

Manny no tenía idea de lo que iba a ocurrir con él después de que los vampiros manipularan otra vez su cerebro: ignoraba si quedaría suficiente materia gris como para poder contar hasta diez, y no digamos para operar a pacientes o dirigir un departamento de cirugía. No había manera de saber en qué estado quedaría cuando saliera de todo el lío...

El ruido de una cisterna lo sobresaltó.

La puerta del baño se abrió y Manny vio la silueta de Payne iluminada desde atrás, de modo que la bata de hospital prácticamente desaparecía para convertirse en una tela transparente.

Santo cielo.

El miembro se le encabritó de inmediato y eso le llevó al arrepentimiento. Maldito imbécil, tenía que haber dormido otra vez en la maldita silla. El problema había sido que, cuando por fin volvió al cuarto de Payne, no había tenido la fuerza de voluntad de decir que no cuando Payne le pidió que se acostara con ella en la cama.

La criatura celestial le habló con voz sensual.

—Estás despierto.

—Y tú estás levantada. —Manny sonrió—. ¿Cómo van esas piernas?

—Débiles. Pero funcionan. —Payne sonrió—. Me gustaría darme una ducha...

Mierda, la forma en que esas palabras habían quedado flotando en el aire hacía evidente que estaba pidiendo ayuda... El cirujano se vio enseguida a sí mismo y a Payne separados apenas por una tenue película de jabón.

—Creo que hay un taburete para sentarse. —Manny se levantó por el otro

lado de la cama, para ocultar su evidente erección. Cuando se acercó, trató de tener el menor contacto posible con ella mientras entraba al baño—. Sí, aquí está.

Manny se inclinó y abrió el grifo, luego colocó el taburete.

—Te voy a dejar esto preparado...

Miró hacia atrás y se quedó paralizado, porque en ese momento la mujer había soltado las tirillas que mantenían la bata de hospital en su sitio y estaba dejando que ésta cayera lenta e inexorablemente desde los hombros.

Al sentir que el agua golpeaba su brazo y comenzaba a empapar la parte superior de la ropa de cirugía, Manny tragó saliva. Sintió ganas de gritar cuando vio que las manos de Payne agarraban el borde de la bata y la apretaban contra los senos.

La Elegida se quedó así, como si estuviera esperando a ver qué decía él. Sus ojos se encontraron y el cirujano sintió que el miembro crecía todavía más. Fue un verdadero milagro que no rompiera la cremallera de la bragueta.

Manny, tembloroso, le hizo una repentina propuesta.

—Suéltala, bambina.

Y ella obedeció.

El cirujano, científico al fin y al cabo, nunca se había sentido tan impresionado por la ley de la gravedad como en ese momento; ahora sentía ganas de postrarse ante el altar de Newton y llorar de gratitud por el privilegio de vivir en un mundo donde todas las cosas, incluso las batas, caían inevitablemente al suelo.

—Qué maravilla. —Manny parecía en trance mientras contemplaba los sonrosados pezones que se ponían tiesos de repente.

Sin previo aviso, y de manera casi instintiva, el brazo que se había mojado se estiró y la agarró con fuerza, acercándola a su boca y apretándola contra él mientras chupaba uno de los pezones y la acariciaba con la lengua.

El excitado médico cuarentón no tuvo que preocuparse por haberla ofendido, pues, en respuesta, las manos de Payne se hundieron entre su pelo y lo acercaron más a ella mientras la chupaba, al tiempo que arqueaba la espalda para facilitarle las cosas.

Era una hembra completamente desnuda que se entregaba plenamente, ansiosa de recibir y dar placer.

Manny dio un giro de ciento ochenta grados y apagó la luz. Luego empujó a Payne con el cuerpo y ambos se metieron debajo del chorro de agua caliente.

El cuerpo de la Elegida se iluminó desde dentro. El doctor se puso de rodillas y trató de atrapar con su lengua el agua caliente que caía de aquellos senos maravillosos y bajaba por el delicado estómago.

Al ver que ella estiraba la mano en busca de apoyo para no caerse, Manny se la guió hasta sentarla con seguridad sobre la banqueta. Luego le puso una mano debajo de la nuca y la besó con pasión, mientras tomaba la barra de jabón y se

preparaba para asegurarse de que ella quedara muy, pero que muy limpia.

Las lenguas se encontraron. El hombre estaba tan absorto en la sensación que le producían aquellos pezones apretados contra su pecho y los labios que estaba besando que no se dio cuenta —ni le importó— de que el pelo comenzaba a aplastársele sobre la cabeza y la ropa de cirugía se le pegaba al cuerpo.

Empezó a enjabonarla y ella gimió.

—Sanador...

La parte superior del cuerpo de Payne ya era una delicia empapada, resbaladiza, cálida. Las manos del sanador la recorrían entera, desde el cuello hasta la parte superior de las caderas.

Tras un rato consagrado a esas delicias, Manny comenzó a trabajar en las piernas, con masajes en los delicados pies y los sublimes tobillos. Después subió gradualmente hacia las pantorrillas y la parte posterior de la rodilla.

El agua los rodeaba por completo, cayendo entre ellos, enjuagándola en cuanto la enjabonaba. El ruido del chorro cayendo sobre las baldosas sólo era superado por los gemidos que brotaban de los labios de Payne.

Gemidos que iban subiendo de volumen al ritmo de las caricias.

Mientras le chupaba el cuello, Manny le fue abriendo las rodillas cada vez más. Pronto se adentró en el espacio que quedó abierto.

La mordisqueaba y susurraba.

—Te dije que te iba a gustar la hora del baño.

Como respuesta, las manos de Payne se clavaron en sus hombros y las uñas en su piel haciendo que se preguntara si no sería hora de empezar a pensar en estadísticas deportivas, o códigos postales o precios de coches... cualquier cosa antes que volverse loco.

Eleanor Roosevelt.

—Tenías razón, sanador —dijo ella, jadeando—. Me encanta... pero tú estás vestido.

Manny cerró los ojos y se estremeció. Aún le quedaba fuerza de voluntad para poner alguna barrera a su deseo.

—No te preocupes. Así estoy bien. Échate hacia atrás y déjame ocuparme de esto. —Antes de que ella pudiera alegar algo, Manny le selló la boca con otro beso y la empujó hacia atrás con el pecho.

Y para que se olvidara por completo de si estaba vestido o desnudo, el médico deslizó las dos manos por el interior de los muslos de Payne y pasó los dedos por encima de su sexo.

Y notó su humedad, una humedad que no tenía nada que ver con el agua. Manny se apartó un poco y bajó la vista.

Joder, estaba completamente lista para recibirle. Qué maravilloso aspecto tenía la vagina de la Elegida y qué invitador el cuerpo entero: echada hacia atrás, con las piernas abiertas, los senos brillantes por efecto del agua, los labios

entreabiertos y un poco hinchados por sus besos.

—¿Me tomarás ahora?—Los ojos de la hembra resplandecían y los colmillos se alargaban.

—Sí...

Manny se apoyó sobre las rodillas de ella y se inclinó para poner la boca donde antes había clavado los ojos. Y cuando ella gritó, él entró rápidamente y con fuerza, abarcando toda la vagina y chupándola con pasión, gritando obscenidades, sin ocultar lo mucho que la deseaba.

Notó que la Elegida llegaba al clímax, y entonces la penetró con la lengua, que lo percibió todo: la nueva lubricación, las palpitaciones, la manera como ella se lanzó contra su barbilla y su nariz, la fuerza con que las manos de Payne se hundían en su cabeza.

Pero no había razón para detenerse allí.

Con ella, Manny tenía una carga infinita de energía y él sabía que, mientras mantuviera los pantalones en su lugar, podría seguir así... para siempre.



Vishous se despertó en una cama que no era la suya, pero no le tomó más de una fracción de segundo saber dónde estaba: la clínica. En uno de los cuartos de la zona de reanimación y recuperación.

Después de restregarse los ojos con fuerza, miró a su alrededor. La luz del baño estaba encendida y la puerta entreabierta, de modo que se podía ver. Y lo primero que saltó a la vista fue un macuto que reposaba en el suelo, en el otro extremo de la habitación.

Era una de sus mochilas. Concretamente, la que le había dado a Jane.

Sin embargo, su hembra fantasmagórica no se encontraba en la habitación.

Se incorporó y se sintió como si acabase de sufrir un accidente automovilístico, pues un concierto de dolores y molestias comenzó a sonar por todo su cuerpo. Era como si su cuerpo fuese una antena y todas las señales de radio del mundo estuvieran pasando por su sistema nervioso. Con un gruñido, bajó las piernas y las dejó colgando del borde de la cama; luego tuvo que tomar aire.

Un par de minutos después, se preparó y comenzó a rezar antes de ponerse en pie. Levantó su peso del colchón y esperó a que...

Bingo. Las piernas no se le doblaron.

La pierna en la que había trabajado Manello no estaba exactamente lista para correr el maratón, pero cuando V se quitó las vendas y la flexionó un par de veces, tuvo que reconocer que estaba impresionado. Las cicatrices de la operación en la rodilla ya habían desaparecido casi por completo y sólo quedaba una pálida raya de color rosa. Pero lo más importante era que lo que estaba

debajo parecía un milagro: la articulación funcionaba de forma fantástica. A pesar de que le quedaba, lógicamente, una cierta rigidez, se adivinaba que había quedado como nueva.

Y lo mismo se podía decir de la cadera.

Ese maldito cirujano humano era un verdadero mago.

Camino al baño, los ojos de V pasaron por la mochila. Se le vinieron a la cabeza imágenes de lo ocurrido antes de la operación, lo que pudo contemplar bajo los efectos de la morfina. Lo que entonces fue borroso ahora parecía mucho más claro. Dios, Jane era una médica espectacular. Como hacía mucho que no era su paciente, parecía haberlo olvidado. Pero ahora se le refrescaba la memoria. Siempre hacía por sus pacientes incluso más de lo que el deber le exigía. Siempre. Jane no trataba a los Hermanos tan bien solo por su relación con él. Eso no tenía nada que ver con él; cuando los estaba tratando, esa gente tenía una relación directa con ella. Jane habría tratado de la misma manera a civiles, a miembros de la glymera... o incluso a humanos.

Ya en el baño, el vampiro se metió en la ducha y sintió ganas de gritar. Mientras pensaba en Jane y su hermana, tuvo la terrible sensación de haber simplificado en exceso la escena que había visto hacía un par de noches. No se había detenido a pensar que entre esas dos hembras había otra relación que no tenía nada que ver con él. En lo único que había pensado era en sí mismo y en Payne... no se le había ocurrido pensar en el vínculo entre médico y paciente.

A la mierda con eso. Mentía. Ni siquiera había pensado en su hermana: solo en él mismo. Nada sobre los deseos de su pobre hermana ni sobre lo que Jane había hecho o no había hecho por su paciente.

De pie, con la cabeza gacha y el agua cayéndole en la nuca, V se quedó mirando fijamente el desagüe que estaba a sus pies.

Nunca se le había dado bien pedir disculpas. Ni siquiera hablar.

Pero tampoco era un cobarde.

Diez minutos después, se puso una bata de hospital y fue cojeando por el pasillo hasta la oficina. Pensó que si su Jane estaba allí se habría echado a dormir sobre el escritorio. Las camas del área de recuperación sin duda estarían ocupadas por todos los hermanos que había atendido.

V todavía no tenía ni idea de qué iba a decirle a Jane acerca de los pantalones que había encontrado en el armario, pero al menos podían hablar sobre Payne.

Pero la oficina estaba vacía.

Suspiró y se sentó frente al ordenador. No necesitó más de quince segundos para encontrar a su shellan. Cuando había diseñado el sistema de seguridad de la mansión, la Guarida y estas instalaciones, puso cámaras en cada habitación, a excepción de la suite que ocupaba la Primera Familia. Desde luego, el equipo podía ser fácilmente desconectado. Casualmente, las habitaciones de todos sus hermanos mostraban la pantalla en negro.

Lo cual era bueno. V tampoco necesitaba verlos follando como locos.

Sin embargo, la habitación azul de huéspedes que había en la casa grande todavía tenía imágenes. Gracias a que la luz de la mesita de noche estaba encendida, V pudo ver la figura encorvada de su compañera. Jane estaba muerta para el mundo, pero era evidente que no descansaba en paz: tenía las cejas apretadas, como si su cerebro estuviera tratando desesperadamente de aferrarse al sueño. O tal vez estaba soñando cosas que la angustiaban en vez de tranquilizarla.

Su primer instinto fue ir junto a ella, pero cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que lo más amable que podía hacer era quedarse quieto y dejarla descansar. Manello y ella habían trabajado durante horas sin parar. Además, tiempo habría. Wrath les había dado la noche libre a todos tras la tremenda batalla que acababan de librar.

Joder... esa maldita Sociedad Restrictiva. Hacía años que V no veía tantos asesinos, y no solo estaba pensando en la docena que había aparecido la noche anterior. V estaba seguro de que, a lo largo de las últimas dos semanas, el Omega había inducido a cientos de desgraciados. Dios, eran como cucarachas: por cada una que veías, había diez que no veías.

Menos mal que los Hermanos eran absolutamente letales. Y que Butch se recuperaba con relativa facilidad después de hacer su papel de Destructor.

Era increíble cómo le había curado el puto humano. Incluso había podido ocuparse del policía poco después de que le operara. No es que recordara mucho del asunto, pero sabía que lo había hecho.

Agobiado por tantos pensamientos, fue a buscar en los bolsillos tabaco y papel de fumar; pero enseguida se dio cuenta de que llevaba puesta una bata de hospital. Imposible encontrar un cigarrillo, claro.

Así que se levantó de la silla. Regresó al pasillo y se dirigió al lugar donde había dormido.

La puerta de la habitación de Payne estaba cerrada, pero no vaciló en abrirla y entrar. Era posible que el cirujano humano estuviera ahí con ella, pero en cualquier caso dormiría como un tronco, porque ese tío había trabajado como un loco.

Al entrar, Vishous debería haber captado el aroma que flotaba en el aire. Y tal vez debería haber prestado un poco más de atención al hecho de que se oía correr la ducha. Pero se quedó demasiado sorprendido al ver que la cama estaba vacía... y que, recostadas contra la pared, había un par de férulas ortopédicas y dos muletas.

¿Pero no estaba paralítica? En ese caso, necesitas una silla de ruedas, no equipo ortopédico para facilitar la movilidad. Así que ¿Payne se estaba recuperando? ¿Ya podía caminar?

—¡Payne!

V levantó un poco más la voz.

—¡Payne!

La única respuesta que obtuvo fue un gemido. Un gemido muy profundo y placentero...

Esa reacción no la causa una simple ducha, ni siquiera la mejor ducha de la historia.

El vampiro cruzó la habitación como una bala y casi rompió la puerta cuando irrumpió en el baño húmedo y caliente.

¡Putá mierda! La escena que apareció frente a sus ojos era mucho peor de lo que temía.

Sin embargo, lo irónico era que lo que Payne y el humano estaban... Joder, ni siquiera podía poner en palabras lo que estaban haciendo... El caso es que eso fue lo que salvó la vida del cirujano. V estaba tan horrorizado que tuvo que desviar la mirada y esa actitud de avestruz fue lo que impidió que le hiciera inmediatamente a Manello un agujero en el cuello del tamaño de una alcantarilla.

Mientras retrocedía tambaleándose, V oyó toda clase de ruidos que salían del baño. Y luego se quedó tan aturdido que parecía que le hubiesen dado un golpe en la cabeza: se estrelló contra la cama, rebotó, chocó contra la silla, rebotó contra la pared.

A ese paso, encontraría la salida más o menos en una semana. O incluso un poco más.

—Vishous...

Viendo que Payne se acercaba, mantuvo los ojos clavados en el suelo y solo vio los pies descalzos de su hermana gemela.

Así que había recuperado la sensación en las piernas.

¡Vaya!

—Por favor ahórrame la explicación. —Fulminó con la mirada a Manello, en el que sí clavó los ojos. El asqueroso degenerado estaba empapado, con la ropa de cirugía pegada al cuerpo—. Y tú no te acostumbres a ella. Estarás aquí solo hasta que no te necesite más... y teniendo en cuenta lo bien que va, no será por mucho más tiempo...

—¿Cómo te atreves? Tengo todo el derecho a elegir con quién me apareo.

El vampiro se atrevió al fin a mirar a su hermana.

—Entonces elige algo distinto a un humano que no te llega ni a los hombros y tiene la cuarta parte de tu fuerza. La vida aquí no es como la vida en las nubes, cariño, y al igual que el resto de nosotros, tú eres un objetivo de guerra para la Sociedad Restrictiva. Él es débil, implica un gran riesgo para la seguridad general y tiene que regresar al lugar y al mundo al que pertenece, y quedarse allí.

Las palabras de V palabras enfurecieron a su gemela. Sus ojos como el hielo adquirieron una expresión letal, al tiempo que apretaba las cejas negras.

—Fuera. Fuera de aquí, inmediatamente.

—Pregúntale qué hizo toda la mañana. —El vampiro ahora vociferaba—. ¿No se lo preguntas?, yo te lo diré. Me estuvo cosiendo a mí y a toda la Hermandad porque estábamos tratando de defender a nuestras hembras y a nuestra raza. En cuanto a este humano, no es más que un restrictor en potencia, en mi opinión. Nada más y nada menos que eso.

—¡Será posible tanta estupidez! Tú no sabes nada sobre él.

V se inclinó sobre su hermana.

—Y tú tampoco. Eso es precisamente lo que te estoy diciendo.

Antes de que las cosas se salieran de madre y alguno de ellos dijera o hiciera algo de lo que luego tendría que arrepentirse, el vampiro dio media vuelta para marcharse; pero se quedó frente al espejo que había en la pared y que mostraba el reflejo de los tres. Menuda escena: su hermana desnuda y desvergonzada; el humano, empapado y lúgubre; y él, con mirada de loco y ganas de matar.

La rabia creció con tanta rapidez dentro de su cuerpo que brotó como una fuente antes de que pudiera incluso darse cuenta.

Retrocedió dos pasos, echó la cabeza hacia atrás y golpeó el cristal violentísimamente con la cara, rajando el espejo por toda la mitad.

Al oír que su hermana soltaba un alarido y el cirujano gritaba, V se marchó rápidamente, dejándolos solos.

Una vez en el pasillo, sabía exactamente adónde dirigirse.

Mientras avanzaba por el túnel era muy consciente de lo que estaba a punto de hacer.

Entretanto, la sangre le corría por las mejillas y la barbilla. Una creciente lluvia de gotas rojas caía sobre el pecho y el vientre del masoquista.

Pero no sentía ningún dolor.

Aunque, con suerte, pronto lo sentiría. Muy pronto.

CAPÍTULO

35



Cuando Payne se echó algo encima y salió al pasillo, su gemelo ya se había ido.

Sin embargo, el rastro de sangre que se veía por el suelo le indicó en qué dirección se había marchado, así que lo siguió hasta el ámbito encerrado en paneles de cristal y marcado con un letrero que decía «Oficina». Dentro, las gotas rojas rodeaban el escritorio y desaparecían frente a una puerta.

La Elegida se acercó y la abrió. Se encontró con un armario. Lleno de resmas de papel e instrumentos para escribir. Allí no había nada más. No obstante, debía de haber algo, porque la hilera de gotas terminaba en el fondo del armario.

Payne exploró un poco con las manos, en busca de una palanca o alguna manera de mover el panel, mientras recreaba en su mente la forma en que su hermano había roto el espejo. Tenía mucho miedo, pero no por ella sino por Vishous. Otra vez lo había llevado al límite. Otra.

Siempre quiso tener una buena relación con su hermano. Desde luego, no esta clase de relación.

Nunca pensó que el conocimiento mutuo resultara tan problemático, incluso tan tóxico.

—¿Encontraste algo?

Payne miró por encima del hombro a su sanador. De pie, en la puerta de la oficina, el humano todavía estaba mojado, pero ya no le escurría el agua y se había echado una toalla blanca sobre los hombros. Tenía el pelo revuelto, como si se hubiera secado la cabeza y no se hubiese peinado después.

—No logro encontrar la manera de atravesar esa pared.

Casi era una metáfora de la situación a la que habían llegado.

Payne se quedó un buen rato observando las resmas de papel amarillo, las cajas de lápices perfectamente alineadas y otras muchas cosas cuya utilidad se le escapaba. Cuando por fin se dio por vencida y retrocedió, su sanador todavía estaba en la puerta, mirándola fijamente. Tenía los ojos como oscurecidos a causa de la emoción y apretaba la boca, mirándolo de arriba abajo. Su sanador, pensaba, seguía completamente vestido. Y esa era la razón de su repentino disgusto.

Tan completamente vestido como siempre que estuvo con ella.

Manny nunca le había permitido tocarlo, ¿verdad?

De pronto le lanzó una acusación con tono lúgubre.

—Tú estás de acuerdo con mi hermano.

No era una pregunta, ni mucho menos. A Payne no le sorprendió en absoluto que el doctor asintiera con la cabeza.

—Nuestra relación carece de futuro a largo plazo. Es una historia imposible.

La gentileza del tono del doctor irritó a la vampira más que si hubiese hablado con brusquedad.

—Así que esa es la razón por la cual no he tenido el placer de conocer tu sexo.

El humano levantó las cejas brevemente, como si el candor de esas palabras lo hiciera sentirse incómodo.

—Escucha, Payne, esta relación entre nosotros no puede funcionar.

—¿Quién lo dice? Somos nosotros quienes decidimos lo que...

—Yo tengo una vida a la cual regresar.

Payne se quedó sin aire. Luego se dio cuenta de lo increíblemente arrogante que había sido. Nunca se le había ocurrido pensar que él tuviera otro sitio adonde ir. Pero, claro, tal y como su hermano acababa de señalar, ella no sabía nada de él.

—Tengo familia, y también un trabajo. Tengo una yegua con una pata rota de la que ocuparme.

Payne dio unos pasos y se acercó a él con la cabeza en alto.

—¿Por qué das por hecho que tiene que ser una cosa o la otra? Y antes de que lo intentes, no desperdicies palabras tratando de decirme que no me deseas. Yo sé

lo que sientes... tu olor no miente.

El se atusó el pelo alborotado.

—El sexo no lo es todo, Payne. Y en lo que respecta a nosotros, las relaciones sexuales se encaminaban a ayudarte en tu recuperación.

Al oír eso, Payne sintió un estremecimiento, como si de pronto hubiese una corriente de aire en la habitación. Pero luego sacudió la cabeza, recobrándose.

—Tú me deseabas, sanador. Cuando regresaste aquí y me viste en esa cama, tu olor no tenía nada que ver con el estado en que yo me encontraba. Si pretendes convencerme de lo contrario, eres un cobarde. Escóndete si quieres, sanador...

—Mi nombre es Manny. —Él también empezaba a impacientarse—. Manny Manello. Me trajeron aquí para ayudarte y, por si no lo has notado, estás de pie. Así que lo hice. ¿Y ahora? Sólo estoy esperando a que irrumpáis de nuevo en mi cerebro y me dejéis incapacitado para distinguir el día de la noche y los sueños de la realidad. Este es tu mundo, no el mío, y sólo existe la posibilidad de estar en uno o en otro.

Se estaban mirando tan fijamente el uno al otro que la vampira se dio cuenta de que, si en ese momento estallaba un incendio, no podría desviar la mirada. Y él tampoco.

—Si fuera posible hacerlo. —Le miraba con extraña intensidad—. Si pudieras ir y venir a voluntad de un mundo a otro, ¿te quedarías conmigo?

—Payne...

—Te he hecho una pregunta directa y muy sencilla. Respóndela, ahora mismo. —Al ver que él levantaba las cejas, Payne no estaba segura de si se sentía excitado o molesto por su rudeza, pero en ese momento tampoco le importaba—. La verdad es la verdad, la expresemos con palabras o no. Así que no tiene nada de malo hablar con franqueza.

Manny sacudió la cabeza con lentitud.

—Tu hermano no cree que...

La vampira tronó.

—¡A la mierda con mi hermano! Dime lo que crees tú.

En medio del tenso silencio que siguió, Payne se dio cuenta de lo que acababa de decir y le dieron ganas de volver a maldecir. Entonces bajó la cabeza y clavó la mirada en el suelo, pero no en actitud de sumisión, sino de frustración. Las hembras honorables no usaban esas palabras y tampoco presionaban a la gente para que hiciera nada, y mucho menos algo como eso.

En una situación semejante, una hembra honorable se haría a un lado, mientras el macho de más edad de su familia tomaba las grandes decisiones de su vida y controlaba todo lo relacionado con ella, desde el lugar donde vivía hasta con quién se comprometía en matrimonio.

Explosiones de rabia. Sexo. Maldiciones. Si seguía así, Payne iba a hacer que los deseos de Vishous se hicieran realidad, porque su sanador, es decir, Manello,

terminaría por encontrarla tan poco atractiva que rogaría para que lo alejaran de ella y borrarán todos los recuerdos del tiempo que habían pasado juntos.

¿Es que nunca podría alcanzar la perfección femenina de Layla?

Payne se llevó las manos a las sienes, agobiada, deprimida.

—Los dos estáis en lo cierto, pero vuestras razones son equivocadas. Tú y yo nunca podríamos durar, porque yo no soy buena pareja para ningún macho.

—¿Qué dices?

Cansada de todo, de él y de su hermano, de ella misma, de las hembras y los machos en general, Payne hizo un gesto de desdén con la mano y dio media vuelta.

—¿Dices que este es mi mundo? En eso también te equivocas terriblemente. Yo pertenezco a este reino tanto como tú.

—¿De qué diablos estás hablando?

En realidad no tenía nada de malo que él conociera la verdad de su vida ahora que todo terminaba. Qué demonios.

Payne se volvió para mirarle.

—Soy la hija de un dios, Manello. De una deidad. ¿Sabes lo que es ese resplandor que despiertas en mí? Es la esencia misma de mi madre. Tal es su naturaleza como entidad. En cuanto a mi padre, no era más que un sádico desgraciado que me legó el instinto asesino... ese fue su « don ». ¿Y quieres saber qué hice con él? ¿Quieres saberlo? —Payne se daba cuenta de que estaba alzando la voz, pero no se sentía inclinada a calmarse—. Lo maté, Manello. Y por ese crimen contra mi propio linaje, por esa ofensa contra las sagradas normas de conducta de las hembras, fui encerrada en prisión durante siglos. Así que tienes mucha razón. Vete, márchate ahora mismo. Eso es lo mejor. Pero no creas que yo encajo aquí mejor que tú.

Después de maldecir de nuevo, Payne pasó junto a él y salió al pasillo, diciéndose que aquel hombre, su hombre, se liberaría pronto.

—Fue por tu hermano, ¿verdad?

Esas palabras, pronunciadas con un tono neutro y profundo, resonaron por el corredor y lograron detener no sólo los pies, sino el corazón de Payne.

—He visto lo que le hicieron. —El doctor hablaba con voz grave—. ¿Por casualidad fue tu padre quien lo hizo?

Payne giró lentamente sobre sus talones. De pie, en medio del pasillo, el sanador no parecía impresionado ni horrorizado, solo manifestaba la inteligencia que ella había esperado siempre de él.

—¿Por qué has de pensar eso?

—Cuando lo operé, vi las cicatrices y es muy claro que alguien trató de castrarlo. ¿Acaso estoy sacando conclusiones apresuradas? Aunque sea basándome en mi escasa relación con él, diría que es demasiado sensible y agresivo para deducir que una persona cualquiera se ha aprovechado de él. Tuvo

que ser cosa de todo un grupo de gente, o de alguien muy importante que lo lastimó cuando estaba en una situación realmente vulnerable. Y creo que lo más probable es lo segundo, porque... en fin, digamos que me sorprendería que entre vosotros no hubiese también padres que maltratan a sus hijos.

Payne tragó saliva. Pasó un largo rato antes de que pudiera hablar de nuevo.

—Nuestro padre ordenó que lo inmovilizaran mientras un herrero le hacía los tatuajes. Y luego trajeron un par de tenazas.

El médico cerró los ojos un instante.

—Lo siento. De verdad... lo siento mucho.

—Nuestro padre fue elegido como progenitor debido a su agresividad y crueldad y mi hermano le fue entregado cuando era muy pequeño, mientras que yo me quedé en el Santuario con nuestra mahmen. Sin nada en que ocupar el tiempo, solía observar lo que ocurría aquí abajo utilizando los cuencos de cristal. A lo largo de los años pasados en el campamento de guerreros, mi hermano sufrió abusos de muchas clases. Se lo conté a mi madre una y otra vez, pero ella siempre insistía en cumplir el trato que había hecho con el Sanguinario. —Payne cerró los puños—. Ese macho, ese maldito y sádico macho no era capaz de procrear hijos varones, pero ella le garantizó uno con la condición de que aceptara aparearse con ella. Tres años después de que naciéramos, ella entregó a Vishous a la crueldad de nuestro padre, mientras hacía todo lo posible para obligarme a comportarme de acuerdo con un molde en el que nunca he encajado. Y luego llegó ese último episodio en el que Vishous fue... —Los ojos de Payne se llenaron de lágrimas—. No pude más... ya no podía soportar no hacer nada. Así que bajé aquí y busqué al Sanguinario hasta encontrarlo. Lo sostuve contra el suelo mientras le prendía fuego y quedaba convertido en cenizas. Y no lo lamento.

—¿Quién te encerró en esa prisión?

—Mi madre. Pero el hecho de que mi padre estuviera muerto solo era parte de la razón del encierro. A veces creo que la verdadera causa era la colosal decepción que yo le había producido. —Payne se secó rápidamente las lágrimas que le corrían por la cara—. Pero ya basta de hablar de esto. Ya es suficiente, no quiero seguir. Ahora vete... hablaré con el rey y te enviaré de vuelta. Adiós, Manello.

Sin esperar respuesta, Payne reanudó la marcha...

—Sí, te deseo.

La vampira se detuvo y volvió a mirar a Manny por encima del hombro. Después de un momento, habló.

—Eres un maravilloso sanador y has cumplido con tu trabajo, tal como has dejado claro hace un momento. Todo ha terminado. Ya no tenemos más que hablar.

Cuando comenzó a caminar de nuevo, Payne sintió que los pasos de su

sanador se acercaban. La sujetó y le hizo dar media vuelta.

—Si no permanecía vestido, con los pantalones puestos, habría sido capaz de cualquier cosa en momentos muy poco oportunos. No me desnudaba para no convertirme en un peligro a causa de lo mucho que te deseaba.

—¿De veras?

—Dame la mano.

Sin mirarle, Payne extendió la mano.

—¿Para qué?

Manny se movió con rapidez y puso la palma de la mano de Payne entre sus piernas, apretándola contra el miembro caliente y duro.

—Tienes razón. —Manny se restregó contra ella, haciendo movimientos ondulantes con la pelvis, mientras comenzaba a respirar aceleradamente y su erección se apretaba contra la palma de la mano de la vampira—. Aunque traté de convencerme de lo contrario, sabía que, si me desnudaba, sólo seguirías siendo virgen durante el tiempo que tardara en ponerte boca arriba. No es nada romántico, pero es la pura verdad.

Al ver que Payne pretendía decir algo, los ojos de Manny se clavaron en su boca.

—Lo que tocas no engaña, dice la verdad, ¿no? ¡La tienes en tu mano!

—¿No te importa lo que hice?

—¿Te refieres a lo de tu padre? —Manny dejó de restregarse contra la mano de Payne y frunció el ceño—. No. Para que te quede claro, soy seguidor de la Ley del Talión. Tu hermano habría podido morir a causa de esas heridas, por muy rápido que os recuperéis los vampiros. Pero lo más importante es que estoy seguro de que ese tierno momento entre padre e hijo le jodió la cabeza para el resto de la vida. Así que, no, no tengo ningún problema con lo que hiciste. Bien hecho estuvo.

Justicia vengativa, pensó Payne al comprender plenamente las palabras de Manny.

Entonces fue ella la que se apretó contra él y reanudó lo que él había suspendido, acariciándole la verga con la mano.

—Me alegra que pienses eso.

Y también le alegraba lo que estaba pasando: el miembro de Manny era maravilloso, tan duro y redondeado en la punta. La hembra empezó a explorarlo tal como él la había explorado a ella... con los dedos... con la boca... con la lengua...

Manello entornó los ojos de repente y apretó los dientes.

—Pero, pese a todo, tu hermano tiene razón.

—¿De verdad? —Payne se acercó más y le lamio los labios—. ¿Estás seguro?

Ella se retiró y se produjo un momento eléctrico entre ambos en el instante en que sus ojos se encontraron. El hombre gruñó y la giró de manera que pudiera

empujarla contra la pared.

—Ten cuidado.

—¿Por qué? —Payne bajó la cabeza y le rozó el cuello con los labios, antes de deslizar uno de sus colmillos por la yugular del hombre.

—Joder... mierda... —Con desesperación, Manny puso la mano sobre la de Payne y se la apretó contra sus caderas para que se quedara quieta, mientras obviamente trataba de volver a concentrarse—. Escúchame. A pesar de lo maravilloso que pueda ser esto que hay entre nosotros... —Tragó saliva—. A pesar de lo bueno que... Mierda, mira, tu hermano sabe lo que hace... Yo no te puedo cuidar de forma adecuada y...

—Yo me puedo cuidar sola. —Payne le besó salvajemente en la boca y se dio cuenta de que lo tenía en sus manos cuando sintió que la pelvis de Manny comenzaba a sacudirse hacia delante y hacia atrás.

El hombre se quejó sin convicción alguna.

—Por favor, ¿qué pretendes?, ¿quieres que me corra aquí mismo?

—Sí, eso quiero. Quiero saber en qué consiste eso.

Más besos. Y aunque él era el que la tenía contra la pared, ella era la agresora.

Manello se echó hacia atrás, pero al parecer le costaba mucho trabajo mantenerse alejado. Después de respirar profundamente un par de veces, hizo una confesión jadeante.

—Me preguntaste si me quedaría si pudiera. Con los ojos cerrados. Tú eres maravillosa. No entiendo cómo tu madre puede querer que te parezcas a las demás, qué disparate. Gracias a Dios, no existe nadie que se te parezca, en ningún sentido.

Mientras hablaba, Manny parecía mortalmente serio y absolutamente sincero... y la aceptación que estaba expresando era tan generosa como única: Payne nunca había escuchado algo así de nadie. Hasta su propio hermano quería negarle el derecho a elegir compañero.

—Gracias. —Estaba emocionada.

—No es un cumplido. Es la verdad. —Manello la besó suavemente en la boca y después mantuvo los labios en contacto con su boca—. Pero el cabrón de la perilla sigue teniendo razón, Payne.

—¿El cabrón de la perilla?

—Lo siento. Solo es un pequeño sobrenombre que le puse a tu hermano. —Manny se encogió de hombros—. De cualquier manera, de verdad que estoy convencido de que está pensando en lo que más te conviene, y a largo plazo tú necesitas a alguien distinto de mí... que me pueda quedar aquí o no solo es parte del problema.

—Ni hablar. Es lo más importante, es lo decisivo.

—Entonces tienes que ver las cosas con más claridad. Yo voy a estar muerto

a la vuelta de cuatro décadas. Si tengo suerte. ¿De verdad me quieres ver envejecer? ¿Y quieres verme morir?

Payne tuvo que cerrar los ojos, consternada ante la idea de que aquel macho maravilloso fuera a morir.

—Por la Virgen... no, no.

En medio del silencio que siguió, la energía que circulaba entre los dos cambió y pasó de ser puramente sexual... a convertirse en un anhelo distinto. Y como si él sintiera lo mismo, la envolvió entre sus brazos y la apretó con fuerza.

—Si hay algo que he aprendido a lo largo de todos estos años ejerciendo la medicina es que la biología siempre se impone. Tú y yo podemos tomar todas las decisiones que queramos, pero las diferencias biológicas no son algo que podamos cambiar. Mi expectativa de vida es apenas una fracción de la tuya... como máximo tendríamos una ventana de diez años, antes de que yo entrara en el mundo del Cialis.

—¿Qué es eso?

—Un lugar muy, pero que muy aburrido y frustrante.

—Bueno, pues yo iré allá contigo. —Payne se apartó un poco para poder mirar aquellos hermosos ojos color café—. Está donde esté, Manello.

Hubo un silencio y luego él sonrió con tristeza.

—Me encanta oírte decir mi nombre.

Payne suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de Manny.

—Y a mí me encanta decirlo.

Mientras se quedaban así, uno contra el otro, la criatura celestial se preguntó si esa sería la última vez que podrían hacerlo. Y eso le hizo pensar en su hermano. Estaba preocupada y necesitaba hablar con él, pero V había decidido marcharse sin dejar rastro.

Así que no tenía más remedio que aceptar su marcha. A pesar de lo difícil que era, dejaría que Vishous se fuera por ahora... y se concentraría en el macho que estaba con ella.

—Hay algo que quiero pedirte.

El médico la miraba con pasión contenida.

—Lo que quieras.

—Llévame a tu mundo. Muéstramelo. Si no es posible que me lo enseñes todo, al menos déjame ver algo de tu mundo ahora mismo.

Manello se pudo rígido.

—No sé si será una buena idea. No hace ni doce horas que vuelves a ser capaz de mantenerte en pie.

—Pero me siento fuerte y tengo mi propia forma de viajar. —Si las cosas se complicaban, sencillamente podría desmaterializarse y regresar al complejo. Gracias a lo que había visto en los cuencos de cristal, Payne sabía que su hermano había rodeado el lugar con una capa de mhis y eso era algo que ella

podía encontrar con facilidad—. Confía en mí, no será peligroso.

—Pero ¿cómo podríamos salir de aquí juntos?

Payne se apartó un poco.

—Tú ve a vestirme, mientras yo me encargo de todo. —Al ver que él hacía ademán de protestar, ella negó con la cabeza—. ¿Dices que la biología siempre gana? Bien. Pero yo te digo que tenemos esta noche a nuestro alcance, y no hay razón para desaprovecharla.

—Pasar más tiempo juntos solo hará más difícil la despedida.

Era verdad, y eso dolía mucho.

—Dijiste que me complacerías. Ya he expresado mis deseos, ¿no vas a cumplir tu palabra?

Manny puso cara de preocupación, pero luego inclinó la cabeza.

—Está bien. Iré a cambiarme.

Mientras Manny regresaba a su habitación, Payne volvió a la oficina y tomó el teléfono, tal como Jane y Ehlana le habían mostrado que debía hacer. Marcó con facilidad y luego el doggen mayordomo respondió con voz cantarina.

Lo que había pensado tenía que funcionar, se dijo para sus adentros. Eso tenía que salir bien.

En Lengua Antigua, Payne dijo:

—*Habla Payne, hermana de sangre del Hermano de la Daga Negra Vishous, hijo del Sanguinario. Desearía hablar con el rey, si él tuviera la gentileza de atenderme.*

CAPÍTULO

36



Al llegar a la Guarida desde el túnel subterráneo, Vishous se tuvo que limpiar la sangre de la cara con la mano para poder seguir hacia las habitaciones. Mientras avanzaba, pensaba que afortunadamente el espejo se había partido en dos, porque eso significaba que tal vez no se había clavado muchos cristales. Aunque en realidad le importaba un pito.

Llegó frente a la puerta de Butch y Marissa y llamó con fuerza.

—Un momento.

El expolicía no tardó mucho en abrir la puerta, aunque todavía se estaba poniendo la bata.

—¿Qué sucede?—Al verlo se quedó perplejo—. Por Dios Santo, V.

Por detrás del hombro de Butch, el vampiro masoquista alcanzó a ver cómo Marissa se sentaba en la cama, claramente sofocada y su largo pelo rubio despeinado, y cómo se cubría el pecho con las sábanas. La expresión de perezosa satisfacción que tenía inicialmente fue reemplazada rápidamente por la consternación.

—Debería haber llamado por teléfono. —V, que notaba el sabor metálico de

la sangre, se extrañó al oír el tono sereno de su voz—. Pero no sé dónde está mi móvil.

Al mirar a los ojos a su mejor amigo, se sintió como un diabético desesperado por una inyección de insulina. O quizás más bien como un adicto a la heroína, suplicando una dosis. Pero fuera cual fuese la metáfora adecuada, tenía que hacer algo para calmarse o acabaría perdiendo el control y haciendo algo criminalmente estúpido.

Algo como agarrar las dagas y convertir al puto cirujano en carne para hamburguesas.

—Los sorprendí juntos. —Parecía un loco—. Pero no te preocupes. El humano todavía respira.

Y luego simplemente se quedó allí, con la pregunta que había ido a hacer tan claramente dibujada en su cara como la sangre que le corría por las mejillas.

Butch miró de reojo a su shellan. Sin vacilar ni un instante, ella asintió con la cabeza, mientras lo miraba con unos ojos tan tristes y comprensivos que V se sintió conmovido aun en el estado de perturbación en el que se encontraba.

—Ve —dijo ella—. Ocupate de él. Te amo.

Butch le hizo un gesto con la cabeza y probablemente moduló con los labios las palabras «yo también te amo».

Luego miró a V y murmuró bruscamente:

—Espérame en el patio. Yo llevaré el Escalade, y agarra una toalla del baño, ¿quieres? Pareces el maldito Freddy Krueger en persona.

Cuando el policía se alejó de la puerta en dirección al armario y se quitó la bata para vestirse, V se quedó mirando a la shellan de Butch.

—Está bien, Vishous. —Marissa sonreía—. Todo irá bien.

—No creas que ansío hacer esto. —Pero lo necesitaba antes de que se convirtiera en un peligro para él mismo y para los demás.

—Lo sé. Y yo también te quiero.

Vishous respondió en Lengua Antigua.

—*Me siento más que agradecido de conocerte.*

Luego se inclinó ante ella y dio media vuelta.



Cuando por fin su visión dejó de ser borrosa, un rato más tarde, V se encontraba en el asiento del pasajero del Escalade. Butch iba al volante y pisaba el acelerador tan a fondo que seguramente ya debían de haber avanzado bastante. De hecho, las luces del centro de Caldwell ya no brillaban a lo lejos sino, que los rodeaban, resplandeciendo a través del parabrisas y las ventanillas.

El silencio que reinaba en la camioneta era tenso como la hoja de una daga y tan denso como el asfalto. Y a pesar de que cada vez estaban más cerca de su

destino, V aún tenía problemas para asimilar el viaje que estaban haciendo. Sin embargo, ya no había marcha atrás. Para ninguno de los dos.

El aparcamiento subterráneo del Commodore.

Motor apagado.

Dos puertas que se abren, dos puertas que se cierran.

Luego subir en el ascensor.

Todo sucedía como en una nebulosa y a V le costaba trabajo seguir el hilo de los acontecimientos.

Después vio que Butch usaba la llave de cobre para abrir la puerta de su ático.

V entró primero y encendió las velas negras con el pensamiento. Tan pronto como se iluminaron las paredes y el suelo negro, pasó de ser un zombi a convertirse en un manajo de sensaciones, como si sus sentidos se hubiesen despertado hasta el punto de que sus propias pisadas le resonaban en los oídos como bombas y el chirrido de la puerta cerrándose tras ellos hacía pensar que el edificio se estaba derrumbando.

Cada bocanada de aire que tomaba era una ráfaga de viento. Cada palpitación de su corazón era el golpe de un boxeador. Cada vez que tragaba saliva sentía como si se estuviera bebiendo un río entero.

¿Era así como se sentían sus esclavos sexuales? ¿Con todos los sentidos exacerbados?

V se detuvo junto a la mesa. No tenía chaqueta que quitarse. Lo único que llevaba encima era la bata de hospital que ahora estaba llena de sangre.

Detrás de él, la sombra de Butch se cernía sobre él como la de una montaña.

V hizo una pregunta con voz ahogada.

—¿Puedo usar tu teléfono?

—Toma.

El vampiro dio media vuelta y agarró el BlackBerry en el aire con la mano enguantada. Después de seleccionar la opción para enviar un mensaje, buscó *Doctora Jane* en el directorio de contactos.

Pero en ese punto sus dedos se quedaron paralizados. Tenía un caos de emociones en el cerebro y los alaridos que necesitaba sacar de su cabeza se atravesaban en el camino. Su naturaleza reservada era ahora una jaula de barrotes de acero que lo encerraba irreversiblemente en sí mismo.

Precisamente por eso estaban allí.

Maldijo en voz baja y canceló el mensaje.

Se volvió para devolverle el móvil a Butch. Su amigo se encontraba junto a la cama y se estaba quitando una de sus múltiples chaquetas de cuero superfinas. Nada de chaquetas de motero para el policía. La que vestía esta vez le llegaba hasta las caderas y tenía un corte perfecto que envolvía su pecho enorme con un material tan suave como las nubes. V lo sabía porque la había tocado muchas veces.

Esa no era la ropa con la que su amigo peleaba.

Y se la estaba quitando con toda la razón.

No había por qué manchar de sangre algo tan fino.

V dejó el teléfono sobre la cama y retrocedió. Butch dobló la chaqueta con manos precisas y cuidadosas y, cuando la puso sobre la cama, parecía como si estuviera acostando a un bebé sobre una cuna negra. Luego sus dedos gruesos y fuertes dieron un tirón al pantalón negro y aflojaron la camisa de seda, también negra, por encima del cinturón.

Silencio.

Y no se trataba de un silencio cómodo, ni mucho menos.

Vishous clavó la mirada en el ventanal que rodeaba el ático y se quedó contemplando la imagen de su mejor amigo.

Pasados unos instantes, el antiguo policía volvió la cabeza.

Y los ojos de ambos se encontraron reflejados en las ventanas.

Butch habló con tono patibulario.

—¿Te vas a dejar eso encima?

Vishous levantó los brazos y soltó la tirilla que mantenía unidas las dos partes de la bata de hospital a la altura de la nuca. Y luego hizo lo mismo con la de la cintura. Cuando la bata cayó, el policía se quedó mirando desde el otro extremo cómo caía al suelo. Luego pronunció otras lúgubres palabras.

—Necesito un puto trago.

En el mueble bar, el policía se sirvió una copa de Lagavulin. Y otra. Y luego hizo a un lado el vaso, agarró la botella y bebió a morro.

Vishous se quedó donde estaba, respirando por la boca y sintiendo cómo entraba y salía el aire, mientras permanecía concentrado en la imagen de su mejor amigo.

Este dejó la botella sobre la mesa, pero no la soltó. Dejó caer la cabeza hacia delante. Parecía haber cerrado los ojos.

—No tienes por qué hacer esto.

El expolicía esbozó una sonrisa escéptica.

—Sí, tengo que hacerlo.

El policía levantó la cabeza y luego giró sobre los talones.

Cuando finalmente se acercó, dejó la botella en el mueble bar y se detuvo justo detrás de Vishous. Estaba cerca, lo suficientemente cerca para que V pudiera registrar con facilidad su calor corporal.

O tal vez solo era la propia sangre de V que comenzaba a hervir.

—¿Cuáles son las reglas?

—No hay reglas. —Vishous separó las piernas para afirmarse mejor sobre el suelo y se preparó para lo que venía—. Haz lo que quieras hacer... pero tienes que machacarme. Tienes que convertirme en mierda.

En el complejo de la Hermandad, Manny se puso ropa de cirugía limpia. Si seguía así, debería comprar acciones de la empresa que fabricaba esas prendas. Era el cliente ideal.

Una vez en el pasillo, se recostó en la pared de cemento y se quedó contemplando sus zapatillas deportivas. El cirujano cuarentón no quería entusiasmarse demasiado; tenía el presentimiento de que Payne y él al final no irían a ningún lado.

Resultaba que era hija de una deidad.

La mejor suegra.

Pero eso no le importaba en absoluto. Podría haber sido descendiente de un avestruz, la verdad, y le afectaría lo mismo. Ese asunto le traía sin cuidado.

Se restregó la cara, quizás para ayudarse a pensar. El hombre no sabía muy bien si estaba impresionado por su propia indiferencia o en realidad le aterrorizaba la falta de reacción ante semejante noticia. Probablemente lo más sano sería estar impresionado y negarse a creer todo ese millón de barbaridades. ¿Cómo iba a existir una diosa que se hacía llamar Virgen Escribana, que era como un tubo fluorescente y bla, bla, bla? Pero su cerebro parecía perfectamente tranquilo, lo cual significaba que se estaba volviendo realmente flexible a la hora de discriminar entre la realidad y la fantasía, o que su materia gris había caído en un penoso estado de impotencia.

Probablemente ocurría lo primero. Porque, pensándolo bien, se sentía... Mierda, se sentía mejor de lo que se había sentido en años. Ello a pesar de que había estado operando durante diez horas sin parar y había dormido en una silla buena parte de la noche, o del día, lo que fuera. Su mente y su cuerpo estaban más fuertes, saludables y alerta que nunca. Incluso ahora, al estirarse, no notaba la familiar rigidez de los músculos ni le chasqueaban sus ya veteranos huesos. Era como si acabara de pasarse un mes de vacaciones, a base de masajes y muchas sesiones de yoga frente al mar.

Pero nunca había hecho la postura del perro.

Tampoco se había quedado como tonto, cabeza abajo.

En ese momento cruzó por su mente una imagen absolutamente fabulosa y sensual de Payne. Notó que su miembro erecto pedía saltar a la cancha, y pensó que probablemente lo mejor sería mantenerlo en el banquillo. No, no, mejor mandarlo a la grada, no se fuera a entusiasmar. Bueno, definitivamente, a la ducha y luego a casa. Ni convocado para los partidos. Lejos de la competición, lejos de cualquier tentación.

Payne salió de la oficina prácticamente saltando. Llevaba en la mano el maletín de Manny y el resto de sus cosas.

—¡Somos libres!

Con la gracia de una atleta, corrió hacia él, con el hermoso pelo flotando tras ella. Daba pasos firmes y armoniosos. La suya era una recuperación como el doctor no había visto otra. Nunca.

—¡Somos libres! ¡Somos libres!

Se echó en brazos de Manny, eufórica. El cirujano, abrazándola, miró sus inigualables ojos.

—¿Nos van a dejar ir?

—¡Así es! Tenemos permiso para irnos en tu automóvil. —Cuando le entregó todas sus cosas, la Elegida sonrió con tanta felicidad que sus colmillos brillaron—. Pensé que ibas a necesitar esto. Y el teléfono ya funciona.

—¿Cómo supiste que estas cosas son mías?

—Huelen a ti. Y Wrath me contó lo de la tarjeta diminuta que mi gemelo sacó del móvil.

Fantástico.

Pensó que aquella criatura reconocía su olor, y eso provocó su enésima excitación. Recordó lo cerca que habían estado de consumir sus relaciones. Evocó...

Muy bien, era hora de detener la película.

Payne le puso una mano en la cara.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Me gusta la forma en que me miras, Manello.

—¿De verdad?

—Sí. Me hace pensar en el momento en que tu boca estaba sobre mí, y me encanta recordar eso.

Manny, a punto de perder los estribos, dejó escapar un gruñido. Dispuesto a evitar que las cosas se salieran de madre, rodeó a Payne con sus brazos.

—Vamos. Salgamos antes de que perdamos esta oportunidad.

La carcajada que ella soltó sonaba tan libre de preocupaciones que, por alguna razón, Manny sintió que el pecho se le abría en dos y dejaba expuesto su corazón. Y eso fue antes de que ella se inclinara y lo besara en la mejilla.

—Estás excitado.

Manny la miró de reojo.

—Y tú estás jugando con fuego.

—Me gusta el calor que desprendes.

Manny soltó una carcajada.

—Bueno, pues no tienes por qué preocuparte, no creo que sea tan nuevo para ti. Tú eres puro fuego.

Llegaron a la salida de emergencia. Manny apoyó la mano sobre la barra sin empujarla aún.

—¿De verdad crees que esto se va a abrir?

—Inténtalo y averígualo.

Manny empujó y el pesado panel de metal se abrió de par en par.

No había ningún vampiro armado con pistolas y machetes dispuesto a saltar sobre ellos.

Manny sacudió la cabeza.

—¿Cómo demonios lo lograste?

—Al rey no le hizo mucha gracia, esa es la verdad. Pero yo no estoy prisionera aquí, ya soy mayor de edad y no hay ninguna razón por la cual no pueda salir del complejo.

—Y al final de la noche, ¿qué va a suceder?—Al ver que la dicha de Payne se ensombrecía, Manny pensó: claro, así fue como lo logró. Técnicamente, ella lo estaba acompañando a su casa. En realidad era su despedida.

El cirujano le acarició la asombrosa melena negra.

—Está bien, está bien, bambina.

La hembra parecía entristecida.

—No quiero pensar en el futuro y tú tampoco debes hacerlo. Hay muchas horas por delante.

Horas, sí, pero no años, ni meses, ni días siquiera. Sólo unas horas.

Manny no se sentía libre en absoluto. Pero no quería amargar a su amada, a la que tomó de la mano con energía.

—Vamos, el tiempo es oro. Aprovechemos lo que tenemos.

El coche estaba aparcado en una zona de sombras, a mano derecha. Al aproximarse Manny notó que estaba abierto. Claro, si entraban en su cabeza, ¿no iban a ser capaces de abrir un puñetero coche?

Manny abrió la puerta del acompañante.

—Déjame ayudarte.

La llevó del brazo, como todo un caballero, la ayudó a sentarse y luego le pasó el cinturón de seguridad sobre el pecho y lo abrochó.

Vio que la Elegida devoraba con los ojos el interior del vehículo y que acariciaba casi reverencialmente el asiento. Manny se imaginó que era la primera vez que Payne se subía a un coche. Le pareció conmovedor, maravilloso.

—¿Alguna vez habías estado en uno de estos cacharros?

—Pues no, lo cierto es que no.

—Bueno, entonces iremos despacio, para que te acostumbres y lo disfrutes.

Payne lo agarró de la mano cuando él se enderezó.

—¿Puede andar rápido?

Manny sonrió.

—Es un Porsche. La velocidad es lo suyo.

—Entonces iremos tan rápido como el viento. ¡Quiero recordar mis días a

caballo!

Manny hizo una foto mental de la felicidad que reflejaba la cara de Payne: estaba radiante. No era que se hubiera encendido otra vez como una bombilla, sino simplemente que estaba feliz.

Manny se inclinó y la besó.

—¡Eres tan hermosa!

La vampira le agarró la cara con las manos.

—Y yo te doy las gracias por hacer posible eso.

¡Ya le gustaría ser el responsable!, pero lo que la hacía hermosa era la libertad, la buena salud y el optimismo... Todo lo que, desde luego, tenía bien merecido.

La miró intensamente.

—Quiero presentarte a alguien.

Payne le sonrió.

—Entonces vamos, Manello. Vamos hacia la noche, hacia los nuevos conocimientos.

Después de un momento más de contemplación, el cirujano arrancó.

CAPÍTULO

37



De pie y desnudo en el ático, Vishous esperaba que sucediera algo, cualquier cosa.

Pero no ocurrió nada. Butch retrocedió y desapareció por la cocina. Al quedarse solo, V cerró los ojos y soltó una maldición. Había sido una mala idea. No puedes pedirle a un buen chico católico que juegue con la clase de juguetes que él...

El ataque llegó desde atrás, rápido y certero.

Fue una especie de llave paralizadora, perfectamente ejecutada: dos brazos enormes lo envolvieron desde atrás a la altura del pecho y las caderas, y su cuerpo fue zarandeado y lanzado contra la pared del fondo, junto a la mesa. El buen chico católico parecía no conocer la piedad, pues lo empujó con tal violencia que cada centímetro de V chocó contra el muro. Y no tuvo tiempo de rebotar, pues enseguida Butch lo inmovilizó, sujetándolo por la nuca y el trasero.

Rugió:

—¡Levanta los brazos, puta basura!

V intentó obedecer. Hubo de forcejear para librarse de la presión que le

mantenía los dos brazos atrapados contra el pecho. El derecho se soltó primero. En cuanto asomó la muñeca, sintió que se la agarraban y se la esposaban. El brazo izquierdo siguió el mismo camino poco después.

A los policías se les daba bien el manejo de las esposas de acero.

Luego hubo una breve pausa durante la cual V pudo tomar un poco de aire y después el sonido de una cadena metálica que rodaba a través de una polea le anunció hacia dónde se dirigía la sesión: hacia arriba.

Gradualmente, su peso fue pasando de los pies a las articulaciones y los músculos de los brazos. Pero el ascenso se detuvo justo antes de que los dedos de los pies se separaran totalmente del suelo. Y se quedó allí colgando, de cara a las ventanas, mientras el aire entraba y salía agitadamente de sus pulmones.

El vampiro sadomasoquista oía a Butch moviéndose detrás de él.

—Abre la boca.

Al oír la orden, V obedeció hasta el extremo de que casi se le dislocó la mandíbula.

Las heridas de la cara, producto del golpe contra el espejo, estallaron en un coro de alaridos por aquel esfuerzo de los maxilares.

La mordaza que Butch le pasó por la cabeza encajó perfectamente donde debía hacerlo y una bola de látex quedó entre los colmillos, obligándolo a abrir la boca todavía más. Con un rápido tirón, la correa de cuero abrazó el cráneo y la hebilla quedó tan apretada que se enterró en el cuero cabelludo.

Era un montaje perfecto: la suspensión, la inmovilización y la sensación de asfixia comenzaron a hacer su trabajo, liberando la adrenalina que hacía que el cuerpo se tensara y se excitara de muchas formas distintas.

Lo siguiente fue un corsé de pinchos, que no entró por encima de la cabeza sino que rodeó el tronco, al tiempo que las puntas de metal que llevaba por dentro se clavaban en su piel. Butch comenzó con la correa que rodeaba el esternón y luego fue apretando una tras otra... hasta que todo el torso de V, desde las costillas hasta el estómago y de ahí a la parte superior de las caderas, se convirtió en una sucesión de círculos de dolor que penetraban hasta la columna, disparando descargas hacia arriba, hacia el cerebro, y hacia abajo, hacia la polla, a esas alturas dura y a como una piedra.

El aire silbaba al entrarle por la nariz, cuando se produjo una especie de pausa en la que no hubo contacto. Pero enseguida Butch regresó con cuatro tiras de goma. Para ser un lego, el expolicia se manejaba de maravilla con todo aquello: tanto la mordaza de bola como el corsé y demás parafernalia sadomasoquista.

Trabajando sin dilación, Butch deslizó las bandas a través de los aros de la mordaza y luego las estiró hasta amarrarlas por la parte delantera y trasera del corsé.

De esta forma quedó totalmente inmovilizada la cabeza de Vishous, que ya no

pudo mirar más que hacia el frente.

Luego Butch le dio un empujón y V comenzó a girar sobre sí mismo como si fuera un carrusel. En ese estado de parálisis, los giros acabaron con el dominio de la realidad que le quedaba y no pasó mucho tiempo antes de que el vampiro perdiera la noción de qué era lo que se movía: si él o la habitación. Las cosas pasaban frente a sus ojos una tras otra: el mueble bar, la puerta de salida, la mesa, Butch, la cama, el vaso... luego era otra vez el bar, la puerta, la mesa... y Butch una vez más, que ahora se había acercado a los látigos y las cadenas que colgaban de la estantería.

Pero el policía de momento se limitó a quedarse allí, con los ojos fijos en el giratorio Vishous.

Como si fuera un tren que llega a la estación, las vueltas se fueron haciendo más y más lentas hasta que se detuvieron por completo... y los dos quedaron frente a frente.

—Dijiste que no había reglas. —Butch hablaba con los dientes apretados—. ¿Mantienes esa idea?

Sin poder asentir o negar con la cabeza, V hizo lo que pudo con los pies, moviéndolos hacia arriba y hacia abajo.

—¿Estás seguro?

Al ver que V repetía el movimiento, los ojos de Butch brillaron a la luz de las velas... como si los tuviera llenos de lágrimas.

Suspiró y dictó sentencia con voz gutural.

—Está bien, si así lo quieres, que así sea.

Butch se secó la cara, se volvió hacia la pared y luego comenzó a caminar a lo largo de la estantería de instrumentos sadomasoquistas. Cuando lo vio aproximarse a los látigos, V se imaginó el de puntas de acero cortándole la espalda y los muslos; pero el policía siguió de largo. En la siguiente sección estaban los «gatos», instrumentos de azote de varias colas. V casi pudo sentirlos ya desgarrándole la piel... pero Butch no se detuvo ahí tampoco. Luego estaban los ganchos para los pezones y las esposas dentadas de acero inoxidable que se podían poner en los tobillos, los brazos, la garganta...

Al ver que el policía ignoraba todos los instrumentos, Vishous frunció el ceño y se preguntó si su amigo estaría fingiendo que hacía lo que le pidió que hiciera. Desde luego, no sería de extrañar.

Sin embargo, de pronto Butch se detuvo. Y tendió la mano hacia...

V gimió y comenzó a sacudirse contra las cadenas que lo mantenían suspendido. Con los ojos desorbitados, hizo lo que pudo para suplicar, pero no tenía forma de mover la cabeza ni hablar.

Butch habló con voz ahogada.

—Dijiste que no había límites, de modo que así es como lo vamos a hacer.

V sintió un espasmo en las piernas y su pecho comenzó a sufrir convulsiones

por falta de oxígeno. La máscara que el policía había elegido no tenía agujeros para los ojos, ni para los oídos o la boca. Hecha de cuero y cosida con un fino hilo de acero inoxidable, la única entrada de oxígeno que permitía era a través de dos paneles laterales hechos de malla, que estaban ubicados en la parte de atrás, de modo que la luz tampoco entraba y, antes de llegar a la boca y los pulmones, el aire circulaba primero por encima de la piel aterrorizada y ardiente. Era un artefacto que V había comprado pero nunca había usado. Sólo la había conservado porque le causaba terror y esa era razón suficiente para tenerla.

Ser privado de la vista y el oído era la única cosa que garantizaba que V perdiera el maldito control, y tal era, precisamente, la razón por la cual Butch había elegido esa máscara. El policía sabía muy bien qué teclas debía tocar: el dolor físico era una cosa... pero el pánico psicológico era mucho peor.

Y, por tanto, más efectivo.

Butch caminó despacio hacia él y luego desapareció de su vista. Mientras pateaba frenética e inútilmente, V trató de recolocarse, para quedar frente al otro, pero sus dedos no alcanzaban a tocar bien el suelo, lo cual era otro acierto de la estrategia de su amigo. Luchar y forcejear sin éxito solo aumentaba el terror.

Súbitamente, todo quedó a oscuras.

V comenzó a sacudirse de manera incontrolable y a tratar de luchar, pero era una batalla que tenía perdida: con un rápido tirón, la máscara se apretó alrededor del cuello, sin que nada pudiera moverla.

La hipoxia mental se apoderó de inmediato de V. No quedaba nada de oxígeno, no entraba ni salía nada...

Luego sintió algo que le subía por la pierna. Algo largo y delgado. Y frío.

Como un cuchillo.

V se quedó completamente quieto. Su cuerpo se convirtió en una especie de estatua suspendida por dos cuerdas de metal.

Las inhalaciones y exhalaciones dentro de la máscara producían una especie de rugiente zumbido en sus oídos. Concentró la captación de sensaciones debajo de la cintura. El cuchillo subía lenta pero inexorablemente, y a medida que avanzaba se iba desviando hacia la parte interior del muslo...

A su paso iba dejando un rastro líquido que se deslizaba por la rodilla.

V ni siquiera sentía el dolor del corte a medida que el cuchillo se dirigía hacia su miembro, pues las implicaciones de lo que estaba sintiendo fueron como un puñetazo sobre el botón que activaba su proceso de autodestrucción.

En un segundo, el pasado y el presente se mezclaron en una especie de aquelarre alimentado por la adrenalina que circulaba por cada una de sus venas. Y V se sintió súbitamente transportado a la noche en que los hombres de su padre lo sujetaron contra el suelo, siguiendo las órdenes del Sanguinario y le marcaron con los tatuajes. Pero los tatuajes no fueron lo peor de todo.

Y ahí estaba otra vez esa escena, sucediendo de nuevo. Sólo que esta vez no había tenazas.

Vishous lanzó un grito a pesar de la mordaza... y siguió gritando.

Gritó por todo lo que había perdido... gritó por ser el medio macho en que se había convertido... gritó por Jane... gritó por la desgracia de tener aquellos padres y chilló por lo que quería para su hermana... gritó por lo que había obligado a hacer a su mejor amigo... Gritó y gritó hasta que se quedó sin aire y sin conciencia y sin nada.

Ni pasado ni presente.

Ya no era ni siquiera él mismo.

Y en medio del caos, de la manera más extraña, Vishous encontró la libertad.



Butch se dio cuenta de que su amigo se había desmayado en el mismo momento en que eso ocurrió. No solo fue porque notara que los pies se quedaban quietos; fue la súbita manera en que toda aquella tremenda musculatura se relajó. No más tensión en sus brazos y sus muslos enormes. No más contracciones del pecho. No más venas amenazando con estallar en los hombros y la espalda.

Enseguida, Butch retiró de la pierna de V la cuchara que había tomado de la cocina y dejó de verter el agua tibia que tenía en un vaso que había sacado del mueble bar.

Las lágrimas que nublaban sus ojos no le ayudaron a soltar la máscara ni a retirarla. Tampoco fue fácil quitar las bandas con que le había inmovilizado la cabeza. Pero lo que más trabajo le dio fue la mordaza.

Soltar el corsé fue un trabajo de mierda, de los peores de su vida. Pero no había más remedio que hacerlo, y lo hizo, lo más rápido que pudo para aliviarle sufrimientos. Y, poco después, el cuerpo de V quedaba a la vista, lleno de sangre pero libre de toda aquella basura.

En la pared, Butch soltó el cabrestante y bajó lentamente el cuerpo inmenso e inanimado de su amigo. No había indicios de que se hubiese dado cuenta del cambio de altitud y el contacto con el suelo fue relativamente suave, pues después de que las piernas cayeran, las rodillas se doblaron y el mármol pareció elevarse para recibir el trasero y el torso.

Butch encontró más sangre cuando retiró las esposas.

Dios, su amigo estaba hecho un desastre: las correas de la mordaza habían dejado marcas rojas en las mejillas; el daño causado por el corsé era aún más notorio; y luego estaban las muñecas, totalmente laceradas, en carne viva.

Todo eso, además del estado en que ya tenía la cara, por cortesía de lo que había roto con ella, que a saber qué cojones sería.

Durante un momento, lo único que Butch pudo hacer fue quitarle el pelo

negro de la cara, con unas manos que temblaban como si tuviera Parkinson. Luego miró el cuerpo de su amigo, desde los tatuajes que tenía debajo de la cintura hasta el sexo flácido... y también las cicatrices.

El Sanguinario era un maldito hijo de puta por torturar a su hijo de la manera en que lo había hecho. Y la Virgen Escribana era una zorra inútil por haber permitido que eso pasara.

Y Butch se sentía horriblemente mal por haber usado ese pasado tan espantoso para aterrorizarlo.

Pero la verdad es que no había querido golpear físicamente a V; no es que fuera un cobarde, pero no tenía estómago para hacerlo. Además, la mente era el arma más poderosa que uno tenía para atacar a los demás y para destruirse a sí mismo.

Butch no había dejado de llorar desde que empuñó la cuchara y comenzó a subirla por la pierna del vampiro, porque sabía la reacción inmediata que eso iba a provocar. Y era muy consciente de que el agua tibia contribuiría a incrementar la confusión entre el pasado y el presente que se desencadenaría en el corazón atormentado de su amigo.

Los gritos habían sido amortiguados por la mordaza y la capucha, y sin embargo ese relativo silencio había perforado los tímpanos de Butch como lo hubiera hecho el chillido más espeluznante.

Iba a pasar un largo, largo tiempo antes de que pudiera recuperarse de esto: cada vez que cerraba los ojos, lo único que veía era el cuerpo de su amigo sacudiéndose y forcejeando.

El expolicia se restregó la cara, se levantó y fue hasta el baño. Del armario sacó un montón de toallas negras: dejó unas cuantas secas y las otras las humedeció con agua templada en el lavabo.

Al regresar al lado de Vishous, limpió del cuerpo de su amigo la sangre y el sudor producto del pánico. Lo hizo minuciosamente, por todo el organismo del amigo, sin dejarse nada.

La limpieza le llevó una buena media hora y varios viajes de allí al baño y del baño allí.

La sesión « terapéutica » había durado apenas una fracción de ese tiempo.

Cuando terminó, alzó el tremendo peso de V en sus brazos y lo llevó a la cama, donde lo acostó con la cabeza sobre las almohadas forradas en satén negro. La limpieza con la esponja había dejado la piel de V como erizada. Estaba débil, sentía frío, así que Butch lo envolvió en la colcha y las sábanas.

El proceso de recuperación ya había comenzado y la carne que había quedado lacerada o cortada ya se estaba reconstituyendo y borrando las marcas que habían quedado.

Eso era una ventaja.

Al dar un paso hacia atrás, una parte de Butch quería acostarse en la cama y

abrazar a su amigo. Pero no había lugar para estúpidos consuelos y, además, si no salía de allí pronto y se emborrachaba como una cuba, iba a terminar por perder la razón por completo.

Cuando se aseguró de que V estaba bien, Butch agarró su chaqueta, que había tirado al suelo...

Un momento: las toallas llenas de sangre y el desastroso caos que había quedado debajo de la polea todavía seguían allí.

Así que, moviéndose rápido, limpió el suelo y luego agarró la montaña de toallas y las llevó a la cesta de ropa sucia del baño... lo cual lo hizo preguntarse quién diablos haría la limpieza en el ático. Tal vez fuese Fritz... o quizás fuera el mismo V el que se encargaba del oficio doméstico.

De regreso en la habitación, Butch revisó por segunda vez que toda prueba de lo ocurrido hubiese desaparecido, a excepción del vaso y la cuchara, y luego se acercó para ver si V seguía dormido, o mejor dicho desvanecido, casi en estado de coma.

Totalmente. Inconsciente.

—Te voy a traer lo que de verdad necesitas. —Butch lo dijo en voz baja, mientras se preguntaba si alguna vez volvería a respirar normalmente, pues su pecho parecía tan comprimido como había estado el de V con el corsé—. Aguanta, hermano.

Camino a la puerta, Butch sacó el móvil para marcar... pero el maldito teléfono se le cayó al suelo.

Uf. Parecía que las manos todavía le estaban temblando. Increíble.

Después de un momento, cuando oprimió la tecla de llamada rogó que la llamada tuviera éxito.

Respondieron y habló con voz ronca.

—Listo. Ya puedes venir. No, créeme, él te va a necesitar. Todo esto lo hice por vosotros dos. No... sí. No, yo estoy saliendo en este momento. Bien. Perfecto.

Después de colgar, Butch echó la llave a la puerta y llamó el ascensor. Mientras esperaba, trató de ponerse la chaqueta y forcejeó tanto para nada, que al final se dio por vencido y se la colgó del hombro. Cuando las puertas se abrieron y se oyó la campanita, Butch entró, presionó el botón de la planta del aparcamiento y bajó, bajó, bajó, cayendo de manera fluida y controlada gracias a la pequeña caja metálica del ascensor.

Le mandó un mensaje a su shellan, en lugar de llamarla, por dos razones: no confiaba en su tono de voz en ese momento y, la verdad, no estaba listo para responder a las preguntas que inevitablemente, y de manera más que justificada, le haría ella.

Todo bien. Voy a casa a descansar. Te amo xxx B.

La respuesta de Marissa llegó con tanta rapidez que era evidente que tenía el

teléfono en la mano y estaba esperando recibir noticias suyas: *Yo también te amo. Estoy en Safe Place, pero ¿quieres que vaya a casa?*

El ascensor se abrió y el dulce olor de la gasolina le informó de que había llegado a su destino. Mientras se dirigía a la Escalade, respondió el mensaje a Marissa: *No, de verdad estoy bien. Quédate allí y trabaja. Te esperaré en casa cuando termines.*

Estaba sacando las llaves del bolsillo, cuando su móvil volvió a sonar. *Está bien, pero si me necesitas, tú eres lo más importante.*

Dios, qué mujer tan honorable y valiosa.

Lo mismo digo, xxx, respondió él.

Quitó la alarma del vehículo con el mando a distancia, se montó, cerró la puerta y echó el seguro.

Se suponía que debía comenzar a conducir. Pero en lugar de eso apoyó la frente en el volante y respiró hondo.

Tener buena memoria era una cualidad sobrevalorada. Y a pesar de que no envidiaba a Manello por todo lo que habían borrado de su cerebro, habría dado casi cualquier cosa por deshacerse de las imágenes que acechaban en su cabeza.

No por deshacerse de V, no.

Él nunca iba a renunciar a ese macho. Jamás.

CAPÍTULO

38



—Toma, pensé que te gustaría un café.

Después de poner el *venti latte* de Starbucks sobre el escritorio de su compañero, José de la Cruz se sentó en el asiento que había enfrente.

Veck debería parecer un desharrapado, considerando que tenía puesta la misma ropa que llevaba cuando se había colgado de la capota de ese coche la noche anterior, como en una escena de *Misión imposible*, pero la verdad era que el cabrón de alguna manera lograba mantenerse con su aspecto rudo e impecable, en lugar de parecer un tío zarrapastroso.

Así que José estaba seguro de que las otras seis tazas de café a medio tomar que había alrededor del ordenador debían de haber sido llevadas por las distintas damas del departamento.

—Gracias, amigo.

Mientras Veck tomaba entre sus manos la nueva taza de café caliente y humeante, sus ojos no se despegaron del monitor. José, por tanto, supuso que su compañero debía estar revisando los archivos de personas desaparecidas, en

especial los de mujeres entre los diecisiete y los treinta años.

De todas maneras se lo preguntó.

—¿Qué haces?

—Personas desaparecidas. —Veck se estiró en la silla—. ¿Te has fijado en la cantidad de gente entre los dieciocho y los veinticuatro años que han entrado en la lista recientemente? Hombres, no mujeres.

—Pues sí. El alcalde está reuniendo un equipo especial para investigar eso.

—También hay chicas, pero, joder, parece que hubiera una epidemia.

Afuera, en el pasillo, un par de uniformados pasaron conversando y tanto José como Veck los saludaron con un gesto de cabeza. Cuando sus pasos se desvanecieron el novato habló de nuevo.

—Lo que dijo Asuntos Internos, ¿verdad? —En realidad no era una pregunta y sus oscuros ojos azules siguieron fijos en la base de datos—. Esa es la razón por la cual estás aquí, ¿no?

—Bueno, sí, y también para traerte café. Aunque parece que te han estado atendiendo muy bien.

—Sí, la recepción de abajo es muy considerada.

Ah, sí. Las dos Kathys, Brittany, que escribía su nombre como Britnae, y Theresa. Probablemente todas pensaban que Veck era un héroe.

José carraspeó.

—Resulta que el fotógrafo ya tiene cargos por acoso debido a su hábito de aparecerse en lugares en los que no es bienvenido. Él y su abogado solo quieren olvidarse del asunto, porque lo que menos necesitan ahora es tener otro problema por allanar el escenario de un crimen. Asuntos Internos tomó las declaraciones del caso y la conclusión es que todo se reduce a una simple agresión de tu parte, pero nada grave. Además, el fotógrafo dice que no va a cooperar con la fiscalía en caso de que eleven cargos contra ti. Probablemente porque piensa que eso le puede ayudar.

En ese momento Veck lo miró.

—Gracias a Dios.

—Pero no te entusiasmes demasiado.

Veck entornó los ojos, pero no porque estuviera confundido. Él sabía exactamente cuál era el problema.

Sin embargo no preguntó nada, solo se quedó esperando.

José miró a su alrededor. A las diez de la noche, la oficina del Departamento de Homicidios estaba vacía, a pesar de que los teléfonos seguían sonando aquí y allá, hasta que el buzón de voz devoraba a los que llamaban. En el pasillo, el personal de la limpieza estaba en plena labor y el zumbido de varias aspiradoras llegaba desde el laboratorio de la científica.

Así que no había razón para no hablar con franqueza.

De todas maneras, José cerró la puerta principal. Al regresar con Veck, se

volvió a sentar y, después de recoger un papel que encontró en el suelo, se puso a hacer un dibujo invisible sobre la tapa de imitación madera del escritorio.

—Me preguntaron qué pensaba de ti. —Se dio un golpecito en la sien—. A nivel mental. Querían saber si estás cuerdo o no.

—Y tú dijiste...

José se encogió de hombros y guardó silencio.

—Ese desgraciado estaba tomando fotos de un cadáver. Para ganar dinero...

José levantó una mano para acallar las protestas.

—Nadie te discute eso. Joder, todos queríamos pegarle. Sin embargo, la cuestión es hasta dónde habrías llegado... si yo no te hubiese detenido.

El novato frunció el ceño.

Y luego no se oyó nada más que silencio. Un silencio mortal. Bueno, excepto por los teléfonos.

—Sé que has leído mi expediente.

—Así es.

—Sí, bueno, pues yo no soy mi padre. —Veck hablaba ahora con un tono neutral pero contundente—. Ni siquiera crecí a su lado. Apenas lo conocí y no me parezco a él en nada.

Desde luego parecía un tío con muchas cualidades.

Thomas Del Vecchio tenía muchas cosas a su favor: había obtenido las mejores calificaciones en sus estudios de justicia criminal. Había sido el primero de su clase en la academia de policía. Sus tres años como patrullero eran impecables. Y eran tan apuesto que nunca tenía que buscarse su propio café.

Pero era hijo de un monstruo.

Y esa era la raíz del problema que tenían entre manos. Todo el mundo estaba de acuerdo en que no era justo condenar a los hijos por los pecados de los padres. Y Veck tenía razón: en las pruebas psicológicas que le habían hecho, sus resultados habían sido tan normales como los de cualquier otro.

Así que José lo había tomado como compañero sin pensar ni una vez en su padre.

Pero eso había cambiado desde la noche anterior y el problema era la expresión que José había visto en la cara de Veck antes de abalanzarse sobre ese fotógrafo.

Tan fría. Tan calmada. Con una indiferencia tan absoluta como si estuviera abriendo una lata de cerveza.

Después de haber trabajado en Homicidios a lo largo de casi toda su vida adulta, José había visto a muchos asesinos. Estaban los tíos que cometían crímenes pasionales y que perdían el control debido a su relación con un hombre o una mujer; estaba el departamento de los idiotas, que para José comprendía a todos los que cometían crímenes relacionados con la droga y el alcohol, así como la violencia entre pandillas; y luego estaban los psicópatas sádicos, a los cuales

había que matar como a perros rabiosos.

Todas esas variantes causaban tragedias inimaginables en la vida de las familias de las víctimas y a la comunidad en general. Pero no eran los que le quitaban el sueño a José.

El padre de Veck había asesinado a veintiocho personas a lo largo de diecisiete años... y solo eran los cadáveres que se habían encontrado. El desgraciado estaba condenado a muerte y esperaba la ejecución de la sentencia en Sommers, Connecticut, a solo unos ciento cincuenta kilómetros de Caldwell. José no tenía dudas de que iba a recibir la inyección letal, a pesar de la gran cantidad de apelaciones que había presentado su abogado. Pero lo que era una verdadera locura era que Thomas Del Vecchio Sr. tenía un club de seguidores repartidos por todo el mundo. Con cien mil amigos en Facebook, objetos publicitarios en CafePress y canciones sobre él escritas por bandas de *heavy metal*, era toda una celebridad.

Todo eso enfurecía a José, que se decía que esos idiotas que idolatraban al maldito cabrón deberían venir a hacer su trabajo durante una semana. A ver si después de conocerlos en la vida real todavía pensaban que los asesinos eran tipos geniales.

José nunca había conocido a Del Vecchio padre en persona, pero había visto cantidades de vídeos de la fiscalía y de interrogatorios policiales. A primera vista, el tío parecía tan lúcido y sereno como un instructor de yoga. También era bastante agradable. Independientemente de quién estuviera frente a él o qué le dijeran para provocarlo, nunca se agitaba, nunca se intimidaba, nunca mostraba indicios de que eso le afectara.

Solo que José había visto algo en su cara. Y lo mismo detectaron unos cuantos de los otros profesionales que lo habían tratado: de vez en cuando, en sus ojos se veía una chispa que hacía que José agarrara el crucifijo que llevaba al cuello. Era la clase de chispa que brilla en los ojos de un chico de dieciséis años cuando ve a una muchacha linda que pasa por su lado, o a una chica de caderas anchas el ombligo al aire. Era como el reflejo de un rayo de luz sobre la hoja de un cuchillo, una chispa de luz y placer.

Pero su chispa no se encendía por la visión de una bella criatura, sino por la evocación de un asesinato monstruoso.

Sin embargo, eso era lo único que había dejado ver. Las pruebas lo habían condenado, pero nunca había reconocido su culpabilidad.

Y esa era la clase de asesino que mantenía a José despierto y contemplando el techo mientras su esposa dormía a su lado. Del Vecchio padre era lo suficientemente inteligente para mantener el control y ocultar sus huellas. Era muy seguro de sí mismo y manejaba muchos recursos. Y era tan implacable como el cambio de las estaciones... Era la representación de Halloween en un universo paralelo: en lugar de un tío normal con una máscara, él era un demonio

tras una máscara atractiva y amigable.

Veck se parecía mucho a su padre en lo físico.

—¿Has oído lo que he dicho?

Al oír la voz del chico, José volvió al presente.

—Sí, sí, te he oído.

—Entonces, ¿esto es todo lo que teníamos que hablar? —Veck hizo la pregunta con voz alta—. ¿Estás diciendo que ya no quieres trabajar conmigo? Suponiendo que todavía tenga trabajo...

José volvió a concentrarse en su dibujo invisible.

—Asuntos Internos te va a hacer una advertencia.

—¿De veras?

—Les dije que tenías la cabeza donde debía estar.

Veck suspiró.

—Gracias, amigo.

José tamborileaba ahora con los dedos sobre el escritorio.

—La presión en este trabajo es muy jodida. —Al decir eso, José miró a Veck a los ojos—. Y eso nunca va a cambiar.

Hubo una pausa. Luego su compañero murmuró:

—Tú realmente no crees lo que les dijiste, ¿verdad?

José hizo un gesto de indiferencia.

—El tiempo lo dirá.

—Entonces, ¿por qué demonios me salvaste el pellejo?

—Supongo que creo que mereces tener la oportunidad de enmendar tus errores, aunque no sean realmente tuyos.

Lo que José se reservó para sus adentros era que no era la primera vez que aceptaba tener un compañero que tenía asuntos por resolver en el trabajo, por decirlo así.

Joder, ¡y cómo había terminado Butch O'Neal!: Desaparecido. Supuestamente muerto. A pesar de lo que José creía haber escuchado en la grabación de esa llamada.

—No soy mi padre, detective. Te lo juro. Solo porque adopté una actitud profesional cuando golpeé a ese tío...

José se inclinó hacia delante y clavó su mirada en los ojos del chico.

—¿Cómo supiste que eso fue lo que me molestó? ¿Cómo supiste que lo que me alarmó fue la tranquilidad con que lo hiciste?

Al ver que Veck se ponía pálido, José se volvió a recostar en la silla. Después de un rato, sacudió la cabeza.

—Eso no significa que seas un asesino, hijo. Y el hecho de que le tengas miedo a algo no significa que sea cierto. Pero creo que tú y yo debemos ser muy claros entre nosotros. Como te dije, no creo que sea justo que te juzguemos con otros parámetros a causa de tu padre, pero si vuelves a tener otro arrebato como

ése por cualquier cosa, y me refiero a una multa por aparcar en sitio prohibido... —Señaló con la cabeza la taza de café—. O a un café asqueroso, o mucho almidón en tu camisa... o la maldita fotocopiadora... será el final. ¿Está claro? No voy a permitir que una persona peligrosa lleve una placa, ni mucho menos un arma.

Bruscamente, Veck volvió a fijar la mirada en el monitor. En él se veía la fotografía de una bonita rubia de diecinueve años, que había desaparecido hacía unas dos semanas. Todavía no habían encontrado el cadáver, pero José estaba casi seguro de que a esas alturas ya debía de estar muerta.

Después de hacer un gesto de asentimiento, Veck agarró el café y se recostó en el asiento.

—Trato hecho.

José espiró y también se relajó llevándose las manos a la nuca.

—Bien. Porque tenemos que encontrar a ese tío antes de que se cargue a alguien más.

CAPÍTULO

39



Mientras avanzaban hacia el sur por la «carretera del norte», como decía Manello, los ojos de Payne devoraban el mundo que la rodeaba. Cada cosa era una fuente de fascinación, desde las filas de coches a cada lado de la vía, pasando por los cielos inmensos de allá arriba, hasta el frío abrazador que entraba en el coche cuando ella abría la ventanilla.

Lo cual sucedía cada cinco minutos. Payne sencillamente adoraba el cambio de temperatura: de caliente a frío, de frío a caliente... Era tan distinto al Santuario, donde todo era monoclímático. Además, estaba la ráfaga de aire que golpeaba su cara y le enredaba el pelo y la hacía reír.

Y, claro, cada vez que abría la ventanilla, Payne miraba al cirujano y lo veía sonriendo.

—No me has preguntado hacia dónde vamos. —Manello dijo esto después de que la vampira bajara la ventanilla por enésima vez.

En verdad, no le importaba. Viajaban juntos, los dos eran libres y estaban solos y eso era más que suficiente...

Tienes que borrar todos sus recuerdos. Al final de la noche, debes borrar sus

recuerdos y regresar aquí. Sola.

Payne se contuvo para ocultar la aguda ola de tristeza que la invadió: Wrath, hijo de Wrath, tenía una voz acorde con toda esa parafernalia del trono y la corona y las dagas negras que llevaba sobre el pecho. Y ese tono imperioso no era puro adorno. Él esperaba que le obedecieran y Payne no se engañaba pensando que por el hecho de ser la hija de la Virgen Escribana, de alguna manera no estaba sometida a su mandato. Siempre y cuando estuviera aquí abajo debía hacerlo, porque este era el mundo de Wrath y ella se encontraba bajo su jurisdicción.

Mientras el rey pronunciaba esas horribles palabras, Payne había apretado los ojos y, en medio del silencio que se impuso después, se había dado cuenta de que no iban a ir a ninguna parte a menos que ella se comprometiera a obedecer.

Así que lo había hecho.

—¿No te gustaría saberlo? ¡Eh! ¡Payne!

La vampira salió de su ensimismamiento, sobresaltada, e hizo todo cuanto pudo por sonreír.

—Prefiero que me sorprendas.

Ahora el cuarentón se rió con más ganas.

—Así es más divertido. Bueno, como te dije, quiero presentarte a alguien. — La sonrisa de Manello se desvaneció ligeramente—. Creo que ella te va a agradar.

¿Ella?

¿Era una hembra?

¿Agradar?

En verdad, eso solo podría ocurrir si la «ella» en cuestión tuviera cara de caballo y un trasero enorme, pensó Payne.

Sin embargo, templó gaitas.

—Maravilloso.

—Hemos llegado a nuestra desviación. —Se oyó un suave *clic-clic-clic* y luego Manello giró el volante y el coche salió de la carretera grande para tomar una rampa que bajaba.

Cuando se detuvieron frente a una fila de coches, Payne vio al fondo, en el horizonte lejano, una ciudad enorme que sus ojos no alcanzaban a abarcar: grandes edificios marcados por una incontable cantidad de luces diminutas se destacaban entre estructuras más bajitas. Y no parecía tratarse de un lugar estático. Luces rojas y blancas serpenteaban por el interior y los alrededores... sin duda eran cientos, miles de coches que avanzaban por carreteras similares a aquella que acababan de dejar atrás.

—Estás viendo la ciudad de Nueva York

—Es... hermosa.

Manello se rió otra vez.

—Algunas partes ciertamente son hermosas. Pero la oscuridad y la distancia también hacen milagros.

Payne estiró la mano y tocó el cristal transparente que tenía frente a ella.

—Donde yo vivía, allá arriba, no puedes ver nada hacia el horizonte. No hay inmensidad. Sólo el cielo blanco y opresivo y el asfixiante límite del bosque. Todo esto es tan maravilloso...

Un ruido estridente se escuchó detrás de ellos y luego otro.

Manny miró por el pequeño espejo que colgaba del techo del coche.

—Relájate, amigo. Ya voy...

Cuando aceleró y alcanzó rápidamente al coche que iba delante, Payne se sintió mal por haberlo distraído.

—Lo siento. Prometo no volver a hacerlo.

—Puedes hablar eternamente y yo estaré encantado de escucharte por toda la eternidad.

Bueno era saberlo.

—No todo lo que veo aquí me resulta desconocido, pero la mayor parte de las cosas son como una revelación. Los cuencos de cristal que tenemos en el Otro Lado nos ofrecen imágenes de lo que ocurre aquí en la Tierra, pero se centran en las personas, no en los objetos, a menos que algo inanimado sea parte del destino de alguien. De hecho, sólo podemos ver el destino final, no el progreso hacia él... Al alcance de nuestros ojos está la vida, no el paisaje de la vida. Esto es, esto es... lo que deseaba ver cuando fuera libre.

—¿Cómo saliste de allí?

—Bueno, la primera vez... Me di cuenta de que, cuando mi madre concedía audiencias a la gente de aquí abajo, había una pequeña ventana donde la barrera entre los dos mundos tenía... una especie de malla. Descubrí que podía mover mis moléculas a través los diminutos espacios de la malla y así fue como me escapé. —Mientras recordaba, el pasado se apoderó de ella y los recuerdos volvieron a la vida, quemando no sólo su mente sino sobre todo su alma—. Mi madre estaba furiosa y vino a por mí para exigirme que regresara al Santuario... pero yo le dije que no. Estaba en una misión y ni siquiera ella podría hacerme desistir. —Payne sacudió la cabeza—. Después de que yo... hiciera lo que le hice a... Bueno, pensé que simplemente seguiría viviendo mi vida, pero había cosas que no había previsto. Aquí abajo, necesito alimentarme de la vena de alguien y... había otras preocupaciones.

Concretamente, su «periodo de necesidad», aunque Payne no estaba dispuesta a explicarle a Manello la manera en que este la había atacado, dejándola incapacitada. Había sido algo muy tremendo. Allá arriba, las hembras de la Virgen Escribana estaban preparadas para concebir descendencia prácticamente todo el tiempo, y por eso los grandes cambios hormonales no afectaban a su cuerpo. Sin embargo, una vez cada diez años tenían el periodo de

necesidad. Pero si venían a la Tierra y pasaban en ella más de un día, el ciclo se presentaba de inmediato.

Payne no había caído en la cuenta de ello.

Al recordar los terribles dolores y las ansias de aparearse que la habían dejado indefensa y desesperada, Payne se concentró en la cara del cirujano. ¿Estaría él dispuesto a estar con ella en su periodo de necesidad? ¿Querría hacerse cargo de sus violentas ansias y aliviarla dando satisfacción a sus insaciables apetitos eróticos? ¿Podría hacer eso un humano?

—Pero al final acabaste otra vez allí, encerrada...

Payne carraspeó.

—Sí, así fue. Tuve algunas... dificultades y mi madre acudió de nuevo a mí. —En verdad, la Virgen Escribana había sentido mucho miedo de que un grupo de machos excitados comenzaran a perseguir a su única hija, que ya había «arruinado» gran parte de la vida que ella le había dado—. Me dijo que me ayudaría, pero solo si regresaba al Otro Lado. Yo accedí a volver con ella, pensando que todo sería como antes y que otra vez podría volver a encontrar una forma de escapar. Pero eso no fue lo que sucedió, lamentablemente.

Manello le cogió la mano.

—Pero todo eso ya quedó atrás.

¿De verdad había quedado atrás? El Rey Ciego pretendía dirigir su vida tal como lo había hecho su madre. Sus razones eran menos egoístas, ciertamente... Después de todo, él tenía a la Hermandad y a sus shellans y a una pequeña viviendo bajo su techo, y eso era algo muy valioso que había que proteger. Pero Payne temía que Wrath en realidad compartiera la opinión que su hermano tenía de los humanos, es decir, que solo eran restrictores en potencia.

—¿Sabes una cosa, Manello?

—Qué.

—Creo que sería capaz de quedarme en este coche contigo para siempre.

—Es curioso, y yo siento lo mismo.

Otra vez se oyó el mismo *clic-clic-clic*, y doblaron a la derecha.

Mientras avanzaban, la cantidad de coches y edificios iba disminuyendo y Payne pudo comprobar a qué se refería Manello con eso de que la oscuridad mejoraba la apariencia de la ciudad: ese vecindario carecía por completo de esplendor. En las construcciones, las ventanas rotas parecían dientes ausentes o podridos y la capa de hollín que cubría las fachadas de los almacenes y las tiendas parecía tener años de espesor. Abolladuras causadas por el tiempo, por accidentes o por actos de vandalismo estropeaban las fachadas de construcciones que en otra época debieron ser lisas y luminosas, la pintura estaba desvaída o descascarillada y todo parecía marcado por la acción corrosiva de la naturaleza y el tiempo.

Y, por cierto, los humanos que se deslizaban entre las sombras no parecían

hallarse en mejor estado. Vestidos con ropa arrugada y del color del asfalto, parecían oprimidos por una fuerza superior, como si un peso invisible los obligara a ponerse de rodillas y permanecer así.

Manny creyó darse cuenta de lo que pensaba.

—No te preocupes, las puertas están bien cerradas.

—No estoy asustada. Estoy... triste, por alguna razón.

—Eso es lo que produce la pobreza urbana.

En ese momento pasaron frente a la enésima casucha de cartones en la que había dos humanos compartiendo el mismo abrigo. Payne pensó que nunca había creído que acabaría apreciando la opresiva perfección del Santuario. Tal vez su madre había creado un refugio para proteger a las Elegidas de cosas como las que estaba viendo. Vidas... como esas.

Sin embargo, un poco más adelante el entorno mejoró un poco. Y minutos después, el cirujano se salió de la carretera y tomó un camino que corría paralelo a una construcción grande y nueva, que parecía cubrir una gran extensión de tierra. Alrededor, lámparas que colgaban de postes altos y con brazos proyectaban una magnífica luz sobre un edificio de un solo piso y sobre los techos de los dos vehículos que estaban aparcados junto a los arbustos perfectamente cortados que bordeaban el sendero.

—Hemos llegado. —Manello detuvo el coche y se volvió hacia ella—. Voy a presentarte como una colega, ¿de acuerdo? Limitate a seguirme la corriente.

Payne sonrió.

—Eso haré.

Se bajaron al mismo tiempo. Ah, el aire era un complejo muestrario de olores buenos y malos, metálicos y dulces, sucios y divinos. Y el conjunto era pura vida que fascinaba a la Elegida.

—Me encanta esto. ¡Lo adoro!

Payne extendió los brazos y comenzó a dar vueltas como una bailarina, sobre esos pies gráciles que se había calzado con un par de botas antes de salir del complejo. Al detenerse y bajar los brazos, Payne vio que Manny la miraba intensamente, y agachó los ojos, con un poco de vergüenza.

—Lo siento. Yo...

—Ven aquí. —El médico entornó los ojos con expresión ardiente y posesiva.

Al instante, la vampira sintió que se excitaba, que su cuerpo se encendía. Instintivamente, supo cómo acercarse despacio, demorándose, alargando el momento para disfrutar más. Cuando al fin estuvieron frente a frente, lo miró con sus ojos como el hielo. Hielo ardiente en ese momento.

—Tú me deseas.

—Sí. Claro que te deseo. —Manello la agarró de la cintura y la estrechó—. Dame esa boca.

Payne obedeció, le pasó los brazos por la nuca y se fundió con el sólido

cuerpo de Manello. Se besaron intensamente, sin barrera alguna, todo el tiempo que juzgaron necesario. Al terminar, la Elegida no podía dejar de sonreír.

—Me gusta que dispongas de mí. —La voz de Payne sonaba como una seductora invitación—. Eso me devuelve a aquellos momentos en la ducha, cuando estabas...

Manny dejó escapar un gruñido, pero la interrumpió poniéndole suavemente la mano en la boca.

—No hace falta que sigas, lo recuerdo. Créeme, lo recuerdo muy bien.

La Elegida le lamó la mano.

—Esta noche me vas a volver a hacer eso.

—¿De verdad seré tan afortunado?

—Claro que sí. Y yo también seré muy afortunada.

Manny se rió.

—Necesito ponerme encima una de mis batas.

—¿Por qué?

La vampira se quedó desconcertada. Manello volvió a abrir la puerta y se metió dentro del coche. Cuando salió de nuevo, llevaba en la mano una bata blanca muy bien planchada, que tenía su nombre escrito en cursiva junto al bolsillo superior. Se la puso, y a juzgar por la forma en que lo hizo, cerrándola muy bien por delante, Payne se dio cuenta de que Manello estaba tratando de ocultar la reacción de su cuerpo a la cercanía de ella.

—No puedo entrar ahí con la bragueta... en fin, ya sabes.

Lástima. A ella le gustaba verlo en aquel estado, erecto, orgulloso.

—Vamos, entremos.

Payne miró con más atención el sitio al que le había llevado el humano. Tenía unas instalaciones que parecían diseñadas para repeler un ataque, o para guardar algo o a alguien valioso. Se veían discretos barrotes en las ventanas y una valla alta que se extendía hacia lo lejos. Las puertas hacia las que se dirigían también tenían rejas. Manello ni siquiera trató de abrirlas.

Era lógico que trataran de proteger el edificio, fuera lo que fuese, con importantes medidas de seguridad, pensó Payne, a la vista del estado en que se encontraba gran parte de los alrededores.

Manello oprimió un botón y enseguida se escuchó una vocecita.

—Hospital Veterinario Tricounty.

—Soy el doctor Manello. —El doctor se dio la vuelta para mirar hacia la cámara—. Vine a ver a...

—Hola, doctor. Pase, por favor.

Se oyó un pitido y, ahora sí, el cirujano empujó la puerta, y la abrió.

—Después de ti, bambina.

El espacio al que entraron parecía bastante austero y limpio; tenía un curioso suelo de piedra, liso, y había varias filas de asientos, como si la gente pasara

mucho tiempo allí. En las paredes había fotografías enmarcadas, sobre todo de caballos, pero también de toros y vacas. Muchos de los animales llevaban cintas azules y rojas en sus aparejos. Al fondo había un panel de cristal con la palabra «Recepción» grabada en letras doradas. Pero no era la única puerta. Había muchas, por todas partes. Unas que tenían el símbolo que identificaba a los machos, otras que tenían el símbolo de las hembras, y otras distintas con letreros que decían «Dirección de Veterinaria», «Finanzas», «Gerencia», «Personal», «Recuperación». «Diagnóstico por la imagen»...

—¿Adónde me has traído, qué es esto?

—Enseguida lo verás. Vamos, por aquí.

Manello se abrió paso a través de un par de puertas dobles y se dirigió al humano con uniforme que estaba sentado detrás de un escritorio.

—Doctor Manello, qué tal. —El hombre dejó sobre la mesa un periódico que decía en letras grandes *New York Post*—. Hacía tiempo que no lo veíamos por aquí.

—Vengo con una colega, Pa... Pamela. Venimos a ver a mi chica.

El humano se quedó mirando fijamente a Payne, como hipnotizado. Al cabo de unos instantes reaccionó.

—¡Claro, doctor! Está en el mismo sitio donde la dejó. El doctor ha pasado mucho tiempo con ella hoy.

—Sí, lo sé. Me lo ha contado por teléfono. —Manello dio un cordial golpecito al escritorio con los nudillos—. Nos vemos en un rato.

—Claro, doc. Encantado de conocerla, Pamela.

Payne inclinó la cabeza y respondió.

—También es un placer para mí conocerlo.

Hubo un incómodo silencio mientras ella volvía a levantar la cabeza. El humano parecía completamente impactado, fascinado con ella. Sin darse cuenta, se había quedado otra vez boquiabierto, admirado.

El cirujano se dirigió a él con pícaro ironía, dando unas palmadas.

—Tranquilo, muchachote. Ya puedes volver a parpadear. Vamos.

Manello se interpuso entre Payne y el guardia y la tomó de la mano. Así la ocultaba de ojos indiscretos y, como cualquier macho, marcaba su territorio, es decir el dominio sobre ella. Y eso no fue todo: un aroma a especias oscuras brotó de su cuerpo y ese olor no era más que una advertencia al otro macho de que la hembra que estaba contemplando solo estaría disponible pasando por encima de su cadáver.

Payne lo notó todo, y estuvo a punto de reventar de orgullo, felicidad y excitación.

—Vamos, Pay... Pamela. —Manello le dio un tirón y los dos comenzaron a caminar. El médico hablaba en susurros—. Alejémonos antes de que a nuestro amigo se le empiece a caer la baba sobre el periódico.

Payne, feliz, daba saltitos.

Manello la miró de reajo.

—Ese pobre guardia casi se muere, ¿y tú tan contenta?

La vampira le dio un beso rápido en la mejilla, sin dejarse engañar por la fingida cara seria de su amante humano.

—Yo te gusto.

Manello entornó los ojos y la acercó a sí para besarla.

—Ajá...

Ella lo imitó.

—Ajá...

Embelesados, tropezaron. Quizás fuera el médico quien cometiera la torpeza que provocó el tropezón, pero fue él quien sostuvo a la hembra para que no fuese al suelo.

—Será mejor que miremos por dónde pisemos —dijo el cuarentón—. Antes de que seamos nosotros los que necesitemos reanimación.

Payne le dio un codazo.

—Eres un sabio.

Diciendo esto, lo miró de reajo y le dio una palmada en el trasero. Él gritó, ella le hizo un guiño y el cirujano soltó una carcajada que llenó el pasillo y resonó por todas partes.

Volvieron a tropezar y Manello levantó una mano pidiendo calma.

—Espera, tenemos que hacerlo mejor. —Le pasó el brazo por encima, le dio un beso en la frente, se puso paralelo a ella y le habló al oído—. A la de tres, empezamos con la derecha. ¿Lista? Uno, dos y tres.

Simultáneamente, los dos estiraron sus largas piernas y luego avanzaron marcando el paso: derecha, izquierda, derecha, izquierda...

Perfectamente acompasados.

Uno al lado del otro.

Así avanzaron por el pasillo, felices.



A Manny nunca se le había ocurrido pensar que su sensual vampiresa pudiera tener sentido del humor. ¡Tenía todas las virtudes!

Eran maravillosos el asombro y la dicha con que lo miraba todo, la sensación que transmitía de estar siempre dispuesta a cualquier cosa. Payne no se parecía lo más mínimo a las bellezas frágiles y neuróticas de la alta sociedad, ni a las modelos caprichosas y convencionales con las que solía salir.

—Oye, Payne.

—¿Sí?

—Si te dijera que quiero subir a una montaña escarpada esta noche...

—¡Ay, me encantaría! Sería maravilloso contemplar las vistas desde...

¿Ves? Dispuesta a cualquier cosa. Era su perfecta media naranja. La dolorosa paradoja consistía en que su compañera ideal era incompatible, de otra raza, de otro mundo.

Llegaron a las puertas hospitalarias, dobles, que daban paso a la zona de pacientes equinos. Manny empujó una hoja, y sin perder el paso, izquierda, derecha, izquierda, los dos se pusieron de medio lado y la atravesaron.

Y ese fue el preciso instante en que sucedió.

El momento en que Manny se enamoró por completo de ella.

La conversación alegre, el juego de los pasos, los ojos de hielo que brillaban como el cristal. Fue todo eso, y también las historias del pasado que compartió con él, y la dignidad que mostró en todo momento, y la comparación con las mujeres con las que solía salir, y con las cuales ya no sería capaz ni de sentarse a la mesa. Y la potencia de ese cuerpo, la rapidez de su mente y... Todo eso se le vino a la cabeza en ese glorioso segundo, y su corazón se entregó por completo.

De pronto pensó que en su lista de las razones por las que se había enamorado no había aparecido el sexo.

Irónico. Payne le había proporcionado los mejores orgasmos de su vida, pero ni siquiera figuraban en su repaso mental, aunque fuera en los últimos lugares.

Así debía ser el amor verdadero, se dijo el médico mirando a Payne.

—¿Por qué sonríes ahora, Manello? ¿Estás pensando en que vuelva a poner la mano en tu trasero?

—Pues mira, ya que lo dices: sí. Eso es lo que estoy pensando exactamente.

Manny la acercó a él para darle otro beso... y trató de hacer caso omiso del dolor en su pecho. No había necesidad de arruinar el tiempo que les quedaba pensando en la despedida que les esperaba. Ya llegaría, a su debido tiempo.

Además, ya casi habían llegado a su destino.

—Está por aquí.

Doblaron a la izquierda y entraron en la zona de recuperación.

Cuando se abrió la puerta, Payne vaciló y frunció el ceño. Se oían relinchos y ruido de cascos. Oía a heno y a estiércol.

—Un poco más allá. —Manny tiró de su mano—. Se llama *Glory*.

Glory estaba en el último compartimiento a mano izquierda. En cuanto Manny pronunció su nombre, su cuello largo y elegante y su cabeza perfectamente proporcionada se asomaron por encima de la puerta.

El médico la saludó.

—Hola, preciosa. —En respuesta, *Glory* lo saludó moviendo las orejas y olfateando el aire.

—Santo Cielo. —Payne se soltó de la mano de Manny y se le adelantó.

La Elegida se aproximó al set del animal, *Glory* sacudió la cabeza y agitó sus maravillosas crines negras. Manny tuvo el súbito temor de que la potranca

pudiera morderla.

—¡Ten cuidado! A ella no le gustan...

Pero Payne puso la mano sobre el sedoso hocico, y a *Glory* pareció gustarle, hasta el punto de que comenzó a cabecear pidiendo más, como si buscara una verdadera caricia.

El doctor remató la advertencia con voz débil.

—No le gustan los extraños... Bueno, no le gustaban.

—Hola, belleza. —Payne recorría a la yegua con ojos dulces—. Eres tan hermosa, tan grande y fuerte... —Sus manos pálidas comenzaron a acariciar el hermoso cuello negro del animal con un ritmo sostenido—. ¿Por qué tiene las patas de adelante vendadas?

—Porque se rompió la mano derecha. Una fractura fea. Ocurrió hace una semana.

—¿Puedo entrar?

—Joder, bueno, no sé... —Dios, Manny no podía creerlo, pero *Glory* parecía estar enamorada de la mujer, pues entornaba los ojos al sentir que la acariciaban detrás de las orejas—. Sí, creo que sí puedes pasar sin problemas.

Manny quitó el cerrojo de la puerta y los dos pasaron al compartimiento. Y cuando *Glory* retrocedió, cojeó un poco, por el lado contrario al de la fractura.

Había perdido tanto peso que se le veían las costillas por encima de la piel.

Manny se dijo que en cuanto se le pasara la excitación por la visita, el animal acusaría un gran cansancio.

El mensaje que el veterinario había dejado en su buzón era muy contundente: *Glory* no estaba bien. El hueso roto se iba curando, pero no con la suficiente rapidez, y la redistribución del peso había hecho que las capas que formaban el casco del otro lado se debilitaran y se separaran.

Glory lo golpeó en el pecho con el hocico.

—Hola, preciosa.

—Es extraordinaria. —Payne daba palmaditas a la yegua por todo el cuerpo—. Sencillamente extraordinaria.

Y ahora Manny tenía otro cargo de conciencia. De repente se le ocurrió que llevar a Payne allí tal vez no era un regalo, sino una crueldad. ¿Para qué enseñarle un animal que probablemente habría que...?

Dios, Manny ni siquiera podía pensar en el verbo sacrificar.

La vampira le habló en voz baja, desde detrás de la cabeza de la yegua.

—Además de celosa, soy una especie de adivina, o de bruja.

—¿Perdón?

—Cuando me dijiste que me ibas a presentar a una hembra, yo... yo desee que tuviera cara de caballo.

Manny soltó una carcajada y acarició la frente de *Glory*.

—Bueno, pues se cumplió tu deseo.

—¿Qué vas a hacer con ella?

Mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas para explicar sus dudas, Manny acarició el pelo que caía sobre los ojos casi negros de la yegua.

La Elegida comprendió, entristecida.

—La falta de respuesta es suficiente respuesta.

—No sé por qué te traje aquí. Quiero decir que... —Manny carraspeó—. De hecho, sí sé por qué, y es bastante patético. Lo único que tengo es mi trabajo... y *Glory* es la única cosa que tengo aparte del trabajo. Es algo muy personal.

—Debes de sentir un dolor muy grande.

—Así es. —Súbitamente, Manny miró por encima del lomo de su yegua a la vampira de pelo negro—. Me siento... completamente destrozado cuando pienso en perderla.

CAPÍTULO

40



Pocos minutos después de que Butch la llamara, Jane tomó forma en la terraza del ático de V. Mientras su figura se volvía sólida, el aire de la noche revolvía su pelo y le aguaba los ojos.

O tal vez no se trataba del aire, sino de lágrimas de dolor.

Miró a través del cristal y lo vio todo con demasiada claridad: la mesa, los látigos, los ganchos, las... otras cosas.

Cuando fue allí con Vishous en otras ocasiones, los accesorios de las inclinaciones brutales de V no parecían más que un telón de fondo, tentador y ligeramente aterrador, para el increíble sexo que ellos solían tener. Pero su versión del «juego» sado era una tontería muy blandita, era como comparar un cachorrito con un lobo adulto y hambriento.

Ahora lo veía con meridiana claridad.

¿Qué habría usado Butch en su «terapia»? ¿En qué estado hallaría a su compañero? ¿Habría mucha sangre?

Un momento. ¿Dónde estaba V? ¿No debería estar allí, en el salón?

Al atravesar las puertas correderas, Jane se sorprendió aún más.

No había sangre en el suelo. Ni instrumentos ensangrentados. Tampoco se veían los ganchos que colgaban del techo. Todo estaba exactamente igual que la última vez que ella había estado allí. Era como si nada hubiese sucedido.

En ese momento se escuchó un ronquido procedente de un lugar distinto al que iluminaban las velas, lo que la hizo volver la cabeza de inmediato.

¡Claro! La cama.

Mientras rompían el velo de la oscuridad, sus ojos se fueron adaptando a la penumbra. Y por fin lo vio: bajo una capa de sábanas, tumbado de espaldas, muriéndose de dolor... ¿O quizás estaba dormido?

Lo llamó en voz baja.

—Vishous.

A pesar de que Jane apenas había susurrado, el vampiro se despertó al instante. Levantó bruscamente el torso de la cama y abrió mucho los ojos. De inmediato, Jane notó que tenía unas cicatrices en la cara que ya estaban en proceso de desaparición... y también tenía heridas recientes en el pecho y el abdomen. Pero lo que en realidad la impresionó más fue la expresión de la cara de V: estaba aterrorizado.

De repente comenzó a agitar furiosamente los brazos para quitarse de encima las sábanas. Y cuando bajó la vista hacia su cuerpo, su pecho y sus hombros se cubrieron de sudor y comenzaron a brillar. Sorprendentemente, se agarró con ansiedad el pene... como si quisiera comprobar que aún estaba allí.

Luego dejó caer la cabeza y comenzó a respirar profundamente. Inhalación. Exhalación. Inhalación. Exhalación...

Pasó un rato, quizás unos minutos, y por fin estalló en sollozos. V se encogió como un ovillo, mientras seguía defendiéndose con las manos de la carnicería que le habían hecho hacia tanto tiempo. Lloraba espasmódicamente, en un estado de abandono total, en el cual habían desaparecido por completo la reserva, la habitual contención... Allí ya no había autocontrol ni raciocinio. Sólo emociones.

V ni siquiera se dio cuenta de que ella estaba allí, junto a él.

Así que debería irse, se dijo Jane. No le gustaría que lo viera en ese estado; ni siquiera antes de que todo se desmoronara entre ellos le hubiera hecho gracia. El macho que ella conocía y amaba y con el que se había apareado no querría tener testigos de este...

Era difícil saber qué fue lo que llamó la atención de V. Más tarde la difunta enamorada se preguntaría cómo había elegido ese momento, justo cuando ella se iba a desmaterializar, para levantar la vista y mirarla.

Lo cierto es que Jane se quedó paralizada al instante: si V se había enfurecido con ella por lo que había ocurrido con Payne, ahora sencillamente la iba a odiar; no había absolutamente ninguna forma de justificar semejante invasión a su intimidad.

Intentó justificarse.

—Butch me llamó. Pensó que tú...

El vampiro parecía sumido en la confusión.

—Él me hizo daño... Mi padre me hizo daño.

El hilillo de voz era tan débil que Jane casi no alcanzaba a distinguir las palabras. Pero cuando las asimiló, sintió que el corazón se le partía en dos.

—¿Por qué? —Vishous parecía víctima de una terrible angustia—. ¿Por qué me lo hizo? ¿Por qué lo hizo mi madre? Yo no pedí que me trajeran al mundo. Yo no los habría elegido como padres si me hubiesen preguntado... ¿Por qué?

V tenía las mejillas empapadas de lágrimas que brotaban sin parar de sus ojos de diamante. Y sin embargo no parecía darse cuenta de que estaba llorando, ni parecía que le molestara la humedad en los ojos y el rostro.

Jane tuvo el presentimiento de que iba a pasar un buen rato antes de que dejara de llorar, pues era como si tuviera una arteria perforada y el llanto fuera la sangre que brotaba de su corazón, cubriéndolo de pies a cabeza.

—Lo siento mucho, Vishous. No conozco las razones... pero sé que no te lo merecías. Y que no tienes culpa alguna, sino todo lo contrario.

Entonces V retiró las manos de su entrepierna e inclinó la cabeza para mirarse. Pasó un largo rato antes de que pudiera hablar y, cuando lo hizo, sus palabras fluyeron con un ritmo lento, pero tan constante como el de sus silenciosas lágrimas.

—Quisiera ser un macho completo. Quisiera haber podido darte descendencia, si tú quisieras tenerla y pudieras concebirla. Quisiera haber podido decirte que me sentí morir cuando pensaste que había estado con otra persona. Quisiera haber pasado el último año despertándome cada noche para decirte que te amaba. Quisiera haberme apareado contigo de la forma adecuada, aquella noche en que regresaste a mí desde el reino de los muertos. Quisiera... —Ahora sus ojos brillantes se clavaron en los de su amada—. Quisiera tener aunque solo fuera la mitad de tu fortaleza y quisiera ser digno de ti.

Bueno. Muy bien. Cojonudo. Ahora eran los dos los que estaban llorando.

La mujer apenas podía hablar. Lo hizo entrecortadamente.

—Lamento mucho lo de Payne. Yo quería hablar contigo, pero la pobre ya había tomado una decisión. Traté de razonar con ella, de verdad que lo hice, pero al final yo solo... Yo no... No quería que fueras tú el que lo hiciera. Prefería vivir con esa horrible verdad en mi conciencia durante toda la eternidad, antes de permitir que tú mataras a tu hermana. O antes de dejar que lo intentara ella misma y se hiciera mucho, muchísimo daño.

—Lo sé... Ahora lo sé.

—Y la verdad es que ahora que Payne está bien, pese a todas mis convicciones deontológicas como médico, siento escalofríos al pensar en lo cerca que estuvimos de hacer lo irreversible.

Ahora era él quien la consolaba a ella.

—Pero todo está bien ahora. Payne está bien.

Jane se secó las lágrimas.

—Y creo que en lo que respecta a... —Jane miró de reojo hacia la pared que brillaba con una luz amarillenta, la cual no contribuía en lo más mínimo a suavizar las afiladas púas ni las sugerencias terribles de todo lo que colgaba allí—. En lo que respecta a... las cosas... del sexo contigo, siempre me ha preocupado no ser suficiente para ti.

—Mierda... no... tú lo eres todo para mí.

Jane se tapó la boca con la mano para no perder el control por completo. Porque eso era exactamente lo que necesitaba oír. V siguió.

—Ni siquiera me grabé tu nombre en la espalda. Pensé que era estúpido y una pérdida de tiempo... pero ¿cómo puedes sentir que somos una pareja sin eso, en especial cuando todos los machos del complejo se han marcado para sus shellan?

Dios, Jane nunca había pensado en eso.

V sacudió la cabeza.

—Tú me has concedido margen, me has dado libertad para andar con Butch y pelear con mis hermanos y hacer mis mierdas en Internet. Pero ¿qué te he dado yo?

—La clínica, por ejemplo. No podría haberla construido sin ti.

—Pero no hablo de eso, eso no es exactamente un ramo de rosas.

—No subestimes el poder romántico de tu habilidad como carpintero y albañil.

V sonrió al oír esas palabras, pero enseguida se volvió a poner serio.

—¿Puedo decirte algo en lo que he pensado cada vez que me despierto a tu lado?

—Por favor.

Vishous, el tipo que siempre tenía una respuesta para todo, pareció quedarse sin palabras. Finalmente arrancó.

—Tú eres la razón por la cual me levanto de la cama cada noche. Y eres la razón por la cual me muero de ganas de regresar a casa cada mañana. No es la guerra. Ni los Hermanos. Ni siquiera Butch. Eres... tú.

Santo Dios, eran palabras muy sencillas, pero su significado... joder, su significado era inmenso.

Con voz ronca y emocionada, ella le preguntó:

—¿Me permitirás abrazarte ahora?

Su compañero estiró sus brazos enormes.

—¿Qué tal si soy yo el que te abrazo?

Jane se lanzó hacia él.

—No tiene que ser una cosa o la otra.

Al instante, el cuerpo de Jane se volvió totalmente sólido, sin que tuviera que

hacer esfuerzo alguno, sin duda gracias a esa mágica química interna que se daba entre ellos. Y cuando Vishous hundió la cara en el pelo de Jane y se estremeció como si hubiese corrido una larga distancia y por fin estuviera en casa, Jane supo exactamente lo que su amado estaba sintiendo.



Con su shellan contra su pecho, V sintió como si hubiese estallado y volado en pedazos... y luego lo hubiesen reconstruido.

¡Dios, lo que Butch había hecho por él! Por todos ellos.

El camino que el policía había elegido resultó ser el adecuado. Horrendo y terrible... pero a la postre perfecto. Y mientras abrazaba a su hembra, V exploró con los ojos el espacio donde todo había ocurrido. Todo estaba limpio y en orden ahora... a excepción de un par de cosas que estaban fuera de lugar, sobre el suelo: una cuchara y un vaso casi vacío que parecía contener agua.

Comprendió. Todo había sido una ilusión: en realidad no había habido ningún cuchillo. El vampiro concluyó que Butch había dejado esas dos cosas a la vista para que, cuando se despertara, supiera qué era en realidad lo que lo había llevado al límite.

Mirando hacia atrás, todo parecía tan jodidamente estúpido... no la sesión con el policía, sino el hecho de que V nunca hubiera pensado realmente en el Sanguinario y en todos esos años en el campamento de los guerreros. La última vez que esa parte de su pasado había surgido había sido cuando Jane estuvo con él por primera vez, y en ese momento solo había tenido el propósito de explicar lo que ella había observado cuando lo vio desnudo.

Mi padre no quería que yo me reprodujera.

Eso era, más o menos, todo lo que tenía que decir. Y después, como un cadáver que flota boca arriba en una charca de agua estancada, esa mierda se había vuelto a sumergir, hundiéndose en el légame de su esencia más profunda.

Antes de conocer a Jane, V practicaba el sexo solo con los pantalones puestos. Y no por vergüenza, o al menos eso era lo que se decía, sino porque simplemente no estaba interesado en llegar a nada con los machos y las hembras anónimas con los que follaba.

¿Qué pasó después de aparecer Jane? Había sido diferente. Estar desnudo era más que maravilloso, probablemente porque ella no se había impresionado al oír esa revelación. Y sin embargo, ahora que lo pensaba, siempre la había mantenido alejada, a pesar de tenerla entre sus brazos, de alguna forma no la dejaba acercarse. Si acaso había llegado a aproximarse más a Butch, pero esa era una relación entre machos, lo cual sin duda resultaba menos amenazante que la relación macho-hembra.

Secuelas de la relación con su madre, claro. Después de todas las jugarretas

que le había hecho su mahmen, V sencillamente no podía confiar en las hembras. Al menos no podía fiarse en la misma medida que se fiaba de sus hermanos, de su mejor amigo.

Y sin embargo Jane nunca lo había traicionado. De hecho, había estado dispuesta a enfrentarse a su propia conciencia solo para salvarlo del abominable acto que su hermana gemela le estaba pidiendo que cometiera.

Volvió a hablar, musitando contra el pelo de la amada.

—Tú no eres mi madre.

—En eso tienes mucha razón. —Jane se separó un poco y lo miró a los ojos, como siempre hacía—. Yo nunca habría abandonado a mi hijo. Ni habría tratado a mi hija de esa manera.

V tomó aire y, cuando dejó salir el aire de los pulmones, se sintió como si estuviera expulsando los mitos a través de los cuales se había definido siempre a sí mismo... y a Jane... y su relación.

Necesitaba cambiar de mentalidad.

Por ellos. Por él mismo. Por Butch.

Joder, la expresión que tenía el policía cuando estaban en medio de su pequeña sesión era más que dramática.

Así que ya era hora de dejar de usar mierdas externas para automedicarse y controlar sus emociones. El sexo extremo y el dolor le habían parecido una solución excelente durante largo tiempo, pero en realidad no pasaban de ser un poco de maquillaje sobre una herida: la infección había permanecido en el interior, oculta pero igualmente mortífera.

Lo que tenía que hacer era lidiar con sus mierdas internas para no necesitar que Butch, o cualquier otro, tuviera que hacerlo polvo como única forma de dar salida a lo que sentía por dentro.

De esa manera, sus desviaciones sexuales, por así llamarlas, podrían estar enfocadas solo a buscar más placer con Jane.

Caramba, pensó V con un inesperado arrebató de humor, parecía como si por fin estuviera preparado para ensayar la versión psiquiátrica del Activa.

Luego podría saltar a la tele y ponerse frente a la cámara para decir: «Lo único que se necesita para soltar la mierda interior es un poco de autoconocimiento... y luego una dosis del jarabe Definete a Ti Mismo. Así, la mente y las emociones quedan limpias y brillantes, regularmente, cada mañana».

Muy bien, ahora sí que se estaba volviendo loco de verdad.

Acarició el pelo de seda de su fantasmal y carnal amada.

—Sobre... las cosas que tengo aquí. Si tú sigues en el juego, yo también quiero jugar... No sé si entiendes lo que quiero decir. Pero, a partir de ahora, es solo por diversión, y solo para ti y para mí.

Allí mismo había tenido buenos e intensos encuentros sexuales, incluso con

accesorios de cuero y permitiéndose algunas perversiones. Desde luego, aun curado psicológicamente, V no querría perder esa parte de su relación con Jane.

—Me gusta lo que hacemos aquí. —Jane le sonrió, tras adivinar lo que pensaba—. Eso me excita.

El atormentado miembro del vampiro acusó recibo de aquel comentario.

—A mí también.

V sonrió. Solo le quedaba un obstáculo en ese camino: la decisión de pasar la página estaba muy bien, pero ¿se había curado definitivamente o solo era un alivio pasajero de sus traumas? No se podía permitir el lujo de despertarse, al siguiente anochecer, transformado otra vez en el mismo chiflado con inclinaciones suicidas.

Tenía que pensar en la forma de conseguir que su nueva estabilidad fuera permanente.

Con suavidad, V acarició la mejilla de su shellan.

—Nunca había tenido una relación verdadera antes de conocerte. Era un novato, ¿me entiendes? Debí haberme imaginado que en algún momento habría problemas.

—Así es como funcionan las cosas.

El vampiro pensó en los Hermanos y en la gran cantidad de veces en que había habido problemas, peleas y discusiones entre ellos. De una u otra manera, siempre lograban encontrar una solución; por lo general después de desahogarse con una monumental bronca, o incluso un terapéutico intercambio de golpes.

Pero era el estilo de los machos. No podía solucionar así sus problemas con una hembra a la que amaba.

Ahora veía claro que a Jane y él les iba a pasar lo mismo. No habría puñetazos, claro, pero sí encontrarían baches en el camino. No, la vida real no era ningún cuento de hadas; ni siquiera cuando lograbas solucionar terribles traumas infantiles que te habían mortificado toda la vida.

Jane lo sacó de sus pensamientos con una caricia y una pregunta.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto?

—Que ya no me siento como si estuviera muerto porque me dejaste. Vuelves a formar parte de mi vida, eso es lo mejor.

—Bueno, claro, eso también. —Jane lo besó con especial ternura—. Pero me estaba refiriendo a lo que hay tras cada reconciliación.

¿Y qué es lo que hay?

—Dos palabras: sexo de reencuentro.

Una idea fantástica, desde luego.

—Hum, buena idea, pero ¿no son tres palabras?

—Bueno, técnicamente sí, pero...

—¿Quieres decir que la preposición no cuenta?

—Sí, claro. —Se echó a reír—. ¡Déjate de pamplinas! ¿Alguna vez te he

dicho que eres el bicho raro más ardiente que he conocido?

—Sí, y no me disgusta esa descripción. —V bajó la cabeza y besó los labios de la amada, apenas con un roce—. Pero te ruego que quede entre tú y yo. Tengo que proteger mi reputación de cabrón. Bicho raro es una mariconada.

—Tu secreto está seguro conmigo.

V se puso serio.

—Yo estoy seguro contigo.

La difunta le acarició la cara.

—No te puedo prometer que no vayamos a tener otras disputas, y sé que no siempre vamos a estar de acuerdo, pero estoy muy segura de una cosa: siempre estarás a salvo conmigo. Siempre.

Vishous la abrazó con fuerza y acomodó la cabeza de Jane en su cuello. Había pensado que ya no había más sublimes experiencias que superar después de su regreso a él en aquella adorable forma de fantasma. Pero estaba equivocado. El amor, ahora se daba cuenta, era como las dagas que fabricaba en su taller de forja: cuando haces una, la hoja brilla, está nueva y refleja la luz. Cuando la empuñas, te sientes lleno de optimismo sobre su utilidad en el campo de batalla y te mueres de ganas de probarla en combate. Pero las primeras dos noches, en las batallas iniciales, por lo general te sientes un poco incómodo. Hasta que te acostumbras a ella y ella se acostumbra a ti.

Con el tiempo, el acero va perdiendo el lustre y la empuñadura se empieza a curtir y tal vez le haces alguna abolladura aquí y allá. Sin embargo, a cambio de tu tolerancia con sus defectos ella te salva la vida. Cuando conoces bien tu daga y ella te conoce a ti, casi se convierte en una parte de ti, algo así como una extensión de tu propio brazo. Te protege y te brinda la posibilidad de proteger a tus hermanos; te proporciona la seguridad y el poder necesarios para enfrentarte a cualquier reto que traiga la noche; y allí donde vayas, permanece contigo, fiel, justo sobre tu corazón, siempre dispuesta para cuando la necesitas.

Sin embargo, tienes que mantener, eso sí, la hoja en buen estado. Y ajustar la empuñadura de cuando en cuando. Y procurar que, con abolladuras o sin ellas, permanezca bien equilibrada.

Joder, qué buen símil. ¿Por qué nunca se le había ocurrido que con las parejas sucedía lo mismo que con las armas blancas?

Siguió tirando del hilo de este pensamiento, ahora con una variante humorística. Tal vez la firma Hallmark estuviera interesada en establecer una línea de productos de inspiración medieval para el Día de San Valentín o algo similar. Era el más indicado para venderle ideas.

Cerró los ojos y abrazó con más fuerza a su Jane. Se sintió casi feliz de haberse desmoronado tan brutalmente, para así poder llegar al lugar donde estaba ahora.

Bueno, si hubiese tenido la posibilidad de hacerlo, habría elegido una ruta más

fácil, por supuesto. Pero no estaba seguro de que la vida funcionara así. Las cosas buenas había que ganárselas con esfuerzo.

—Tengo una pregunta que hacerte.

—Lo que sea —respondió Jane con dulzura.

Mientras se separaba un poco, V acarició el pelo de su amor con la mano enguantada. Pasó un buen rato antes de que se decidiera a hacer la crucial pregunta.

—¿Me permitirías... hacerte el amor?



Mientras observaba fijamente a Vishous y disfrutaba del cálido contacto de su cuerpo, Jane supo que nunca lo dejaría ir. Jamás. Y también supo que si eran capaces de superar lo que había pasado esa semana, podrían con todo. Eran, desde luego, una pareja indestructible.

—Sí, por favor, hazme el amor.

Su hellren la había poseído tantas veces desde que estaban juntos: por la noche y durante el día; en la ducha y en la cama; vestidos, desnudos, a medio vestir; rápida y bruscamente, brusca y rápidamente. Serenamente, casi nunca, o nunca, la verdad. La naturaleza brutal de V siempre había sido parte decisiva de la suprema excitación que caracterizaba sus encuentros eróticos; eso y la imposibilidad de prever lo que iba a suceder. Jane nunca sabía qué se podía esperar: si su amante le iba a pedir que hiciera algo especial, o si se iba a apoderar por completo de su cuerpo, o si se iba a contener para que ella pudiera hacer con él lo que quisiera.

La constante, sin embargo, era que con él las cosas nunca iban despacio.

Ahora, en cambio, V le acarició el pelo con delicada lentitud, deslizándolo suavemente los dedos entre los mechones y recogidos detrás de las orejas. Y luego la miró fijamente, al tiempo que acercaba lentamente su boca a la de ella. Siempre acariciándola con delicadeza, le lamó los labios, pero cuando ella abrió la boca, no la penetró torrencialmente con la lengua como siempre hacía. Solo siguió besándola... hasta que ella se sintió completamente absorta en esos labios que la besaban y la lamían.

El cuerpo de Jane por lo general comenzaba a rugir desde el principio para recibir a V. Pero ahora, al principio, solo sintió un delicioso estremecimiento que la recorrió de arriba abajo, relajándola y apaciguándola, despertando una tranquila excitación que era, de alguna manera, tan profunda y conmovedora como la pasión desesperada que solía sentir.

El vampiro cambió de postura y Jane se dejó llevar y se puso boca arriba, al tiempo que él se echaba primero hacia atrás y cubría con su cuerpo la parte superior del cuerpo de su amada. Los besos siguieron y Jane se sentía tan absorta

en ellos que no se dio cuenta de que V le había deslizado una mano por debajo de la camisa. La mano tibia de V subió perezosamente por el pecho y se detuvo en los senos... para acariciarlos y jugarlos con ellos. Nada de pincharlos o retorcerlos como otras veces. Solo deslizaba el pulgar por el pezón de un lado a otro, hasta que ella arqueó la espalda y gimió.

Jane apoyó las manos en los costados de V y... Ay, Dios, ahí estaban las cicatrices que había visto. Y subían por todo el tronco...

Vishous la agarró de las muñecas y volvió a poner sus brazos sobre la cama.

—No pienses en eso.

—¿Qué fue lo que te hizo...?

—No hables, goza.

Los besos volvieron a comenzar y Jane tuvo la tentación de protestar, pero las caricias fueron hundiendo de nuevo su cerebro en el reino de las sensaciones.

Asunto terminado, se dijo Jane, al borde ya de la embriaguez. Y fuera lo que fuese lo que había sucedido en aquel apartamento entre el policía y su amigo, los había ayudado a llegar a donde estaban ahora.

Eso era todo lo que necesitaba saber.

La voz de Vishous penetró en su oído con un tono profundo.

—Quiero desnudarte. ¿Puedo?

—Por favor... Sí... Dios, sí, desnúdame.

La forma en que la desvistió esta vez fue parte del placer, pues el proceso fue tan glorioso como llegar a la meta de quedar piel contra piel. Y, de alguna manera, la revelación gradual de lo que él había visto tantas veces hizo que los dos sintieran que se trataba de algo nuevo y especial.

Sus senos se endurecieron todavía más cuando sintieron el golpe del aire frío. Jane observó la cara de V mientras la miraba, y sintió que se le humedecía el sexo. El deseo estaba allí, solo que había mucha más... reverencia y gratitud... Su vampiro mostraba una vulnerabilidad que ella había percibido pero nunca antes había visto con tanta claridad.

—Tú eres todo lo que necesito —dijo V, al tiempo que hundía la cabeza entre sus senos.

Luego comenzó a acariciarla por todas partes: el vientre, las caderas, entre las piernas.

El sexo húmedo.

El orgasmo que le regaló fue una oleada de calor que recorrió todo su cuerpo, proyectándose desde lo más hondo y llevándola hasta una dichosa cima de placer. Y, en medio de todo aquello, V la montó y se deslizó dentro de ella. Pero no comenzó a bombear, sino que pareció adoptar el mismo ritmo delicado de aquella ola, entrando y saliendo de ella, mientras su cuerpo se movía con toda delicadeza.

Nada de prisas, solo amor a cámara lenta.

Nada de urgencias, sino todo el tiempo del mundo.

Cuando V por fin se corrió, Jane sintió las pulsaciones dentro de su vagina y ella se dejó llevar. Los dos se fundieron en cuerpo y alma.

Luego V se echó de espaldas y la acomodó encima de sí, y Jane se quedó allí, pegada a aquel querido pecho duro y musculoso, tan delicada como una brisa de verano, pero igual de presente. La mujer que había vuelto al mundo de los vivos flotaba y se sentía caliente y...

Vishous la miraba fascinado.

—¿Estás bien?

—Más que bien. —Jane clavó los ojos en él—. Me siento como si fuera la primera vez que hacemos el amor.

—Perfecto. —V la besó—. Ese era el plan.

Después de apoyar la cabeza sobre el corazón de V, Jane miró hacia la pared de los juguetes sadomasoquistas, más allá de la mesa. Nunca había pensado que podría sentirse agradecida por la existencia de semejante conjunto de objetos aterradores, pero lo estaba. Mediante la tormenta... habían hallado la calma.

A pesar de haberse alejado, volvían a ser uno.

CAPÍTULO

41



En la mansión, Quinn se paseaba de un lado a otro de su habitación como si fuera una rata tratando de escapar de una jaula. De todas las malditas noches durante las cuales Wrath había decidido tenerlos encerrados, aquella era la peor.

Genial.

Mientras hacía otro viaje hasta el baño, Quinn pensaba que el hecho de que la cuarentena tuviera lógica lo hacía sentirse todavía más furioso: los únicos que no estaban lesionados en este momento eran John, Xhex y él. Todos los demás habían participado en la refriega de la otra noche y habían salido acuchillados, mutilados o lesionados de una u otra manera.

Y la mansión se había convertido en un maldito sanatorio.

Pero, joder, ellos tres podrían haber salido a buscar venganza.

Al detenerse frente a las puertas que daban a la terraza, Quinn miró hacia los cuidados jardines que estaban a punto de saludar a la primavera. Como tenía las luces del cuarto apagadas, podía ver con claridad la piscina, cubierta con una tela que parecía la faja más grande que hubiera visto en su vida. Y los árboles que todavía estaban sin hojas. Y las jardineras que...

Una voz interior le interrumpió:

Blay había resultado herido.

Tras la interrupción, siguió mecánicamente.

Las jardineras todavía no eran más que cajas de tierra negra.

—Mierda.

Se pasó la mano por la cabeza, y trató de sobrellevar la presión que sentía en el pecho. Según lo que John le había contado, Blay había recibido un golpe en la cabeza y tenía una herida en el estómago. Todavía estaban tratando de ver el alcance del golpe en la cabeza. En cuanto a la cuchillada, la doctora Jane la había cosido. Ninguna de las dos cosas ponía su vida en peligro.

Lo cual era bueno.

Lo malo era que su esternón no parecía querer asimilar las buenas noticias. Desde que John Matthew le había dado la noticia, el maldito dolor se había instalado en el centro de su pecho, aplastándole los pulmones.

Era como si realmente no pudiera respirar más que superficialmente.

Maldición, si fuera un macho maduro, y teniendo en cuenta la manera en que a veces manejaba las cosas, eso era bastante discutible, si no francamente descartable, saldría al pasillo, iría hasta la habitación de Blay y llamaría a la puerta. Luego asomaría la cabeza, vería con sus propios ojos que el pelirrojo todavía respiraba y que estaba lúcido... y seguiría adelante con su vida.

Pero en lugar de hacer eso, ahí estaba, tratando de fingir que no pensaba en Blay, mientras caminaba de un lado al otro como un demente.

No dejaba de deambular, le resultaba imposible. Preferiría haber ido al gimnasio y montarse en la cinta andadora, pero el hecho de que Blaylock estuviera allí arriba, en esa misma parte de la casa, era como una cadena que no lo dejaba alejarse. Sin tener un propósito claro que demandara su presencia en otra parte, algo como salir a pelear o... digamos... que la casa se estuviera incendiando, era obvio que no se podía escapar.

Y cuando se encontró de nuevo frente a las puertas de la terraza, creyó entender qué era lo que tanto lo atraía de ese lugar específico.

Quinn trató de convencer a su mano de que no agarrara el picaporte.

Pero la mano no le hizo caso.

Y tras abrir, recibió el saludo del aire frío. En la terraza, descalzo y vestido solo con una bata, sumido en sus meditaciones, casi no notaba el ambiente gélido, el viento en el rostro, en las piernas, incluso en los testículos.

Un poco más allá se veía luz en las ventanas de la habitación de Blay. Lo cual era una buena noticia. De momento había calma. Siempre cerraban las cortinas antes de ponerse a follar.

Así que probablemente podía echar un vistazo sin temor a llevarse una desagradable sorpresa.

Además, Blay convalecía. No era lógico que ya hubiese empezado a tener

relaciones sexuales otra vez.

Una vez decidido a convertirse en espía, Qhuinn se escondió entre las sombras y procuró convencerse de que no hacía nada malo mientras avanzaba de puntillas. Cuando llegó junto a la puerta, respiró hondo y se inclinó hacia delante.

Suspiró con alivio.

Blay estaba solo en la cama, recostado contra la cabecera, con la bata negra anudada en la cintura, los tobillos cruzados y los pies enfundados en unas medias negras. Tenía los ojos cerrados y su mano descansaba sobre el estómago, como si estuviera protegiendo la zona aún vendada, donde había recibido el navajazo.

Un movimiento en el fondo de la habitación hizo que Blay abriera los ojos y clavara la mirada en la dirección opuesta a las ventanas. Era Layla, que salía del baño y caminaba lentamente. Los dos intercambiaron unas palabras. Sin duda él debía de estar dándole las gracias por haberlo alimentado y ella le contestaba que había sido un placer. No era ninguna sorpresa ver a Layla allí. Había estado haciendo el recorrido de la casa. El propio Qhuinn ya se la había encontrado poco antes de la Primera Comida, o lo que habría sido la Primera Comida si alguien se hubiese presentado.

Cuando Layla salió de la habitación de Blay, Qhuinn se quedó esperando con aprensión a que Saxton entrara. Desnudo. Con una rosa roja entre los dientes. Y una maldita caja de bombones.

Y una erección que hiciera palidecer de envidia al obelisco de Washington.

Pero nada.

Allí solo seguía Blay, que dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró de nuevo los párpados. Parecía totalmente agotado y, por primera vez en la vida, un tipo mayor. Ese que estaba allá ya no era un chico recién salido de la transición. Era un macho completamente maduro.

Un macho increíblemente hermoso, en la flor de la vida.

En su imaginación, Qhuinn se vio a sí mismo abriendo la puerta y entrando. Blay abriría los ojos y trataría de sentarse... pero Qhuinn se lo impediría mientras se acercaba.

Le preguntaría por la herida y el amado se abriría la bata para mostrársela.

Qhuinn alargaría la mano y tocaría las vendas y luego dejaría que sus dedos se deslizaran más allá de las gasas, para tocar la piel lisa y tibia del vientre de Blay. Éste se sorprendería al principio, pero, en su fantasía, Qhuinn no retiraría la mano... En lugar de eso la bajaría más allá de la herida, hacia abajo.

—¡Mierda!

Qhuinn retrocedió de un salto, pero era demasiado tarde: Saxton ya había entrado en la habitación, había llegado hasta las ventanas y estaba echando las cortinas. Y, al hacerlo, había visto al idiota que estaba jugando a los espías allá afuera, en la terraza.

Quiso correr a refugiarse en su habitación, rezando para que lo dejaran en paz. Pero la puerta se abrió y sonó una voz.

—¿Quinn?

Pillado.

Como si fuera un ladrón al que atrapan con el joyero debajo del brazo, Quinn se quedó paralizado un instante. Pensó. Se aseguró de tener la bata bien cerrada antes de dar media vuelta. Mierda. Saxton también estaba en bata.

Joder, parecía que hoy todo el mundo estaba en bata. Debía de ser el día mundial de la puta bata. Hasta Layla llevaba una.

Cuando Quinn miró a su primo de frente, se dio cuenta de que no había cruzado más de dos palabras con él desde el día en que el joven se había mudado a la mansión.

—Quería saber cómo estaba. —No había razón para usar un nombre propio, pues era bastante obvio a quién estaba espiando.

—Blaylock está bien, dormido.

—¿Se alimentó? —Quinn conocía muy bien la respuesta, pero no podía dejar de disimular.

—Sí. —Saxton cerró la puerta tras él, sin duda para no dejar entrar el frío en la habitación del convaleciente. Quinn trató de hacer caso omiso del hecho de que el tío fuera descalzo, porque eso significaba seguramente que el resto del cuerpo también estaba desnudo bajo la bata.

Quinn solo pensaba en huir.

—Bueno, siento haberte molestado. Que tengas una buena no...

—Podrías haber llamado.

Saxton pronunció esas palabras con un acento aristocrático que hizo que Quinn sintiera que la piel se le ponía de gallina. No porque odiara a Saxton, sino porque le recordaba demasiado a la familia que había perdido.

—No quise molestarte. Ni a él. A ninguno de los dos.

Aunque el viento cada vez más frío se arremolinaba alrededor de la casa, la cabellera increíblemente fuerte y rizada de Saxton ni siquiera se movió, como si cada parte de él, incluidos sus malditos pelos, gozara de tanta compostura y donaire que no se dejaba afectar por nada. Ni siquiera por la naturaleza desatada.

—No hubieras molestado, Quinn, no habrías interrumpido nada.

Mentiroso, pensó Quinn.

Saxton hablaba en tono muy bajo.

—Tú estabas antes, primo. Si quisieras verlo, o estar con él, yo os dejaría solos.

Quinn parpadeó. ¿Qué quería decir? No acababa de asimilar aquellas palabras. ¿Tenían una relación abierta? ¿Qué demonios...?

¿O es que el disimulo de Quinn había convencido, no solo a Blay, sino también a Saxton de que no quería nada sexual con su mejor amigo?

—Primo, ¿puedo hablarte con franqueza?

Quinn arrugó la frente.

—Eso depende de lo que tengas que decir.

—Yo soy su amante, primo...

—Espera... —Quinn levantó la mano—. Eso no es de mi incumbencia...

—Pero no soy el amor de su vida.

Quinn volvió a parpadear. Y luego, durante una fracción de segundo, se dejó llevar por una fantasía en la que su primo se retiraba con elegancia y él se apresuraba a sustituirle. Solo que... había un gran problema técnico en esa fantasía: Blay no quería saber nada de Quinn.

No podía quejarse, porque eso era lo que el propio Quinn había buscado a lo largo de muchos años.

—¿Entiendes lo que te estoy diciendo, primo? —Saxton seguía hablando en voz baja, a pesar de que el viento silbaba a su alrededor y la puerta estaba cerrada—. ¿Me has entendido?

¿Qué coño hacía allí, helado, medio desnudo, hablando con Saxton? Se maldijo, cada vez más incómodo e irritado. De pronto sintió un cosquilleo por todo el cuerpo y se le pasó por la cabeza la idea de luchar, de decirle a su primo que se largara a encerrarse las cejas, o alguna otra mierda cursi por el estilo... o, mejor, que se largara del país, o del continente.

Pero pensó en lo mayor que le había parecido Blay. Su amigo por fin había encontrado un camino en la vida y era criminalmente injusto negociar su futuro allí, en medio de la oscuridad.

Quinn negó con la cabeza.

—Esto no está bien.

No para Blay.

—Eres un idiota.

—No. Lo era antes, ahora y a no.

—Me temo que no estoy de acuerdo. —Saxton, quizás acusando el frío, se cerró las solapas de la bata con un gesto elegante—. En fin, si me disculpas, será mejor que vuelva adentro. Hace mucho frío aquí afuera.

Tenía razón, allí fuera helaba. En todos los sentidos.

—No le digas nada de esto. —Quinn hablaba con tono firme, y también un poco suplicante—. Por favor.

Saxton entrecerró los ojos.

—Tu secreto está demasiado bien protegido. Créeme.

Y con esas palabras, dio media vuelta y regresó a la habitación de Blay lock. Luego cerró la puerta. A los pocos instantes la luz que salía del cuarto desapareció mientras se corrían las pesadas cortinas.

Quinn se pasó la mano por la cabeza.

Por un lado, deseaba irrumpir en tromba y decir: « He cambiado de opinión,

primero. Ahora largo de aquí para que yo pueda...» .

Es decir, deseaba locamente decirle a Blay lo que le había contado a Layla.

Pero por otro lado pensaba que Blay bien podía estar enamorado de Saxton y Dios sabía que Quinn ya le había jodido la vida a su amigo en demasiadas oportunidades.

O más bien había perdido la oportunidad de jodérsela, que era otra manera de decirlo.

Cuando Quinn volvió a su cuarto un rato después, solo porque era demasiado patético quedarse allí, al fresco, mirando las cortinas, se dio cuenta de que su vida siempre había girado en torno a sí mismo. A lo que él quería. Lo que necesitaba. Lo que deseaba tener.

El antiguo Quinn habría entrado como un ciclón por la puerta que le acababan de abrir...

Quinn hizo una mueca de desagrado. Su debate interior no se resolvía en ningún sentido, pero le carcomía.

Joder, iba a ser verdad aquel ridículo tópico: si amas a alguien, debes dejarlo en libertad.

Ya en su habitación, Quinn se sentó en la cama. Luego miró a su alrededor. Contempló todos aquellos muebles que él no había comprado... y los adornos que parecían espléndidos, pero eran anónimos y no cuadraban con su estilo. Lo único suyo que había allí era la ropa guardada en el armario, la cuchilla de afeitar en el baño y las zapatillas deportivas que se había quitado al llegar.

Más o menos igual que en la casa de sus padres.

Bueno, con una pequeña diferencia: aquí la gente sí lo valoraba. Pero él no tenía realmente una vida propia. Era el protector de John. Un soldado de la Hermandad. Y...

Mierda, ahora que había decidido acabar con su adicción al sexo, tampoco podía incluirlo en su lista de señas de identidad.

Quinn se recostó en la cabecera de la cama, cruzó los pies a la altura de los tobillos y se arregló la bata. La noche se extendía ante él como una planicie infinita. Era como si llevara horas conduciendo por el desierto y por delante solo tuviera más y más horas de lo mismo, de infinitas rectas, de monótonos paisajes.

Meses de lo mismo.

Años.

Luego pensó en Layla y el consejo que él mismo le había dado. Los dos se encontraban en una situación parecida. O en la misma situación.

Cuando cerró los ojos, Quinn experimentó un poco de alivio. Empezaba a dormirse. Pero tenía el presentimiento de que esa aparente paz no iba a durar mucho.

Y tenía razón.

CAPÍTULO

42



En el Hospital Veterinario Tricounty, Manny se mantuvo quieto mientras *Glory* resoplaba encima de él. Sabía que debería dejarla reposar tranquila, pero no se sentía capaz de separarse del animal.

El tiempo de *Glory* se estaba agotando y eso lo mataba de dolor. No, no podía permitir que se fuera deteriorando, perdiendo cada vez más peso y cojeando más cada día que pasaba. Ella se merecía algo mucho mejor que eso. Un final digno.

—La adoras, ¿verdad? —Payne hablaba con voz suave, mientras su mano pálida acariciaba delicadamente el lomo de la yegua.

—No puedes hacerte idea de lo que significa para mí.

—Es muy afortunada.

No, no era nada afortunada, se estaba muriendo y eso era una desgracia.

Manny suspiró.

—Supongo que tenemos que...

—Doctor Manello.

Manny retrocedió un par de pasos y miró por encima de la puerta del compartimento.

—Ah, ¿qué tal, doctor? ¿Cómo está?

El veterinario se acercaba a ellos, y su vestimenta parecía tan fuera de lugar como un sombrero de copa en la grada del fútbol. Venía vestido de gala.

—Yo estoy bien, como puede ver. —El hombre se arregló el corbatín—. El traje de pingüino es porque acabo de salir de la ópera y voy camino a casa. Pero antes de acostarme quise pasarme a ver a su chica.

Manny salió del compartimento y le tendió la mano.

—Yo también he venido a verla.

Mientras se saludaban, el veterinario miró hacia el compartimento y casi se le salieron los ojos de las órbitas al ver a Payne.

—Ah... hola.

La vampira le dedicó una sonrisa, y el buen doctor parpadeó como si el sol acabara de salir de atrás de una nube y lo hubiese golpeado de repente con toda su luz.

Ay, Dios, Manny empezaba a estar harto de los idiotas que la miraban de esa manera.

Así que se interpuso entre ellos,

—¿No disponen de algún aparato, alguna tracción con la que pudiéramos librarla de los efectos de la cojera? ¿Hay algo para aliviar, aunque sea en parte, la presión que la tortura?

—La mantenemos suspendida durante un par de horas al día. —Mientras respondía, el veterinario se fue moviendo discretamente hacia un lado, para echar vistazos a la espectacular hembra desconocida, de modo que Manny tuvo que hacer lo mismo para continuar tapándole esa visión—. No quiero correr el riesgo de que desarrolle algún problema gastrointestinal o respiratorio.

Aburrido de estar moviéndose todo el tiempo y debido a que quería evitar que Payne oyera la conversación que necesariamente seguiría, Manny agarró al veterinario del brazo y lo invitó a alejarse un poco.

—¿Cuál es el siguiente paso?

El veterinario se restregó los ojos, como si quisiera dar a su mente un segundo para poner en orden las ideas.

—Para serle sincero, doctor Manello, no tengo buenas sensaciones. El otro casco está desarrollando una laminitis, y aunque he hecho todo lo posible para tratarlo, lo cierto es que no está respondiendo a las medicinas.

—Tiene que haber algo más, algún otro recurso.

Movió la cabeza con aire pesaroso.

—Lo siento mucho.

—¿Cuánto tiempo necesita para estar seguro?

—Ya estoy seguro. —El hombre lo miró con aire lúgubre—. En realidad he

venido porque tenía la esperanza de que ocurriera un milagro antes de que llegue la mañana.

Bueno, pues ya eran dos.

—¿Quiere que le deje un rato con ella? —El veterinario le puso la mano en el hombro—. Tómese todo el tiempo que necesite.

En boca de un médico, eso quería decir que era hora de despedirse. Bien lo sabía Manny.

El veterinario le puso otra vez la mano en el hombro y luego dio media vuelta y se marchó. Al alejarse por el pasillo, iba mirando cada compartimiento, viendo a sus pacientes y acariciando un hocico aquí y otro allá.

Buen tío, ese veterinario. Responsable y comprometido con su trabajo.

El clásico médico que está dispuesto a agotar todos los caminos, hasta la última posibilidad, antes de plantear una decisión definitiva, irreversible.

El cirujano respiró hondo y trató de convencerse de que *Glory* no era una mascota. La gente no tenía caballos de carreras para que le sirvieran de mascotas. Y ella se merecía algo mejor que sufrir en un pequeño compartimiento, mientras él reunía el coraje necesario para hacer lo que tenía que hacer.

Se llevó la mano al pecho, acarició el crucifijo a través de la ropa de cirugía y sintió ganas de ir a la iglesia...

Y pasó algo.

Al principio lo único que notó fue que las sombras de la pared del otro lado se volvían más negras. Y luego pensó que tal vez alguien había encendido las luces del techo.

Pero enseguida se dio cuenta de que la luz venía del compartimiento donde estaba *Glory*.

¡Qué... demo... pero, joder!

Manny retrocedió... y luego tuvo que apoyarse en algo para no perder el equilibrio.

Payne estaba de rodillas sobre el serrín, con las manos sobre las patas delanteras de la yegua, los ojos cerrados y las cejas apretadas.

Y su cuerpo brillaba con una luz intensa y hermosa.

Frente a ella, *Glory* parecía una estatua ecuestre. Pero no era de piedra, estaba viva. Su piel se sacudía ocasionalmente y tenía los ojos entornados. Por el cuello subían sutiles resoplidos, que salían por las fosas nasales... como si estuviera experimentando una sensación de alivio, como si el dolor estuviera desapareciendo.

Y también se veía un casi imperceptible brillo en las patas delanteras de la yegua.

Manny no se movió, no respiró, no parpadeó. Solo apretó el crucifijo con más fuerza y rezó para que nadie echara a perder ese momento sublime.

Pasó un rato, cuya duración fue incapaz de calcular el cirujano cuarentón, pero sí pudo notar que Payne estaba llegando al límite de sus fuerzas: su cuerpo comenzó a temblar y empezó a respirar con dificultad.

Manny entró corriendo y la separó de *Glory*. Apretada contra su pecho, la alejó de allí, por si la yegua se asustaba y hacía algo impredecible.

—Payne, ¿cómo estás? Háblame, por Dios.

La Elegida trató de abrir los párpados.

—¿Lo he conseguido... he podido ayudarla?

Manny le acarició el pelo negro, mientras miraba a su yegua. *Glory* seguía en el mismo lugar, pero levantaba primero un casco y luego el otro, y luego otra vez el primero, como si estuviera tratando de descubrir qué era lo que había causado ese súbito alivio. Luego se sacudió y se acercó a mordisquear el heno que hasta ahora no había tocado.

Cuando el maravilloso sonido del hermoso hocico escarbando entre la hierba seca llenó el silencio, Manny se volvió a mirar a Payne.

—Sí, lo has conseguido. Creo que la has ayudado, como tú dices.

Payne pareció hacer un esfuerzo para ver con claridad.

—No quería que la perdieras.

Abrumado por un sentimiento de gratitud que no tenía palabras suficientes para expresar, Manny apretó a Payne contra su corazón y se quedó abrazándola allí durante un rato. Se hubiera quedado así mucho más tiempo, pero la Elegida no se encontraba bien, era evidente. Y solo Dios sabía si alguna otra persona habría visto el extraordinario espectáculo de la sanación luminosa. Por ambas razones, tenían que salir de allí lo antes posible.

—Vamos a mi casa. Allí podrás acostarte un rato.

Al ver que ella asentía con la cabeza, Manny la alzó en brazos y enseguida notó que eso le gustaba. Cerró la puerta del compartimiento con el pie al salir, y miró de reojo a *Glory*. La yegua estaba devorando el heno como si se le fuera a acabar en cualquier momento.

Era increíble. ¿Sería posible que estuviese curada de verdad? Suspiró y se despidió de su querida yegua.

—Mañana vuelvo. Sé buena.

Al llegar a la caseta del guardia de seguridad, sonrió mientras le hacía un gesto con los hombros, señalando a la mujer que llevaba en brazos.

—Ha estado haciendo muchos turnos en el hospital. Demasiados. Está agotada.

El hombre se levantó del asiento como si la mera presencia de Payne, aunque estuviera desmayada, fuera suficiente para ponerlo en estado de alerta.

—Hay que cuidarla, doctor. No hay que descuidar a una mujer como esa.

Muy cierto.

—En eso estoy, voy a llevarla a casa.

Moviéndose rápidamente, Manny salió a la recepción y luego esperó a que sonara el timbre que indicaba que ya podía abrir la puerta principal.

Oyó el timbre y empujó la puerta con la cadera.

—Gracias, Dios mío.

Se encaminó al coche, dispuesto a no perder un segundo. Sacar las llaves del bolsillo sin dejar caer a Payne fue una verdadera odisea. Y también lo fue la tarea de abrir la puerta. Finalmente pudo dejarla en el asiento del pasajero, mientras se preguntaba si estaría enferma. Mierda, no tenía manera de contactar con nadie de su mundo que pudiera hacer un diagnóstico.

Se puso al volante y pensó que tal vez lo mejor fuese llevarla de regreso con los vampiros...

Y en ese momento sonó la débil voz de la Elegida.

—¿Puedo pedirte algo?

—Lo que sea...

—¿Puedo beber sangre de tus venas, solo un momento? Me siento... agotada.

Faltaría más. Manny estaba para servirla, era su esclavo, se lo debía todo. Por eso cerró bien todas las puertas del vehículo y le ofreció el brazo enseñuida.

Los suaves labios de Payne encontraron la parte interna de su muñeca, pero no lo mordió de inmediato. Fue como si tuviera dificultades para reunir la energía necesaria. Sin embargo, por fin logró hacerlo. El cirujano se estremeció al sentir el pinchazo, que pareció viajar hasta su corazón y le causó un leve mareo. O... tal vez eso era resultado de la súbita y abrumadora excitación que sintió no solo en los genitales, sino por todo el cuerpo.

Manny dejó escapar un gemido y comenzó a mover las caderas significativa, sexualmente en el asiento del Porsche, echando la cabeza hacia atrás. Era un placer increíble. El ritmo de succión adoptado por la hembra era ideal para el pene del cirujano. En vez de experimentar dolor, como cabría esperar, la verdad es que mientras le chupaba la sangre solo sentía placer, un placer intenso y dulce, tan sublime que estaba dispuesto a morir por él.

Manny entró en una especie de trance. En ese instante le parecía que llevaban siglos unidos de esa manera, con los colmillos de ella clavados en su piel. El tiempo no significaba nada. A Manny no le afectaba la realidad. No se encontraba en un coche, en medio de un aparcamiento vacío de un hospital veterinario.

Por él, el mundo podía irse a la mierda.

En ese momento solo existían él y ella, unidos de la forma más íntima imaginable.

Tal era su sensación antes de que esos ojos de diamante se abrieran y lo miraran, al tiempo que se clavaban, no en su cara sino en su cuello.

Vampira, hermosa vampira, pensó Manello.

Y es mía.

Cuando esa idea iluminó su mente, Manny se movió automáticamente y ladeó la cabeza, ofreciéndole la yugular...

No tuvo que insistir en su ofrecimiento. Con enorme energía, Payne se abalanzó sobre él con todo el cuerpo, mientras hundía la mano en el pelo del hombre y lo sujetaba de la nuca. En esa posición, el cirujano quedó totalmente inmobilizado, a merced de ella... como la presa en manos del depredador. Y después de tenerlo así, ella se movió lentamente, deslizando los colmillos por la piel de la garganta, haciendo que él se pusiera rígido, pero no de miedo, sino de deseo, a la espera del pinchazo y la succión...

Lo mordió. Y el hombre soltó un rugido.

—¡Dios! Sí... sí...

Manny puso sus manos sobre los hombros de la vampira y la acercó todavía más a sí.

—Tómalo todo... tórame, devórame...

De repente, Manny sintió que algo le acariciaba el miembro. Y teniendo en cuenta que sabía exactamente dónde tenía las manos, dedujo que era ella. Así que se movió para darle todo el espacio posible, impulsado por una desvergonzada codicia de placer.

Ella empezó a acariciarle la erección por encima de los pantalones. Él respondió moviendo la pelvis hacia arriba y hacia abajo, ayudándola.

Los jadeos y los gemidos de Manny resonaban dentro del coche, y no pasó mucho tiempo antes de que los testículos llegaran al borde del estallido.

Gimió.

—Me voy a correr. Será mejor que te detengas si no quieres que yo...

Al oír que estaba a punto de correrse, Payne, lejos de dejar las caricias, abrió la bragueta de los pantalones y deslizó la mano por dentro...

Manny creyó morir. En cuanto la mano de Payne entró en contacto con su piel, eyaculó como nunca antes lo había hecho, mientras echaba la cabeza hacia atrás con fuerza, hundía las manos en los hombros de Payne y movía las caderas como un loco. Pero ella no detuvo la succión de la sangre ni el bombeo del miembro, así que, tal como había sucedido antes, el hombre siguió eyaculando, como si tuviera una fuente de esperma inagotable, y el placer crecía cada vez más, con cada espasmo del pene.

Aunque duró mucho, todo terminó demasiado rápido.

Porque podrían haberse quedado así durante una década entera y él se habría quedado con deseos de más y más y más eyaculación.

Y ella también.

Cuando Payne se apartó, se recostó en el asiento y se lamió las puntas afiladas de los colmillos. Su lengua de color rosa contrastaba con el blanco de los colmillos parcialmente teñidos de rojo. Joder... ese maravilloso resplandor había vuelto a aparecer bajo su piel, haciéndola parecer el personaje de un sueño.

Normal, porque esa mujer era un sueño, ¿no?

—Tu sangre es fuerte. —Habló con tono sensual, mientras se volvía a inclinar sobre él y le lamía la garganta—. Muy fuerte.

—¿De verdad? —Hablabla con un hilo de voz. Tanta sangre y tanto semen perdidos le habían dejado al borde del agotamiento absoluto.

—Puedo sentir su poder fluyendo por mi cuerpo.

Joder, al exhausto Manny nunca le habían gustado los todoterrenos, esas malditas cosas eran demasiado pesadas y saltaban como una roca cayendo por la ladera de una montaña. Pero cómo echaba de menos ahora un vehículo de aquellos. Medio muerto y todo, solo pensaba en tener espacio para echarla de espaldas, abrirle las piernas y...

Payne lo acarició con la nariz.

—Quiero más de ti.

Pues adelante, que para algo su pene aún estaba duro como un menhir.

—Entonces...

—Te quiero tener dentro de mi boca.

Manny echó la cabeza hacia atrás y gruñó, mientras su verga se retorció como si estuviese haciendo gimnasia.

Dios, Manny no estaba seguro de que Payne supiera bien lo que decía. Aunque la idea de sentir esos labios en su...

La cabeza de Payne cayó sobre sus piernas antes de que él pudiera tomar aire para hablar. No hubo ningún preámbulo: ella comenzó a chupar, acariciándolo con toda su boca húmeda y ardiente.

—¡Mierda! ¡Payne!

El médico cerró las manos sobre los hombros de la Elegida, al parecer para alejarla... pero ella no se lo permitió. Sin ninguna práctica, Payne sabía exactamente cómo llevarlo al límite, metiéndolo y sacándolo de su boca, antes de lamerlo por debajo. Y luego comenzó a explorarlo con una exhaustividad que indicó a Manny que ella estaba disfrutando tanto como él.

Y eso lo excitó todavía más.

Solo que luego sintió los colmillos de Payne alrededor de la cabeza del miembro.

Increíble.

Manny la levantó con rapidez y capturó su boca en un beso brusco, mientras trataba de mantenerla allí y comenzaba a perder el control debido a lo que siguieron haciendo las manos de la excitada hembra. Pero eso no duró mucho, porque ella se zafó y volvió al lugar donde estaba hacía un segundo, pillándolo en mitad de un orgasmo y lamiendo lo que el cuerpo de Manny parecía producir en abundancia para ella.

Cuando los espasmos cesaron, ella se retiró, lo miró... y lentamente se lamió los labios.

Manny tuvo que cerrar los ojos al ver aquello, pues su erección palpitaba tanto que resultaba doloroso.

La insaciable le dio una orden con voz excitante.

—Ahora vas a llevarme a tu casa.

El tono sugería, desde luego, que ella estaba pensando exactamente lo mismo que Manello.

Así que eso solo podía conducir a una cosa.

Manny reunió todas sus fuerzas y abrió los ojos. Luego le acarició la cara y pasó el pulgar por el labio inferior de Payne.

Habló jadeante.

—No creo que debamos hacerlo, bambina.

Payne apretó la mano alrededor del pene y Manny gimió.

—Manello... creo que te equivocas.

—No es... no es buena idea.

Payne se alejó un poco más y retiró la mano, al tiempo que su resplandor disminuía.

—Pero estás excitado. Incluso ahora sigues excitado como un semental.

¿De veras? No me había dado cuenta.

—Y ese precisamente es el problema. —Manny la recorrió con la mirada y clavó los ojos en los senos. Estaba tan desesperado por poseerla, que se sintió tentado de rasgar allí mismo la ropa de cirujía que la mujer llevaba puesta y quitarle la virginidad dentro del coche—. No voy a poder contenerme, Payne. Apenas lo estoy logrando en este momento...

Al oírle, la hembra ronroneó de pura satisfacción y se volvió a lamer aquellos labios rojos.

—Me gustas especialmente cuando pierdes el control.

Joder, eso no ayudaba nada de nada.

—Yo... —Manny sacudió la cabeza, mientras pensaba que aquella situación era una verdadera mierda, pues perder esa oportunidad le dolía demasiado—. Creo que tienes que seguir tu camino natural. Mientras todavía pueda dejarte ir...

El golpe en la ventanilla fue tan inesperado que Manny no lo captó inicialmente. No tenía sentido. Estaban solos en el aparcamiento. Pero enseguida se aclaró el misterio.

—Sal del coche y dame todo lo que tienes.

Aquella voz masculina hizo que Manny volviera la cabeza con brusquedad hacia la ventana. Alguien le encañonaba con una pistola.

—Ya me has oído, amigo. Sal del coche o te pego un tiro.

Mientras Manny empujaba a Payne hacia su asiento para alejarla de la pistola, le habló en voz baja.

—Cuando me baje, cierra las puertas. Con este botón.

Manny le señaló el lugar donde estaba.

—Pero...

—Déjame que me encargue. —Manny tenía cerca de cuatrocientos dólares en efectivo en la cartera y muchas tarjetas de crédito—. Quédate aquí.

—Manello...

Manny no le dio tiempo para responder. Tal como él lo veía, la pistola era la única que tenía todas las respuestas y la que ponía las reglas.

Agarró la cartera, abrió la puerta con calma, pero se bajó rápidamente y, cuando cerró, se quedó esperando a oír el *clic* de los seguros.

Y esperó.

Desesperado por oír el sonido que le indicaría que Payne estaba tan a salvo como era posible, Manny apenas prestó atención al tío del pasamontañas.

—La cartera. Y dile a esa perra que se baje.

—Hay cuatrocientos...

La cartera desapareció.

—Dile que se baje o me la llevo. Y el reloj. Quiero el reloj.

Manny miró de reojo hacia la clínica. El vigilante tenía que hacer alguna ronda en algún momento.

Tal vez si entregaba las cosas muy lentamente, conseguiría tiempo para...

El cañón de la pistola apareció de repente frente a su cara.

—¡El reloj. Ahora!

No era su reloj bueno; nunca trabajaba con su Piaget, por supuesto. Pero, fuera como fuese, el desgraciado podía quedarse con lo que quisiera. Además, mientras fingía que le temblaban las manos, Manny pensó que así podría ganar...

Es difícil decir en qué orden sucedieron las cosas.

Cuando pensaba en ello después, Manny sabía que Payne tenía que haber abierto primero la puerta del coche. Pero lo que sintió en ese momento fue que tan pronto como oyó el aterrador sonido de la puerta que se abría, ya vio a Payne detrás del ladrón.

Y otra cosa extraña fue que el desgraciado solo se dio cuenta de que un tercer personaje había entrado en escena cuando Manny soltó una maldición. Solo que eso no podía ser posible; el tío tendría que haberla visto acercarse desde el coche, ¿no?

En todo caso, el tío del pasamontañas terminó dando un brinco hacia la izquierda y moviendo el arma hacia un lado y otro, para apuntar alternativamente a los dos, fuera de sí.

Pero ese partido de tenis no iba a durar mucho. Con una lógica aplastante, Manny sabía que el ladrón terminaría por centrarse en Payne, porque ella era la más débil de...

La siguiente vez que el cañón del arma apuntó en dirección de Payne, ella... desapareció. Y no porque se hubiese agachado o saliera corriendo, no. Se esfumó, sin más. Como en las películas inverosímiles.

Alucinante.

Payne reapareció un segundo después y agarró la muñeca del ladrón cuando intentaba volver a apuntar a Manny. Lo desarmó con asombrosa rapidez primero le dobló la muñeca, luego le arrancó el arma de la mano y después se la arrojó a Manny, que la atrapó.

Y llegó el momento de la paliza.

Payne hizo girar al desgraciado como si fuese una peonza, lo agarró por detrás de la cabeza y le estrelló la cara contra la capota del Porsche. Después de brillantar un poco la pintura con la boca del hijo de puta, la Elegida lo agarró de los anchos vaqueros y mientras con una mano lo sostenía del pelo y con otra de lo que debía de ser el cinturón, lo lanzó a unos diez metros de donde estaban.

Más alucinante aún.

Supermán no volaba ni la mitad de bien. El ladrón terminó estrellándose con la frente contra la pared de la clínica. El edificio no tenía mucho que decir y, al parecer, el pobre desgraciado tampoco. El tío aterrizó de cara sobre una jardinera y se quedó allí, inerte, como un saco de patatas.

No se retorció. No gemía. No trataba de levantarse.

—¿Estás bien, Manello?

Manny volvió la cabeza lentamente para mirar a Payne. Ni siquiera tenía la respiración agitada.

—Por... Dios... Santo...



Mientras el viento se llevaba las palabras de Manello, Payne hizo lo que pudo para alisar la ropa de cirugía que llevaba encima. Luego se pasó una mano por el pelo. Eso parecía ser lo único que podía hacer para ponerse más presentable después del incidente.

Pero era una pérdida de tiempo tratar de parecer más femenina. Imposible superarse en ese terreno. Y, entretanto, Manello seguía mirándola.

La vampira lo miraba, expectante.

—¿No vas a decir nada?

—Bueno... —Manello se llevó las manos a la cabeza—. Joder, déjame ir a ver si está vivo.

Payne alzó las cejas al ver que Manny caminaba hacia donde estaba el humano. En verdad, no le importaba el estado en que había dejado al ladrón. Su prioridad era apartar el arma mortal de la cara de Manello y había cumplido con su misión. Lo que le pasara al tipo carecía de importancia... pero era evidente que ella no sabía cuáles eran las reglas en este mundo. Ni las implicaciones de lo que acababa de hacer.

Manello estaba a medio camino, cuando la «víctima» se dio la vuelta y soltó

un gemido. Luego se llevó a la cabeza la mano con la que había sostenido el arma y se subió la máscara hasta la frente.

Manello se arrodilló.

—Soy médico. ¿Cuántos dedos ves en mi mano?

—¿Qué?

—¿Cuántos dedos ves?

—Tres.

Manello le puso una mano en el hombro.

—No trates de levantarte. Te has dado un golpe muy fuerte en la cabeza. ¿Sientes cosquilleo o adormecimiento en las piernas?

—No. —El tío se quedó mirando a Manello—. ¿Por qué... está haciendo esto?

Manello hizo un gesto de desdén con la mano.

—Se llama profesión médica y te crea la necesidad compulsiva de tratar a los enfermos y los heridos, independientemente de las circunstancias. Creo que tenemos que llamar a una ambulancia...

—¡De ninguna manera!

Payne se desmaterializó y apareció de nuevo junto a ellos. Admiraba las buenas intenciones de Manello, pero le preocupaba que el ladrón llevara algún arma más.

En cuanto apareció detrás de Manello, el ladrón que estaba en el suelo se encogió horrorizado y se protegió la cara con las manos.

Manello se volvió y entonces la Elegida se dio cuenta de que no era tan ingenuo. Manello estaba apuntando al tío con el arma.

—Está bien, bambina. Lo tengo controlado.

Con torpeza, el ladrón se puso de pie mientras Manello lo seguía apuntando con el cañón de la pistola. El humano se recostó contra el edificio. Obviamente, se estaba preparando para salir corriendo.

Manello lo miró con aire irónico.

—Nos quedaremos con el arma, ya sabes. Y no necesito decirte que tienes suerte de estar vivo; nunca te metas con mi amiga.

Cuando el humano salió corriendo entre las sombras, Manello se puso de pie.

—Tengo que entregar esta pistola a la policía.

Luego se quedó mirando a Payne.

—Está bien, Manello. Puedo ocultar mi presencia y borrar los recuerdos del guardia, así que nada se sabrá de lo ocurrido. Haz lo que debes hacer.

Con un gesto de asentimiento, Manello sacó el móvil, lo abrió y oprimió unos cuantos botones. Luego se lo llevó a la oreja.

—Hola, me llamo Manuel Manello y me acaban de asaltar a mano armada mientras estaba en mi coche. Estoy en el Hospital Tricounty...

Mientras su amado hablaba, Payne miró a su alrededor y pensó que no quería que aquello terminara así. Solo que...

Cuando Manello, colgó, confesó sus temores al médico.

—Tengo que irme. No puedo estar aquí si van a llegar más humanos. Eso solo complicaría las cosas.

Manello bajó lentamente el teléfono.

—Está bien... sí. —Luego frunció el ceño—. Pero, escucha una cosa: si la policía está en camino, necesito recordar lo que acaba de pasar o... Mierda, no tendré modo de explicarles la posesión de la pistola. ¿Entiendes?

En efecto, parecía que estaban en un lío, un callejón sin salida. Pero de repente Payne sonrió, diciéndose que aquella situación, al fin y al cabo, podía tener sus ventajas. Miró a su amante y le habló con voz sugerente.

—Quiero que me recuerdes.

—Pero ese no era el plan.

—Lo sé.

Manello negó con la cabeza.

—Tú eres lo más importante aquí. Así que tienes que cuidarte y eso significa borrar...

—¡Doctor Manello! Doctor Manello... ¿Se encuentra bien?

Payne miró hacia atrás. El primer humano que habían visto en la clínica venía corriendo hacia ellos con expresión de pánico.

—Hazlo. —Manello acució a la Elegida con una mirada más que intensa—. Y ya pensaré en algo...

Cuando el guardia llegó hasta ellos, Payne lo miró.

—Estaba haciendo mi ronda y cuando inspeccionaba las oficinas del otro lado del edificio, lo vi por la ventana y salí corriendo lo más rápido que pude.

La vampira se dirigió con voz encantadora al guardia.

—Estamos bien. Pero ¿tendría la bondad de hacer algo por mí?

—¡Por supuesto! ¿Han llamado ya a la policía?

—Sí. —Payne se señaló el ojo derecho—. Míreme, por favor.

El hombre no podía dejar de mirarla y eso facilitó todavía más el trabajo de Payne; lo único que tenía que hacer era abrirse camino dentro de su cerebro y poner un parche mental sobre todo lo que tuviera que ver con ella.

Al cabo de unos instantes, hasta donde el humano sabría, el cirujano había llegado y se había ido solo.

Mientras mantenía al hombre en trance, Payne se volvió hacia Manello.

—No tienes de qué preocuparte. Los recuerdos que le he borrado son demasiado recientes, ha sido un trabajo superficial. No sufrirá ningún perjuicio.

A lo lejos se oyó un sonido estridente y urgente de sirenas y coches lanzados a gran velocidad.

—Es la policía —dijo Manello.

—Entonces debo irme.

—¿Cómo regresarás a casa?

—De la misma forma en que me bajé del coche.

Payne se quedó esperando a que Manello le tendiera los brazos... o dijera algo... o... Pero el cirujano se limitó a quedarse allí, mientras el aire frío de la noche se interponía entre ellos.

Manello parecía angustiado por algún pensamiento que le inquietaba.

—¿Les vas a mentir? ¿Les dirás que borraste mis recuerdos?

—No lo sé.

—Bueno, en caso de que tengas que volver a hacerlo, estaré en...

—Buenas noches, Manello. Por favor, ten cuidado.

Y con esas palabras, Payne levantó una mano y desapareció silenciosa e inexorablemente.

CAPÍTULO

43



En lo que a trucos se refiere, este parecía bastante extraño.

—Entonces, ¿dónde está tu amigo?

Karrie Ravisc, conocida en las calles como Kandy, llevaba cerca de nueve meses trabajando como puta profesional, así que ya había visto muchas cosas. Pero esto...

El hombre enorme que estaba junto a la puerta del motel habló con voz suave.

—Ya viene.

Karrie dio otra calada a su porro y pensó que al menos el tipo que tenía frente a ella era bastante sexi. Y también le había pagado quinientos dólares y la había instalado en esa habitación. Sin embargo... todavía parecía haber algo raro.

Tenía un acento extraño. Ojos extraños. Ideas extrañas.

Pero era muy sexi, eso sí.

Mientras esperaban, ella yacía en la cama con el culo al aire y todas las luces apagadas. Sin embargo, la penumbra no era total. El tío de la cartera abultada había instalado un reflector en el otro extremo de la habitación, sobre la cómoda

barata. El rayo estaba enfocado de manera que iluminara solo el cuerpo de ella. Como si estuviera en un escenario. O, tal vez, fuese una cosa artística o algo similar. Había tanto pirado suelto...

Al fin y al cabo, eso era menos raro que algunas cosas que ella había tenido que hacer. Mierda, si la prostitución no te hacía pensar que los hombres eran todos unos depravados de mierda, ninguna otra cosa podía hacerlo. Aparte de los que traicionan a sus esposas y los que creen volar porque han tomado alguna sustancia, había desgraciados que tenían obsesión por los pies y otros a los que les gustaba que les dieran palmadas en el culo, y otros que querían que meara encima de ellos.

Kandy se terminó el porro y lo apagó, y pensó que tal vez el reflector no era tan terrible. Hacía dos semanas que un imbécil había querido comer hamburguesas sobre ella y eso había sido asqueroso...

El ruido de la cerradura la sobresaltó. Se dio cuenta de que alguien había entrado sin que ella lo notara, pues estaban echando la llave a la puerta por dentro, no abriendo desde fuera.

Y ahora había un segundo hombre junto al primero.

Menos mal que su chulo estaba en la puerta de al lado.

—Buenas.

Los saludó mientras se estiraba con gesto mecánico, exhibiéndose cual era su costumbre. Tenía tetas de silicona, pero al menos le habían hecho un buen trabajo, y el abdomen plano, a pesar de que había tenido un hijo, y no solo estaba afeitada sino que se había hecho una depilación definitiva por electrólisis.

Todo lo cual justificaba que cobrara lo que cobraba.

Joder... este también era grande, pensó Kandy, cuando el segundo tío se acercó y se ubicó a los pies de la cama. De hecho, este cabrón era inmenso. Un absoluto mamut. Y no porque fuera gordo y fofo. Al contrario: tenía los hombros tan cuadrados que parecía que los hubieran cortado con una escuadra y su pecho formaba un triángulo perfecto, con las caderas apretadas. Kandy no le podía ver la cara, sólo la silueta, debido a que el haz de luz le daba de frente, pero eso dejó de importarle cuando el primer tío se acostó junto a ella en la cama.

Mierda. Kandy se sintió súbitamente excitada. Era por el tamaño de los dos tíos y por el peligro que representaba la oscuridad. Y también por el olor. Joder, esos tíos tenían un olor maravilloso.

El que había entrado en segundo lugar le dio una orden tajante.

—Boca abajo.

Dios, esa voz. Tenía el mismo acento extranjero del primero, el que lo había organizado todo, pero este tenía un tono más grave... y excitantemente peligroso.

—¿De verdad quieres verme el culo? —Hablabla arrastrando las palabras, mientras se sentaba. Luego se agarró las tetas, las levantó y las apretó con las manos—. Porque la parte delantera es todavía mejor.

Al decir eso, alzó una teta al tiempo que sacaba la lengua y luego se lamía el pezón mirándolos a ambos con descaro.

—Boca abajo.

De acuerdo, de acuerdo: era evidente que allí había una cierta jerarquía. El tío que estaba acostado junto a ella tenía una erección enorme, pero estaba completamente quieto. Y el señor hazlo-ahora era el único que hablaba.

—Si eso es lo que quieres...

Después de apartar las almohadas de la cama, Kandy montó todo un espectáculo mientras se daba la vuelta, retorciendo el torso de modo que uno de los senos todavía quedara a la vista. Y luego, con una uña pintada de negro, comenzó a trazar círculos alrededor del pezón, todo ello mientras arqueaba la parte baja de la espalda y sacaba el culo...

Un gruñido sutil se abrió camino a través del aire pesado y rancio de la habitación y esa fue la señal que ella estaba esperando. Entonces abrió las piernas, flexionó las pantorrillas hacia arriba y puso los pies en punta mientras volvía a arquear la espalda.

Ella sabía exactamente qué le estaba mostrando al que estaba a los pies de la cama y ese gruñido le indicó que a él le gustaba lo que veía. Así que era hora de ir un poco más lejos. Mientras lo miraba, se metió el dedo del medio en la boca y comenzó a chupárselo; luego cambió de posición, se llevó ese dedo a la vagina y comenzó a masturbarse.

Ya fuera a causa de la hierba o por cualquier mierda relacionada con aquellos hombres, el caso es que Kandy se sintió realmente cachonda al instante. Hasta el extremo de desear que sucediera lo que estaba a punto de suceder.

Mientras el tío se cernía sobre ella, el que estaba al mando se llevó la mano a las caderas.

—Bésala.

Aunque normalmente no lo permitía, Kandy estaba tan ansiosa que volvió la cara hacia donde estaba el otro y sintió cómo un par de labios suaves y voraces se apoderaban de su boca... y luego la penetraba una lengua...

Justo al mismo tiempo que un par de manos grandes la agarraban de la parte alta de los muslos y le abrían las piernas.

Y otro par de manos se ocuparon de los senos.

Aunque era una profesional, Kandy no tomó la iniciativa, se dejó llevar y todas las mierdas por las que usualmente se preocupaba mientras estaba trabajando escaparon de su mente y se llevaron con ellas preguntas como ¿dónde están los condones?, ¿cuáles son las reglas básicas de una puta cuidadosa?

La hebilla de un cinturón. Una cremallera. Y luego el ruido de unos pantalones que caen al suelo y el chirrido del colchón cuando algo pesado cae sobre él.

De manera vaga, Kandy se preguntó si la polla que acababa de hacer su

aparición sería tan grande como el resto del hombre que estaba detrás de ella... y si así era, pensó, mierda, estaba dispuesta a ofrecerles una segunda ronda gratis...

Un par de poderosas manos la levantaron del colchón y la pusieron en un instante a cuatro patas. Dios, era enorme... y Kandy se preparó para una embestida, mientras la palma de una mano subía por su columna y los dedos se hundían en su pelo corto. El hombre le iba a tirar de la cabeza hacia atrás, pero a Kandy no le importó. Solo quería sentirlo dentro...

Pero el tío no se puso brusco ni se movió de inmediato. En lugar de eso, la acarició como si le gustara el contacto con su piel, pasándole la mano por los hombros y otra vez alrededor de la cintura... y luego por el sexo húmedo. Y cuando la penetró totalmente, fue con un movimiento fluido y suave. Incluso le dio un segundo de tregua para que su intimidad se acostumbrara a su tamaño.

Luego la agarró de las caderas con las manos y comenzó a follársela. Al mismo tiempo, su amigo se ubicaba debajo de ella y comenzaba a chuparle las tetas.

A medida que el ritmo se iba intensificando, los pezones se mecían sobre la boca del que estaba debajo de ella al ritmo de las caderas que la embestían desde atrás, una y otra vez. Más rápido. Más duro. Más rápido...

—¡Fóllame! ¡Más fuerte! ¡Más!

Abruptamente, el que estaba acostado dio un giro de ciento ochenta grados, la acomodó y le llenó la boca con la polla más grande que ella hubiese chupado jamás.

Kandy tuvo un orgasmo en ese momento.

Si las cosas seguían así, sería ella la que tendría que pagar.

Una fracción de segundo después, el hombre que estaba detrás se salió y ella sintió que algo caliente caía sobre su espalda. Pero el hombre no había terminado. Un momento más tarde estaba otra vez dentro de ella, con un miembro tan duro y grande como la primera vez.

El tío al que se la estaba chupando gemía, y de pronto se salió y levantó la cabeza y se corrió sobre sus senos. Chorros de un líquido caliente fueron cubriendo su pecho con un poco más de aquel increíble olor. El otro se salió y eyaculó otra vez sobre su espalda.

Y luego el mundo giró y ella quedó de espaldas, mientras que el tío de la cartera tomaba el lugar del que estaba a cargo de su vagina y la llenaba con el mismo líquido espeso.

Ella fue la que buscó con la mano al otro y se metió la polla en la boca. Al que se quedaba de espectador, le daba papel activo y lo metía de nuevo dentro de ella.

Era tan grande aquella verga que tuvo que abrir mucho la mandíbula para recibirla. Su sabor era delicioso; nada parecido a lo que había probado tantas

veces. Mientras se la chupaba al tiempo que el otro la follaba con ganas, Kandy estaba inmersa en la sensación de ser invadida por dos pollas enormes que llevaban su cuerpo al límite.

En medio de aquel delirio, Kandy trató de ver la cara del dueño de la enorme polla, pero de alguna manera él siempre mantenía la espalda contra la luz del reflector, y eso hacía que la escena fuera todavía más erótica. Como si se la estuviera chupando a una sombra viviente. Mierda, a diferencia del otro, éste no hacía ningún ruido y ni siquiera se le alteraba la respiración. Pero el tío estaba en lo que estaba, metiendo y sacando el miembro de su boca. Hasta que se salió de ella y agarró la inmensa erección con la mano. Entonces Kandy se apretó los senos y le ofreció un lugar dónde correrse. Joder, aunque era la tercera vez que eyaculaba, el tío la cubrió por completo con su semen.

El pecho le quedó gloriosamente brillante y pegajoso.

Inmediatamente después, Kandy sintió que le doblaban las rodillas y se las subían hasta las orejas y el tío de la cartera volvía a penetrarla. Y luego su jefe volvió a interesarse por su boca y comenzó a hacer presión pidiendo más, y ella encantada de darle cuanto quisiera.

Mientras los miraba y ellos se movían de forma sincronizada, Kandy sintió un súbito temor. Enroscada allí, debajo de ellos, tuvo la sensación de que esos hombres podían partirla en dos fácilmente.

Pero ninguno de los dos le hizo daño.

Y la orgía siguió y siguió, con los dos hombres cambiando de lugar una y otra vez. Obviamente, debían de haber hecho eso muchas veces. Joder, Kandy estaba completamente decidida a darles su número.

Finalmente la locura erótica terminó.

Ninguno de los dos dijo nada. Ni a ella ni entre ellos; lo cual era raro, porque la mayoría de los tríos o las camas redondas en las que había estado solían terminar en que los idiotas se daban la mano para felicitarse por su hazaña. Pero no estos dos. Solo se subieron los pantalones, guardaron sus miembros y... bueno, mira por dónde volvieron a sacar la cartera.

Mientras permanecían de pie junto a ella, Kandy se llevó las manos a la boca y al cuello y a los senos. Estaba cubierta de semen por todas partes, y le encantaba y quería extender más, untarse del todo, simplemente porque le encantaba hacerlo y no para disfrute de sus clientes.

Al fin habló uno.

—Queremos darte otros cinco.

—¿Por qué? —¿Esa estúpida pregunta había salido realmente de su boca de puta?

—Por otro servicio. Te gustará, te lo prometo.

—¿Es algo perverso?

—Mucho.

Kandy soltó una carcajada y movió las caderas.

—Entonces la respuesta es sí.

Cuando el hombre sacó los billetes, parecía haber muchos más en aquella cartera... y tal vez si se tratara de otro, ella habría llamado a su chulo para decirle que lo esperara en el aparcamiento. Pero Kandy no iba a hacer nada de eso. En parte por el sexo tan increíble que le habían regalado, pero sobre todo por el hecho de que esos tíos eran capaces de matar a su jefe.

La mujer tomó el dinero, lo apretó en su mano y los miró con curiosidad.

—¿Qué quieren que haga?

—Abre las piernas.

Ella no vaciló y abrió las rodillas todo lo que pudo.

Y ellos tampoco vacilaron y se inclinaron al tiempo sobre su vagina empapada.

Putá mierda, ¿acaso la iban a chupar? Esa idea la hizo entornar los ojos y rugir...

—¡Ay!

Kandy dio un salto, pero unas manos la obligaron a permanecer sobre el colchón.

La ligera succión que sintió después la hizo sentirse mareada. Pero no le estaban chupando la vagina, no. La estaban chupando justo al lado del centro, de lado y lado, en la unión entre las piernas y el torso.

Una succión rítmica... como un par de bebés mamando.

Kandy suspiró y se entregó. Tenía la impresión de que se estaban alimentando de ella de alguna manera, pero era algo delicioso, en especial cuando algo la penetró. Tal vez eran unos dedos, probablemente.

Sí, definitivamente.

Cuatro dedos la llenaron y dos manos comenzaron a bombear, mientras dos bocas le succionaban la piel.

Kandy se volvió a correr.

Y otra vez.

Y otra más.

Después de Dios sabe cuánto tiempo, ambos la acariciaron con la nariz un par de veces, en el lugar donde habían estado chupando, no donde tenían las manos.

Y luego todo se separó, las bocas, los dedos, los cuerpos.

Los dos se enderezaron.

El jefe la miró.

—Mírame.

Kandy sentía los párpados tan pesados que tuvo que hacer un esfuerzo para obedecer. Y, tan pronto lo hizo, sintió una punzada de dolor en las sienes. Pero no duró mucho y, después simplemente flotó.

Lo cual fue la razón para que no prestara mucha atención al grito

amortiguado que se oyó un poco después y que provenía de la puerta de al lado; no de la habitación en la que estaba Mack, sino la del otro lado.

¡Bum! ¡Pum! ¡Tam!

Kandy comenzó a quedarse dormida en ese momento, como si se hubiese muerto, mientras que los billetes se le pegaban a la palma de la mano, mientras lo que había sido líquido comenzaba a secarse.

No estaba preocupada por nada. De hecho, se sentía maravillosamente bien.

¿Con quién había estado?



Cuando Xcor salió de la habitación del motel, con Throe pisándole los talones, cerró la puerta y miró a derecha e izquierda. El lugar que su soldado había elegido para esa diversión carnal estaba a las afueras de la ciudad. Destartalado y en mal estado en algunos aspectos, un piso entero había sido dividido en unos cincuenta compartimientos, con una oficina al final del pasillo. Xcor quería la última habitación del otro lado para tener más privacidad, pero lo mejor que Throe había podido conseguir era la que estaba al lado.

Sin embargo, ¿cuáles eran las posibilidades de que aquel sitio estuviera lleno? Allí no había casi nadie.

Mientras escudriñaba el aparcamiento que se extendía frente a ellos, Xcor vio un Mercedes negro que alguien había intentado desesperadamente que pareciera más nuevo de lo que era... y un camión con cabina. Los otros dos coches estaban al fondo, junto a la oficina.

Era el sitio perfecto para la misión que acababan de cumplir. Apartado. Habitado por gente que no quería que nadie metiera la nariz en sus asuntos y que estaba dispuesta a tratar a los demás con la misma cortesía. Y la iluminación exterior era muy pobre: sólo una de cada seis bombillas funcionaba; joder, la lámpara que estaba junto a su cabeza estaba destrozada. Así que todo permanecía en penumbra.

Él y su banda de asesinos iban a tener que encontrar hembras de su raza para que cubrieran su necesidad de alimentarse de la vena a largo plazo, pero eso ya llegaría con el tiempo. ¿Hasta entonces? Se alimentarían de hembras como la que Throe y él acababan de follarse, y lo harían allí, en ese lugar desierto.

Throe habló en voz baja.

—¿Satisfecho?

—Sí, estuvo bien.

—Me alegra...

Un olor que flotaba en el aire los hizo volver la cabeza hacia la última habitación. Mientras inhalaba profundamente para confirmar lo que había sentido apenas fugazmente, el olor de sangre humana fresca lo sorprendió como una

noticia desagradable.

Sensación que contrastaba con la expresión del rostro de Throe. Lo cual no era ninguna sorpresa, pero era igual de inconveniente.

Xcor advirtió al otro.

—Ni siquiera lo pienses... Throe... *Mierda*.

En ese momento, el guerrero se volvió hacia la puerta con una expresión feroz, aumentada sin duda por tratarse de la sangre de una hembra; la fertilidad vibraba en el aire.

—No tenemos tiempo para esto. —Xcor echaba fuego por los ojos.

A manera de respuesta, Throe le dio una patada a la condenada puerta.

Mientras maldecía, Xcor consideró por un instante la posibilidad de desmaterializarse para salir de la escena, pero solo necesitó echar un vistazo adentro para desistir de esa idea. La ridícula propensión de Throe a dárselas de héroe había abierto el camino a un verdadero desastre.

Literalmente.

Una hembra humana estaba amarrada a la cama, con algo metido en la boca. Parecía casi muerta, demasiado cerca de la tumba ya para salvarla. Su sangre estaba por todas partes, en la pared, en el suelo, en el colchón. Las herramientas que había usado quienquiera que hubiese hecho eso estaban en la mesita: dos cuchillos, cinta, tijeras... y media docena de frasquitos transparentes llenos de un líquido incoloro, cuyas tapas reposaban a un lado.

Había cosas flotando en...

Se oyó un ruido que venía del baño. Como si alguien hubiese abierto y cerrado una ventana.

Al ver que Throe corría hacia el baño, Xcor se abalanzó sobre él y lo agarró del brazo. Con rapidez, Xcor sacó las esposas de acero que mantenía colgadas del cinturón y las cerró sobre la gruesa muñeca de su soldado. Luego tiró hacia atrás con todas sus fuerzas e hizo retroceder al macho como si fuera una bola que estuviera pegada al extremo de una cadena. Se oyó un golpe seco en la pared del fondo, cuando el yeso recibió el peso del péndulo vampírico.

—Suéltame.

Xcor volvió a tirar del macho.

—Esto no es de tu incumbencia.

Throe le dio un puñetazo a la pared.

—¡Sí que lo es! ¡Suéltame!

El jefe puso la palma de su mano sobre la nuca del subordinado.

—No es tu mundo. ¡No es tu mundo!

En ese momento comenzaron a forcejear y a estrellarse contra todo tipo de objetos, haciendo más ruido del que deberían hacer. Y estaban a punto de caer sobre la alfombra llena de sangre, cuando un humano sin cuello y unas gafas oscuras del tamaño de un par de ventanas se asomó a la puerta. Le echó un

vistazo a la cama y otro a Xcor y a Throe y luego balbució algo, al tiempo que se tapaba los ojos con los brazos y salía corriendo.

Una fracción de segundo después, la puerta de la habitación en la que habían follado se abrió y se cerró... luego se abrió de nuevo y se volvió a cerrar. Se oyeron unos tacones altos que caminaban de forma descoordinada y luego las puertas de un coche que se cerraban.

Un motor rugió y el Mercedes salió disparado del aparcamiento, seguramente con la puta y el dinero.

Desde luego, aquella huida confirmó las suposiciones de Xcor acerca de la clientela del lugar.

—Escúchame. Escúchame, estúpido bastardo... Este no es nuestro problema. Pero si te quedas aquí, sí que se convertirá en un problema nuestro.

—¡El asesino huyó!

—Y eso es lo que nosotros vamos a hacer también.

Los ojos pálidos de Throe se desviaron un segundo hacia la cama.

Xcor trató de calmarlo.

—Ella no es tu hermana. Ahora, ven conmigo.

—No puedo... dejarla... —Unos ojos muy abiertos y vidriosos se clavaron en él—. No puedes pedirme eso.

Xcor dio media vuelta sin soltar a su soldado. Tenía que haber algo del asesino allí, algo que ellos pudieran...

El jefe arrastró a su guerrero hasta el baño y sintió una triste satisfacción cuando encontró algo en la ventana que estaba sobre el inodoro. El cristal no estaba roto, pero había una mancha de color rojo vivo en el afilado borde del marco del metal.

Justo lo que necesitaban.

Xcor estiró la mano hacia la ventana y pasó dos dedos sobre lo que había desgarrado la piel de ese humano.

La sangre se deslizó por su piel.

—Abre la boca.

Throe obedeció y chupó aquellos dedos, mientras cerraba los ojos para concentrarse. A lo lejos unas sirenas interrumpieron el silencio de la noche, provocando la reacción inmediata de Xcor.

—Debemos marcharnos. Ven conmigo ahora y te prometo darte permiso para buscar a ese hombre. ¿De acuerdo? Asiente con la cabeza. —Cuando Throe asintió, Xcor decidió que necesitaba estar más seguro—. Júralo.

—Lo juro.

Xcor le quitó las esposas... y luego los dos desaparecieron en el aire, al tiempo que las luces azules anunciaban la llegada de la policía humana.

El jefe de los asesinos nunca sentía compasión por nadie. Pero si alguna vez se sintiera inclinado a sentirla, no sería por ese degenerado humano, que se había

convertido ahora en el blanco de Throe... y pronto sería cazado como una asquerosa rata.

CAPÍTULO

44



—¿D

octor Manello?
Al oír su nombre, Manny volvió a la realidad y se dio cuenta de que aún se encontraba en el hospital Tricounty, fuera, en el jardín exterior. Era curioso que hubiese sido el guardia el primero en reaccionar, a pesar de que el tío tenía borrados los recuerdos.

—Sí, hola. ¿Me decía algo?

—¿Está usted bien?

—No, no lo estoy.

—Bueno, pues la verdad es que fue increíble. Todavía no me puedo creer que lo desarmara de esa forma. De repente le estaba apuntando a la cara... y luego era usted el que tenía el arma y el pájaro volaba por los aires. No me extraña que se encuentre usted conmocionado.

—Pues ya ve.

Los policías aparecieron dos segundos después y luego todo fue una sucesión de preguntas y respuestas.

Resultó asombroso. El guardia de seguridad no mencionó a Payne ni una sola

vez, ni directa ni indirectamente. Era como si la Elegida nunca hubiese estado allí.

Aunque eso no debería sorprender a Manny, teniendo en cuenta lo que a él le había pasado no solo con Payne, sino sobre todo con Jane. Sin embargo, no dejaba de resultarle alucinante. Era difícil acostumbrarse a semejantes fenómenos.

El cirujano, en realidad, no entendía mucho de lo que había pasado: cómo había desaparecido la vampira ante sus ojos, sin más; cómo no había quedado rastro del recuerdo de ella en la mente del guardia, que en cambio sí recordaba perfectamente a Manny y el vuelo del ladrón, aunque lo achacaba al buen doctor; cómo Payne había permanecido tan tranquila, con aquel increíble dominio de sí misma en una situación de vida o muerte.

Esto último, además, para él había sido muy erótico. Verla machacando a ese tío había sido muy excitante. Joder, era un enfermo. Se dijo que no perdía oportunidad para empalmarse.

A todos esos pasmosos hechos había que añadir otro, también muy sorprendente: Payne iba a contar mentiras. Le diría a su gente que le había borrado todos los recuerdos. Diría que ya se había encargado de todo, cuando no era cierto.

Lo dijo muy claro: quería que la recordara.

Por lo visto, la Elegida había encontrado una buena solución: él seguía teniendo la cabeza en su sitio, ella tenía sus piernas y nadie tendría por qué enterarse, ni su hermano ni los amigos de éste.

Todo estaba en orden, pues. Lo único que tenía que hacer ahora era pasar el resto de su vida suspirando por una mujer a la que nunca debió conocer. Vaya futuro de mierda.

Una hora después, Manny se subió a su Porsche y emprendió el camino hacia Caldwell. Mientras conducía, pensó que el coche no solo parecía vacío, sino completamente desierto. Se sorprendió bajando y subiendo las ventanillas, como hacía la dueña de aquellos eróticos colmillos. Pero no era lo mismo.

De repente, Manny pensó que se había marchado sin saber dónde vivía él. Pero eso no importaba, puesto que no iba a regresar.

Dios, era difícil decir qué había sido más duro: si una larga despedida en que se miraran a los ojos y se mordieran la lengua para no hablar demasiado, o esa mierda de desaparición tan abrupta.

En todo caso, la vida era un coñazo.

Al llegar al Commodore, Manny entró en el aparcamiento subterráneo, dejó el coche en su lugar y se bajó. Llamó al ascensor. Subió a su ático. Entró. Dejó que la puerta se cerrara sola.

Al oír que le llamaban al móvil, lo sacó con torpeza del bolsillo y, cuando vio el número, soltó una maldición. Era Goldberg, del hospital.

Manny contestó sin ningún entusiasmo.

—¿Sí?

—¡Al fin! —El interlocutor parecía aliviado—. ¿Cómo estás?

Bueno. No había necesidad de entrar en detalles.

—Bien. —Hubo una pausa un poco embarazosa—. ¿Y tú?

—Yo también. Las cosas en el hospital... —*Hospital, hospital, hospital, ospit alhosp...*

Las palabras le entraban por un oído y le salía por el otro, como un ruidillo de fondo incomprensible, sin interés alguno. Sin embargo, armado de paciencia, Manny buscó algo que hacer mientras hacía como que le escuchaba. Caminó hasta la cocina, sacó el whisky y a punto estuvo de llorar cuando vio lo poco que quedaba en la botella. Entonces se asomó al gabinete y sacó una botella de Jack que estaba al fondo y que llevaba tanto tiempo allí que tenía polvo por todas partes.

Un rato después, colgó y se puso a beber en serio. Primero el Lag. Luego el Jack Y siguió con dos botellas de vino que tenía medio escondidas. Y lo que quedaba de un paquete de cervezas que estaban en la alacena y no estaban frías.

Sin embargo, no notó ninguna diferencia entre el alcohol que estaba del tiempo y el frío.

La desaforada ingesta alcohólica le entretuvo una buena hora. Tal vez un poco más. Y fue altamente efectiva, porque cuando agarró la última cerveza y se dirigió a la habitación, iba caminando como si estuviera en el puente de la *Enterprise*, meciéndose de un lado a otro... y luego hacia atrás. Y aunque tenía suficiente luz con la que entraba por la ventana, se estrelló contra un montón de cosas: gracias a un inconveniente milagro, sus muebles parecían haber cobrado vida y estaban decididos a atravesarse en su camino; todo, desde los sillones de cuero hasta la... puñetera mesita del café. Mierda, qué golpe.

—¡Ay!

Como tuvo que tocarse la espinilla, el poco sentido del equilibrio que le quedaba se fue a freír espárragos.

Cuando llegó a la habitación, nunca supo cómo, se bebió otro sorbo de cerveza para celebrarlo, y fue tambaleándose hasta el baño. Abrió el grifo. Se quitó la ropa. Entró en la ducha. No había razón para esperar a que el agua saliera caliente; de todas maneras, no podía sentir nada, que era precisamente lo que había estado buscando.

No se molestó en secarse. Anduvo, mal que bien, hasta la cama con el agua chorreándole por el cuerpo, y se terminó la cerveza cuando se sentó.

Luego no pasó absolutamente nada.

Su intoxicación alcohólica era importante, pero todavía tenía que subir unos cuantos peldaños para noquearlo por completo. Seguía consciente.

Sin embargo, en su estado, el concepto de *consciencia* se había vuelto más

bien relativo. Aunque a primera vista parecía despierto, estaba totalmente desconectado... y no solo debido al alcohol que corría por sus venas. Se sentía completamente vacío por dentro, y de una manera muy curiosa.

Se dejó caer de espaldas sobre el colchón. Pensó, es un decir. Se dijo que ahora que se había resuelto la situación de Payne, era hora de comenzar a rehacer su vida; o, al menos, de intentarlo al día siguiente por la mañana, si se lo permitía la resaca. Su cerebro funcionaba bien cuando no estaba borracho, así que no había razón para que no pudiera volver a trabajar y así empezar a poner distancia entre aquel demencial interludio y su vida normal.

Miraba al techo. La visión empezó a ponerse borrosa, y eso le alivió. Hasta que se dio cuenta de que estaba llorando.

—Maldito maricón.

El cuarentón calentorro y beodo se secó los ojos, decidido a no dar rienda suelta a las lágrimas. Solo que no pudo controlarse. Dios, añoraba demasiado a Payne, y apenas hacía... nada. Qué sé yo, dos, tres horas, que no la veía.

—Putá vida.

De pronto levantó la cabeza bruscamente y sintió que el pene se le inflamaba. No es que se excitara, es que ardía. Miró a través del cristal de las puertas correderas, y escudriñó la noche con una desesperación que lo hizo pensar que las crisis mentales habían vuelto.

Payne...

¿Había visto a Payne? Joder, ya estaba alucinando.

Trató de levantarse de la cama, pero su cuerpo se negó a moverse; como si su cerebro estuviera hablando un idioma exótico y sus brazos y sus piernas no le entendieran.

Finalmente el alcohol ganó la partida, cerró el programa de añoranzas y apagó del todo el ordenador.

Sin posibilidad de reinicio.

Cuando cerró los párpados, todo desapareció, a pesar de lo mucho que tratara de luchar para evitarlo, para poder seguir echando de menos a su vampira.



Fuera, en la terraza, Payne estaba de pie, en medio del viento helado, y su pelo revoloteaba.

Había desaparecido ante los ojos de Manello, pero no lo había abandonado ni un instante.

Aunque el médico había demostrado ser muy capaz de cuidarse solo, ella no quería arriesgarse, así que se había envuelto en mhis y se había quedado en el jardín del hospital veterinario, observándolo mientras hablaba con la policía y con el guardia de seguridad. Y luego, cuando se había subido al coche, lo

acompañó, desmaterializándose de un lugar a otro, siguiendo su rastro gracias a la pequeña cantidad de sangre de ella que el hombre había probado en aquel encuentro erótico.

El viaje a casa había terminado en lo más profundo de una ciudad más pequeña que la que habían visto desde el coche, pero también impresionante, con edificios altos, calles pavimentadas y hermosas, y puentes que atravesaban un río ancho. Caldwell era, ciertamente, muy bonita de noche.

Lo había seguido hasta allí con el único propósito de tener una despedida invisible. Menos da una piedra.

De modo que cuando Manello entró en una especie de instalación subterránea para vehículos, lo dejó seguir solo. Su misión estaba cumplida cuando lo vio llegar a salvo a su destino.

La Elegida sabía que tenía que partir.

Sin embargo, se había quedado abajo, en la calle, envuelta en su mhis, observando los coches que pasaban y viendo a los transeúntes que cruzaban de una esquina a otra. Había pasado una hora. Y luego un poco más. Y seguía sin moverse.

Porque, cediendo a los deseos de su corazón, había decidido subir muy, muy arriba, hasta detenerse donde estaba Manello, y había tomado forma en una terraza justo en el exterior de su casa... y lo había hallado en el proceso de salir de la cocina y atravesar el salón. Sin poder sostenerse bien sobre los pies, Manello se había estrellado con varios muebles, aunque lo más probable era que el motivo no fuese la falta de luz. Era la bebida que llevaba en la mano, sin lugar a dudas.

O, más exactamente, todo lo que se había tomado antes.

En su habitación, más que desvestirse, se había despojado de la ropa al tuntún y luego se había metido en la ducha. Cuando salió, empapado, a Payne le entraron ganas de llorar. Era tan increíble que fuera un solo día lo que los separaba del momento en que ella lo había visto así por primera vez. Aunque, en verdad, Payne sentía como si pudiera casi tocar de nuevo aquellos momentos eléctricos en que habían estado a punto de... ¿A punto de qué, además de follar? Pues a punto de tener no solo un presente, sino un futuro.

Pero eso ya no era posible.

Manello se había sentado en la cama... y luego se había dejado caer sobre el colchón.

Cuando la Elegida lo vio secarse los ojos, se sintió totalmente desolada. Deseaba tanto poder acudir a él...

—Payne.

Payne dejó escapar un aullido y giró sobre sus talones. En el otro extremo de la terraza, en medio de la brisa... estaba su gemelo. En cuanto posó los ojos en Vishous, la Elegida se dio cuenta de que algo había cambiado dentro de él. Sí, su

cara ya se estaba recuperando de las heridas que se había infligido con el espejo, pero eso no era lo que había cambiado. Era su interior lo que parecía diferente: habían desaparecido la tensión y la rabia contenidas, y aquella especie de aterradora frialdad.

Con el viento agitándole el pelo, Payne trató de recuperar rápidamente la compostura y se secó las lágrimas que habían asomado a sus ojos.

—¿Cómo supiste que... y yo estaba... aquí?

Con su mano enguantada, Vishous apuntó hacia arriba.

—Tengo un ático aquí. En el último piso del edificio. Jane y yo salíamos, cuando sentí que estabas aquí abajo.

Debió de haberlo imaginado. Así como ella podía sentir el mhis de su hermano, él también podía percibir el suyo.

Ahora se arrepentía de no haber seguido su camino. Lo último que necesitaba en ese momento era otra regañina de un macho con autoridad diciéndole lo que tenía que hacer. Con el rey ya había tenido bastante. Y los decretos de Wrath no necesitaban realmente que los sancionase gente como su hermano. Se cumplían sin rechistar.

La vampira levantó una mano para detenerlo antes de que dijera algo sobre Manello.

—No estoy interesada en que me digas lo que nuestro rey ya me dijo. Ya estaba a punto de marcharme.

—¿Has borrado sus recuerdos?

Payne alzó la barbilla, en actitud desafiante.

—No, no lo hice. Salimos y hubo un... incidente...

El gruñido que soltó su hermano resonó en sus oídos a pesar del viento cada vez más fuerte.

—¿Qué te hizo ese...?

—Él no hizo nada. Por todos los cielos, ¿cuándo vas a dejar de odiarlo tanto?

—Se masajé las sienas, desesperada, y se preguntó si una cabeza realmente podía estallar, como parecía que iba a ocurrirle a la suya, o si aquello era un achaque normal, en este lado de la realidad—. Fuimos atacados por un humano y, al desarmarlo...

—¿Al humano?

—Sí, al desarmarlo, herí a ese hombre y la policía acudió...

—¿Tú desarmaste a un humano?

Payne miró a su gemelo con odio.

—Cuando le quitas el arma a alguien, ¿no es así como se dice?

Vishous entornó los ojos.

—Sí, así se dice.

—No pude borrar los recuerdos de Manello porque, de hacerlo, no habría estado en condiciones de responder a las preguntas que le iba a hacer la policía.

Y estoy aquí... porque quería asegurarme de que llegara a casa sano y salvo.

En medio del silencio que siguió, Payne se dio cuenta de que se acababa de clavar el cuchillo ella misma. Al tener que proteger a Manello, acababa de probar la creencia de su hermano de que el macho que ella deseaba no podía cuidarla.

Dios, pero, a esas alturas, ¿qué importaba? Teniendo en cuenta que estaba preparada para obedecer las órdenes del rey, estaba claro que no había ningún futuro para Manello y ella.

Vishous hizo ademán de abrir la boca, y Payne gimió y se tapó los oídos.

—Si te queda aunque sea un poco de compasión, me dejarás llorando aquí a solas. No me siento capaz de escuchar ahora todas las razones por las cuales tengo que separarme de él... Ya las conozco. *Por favor. Vete, simplemente, sin más.*

Payne cerró los ojos y dio media vuelta, mientras le rezaba a su madre, que estaba allá arriba, para que Vishous hiciera lo que ella le estaba pidiendo...

Pero una mano pesada y cálida aterrizó en ese momento sobre su hombro.

—Payne, mírame.

Sin energía ya para pelear, la hembra dejó caer los brazos y se concentró en los ojos que la miraban con extrema seriedad.

—Contéstame a una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Amas a ese des...? ¿Lo amas?

La Elegida se volvió a mirar a través del cristal al humano que yacía en la cama.

—Sí, estoy enamorada de él. Y si tratas de disuadirme con el argumento de que no he vivido aún lo suficiente para juzgar eso con certeza, yo te digo que te vayas a la mierda. No necesito conocer el mundo para reconocer los deseos de mi corazón.

Hubo un largo silencio.

—¿Qué dijo Wrath?

—Lo mismo que habrías dicho tú. Que debía borrar mi recuerdo de su memoria y nunca, jamás, volver a verlo.

Al ver que su hermano no decía nada, Payne negó con la cabeza.

—¿Por qué sigues aquí, Vishous? ¿Estás tratando de ver qué puedes decirme para que regrese a casa? Permíteme ahorrarte ese esfuerzo. Cuando amanezca, iré a casa... y obedeceré las reglas, pero no porque sea lo que tú quieres o lo que quiere el rey, ni tampoco porque crea que es lo mejor para mí. Volveré porque es lo más seguro para él; Manello no necesita que enemigos como tú y la Hermandad lo torturen solo por culpa de mis sentimientos. —Fulminó a Vishous con la mirada—. Así que se hará como tú deseas. Pero no voy a borrar sus recuerdos. Su cerebro es demasiado valioso para dañarlo y no va a poder

soportar otra manipulación. Lo mantendré a salvo porque nunca volveré aquí, pero no lo voy a condenar a una vida de demencia. Eso no va a suceder; él no ha hecho nada más que ayudarme. Y merece algo mejor que ser usado y desechado.

Payne volvió a clavar los ojos en el cristal.

Y después de un largo silencio, dio por hecho que su gemelo se había marchado. Así que estuvo a punto de soltar un grito cuando él se acercó y se interpuso entre ella y la imagen de Manello.

—¿Todavía estás aquí?

—Yo me encargaré de todo por ti.

Payne retrocedió, indignada.

—No te atrevas a pensar en matarlo...

—Quiero decir que me encargaré ante Wrath. Lo arreglaré todo con Wrath. Yo... —Vishous se pasó una mano por el pelo—. Pensaré algo para que puedas quedarte con él.

Payne parpadeó.

—¿Qué has dicho?

—Conozco a Wrath desde hace muchos años. Y, técnicamente, de acuerdo con las Leyes Antiguas, soy el cabeza de nuestra pequeña familia aquí en este lado. Iré a hablar con él y le diré que apruebo esta... unión y que creo que deberías poder ver a este desgra... tío. A este hombre. A Manello. —Vishous suspiró—. Wrath se preocupa mucho por la seguridad, pero con el mhis rodeando el complejo... Manello no nos podría encontrar aunque quisiera. Además, sería injusto negarte a ti lo que otros Hermanos han hecho de vez en cuando. Maldición, Darius tuvo una hija con una humana... y hoy en día el mismísimo Wrath está casado con ella. De hecho, ¿sabes qué habría sucedido si alguien hubiese tratado de separar a nuestro rey de su Beth cuando la conoció? Wrath habría matado a quien se atreviera simplemente a hacer esa sugerencia. ¿Y Mary, la shellan de Rhage? Lo mismo. Y debería ser... similar contigo. Incluso estoy dispuesto a hablar con mahmen, si tengo que hacerlo.

Payne se llevó la mano al corazón, que ahora amenazaba con salirse del pecho.

—Yo... no entiendo por qué quieres... hacer esto.

Vishous clavó sus tremendos ojos en el humano que su hermana amaba.

—Tú eres mi hermana. Y él es lo que deseas. —Se encogió de hombros—. Y... bueno, yo me enamoré de una humana. Me enamoré de mi Jane una hora después de conocerla y... Es verdad, no soy nada sin ella. Si lo que sientes por Manello es aunque sea la mitad de lo que yo siento por mi shellan, tu vida nunca estará completa sin él...

Payne se lanzó sobre su hermano y lo abrazó. En realidad, estuvo a punto de derribarlo.

—¡Ay... hermano mío...!

Vishous respondió al abrazo.

—Siento haberme portado como un imbécil.

—Tú no... —Payne se quedó dudando un instante—. Bueno, sí, para qué negarlo, te portaste como un imbécil.

Vishous se echó a reír de buena gana.

—¿Ves? Vamos bien. Ya estamos de acuerdo en algo.

Seguían abrazados, y Payne emocionada.

—Gracias... gracias...

Después de un momento, Vishous se separó.

—Déjame hablar con Wrath antes de que le digas nada a Manello, ¿vale? Quiéreme preparar las cosas de antemano. Ahora mismo voy a casa. Jane está haciendo su ronda y la Hermandad tiene la noche libre hoy, así que puedo ir a ver al rey ahora mismo. —Hubo una pausa—. Solo quiero una cosa a cambio.

—Pide lo que quieras. Lo que sea. Habla.

—Si te vas a quedar hasta el amanecer, entra. Está helando aquí afuera, ¿no te parece? —Vishous dio un paso atrás—. Ve... ve a reunirse con tu... macho...

—Vishous se restregó los ojos y Payne tuvo la sensación de que estaba recordando la escena que había visto en la ducha—. Regresaré... Ah, y llámame... ¿Tienes un teléfono? Toma, toma mi... Mierda, no lo tengo.

—No te preocupes, hermano mío. Regresaré al amanecer.

—Bien, sí... Para entonces ya sabré algo.

Payne se quedó mirándolo.

—Te quiero.

Ahora Vishous le dedicó una sonrisa amplia y sin reservas. Luego extendió la mano y le acarició la cara.

—Yo también te quiero, hermana. Ahora, entra y busca algo de calor.

—Eso haré. —Payne dio un salto y lo besó en la mejilla—. ¡Eso haré!

Mientras le decía adiós con la mano, Payne se desmaterializó y pasó a través del cristal.

Qué placer, el calorcito del interior, comparado con el frío de la terraza... o tal vez lo que la reconfortaba era la felicidad que corría por todo su cuerpo. Fuera lo que fuese, la Elegida enamorada giró sobre uno de sus pies y luego se acercó a la cama.

Manello no solo estaba dormido, sino totalmente inconsciente; pero a ella no le importó. Se subió a la cama, lo rodeó con sus brazos y enseguida él gruñó y se volvió hacia ella, acercándola, abrazándola. Cuando sus cuerpos se fundieron, y el pene erecto de Manello se clavó en las caderas de Payne, ella miró hacia la terraza.

Temió que Vishous aún siguiera allí, pero, gracias a Dios, su hermano por fin se había ido.

Sonriendo en medio de la oscuridad, Payne se relajó y acarició el hombro de su macho. La relación iba a funcionar y la clave era la lógica abrumadora que Vishous había expuesto con tanta claridad. De hecho, el argumento era tan decisivo que Payne no podía entender por qué no se le había ocurrido a ella.

Es posible que a Wrath no le gustara; sin embargo, iba a acceder porque los hechos son los hechos... y él era un gobernante justo, que había demostrado una y otra vez que no era ningún esclavo de las viejas tradiciones.

Se acomodó abrazada al cirujano borracho, diciéndose que no había peligro de que se durmiera y corriera el riesgo de achicharrarse con la luz del sol: su propio cuerpo irradiaba luz cuando se acostó en la cama junto a Manello, y brillaba con tanta intensidad que proyectaba sombras dentro de la habitación.

No se iba a dormir.

Sólo quería disfrutar aquella sensación.

Para siempre.

CAPÍTULO

45



Vishous llegó a casa en un abrir y cerrar de ojos y, después llamar Jane a la clínica para informarle de sus andanzas, se dirigió a la mansión a través del paso subterráneo. Al salir al vestíbulo, lo único que oyó fue un atronador silencio, y se sintió incómodo con ese silencio.

Todo estaba tan callado...

Cualquier otro día lo hubiera considerado normal, porque eran las dos de la mañana y los Hermanos habrían estado en el campo de batalla. Sin embargo, esa noche todo el mundo libraba, todos tenían que estar allí, probablemente follando, o recuperándose después de follar, o en plenos preparativos para hacerlo de nuevo.

Me siento como si fuera la primera vez que hacemos el amor.

Al oír de nuevo la voz de Jane en su cabeza, Vishous no supo si sonreír o darse una patada en el trasero. Pero, en cualquier caso, todo parecía como un mundo nuevo para él. Renacía a partir de esa noche... y aunque no estaba enteramente seguro de saber lo que eso significaba, estaba dispuesto a afrontarlo. Completamente dispuesto.

Vishous subió la escalera y se dirigió al estudio de Wrath, mientras se tocaba los bolsillos que no tenía. Todavía iba vestido con la maldita bata de hospital. Llena de sangre. Y sin un puto cigarro.

—Joder.

—¿Señor? ¿Necesita algo?

Deteniéndose al final de las escaleras, Vishous miró a Fritz, que estaba limpiando la barandilla. Sintió ganas de darle un beso en la boca.

—No tengo mi tabaco. Ni papel de fumar.

El viejo doggen le sonrió con todos los dientes y aquellas arrugas de la cara que le hacían asemejarse a un veterano sabueso.

—Tengo tabaco abajo en la alacena. Enseguida vuelvo. ¿Va a reunirse con el rey?

—Sí.

—Entonces se lo llevaré allá... ¿Le llevo también una bata?

El mayordomo dijo la segunda parte de la frase con extrema delicadeza.

—Mierda, gracias, Fritz. Me salvas la vida.

—No, señor, es usted el que nos salva la vida cada noche. —Fritz hizo una reverencia—. Usted y la Hermandad nos salvan una jornada detrás de otra.

El mayordomo desapareció al instante y bajó la escalera con pies más ligeros de los que uno esperaría. Pero, claro, nada le gustaba más que servir.

Bien. Puf. Era hora de ponerse a trabajar.

Llegado el momento decisivo, se sentía como un absoluto idiota vestido con la bata. Hizo de tripas corazón, se acercó a las puertas del despacho de Wrath, cerró el puño y golpeó.

La voz del rey resonó al otro lado de los pesados paneles de madera.

—Pase.

V entró.

—Soy yo.

—¿Qué tal, hermano?

Al fondo de aquel salón pintado de un color completamente ridículo, Wrath se encontraba detrás de su enorme escritorio, sentado en el trono de su padre. En el suelo, a su lado, echado en una especie de lecho fabricado a medida y forrado en una tela color rojo imperial, *George* levantó su cabeza rubia y movió las orejas perfectamente rectangulares. El golden retriever agitó la cola a manera de saludo, pero no se apartó de su amo.

El rey y su perro guía nunca se separaban. Y no solo porque Wrath necesitara la ayuda del animal.

—Me das buena impresión, V. —Wrath se recostó en su silla tallada y bajó la mano para acariciar la cabeza del perro—. Tienes un olor muy interesante.

—¿De veras? —V tomó asiento frente al rey y se puso a tamborilear con los dedos sobre sus piernas, en un intento por distraer su deseo de fumar.

- Has dejado la puerta abierta.
—Fritz me va a traer unos cigarros.
—Pero no puedes fumar cerca de mi perro.

Mierda.

—Es verdad. —Había olvidado esa nueva regla... y no cabía la posibilidad de pasar de *George*, pues Wrath se lo tomaba muy en serio, y si había perdido la vista, todavía seguía siendo un guerrero letal. V ya había tenido suficiente sadomasoquismo por esa noche. Otra tunda, no, muchas gracias.

Fritz entró, con aire alegre, justo cuando las cejas negras del rey se fruncían detrás de los lentes oscuros.

—Señor, su tabaco.

—Gracias, amigo. —V recibió el papel de fumar y la bolsa de tabaco... y el encendedor que el doggen le había traído con tanta diligencia. Y también la dichosa bata.

La puerta se cerró.

V miró hacia donde estaba el perro. *George* tenía la cabeza apoyada sobre las patas delanteras y sus amables ojos color café parecían disculparse por todo el asunto de la prohibición de fumar. Incluso trató de menear el rabo.

Vishous acarició la bolsa de tabaco turco con gesto patético.

—¿Te molesta que lie, sin encenderlos, un par de cigarros?

—Pero cualquier movimiento con el mechero y terminas en el hospital, hermano.

—Entendido. —V lo dispuso todo sobre el escritorio—. He venido a hablar sobre Payne.

—¿Cómo está tu hermana?

—Ella está... muy bien. —V abrió la bolsa de tabaco, metió la nariz y respiró hondo para ver si así engañaba un poco a su síndrome de abstinencia—. El asunto funcionó. No sé muy bien cómo, pero Payne está otra vez de pie y caminando. Como nueva.

El rey se inclinó hacia delante.

—¡No jodas! ¿De verdad?

—Te lo juro.

—Es un milagro.

Un milagro llamado Manuel Manello, evidentemente.

—Sí, se podría decir que es un milagro.

—Bueno, eso es una noticia cojonuda. ¿Quieres que le preparemos un cuarto aquí? Fritz puede...

—Es un poco más complicado que eso.

Al ver que las cejas se movían detrás de las gafas oscuras, V pensó: Joder, aunque el rey estaba completamente ciego, todavía te mira como antes. Lo cual te hacía sentirte como si tuvieras un arma apuntando directamente a tu lóbulos

frontal.

V siguió haciendo los preparativos con el papel y el tabaco, para no ponerse nervioso.

—Es sobre ese cirujano humano.

—No... joder. —Wrath se levantó las gafas sobre la frente y se restregó los ojos—. No me irás a decir que están encoñados.

V se quedó callado, mientras liaba el primer cigarro.

—Estoy esperando que me digas que estoy equivocado. —Wrath dejó caer las gafas de nuevo hasta su lugar natural—. Sigo esperando.

—Pues sí, ella está enamorada de él.

—¿Y tú estás de acuerdo?

—Claro que no. Pero aunque se hubiera liado con un Hermano, según mi punto de vista, no muy objetivo, tampoco sería suficiente para ella. —V pasó la lengua por el borde del papel del primer pitillo liado—. Así que... si ella lo desea a él, yo... bueno yo digo: vive y deja vivir.

—V... no puedo permitirlo.

Vishous se detuvo con el pitillo bajo la nariz y consideró la posibilidad de traer a colación el caso de Beth. Pero el rey ya parecía a punto de sufrir un dolor de cabeza, de modo que era mejor no regalarle otro de estómago. Tenía que poner otros ejemplos.

—A la mierda con eso de que no lo puedes permitir. Rhage y Mary ...

—Rhage fue atacado, ¿recuerdas? Había una razón para permitirlo. Además, los tiempos están cambiando, V. La guerra se está intensificando, la Sociedad Restrictiva recluta más soldados que nunca... y para colmo, ahí tenemos los cuerpos mutilados que encontraste en el centro anoche.

Maldición, se dijo el masoquista. Con tantos líos había olvidado aquellos cachos de restrictores.

—Además, acabo de recibir esto. —Wrath tanteó con la mano y agarró una página escrita en Braille—. Es una copia de la carta que fue enviada por correo electrónico a lo que queda de las Familias Fundadoras. Xcor se ha instalado aquí con sus amigos, lo cual explica por qué encontraste a esos restrictores en el estado en que los encontraste.

—Putá... mierda. Sabía que era él.

—Nos está tendiendo una trampa.

V se puso tieso.

—¿Para qué?

La expresión de Wrath era casi angustiada.

—La gente ha perdido ramas enteras de sus familias. Han abandonado sus casas, pero quieren regresar. Pero Caldwell, en vez de más seguro, es ahora un sitio más peligroso. En este momento, no debemos dar nada por hecho.

Léase: Wrath no creía que su trono estuviera seguro. Independientemente de

lo fuerte que fuesen la Hermandad y él mismo.

—Comprendo.

—Así que no es que no entienda la situación en la que está Payne, pero en este momento debemos cerrar el círculo y atrincherarnos. No es momento de agregar la complicación de tener un humano aquí.

Todo quedó en silencio durante un momento.

Mientras V consideraba sus contraargumentos, agarró otro papel, lo enrolló, le pasó la lengua y lo retorció.

—Manello ayudó a mi Jane anoche. Cuando los Hermanos y yo regresamos aquí después de la refriega en ese callejón, el sanador se puso a trabajar de inmediato. Es un cirujano espectacular... y te lo digo porque él me operó. Puede ser muy útil. —V miró a Wrath—. Si la guerra se intensifica, nos vendrían bien otro par de manos en la clínica.

Wrath maldijo primero en inglés y luego en Lengua Antigua.

—Vishous...

—Jane es increíble, pero solo tenemos una Jane. Y Manello tiene habilidades técnicas que ella no tiene. De hecho es su maestro, por así decirlo.

El rey se volvió a alzar las gafas para restregarse los ojos. Con fuerza.

—¿Me estás diciendo que ese tío va a querer vivir aquí, en esta casa, día y noche por el resto de su vida? Es mucho pedir.

—Se lo preguntaré.

—No me gusta esto.

Largo silencio. Lo cual indicó a V que estaba logrando avanzar en su propósito. Sin embargo, sabía que no debía presionar más de la cuenta.

—Creí que querías matar a ese desgraciado. —Wrath lo dijo de tal manera que pareció que lo consideraba preferible.

De pronto, la imagen de Manello arrodillado frente a Payne cruzó por la mente de V y le dieron ganas de agarrar un lapicero y sacarse los ojos.

Respondió con voz lúgubre.

—Todavía quiero matarlo. Pero... es el macho que ella ama. ¿Qué puedo hacer?

Otro eterno silencio, durante el cual V fabricó un satisfactorio montón de cigarrillos. El par que había pedido permiso para liar se había convertido en más de una docena.

Finalmente, Wrath se pasó la mano por su largo pelo negro.

—Si ella quiere verlo fuera de aquí, de acuerdo, eso no es de mi incumbencia.

Vishous abrió la boca para protestar, pero la cerró sin llegar a decir nada. Eso era mejor que un no rotundo y quién sabía lo que les depararía el destino. Si, después de haber visto la famosa película *La pesadilla de la ducha*, V era capaz de recapacitar y Manello seguía vivo y coleando, cualquier cosa podía pasar en

esta vida.

—Me parece justo. —V cerró la bolsa de tabaco—. ¿Qué vamos a hacer con Xcor?

—Esperar a que el Consejo convoque una reunión sobre el asunto, lo cual, sin duda, sucederá en las próximas dos noches. La glymera se va a tragar toda esa mierda y ahí sí tendremos problemas de verdad. —Con voz cargada de amargura, el rey concluyó—. A diferencia de los problemillas de nada que tenemos ahora.

—¿Quieres reunir a la Hermandad?

—No. Démosles el resto de la noche libre. El problema no se agravará por ahora, y seguirá igual mañana.

V se levantó, se puso la bata y recogió todas sus cosas.

—Gracias por todo. Ya sabes, por lo de Payne.

—No es un favor.

—Pero es una buena noticia. No la mejor, pero muy buena.

Vishous estaba casi en la puerta cuando Wrath le detuvo con unas palabras que le helaron la sangre.

—Ella va a querer salir a combatir.

El vampiro masoquista dio media vuelta.

—¿Cómo?

—Tu hermana. —Wrath apoyó los codos sobre todos los papeles que tenía en el escritorio y se inclinó hacia delante con expresión seria—. Tienes que prepararte para afrontar el momento en que tu hermana quiera salir a pelear.

Joder, no.

—Voy a hacer como si no hubiese oído eso.

—Pero tendrás que oírlo. Yo he luchado con ella muchas veces. Es tan letal como tú y como yo, y si crees que Payne se va a quedar tan tranquila deambulando por esta casa durante los próximos seiscientos años, estás loco. Tarde o temprano, eso es lo que ella querrá hacer. Y se aproximan tiempos de combate. Hay tambores de guerra, Vishous.

El gemelo de Payne se quedó sin palabras.

Había pasado un tiempo de relativa felicidad. ¿Cuánto? ¿Veintinueve minutos? ¿Tres cuartos de hora? En fin, el tiempo de liar una docena de cigarrillos.

—No me digas que lo vas a permitir.

—Xhex sale a combatir.

—Ella está sometida al mandato de Rehvenge, no al tuyo. —Las cejas de Wrath volvieron a moverse significativamente por tercera vez—. Ella tiene otro estatus.

—En primer lugar, todo el que viva bajo este techo es súbdito mío. Y, en segundo lugar, no hay ninguna diferencia solo porque se trate de tu hermana. Eso no es un estatus, no es más que un parentesco.

—Por supuesto, pero...

—Pues eso.

Vishous tragó saliva.

—¿De verdad estás pensando seriamente en dejarla pelear?

—Más de una vez has visto cómo llegaba yo después de entrenar con ella, ¿no? Te juro que no le daba ninguna ventaja, Vishous. Esa hembra sabe muy bien lo que hace.

—Pero ella es... —Quiso decir *Mi hermana*, pero se calló a tiempo—. No puedes dejarla ir al campo de batalla.

—Por ahora, necesito a todos los guerreros que tenga a mano.

Vishous se metió un cigarro entre los labios.

—Creo que será mejor que me vaya.

—Buena idea.

En cuanto salió y cerró la puerta, encendió el mechero dorado que Fritz le había dado y le dio una ansiosa calada al cigarro. Parecía una aspiradora.

Una aspiradora temblorosa.

Mientras pensaba en su siguiente movimiento, supuso que podía correr al Commodore para darle las buenas noticias a su hermana; pero tenía mucho miedo de lo que se podía encontrar. En fin, había tiempo hasta el amanecer para convencerse de que la idea de que Payne saliera al campo de batalla no era un desastre.

Por otro lado, tenía que ver a alguien antes de resolver los otros asuntos.

Así que bajó las escaleras, atravesó el vestíbulo y salió por la puerta principal. Fuera, cruzó rápidamente el jardín empedrado y entró en la Guarida por la puerta frontal.

La imagen de los sofás, la pantalla de plasma y la mesa de fútbol lo tranquilizó.

Pero la botella de whisky vacía sobre la mesita, no tanto.

—¡Butch!

Nada, solo silencio. Así que tomó el pasillo y fue hasta la habitación del policía. La puerta estaba abierta. En el interior tampoco había nada, salvo el inmenso guardarropa de Butch y una cama sin hacer.

—Estoy aquí.

V frunció el ceño, retrocedió y se asomó a su propia habitación. Las luces estaban apagadas, pero las lámparas del pasillo le ayudaban a ver algo.

Butch estaba sentado en la cama, de espaldas a la puerta, con la cabeza colgando y los hombros como apretados.

Vishous entró y cerró la puerta con llave. No había posibilidad de que Jane o Marissa aparecieran, pues las dos estaban ocupadas en sus trabajos. Pero Fritz y sus amigos podían llegar en cualquier momento y ese mayordomo, la Virgen Escribana lo guarde muchos siglos, nunca llamaba antes de entrar. Llevaba

demasiados años viviendo allí.

V saludó en medio de una oscuridad casi total.

—Hola.

—Hola.

Se acercó al expolicia, guiándose por la pared para no tropezarse con nada. Luego se sentó en el colchón, junto a su mejor amigo, que le miró de reojo.

—¿Jane y tú estáis bien?

—Sí. Todo está arreglado. —Desde luego, la explicación se quedaba corta—.

Ella llegó justo cuando me desperté.

—Ya lo sé, la llamé yo.

—Eso supuse. —Vishous volvió la cabeza y clavó los ojos en la oscuridad—.

Gracias por eso...

Butch no pareció oírle.

—Lo siento, Dios, lo siento mucho.

Parecía a punto de sollozar.

A pesar de que no veía nada a causa de la penumbra, V tendió el brazo y a tientas se lo pasó al policia por la espalda. Luego lo acercó hacia su pecho y apoyó la cabeza sobre la de su amigo, al que habló con ronco afecto.

—Está bien, tranquilo. Todo está bien. Está bien... hiciste lo correcto...

Por pura inercia, V terminó empujando a su amigo de forma que los dos quedaron acostados, uno sobre el otro. Y V tenía los brazos alrededor de Butch.

Sin saber muy bien por qué, el vampiro pensó en la primera noche que habían pasado juntos. Había pasado un millón y medio de años. Fue en la mansión que Darius tenía en la ciudad. Dos camas idénticas, una junto a la otra, en el segundo piso. Butch le había preguntado por los tatuajes. V le había dicho que no metiera las narices donde no lo llamaban.

Y ahí estaban otra vez, en medio de la oscuridad. Teniendo en cuenta todo lo que había sucedido desde entonces, era casi inconcebible que alguna vez hubiesen sido ese par de machos que se habían hecho amigos hablando de los Sox.

—No me pidas que vuelva a hacerlo en el próximo milenio, como poco.

—Trato hecho.

—Bah, gilipolces. Sabes que, si lo necesitas, aquí estaré.

V estaba a punto de decir algo como: *Nunca más*, pero eso era pura mierda. El policia y él le habían dado muchas vueltas a los problemas psíquicos de V y, aunque ahora al parecer estaba pasando página, nunca se sabía.

Así que solo repitió la promesa que se había hecho a sí mismo cuando hacía un rato estaba con Jane. De ahora en adelante, iba a sacar todas sus mierdas al exterior, a compartirlas. Aunque eso le hiciera sentirse incómodo hasta la desesperación, al final era mejor, mucho mejor que tragárselo todo.

Y más sano.

—Espero que no sea necesario. Pero, gracias, hermano.

—Una cosa más.

—¿Qué?

—Creo que ahora somos novios. —Cuando V soltó una carcajada, el policía encogió los hombros—. Vamos... tú estabas desnudo... y llevabas un maldito corsé. Por no hablar del baño con esponja que te di después.

—Maldito cerdo.

—Hasta el final. ¡Las cosas que pude hacerte!

Cuando la carcajada que soltaron los dos se desvaneció, V cerró los ojos y apagó su cerebro por un momento. Con el pecho del querido amigo sobre el suyo, y sabiendo que Jane y él se habían reencontrado, su mundo estaba completo.

Ahora, si podía mantener a su hermana alejada de las calles por la noche, su vida sería totalmente perfecta por primera vez.

CAPÍTULO

46



Cuando José llegó al motel Monroe, rápidamente se dio cuenta de que lo único nuevo que había en ese lugar era la cinta con la que la policía acababa de rodear el escenario. Todo lo demás tenía un aspecto decrépito, todo parecía a punto de desmoronarse, incluyendo los coches que estaban aparcados frente a la oficina.

José pasó frente a los dos coches destartalados y siguió hasta la última puerta. Aparcó su automóvil en diagonal a la línea que habían formado los coches patrulla de policía.

Antes de apagar el motor, miró hacia el asiento del acompañante.

—¿Listo?

Vecky estaba abriendo la puerta.

—Listísimo.

Cuando los dos hombres se bajaron, los otros agentes se acercaron y Veck recibió varias palmaditas en la espalda. En el departamento, la gente pensaba que era una especie de héroe por el incidente del paparazzi. Y esa admiración no se veía disminuida en lo más mínimo por el hecho de que el tío siempre rechazara

los elogios.

Sereno e indiferente, Veck se limitó a subirse los pantalones tirando del cinto y sacar luego un cigarrillo. Después de encenderlo y dar la primera calada, habló soltando el humo por la boca.

—¿Cómo vamos?

José dejó que el chico se empapara de los detalles y se metió por debajo de la cinta. La puerta rota del escenario del crimen estaba entornada. La abrió del todo con el hombro.

—Hostias.

El aire apestaba a sangre fresca... y formaldehído.

En ese momento, estalló el flash del fotógrafo y el cuerpo de la víctima fue iluminado por un rayo de luz sobre la cama. También se hicieron visibles durante un instante los frascos de muestra que había sobre la mesa. Y los cuchillos.

José cerró los ojos.

—Detective.

José se volvió a mirar a Veck

—¿Sí?

—Tenemos los datos del camión. Illinois. Propiedad de un tal David Kroner. No consta ninguna denuncia por robo y, adivina una cosa, Kroner es un hombre blanco, de treinta y tres años, soltero, con una pensión de incapacidad... ¡Putá mierda! —Veck dejó de hablar cuando llegó junto a la cama—. ¡Por Dios!

El flash volvió a dispararse y se oyó el zumbido electrónico mientras la cámara se recuperaba del esfuerzo.

José miró al forense.

—¿Cuánto tiempo lleva muerta?

—No mucho. Todavía está caliente. Tendré una idea más precisa cuando termine.

—Gracias. —José se acercó al escritorio desvencijado y usó un lapicero para mover un fino anillo dorado, un par de aretes brillantes y un brazalete de color rosa y negro.

El tatuaje que había sido extirpado de la piel de la víctima y reubicado en uno de los frascos de muestra que estaban junto a ella también era de color rosa y negro. Probablemente eran sus colores favoritos.

Lo habían sido en vida, vamos.

El veterano detective siguió deambulando, en busca de pruebas, cosas que estuvieran fuera de lugar. Revisó las papeleras y miró en el baño.

Era evidente que alguien había interrumpido la diversión del asesino. Alguien había oído o visto algo y había roto la puerta, lo cual había hecho que el criminal huyera rápidamente por la ventana que estaba en la pared, encima del inodoro.

La llamada al número de emergencias había sido hecha por un hombre que se negó a identificarse. Solo dijo que había un cadáver en la habitación del final,

y eso fue todo. Ese no era el asesino. Los degenerados de aquella calaña no se detenían a menos que tuvieran que hacerlo y no les gustaba dejar abandonados trofeos como los que reposaban en la mesita de noche y el escritorio.

¿Adónde fuiste después de esto?, ¿adónde huiste, cabrón?, pensaba, furioso, el policía.

Había varias unidades de policía con perros registrando el bosque de la parte de atrás, pero José tenía el presentimiento de que no iban a encontrar nada. A unos ciento cincuenta metros del motel había un río fácilmente vadeable; y además, camino al motel, Veck y él habían pasado por un pequeño puente que lo cruzaba.

—Está cambiando el modus operandi. —Cuando José se dio media vuelta, vio que su compañero tenía las manos en las caderas y sacudía la cabeza—. Es la primera vez que lo hace en un lugar público. Su oficio es bastante sucio y potencialmente ruidoso, así que habríamos encontrado más escenas como esta después de que terminara.

—De acuerdo.

El novato siguió con su hipótesis.

—La respuesta está en David Kroner.

José encogió los hombros.

—Tal vez. O quizás el suyo podría ser el siguiente cadáver que encontremos.

—Pero nadie ha denunciado su desaparición.

—Has dicho que es soltero, ¿no? Tal vez vive solo.

Solo que al mismo tiempo que abría agujeros a la teoría de su compañero, el mismo José hizo algunos cálculos y llegó a una conclusión similar. Era raro que una persona pudiera desaparecer sin que nadie la extrañara: familia, amigos, compañeros de trabajo, portero del edificio... No era imposible, pero era muy poco probable.

La pregunta era adónde iba a ir el asesino ahora. Si el desgraciado seguía el patrón convencional, lo más probable es que estuviera entrando en un estado maniaco acorde con su patología. En el pasado, las víctimas habían aparecido en intervalos de varios meses, pero ahora ya llevaban dos en una semana.

Así que, siguiendo esa suposición, lo más probable es que el cuidado que el asesino había demostrado hasta ahora se fuera a la mierda y sus patrones de comportamiento variarían por el frenesí que se estaba apoderando de él. La buena noticia era que esa falta de cuidado facilitaría la caza. Pero la mala era que las cosas podrían ponerse muy feas antes de mejorar.

Veck se acercó.

—Voy a entrar en ese camión. ¿Quieres venir?

—Sí.

El aire de la noche no olía a sangre ni a productos químicos. José respiró hondo. Veck se puso unos guantes y se dispuso a trabajar. Naturalmente, el

vehículo estaba cerrado con llave, pero eso no lo detuvo. Consiguió una palanca y abrió la puerta del conductor como si fuera un experto ladrón de coches.

Nada más hacerlo se llevó el antebrazo a la nariz.

—¡Vaya peste!

No pasó mucho tiempo antes de que José también sintiera el olor y tosiera. Más formaldehído, pero también el repugnante y dulzón olor de la descomposición.

—No está aquí. —El novato revisó los asientos con la linterna—. Viene de atrás.

Había un candado en las puertas de la cabina del camión, de modo que Veck fue al maletero de su coche y volvió con una sierra.

Se oyó un zumbido agudo... un ruido metálico, seco, y al cabo de un instante el policía estaba adentro.

—Madre mía.

José sacudió la cabeza al ver lo que había provocado la reacción de su compañero.

La linterna de Veck estaba iluminando una colección de frascos que contenían diversos restos, casi todos sumergidos en un líquido transparente. Los repulsivos tarros estaban cuidadosamente colocados en una estantería que parecía hecha especialmente para ellos, en la pared izquierda de la cabina. El lado derecho estaba reservado para las herramientas: cuchillos y cuchillas, punzones de todas clases, cuerdas, cinta, martillos, escarpelos, ganchos.

Cosa de David Kroner, se dijo el policía veterano. No era muy probable que el asesino hubiese instalado todo esto en el camión de otra persona. José pensó que los macabros trofeos que había en todos esos frascos iban a coincidir con las mutilaciones que había en la piel y el cuerpo de las víctimas.

Su principal esperanza era que los perros encontraran algún rastro en el bosque.

De lo contrario, cometería otro asesinato, mataría a otra mujer, como poco. No le cabía la menor duda, porque estaba claro que aquel loco se había disparado definitivamente. Así que tomó una decisión.

—Llamaré al FBI. Tienen que ver esto.

Veck revisó con más detenimiento el interior del camión.

—Echaré una mano a los de la policía científica. Quiero llevar este vehículo al cuartel lo antes posible, para que lo registren y lo procesen adecuadamente.

José asintió con la cabeza, abrió el teléfono y pulsó una tecla de marcación rápida. Mientras oía el tono del móvil pensó que después de hablar con los federales, iba a tener que llamar a su esposa. Ya era imposible que llegara a casa a tiempo para desayunar.

Del todo imposible.

CAPÍTULO

47



¡El sol! ¡Santo Dios! Rápido, será mejor que...

Manny se despertó del todo cuando ya estaba en el aire; evidentemente había saltado de la cama, llevándose con él las almohadas y el cobertor. Todos aterrizaron a la vez: los pies, el cobertor y las almohadas.

Los rayos del sol entraban por los cristales de las ventanas, invadiendo su habitación con una luz brillante.

Payne estaba allí, eso era lo que su cerebro le decía. Estaba con él.

¿Pero dónde?

Mirando frenéticamente a su alrededor, el cirujano corrió al baño. Nada. Luego registró el resto del ático. Nada de nada.

Volvió a la cama y se pasó la mano por la cabeza, un poco más tranquilo; pero enseguida se dio cuenta de algo inquietante: todavía conservaba todos sus recuerdos. De ella. Del cabrón de la perilla. De la operación, de esa increíble escena erótica del baño, de *Glory*...

¿Qué demonios había pasado?

Manny se agachó, recogió del suelo una almohada y se la llevó a la nariz. Sí,

definitivamente estaba seguro de que Payne había dormido a su lado. Pero ¿por qué había ido allí? Y si lo había hecho, ¿por qué no le había borrado todos sus recuerdos?

Entonces fue hasta el vestíbulo, agarró el móvil y se dispuso a llamarla. Solo que no podía llamarla. ¿Adónde coño la iba a llamar si no tenía ningún número de teléfono suyo?

El humano cuarentón se quedó como una estatua durante un momento. Y luego recordó que había quedado en encontrarse con Goldberg en menos de una hora.

Angustiado, bajo el asalto de una extraña sensación de pánico causada por algo que no podía entender muy bien, pero que era inminente, se puso la ropa de deporte y llamó al ascensor. En el gimnasio, saludó con un gesto de la cabeza a los otros tres tíos que estaban levantando pesas y haciendo abdominales y se dirigió a la cinta andadora que siempre usaba.

Había olvidado bajar su maldito iPod, pero tenía tantas cosas en la cabeza que, la verdad, bastante tenía con haberse acordado de los pantalones. Fue cogiendo ritmo en la máquina, y mientras corría trataba de recordar qué había ocurrido después de salir de la ducha la noche anterior. Pero aquí sí que se estrelló frente a una página en blanco.

Rastros, pues, de la maldita goma de borrar vampírica. Sin embargo, no le dolía la cabeza, lo cual parecía sugerir que ese agujero negro en realidad no era cosa de los chupasangres, sino cortesía del alcohol.

Siguió haciendo ejercicio. Tuvo que subir la velocidad a la máquina un par de veces, pues algún idiota debilucho había mangoneado en ella y la maldita banda se movía con demasiada lentitud.

Cuando el aparato marcaba ocho kilómetros, se dio cuenta de que, sorprendentemente, no tenía resaca. O quizás sí. A lo mejor lo que pasaba era que con tantas preocupaciones no se había fijado en que sufría jaquecas y tenía la boca como un estropajo.

Se palpó el interior de la boca con la lengua. Nada de estropajo, todo en orden.

Cuando se bajó de la cinta andadora, cerca de quince minutos después, necesitaba una toalla y se dirigió a la estantería que estaba junto a la puerta. Uno de los tíos que estaban levantando pesas llegó allí al mismo tiempo que él, pero lo dejó pasar primero con gesto deferente.

—Tú primero, amigo.

—Gracias.

Resoplando, se secó el sudor y se dirigió a la puerta. Se detuvo un momento y se dio cuenta de que nadie se estaba moviendo: todos los que estaban en el gimnasio habían suspendido lo que estuvieran haciendo y lo miraban fijamente. Bajó la mirada, para ver si en su cuerpo había algo extraño.

Nada. Eso también estaba en orden.

En el ascensor, estiró las piernas y los brazos y pensó que se sentía como si pudiera correr otros diez o quince kilómetros con facilidad. En fin, a pesar de todo el alcohol que había ingerido, al parecer había tenido una buena noche de sueño reparador porque se sentía completamente despierto y lleno de energía; pero, claro, eso es lo que hacen las endorfinas. A punto de desmoronarte, la ansiedad te mantiene, es mejor que la cafeína. Con resaca pero ansioso se está incluso en mejor forma que sobrio.

Por un rato, claro, porque indudablemente llegaría el momento del desplome, pero ya se preocuparía de eso cuando sucediera.

Media hora después, entró en el Starbucks de la calle Everett, en el que se había encontrado por primera vez con Goldberg hacía varios años. Hacía mucho tiempo. Tanto, que por aquel entonces el pequeño café todavía no formaba parte de la exitosa cadena. En esa época Goldberg no era médico, sino un alumno de Columbia que quería hacer el internado en el St. Francis y Manny formaba parte del equipo de selección de personal. Goldberg era muy prometedor, una estrella estudiantil, y su propósito era ficharlo, porque Manello quería crear el mejor departamento de cirugía ortopédica del país.

Mientras esperaba su turno para pedir un capuchino, Manny miró a su alrededor. El café estaba repleto, pero Goldberg había conseguido una mesa junto a la ventana. Lo cual no era ninguna sorpresa. Ese cirujano siempre llegaba con antelación a las reuniones; probablemente ya llevaba allí unos buenos quince o veinte minutos. Sin embargo, no parecía estar esperando con impaciencia a Manny. Miraba fijamente su vaso desechable como si estuviera tratando de revolver el café con la mente.

—¡Manello! —El camarero le señalaba un vaso, con gestos muy expresivos.

Manny recogió su café y se abrió paso entre los adictos a la cafeína, las estanterías llenas de tazas y CD y el tablero triangular en que anunciaban las infusiones especiales.

Se sentó frente a Goldberg.

—Hola.

El otro cirujano levantó la mirada. Y pareció sorprenderse.

—Ah... hola.

Manello dio un sorbo a su café y se recostó en el asiento.

—¿Cómo estás?

—Yo... bien. ¡Dios, tú tienes un aspecto fantástico!

Manny se pasó una mano por la barba que cubría su mandíbula. Menuda mentira acababa de soltar la estrella de la cirugía. No se había molestado en afeitarse y apenas se había echado encima una sudadera y unos vaqueros. Lo cual no era como para tener un aspecto deslumbrante.

—Olvídate de las cortesías y vayamos al grano. —Manny le dio otro sorbo a

su café—. ¿Qué es lo que tienes que decirme?

Goldberg comenzó a mirar en todas direcciones, hasta que Manny se compadeció de él y habló en su lugar.

—Quieren que me tome una licencia, ¿verdad?

Goldberg resopló.

—La dirección del hospital considera que eso sería lo mejor para... todo el mundo.

—Y te pidieron que te encargaras del departamento, ¿me equivoco?

Goldberg soltó aire de nuevo.

—Pues...

Manny puso su vaso sobre la mesa y no le dejó hablar.

—Está bien. Está muy bien. Me alegra por ti, seguro que lo vas a hacer muy bien.

—Lo lamento de veras. —Goldberg sacudió la cabeza—. Yo... Me siento muy mal. Pero... siempre puedes volver, ya sabes, más adelante. Además, el descanso te ha hecho bien. Quiero decir que tienes una pinta...

—Fantástica —dijo Manny con tono sarcástico—. Ya lo sé, ya, estoy que ni Petronio.

Tampoco era necesario que Goldberg siguiera con las mentiras piadosas.

Los dos siguieron tomando su café en silencio durante un rato. Manny se preguntaba si Goldberg estaría pensando lo mismo que él. Joder, se decía, cómo cambian las cosas. Cuando se habían encontrado en ese lugar por primera vez, Goldberg estaba tan nervioso como Manny ahora, solo que por una razón muy distinta. ¿Y quién se habría imaginado que Manny terminaría medio expulsado? En aquella época estaba en plena escalada hacia la cima. Nada podía detenerlo y nada lo detuvo.

Lo cual hacía que su reacción ante la decisión de la directiva del hospital fuese toda una sorpresa. La verdad es que no estaba indignado. Se sentía, en cierta forma, extrañamente desconectado de aquellas batallitas. Era como si le estuviese ocurriendo a alguien que él había conocido en el pasado pero con quien había perdido el contacto desde hacía mucho. Sí, era un asunto muy grave, pero... en fin, no era su problema. Su problema era Payne, y por ella estaba nervioso, no por carreras, cargos, licencias forzosas y zarandajas por el estilo.

—Bueno... —El sonido del móvil lo interrumpió. Y una clara señal de lo que realmente le importaba en ese momento fue la manera en que se apresuró a sacar el aparato de la chaqueta.

Sin embargo, no era Payne. Era el veterinario.

Miró a Goldberg.

—Tengo que responder a esta llamada. Dame dos segundos. Sí, doctor, ¿cómo está? —Manny frunció el ceño—. ¿De verdad? Ya, joder. Sí... sí... muy bien...

—Una luminosa sonrisa fue dibujándose poco a poco en su cara, hasta era más

bien la cara la que se adivinaba detrás de una gigantesca sonrisa—. Sí. Lo sé... es un verdadero milagro.

Cuando colgó, Manny miró a Goldberg, que tenía las cejas muy levantadas, con gesto intrigado.

—Buenas noticias sobre mi yegua.

Al oír eso, las cejas de Goldberg subieron un poco más.

—No sabía que tuvieras una yegua.

—Se llama *Glory*. Es purasangre.

—Caramba.

—Y está empezando a competir con muy buenos resultados.

—No lo sabía.

—Sí.

Y esa fue toda la conversación personal que mantuvieron. Lo cual le reveló a Manny lo mucho que normalmente hablaban de trabajo. En el hospital, Goldberg y él solían pasar horas hablando y hablando, pero siempre acerca de los pacientes, o sobre temas relacionados con el personal o con la dirección del departamento. Ahora, llegados al terreno personal, no tenían mucho que decirse el uno al otro.

Sin embargo, estaba sentado frente a un hombre muy bueno, un hombre que seguramente se convertiría en el próximo jefe de cirugía del St. Francis. La dirección buscaría candidatos a nivel nacional, claro, pero Goldberg sería el elegido porque los otros cirujanos, que se asustaban fácilmente y buscaban estabilidad, lo conocían y confiaban en él. Y así debía ser. Goldberg era técnicamente brillante en el quirófano, muy hábil en los asuntos administrativos y tenía un temperamento mucho más moderado que el de Manny. Políticamente correcto, que era lo ideal para trepar.

—Vas a hacer una gran labor.

—Bueno, sí, pero solo es temporal, hasta que tú... ya sabes, hasta que regreses.

Goldberg parecía creer genuinamente en sus palabras, lo cual era prueba fehaciente de su generosidad.

—Ya, claro.

Manny se reacomodó en la silla y, cuando volvió a cruzar las piernas, echó un vistazo a su alrededor... y vio a tres chicas que estaban en el otro extremo del café. Debían de tener unos dieciocho años o poco más. En cuanto estableció contacto visual con ellas, las chicas se rieron con nerviosismo y desviaron la mirada, como si quisieran fingir que no lo estaban mirando.

Se sintió como en el gimnasio, cuando todos lo miraron. Volvió a mirarse. Nada. No estaba desnudo ni nada por el estilo. ¿Qué demonios pasaba?

Cuando levantó la vista, una de las chicas se puso de pie y se acercó.

—Hola. Mi amiga piensa que eres muy sexi.

Toma castaña.

—Gracias.

—Aquí tienes el número...

—Bueno, no... no. —Manny tomó el trozo de papel que ella había dejado sobre la mesa y se lo devolvió—. Me siento halagado, pero...

—Ya ha cumplido los dieciocho.

—Y yo tengo cuarenta y cinco.

Al oír eso, la chica abrió la boca.

—No puede ser, no...

—Sí, es verdad. —Manny se pasó la mano por el pelo, mientras se preguntaba cuándo le habían contratado como estrella de *Gossip Girl*—. Y además de ser un viejo, tengo novia.

—Ah. —La chica sonrió—. Está bien... pero podrías haberlo dicho antes. No tenías que inventarte eso de que eres un viejo.

Y con esas palabras, la chica se marchó y, cuando se sentó de nuevo, se oyó una exclamación de sorpresa colectiva. Luego las otras le hicieron un par de guiños.

Manny miró a Goldberg.

—Ah, las chicas.

—Sí, claro.

Muy bien, había llegado la hora de terminar con aquella situación tan incómoda. Mientras miraba por la ventana, Manny comenzó a planear la fuga.

Pero luego vio el reflejo de su cara en el cristal. Los mismos pómulos salientes. La misma mandíbula cuadrada. Los mismos labios y la misma nariz. El mismo pelo negro. Sí, era él, sin duda.

Pero había algo diferente.

Al acercarse un poco más, pensó que... los ojos parecían...

—Perdona. Voy un segundo al baño, y luego tendré que marcharme.

—Claro. —Goldberg sonrió con alivio, como si se alegrara de tener una perspectiva de despedida y una tregua mientras tanto—. Tómate tu tiempo.

Manny se levantó y se dirigió al único servicio del establecimiento. Después de llamar discretamente un par de veces, abrió y encendió la luz. Luego cerró la puerta con llave, lo cual activó el ventilador, y se acercó al espejo.

La luz se hallaba directamente encima del lavabo frente al cual se encontraba, así que lo lógico sería que se viera con todo detalle, es decir, como un viejo resacoso en primer plano y bien iluminado, con los ojos hundidos por la fatiga, bolsas debajo de los ojos y la piel del color del humus.

Pero eso no era lo que mostraba el espejo. A pesar de la horrible luz fluorescente que caía sobre él, parecía al menos diez años más joven de lo debido. Rebosaba de salud. Joder, a ver si es que aquel puto espejo tenía incorporada una especie de photoshop, o algo por el estilo.

Dio un paso atrás, estiró los brazos hacia delante y flexionó las rodillas hasta quedar en cuclillas, lo cual normalmente daría a su cadera la oportunidad de protestar sin mucha consideración. También podrían quejarse los muslos, los cuales debían de estar resentidos por el ejercicio que había hecho hacia menos de una hora. Y la espalda, la vieja y querida espalda.

Pero nada. Ni dolor. Ni rigidez. Ni calambres.

Su cuerpo estaba listo para cualquier cosa.

Manny pensó en lo que el veterinario acababa de decirle por teléfono, con un tono que oscilaba entre el desconcierto y el asombro: «El hueso se ha regenerado y el casco se recuperó por sí solo. Es como si nunca se hubiese lesionado».

Ató cabos. ¿Sería posible que la magia de Payne también hubiese hecho efecto en él? Pero ¿cuándo? ¿Mientras estaban acostados juntos? ¿Podría haber pasado sin que ninguno de los dos se diera cuenta? ¿O quizás le había rejuvenecido mientras dormía, quitándole dos o tres lustros de encima?

Instintivamente agarró el crucifijo que llevaba al cuello.

Llamaron a la puerta, tiró de la cadena del inodoro y abrió el grifo y dejó correr un poco de agua para que no pareciera que estaba haciendo algo raro en el baño. Al salir, saludó con un gesto de la cabeza a la mujer gorda que estaba esperando en la puerta y, asombrado, o quizás más bien aturdido, se dirigió hacia donde estaba Goldberg.

Cuando se sentó, tuvo que limpiarse el sudor de las manos en los pantalones.

Miró a su colega con preocupación.

—Tengo que pedirte un favor. Es algo que no le pediría a nadie más...

—Dime de qué se trata. Lo que sea. Después de todo lo que has hecho por mí...

—Quiero que me hagas un reconocimiento minucioso, incluido un tac.

Goldberg asintió de inmediato.

—No me atrevía a decirlo, pero creo que es una buena idea. Los dolores de cabeza, los olvidos. Necesitas saber si hay algo que no esté funcionando bien. — El cirujano no dijo nada más, como si no quisiera preocuparle más de la cuenta ni entrar en terrenos pantanosos—. Aunque, madre mía, te lo digo en serio, precisamente hoy... nunca te había visto tan bien.

Manny agarró su café y se puso de pie, impulsado por una ansiedad que no tenía nada que ver con la cafeína.

—Vamos pues. ¿Tienes tiempo ahora para hacerlo?

Goldberg asintió.

—Para ti, siempre tengo tiempo.

CAPÍTULO

48



De vez en cuando, Quinn recordaba su muerte. Sucedió en medio de los sueños. En los raros momentos en que estaba quieto y en silencio. Y algunas veces, la idea cruzaba por su mente en cualquier momento, solo para joderle la vida.

Siempre trataba de evitar aquella mezcla de imágenes y olores y sonidos como si fuera una plaga, pero aunque le había pedido a su juez máximo que expidiera una orden de restricción contra ese recuerdo, el fiscal que llevaba el caso no dejaba de poner objeciones... así que esa mierda se le venía a la cabeza una y otra vez.

Mientras yacía en su cama, el brumoso espacio mental que se extendía entre el sueño y la vigilia resultaba el lugar perfecto para que esa horrible noche volviera a su memoria y los recuerdos comenzaran a llamar a su puerta hasta que no le quedaba más remedio que abrirles.

Su propio hermano había formado parte de la guardia de honor que lo golpeó y el grupo de desgraciados vestidos con túnicas negras lo había alcanzado al lado del camino, cuando se alejaba de la mansión familiar por última vez. Llevaba a

la espalda las pocas cosas que le pertenecían y no tenía idea de hacia dónde dirigirse. Su padre lo había expulsado y su nombre había sido tachado del árbol familiar, de modo que tuvo que marcharse. Sin rumbo y sin raíces.

Todo por culpa de sus ojos de distintos colores.

Se suponía que la guardia de honor sólo debía darle una paliza por haber ofendido a su linaje. No tenían que matarlo. Pero las cosas se habían descontrolado y, en un giro inesperado, su hermano trató de parar la macabra ceremonia.

Qhuinn recordaba muy bien esa parte. La voz de su hermano diciendo a los otros que se detuvieran.

Sin embargo, era ya demasiado tarde y Qhuinn se había ido alejando progresivamente, no solo del dolor sino de la tierra misma, para adentrarse luego en medio de un mar de niebla blanca. Niebla que se disipó súbitamente para dejar ver una puerta. Sin que nadie le dijera nada, Qhuinn entendió que aquella era la entrada al Ocaso. Y sabía que una vez que la abriera, habría llegado el final.

Lo cual le había parecido una gran idea en ese momento. Mejor, mucho mejor el final. No tenía nada que perder...

Sin embargo, se había echado para atrás en el último momento. Por una razón que no podía recordar.

Era muy raro, demasiado quizás. Porque a pesar de que tenía grabados en la memoria todos los detalles de esa noche, aquella, la más importante, era la parte que no podía recordar. Por más que se esforzara le resultaba imposible.

Por el contrario, sí recordaba cómo había retornado a su propio cuerpo: cuando recuperó la conciencia, Blay le estaba haciendo maniobras médicas de reanimación. Boca a boca. ¿Cómo lo iba a olvidar, si eran unos labios por los que valía la pena vivir?

El golpe en la puerta lo despertó por completo. Qhuinn se enderezó, al tiempo que encendía las luces con la mente para estar seguro de ver con claridad dónde se encontraba.

Claro, era su habitación. Y estaba solo.

Pero por poco tiempo.

Miró hacia la puerta y creyó saber quién estaba al otro lado. Podía captar el delicado aroma que se filtraba por la rendija. Además, también sabía la razón por la que Layla estaba allí. Quizás no había podido dormir de verdad, sino en duermevela, porque esperaba de un momento a otro la llegada de la Elegida.

Se dirigió a ella con voz suave.

—Pasa.

La vampira se deslizó silenciosamente por la puerta. Cuando pudo mirarla con atención se dio cuenta de que tenía mal aspecto. Estaba agotada, exhausta.

—Señor...

—Puedes llamarme Qhuinn, ya lo sabes. Hazlo, por favor.

—Gracias. —Layla hizo una reverencia y luego pareció tener dificultades para enderezarse—. Me preguntaba si podría aprovechar de nuevo tu amable oferta de... alimentarme de tu sangre. En verdad, me siento exhausta. No soy capaz de regresar al Santuario.

Al ver aquellos ojos verdes, algo se filtró hasta lo más profundo de la mente de Qhuinn, una especie de revelación. Primero fue una intuición, una semilla que enseguida echó raíces en su cerebro y comenzó a crecer. Allí estaba, cada vez más clara, aunque no entendía muy bien de qué se trataba.

Ojos verdes. Verdes como las uvas, como el jade, como los retoños de la primavera.

La Elegida se sintió cohibida por la mirada del vampiro y se cerró la bata cuanto pudo.

—¿Por qué me estás mirando de esa manera?

Ojos verdes... en un rostro que era...

La Elegida miró de reojo hacia la puerta.

—Tal vez... debería marcharme...

—Lo siento. —Qhuinn salió de aquella especie de trance y se sacudió, al tiempo que se aseguraba de que las mantas lo cubrían hasta la cintura. Luego la invitó a acercarse—. Acabo de despertarme... no me hagas caso, estoy un poco aturdido aún.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto, ven aquí. Somos amigos, ¿lo recuerdas?—Qhuinn extendió la mano y la agarró, obligándola, con suavidad, a sentarse.

—¿Qué pasa, señor? Todavía me estás mirando fijamente.

Qhuinn exploró la cara de Layla como si estuviera buscando algo y luego bajó la mirada hacia su cuerpo. Ojos verdes...

¿Qué pasaba con los malditos ojos? No era la primera vez que los veía, ni mucho menos.

Ojos verdes...

Qhuinn maldijo entre dientes. Joder, esto era como tener una canción en la cabeza, pero sin poder recordar la letra.

—¿Señor?

—Qhuinn, llámame Qhuinn, por favor.

—Qhuinn.

El vampiro sonrió.

—Ven, toma lo que necesites.

Mientras extendía la muñeca y ella se inclinaba y abría la boca, Qhuinn pensó que Layla estaba demasiado delgada. Sus colmillos eran largos y muy blancos, pero delicados. No como los suyos, tan poderosos.

El mordisco fue tan leve y femenino como todo lo relacionado con ella.

Lo cual le pareció totalmente apropiado al vampiro conservador y tradicionalista que llevaba dentro.

Mientras Layla se alimentaba, Quinn observó el pelo rubio que llevaba recogido en un complejo peinado, y los hombros frágiles y las hermosas manos.

Ojos verdes.

—¡Joder! —Al oír la exclamación, la Elegida hizo ademán de retirarse, pero Quinn le puso la mano en la nuca y no la dejó separarse de su muñeca—. No pasa nada. Sólo un calambre en el pie.

Más bien un calambre en el cerebro.

Movido por una difusa sensación de frustración, Quinn levantó la cabeza y se restregó los ojos con la mano libre. Cuando volvió a enfocar con claridad, estaba mirando la puerta por la que acababa de entrar Layla.

Al instante fue transportado de nuevo hasta la realidad del sueño. Pero no al momento de la paliza ni al recuerdo de su hermano. Se vio a sí mismo de pie frente a la entrada del Ocaso... de pie frente a los paneles blancos... con la mano extendida, a punto de alcanzar el picaporte.

Entonces el mundo comenzó a girar y girar, hasta que Quinn ya no supo si estaba despierto o dormido. O muerto.

El remolino comenzó a formarse en el centro de la puerta, como si el material del que estaba hecho se hubiese vuelto líquido, adquiriendo la textura y la consistencia de la leche. Y del centro del tornado surgió una figura que se acercó. La extraña aparición se percibía más como un sonido que como una visión.

Era la cara de una hembra joven.

Una hembra joven con el pelo rubio y rasgos refinados. Ojos de color verde pálido.

La joven lo estaba mirando fijamente y le sostenía la mirada con tanta firmeza como si le hubiese cogido la cara con sus manos hermosas y pequeñas.

Luego ella parpadeó. Y sus ojos cambiaron de color.

Uno se volvió verde y el otro, azul. Igual que los suyos.

—¡Señor!

Quinn, sobresaltado, se sintió totalmente confundido y se preguntaba por qué diablos la joven gritaba de esa manera. ¿Cómo sabía su nombre aquella aparición?

—¡Quinn! ¡Déjame cerrarte los pinchazos!

Quinn parpadeó. Y descubrió que se había echado hacia atrás contra la cabecera de la cama y por eso había separado los colmillos de Layla de su muñeca, y ahora la sangre brotaba a borbotones sobre las sábanas.

—Déjame...

Quinn apartó a Layla con un brazo y él mismo se selló la herida. Mientras lo hacía, no podía dejar de mirar a Layla.

Era realmente muy fácil sobreponer los rasgos de la joven fantasmagórica del sueño sobre el rostro de Layla y descubrir algo mucho más profundo que una semejanza.

El corazón empezó a latirle aceleradamente. Temiendo ahogarse por la ansiedad, Quinn se tomó un momento. Se recordó a sí mismo que no era clarividente. A diferencia de V, él no podía ver el futuro.

Layla se levantó de la cama con lentitud, como si no quisiera asustarlo.

—¿Quieres que vaya a buscar a la doctora Jane? ¿O tal vez prefieres que simplemente me marche?

Quinn abrió la boca, pero no pudo decir nada.

Joder. Sintió miedo. Nunca tuvo un accidente de coche, pero aquello debía de parecerse. Se sentía como si alguien se hubiera saltado un stop y se dirigiese de frente hacia él a toda velocidad, sin posibilidad alguna de esquivarlo. Era como ver la muerte llegando, inexorable, a toda velocidad. Un destino atroz, decidido a hacerte abandonar el mundo.

Un asombroso mundo en el que dejaría a Layla encinta.

Finalmente habló, con un tono que parecía proceder de un lugar remoto.

—He visto el futuro.

Layla se llevó las manos al cuello, impresionada.

—¿Y es malo?

—Es... inverosímil. Totalmente imposible.

El vampiro se llevó las manos a la cabeza. Lo único que podía ver en la oscuridad era esa cara que era una mezcla del rostro de Layla y del suyo propio.

Ay, santo Dios, protégenos. Protégelos... a todos.

—¿Señor? Dime algo. Me estás asustando.

Fantástico, y a eran dos.

Pero era imposible, no podía ser una visión verdadera. ¿O sí?

—Me voy. —Algo recompuesta, pese al silencio de Quinn, la Elegida trató de sonreír—. Gracias por tu gentileza.

El vampiro asintió con la cabeza, pero no pudo hablar, ni siquiera mirarla.

Cuando la puerta se cerró, un segundo después, Quinn se estremeció, mientras un miedo frío y envolvente se instalaba en todo su cuerpo y parecía llegarle hasta los huesos. Y, por supuesto, le atenazaba el alma.

Qué ironía, qué mierda de vida, se dijo Quinn. Sus padres nunca habían querido que él se reprodujera y he aquí que la disparatada idea de hacer a Layla concebir una hija defectuosa o, peor aún, legar sus malditos ojos disparejos a una criatura inocente, lo llevaban a desear lo mismo que ellos: no reproducirse jamás.

Y, de hecho, debería alegrarse de su condición, porque gracias a ella, de todos los destinos inquietantes sobre los que podría tener visiones, este era de los pocos que podía eludir.

Sencillamente, nunca iba a tener sexo con Layla.

Jamás.

Así que todo ese sueño era un disparate, algo imposible. Fin de la historia.

CAPÍTULO

49



Manny regresó a su ático alrededor de las seis de la tarde. En total había pasado ocho horas en el hospital. Le examinaron, auscultaron e hicieron todo tipo de pruebas varias personas a las que conocía mejor que a los miembros de su propia familia.

Los resultados estaban en su buzón de correo electrónico. Se había enviado copias de todo desde la cuenta de correo electrónico del hospital a su cuenta personal. Aunque no tenía realmente ninguna necesidad de abrir todos esos archivos adjuntos, pues se los sabía de memoria. Los resultados, las radiografías, las analíticas, el tac, todo se lo conocía al dedillo.

Después de dejar las llaves sobre la encimera de la cocina, abrió la nevera, deseoso de encontrar zumo de naranja. Pero solo encontró bolsitas de salsa de soja, restos de la comida china que había pedido recientemente al restaurante de la esquina... También había un bote de salsa de tomate y un recipiente redondo con las sobras de una cena de trabajo que había hecho allí mismo, hacía ya cosa de dos semanas. Guarrerías.

En fin, no había que hacerse mala sangre. Tampoco tenía tanta hambre.

Inquieto y nervioso, miró al cielo desde la ventana: todavía había claridad hacia el oeste.

Pero no iba a tener que esperar mucho tiempo, pues el sol se ponía implacablemente.

Payne volvería a su lado en cuanto se consumara el ocaso. Tenía un íntimo convencimiento de ello, cuyo origen desconocía. Todavía no sabía por qué la vampira había pasado la noche con él, o por qué conservaba aún sus recuerdos. Se preguntaba si, cuando volviese, se los eliminaría por fin. Quizás volviera precisamente para eso.

Al entrar en la habitación, su primer impulso fue recoger las almohadas del suelo y ponerlas de nuevo en su lugar. Luego estiró la cama sin mucha dedicación y se preparó para hacer el equipaje. Enseguida comenzó a sacar ropa de la cómoda y a ponerla sobre la cama.

No volvería al St. Francis. Mientras le hacían el chequeo, había renunciado definitivamente. Nada de licencias temporales.

Abandonado el hospital, no había razón para quedarse en Caldwell. Lo mejor era salir de la ciudad.

No tenía idea de adónde ir, pero no necesitas conocer tu destino para marcharte de un lugar.

Calcetines, calzoncillos, camisetas, vaqueros, ropa de vestir, y sobre todo prendas de trabajo

Una ventaja de que su guardarropa albergase principalmente ropa de cirugía de esa que te dan los hospitales era que, al marcharse, no había muchas cosas que empacar. Era lo más fácil del mundo. Una maleta, y a tomar por culo, como quien dice.

Del último cajón de la cómoda sacó los únicos dos suéteres que tenía...

Pero bajo los jerséis había una fotografía enmarcada. Estaba boca abajo, de modo que solo se veía el cartón de la parte trasera.

Manny estiró la mano y la sacó. No necesitaba darle la vuelta para saber qué foto era aquella. Hacía muchos años que tenía grabada en su mente la cara de ese hombre.

Y sin embargo, se sobresaltó cuando volvió a ver la imagen de su padre.

El hijo de puta era muy apuesto. Muy, pero que muy apuesto. Pelo negro, como el del propio Manello. Ojos profundos, también como los suyos.

Pero no. No, ni hablar. No seguiría por ese camino. Como siempre hacía cuando se trataba de algo relacionado con su padre, Manny volvió a guardar el retrato, es decir su recuerdo, desplazándolo hacia un rincón de su mente, para seguir adelante con su vida.

Lo cual, esa noche, significó meter la fotografía en la bolsa que tenía más cerca, y a otra cosa.

Un golpe en el cristal de la terraza. Demasiado pronto para que fuera Payne.

¿Seguro que era demasiado pronto? Miró reojo el reloj y se dio cuenta de que llevaba más de una hora recogiendo cosas.

Se volvió, pues, hacia el ventanal y su corazón comenzó a latir al triple de la velocidad cuando vio a Payne de pie, al otro lado del cristal. Dios... joder... estaba preciosa. Se había recogido el pelo en una trenza y llevaba una túnica larga y blanca atada a la cintura con una banda. Era una criatura deslumbrante.

Tras unos segundos de algo muy parecido al éxtasis, reaccionó, se acercó a las puertas correderas y las abrió. La brisa fría de la noche lo golpeó en la cara, ayudándolo a sacudirse las angustias y centrarse en lo que le importaba.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Payne saltó a sus brazos. Fue el más maravilloso abrazo de su vida. La mantuvo estrechada, con los pies por encima del suelo, durante unos momentos irrepitibles.

Pero enseguida se dijo que era una despedida, que se abrazaban por última vez. Sintióse morir, la depositó en el suelo y utilizó la excusa de que era necesario cerrar las puertas para alejarse un poco.

Cuando la volvió a mirar, la felicidad que reflejaba la cara de Payne hacía solo un instante había desaparecido y ahora lo miraba abrazándose con aprensión.

El médico pudo hablar al fin, aunque con voz trémula.

—Imaginé que volverías.

—Yo traía buenas noticias. Pero... —La Elegida miró de reojo hacia la maleta y las bolsas que había sobre la cama—. ¿Qué estás haciendo?

—Tengo que marcharme de aquí.

Payne cerró los ojos por un momento, y Manny sintió que el corazón se le partía en dos. Sintió el impulso de ir a consolarla. Pero todo aquello ya era suficientemente difícil. Tocarla otra vez sería demasiado doloroso.

Decidió hablarle de su chequeo.

—He ido al médico. Me he pasado toda la tarde en el hospital, haciéndome pruebas.

La vampira se puso pálida.

—¿Estás enfermo?

—No exactamente. —Manny comenzó a pasearse y terminó junto a la cómoda, donde aprovechó para cerrar el último cajón—. En realidad, es todo lo contrario... Parece que mi cuerpo se ha regenerado. —El cirujano se llevó la mano a la parte inferior del tronco—. Durante años había tenido un comienzo de artritis en las caderas debido al exceso de ejercicio; siempre supe que, con el tiempo, iba a necesitar que me implantaran una prótesis. Pero, ¿sabes qué muestran las radiografías que me hicieron hoy? Que las caderas están en perfectas condiciones. No hay ni rastro de la artritis, ninguna inflamación. Está como cuando tenía dieciocho años, o mejor.

Al ver que Payne abría la boca con asombro, Manny pensó que lo mejor

sería decírselo todo de una vez. Así que se levantó una manga y se pasó la mano por el antebrazo.

—Durante las últimas dos décadas, me habían ido saliendo manchas en la piel por tomar demasiado sol... pero ahora se han borrado por completo. —Manny se agachó y se levantó la manga del pantalón—. ¿Las lesiones de la tibia que me atormentaban de vez en cuando? Desaparecidas. Y eso a pesar de que he corrido diez kilómetros esta misma mañana, sin sentirlo siquiera, en cosa de cuarenta minutos. Los análisis de sangre no revelaron ningún problema de colesterol, el hígado está perfecto, lo mismo que los niveles de hierro y de plaquetas. —El cuarentón se dio un golpecito en las sienes—. Y estaba a punto de tener que usar gafas para leer, pues ya me costaba trabajo leer los menús de los restaurantes o los periódicos. Pero ya no los necesito. Puedo leer la letra más pequeña a diez centímetros de mi nariz. Y lo creas o no, todo eso no es más que una parte.

No hacía falta hablar de la ausencia de arrugas alrededor de los ojos, ni del hecho de que las canas que le habían empezado a salir en las sienes habían sido reemplazadas por pelo oscuro y pujante.

Payne lo miró con ojos profundos.

—Y claro, tú piensas... ¿Tú crees que yo soy la causa de todos esos cambios de tu cuerpo?

—Sé que así es. ¿Qué otra cosa podría ser?

Payne comenzó a sacudir la cabeza.

—No entiendo por qué no lo consideras una bendición. La eterna juventud es algo que siempre han buscado todas las razas...

—No lo considero una bendición porque no es natural. —Al oír eso, Payne arrugó la frente. Pero Manello tenía que seguir—. Soy médico, Payne. Sé muy bien de qué manera envejece el cuerpo humano y cómo lidia con los achaques y las enfermedades. Y esto... —Hizo un gesto con las manos abarcando su propio cuerpo— no está bien.

—Es regeneración...

—Pero, ¿hasta dónde va a llegar? ¿Acaso me voy a convertir en una especie de Benjamin Button y voy a ir rejuveneciendo hasta que vuelva a ser un bebé?

—Eso sería imposible. He estado expuesta a la acción regeneradora mucho más tiempo que tú y no me ha devuelto al estado de la infancia.

—Está bien, bien, supongamos que eso no va a ocurrir. ¿Qué pasa con todas las personas que forman parte de mi vida? —No es que la lista fuera muy larga, pero de todas maneras era un asunto que le preocupaba—. Mi madre me va a ver y pensará que me he hecho cirugías estéticas a mansalva. ¿Y qué pasará dentro de diez años? Ella solo tiene setenta, y créeme, cuando tenga ochenta o noventa años se va a dar cuenta de que su hijo no envejece. Se inquietará. ¿Qué pasa? ¿Tengo que renunciar a ella?

Manny empezó a pasarse nerviosamente y, mientras se pasaba una mano

por el pelo, notó que era mucho más fuerte que el día anterior.

—Hoy he perdido mi trabajo por lo ocurrido después de que me borrarán los recuerdos. Durante esa semana que estuve lejos de ti, estaba tan confundido que no sabía si era de día o de noche, y eso es lo que ellos saben de mí. Yo no puedo explicarles lo que de verdad ocurrió y ellos no pueden tener un cirujano de élite que no sepa en qué día y en qué hora vive. —Se volvió hacia Payne—. El caso es que este es el único cuerpo que tengo, el único cerebro, el único corazón, el único... todo. Cuando vosotros los vampiros manipulasteis mi cerebro estuve a punto de volverme loco. ¿Cuáles son las consecuencias de esto? Lo único que conozco es la causa... Pero ¿cuál es el efecto? No tengo ni idea y eso me aterroriza por una buena razón.

Payne agarró el extremo de su trenza, se la pasó por encima del hombro y la acarició, mientras bajaba los ojos.

—Yo... lo siento.

—No es culpa tuya, Payne. —Abrió los brazos con gesto conciliador—. Yo no quiero echar toda la responsabilidad sobre tus hombros, pero...

—Sí es culpa mía. Yo soy la causa de tus males.

—Payne...

El cirujano no pudo contenerse más e hizo ademán de acercarse, pero ella levantó las manos y comenzó a retroceder.

—No, no te me acerques.

—Payne...

—Tienes razón. —La Elegida solo se detuvo en su retroceso cuando su espalda chocó contra el cristal de la puerta por la que acababa de entrar—. Soy peligrosa y destructiva.

Manny se acarició instintivamente el crucifijo por encima de la camisa. A pesar de todo lo que había dicho, en ese momento solo quería retractarse, reconciliarse, encontrar un modo de poder seguir con su relación...

—Es un don, Payne. —Después de todo, se dijo, la yegua y ella misma demostraban que aquellos milagros no eran nada malo, sino todo lo contrario—. Es algo que te ayuda a ti y a tu familia, a toda tu gente. Dios, con lo que eres capaz de hacer, vas a dejar sin trabajo a Jane.

—Bueno, pero...

—Payne, mírame. —Cuando Payne por fin levantó los ojos para mirarlo, Manny sintió deseos de llorar—. Yo...

Dejó la frase sin terminar. La verdad era que la amaba. Totalmente y para siempre. Y esa era precisamente la maldición que lo atenazaba.

Nunca la iba a olvidar y jamás habría otro amor en su vida.

Manny echó los hombros hacia atrás y reunió valor.

—Tengo solo una cosa que pedirte.

Ella respondió emocionada.

—¿Qué deseas de mí?

—No borres mis recuerdos. No le contaré nada a nadie sobre ti ni sobre tu raza. Lo juro por mi madre. Pero, por favor, déjame así cuando te marches. Sin mi cerebro, no soy nada.



Payne se sentía en éxtasis de felicidad al salir del complejo de la Hermandad. Su hermano le había dado la maravillosa noticia en cuanto ella volvió, justo antes del amanecer. Llevaba todo el día bailando y cantando interiormente, en una nube, impaciente por lo muy despacio que transcurría el tiempo.

Luego había ido a su encuentro.

Era difícil creer que su corazón se sintiera tan dichoso hacía apenas diez minutos.

Pero tampoco era difícil entender los sentimientos de Manello. Y Payne se sorprendió al pensar que ninguno de los dos se detuvo a considerar las implicaciones de su poder sanador, o lo que fuera, cuando curó a la yegua.

Era normal que le diese vueltas a algo tan inquietante para él.

Al mirar a Manello, percibió que dentro de él había una tensión insoportable: estaba sinceramente angustiado por lo que podría quedar de él si ella borraba de su conciencia sus recuerdos del tiempo que habían permanecido juntos. ¿Por qué no habría de estarlo? Había perdido su adorado trabajo por culpa de ella. Pensaba que su cuerpo y su mente estaban en peligro por culpa de ella. ¡Y aún la amaba!

No debió acercarse a él.

Esa era precisamente la razón por la cual la tradición no aprobaba el contacto con los humanos.

Habló al pobre humano con voz delicada.

—No te preocupes. No te voy a perjudicar a nivel mental. Ya te he hecho más que suficiente mal.

El médico suspiró, con alivio instintivo, y al verlo Payne sintió que las lágrimas le cegaban la visión.

Payne se quedó con la mirada baja, y así le oyó aquella apalabra agridulce.

—Gracias.

Hizo una ligera reverencia y, cuando se levantó, vio un llamativo brillo en los hermosos ojos color caoba de Manello.

—Quiero recordarte, Payne. Quiero recordarlo todo de ti. Todo. —Manello la miró con ojos tristes y nostálgicos y continuó—. Quiero recordar a qué sabes y cómo es tu piel. El sonido de tu risa, tus jadeos. El tiempo que pasé junto a ti... — La voz se le quebró y tuvo que aclararse la garganta para seguir—. Necesito que esos recuerdos me acompañen toda la vida.

Payne ya no pudo contener más las lágrimas y estas rodaron por sus

mejillas, mientras el corazón amenazaba con detenerse.

—Te voy a echar de menos, bambina. Cada día. Siempre.

El cirujano abrió los brazos y la vampira se metió entre ellos y perdió por completo el control. Sollozando sobre la camisa de Manello, se sintió envuelta por aquel cuerpo fuerte y sólido y lo estrechó con la misma fuerza con que él la estaba abrazando.

Luego los dos se separaron al mismo tiempo, como si tuvieran un solo corazón. Y Payne se dijo que así era.

De hecho, una parte de ella quería protestar, discutir y tratar de hacerle ver el otro lado de las cosas, el otro aspecto de aquella cuestión. Pero la hembra no estaba segura de que hubiese otra forma de ver las cosas. Ninguno de los dos podía predecir el futuro y ella sabía tanto como el afectado sobre las repercusiones de lo que había cambiado dentro de él.

No quedaba nada que decir. El final que había llegado inesperadamente, era un impacto que no se podía amortiguar ni con palabras, ni con caricias, ni siquiera con el paso del tiempo.

Payne se sentía desconsolada hasta un extremo insoportable.

—Debo irme ahora. —Al decir esto, la Elegida retrocedió.

—Déjame abrirte la puerta...

Cuando ella se desmaterializó, se dio cuenta de que habían sido las últimas palabras que le dirigiría en la vida.

Esa era su despedida.



Manny se quedó mirando el espacio que su mujer había ocupado hasta hacía un instante. Ya no quedaba nada de ella, había desaparecido como por arte de magia, como un rayo de luz que se interrumpe de repente.

Nada había ya de Payne.

Su primer impulso fue dirigirse al armario del vestíbulo, sacar su bate de béisbol y destrozar el ático. Romper todos los espejos, todos los cristales y los platos, absolutamente todo; luego acabar con los pocos muebles que tenía, arrojándolos desde la terraza. Después de eso... tal vez se subiría a su Porsche, se dirigiría a la carretera del Norte, aceleraría a más de doscientos kilómetros y emprendería una carrera que terminara en los pilares de hormigón de cualquier puente.

Obviamente, sin cinturón de seguridad.

Al final, sin embargo, se limitó a sentarse en la cama, junto a la maleta y las bolsas, y a hundir la cabeza entre las manos. No era tan maricón como para comenzar a sollozar como si estuviera en un funeral. En absoluto. Solo se le escaparon unas cuantas lágrimas que cayeron sobre sus zapatillas deportivas.

Muy macho. Realmente muy macho.

Pero lo que pensarán los objetos que lo rodeaban en aquel ático vacío era tan insignificante como su orgullo, su ego, su polla y sus testículos... todo.

Dios. La separación no solo era triste.

Sin Payne estaba acabado.

Y arrastraría ese dolor el resto de su vida.

Qué ironía. Al principio el nombre de Payne le había parecido extraño. Pero ahora le parecía muy adecuado.^[1]

CAPÍTULO

50



Payne no regresó a la mansión; no tenía interés en ver a ninguno de los que vivían allí. No quería ver al rey, que le había dado una libertad que resultó que no necesitaba. Ni a su gemelo, que había abogado por ella. Y ciertamente no quería ver a ninguna de las felices y afortunadas parejas que vivían bajo aquel magnífico techo.

Así que, en lugar de dirigirse hacia el norte, volvió a tomar forma en la orilla del río que corría junto a los edificios altos y llenos de cristales del centro. La brisa era más ligera al nivel del suelo y llevaba con ella el parloteo de las olas que lamían las riberas rocosas del río. En el fondo, el rugido de los vehículos que remontaban los redondeados lomos de los puentes y se perdían al otro lado le hizo sentir con más intensidad la profundidad y la amplitud del paisaje.

Rodeada de humanos, se hallaba totalmente sola.

Sin embargo, no podía quejarse, eso era lo que había buscado. Esta era la libertad que tanto había ansiado y que había perseguido con tenacidad.

En el Santuario, nada había cambiado. Pero nada había salido mal tampoco.

Sin embargo, siempre preferiría esta descarnada realidad al estado de

aislamiento imperturbable en que se hallaba antes.

Ay, Manello...

—Hola, cariño.

Payne miró hacia atrás. Un macho humano se le estaba acercando, después de haber salido de atrás de la base del puente cercano. Iba tambaleándose y olía a sudor y mugre fermentados. Muchas, muchas capas de mierda.

Sin dignarse a saludarlo siquiera, Payne se desmaterializó para reaparecer en otro punto, más abajo, de la misma orilla.

No había razón para borrar a aquel tipo el recuerdo de haberla visto. Era poco probable que la recordara. Y sin duda estaba acostumbrado a las alucinaciones causadas por todo tipo de drogas.

Mientras observaba la superficie encrespada del río, no se sentía atraída hacia las oscuras profundidades. No se iba a hacer daño por aquel dolor. No sería lo que Manny querría y, además, ya estaba harta de elegir siempre la salida más cobarde. Así que afirmó los pies sobre el suelo, cruzó los brazos y se quedó allí, simplemente existiendo, mientras el tiempo se colaba sin prisa por el cedazo de la realidad y las estrellas giraban sobre su cabeza, cambiando de posición...

Al principio, el olor penetró en su nariz de manera subrepticia, camuflado en la maraña de olores a tierra, piedra mojada y contaminación urbana. Así que inicialmente no lo identificó.

Sin embargo, en pocos instantes su sistema nervioso empezó a dar la señal de alarma.

Siguiendo un impulso instintivo, su cabeza se volvió, casi antes de recibir la orden mental, como si tuviera voluntad propia, moviéndose sobre la columna vertebral seguida por los hombros y las caderas.

Ese olor a rancio era el del enemigo.

Un restrictor.

Empezó a trotar con pies ligeros, y sintió que hervía en su sangre un impulso agresivo, que no solo estaba unido al dolor y la frustración que le producía pensar en lo que le había deparado el destino. Al acercarse a ese olor, rebrotó en su interior una profunda y atávica herencia de furia e instinto protector.

Experimentó un cosquilleo en las piernas, en la mano con la que empuñaba la daga y en los colmillos. Transformada por su mortal propósito, ya no era macho ni hembra, ni Elegida ni hermana ni hija. Al recorrer y remontar callejones, calles y avenidas, era un soldado.

Cuando dobló por un callejón, encontró al fondo al par de restrictores cuyo olor la había atraído desde el río. Uno junto al otro, reunidos alrededor de lo que ella identificó como un teléfono, se trataba de reclutas nuevos, de pelo negro y cuerpos nerviosos.

Ninguno de los dos levantó la vista cuando ella se detuvo. Lo cual le dio tiempo de agarrar un disco plateado de metal con la palabra Ford grabada en el

centro. Era una buena arma, una con la cual se podían asestar golpes y parar las arremetidas enemigas.

Un momento después, el viento se levantó y agitó su túnica, lo cual debió de llamar la atención de los restrictores, porque, ahora sí, alertados, se dieron la vuelta.

Aparecieron cuchillos. Así como un par de sonrisas que hicieron que a Payne le hirviera la sangre.

Estúpidos chiquillos, se dijo la guerrera. Seguramente pensaban que, tratándose de una hembra, podrían dominarla con facilidad.

Los pasos con los que se le aproximaron dejaban claro que no tomaban ninguna precaución defensiva. De hecho, Payne pensó que iba a disfrutar con la sorpresa que se llevarían... y a la que, al final, no podrían sobrevivir.

Habló el más grande de los dos.

—¿Qué estás haciendo por aquí, pequeña, tan solita? Tan solita.

Estoy a punto de cortarte la garganta con lo que tengo detrás de la espalda. Después de lo cual te voy a romper las dos piernas, y no porque tenga que hacerlo, sino porque me encanta el ruido que eso hace. Y luego encontraré algo de acero con lo cual perforar la cavidad vacía de tu corazón, para enviarte con tu creador. O tal vez te deje agonizando en el suelo.

Payne se quedó en silencio. En lugar de hablar, distribuyó su peso entre los dos pies y se agachó sobre los muslos. Ninguno de los restrictores pareció notar su cambio de posición; estaban demasiado ocupados acercándosele y avanzando como pavos reales. Y tampoco se separaron para atacarla por los lados. O para que uno la atacara por delante mientras el otro llegaba por detrás.

Los dos se quedaron delante de ella, precisamente donde la guerrera podía alcanzarlos con facilidad.

Iba a ser un buen calentamiento, desde luego. Aunque tal vez otros que sí supieran combatir podrían aparecer después para completar su diversión...



Xcor notaba el cambio que se estaba operando en sus soldados.

Mientras caminaban en formación por las calles del centro de Caldwell, la energía que sentía detrás de él era como un zumbido cargado de agresividad. Atronador. Refrescante. El más fuerte que le había sido dado percibir en la última década.

De hecho, mudarse allí había sido la mejor decisión que había tomado en la vida. Y no solo porque Throe y él habían tenido una excelente sesión de sexo y bebida la noche anterior. Sus machos parecían dagas recién salidas de la forja, con sus instintos asesinos renovados, resplandecientes bajo la luz artificial de la ciudad. No era ninguna sorpresa que no quedasen restrictores en el Viejo

Continente. Todos estaban allí, pues al parecer la Sociedad Restrictiva había concentrado todos sus esfuerzos en...

Xcor volvió la cabeza y aminoró el paso.

El olor que flotaba en el aire hizo que sus colmillos se alargaran y su cuerpo comenzara a palpar con energía.

No necesitaba anunciar con anticipación el cambio de dirección. Sus soldados lo seguían de cerca, siguiendo el rastro, al igual que él, del empalagoso olor dulzón que venía montado en las alas del viento nocturno.

Al dar la vuelta a una esquina y adentrarse por una calle, Xcor rezó para que fueran muchos. Una docena. Cien. Doscientos. Quería quedar cubierto con la sangre del enemigo, bañado en el asqueroso aceite negro que animaba su carne pútrida.

Al llegar a la boca del callejón, sus pies, más que frenar en seco, se quedaron pegados al suelo.

De un segundo a otro, el pasado regresó, remontando la distancia de los meses y los años y los siglos, para materializarse en el presente.

En el centro del callejón, una hembra envuelta en una túnica blanca que revoloteaba a su alrededor estaba combatiendo contra un par de restrictores. Los mantenía a raya con patadas y puñetazos, girando sobre los talones y saltando con tanta rapidez que a veces tenía que esperar a que ellos volvieran a atacarla.

Gracias a sus magníficas condiciones para el combate, la hembra no hacía más que jugar con los asesinos. Y Xcor tuvo la clara impresión de que los restrictores no se daban cuenta de lo que les estaba reservando para el final.

Letal. No había más que verla. Sin duda era letal y solo esperaba el momento de atacar.

Y Xcor sabía exactamente quién era.

—Ella es... —Xcor sintió que la garganta se le cerraba antes de poder terminar la frase.

Haberla buscado durante siglos y haber sido privado siempre de su objetivo... solo para encontrarlo una noche cualquiera, en una ciudad cualquiera, al otro lado del vasto océano, era una clara manifestación del negro sentido del humor que tenía el destino.

En cualquier caso, quedaba claro que estaban destinados a encontrarse de nuevo.

Allí. Esa noche.

—Ella es la asesina de mi padre. —Xcor sacó la guadaña de la funda—. Ella es la asesina de mi propia sangre...

Alguien le agarró la mano y le detuvo el brazo.

—Aquí no.

El hecho de que no fuera una petición del alma compasiva de Throe fue lo único que lo detuvo. Era Zypher.

—Capturémola y llevémola a casa. —El guerrero soltó una carcajada aterradora y el tono erótico de su voz se hizo más profundo—. Tú ya encontraste alivio, pero recuerda que otros necesitamos lo que tú tuviste anoche. ¿Y después de eso? Podrás enseñarle lo que le ocurre a quienes vierten la sangre de tu sangre.

Zypher era el único entre ellos que podía pensar en un plan semejante. Y aunque la idea de matarla directamente era muy atractiva, Xcor había esperado demasiado tiempo como para no saborear un poco más la muerte de esa hembra.

Tantos años.

Demasiados. Tantos, que había perdido la esperanza de encontrarla y los sueños eran lo único que mantenía vivo el recuerdo de aquello que lo había definido y le había dado la posición que tenía en la vida.

Sí, pensó Xcor. Parecía apropiado hacer esto a la manera del Sanguinario. Para que fuera más duro para la hembra.

Xcor volvió a guardar la guadaña, al tiempo que la asesina se ponía manos a la obra con los restrictores. Sin previo aviso, la guerrera saltó hacia delante y agarró a uno de los asesinos de la cintura, mientras lo empujaba hacia atrás contra el edificio, a pesar de los inútiles manoteos del pobre desgraciado. Todo sucedió tan rápido que el segundo monstruo se quedó demasiado sorprendido para poder salvar a su amigo. Además, obviamente, carecía de entrenamiento.

Pero si el segundo hubiese sido un rival más a la altura de ella, tampoco habría tenido ninguna oportunidad. Porque prácticamente en el mismo momento en que atacó, la hembra sacó una especie de tapa que tenía detrás y golpeó al restrictor justo en el cuello, haciéndole un corte profundo y distrayéndolo de inmediato de la urgencia de detenerla. Cuando un chorro de aceite negro le brotó del cuello y sus rodillas se doblaron, ella despachó al asesino que tenía contra el muro de ladrillo golpeándolo un par de veces en la cara y una más en la nuez. Luego lo alzó como si no pesara nada y lo estrelló contra su rodilla levantada.

El ruido que hizo la columna al quebrarse resonó por todo el callejón.

Y, mientras se desvanecía, la hembra dio media vuelta para enfrentarse a los que la miraban trabajar. Lo cual no era ninguna sorpresa. Una guerrera tan extraordinaria como ella no dejaría de darse cuenta de que había otros detrás.

Ladeó la cabeza. Ahora no parecía alarmada. Claro, ¿por qué habría de estarlo? Los machos permanecían ocultos por las sombras pero estaba muy claro que eran de su propia especie. Hasta que Xcor no hizo su aparición, ella no se dio cuenta del peligro en que se encontraba.

El vengador del Sanguinario habló con tono lúgubre, desde la oscuridad.

—Buenas noches, hembra.

—¿Quién está ahí? —Había alzado la voz, y a más preocupada.

Este es el momento, pensó Xcor, y dio un paso adelante para quedar dentro

de un haz de luz.

Pero Throe interrumpió aquel solemne y esperado encuentro con un susurro ronco.

—No estamos solos.

Xcor se detuvo y sus ojos se centraron en los siete asesinos que habían aparecido a la entrada del callejón.

En efecto. No estaban solos.

Y más tarde, Xcor pensaría que la única razón por la que habían logrado capturar a la hembra fue la providencial llegada de esos restrictores. El avance de los asesinos exigía toda la atención de sus ojos... y su energía. Pero antes de que ella pudiera desmaterializarse para ubicarse en otro lugar, Xcor la atrapó.

A pesar de la forma en que le latía el corazón, el deseo de venganza le proporcionó la concentración necesaria para dispersar sus moléculas justo en el instante en que ella se dio la vuelta para enfrentarse al escuadrón de recién llegados. Sus esposas de acero cayeron sobre la muñeca de la hembra en un abrir y cerrar de ojos y, cuando ella giró sobre los talones con una expresión de furia salvaje en el rostro, Xcor recordó la forma en que había incinerado el cuerpo vivo de su padre.

Lo que lo salvó fue el disparo de un restrictor.

No fue un estallido atronador, pero sus consecuencias representaron una ventaja espectacular: justo cuando ella estaba levantando la mano que tenía libre para ponerla sobre él, su pierna se dobló y cayó al suelo, pues obviamente la bala debía de haber alcanzado algún órgano vital. Y fue ese momento de debilidad lo que Xcor aprovechó para dominarla. Solo tenía una oportunidad, si no la aprovechaba, no estaba seguro de sobrevivir a ese momento.

Después de ponerle la otra argolla de acero en la muñeca que tenía libre, le agarró la trenza y se la enrolló alrededor del cuello. Tiró y amagó con estrangularla, al tiempo que sus soldados se acercaban apuntándole con las armas.

Joder, cómo luchó. Tan valiente. Tan poderosa.

No era más que una hembra. Pero, no, ni hablar, era mucho más que eso. Era casi tan fuerte como él y no era su única ventaja. Aunque estaba atrapada y a punto de asfixiarse, sus pálidos ojos permanecieron fijos en los de él, hasta que Xcor temió que pudiera entrar en su mente y apoderarse de sus pensamientos.

Pero el hijo del Sanguinario no se dejó intimidar. Mientras desde el callejón llegaban ruidos de batalla, sostuvo la mirada de diamante de la asesina de su padre, al tiempo que sus enormes brazos apretaban el nudo alrededor del cuello de la hembra.

Luchando por respirar, ella jadeaba y se retorció, mientras movía frenéticamente los labios.

Xcor inclinó la cabeza, pues deseaba oír lo que ella tenía que decir.

—¿Por... qué... me atacas?

Xcor retrocedió, justo cuando ella dejó de forcejear y sus asombrosos ojos dejaron de mirarlo.

¡Santa Virgen Escribana! Ni siquiera sabía quién era él.

CAPÍTULO

51



En lo que a guaridas masculinas se refiere, V siempre había pensado que la sala de billar de la mansión de la Hermandad era el lugar perfecto. Lo tenía todo: una pantalla de televisión gigante con sonido insuperable. Sofás lo suficientemente grandes y cómodos para servir de camas. Una chimenea para calentar el ambiente y disfrutar del espectáculo de las llamas. Un bar surtido con todas las bebidas imaginables: licores, sodas, cócteles, té, café, cerveza, de todo.

Y una mesa de billar, claro. Lo único «malo» era muy atractivo, en todo caso: la máquina para hacer palomitas de maíz era una adquisición reciente y una extraña clase de campo de batalla. A Rhage le encantaba jugar con el maldito aparato, pero, cada vez que lo hacía, Fritz se ponía nervioso y quería intervenir. En todo caso, era genial. Las canastillas se llenaban y luego, uno de ellos se apoderaba de las palomitas sin decirle nada al otro.

Mientras Vishous esperaba su turno para pegarle a las bolas del billar, agarró un trozo de tiza azul y lo pasó por el extremo del taco. Al otro lado de la mesa de fieltro verde, Butch se inclinó y calculó los ángulos, los efectos posibles de la tacada, mientras resonaba el rap *Aston Martin Music*, de Rick Ross.

—La siete en la esquina —dijo el policía.

—Vas a hacerlo, ¿verdad? —V puso la tiza sobre la mesa y sacudió la cabeza, al tiempo que se oía un golpe, algo que rodaba y un estallido—. ¡Cabrón!

Butch lo miró de reojo y el orgullo brillaba en sus ojos.

—Es que soy muy bueno. Lo siento, imbécil.

El policía le dio un sorbo a su Lag y se colocó al otro lado de la mesa. Mientras observaba las bolas, sonreía con desparpajo, dejando ver una corona un poquito torcida en los dientes delanteros.

V había estado vigilando de cerca al policía. Después de pasar varias horas juntos y a solas, se habían separado con una sensación de incomodidad y se habían duchado por separado. Por fortuna el agua caliente los había renovado y cuando se volvieron a encontrar de nuevo en la cocina de la Guarida, las cosas parecían haber vuelto a la normalidad.

Y así habían seguido.

No es que V no sintiera la tentación de preguntarle a su amigo si se sentía bien. La tenía aproximadamente cada cinco minutos. Parecía como si hubiesen librado una batalla juntos y los dos ostentaran ahora las cicatrices y magulladuras que lo demostraban. Pero V decidió guiarse por la imagen que tenía frente a él: su mejor amigo machacándolo mientras jugaban al billar.

—Fin de la partida. —El policía se incorporó cuando la bola ocho hizo un giro y se metió en la buchaca.

—Me has ganado.

—Sí. —Butch se rió y levantó su vaso—. ¿Quieres la revancha?

—Por supuesto.

El olor a mantequilla derretida y el traqueteo de los granos explotando anunció la llegada de Rhage... ¿o tal vez era Fritz? No, ni uno ni otro: era Hollywood el que estaba junto a la máquina, con Mary a su lado.

V dio un paso hacia atrás para poder ver, a través del arco de la entrada, hacia el comedor, donde el mayordomo y su personal estaban preparando la mesa para la Última Comida.

Butch habló empezando a organizar las bolas en el marco.

—Joder, Rhage está jugando con fuego.

—Le doy treinta segundos antes de que Fritz... Ahí viene.

—Voy a hacer como si no estuviera aquí.

V dio un sorbo a su Goose.

—Yo también.

Mientras los dos se concentraban en la mesa de billar, Fritz atravesó el vestíbulo como un misil, buscando una fuente de calor.

—Cuidado, Hollywood. —V alertó al colega cuando Rhage se acercó con una bolsa de palmitas.

—Esto le sienta bien. Necesita ejercicio... ¡Fritz! ¿Cómo estás, amigo?

Mientras Butch y V entornaban los ojos, Rehv entró con Ehlena del brazo. Como siempre, el desgraciado de la cresta iba envuelto en el abrigo de piel y se apoyaba en su bastón, pero sonreía con cara de macho enamorado y su shellan resplandecía a su lado.

—Hola, chicos —dijo Rehv.

Varios gruñidos lo saludaron. Z y Bella entraban también en ese momento, con Nalla, y además llegaban Phury y Cormia, que habían venido a pasar el día. Wrath y Beth probablemente seguían arriba, en el estudio, tal vez revisando algunos papeles, o tal vez habían dejado a George al pie de las escaleras para poder tener un « momento de privacidad » .

Cuando John y Xhex bajaron con Blay y Saxton, los únicos que faltaban eran Quinn y Tohrment, que seguramente estaban en el gimnasio, y Marissa, que se encontraba en Safe Place.

Bueno, faltaban esos tres y Jane, que estaba abajo, en la clínica, volviendo a llenar de suministros médicos los armarios que habían quedado vacíos la noche de la batalla.

Ah, y por supuesto su hermana gemela, que sin duda estaba... « divirtiéndose » ... con el cirujano ese.

Con tantos recién llegados, el ruido de voces profundas se multiplicó, mientras la gente se servía algo de beber, se pasaban el bebé de mano en mano y comían las palomitas a manos llenas. Entretanto, Rhage y Fritz estaban abriendo otra bolsa de maíz. Y alguien cambiaba incesantemente los canales en la tele... seguramente Rehv, al que nunca le gustaba nada.

Alguien estaba atizando el fuego.

Butch se dirigió al fin a su amigo en voz baja.

—Oye, ¿todavía estás bien?

V disimuló su sorpresa sacando un cigarro del bolsillo de sus pantalones de cuero. El policía había hablado en voz tan baja que resultaba imposible que alguien le hubiese oído, y eso desde luego era bueno. Sí, V estaba tratando de ser menos hermético, pero tampoco quería que todo el mundo supiera hasta dónde habían llegado él y Butch con las dichas terapias. Eso era privado.

Encendió el mechero, aplicó la llama al pitillo y respondió.

—Sí. En verdad estoy muy bien, sigo estupendamente. —Luego clavó la mirada en los ojos color almendra de su mejor amigo—. ¿Y tú?

—Sí, yo también.

—Genial.

—Sí, genial.

Dios, qué manera de progresar en el arte de las relaciones personales. Un poco más y ganaría un campeonato de simpatía y extroversión.

Se oyó un golpecito en la mesa. Butch estaba otra vez concentrado en el juego, calculando su primer tiro, mientras V seguía burlándose de sí mismo, de

sus adelantos en la lucha contra el hermetismo.

V estaba dándole otro sorbo a su vaso de Goose cuando sus ojos se desviaron hacia la puerta.

Jane vacilaba mientras echaba un vistazo al salón y su bata blanca se abrió al inclinarse hacia un lado. Parecía como si lo estuviera buscando.

Las miradas de ambos se encontraron, y ella sonrió discretamente. Y luego sonrió con menos recato.

El primer impulso de V fue esconder su propia sonrisa detrás del vaso de vodka. Pero luego se contuvo.

No había duda, reinaba un nuevo orden mundial.

Vamos, sonríe, idiota, se ordenó.

Jane lo miró durante un momento más y se hizo la indiferente, que era lo que normalmente hacían cuando estaban juntos en público. Dio media vuelta y se dirigió al bar para servirse algo de beber.

—Espera un minuto, policía. —V puso el vaso sobre la mesa y apoyó el taco contra la pared.

Como si fuera un chico de quince años, se puso el cigarro entre los dientes y se metió la camiseta entre los pantalones de cuero. Luego se pasó una mano por el pelo y consideró que ya estaba preparado para el abordaje.

Así que se acercó a Jane desde atrás, justo en el momento en que ella comenzaba a conversar con Mary... y cuando su shellan giró sobre los talones para saludarlo, Jane parecía un poco sorprendida.

—Hola, V... ¿Cómo estás?

Vishous se acercó todavía más, pegándose al cuerpo de su shellan, y le envolvió la cintura con los brazos. Abrazándola con actitud posesiva, la fue empujando lentamente hacia atrás, hasta que ella se tuvo que agarrar de los hombros de él y el pelo se le cayó hacia abajo.

La mujer vuelta al mundo de los vivos jadeaba, y V, contra lo que había hecho toda la vida, fue sinceramente cariñoso.

—Te echaba de menos.

Dicho eso, sin importarle lo que ella dijera ni lo que pensara la concurrencia, la besó apasionadamente en la boca. Bajó una mano hacia las caderas de la hembra y con su lengua buscó la de Jane.

Y siguió besándola y besándola...

V se dio cuenta de que el salón se había quedado en silencio y que todos los seres vivos que estaban presentes los estaban mirando fijamente. Pero, en fin, ¿qué podía hacer? Besarla era lo que quería hacer e iba a hacerlo delante de quien fuera; incluido el perro del rey, que tampoco se perdía detalle.

Porque Wrath y Beth acababan de entrar procedentes del vestíbulo.

Vishous soltó despacio a su shellan, hubo un estallido de abucheos y silbidos y alguien les lanzó un puñado de palomitas, como se echa arroz a los novios en las

bodas.

Hollywood, encantado, les lanzó más palomitas.

—¡Joder, qué fuerte!

Vishous carraspeó fuerte, buscando que se hiciera el silencio.

—Tengo un anuncio que hacer.

Bueno. Perfecto, había muchos pares de ojos sobre ellos en ese momento.

Menudo gilipollas. Pánico total. Pero nada de huir: seguiría hasta el final.

De nuevo estrechó a Jane con fuerza y habló en voz alta y con mucha claridad.

—Nos vamos a aparear formalmente. Y espero que todos vosotros estéis allí y... y nada más, coño... Sí, pues eso.

Silencio sepulcral.

Luego Wrath soltó la correa de *George* y comenzó a aplaudir. Con fuerza y lentamente.

Ya era hora.

Los Hermanos y sus respectivas shellans, y todos los huéspedes de la casa siguieron el ejemplo del rey y luego los guerreros estallaron en un canto que se elevó al techo y más allá, mientras las recias voces vibraban en el aire.

Al mirar de reojo a Jane, el vampiro masoquista comprobó que estaba radiante. Luminosa, incluso.

—Tal vez debería haberte consultado, ¿verdad?

—No, qué va... —Lo besó—. Esto es perfecto.

Vishous se echó a reír. Joder, de haber sabido lo hermoso que era vivir la vida sencilla con plenitud, habría abandonado todas sus reservas hacía mucho tiempo. Allí estaban sus Hermanos respaldándolo, su shellan feliz y... bueno, la verdad es que unos cuantos podrían haberse ahorrado lo de llevar palomitas hasta en las orejas, pero en fin.

Minutos después, Fritz apareció con copas de champán. Era el momento de otros estallidos, los de los corchos que salían volando mientras la gente subía cada vez más el tono de voz.

V brindaba a diestro y siniestro, y mientras lo hacía le habló a su amada al oído.

—El champán me pone cachondo.

—¿De verdad?

Por toda respuesta, cogió la mano de la hembra y la llevó a su entrepierna, para que palpara y se hiciese idea de la magnitud de la erección que estaba experimentando.

—¿Alguna vez has entrado en el baño del vestíbulo? Es muy bonito.

—¡Vishous!

V dejó de mordisquearla en el cuello, pero siguió haciéndole caricias subidas de tono. Lo cual era un poco indecente, pero nada que cualquiera de los otras

parejas no hiciera de vez en cuando delante de los demás.

—¿No me contestas? —La besó en los labios, con mirada lujuriosa—. De verdad que merece la pena. Ese lavabo tiene una decoración y unas instalaciones que te gustarán, si es que no has podido apreciarlas.

—O sea, que eres un experto en lavabos.

V deslizó un colmillo por la garganta de Jane.

—Ya lo creo.

La excitación del vampiro iba en aumento. Su pareja no le iba a la zaga.

El viejo reloj empezó a dar la hora. Cuatro rotundas campanadas. Al oírlas, V pareció abandonar sus juegos eróticos y, como si volviera a la realidad, miró su reloj de pulsera. En efecto, las cuatro. En varios siglos aquel reloj nunca se había atrasado ni adelantado.

¿Las cuatro de la mañana ya? ¿Dónde diablos estaba Payne?

Se sintió impulsado a correr al Commodore a buscar a su hermana, hasta que recordó que no debía volver hasta que estuviese a punto de amanecer. Aún le quedaba como poco una hora. Teniendo en cuenta los momentos íntimos que quería tener en ese mismo instante con su Jane, se dijo que realmente no podía culpar a Payne por estirar al máximo cada momento que le quedaba en compañía de su macho. Pero mejor no pensar en eso.

Jane, que había notado la súbita preocupación de su pareja, llamó su atención tocándole el brazo.

—¿Ocurre algo?

Siguiendo con lo planeado, V bajó la cabeza.

—Sí, y estará mejor cuando te enseñe ese baño asombroso.

V y Jane permanecieron cuarenta y cinco minutos en el baño.

Cuando salieron, todos estaban todavía en la sala de billar. Habían subido el volumen a la música, quizás para no oír la banda sonora de lo que ocurría en el lavabo, y ahora resonaba por todo el vestíbulo y buena parte de la casa *I'm Not a Human Being*, de Lil Wayne. Los doggen iban y venían con elegantes canapés servidos en bandejas de plata y Rhage estaba rodeado de gente alegre que se reía de muy buena gana con sus chistes.

Durante un momento, V se sintió como en los viejos tiempos.

Pero luego volvió a inquietarse, porque su hermana seguía sin formar parte de la concurrencia. Y nadie se había acercado a informarle de su llegada ni a decirle que había subido directamente a la habitación de huéspedes que tenía asignada.

—Ahora vuelvo.

Besó a Jane rápidamente y abandonó la fiesta. Atravesó el vestíbulo con paso rápido y entró en el comedor, que estaba vacío. Entonces sacó el móvil y marcó el número del teléfono que le había dado a Payne.

Nada.

Volvió a intentarlo. Nada.

Tercer intento. Lo mismo.

Soltando maldiciones, el vampiro marcó el número de Manello, sin dejar de estremecerse al pensar en lo que podría estar interrumpiendo. Probablemente habían echado las cortinas y perdido la noción del tiempo. Y los teléfonos se podían extraviar entre las sábanas, o quedarse en una habitación alejada.

Joder, con los putos móviles.

—Maldita sea, contesta...

—¿Sí?

Casi no se oía a Manello. Parecía estar en Marte, o muriéndose. Una mierda de llamada, en resumen. A lo mejor no se encontraba bien, y si era así, su hermana no debía de estar ya con él.

—¿Dónde está mi hermana?

La pausa no auguró buenas noticias.

—No lo sé. Se fue de aquí hace horas.

—¿Horas?

—Sí, hace horas. ¿Qué sucede?

—¡Tenía que pasar, joder! —V colgó y llamó de nuevo al móvil de Payne. Y otra vez. Y varias veces más, todas con el mismo resultado negativo.

Suspiró, intentando dominarse. Miró hacia el vestíbulo y la puerta principal.

Luego oyó el sutil chirrido que indicaba que las persianas de acero que protegían la casa del sol estaban comenzando a bajar.

Vamos, Payne... ven a casa. Ya. Vuelve de una puta vez.

Un suave contacto de Jane, que lo había seguido, lo hizo volver a la realidad.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué es lo que pasa?

Su primer impulso fue disimular su preocupación con alguna broma sobre su nueva afición a ir al baño cada dos por tres o algo por el estilo, pero enseguida pensó que, si se había propuesto ser sincero y abierto de ahora en adelante, esta era una magnífica ocasión de decirle la verdad al amor de su vida.

—Payne no está. Mejor dicho, no sé dónde está. Quizás haya desaparecido en combate. —Al ver que Jane soltaba una exclamación de horror y le ponía encima la otra mano, a V le dieron ganas de salir corriendo. Pero se quedó con los pies bien plantados sobre la alfombra—. Salió del ático de Manello hace ya varias horas. Solo me queda invocar a una diosa que es mi madre y a la cual desprecio para que su hija aparezca cuanto antes por esa puerta.

Jane se quedó en silencio. Se pegó a él para acompañarle en la angustiada espera, mirando la puerta, rezando, temiendo lo peor.

Al tomarla de la mano, V se dio cuenta de que era un alivio no estar solo con su miedo, mientras los demás se divertían al otro lado del vestíbulo y Payne seguía sin dar señales de vida.

La antigua visión de Payne sobre un caballo negro, a galope tendido, regresó

a él en medio del silencio del comedor. El pelo negro de su hermana ondeaba tras ella, como la cola y las crines del caballo. Los dos lanzados en loca carrera, hacia Dios sabía dónde.

¿Significaba algo la vuelta de aquella visión?, se preguntó V. ¿O sólo obedecía al intenso deseo de que apareciese de una vez?

Jane y V se quedaron allí juntos, mirando hacia aquella puerta que no se abrió, hasta que el sol, siempre tan cumplidor de sus horarios, salió veintidós minutos después.



Paseando frenéticamente por el ático, Manny estaba a punto de enloquecer. Su primera intención fue marcharse del ático en cuanto Payne se fue, pero se había quedado sin energía, incapaz de terminar de hacer el equipaje. Al final se pasó la noche entera mirando al vacío, hundido, hasta que se produjo la terrible llamada del cabrón de la perilla.

Antes de la llamada se sentía demasiado vacío.

Incapaz de moverse.

Cuando el teléfono sonó, había mirado el número y había vuelto a la vida por un instante. Número desconocido. Tenía que ser ella.

Antes de responder pasaron por su cabeza las últimas palabras que habían intercambiado, su deseo de que no le borrara los recuerdos, la promesa que hizo ella de no perjudicarle mentalmente, el dolor de ambos, la desesperación que siguió...

Desde luego no esperaba oír una voz masculina. Y mucho menos, claro está, la voz del hermano de Payne.

Y mucho menos esperaba oír que el vampiro se sorprendía al saber que Payne no estaba en el ático.

Paseando frenéticamente en círculos, el cirujano no quitaba los ojos del teléfono, como si con la mente pudiera conseguir que sonara de nuevo... y que esta vez fuera Payne, para decirle que estaba bien. O su hermano para comunicarle que había aparecido. O quien fuera, pero con la noticia esperada.

Cualquiera.

Por Dios Santo, como si le llamaba el mismísimo presidente de Estados Unidos para darle la buena noticia de que ella estaba bien.

Pero el amanecer llegó demasiado rápido y su teléfono se mantuvo demasiado silencioso. Como un maldito perdedor, se puso a revisar la lista de llamadas recientes y trató de marcar aquel «número desconocido» que había usado el cabrón de la perilla. Nada. Fuera de cobertura o fuera de servicio. Sintió deseos de tirar el móvil terraza abajo. Pero ¿para qué?

La sensación de impotencia era terrible. Una mierda insoportable.

Tenía que salir a buscarla. Tenía que encontrarla y llevarla de regreso, allí al ático o a la casa en la que vivía aquella pandilla de chupasangres, tanto daba. Pero ¿cómo se hacía eso de encontrar a una vampira hija de una deidad vampírica?

El teléfono sonó al fin. Número desconocido.

—Gracias a Dios, ¡Payne!

—No, no soy Payne.

Manny cerró los ojos. La voz del hermano era patibularia.

—¿Dónde está? ¿Qué se sabe?

—No sabemos nada. Y no hay nada que podamos hacer desde aquí; estamos atrapados dentro de la casa. —El vampiro soltó como si estuviera fumando—. ¿Qué demonios pasó antes de que ella se marchara? Pensé que iba a pasar toda la noche contigo. Entendía que pasarais la noche juntos, pero no comprendo por qué se largó tan pronto.

—Le dije que esto no iba a funcionar.

Largo silencio.

—¿Qué coño dices?

Era evidente que si no hubiese amanecido y no estuviese luciendo un sol radiante, el desgraciado ya estaría en la puerta de Manny, a punto de molerle a patadas su culo italiano.

—Digo que le dije que era mejor despedirse, que no teníamos futuro y no tenía sentido prolongar la agonía. Creí que estarías de acuerdo con eso.

—Ah, sí. Por supuesto, le rompiste el corazón a mi hermana. Eso me encanta... —Se oyó otra exhalación larga, como si tratara de dominarse—. Está locamente enamorada de ti, imbécil.

Ahora quien tuvo que tomar aire fue el cirujano.

—Escucha, ella y yo...

Lo suyo sería que en ese momento le contara lo de sus cambios físicos, lo del reconocimiento médico, lo mucho que todo eso le había preocupado, e incluso asustado... Pero el problema era que, a lo largo de las horas que habían transcurrido desde que Payne se marchó, había ido cayendo en la cuenta de que, a pesar de que esa mierda era verdad, había algo más decisivo que latía en el fondo de su corazón: se estaba portando como un cobarde. Lo del miedo a las consecuencias físicas de los cambios en su cuerpo no era más que una excusa. En realidad, ahora se percataba claramente de ello, se estaba cagando en los pantalones porque se había enamorado de verdad de una mujer... de una hembra... en fin, de ella. Sí, había gran cantidad de fenómenos paranormales inexplicables y patatín y patatán. Pero lo que le ocurría en el fondo era que sentía por Payne algo tan grande que ya no se reconocía a sí mismo y eso era lo que le resultaba aterrador. Ese cambio era el que le daba miedo, y no la mierda de la desaparición de la artritis, las canas, las arrugas y lo demás.

En definitiva, corrió como una gallina asustada, y por eso ella se marchó antes del amanecer.

Pero eso era agua pasada. Ahora había que encontrarla, afrontar la verdad, luchar.

—Ella y yo estamos enamorados, sí.

Se lo decía al cabrón de la perilla, cuando no había tenido cojones para decírselo claramente a Payne. Y abrazarla, y quedarse a su lado.

—Por eso mismo te pregunto qué coño estabas pensando.

—Buena pregunta.

—¡Joder, responde!

—Escucha, lo hecho, hecho está. Lo importante es actuar ahora. ¿Cómo puedo ayudar? Yo puedo salir durante el día y no hay nada que no esté dispuesto a hacer para encontrarla. Nada. —Impulsado por ese pensamiento, Manny comenzó a buscar las llaves del coche—. ¿Adónde ha podido ir? ¿Crees que ha podido marcharse a ese lugar, el Santuario?

—Cormia y Phury ya la han buscado allí. Y nada.

—Entonces... —Manny se horrorizó por sus propias palabras, se odió por tener que decirlo—. ¿Qué pasa con vuestros enemigos? ¿Dónde están durante el día?... Yo puedo ir donde se encuentren.

Se oyeron varios insultos sordos y un suspiro enfurecido. Y después una pausa. Luego los inconfundibles ruidos que hace quien se enciende un cigarro.

El médico, un poco tontamente, quizás por romper el tenso silencio, le dio un consejo.

—¿Sabes una cosa? No deberías fumar.

—A los vampiros no nos afecta el cáncer.

—¿De verdad?

—Sí. Muy bien, pero mi salud da igual. No hay un lugar específico donde resida la Sociedad Restrictiva. Los asesinos tienden a infiltrarse dentro de la población humana en pequeños grupos, así que es casi imposible encontrarlos sin romper las normas más elementales de la discreción. La única posibilidad quizás pueda ser... Dirígete a los callejones cercanos a la orilla del río, en el centro. Es posible que ella haya tenido un encuentro con algunos restrictores, de modo que tienes que buscar rastros de alguna pelea. Por ejemplo, manchas como de aceite negro por todas partes. Parecido al aceite para motores. Y un olor dulzón en el aire; como a cadáver, mezclado con aroma de talco para bebés. Es muy característico. Empieza por ahí, a ver si hay suerte.

—Pero debo estar en contacto contigo. Tienes que darme tu número.

—Te lo enviaré en un mensaje de texto. ¿Tienes una pistola? ¿Alguna clase de arma?

—Sí, sí que tengo. —Manny ya estaba sacando del armario su cuarenta. Llevaba viviendo en la ciudad toda su vida adulta y a veces allí pasaban cosas...

El caso es que tenía licencia de armas había aprendido a disparar razonablemente bien hacía unos veinte años.

—Dime que es algo más grande que una nueve milímetros.

—Lo es.

—Lleva también un cuchillo. Si es posible, de acero inoxidable.

—Entendido. —Manny se dirigió a la cocina y sacó el cuchillo más grande y afilado que tenía—. ¿Algo más?

—Un lanzallamas, nunchakus, una katana, un fusil... ¿Quieres que siga?

No hacía falta, no.

—Voy a encontrarla y llevarla a casa, vampiro. Créeme... voy a encontrarla. —Manny agarró su cartera y ya iba camino a la puerta cuando súbitamente apareció el pánico, y lo detuvo—. ¿Cuántos son?

—Un número interminable.

—¿Y son... hombres?

Pausa.

—Lo eran. Antes de ser transformados, eran humanos.

De la boca del cirujano salió una especie de extraño quejido, un ruidillo que no había emitido en su vida.

—Dios.

—No creas, Payne se desenvuelve perfectamente en el combate cuerpo a cuerpo. Mi hermana es una hembra muy fuerte, una guerrera tremenda.

—No era eso en lo que estaba pensando. —Manny tuvo que restregarse los ojos—. Pensaba en que es virgen.

El vampiro se quedó de piedra.

—¿Todavía?

—Sí. No era correcto por mi parte... arrebatarse lo.

Ay, Dios, la idea de que pudieran hacerle daño a Payne...

Manny no lo pensó más. Con un súbito brote de energía, el médico salió de su ático y fue a llamar el ascensor. Mientras esperaba, se dio cuenta de que hacía un rato que no se oía más que silencio al otro lado de la línea.

—¿Me escuchas? ¿Todavía estás ahí?

—Sí, sí. Aquí estoy.

La comunicación siguió abierta hasta que Manny se subió al ascensor y apretó el botón para bajar al aparcamiento. Y durante mucho rato, con la comunicación abierta, ninguno de los dos dijo absolutamente nada. Hasta que el cabrón de la perilla rompió el silencio cuando Manello ya se estaba subiendo al coche.

—Son impotentes. No pueden tener relaciones sexuales.

Muy bien, pero tampoco era para él un gran consuelo, y a juzgar por su tono de voz tampoco tranquilizaba gran cosa al vampiro.

Manny se colocó ante el volante y se despidió.

—Te llamaré.

—Hazlo, amigo. Por favor, hazlo.

CAPÍTULO

52



Cuando Payne recuperó el conocimiento, no abrió los ojos enseguida. No había razón para mostrar que era consciente de lo que la rodeaba.

Las sensaciones corporales le daban información sobre su situación: estaba de pie, con grilletes en las muñecas, los brazos abiertos a los lados y la espalda contra una pared de piedra húmeda. También tenía grilletes en los tobillos y le habían abierto las piernas, mientras su cabeza colgaba hacia delante en una posición incómoda.

Respiró hondo un par de veces y percibió olor a tierra mojada. Desde la izquierda le llegaron unas voces masculinas. Voces muy profundas, que transmitían una gran ansiedad, algo así como una ilusión nerviosa, como si estuvieran a punto de conseguir algo muy deseado. Ella era su logro, lo que ansiaban.

Mientras reunía energías, Payne no se engañaba con respecto a lo que le iban a hacer. Y sabía que se lo iban a hacer muy pronto. Trató de recuperar la compostura, alejó de su mente los pensamientos sobre su Manello, porque no se le iba de la cabeza que si esos machos se salían con la suya iban a abusar de ella

muchas veces antes de matarla, tomando para ellos lo que en justicia debería haber sido de su sanador...

No. No podía ni quería pensar en él. En esos instantes cruciales, tales pensamientos eran como un pozo negro que la absorbería, la atraparía y la dejaría indefensa.

En lugar de eso, Payne echó mano de la memoria, repasando las imágenes de sus captores y uniéndolas a lo que sabía gracias a los cuencos de cristal del Santuario.

¿Por qué?, se preguntó. No tenía idea de la razón por la cual el macho con el labio defectuoso sentía tanto odio hacia ella...

—Sé que estás despierta. —La voz era increíblemente grave, tenía un acento pesado y venía de algún lugar muy cerca de su oído—. Respiras de otra manera. Esas cosas no se me escapan.

Al levantar los párpados y la cabeza a un tiempo, Payne clavó sus ojos en el soldado. Estaba en medio de las sombras, junto a ella, así que no lo podía ver bien.

Las otras voces habían cesado. Notó que tenía muchos ojos encima.

Así era como debían de sentirse las presas acorraladas en una cacería.

—Me duele que no recuerdes nada de mí, hembra. —Al decir eso, el macho acercó una vela a su cara—. Yo he pensado en ti cada noche desde que nos vimos por primera vez. Hace cientos y cientos de años.

Payne entornó los ojos. Pelo negro. Ojos crueles de color azul oscuro. Y un labio leporino que obviamente debía de ser de nacimiento.

—Recuérdame. —No era una pregunta, era una exigencia—. ¡Recuérdame!

Y entonces recordó. La pequeña aldea al borde de una cañada boscosa donde ella había matado a su padre. Sí, era uno de los soldados del Sanguinario. Sin duda, todos los presentes lo eran.

Estaba claro, definitivamente se había convertido en una presa de caza. La vampira fue consciente de que ansiaban hacerle mucho daño antes de matarla, todo ello en venganza por haberles arrebatado a su líder.

—Recuérdame.

—Eres un soldado del Sanguinario.

El macho, vociferando, se acercó más a su rostro.

—¡No, no, no! Soy más que eso.

Al ver que Payne fruncía el ceño, el macho retrocedió y comenzó a dar vueltas en pequeños círculos, con los puños cerrados, mientras la vela goteaba cera ardiente sobre sus manos.

Cuando regresó frente a ella, había recuperado el control.

—Soy su hijo. Su hijo. Tú me arrebataste a mi padre injustamente.

—Imposible.

—¿Qué?

En medio de un silencio tenso, Payne habló con claridad.

—Es imposible que tú seas hijo del Sanguinario.

Pasado un instante, la furia ciega que cubrió la cara del macho era la imagen misma del odio.

Alzó una mano crispada, temblorosa, y le dio a la vampira una violenta bofetada, que la dejó conmocionada unos segundos.

Cuando levantó la cabeza y lo miró a los ojos, Payne no estaba dispuesta a seguir tolerando aquella situación. Ni las creencias erradas de ese macho, ni a su grupo de degenerados que la observaban con lujuria.

Ni su ignorancia criminal.

La Elegida sostuvo la mirada a su captor.

—El Sanguinario engendró un hijo, y sólo un hijo macho...

—El Hermano de la Daga Negra Vishous. —Se oyó una carcajada que resonó por todo el salón—. He oído historias sobre sus perversiones...

—¡Mi hermano no es un perverso!

En este punto, Payne también perdió el control y la ira que la había impulsado aquella noche en que mató a su padre regresó y se apoderó de ella: Vishous no sólo era sangre de su sangre, también era su salvador, por todo lo que había hecho por ella. La guerrera no iba a permitir que le faltaran al respeto en su presencia, aunque defenderlo le costara la vida.

Entre un latido y otro de su corazón, Payne fue consumida por una energía interna que iluminó el sótano en que todos se encontraban con una luz blanca, asombrosa, brillante.

Los grilletes se fundieron y cayeron sobre el suelo de tierra con un ruido metálico.

El hombre que estaba frente a ella saltó hacia atrás y adoptó instintivamente la posición de combate, mientras que los demás tomaban las armas. Pero ella no iba a atacar, es decir, no lo iba a hacer físicamente.

La guerrera iluminada habló.

—Escúchame ahora. Fui traída al mundo por la Virgen Escribana. Vengo del Santuario de las Elegidas. Así que cuando te digo que el Sanguinario, mi padre, no tuvo otro hijo macho, estoy exponiendo un hecho, no una opinión ni una creencia.

El otro volvió a vociferar, descompuesto.

—No es cierto. Y tú... tú no puedes haber nacido de la Madre de la raza. Ella no tiene descendencia...

Payne levantó sus brazos resplandecientes.

—Soy lo que soy. Niégalo si quieres. Tú sabrás a lo que estás dispuesto a arriesgarte.

La cara del vampiro se puso blanca como el papel y hubo un largo y tenso momento de quietud, mientras las armas convencionales apuntaban en dirección de Payne y ella brillaba con ira santa.

De pronto, el soldado que comandaba a los demás relajó su posición de combate y dejó caer los brazos a los lados, al tiempo que estiraba las piernas.

—No puede ser. Nada de eso es...

Macho estúpido, pensó Payne. Dio un paso hacia el enemigo y volvió a hablar.

—Soy la hija engendrada por el Sanguinario y la Virgen Escribana. Y yo te digo ahora que maté a mi padre, no al tuyo.

Luego levantó la mano, la echó hacia atrás y le dio una bofetada.

—Y no insultes a los míos.



Cuando la hembra lo golpeó, la cabeza de Xcor se torció hacia un lado, con tanta fuerza y tan rápido que tuvo que movilizar todos sus músculos instintivamente para tratar de mantener la cabeza unida a la columna vertebral. La sangre invadió de inmediato su boca y tuvo que escupir un poco antes de enderezarse.

En verdad, la hembra que estaba frente a él era imponente en su furia y su determinación. Casi tan alta como él, lo miraba directamente a los ojos, con los pies bien plantados en el suelo y los puños cerrados, como si estuviera preparada para usarlos contra él y su pandilla de bastardos.

No se trataba de una hembra ordinaria. Y no solo por la manera en que había derretido los grilletes.

Para colmo, al mirarla directamente a los ojos, le recordó a su padre. La hembra tenía la voluntad de hierro del Sanguinario no solo en el rostro, los ojos y el cuerpo entero. La tenía en el alma.

Xcor tuvo la clara sensación de que todos ellos podrían caer sobre ella y pese a todo la hembra guerrera lucharía con todos y cada uno hasta el último aliento y el último latido de su corazón.

Dios sabía que pegaba como un guerrero.

Pero...

—Era mi padre. Él me lo dijo.

—Él era un mentiroso. —Al decir eso, la hembra no parpadeó. Ni bajó los ojos ni la cabeza—. He visto en los cuencos de cristal a innumerables hijas bastardas. Pero solo hubo un único hijo macho y ése es mi hermano gemelo.

Xcor no estaba preparado para oír aquello delante de sus machos.

Los miró de reojo. Incluso Throe se había armado. En cada uno de los rostros se podía ver la rabia impaciente. Una sola señal de su parte y caerían sobre ella, aunque los redujese a cenizas a todos.

El jefe tomó una decisión.

—Dejadnos solos.

Como era de esperarse, Zypher fue el primero en protestar.

—Permítenos sujetarla mientras tú...

—Dejadnos solos.

Hubo un momento en que nada se movió. Finalmente, Xcor gritó:

—¡Dejadnos solos!

En un segundo, los machos desaparecieron por una escalera que llevaba a la vivienda que había en la planta superior. Luego cerraron una puerta y se oyeron pasos arriba, mientras se paseaban de un lado a otro como animales enjaulados.

Xcor se volvió a concentrar en la hembra.

Durante un rato muy largo, se quedó mirándola en hostil silencio.

—Te he buscado durante siglos.

—No estaba en este lado.

Con los demás o a solas con aquel guerrero, ella seguía serena, soberbia. Totalmente imperturbable. Y mientras estudiaba su rostro, Xcor notaba un cambio glacial en su propio corazón.

Preguntaba con voz ronca, dolorida.

—¿Por qué? ¿Por qué lo mataste?

La hembra parpadeó lentamente, como si no quisiera mostrar vulnerabilidad y necesitara un momento para asegurarse de no revelar lo que sentía de verdad.

—Porque le hizo daño a mi gemelo. Torturó a mi hermano, y por eso tenía que morir.

Así que tal vez las leyendas que había oído tenían algo de veracidad, pensó Xcor.

En efecto, como la mayoría de los soldados, Xcor conocía desde hacía mucho tiempo los rumores de que el Sanguinario había ordenado que su hijo de sangre fuese sujetado en el suelo mientras le hacían unos tatuajes... y luego lo castraban. Según contaba la historia, la castración había sido sólo parcial. Se rumoreaba que Vishous había quemado mágicamente las cuerdas con que lo sujetaban y luego había escapado hacia la noche, antes de que terminaran la siniestra tarea.

Xcor miró hacia los grilletes que habían caído de las muñecas de la hembra, completamente fundidos.

Luego levantó sus propias manos y se miró. No, él nunca había resplandecido.

—Me dijo que yo era hijo de una hembra que había visitado en busca de sangre. Me dijo que... aquella hembra no me quería como hijo debido a mi... — El macho se tocó el labio leporino y dejó la frase sin terminar—. Él me recogió y... me enseñó a pelear. A su lado.

Xcor se daba cuenta de que hablaba con exceso de pasión, pero no le importaba. Se sentía como si estuviera mirándose a un espejo y viera un reflejo de sí mismo que no reconocía.

—Me dijo que yo era su hijo, y se apropió de mí como si fuera su hijo.

Después de su muerte, ocupé su lugar, tal como hacen los hijos.

La hembra lo estudió cuidadosamente y luego sacudió la cabeza.

—Y yo te digo que él mintió. Mirame a los ojos. No dudes que digo una verdad que debiste haber conocido hace mucho, mucho tiempo. —La voz de la hembra se transformó apenas en un susurro—. Conozco bien las traiciones de la sangre. Conozco el dolor que sientes ahora. Ese peso que arrastras no es justo. Pero no debes basar tu venganza en una ficción. No lo hagas, te lo ruego. Porque si lo intentas me veré obligada a matarte. Y si no consiguiera matarte, mi gemelo te perseguiría junto con la Hermandad y te harían implorar tu propia muerte.

Xcor buscó dentro de sí mismo y vio algo que despreciaba, pero que no podía pasar por alto: no tenía ningún recuerdo de la perra que lo había traído al mundo, pero conocía muy bien la historia de cómo ella lo había expulsado de su habitación debido a su fealdad.

Indefenso, perdido, deseó intensamente pertenecer a alguien. Y el Sanguinario lo había reclamado para sí; aquel defecto físico nunca le había importado. Solo se interesaba por lo que Xcor tenía en abundancia: velocidad, fortaleza, agilidad, poder... y una concentración letal.

Siempre creyó que había heredado todo eso de su padre.

Ahora todo se tambaleaba.

—Él me dio un nombre. Mi madre se negó a hacerlo. Pero el Sanguinario me dio un nombre.

—Lo siento mucho, de verdad.

Lo verdaderamente extraño era que Xcor creía a la guerrera. Y que a pesar de estar lista para pelear hasta la muerte, la hembra ahora parecía triste.

El soldado se alejó de ella y comenzó a pasearse de un lado a otro.

Si no era el hijo del Sanguinario, ¿quién era él? ¿Podía seguir dirigiendo a su grupo de bastardos? ¿Lo seguirían, como hasta entonces, con fe ciega en la batalla sabiendo que no era quien creía ser?

—Miro hacia el futuro y no veo nada —murmuró.

—También sé lo que es eso.

Xcor se detuvo y miró de frente a la hembra. Había cruzado los brazos relajadamente sobre el pecho y ahora no lo estaba mirando a él, sino la pared que estaba al fondo. En sus rasgos, Xcor vio el mismo vacío que él sentía dentro de su propio pecho.

El soldado echó los hombros hacia atrás y se dirigió a ella.

—No tengo nada que arreglar contigo. Tú tuviste tus propias razones válidas para atentar contra mi... contra el Sanguinario.

De hecho, en el pasado Payne se había dejado llevar por la misma lealtad y los mismos deseos de venganza que habían impulsado a Xcor a buscarla a ella.

Y tal como haría cualquier guerrero con honor, la hembra hizo una reverencia para aceptar su cambio de opinión y el hecho de que todo se hubiese

aclarado entre ellos.

—¿Puedo marcharme ahora?

—Sí... pero es de día. —Vio que la guerrera miraba con aprensión los catres, como si se estuviera imaginando a los machos que la deseaban, y se apresuró a darle garantías—. Nadie te hará nada. Yo soy el jefe... —Bueno, hasta ahora era el jefe—. Pasaremos el día arriba para que tengas un poco de tranquilidad. Hay comida y bebida sobre la mesa, allí.

Xcor concedió a la hembra el privilegio de la intimidad y el alimento, pero no porque creyera en toda esa basura que rodeaba el mito de las Elegidas, sino porque esta guerrera era muy respetable: si alguien podía entender la importancia que tiene vengar un insulto contra la familia, ese era él. Y el Sanguinario había causado un daño permanente y en extremo humillante al hermano de esta mujer.

—A la puesta del sol te sacaremos de aquí con los ojos vendados, pues no puedes saber dónde nos encontramos. Serás puesta en libertad sin daño alguno.

Dicho esto dio media vuelta y se acercó al único camastro que no tenía otro catre encima. Mecánicamente, alisó un poco la manta. No había almohada. Se agachó y recogió un montón de camisas limpias que hacían las veces de esta.

—Aquí es donde duermo; puedes usar este camastro para descansar un poco. Y si te preocupan tu seguridad o tu virtud, hay un arma a cada lado, en el suelo. Pero no te preocupes. Verás que llegas al ocaso sana y salva.

Xcor no lo juró por su honor, porque, en verdad, era consciente de que no tenía honor. Y tampoco miró hacia atrás cuando se dirigió a las escaleras.

Ella le hizo una pregunta antes de perderlo de vista.

—¿Cuál es tu nombre?

—¿Acaso no lo conoces ya, Elegida?

—No lo sé todo.

—Bueno, no es tan malo. —Xcor apoyó la mano en la tosca barandilla—. Yo tampoco. Que descanses, Elegida.

Mientras subía las escaleras, Xcor se sentía como si hubiese envejecido siglos enteros desde que había llevado hasta el sótano el cuerpo desmayado de aquella hembra.

Al abrir la robusta puerta de madera, el soldado no tenía idea de lo que se podría encontrar al otro lado. Concedores de su nuevo estatus, a los que debería contar todo lo ocurrido de inmediato, bien podían amotinarse y decidir rechazarlo...

Allí estaban todos, formando un semicírculo, que cerraban Throe y Zypher. Tenían las armas en la mano y una expresión lúgubre en los rostros. Le miraron. Sin duda esperaban que dijera algo.

Xcor cerró la puerta y se recostó contra ella. No era ningún cobarde. No pensaba huir de ellos ni eludir lo que había ocurrido allá abajo, y no veía ninguna

ventaja en suavizar con silencios o verdades a medias la realidad de lo que le había sido revelado hacía un momento.

—La hembra dijo la verdad. No llevo la misma sangre del que pensé que era mi padre. Así que decidme lo que pensáis.

Ninguno dijo nada al principio. No se miraron entre ellos. Y ninguno vaciló.

Como si fueran uno solo, todos cayeron de rodillas sobre el suelo de tablas y agacharon la cabeza. Throe fue el que habló:

—Siempre estaremos a tu servicio.

Al ver esa respuesta, Xcor tuvo que tragar saliva. Y volvió a hacerlo. Y una vez más. Luego sentenció en Lengua Antigua:

Ningún líder ha visto espaldas más fuertes, con mayor lealtad, que las que tengo frente a mí.

Throe levantó los ojos.

—No ha sido la memoria de tu padre lo que hemos honrado y servido a lo largo de todos estos años.

Hubo un fuerte coro de asentimiento, lo cual era mejor que cualquier promesa pronunciada con bonitas y solemnes. Después hundieron las dagas en el suelo de madera, a los pies de Xcor, mientras las empuñaduras permanecían en las manos de soldados que habían estado, y seguirían estando, a sus órdenes.

De buena gana el jefe habría dejado las cosas en ese punto, pero sus planes a largo plazo le exigían que hiciera una revelación, porque necesitaba una confirmación más específica de su poder.

—Tengo un propósito más ambicioso que luchar paralelamente a la Hermandad. —Hablabla en voz baja, para que la hembra que estaba abajo no pudiera oír nada—. Pero debéis saber que mis ambiciones representan una sentencia de muerte si somos descubiertos. ¿Sabéis ya a lo que estoy refiriéndome?

Alguien musitó dos palabras que en el silencio del tétrico lugar sonaron con acento terrible.

—El rey.

—Así es. —Xcor miró a los ojos de cada uno—. El rey.

Ninguno de ellos desvió la mirada ni se levantó. Todos eran una sólida unidad de fuerza y determinación letal.

—Si eso cambia en algo la situación para cualquiera de vosotros, debe decírmelo ahora y marcharse al anochecer, para no regresar nunca, bajo pena de muerte.

Throe rompió filas y bajó la cabeza. Pero eso fue todo. No se levantó ni se marchó, y nadie más hizo ningún movimiento.

—Bien —dijo Xcor.

Entonces habló Zypher, con sonrisa perversa.

—¿Qué hay de la hembra?

Xcor negó con la cabeza.

—Nada en absoluto. Ella no merece ningún castigo.

El macho de la sonrisa perversa levantó las cejas.

—Bueno, en ese caso, razón de más para que la haga disfrutar.

Joder, Zypher se parecía demasiado al maldito *Lhenihan*.

—No. No la tocarás. Ella es una Elegida. —Esto despertó la curiosidad de sus machos, pero Xcor ya había hecho demasiadas revelaciones. Y ya estaba harto de ellas—. Y vamos a dormir aquí arriba.

—¿Por qué demonios hemos de abstenernos del placer? —Zypher se puso de pie y el resto lo siguieron—. Si dices que ella es fruto prohibido, la dejaré en paz, al igual que los demás, pero queremos saber por qué....

—Porque eso es lo que yo ordeno.

Y para reforzar su posición, Xcor se sentó al pie de la puerta y apoyó la espalda contra los paneles de madera. Era capaz de confiar su vida a sus soldados en el campo de batalla, pero la que estaba abajo era una hembra hermosa y poderosa y todos ellos eran unos malnacidos lujuriosos y descerebrados.

Para llegar hasta ella, tendrían que pasar por encima de su cadáver.

Después de todo, sería un bastardo, pero a su modo tenía ciertos principios. Aquella guerrera merecía una protección, que probablemente no necesitaba, por la buena obra que había hecho por él.

Porque, al final, matar al Sanguinario había sido un favor.

Tal como resultaron las cosas, benefició a Xcor.

Porque significó quitarse de sus malditos hombros la culpa por el asesinato del mentiroso.

CAPÍTULO

53



Manny conducía su coche, con el volante bien agarrado entre las manos y los ojos fijos en la carretera, cuando giró a la derecha... y enfiló hacia un lugar que coincidía perfectamente con la clase de escenario que Vishous le había descrito.

Al fin. Llevaba lo menos tres horas dando vueltas por una calle tras otra, doblando por aquí y por allá, hasta que encontró el puñetero lugar.

Sí, esto era lo que estaba buscando: a la luz de las diez de la mañana que se colaba entre los edificios, brillaba un reguero de algo pegajoso y oleaginoso, que se extendía por el pavimento y cubría los muros de ladrillo, el contenedor de basura y las ventanas con rejilla.

El cirujano detuvo el motor.

Abrió la puerta y enseguida frunció el ceño.

—Joder, qué peste.

El hedor era indescriptible. Un olor inmundado que pasó directamente de la nariz al cerebro y produjo en este una especie de cortocircuito.

Y el caso es que Manny lo reconoció. El tío con la gorra de los Sox apestaba a

eso la noche que habían operado a los vampiros.

Manny sacó el móvil, buscó el número supersecreto de Vishous y lo llamó. Casi no le dio tiempo a sonar antes de que respondiera el gemelo de Payne.

—Lo encontré. —El cirujano sentía que mientras hablaba el corazón podía escapársele por la boca—. Un sitio que tiene todas las características de las que me hablaste. Y, joder, un olor que... Bien. Sí. Entendido. Te llamo en un momento.

Colgó y miró su entorno. Por un lado, estaba a punto de enloquecer pensando que Payne podía estar involucrada en lo que parecía claramente un baño de sangre. Por otro, se decía que al menos podía ser una pista. Tomó aire y mantuvo la cordura mientras buscaba algo, cualquier cosa que les pudiera decir qué había ocurrido...

—Manny.

—¡Dios! —Giró sobre sus talones, sobresaltado—. ¿Quién coño es? Joder... ¡Jane!

La figura fantasmagórica de su antigua jefa de traumatología se condensó ante sus ojos.

—Hola.

Su primer pensamiento fue que la regeneración de la Elegida le había afectado al cerebro, y veía visiones. Luego recordó que su amiga era capaz de hacer cosas bastante sensacionales, por así decirlo.

—Ho... hola. ¿No tienes problemas con la luz del sol?

—No, estoy bien. —Jane lo agarró de un brazo para tranquilizarlo—. He venido a ayudar. V me dijo dónde estabas.

Jane le dio un apretón en el hombro.

—Estoy realmente muy contenta de verte.

Jane le dio un abrazo rápido y sentido.

—Vamos a encontrarla, te lo prometo.

Sí, pero ¿en qué condiciones estaría?

Trabajando en equipo, los dos registraron minuciosamente el callejón, tanto las partes en penumbra como las zonas iluminadas. Gracias a Dios todavía era relativamente temprano y aquel era un barrio de la ciudad muy poco habitado y menos transitado. El cirujano no hubiera tenido paciencia en ese momento para sobrellevar la complicación de tener público; y no digamos para andar respondiendo a preguntas de la policía.

Durante media hora, Manny y Jane revisaron cada centímetro cuadrado del appestoso callejón, pero lo único que encontraron fueron desechos de los drogadictos, basura y un montón de condones que Manny no tenía intención de tocar.

—Nada. Sólo la mierda que era de esperar.

Nada de rendirse, había que seguir revisando, peinando la zona, esperando...

Un traqueteo lo hizo volver la cabeza y llamó su atención hacia el contenedor de basura.

—Algo está haciendo ruido por aquí. —Mientras gritaba, se agachaba hacia el punto del que procedía el ruido. Solo que, con la suerte que tenía, tal vez fuera más que una rata desayunando.

Jane llegó justo cuando el cirujano metía la mano debajo del contenedor.

—Creo... creo que es un teléfono. —Tanteó con esfuerzo durante unos segundos, con expresión crispada—. Lo tengo.

Al retirar el brazo, Manny vio que, en efecto, se trataba de un móvil medio roto que, sin embargo, seguía vibrando, lo cual explicaba el ruido. Por desgracia, saltó el buzón de voz antes de que pudiera contestar.

—Joder, está untado por todas partes de esa cosa negra. —Manny se limpió la mano contra el borde del contenedor de basura, casi emperando las cosas—. Y está protegido con una clave.

—Hay que llevárselo a V; él puede encontrar algo.

Manny se puso de pie y miró a Jane.

—No sé si puedo ir allí. —Trató de entregarle el teléfono—. Toma. Llévalo tú y yo veré si puedo encontrar otro lugar como éste.

A decir verdad, tenía la impresión de que ya había recorrido todo el centro de la ciudad.

—¿No quieres saber de primera mano lo que está pasando?

—Mierda, sí, claro, pero...

—¿Nunca has oído que a veces se puede hacer algo prohibido y disculparse después? —Al ver que Manny levantaba las cejas, Jane encogió los hombros—. Así fue como me relacioné contigo en el hospital durante años.

El médico la miró con cara seria.

—¿Hablas en serio?

—Yo conduciré hasta el complejo y, si alguien tiene algún problema con tu presencia, yo me encargo de arreglarlo. ¿Te puedo sugerir que nos detengamos antes en tu casa para que saques lo que puedas necesitar para quedarte un tiempo en la Guarida?

Manny negó con la cabeza lentamente.

—Si ella no vuelve...

—No. Ni siquiera merece la pena considerar esa posibilidad. Volverá. —Jane hablaba con total seriedad mientras lo miraba a los ojos—. Cuando vuelva a casa, tarde lo que tarde, tú estarás allí para recibirla. V me ha contado que has dejado el trabajo... al parecer Payne se lo dijo. Podemos hablar de eso después...

—No hay nada que discutir. La dirección del St. Francis prácticamente me pidió que renunciara.

Jane tragó saliva.

—Santo Dios... Manny...

Santo Dios, Manny, menudo comentario idiota. No podía creer lo que acababa de salir su boca en ese momento. ¿No se le ocurría otra cosa que decirle a su amigo y maestro cuando se había quedado sin lo que daba sentido a su vida? Jane se odió.

—No importa, Jane. Siempre y cuando ella regrese sana y salva, lo demás da igual, de verdad. Eso es lo único que me importa.

Jane hizo un gesto con la cabeza señalando el coche.

—Bien, entonces, ¿por qué perdemos el tiempo charlando aquí?

Tenía mucha razón.

Los dos corrieron hacia el Porsche, se montaron, se pusieron los cinturones de seguridad y arrancaron, con Jane al volante.

Mientras avanzaban a toda velocidad hacia el Commodore, Manny se sintió impulsado, por no decir transformado, por un propósito firme, una decisión casi fanática: ya había arruinado las cosas con su mujer una vez y no ocurriría de nuevo.

Jane aparcó frente al rascacielos y allí esperó mientras Manny entraba corriendo al vestíbulo, subía en el ascensor y llegaba a su ático. Moviéndose como un rayo, agarró el ordenador, el cargador del móvil... y recordó algo.

La caja de seguridad.

Siempre a toda velocidad, se dirigió al armario de su habitación, abrió la puerta y marcó el código que abría la caja fuerte. Con manos rápidas y seguras, sacó su certificado de nacimiento, siete mil dólares en efectivo, dos relojes Piaget y el pasaporte. Luego agarró una bolsa y lo metió todo allí, junto con el ordenador y el cargador. Enseguida agarró dos mochilas más que había dejado llenas de ropa cuando estuvo a punto de marcharse por la noche y salió de su ático como un rayo.

Esperó impaciente el ascensor, sin dejar de pensar que estaba abandonando su vida. Para siempre. Rompiera con Payne o no, nunca volvería a reanudar aquella existencia... y no se refería solo al lugar de residencia.

Desde el momento en que entregó las llaves del coche a Jane, había doblado la esquina, hablando metafóricamente. No tenía idea de qué le esperaba, pero no había marcha atrás. Y le parecía lo adecuado, lo que tenía que hacer. No sentía el más mínimo arrepentimiento.

De regreso en el coche, guardó las bolsas en el maletero, se montó y miró a su fantasmal amiga.

—Adelante.



No había pasado mucho más de media hora cuando el rejuvenecido cuarentón se encontraba de nuevo en el brumoso territorio de la montaña de los vampiros.

Al mirar de reojo el móvil casi totalmente destrozado que llevaba en la mano, rogó a Dios que aquella frágil pista sirviera para devolverle a su Payne... y que así pudiera tener una oportunidad de recuperar lo que había abandonado...

—Joder. —Frente a ellos, elevándose por encima de una extraña neblina, se cernía una inmensa mole de roca, tan grande como el monte Rushmore—. Esa sí que es una condenada casa.

Gran casa, en verdad. O gran mausoleo, que también podría considerarse así.

—Los Hermanos se toman la seguridad muy en serio. —Jane estacionó el coche frente a unas escaleras que parecían más propias de una catedral que de una vivienda.

—Desde luego. Tus parientes políticos son de lo que no hay.

Se bajaron al tiempo y, antes de sacar sus cosas, Manny echó un vistazo al paisaje. El muro que rodeaba el complejo se extendía a izquierda y derecha y se elevaba más de tres metros del suelo. Había cámaras de vigilancia por todas partes, y rollos de alambre de púas sobre el borde de la tapia. La mansión era enorme, parecía perderse en todas direcciones. Tenía cuatro pisos.

Y tenía algo que no había visto ni siquiera en las más inexpugnables fortalezas: todas las ventanas estaban cubiertas por persianas de metal. ¿Y aquella puerta doble? Parecía que se necesitaba un carro de combate para atravesarla.

Había varios coches en el patio, algunos de los cuales habrían despertado su envidia en otras circunstancias, y también se veía otra casa mucho más pequeña, pero construida con la misma piedra que la principal, el castillo. La fuente que había en el centro estaba seca, pero Manny se podía imaginar el encantador sonido que haría cuando tuviera agua, para alegrar la existencia de aquella pandilla de monstruos a cual más espeluznante.

Jane, que ya estaba sacando las bolsas y las mochilas, le hizo una seña.

—Sígueme.

—Déjame llevar eso a mí. —Manny y agarró las mochilas que ella había sacado—. Las señoras primero.

La fantasmal doctora había llamado a su compañero por el camino, así que el cirujano ya sabía que los amigos de Payne no lo iban a matar de inmediato. Pero ¿quién podía estar seguro de que el cabrón de la perilla o cualquier otro no perdería los nervios?

Menos mal que en ese momento lo que menos le importaba era su propia vida.

Al llegar a la imponente entrada, Jane tocó la campana y se abrió una puerta. Pasaron. Manny se encontró en un vestíbulo sin ventanas que le hizo pensar en una cárcel, una prisión muy elegante y cara, con paneles de madera tallada y un delicioso aroma a limón en el aire.

No había manera de salir de allí a menos que alguien se lo permitiera.

Pero de momento no había nadie.

Jane le habló directamente a una cámara.

—Somos nosotros. Estamos...

Un segundo conjunto de puertas se abrió de inmediato y Manny tuvo que parpadear un par de veces cuando miró hacia el interior. El deslumbrante y colorido vestíbulo que vio al fondo no era lo que esperaba: majestuoso y con todos los colores del arco iris, era todo lo contrario del exterior fortificado. Mármoles, piedras policromas, cristal refinado. Lujo total. Alegría decorativa.

Pasaron al vestíbulo y el cirujano vio, impresionado, el fresco del techo, tres o cuatro pisos hacia arriba. Por si fuera poco, allí había una escalera que dejaría en ridículo a la de *Lo que el viento se llevó*.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, el hermano de Payne salió de lo que parecía una sala de billar, con Red Sox a su lado. Mientras caminaba hacia ellos, se puso el cigarro entre los colmillos y se arregló los pantalones de cuero negro, todo con mucha seriedad.

Se detuvo frente a Manny, los dos se miraron a los ojos y todos los demás empezaron a preguntarse si todo se iría a freír espárragos antes de empezar.

Pero de pronto el vampiro le tendió la mano.

Ah, claro, el móvil.

Manny puso las mochilas en el suelo y sacó el deteriorado aparato del bolsillo de la chaqueta.

—Toma... aquí está...

El vampiro aceptó lo que Manny le entregó, pero ni siquiera miró el teléfono. Solo se lo guardó en el bolsillo y volvió a tenderle la mano a Manny.

El gesto era muy simple, pero su significado era muy, pero que muy profundo.

El cirujano le estrechó la mano y ninguno de los dos dijo nada. No había razón para hablar, puesto que la comunicación era clara: uno y otro se expresaron respeto mutuo.

Cuando se soltaron, Manny sí habló.

—¿Y el móvil?

El vampiro estudió el teléfono en un segundo y lo identificó en dos.

—Sí, ya sé lo que es.

—Joder... eres rápido —murmuró el humano.

—No tiene mucho mérito. Este es el teléfono que le di a ella. La estaba llamando cada hora. El GPS está dañado, si no, habríamos ganado mucho tiempo, te hubiera podido decir dónde estaba, sin necesidad de que peinaras todo el centro.

—Mierda. —Manny se refregó la cara—. Bueno, era lo único que había allí. Jane y yo registramos minuciosamente el callejón. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Esperaremos. Es lo único que podemos hacer mientras sea de día. Pero, tan pronto oscurezca, la Hermandad va a salir de aquí a buscar venganza. La

encontraremos, no te preocupes.

—Yo también voy. —Manny había dado un paso al frente—. Lo digo porque quiero que quede claro.

Al ver que el gemelo de Payne comenzaba a negar con la cabeza, el cirujano decidió abortar cualquier protesta o mierda parecida.

—Lo siento. Ya sé que es tu hermana, pero también es mi mujer. Y eso significa que tengo que tomar parte.

Al oír eso, el de la gorra de béisbol se descubrió y se pasó la mano por el pelo.

—Joder, qué huevos...

Manny se quedó paralizado, sin poder escuchar el resto de la frase. Sólo miraba al tipo que la pronunciaba.

Esa cara, esa maldita cara le sonaba.

Esa cara.

Manny se había equivocado acerca del lugar donde había visto a ese tío.

—¿Qué pasa conmigo? —Se echó un vistazo para ver qué tenía de raro.

Manny notó que el hermano de Payne fruncía el ceño, y Jane parecía preocupada. Pero tenía toda su atención centrada en el otro hombre. Estudió aquellos ojos color almendra, esa boca y esa mandíbula, tratando de encontrar algo que no coincidiera, algo que estuviese fuera de lugar, algo que contradijera el maldito parecido.

La única cosa que parecía ligeramente distinta era la nariz, pero eso era porque ese tío se la debía de haber fracturado al menos una vez.

La verdad estaba en los huesos.

Y la conexión no era el hospital, ni la catedral de St. Patrick... porque, pensándolo bien, sí, definitivamente había visto antes a ese tío, ese hombre, ese macho, ese vampiro, o lo que fuera... en la iglesia.

—¿Qué demonios pasa? —Butch, también intrigado, miraba a Vishous.

A manera de explicación, Manny se agachó y empezó a hurgar entre sus mochilas. Mientras buscaba, sabía sin lugar a dudas que lo iba a encontrar, pese a que no recordaba haberlo guardado allí. El destino había dispuesto esas fichas de dominó con demasiada perfección como para que las cosas no acabasen cuadrando por una gilipollez.

Y allí estaba.

Cuando Manny se enderezó, le temblaban tanto las manos que el soporte del retrato saltaba sobre el reverso del marco.

Se dio cuenta de que se había quedado sin voz, y lo único que pudo hacer fue girar el retrato y dar a los otros la oportunidad de mirar la fotografía en blanco y negro.

La cual era la imagen misma del tío al que llamaban Butch.

El cirujano pudo hablar al fin, con voz ronca.

—Éste es mi padre.

La expresión del hombre pasó del « vale, muy majo », al desconcierto total. Sus manos también comenzaron a temblar cuando agarró con cuidado la vieja fotografía.

No se molestó en negar nada. No podía.

El hermano de Payne soltó una nube de un humo con delicioso aroma.

—¡Hostias!

Esa expresión realmente lo resumía todo muy bien.

Manny miró de reojo a Jane y luego al hombre que bien podía ser su hermano.

—¿Lo reconoces?

Cuando el tío negó despacio con la cabeza, el humano miró al gemelo de Payne.

—¿Los humanos y los vampiros pueden...?

—Pues sí.

Volvió a mirar al tipo que se parecía a su padre.

—Entonces, tú eres...

—¿Un mestizo? Sí. Mi madre era humana.

Manny remachó entre dientes.

—Qué hijo de puta.

CAPÍTULO

54



Mientras sostenía el retrato de un hombre que era, sin duda, idéntico a él, Butch pensó, por alguna extraña razón, en las señales amarillas que se veían en las carreteras.

Las que decían cosas como «Firme resbaladizo», o «Peligro de deslizamiento», o los avisos temporales de «Obras en 2 kilómetros». Demonios, incluso aquellos que tenían la silueta de un ciervo saltando o una flecha negra que apuntaba a la izquierda o la derecha.

En ese momento, mientras permanecía de pie en el vestíbulo, realmente habría agradecido alguna señal de advertencia, algo que le avisara de antemano de que su vida estaba a punto de salirse de la carretera.

Pero, claro, las colisiones eran colisiones y no se podían prevenir, no había manera de saber que se iban a producir.

Butch levantó la vista de la fotografía y miró al cirujano humano a los ojos. Eran del color del vino de Oporto. Pero la forma de los ojos... Dios, ¿por qué no había notado antes la similitud que tenían con los suyos?

Habló casi sin darse cuenta de lo que decía.

—¿Estás seguro de que este hombre es tu padre?

Butch ya conocía la respuesta antes de que el cirujano asintiera.

—Quién... cómo... —Butch, desde luego, podría haber sido un gran periodista—. Qué...

Solo le faltaban el cuándo y el dónde y ya tendría ganado el Premio Pulitzer.

La cosa era que, después de aparearse con Marissa y pasar por la transición, finalmente había hecho las paces consigo mismo y lo que estaba haciendo con su vida. En el mundo humano, por otra parte, siempre se había sentido aislado de todos los demás, llevando una especie de vida paralela, pero sin relacionarse realmente con su madre, sus hermanas y sus hermanos.

Ni con su padre, desde luego.

O, al menos, el tío que le habían dicho que era su padre.

Butch había llegado a creer que al fin tenía una vida estable, con una casa y una compañera que le llenaban, tras una serie, no de cambios, sino de alucinantes convulsiones. Pensaba que su existencia discurriría por cauces seguros, sólidos, conocidos.

Y ahora una simple foto, una instantánea de mierda, lo echaba todo a rodar otra vez. Ya no sabía ni quién era. Toma y vida estable.

El humano habló con tono solemne.

—Su nombre era Robert Bluff. Era cirujano del Columbia Presbyterian, en la ciudad de Nueva York, y mi madre trabajaba allá como enfermera.

—Mi madre también era enfermera. —Al hacer el comentario, Butch sintió que la boca se le quedaba seca—. Pero no en ese hospital.

—Él trabajó en muchos sitios; incluso estuvo en Boston.

Hubo un largo silencio, durante el cual el expolicia trató de evitar entrar en aguas turbulentas. No quería ni pensar en la posible infidelidad de su madre.

Vishous, en su nueva faceta de tipo sociable, trató de rebajar la tensión.

—¿Alguien quiere una copa?

—Whisky.

—Ginebra.

Butch y el cirujano, que habían hablado al alimón, se quedaron en silencio mientras V entornaba los ojos.

—Muy bien, voy a por ello.

Mientras el vampiro iba al bar de la sala de billar, Manello volvió a hablar.

—No se puede decir que llegara a conocerlo. Creo que lo vi una o dos veces. Realmente no lo recuerdo muy bien, para ser sincero.

V llegó con las bebidas, sonriendo como si fuera un auxiliar de vuelo.

Butch dio un sorbo largo a su vaso, Manello hizo lo mismo y luego sacudió la cabeza.

—Joder, ya he perdido la cuenta de todos los líos que tengo que resolver.

—Ya somos dos.

—Hasta que empezasteis a hurgar en mi cabeza, yo era un dichoso capullo infeliz, con problemillas de mierda: la caída del pelo, la búsqueda de compañera. Pero luego...

Butch asintió con la cabeza, pero no estaba prestándole atención. Sencillamente, no podía dejar de mirar la fotografía. Pasado un rato empezó a notar que, extrañamente, todo eso en cierto modo le aliviaba. La regresión ancestral había mostrado que estaba emparentado con Wrath, pero nunca había sabido, ni se había preocupado por averiguarlo, en qué consistía tan lejano vínculo. Y ahora, de pronto, ahí estaba la foto, poniendo una pista ante sus ojos.

Al final, saber de dónde se viene tranquiliza. Era como si hubiese sufrido una especie de enfermedad durante todo ese tiempo y de repente alguien le ofreciese el medicamento adecuado para curarse.

Tenia síndrome del padre equivocado. O quizás un tumor familiar, un bastardoma. Una paternopatía, en todo caso.

Ahora muchas cosas del pasado cobraban sentido. Siempre había pensado que su padre lo odiaba y tal vez en la foto estaba la explicación de aquella inquina. Su padre le detestaba porque no era su padre. Aunque era casi imposible pensar que su devota y recatada madre se hubiese descarriado alguna vez, allí estaba la prueba de que sí lo había hecho. Al menos una vez.

Su primer impulso fue ir en busca de su madre para pedirle explicaciones, todos los detalles. Bueno, todos no, los imprescindibles.

Pero no serviría de nada. La demencia senil la había alejado de la realidad y ahora estaba tan ida que apenas lo reconocía cuando iba a visitarla ocasionalmente. Y tampoco podía hacerles preguntas a sus hermanos. Había perdido todo contacto con ellos, y además lo más probable era que sus hermanos y sus hermanas supieran lo mismo que él. Nada.

De la boca del policía salió entonces una pregunta importante.

—¿Todavía está vivo?

—No estoy seguro. Yo creía que mi padre reposaba en el cementerio Campo de Pinos. Pero, ahora, qué sé yo.

—Yo puedo hacer algunas averiguaciones. —Cuando V habló, Butch y Manny se volvieron a mirarlo, sorprendidos—. Si queréis que lo busque, lo encontraré, esté vivo o muerto, en el mundo de los humanos o en el de los vampiros.

—¿A quién vas a encontrar?

La voz profunda provenía de la parte alta de las escaleras y todo el mundo miró hacia arriba mientras las palabras reverberaban aún en el enorme vestíbulo.

Wrath se encontraba en el rellano del segundo piso, con *George* a su lado. El estado de ánimo del rey era fácil de adivinar, por mucho que llevara, como siempre, gafas oscuras. Su lenguaje corporal, además del tono de voz, decía que estaba de muy mal humor.

Lo que no estaba claro es si se debía a la presencia de aquel humano en el vestíbulo u obedecía a otra razón. Dios sabía que en ese momento el rey tenía muchas y muy serias preocupaciones.

Vishous fue el primero en hablar; lo cual fue una suerte, porque Butch parecía haberse quedado sin voz, y Manello también.

—Parece que este estupendo cirujano puede ser pariente tuyo, señor.

Manello se quedó con la boca abierta.

Butch tragó saliva. ¡Parientes del rey! Más leña al fuego.



Manny se pasó la mano por la cara, abrumado, mientras el tremendo vampiro con el pelo hasta la cintura bajaba las escaleras, acompañado de un perro rubio que parecía guiarlo. El desgraciado se comportaba como si fuera el amo. Claro que, teniendo en cuenta que Vishous se había dirigido a él como «señor», probablemente lo era.

—¿Te he oído bien, V?

—Sí. Me has oído bien, mi rey.

Bien: esto planteaba otra pregunta. Ahora Manny también se estaba preguntando si sus oídos funcionaban bien.

Vishous aclaró sus dudas.

—Él es nuestro rey. Wrath, hijo de Wrath. Este es Manello. Manuel Manello, el cirujano prodigioso.

—Tú eres el macho de Payne.

Para empezar, decía una verdad. Buen comienzo.

—Sí, así es.

De pronto soltó una profunda carcajada, llena de ironía.

—¿Y cómo crees que estamos emparentados?

Fue V quien se adelantó a dar una explicación.

—Existe una asombrosa semejanza física entre el padre de Manny y Butch. Quiero decir que... joder, ya me entiendes.

Las cejas negras del rey parecieron juntarse más allá de las gafas ahumadas. Y luego la expresión se suavizó.

—No hace falta que me enseñéis la foto. Ya sabéis que eso en mi caso no sirve de nada.

El cirujano veía, pues, confirmadas sus sospechas: el melencuado era ciego. Eso explicaba su relación con el perro.

—Podríamos hacerle una regresión ancestral —sugirió Vishous.

—Sí —dijo Butch—. Hagamos eso...

—Un momento —intervino Jane—, ¿eso no podría matarlo?

—Eh, eh, quietos. —Manny levantó las manos con gesto defensivo—. Calma,

que soy el interesado. ¿Qué coño queréis hacerme? ¿Una regrequé?

Vishous soltó una bocanada de humo.

—Es un proceso mediante el cual entro en ti y veo cuánta sangre vampira corre por tus venas.

—¿Y eso me puede matar? —Mierda, el hecho de que Jane estuviera sacudiendo la cabeza en actitud inquieta no le inspiraba la más mínima confianza.

—Es la única manera de estar seguros. Si eres un mestizo, no podemos analizar tu sangre en nuestro laboratorio. Los mestizos son diferentes.

Manny miró a su alrededor, fijándose en todos y cada uno de los presentes: el rey, Vishous, Jane... y el tío que podría ser su hermano o su hermanastro. Por Dios, tal vez esa era la razón por la que sentía cosas tan extraordinarias por Payne; desde el primer instante en que la vio, era como... si una parte de él se hubiese despertado.

Y a lo mejor también explicaba su temperamento explosivo.

Y después de toda una vida haciéndose preguntas acerca de su padre y sus raíces, ahora podía encontrar la verdad. Quizás mereciese la pena la regreleche aquella de marras.

Solo que mientras todos lo miraban, Manny recordó el día en que llegó al hospital, la semana anterior, pensando que era de mañana cuando en realidad era de noche. Y luego se acordó de esa mierda que le hizo Payne y los cambios en su cuerpo.

—¿Sabéis una cosa? —El cirujano negó con el dedo—. No quiero regresar a ningún lado. Creo que estoy estupendamente donde estoy y como estoy. De todas formas, agradezco mucho vuestro amable interés.

Jane asintió, lo que vino a confirmarle que se había subido al tren adecuado.

Además, se estaban olvidando del problema más urgente, así que se lo recordó.

—Payne volverá en algún momento, de alguna manera. Y no me voy meter en experimentos, no voy a jugar a la ruleta rusa justo antes de volverla a ver; aunque eso pueda decirme si pertenezco a este mundo o no. Sé quién es mi padre y... estoy viendo su vivo reflejo justo frente a mí. Eso es todo lo que necesito saber, a menos que Payne diga otra cosa. Pero, para saberlo, hay que esperarla.

Al ver que Vishous cruzaba los brazos sobre el pecho, Manny se preparó para discutir lo que hiciera falta.

—Vaya elemento. Me gustan tus cojones. Joder, ya lo creo que me gustan.

Teniendo en cuenta lo que ese cabrón de la perilla había interrumpido no hacía muchos días, aquello era más bien sorprendente. Pero agradable, muy bueno para él en aquel momento crítico.

—Muy bien, estamos de acuerdo. Si mi mujer quiere que lo haga, lo haré. Pero si no, estoy bien como estoy.

Wrath dictó sentencia.

—Me parece justo.

Se hizo un intenso silencio. Tampoco era de extrañar: ¿qué más se podía decir? Todo el mundo pensaba ahora en Payne, en dónde podría estar y qué suerte habría corrido. Ese era el asunto realmente acuciante.

Y la vuelta a la realidad hizo que el cirujano sintiese una enorme impotencia, la mayor de su vida.

El hermanastro rompió el silencio.

—Necesito otro trago.

Butch se dirigió al salón contiguo, Manny lo vio desaparecer a través de un elaborado arco.

—Apoyo esa moción.

—Estás en tu casa. —El rey ciego habló, como siempre, con voz grave, pero ahora con tono mucho más amable—. El bar está por allí.

Manny asintió con la cabeza, dominando un cómico impulso de hacerle una reverencia. Lo mismo su atávica sangre vampírica lo reconocía como rey. Pensando en ello, decidió responder de la forma más llana posible.

—Gracias, amigo. —Al ver que el rey le tendía el puño, Manny le respondió y, después de darse un golpecito en los nudillos, se despidió de Jane y su marido con un gesto de la cabeza.

El salón al que pasó parecía un bar de hipódromo, y además el mejor que hubiese visto en la vida. Demonios, hasta tenían una máquina para hacer palomitas de maíz.

La voz del policía sonó desde el fondo.

—¿Otra copa?

Manny, aún impresionado por el lujo del bar de marras, aceptó encantado.

—Sí, por favor.

El cirujano alzó el vaso y el hermanastro le sirvió. El chorro de escocés pareció resonar por todo el salón, y el humano se dijo que aquel bar de lujo tenía, encima, una sonoridad propia del Madison Square Garden.

Animado por esa idea, fue hasta el equipo de música, espectacular como toda la estancia, y pulsó algunos botones.

Sonó gangsta rap.

Mejor cambiar. Conectó la radio digital de alta fidelidad, donde comenzó a buscar una emisora de su gusto. Cuando oyó los primeros acordes de *Dead Memories*, de Slipknot, respiró hondo.

Le relajaban un poco aquellas distracciones mientras llegaba la noche. Solo tenía que esperar la llegada de la noche.

El expolicía, que le había servido la copa, señalaba ahora el aparato de música con la cabeza.

—¿A ti te gusta esa mierda?

—Sí.

—Pues en eso no estamos de acuerdo.

El gemelo de Payne asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué demonios es ese ruido? Creí que nos habían invadido las huestes del Omega.

Manny sacudió la cabeza.

—Es música.

—Si tú lo dices...

El rejuvenecido cuarentón entornó los ojos y se puso muy serio. En cuanto se paraba a pensar, pensamientos sombríos invadían su ente. La idea de que en ese momento no podía hacer nada por su Payne era desesperante, y hasta lo volvía peligroso, porque sentía ganas de destruir algo o a alguien. A saber de lo que sería capaz si empeoraban las cosas, y más ahora que se sospechaba que pudiera tener algo de sangre vampírica en las venas.

Dios, se sentía fatal. Tenía que hacer algo, y se le ocurrió una idea.

—¿Alguien quiere echar una partida de billar?

—Mierda, sí.

—Por supuesto.

Jane entró y le dio un abrazo.

—Yo también juego.

Estaba claro que Manello no era el único que se moría por tener alguna distracción.

CAPÍTULO

55



En un asiento acolchado, con las manos en el regazo, Payne supuso que iba en un coche porque aquella sutil vibración era similar a la que había notado cuando viajó con Manello en su Porsche. Sin embargo, no podía confirmarlo con sus ojos porque, tal como lo había prometido el soldado del Sanguinario, se los habían vendado. Percibía junto a ella el olor del macho que mandaba a los demás, al parecer inmóvil en su puesto, de modo que estaba claro que conducía otro.

Nada le había sucedido a lo largo de las horas que transcurrieron entre aquella dramática confrontación y este viaje que estaban haciendo ahora. La Elegida se había pasado todo el tiempo en la cama del líder, con las rodillas recogidas contra el pecho y las dos armas junto a ella, sobre la tosca manta del no menos tosco camastro. Como nadie la había molestado, al cabo de un rato dejó de sobresaltarse con cada ruido que venía de arriba y se relajó un poco.

Pronto, los pensamientos sobre Manello centraron toda su atención. Recreó una y otra vez algunas de las escenas maravillosas del escaso tiempo que habían pasado juntos. Y al recordarlo el corazón se le partía. Luego, el líder había vuelto

a bajar y le había preguntado si quería comer algo antes de marcharse.

No, no quería comer.

Le vendaron los ojos con una tela blanca, inmaculada; una tela tan limpia y suave que se preguntó de dónde la habrían sacado. Y luego el macho la agarró del codo con mano firme y la condujo lentamente hacia arriba por las mismas escaleras que habían bajado la noche anterior.

Era difícil saber con exactitud cuánto tiempo llevaban en el coche. ¿Veinte minutos? ¿Tal vez media hora?

El líder dio una seca orden al conductor.

—Aquí.

El automóvil, o lo que fuera, fue disminuyendo la velocidad y luego se detuvo por completo y se abrió una puerta. Una brisa fresca y fría llegó hasta ella. La tomaron otra vez del codo y la ayudaron a mantener el equilibrio cuando se bajó. La puerta se cerró y se oyó un golpe, como si un puño hubiese golpeado la carrocería.

Se movieron las ruedas, y le pareció que lanzaban arena contra su túnica.

Y se quedó a solas con el líder.

Aunque él guardaba silencio, la vampira lo sentía moviéndose detrás de ella. De pronto notó que se aflojaba la tela que tenía sobre los ojos. Cuando la venda cayó al suelo, Payne se quedó sin aliento.

—Pensé que si te íbamos a dejar en libertad, deberíamos hacerlo frente a un paisaje digno de tus ojos pálidos.

Toda la ciudad de Caldwell apareció a sus pies. Las luces vagamente parpadeantes y el tráfico que serpenteaba por las calles constituían un glorioso homenaje para los ojos. Estaban en la ladera de una montaña no muy alta, y la ciudad se extendía literalmente a sus pies, a una y otra orilla del río.

Payne miró un momento al soldado.

—Esto es precioso.

Un poco alejado, el macho escondía entre las sombras su rostro desfigurado. Parecía tan distante que casi daba la sensación de no estar allí.

—Que te vaya bien, Elegida.

—A ti también... Aún no sé tu nombre.

—Es cierto. —El macho le hizo una especie de inclinación—. Buenas noches.

Y con esas palabras se marchó, desmaterializándose para marchar lejos de ella.

Al cabo de un momento, Payne se volvió a concentrar en el panorama que se ofrecía a su vista y se preguntó en qué lugar de la ciudad estaría Manello. Probablemente, donde los edificios altos, más allá de aquel puente. Allí debía de encontrarse.

Sí, allí.

Payne levantó la mano y trazó un círculo invisible alrededor del alto edificio

acristalado en el que vivía Manello.

Sintió una punzada de dolor en el pecho y casi se quedó sin aire. Siguió mirando un momento más y luego esparció sus moléculas hacia el noreste, hacia el complejo de la Hermandad. No era un viaje que emprendiera con entusiasmo, lo que la impulsaba era la obligación de informar a su gemelo de que estaba viva y a salvo.

Cuando tomó forma en los escalones de piedra que llevaban a la mansión, se acercó al portalón con una extraña sensación de terror. Se sentía agradecida por estar de regreso a esa especie de hogar, pero la ausencia de su macho anulaba la dicha que debería sentir por el reencuentro que estaba a punto de tener lugar.

Después de tocar la campana, la puerta se abrió de inmediato.

La segunda puerta interna se abrió de manera aún más rápida y Payne fue recibida por un mayordomo sonriente, que gritó entusiasmado.

—¡Madame!

Al entrar al vestíbulo que tanto le había gustado desde le primer momento en que lo vio, días atrás, Payne alcanzó a ver cómo su gemelo aparecía de inmediato en el arco que llevaba a la sala de billar.

Sin embargo, esa imagen duró apenas un segundo, pues enseguida Vishous fue arrollado por una fuerza gigantesca que lo empujó hacia un lado, arrancándole de la mano el vaso que sostenía y lanzando al aire, es decir al suelo, la bebida que había en él.

Manello salió corriendo al vestíbulo y la expresión de su rostro revelaba incredulidad, terror y alivio, todo al mismo tiempo.

Se quedó como paralizada. Verlo corriendo hacia ella no tenía ningún sentido, no tenía sentido que él estuviera allí, en la...

El cirujano la estrechó entre sus brazos antes de que la vampira pudiera aclararse las ideas.

Virgen Santísima, su olor seguía siendo el mismo y ese aroma a especies oscuras que era característico de él y solo de él invadió todos los sentidos de Payne. Y luego pensó que los hombros de Manello seguían siendo tan anchos como lo recordaba. Y su cintura igual de delgada. Y sus brazos igual de maravillosos...

Aquel cuerpo fuerte y querido se estremeció mientras la abrazaba y luego se echó hacia atrás, como si de repente hubiese tenido temor de hacerle daño.

Manello la miró con ojos desorbitados.

—¿Estás bien? ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Necesitas un médico? ¿Estás herida? Estoy haciendo demasiadas preguntas, lo siento. Pero, Dios... ¿qué sucedió? ¿Adónde fuiste? Mierda, tengo que dejar de...

Tratándose de un reencuentro romántico, tal vez no fuesen las palabras más galantes que algunas hembras quisieran oír, pero para la Elegida eran el discurso más bello del mundo.

Cogió la cara del amado entre sus manos.

—¿Por qué estás aquí?

—Porque te amo.

En rigor, aquella frase no explicaba nada, pero le decía a Payne todo lo que ella necesitaba saber.

De pronto, la vampira soltó las mejillas del cirujano.

—Pero ¿qué pasa con lo que te hice? Me refiero a la regeneración de tu cuerpo.

—No me importa. Ya veremos qué demonios pasa con eso, pero lo importante es que estaba equivocado con respecto a ti y a mí. Me porté como un imbécil, un cobarde. Estaba muy equivocado y me siento como un puto monstruo por eso. Mierda. —Manny sacudió la cabeza—. Tengo que dejar de decir groserías. Santo Dios, mira tu vestido.

Payne bajó la vista y vio la sangre negra de los restrictores que había matado, y además una mancha roja de su propia sangre.

—Estoy ilesa, me encuentro muy bien. Y te amo.

En ese punto, Manello la interrumpió con un beso solemne en la boca.

—Dilo otra vez, por favor.

—Te amo.

Al oír que él gruñía y la envolvía de nuevo entre sus brazos, Payne sintió que su corazón estallaba en una fiesta de calor y gratitud y dejó que la emoción la acercara más a él. Y mientras se abrazaban, la Elegida miró por encima del hombro de su macho. Su hermano estaba allí, con su shellan al lado.

Al mirar a su gemelo a los ojos, Payne leyó en ellos todas sus preguntas y todos sus temores.

Habló con claridad a su amado y a su gemelo.

—De verdad, estoy bien.

—¿Qué sucedió? —Manello le acarició el pelo al hacer la pregunta—. Encontré tu teléfono medio destrozado.

—¿Tú me estabas buscando?

—Claro que sí. —Manello se echó un poco hacia atrás—. Tu hermano me llamó al amanecer.

De repente, Payne se vio rodeada de gente, como si hubiera sonado un gong y su llamada hubiese convocado a todos los machos y hembras de la casa. Sin duda, la conmoción de su llegada debió de afectarles y alegrarles, pero se habían quedado a cierta distancia por respeto.

Era evidente que los únicos angustiados por su suerte no eran Manello y su hermano.

Y eso la hizo sentirse parte de aquella enorme familia.

Por eso alzó la voz, para que todos pudieran escucharla.

—Estaba junto al río cuando percibí el olor del enemigo. Atraída por ese olor,

atravesé los callejones y me encontré con dos restrictores. —Payne sintió que Manello se ponía tenso y vio que a su hermano le sucedía lo mismo—. Luché con ellos, y los derroté. Me encontré muy a gusto peleando.

Al hacer esa confesión hizo una pausa, como vacilando, pero vio que el rey asentía y eso disipó sus dudas. Era una hembra fuerte, muy preparada para combatir en la guerra contra los restrictores, y no solo eso, sino capaz de convertirse en un refuerzo crucial para los Hermanos. Pero por su expresión, los Hermanos parecían pensar otra cosa. Su confesión del gusto por la lucha les había dejado extrañados.

No importaba. Tenía que seguir.

—Detrás de mí llegó un grupo de machos de espaldas fuertes, bien armados; de hecho, un auténtico escuadrón de soldados. El líder era muy alto, con ojos negros y pelo negro y... —Payne se llevó la mano a la boca— un defecto en el labio superior.

En ese punto se oyeron varias maldiciones y la Elegida se reprochó no haber usado con más frecuencia los cuencos de cristal del Otro Lado antes de partir, pues era evidente que el macho que acababa de describir no era desconocido para los Hermanos, como también era obvio que no les gustaba ni un pelo.

—Ese soldado me capturó. —Todos se removieron, inquietos, y se oyeron dos gruñidos nítidos: de su hermano y de Manello. Y mientras acariciaba al segundo, Payne miró a su hermano—. Ese guerrero creía equivocadamente que yo le había ocasionado una gran calamidad a su linaje. Creía ser hijo del Sanguinario y fue testigo de la noche en que yo causé la muerte a nuestro padre. Lo cierto es que me ha estado buscado durante siglos para vengarse.

Llegada a este punto, la Elegida se detuvo, al darse cuenta de que acababa de admitir que había cometido parricidio. Sin embargo, nadie parecía haberse inmutado; lo cual decía mucho de la clase de machos y hembras que tenía frente a ella, y también de lo poco popular que había sido su padre entre los vampiros. Nadie consideraba que la muerte de aquel bastardo pudiera tener consecuencias.

La vampira siguió con su relato.

—Enseguida saqué al soldado del error en que se encontraba y que le había hecho actuar equivocadamente tanto tiempo. —Convencida de que la marca de la cara ya habría desaparecido, no contó que el soldado la abofeteó. No creía que nadie debiera conocer ese detalle y que divulgarlo tuviese alguna utilidad—. Y al final me creyó. No me hizo daño, de hecho, me protegió de sus soldados y me dio su cama.

Manello enseñó los dientes como si tuviera colmillos. Encantada con aquel ataque de celos, la vampira se excitó.

—Solo la cama, sin él, por supuesto. Fue caballeroso. Dormí sola y el soldado mantuvo a todos sus subordinados en el piso de arriba, con él. —Más caricias para Manello, al menos hasta que Payne se dio cuenta de que el cirujano estaba

completamente excitado, como cualquier macho que se siente impulsado por la necesidad de marcar a su hembra. Y eso era muy erótico. Si seguía poniéndose más y más cachonda no podría terminar de contar lo ocurrido—. En fin, me vendó los ojos y luego me llevó a una colina con una magnífica vista de la ciudad. Y después me dejó ir. Eso fue todo.

Wrath fue el primero que habló.

—De todas formas, te retuvo contra tu voluntad.

—Porque creía que tenía un motivo. Pensaba que yo había matado a su padre. Tan pronto como se enteró de la verdad, se dispuso a liberarme, pero era de día, así que yo no podía ir a ninguna parte. Os quería llamar, pero había perdido mi teléfono y no parecía que ellos tuvieran uno a mano, pues no vi ningún adminículo de esas características. De hecho, me pareció que viven a la antigua, en comunidad y modestamente, en una habitación subterránea que iluminan con velas.

Vishous sintió una curiosidad que probablemente movía la sed de venganza.

—¿Alguna idea de dónde está el lugar en que viven?

—No tengo ni idea. Estaba inconsciente cuando ellos me llevaron a su refugio. Yo había recibido un disparo de un restrictor...

Hubo conmoción general, y conmoción particular del hermano y el amante.

—¿Qué demonios dices?

—Que recibiste ¿qué?

—Un disparo...

—¿Te dispararon con un arma?

—¿Estás... herida?

Vaya, vaya, tenía que haberlo contado con más suavidad. Qué bruta era a veces.

Como todos los Hermanos comenzaron a hablar al tiempo, Manello la levantó en sus brazos. Desde luego, el cirujano no tenía cara de buenos amigos.

—Se acabó. No más charla. Te voy a hacer un reconocimiento ahora mismo.

—Miró a su futuro cuñado, el cabrón de la perilla—. ¿Adónde puedo llevarla?

—Arriba. A mano derecha. La tercera puerta es una habitación para huéspedes. Haré que os lleven comida y avisame si necesitas algo de la clínica.

—Entendido.

Y con esas palabras, el macho humano, o medio humano, vaya usted a saber, comenzó a subir las escaleras con ella en brazos. La Elegida iba un poco molesta, pues se encontraba perfectamente y no había derecho a que a una guerrera la trataran como si fuese una muñequita de porcelana. Aunque lo hiciera su amado. En fin, menos mal que había terminado de contar su aventura.

Al menos, todos estaban ya al tanto de todo, y el furioso enamorado no la iba a dejar explicarse mucho más.

Si lo hacía podía causarle un verdadero ataque de rabia.

Tal y como estaban las cosas, el soldado del labio deforme debería preocuparse si alguna vez se cruzaba en el camino de Manello. Le miró, enamorada, le besó y le habló en susurros.

—Estoy tan feliz de verte. No pude pensar en otra cosa que en ti mientras estuve...

Manello cerró los ojos por un momento, como si le doliera algo.

—¿De verdad no te hicieron daño?

—No. —Y ahí fue cuando Payne entendió qué era lo que le preocupaba a Manello. Así que le puso una mano en la cara y agregó—. No me tocó. Ninguno lo hizo.

El estremecimiento que recorrió el cuerpo de Manello fue tan fuerte que tropezó y a punto estuvieron de caer al suelo. Pero se recuperó rápidamente y siguió caminando con la chupasangre luminosa en brazos.



Mientras veía al humano llevar a su hermana escaleras arriba, Vishous se dijo que tenía ante sus ojos el futuro. No había duda de que los enamorados encontrarían una solución para sus problemas. Joder, el cirujano de gusto musical bastante dudoso se convertiría en parte fundamental de la vida de Payne. Y de la suya... para siempre.

Sus pensamientos se fueron doce meses atrás y la cinta se detuvo en el momento en que había ido a la oficina del cirujano para borrarle los recuerdos de su propia estancia en el St. Francis.

Hermano.

Vishous había oído en su cabeza la palabra *hermano*.

En ese momento no tenía ni puta idea de lo que significaba, porque, vamos, ¿quién se podía imaginar que algo así podía pasar? ¿Cómo prever que se convertiría en su hermano político?

Y sin embargo lo inimaginable había sucedido, y una vez más la realidad había vuelto a confirmar una de sus visiones.

Aunque, para ser realmente precisos, la palabra aquella debería haber sido *cuñado*.

En ese momento miró de reojo a Butch. Su mejor amigo también estaba mirando fijamente al cirujano.

Mierda, V supuso que, pensándolo bien, *hermano* realmente encajaba. Hermano del amigo que era para él como un hermano. Lo cual era bueno, pues Manello, pese a lo mucho que lo había detestado, era la clase de tío con el que no estaba mal relacionarse.

Como si le hubiese leído la mente, Wrath hizo un repentino anuncio.

—El cirujano se puede quedar. Todo el tiempo que desee. Y puede tener

contacto con cualquier familia humana que tenga... si lo desea. Como pariente mío, es bienvenido en mi casa sin restricciones.

Se oyó un murmullo de general acuerdo. Como siempre, en la Hermandad era imposible guardar un secreto por mucho tiempo, así que todo el mundo estaba ya al tanto de la relación Manello-Butch-Wrath. Todos habían visto la fotografía. En especial V, que había hecho un poco más que mirar el retrato. El nombre de Robert Bluff resultó ser ficticio, claro. En cualquier caso, el padre del cirujano tenía que ser mestizo, porque de otra manera no podría haber trabajado en ningún hospital durante las horas del día. La pregunta era si sabía, y en caso afirmativo cuánto, de la parte vampírica de su naturaleza. Y también si seguía vivo, claro.

Cuando Jane apoyó la cabeza sobre su corazón, V la envolvió en sus brazos. Y luego miró a Wrath.

—Era Xcor, ¿verdad?

—Sí —dijo el rey—. Avistamiento confirmado. Y creo que no será la última vez que tengamos noticias de él. Esto solo es el comienzo.

Muy cierto, pensó V. La llegada de esa pandilla de bastardos no era buena noticia para nadie... pero en especial para Wrath.

El rey, no obstante, se mantenía sereno, pendiente de sus deberes.

—Señoras y señores, la Primera Comida se está enfriando.

Fue la señal para que todo el mundo regresara al comedor y la emprendieran con los platos que habían quedado huérfanos al producirse aquel enorme revuelo.

Con Payne a salvo y en casa, el apetito sustituyó a la angustia en el ánimo de la concurrencia. Aunque en el de V también tenía su importancia la obsesión por no pensar en lo que seguramente ya estaban haciendo el cirujano y su hermana gemela con la excusa del reconocimiento médico.

Mientras dejaba escapar un gruñido ronco, Jane apretó el brazo de su atormentado macho.

—¿Estás bien?

V bajó la mirada hacia su shellan.

—No creo que mi hermana esté aún preparada para el sexo.

—Santo Dios, cariño, tiene los mismos siglos que tú.

V frunció el ceño. Sí, claro, eran gemelos. De todas formas, seguro que vino al mundo él en primer lugar.

Solo había un lugar para informarse sobre quién nació primero. Pero, claro, no era un sitio que le agradase visitar. Apenas había pensado en su madre durante toda aquella crisis, y lo poco que la evocó no fue precisamente para alabarla. Y ahora que lo hacía... Tonterías. ¿Qué se proponía? ¿Ir al Otro Lado y anunciar alegremente que Payne estaba de puta madre?

Jamás. Si la Virgen Escribana quería conocer los pasos de sus «hijos», que mirara en esos ridículos cuencos de cristal que tanto le gustaban. O que viniera a

visitarlos, como haría una madre de verdad.

V se dijo que estaba haciendo el ridículo con sus ideas sobre su madre y la edad de su hermana, y besó a su shellan.

—No me importa lo que diga el calendario ni quién naciera primero. Ella es mi hermanita y para mí nunca va a tener edad suficiente para... « eso» .

Jane se rió y se pegó más a su pareja.

—Eres un macho muy dulce.

—Qué va.

—Sí, tonto, sí.

Después de conducirla hacia la mesa del comedor, V le retiró el asiento con galantería y luego se sentó a la izquierda de ella, de manera que quedara al lado de la mano con la que empuñaba la daga.

Mientras la conversación general tomaba vuelo, y todos se ocupaban de su comida, y su Jane se reía de algo que Rhage decía, Vishous miró a Butch y a Marissa, que sonreían cogidos de la mano.

Joder, pensó, la vida era maravillosa en ese momento.

Verdaderamente lo era.

CAPÍTULO

56



En el segundo piso, Manny cerró la puerta con el pie y luego llevó a Payne hasta una cama del tamaño de un campo de fútbol.

No había razón para echar el cerrojo. Solo un idiota querría interrumpirlos.

El resplandor que entraba por las ventanas, que ya no estaban cubiertas con las persianas, le permitía ver suficientemente bien. Y desde luego lo que tenía frente a sus ojos le gustaba: su mujer, a salvo y en perfectas condiciones, acostada sobre... Bueno, claro, esa no era su cama, pero Manny estaba dispuesto a apropiarse de ella antes de que amaneciera.

Al sentarse junto a la Elegida, Manny trató de ocultar discretamente la inmensa erección que tenía desde que la vio entrar por la puerta principal de la mansión. Y aunque tenían muchas cosas de las que hablar, lo único que podía hacer era mirarla fijamente.

Pero en ese momento afloró el médico que llevaba dentro.

—Entonces, ¿te hirieron?

Las adorables manos de Payne empezaron a subirse la túnica y cuanto más subía ésta, más bajaban los párpados de Manny.

—Creo que vas a ver que ya estoy bien. No fue más que un rasguño aquí arriba.

El rejuvenecido y excitado cirujano cuarentón tragó saliva. Mierda... la pierna estaba francamente bien, en efecto. La piel de la parte superior del muslo era mejor que la porcelana.

La vampira sacó a relucir su voz más seductora.

—Sin embargo, tal vez sea mejor que me examines más de cerca.

Manny entreabrió los labios y sintió que su corazón se comprimía.

—¿Estás segura de que estás bien? ¿De verdad que no te hicieron daño?

Todavía le duraba el susto de hacía un rato.

Payne se sentó y lo miró directamente a los ojos.

—Lo que siempre ha estado reservado para ti sigue estando a tu disposición.

Manny cerró los ojos por un momento. Tampoco quería que su amada se llevara una impresión errada.

—No es que me importara que no fueses... Me refiero a que no es un asunto de moral... —Qué vida esta, no parecía poder articular palabra esa noche—. Sencillamente, no soporto la idea de que te hagan daño.

La sonrisa que le dedicó la Elegida le hizo agradecer encontrarse sentado, porque si hubiese estado de pie se habría desplomado allí mismo.

—Siento lo de anoche. Cometí un error...

Payne le puso la mano en la boca.

—Ahora estamos donde estamos, y eso es lo único que me importa.

—Y hay algo que tengo que decirte.

—¿Me vas a abandonar?

—Nunca.

—Bien, entonces quiero que primero estemos juntos y luego hablaremos. — En ese momento, Payne se estiró un poco y reemplazó la mano por la boca, dándole un beso largo y apasionado—. Mmmmm... sí, esto es mucho mejor que hablar, en mi opinión.

—¿Estás segura de que quieres...? —Eso fue lo único que Manny alcanzó a decir, antes de que la lengua de Payne lo hiciera perder el hilo de las palabras, los pensamientos y la realidad entera.

Mientras gruñía, el médico se echó sobre la mujer apoyándose en los brazos, clavó los ojos en los de Payne, y fue bajando lentamente su cuerpo sobre el de ella, de modo que el último contacto fue el del pene erecto contra la entrepierna de la vampira.

—Si te beso ahora, no habrá marcha atrás. —Más que hablar, susurraba por el deseo, y desde luego hablaba en serio. Se sentía impulsado por una fuerza distinta; aquello no tenía que ver con el sexo, aunque el miembro se uniera, como siempre, a la fiesta.

Tenía una extraña certeza: acabando con la virginidad de la Elegida, la

marcaría de una manera que él no entendía, pero tampoco cuestionaba.

Payne tenía ideas muy claras.

—Te deseo, sanador. Llevo siglos esperando lo que solo tú puedes darme.

El cirujano pensó que aquella maravillosa criatura era suya.

Antes de besarla de nuevo, se inclinó hacia un lado y le soltó la trenza. Al esparcir aquellas bellas ondas de pelo negro sobre la cama, las acarició, extasiado.

Luego apretó las caderas contra el vientre de su amada, presionando y soltando, una y otra vez. Mientras lo hacía, su mano se deslizaba hasta los senos y acariciaba la tela suave de la túnica.

Lo del humano no era excitación, sino algo que iba mucho más allá del simple deseo sexual.

—Quiero estar desnuda ante ti. Desnúdame, Manello.

La túnica, pues, estaba condenada. Apoyándose en los brazos, Manello se levantó, agarró las dos solapas de la prenda y la abrió a lo largo, rasgando la tela por la parte frontal hasta dejar al descubierto unos senos que sus ojos ardientes devoraron. En respuesta, la hembra arqueó el cuerpo, ofreciéndose, y gimió.

Enseguida el cirujano cayó con su boca sobre los pezones que se endurecían al contacto con el aire frío, y bajó las manos para acariciarle la entrepierna. Mientras la besaba y la acariciaba con cuidado, la fue llevando al orgasmo.

Payne alcanzó un climax rápido y brutal, sublime, que la hizo llorar. Manny lamio las lágrimas con delicadeza erótica.

El hombre quería darle más placer antes de correrse él mismo, deseaba hacerlo con toda el alma, pero su cuerpo ya no podía esperar. Así que se llevó las manos temblorosas a los pantalones, se desabrochó el cinturón, bajó la cremallera y liberó el miembro.

La Elegida estaba lista para copular, húmeda y de nuevo excitada, y ansiosa por recibirlo, a juzgar por la forma en que sus piernas se refregaban contra las de Manny.

El médico susurró, boca contra boca.

—Lo haré lentamente.

—Contigo no tengo miedo del dolor.

Al parecer, en este terreno las vampiras eran físicamente iguales que las mujeres humanas. Lo que significaba que la primera vez no iba a ser fácil.

Ni para ella ni para él.

—Tranquilo, sanador. No te preocupes. Tómame.

Manny acercó el miembro a la esplendorosa vagina y con la simple aproximación estuvo a punto de correrse. Aquel calor, aquella lubricación...

Payne se movió tan rápido que Manny no habría podido detenerla si hubiese querido hacerlo. Bajó las manos, las hundió en el trasero de Manny, clavándole las uñas en la piel, y luego...

Lo embistió con las caderas al mismo tiempo que lo atraía hacia ella con las manos, de modo que el miembro de Manny entró hasta el fondo, penetrándola completa e irrevocablemente. Mientras él maldecía, ella se puso rígida y gimió.

El médico, temiendo haberle hecho daño, se dijo que aquello era muy injusto, porque él disfrutaba como nunca.

Se quedó quieto, dentro de ella. No se iba a mover hasta que ella se recuperara de la primera invasión de su intimidad.

Y de pronto tuvo una idea.

El hombre pasó una mano por detrás del cuello de Payne, para acercar los labios de ella a su cuello y le hizo una petición cargada de sexualidad atávica.

—Tómame.

Payne respondió con un gemido, no de dolor sino de placer, que hizo que Manny eyaculara dentro de ella; era demasiado sensual para que pudiera contenerse. Y mientras su semilla la llenaba, la Elegida le clavó los colmillos.

El sexo se adueñó definitivamente de todo y se volvió salvaje. Ella se movía contra él, apretándolo con la vagina, extrayéndole una y otra vez el semen en eyaculaciones interminables, asombrosas...

Mientras Payne bebía la sangre del amado y se llenaba con su esperma, los cuerpos entraron en un duelo embriagador y frenético cuyas consecuencias Manny sabía que iban a acusar por la mañana.

No había nada de civilizado en su primer encuentro pleno, eran un macho y una hembra llevados a su estado primigenio.

Lo mejor que Manello había experimentado en la vida.

CAPÍTULO

57



Thomas Del Vecchio sabía exactamente adónde iba a ir su asesino esa noche. No tenía dudas al respecto. Aunque el detective De la Cruz estaba en la comisaría, trabajando con los otros agentes y detectives en distintas teorías y pistas, todas las cuales parecían muy verosímiles, Veck sabía exactamente adónde ir. Y a medida que se aproximaba al aparcamiento del motel Monroe, con las luces apagadas y el motor al ralenti, pensó que probablemente sería buena idea llamar a De la Cruz y decirle dónde estaba.

Sin embargo, al final dejó el teléfono en el bolsillo.

Después de detener la moto entre los árboles que había a la derecha del estacionamiento, bajó el soporte con el pie, se apeó y colgó el casco en el manillar. Llevaba el arma en una funda debajo de la axila.

Se prometió usarla solo en caso de extrema necesidad. Y se creyó su propia mentira.

No obstante, la terrible verdad era que se sentía impulsado por algo que había estado dormido durante largo tiempo. De la Cruz tenía razón al albergar algunas dudas sobre él como compañero y cuestionar dónde terminaban los pecados del

padre y comenzaban los del hijo.

Porque Veck era un pecador. Y se había hecho policía, precisamente, para tratar de librarse de ese peso.

Más le hubiera valido someterse a un exorcismo. Porque a veces se sentía como si tuviera un demonio dentro.

Sin embargo, que nadie se equivoque, no había ido allí para matar a nadie. Trataba de atrapar a un asesino, antes de que el desgraciado atacara a otra víctima.

De verdad.

Al acercarse al motel, Veck se mantuvo entre las sombras de los árboles y concentró su atención en la habitación donde habían encontrado a la última chica. Todo estaba tal y como lo había dejado la policía: todavía había una cinta rodeando la puerta y el trozo de pasillo que estaba enfrente; también permanecía sobre la puerta el aviso de que se trataba de un área oficialmente precintada. No se veían luces dentro de la habitación, ni fuera.

Nadie alrededor.

Después de instalarse detrás de un seto espeso, se bajó sobre la frente el gorro de lana negra que hacía juego con un suéter de cuello alto y los guantes que llevaba en las manos.

Tenía tal capacidad para quedarse completamente quieto que eso, unido a la ropa oscura, hacía que prácticamente desapareciera de la vista. También era muy capaz de canalizar su energía hacia una calma penetrante que ahorra recursos al tiempo que lo mantenía más que alerta.

Su presa se iba a presentar. Ese desquiciado asesino había perdido todos sus trofeos: su colección estaba ahora en manos de las autoridades y los de la científica estaban haciendo un esfuerzo gigantesco para relacionarlo con múltiples asesinatos sin resolver cometidos en varias partes del país. Pero el desgraciado no iba a ir allí con la esperanza de recuperar nada. El regreso tendría que ver con la necesidad de visitar el lugar donde perpetró la última atrocidad. Puro impulso perverso.

¿Un error? Desde luego, pero, claro, ese es el inconveniente de los maníacos. Sin duda, en ese momento el asesino no estaba pensando con claridad. Y Veck tendría que mantener la calma durante las próximas horas, o quizás las próximas noches, hasta que apareciera.

Mientras el tiempo pasaba y pasaba y él esperaba y esperaba, Veck adoptó la actitud paciente de cualquier buen cazador. Un depredador con infinita paciencia para acechar, con frialdad de sobra para acabar con una vida humana.

El crujido de una rama atrajo su atención hacia la derecha, aunque no movió la cabeza. Miró de reojo. No hizo ningún movimiento ni cambió el ritmo de su respiración.

Allí estaba. Un hombre sorprendentemente delgado, que se abría paso con

cuidado a través de los arbustos. La expresión de la cara del tipo era casi religiosa al acercarse a la fachada lateral del motel, pero eso no era lo único que lo identificaba como el asesino. Su ropa estaba cubierta de manchas de sangre seca. También los zapatos. Iba cojeando, como si tuviera la pierna herida, y en la cara parecía tener arañazos.

Te tengo, pensó Veck.

Y ahora que observaba al asesino, la mano bajó hasta las caderas y se dirigió a la parte de atrás. Hacia el cuchillo.

Aunque se dijo a sí mismo que debía dejar el cuchillo donde estaba y sacar mejor las esposas, la mano no hizo el menor caso. Siempre se había sentido como dividido, dos personas dentro de la misma piel, y en momentos como este se sentía como si el que se movía fuera el otro, y él un simple espectador privilegiado.

Veck comenzó a acercarse al hombre, siguiéndolo en silencio, como una sombra, acortando la distancia, hasta que llegó a escasos metros del desgraciado. El cuchillo ya estaba contra la palma de su mano y, aunque realmente no lo quería tener allí, sentía que ya era demasiado tarde para volverlo a guardar. Demasiado tarde para cambiar de rumbo. Demasiado tarde para oír la voz que le decía que eso era un crimen que lo llevaría a la cárcel. La otra parte de él había tomado el control y él estaba perdido, a punto de cometer un delito...

El tercer hombre apareció de la nada.

Un fulano gigantesco, vestido de cuero de pies a cabeza, que saltó delante del asesino y le cortó el paso. Y cuando David Kroner trató de retroceder, se escuchó un siseo que taladró el aire.

Dios, no parecía un sonido humano. Pero, joder, ¿qué estaba viendo? ¿Eso eran... colmillos?

¿Qué demonios ocurría? ¿Alucinaba?

El ataque fue tan brutal que con el primer zarpazo al cuello del asesino en serie, el gigante de los colmillos casi le arrancó la cabeza. La sangre brotaba a borbotones, salpicándolo todo en los alrededores, incluidos los pantalones, el suéter y el gorro de Veck.

Y no parecía haber ningún cuchillo, ningún arma blanca involucrada en el ataque.

Dientes. El misterioso desgraciado estaba destrozando al asesino con los dientes.

Veck trató de retroceder, pero se estrelló contra un árbol y, debido al impacto, rodó por el suelo hasta un lugar donde no debía estar. Y debería haber corrido hasta su moto, o sencillamente salir huyendo, pero estaba completamente paralizado por la fascinante demostración de violencia y el escalofriante convencimiento de que lo que estaba viendo no era de ninguna manera humano.

Cuando todo terminó, el monstruo arrojó al suelo los restos ensangrentados

del asesino en serie... y miró a Veck, que soltó una exclamación.

—¡Joder!

La cara era de estructura ósea muy similar a la humana, pero los colmillos no tenían nada que ver con un rostro humano, ni tampoco el tamaño del hombre ni la mirada aterradora. ¡Dios, cómo le escurría la sangre por la barbilla!

El monstruo habló con un acento profundo, pesado.

—Mírame a los ojos.

Se oyó una especie de chapoteo que venía de lo que quedaba del asesino en serie. Pero Veck no desvió la mirada. Estaba paralizado por un asombroso par de ojos... muy azules... que brillaban...

—Mierda. —Un súbito dolor de cabeza interrumpía todo lo que veía u oía. Luego se puso en posición fetal, encogido por el dolor y se quedó allí en el suelo.

Parpadeo.

¿Por qué estaba en el suelo?

Parpadeo.

Notaba olor a sangre. Pero ¿por qué?

Parpadeo. Parpadeo.

Con un gruñido, Veck levantó la cabeza y...

—¡Mierda!

Entonces se puso de pie de un salto y miró el caos que había ante sus ojos.

—¡Santo Dios! —Lo había hecho. Finalmente había matado a alguien...

Solo que luego bajó la vista hacia el cuchillo que tenía en la mano. No estaba manchado de sangre. La hoja estaba limpia. Igual que sus manos. Solo tenía salpicaduras de sangre en la ropa.

Al mirar a su alrededor, Veck no tenía idea de lo que había ocurrido. Recordaba haber viajado hasta el motel... y aparcado la moto... También recordaba haber perseguido sigilosamente al tipo que ahora estaba agonizando en el suelo.

Si era completamente honesto consigo mismo, debía reconocer que había tenido intención de matarlo. Todo el tiempo. Pero, según lo que mostraban las pruebas, no había sido él.

El problema era que lo único que tenía en la cabeza era un agujero negro.

Un gemido del asesino en serie atrajo su atención hacia la derecha. El hombre trataba de arrastrarse hacia él, pidiendo ayuda en silencio, mientras se desangraba en el suelo. ¿Cómo era posible que todavía estuviera vivo?

Con manos temblorosas, Veck sacó el teléfono y marcó el número de emergencias.

—Sí, habla el detective Del Vecchio, del departamento de homicidios. Necesito una ambulancia en el motel Monroe, ya mismo. Es muy urgente.

Después de pedir la ambulancia y hacer el informe reglamentario, el bipolar se quitó la chaqueta, la enrolló y se arrodilló junto al hombre. Hizo presión con la

prenda encima de las heridas que tenía en el cuello. Y rezó para que el maldito desgraciado sobreviviera.

Y luego se preguntó si eso sería bueno o malo. Y trató de que se lo aclarase el moribundo.

—Yo no te he matado. ¿O sí?

Dios... ¿qué demonios había ocurrido allí?

CAPÍTULO

58



—Vino a verte.

Blaylock se encontraba sobre la cama mirando a Saxton, hijo de Thyme, y pensando que, desde esa perspectiva, podía ver el mejor lado de su amante. Que no era el trasero, no. El macho se estaba afeitando frente al espejo del baño y su perfil perfecto quedaba bañado por la suave luz que proyectaba la lámpara del techo.

Desde luego, era un macho hermoso.

En muchos sentidos, ese amante que se había buscado era todo lo que podía desear.

—¿Quién?

Blaylock hizo la pregunta con voz suave. Y el silencio fue la mejor respuesta.

—Ah, ya. —Para evitar hablar más al respecto, Blay bajó la vista hacia la colcha que tenía encima y lo cubría hasta el pecho. Por debajo de ella, estaba desnudo. Tal como lo había estado Saxton hasta que se puso la bata.

Saxton insistió en la cuestión de la visita.

—Quería saber si estabas bien.

Como ya había usado un *ah* como respuesta, Blay usó otro recurso convencional.

—¿De veras?

—Estaba allá afuera, en la terraza. No quería entrar para no molestarlos.

Curioso, cuando había estado a punto de desmayarse después de que la doctora Jane le suturara la herida en el estómago, Blay se preguntó vagamente qué habría estado haciendo Saxton allí afuera. Pero en ese momento padecía tantos dolores que no podía pensar con mucha claridad.

Ahora, sin embargo, sí pensaba. Y sentía, y le asaltó una oleada de emoción.

Gracias a la Virgen Escribana, hacía mucho tiempo que no experimentaba esa sensación tan conocida; aunque el paso del tiempo no había disminuido la intensidad de la sensación. Tuvo un deseo afanoso de preguntar qué había dicho. Pero no podía hacer esa pregunta. En primer lugar, sería una falta de respeto para Saxton. Y, en segundo lugar, sería inútil.

Menos mal que tenía muchas razones para mantener la boca cerrada: lo único que tenía que hacer era pensar en Qhuinn llegando a casa hacía poco más de una semana, con el pelo desordenado, oliendo a colonia masculina y con unos andares que hablaban a las claras de la satisfacción que acababa de obtener en la calle.

La idea de haberse lanzado a los brazos de Qhuinn no solo una vez, sino dos, y haber sido rechazado, le torturaba indeciblemente.

—¿No quieres saber lo que dijo?

Blay cerró los ojos y se preguntó si alguna vez podría escapar a la realidad de que Qhuinn estaba dispuesto a follar con cualquiera, excepto con él.

Movió la cabeza negativamente. Saxton se quedó asombrado.

—¿De verdad que no?

Al sentir que la cama se movía, Blay abrió los ojos. Saxton había terminado de afeitarse y se había sentado en el borde.

—¿Seguro que no?

Blay habló por fin.

—¿Puedo preguntarte algo? Y no es momento para que aparezca tu encantadora personalidad sarcástica.

Al instante, la atractiva cara de Saxton se puso seria.

—Pregunta.

Blay alisó la colcha sobre su pecho. Un par de veces.

—¿Yo te hago feliz?

Con el rabillo del ojo, Blay vio que Saxton se moría de vergüenza.

—¿Te refieres a si me haces feliz en la cama?

Blay apretó los labios y asintió con la cabeza, y aunque pensó que tal vez podría explicarse un poco más, resultó que era imposible, porque tenía la boca seca.

—¿Por qué me preguntas eso?

Blay sacudió la cabeza.

—No lo sé.

Saxton dobló la toalla y la puso a un lado. Luego estiró un brazo por encima de las caderas de Blay y se inclinó hacia delante, hasta que quedaron frente a frente.

—Sí. —Al decir eso, puso la boca sobre el cuello de Blay y lo besó—. Claro que me haces feliz. Siempre.

Blay pasó la mano por la nuca de su amante y acarició el pelo rizado.

—Gracias a Dios.

La sensación de familiaridad que le inspiraba el cuerpo que estaba sobre él era muy placentera. Siempre le hacía sentirse bien, porque en su vida había tenido una experiencia igual. Blay conocía cada curva y cada arista del pecho, las caderas y los muslos de Saxton. Sabía dónde acariciar, dónde apretar y qué lugares morder; sabía cómo abrazarlo y cómo moverse y arquearse para que el sexo de Saxton se endureciera.

Así que probablemente no tenía que haber preguntado semejante tontería.

Quinn, sin embargo... cualquier cosa que tuviera que ver con ese macho le hacía sentirse herido, en carne viva. Y a pesar de todas las vendas que había aprendido a ponerse exteriormente, la herida seguía tan abierta y tan profunda como en el momento en que se la habían hecho. Una llaga abierta cuando se dio clara cuenta de que el macho al que deseaba por encima de todos los demás nunca, jamás iba a estar con él.

Saxton se echó hacia atrás.

—Quinn no es capaz de asumir lo que siente por ti.

Blay se rió con amargura.

—No hablemos de él, ¿quieres?

—¿Por qué no? —Saxton le acercó la mano a la cara y le rozó el labio inferior con el pulgar—. Él está aquí con nosotros, hablemos de él o no.

Blay pensó en decir alguna mentira, soltar alguna evasiva, pero finalmente se rindió.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes; soy muy consciente de cómo es nuestra relación y qué papel desempeño en ella. —Saxton metió por debajo de la colcha la mano que tenía libre—. Y sé lo que quiero.

Blay gruñó cuando la palma de la mano acarició lo que inmediatamente se convirtió en un órgano duro, caliente y palpitante. Y mientras alzaba las caderas y se preparaba para Saxton, miró a los ojos de su amante y abrió la boca para chuparle el pulgar.

Al fin y al cabo era mucho mejor que subirse a la peligrosa la montaña rusa que suponía pensar en Quinn. La relación sexual con Saxton era algo que

conocía bien y que le gustaba. Un terreno en el que Blay estaba a salvo. No saldría herido de allí.

Porque con Saxton había establecido una profunda conexión sexual.

Su amante lo miraba con pasión y solemnidad cuando soltó lo que había encontrado, retiró la colcha que cubría el cuerpo de Blay y deshizo el nudo del cinturón de su propia bata.

Blay pensó que era lo mejor...

Al sentir que los labios de su amante se posaban sobre su clavícula y luego comenzaban a bajar, cerró los ojos; pero cuando se entregó a las sensaciones eróticas y se perdió en ellas, el rostro que vio no fue el de Saxton. Se sentó sobresaltado y empujó a Saxton.

—Espera, un momento...

—De acuerdo, está bien. —Saxton tenía la voz triste—. Lo comprendo perfectamente.

Blay sintió que el corazón se le partía. Pero Saxton se recuperó, negó con la cabeza y volvió a poner los labios sobre el pecho del amante.

Nunca habían hablado de amor y por eso mismo sabía que nunca iban a hacerlo, porque Saxton tenía realmente muy claras las cosas. Blay todavía estaba enamorado de Qhuinn... y probablemente siempre lo estaría.

Blay, inquieto, lo miró a los ojos.

—¿Por qué?

—Porque deseo tenerte durante todo el tiempo que pueda.

—No voy a ir a ningún lado.

Saxton se limitó a sacudir otra vez la cabeza sobre los sólidos músculos abdominales que estaba mordisqueando en ese momento.

—Deja de pensar, Blay lock. Limitate a sentir.

Blay, de todas formas excitado, ronroneó y decidió seguir el consejo, porque era la única manera de sobrevivir.

Algo le decía que solo era cuestión de tiempo que Qhuinn anunciara que Layla y él se iban a aparear.

Ignoraba por qué estaba tan seguro, pero lo estaba. Los dos habían estado viéndose desde hacía días y la Elegida había vuelto a la mansión justo el día anterior; Blay había percibido su aroma y había sentido la presencia de su sangre en la puerta de al lado.

Y aunque esta convicción podría ser solo un síntoma de despecho amoroso, por alguna misteriosa razón pensaba que se trataba de mucho más que eso. Era como si la bruma que normalmente rodea los días, meses y años que están por venir se hubiese vuelto increíblemente fina y las sombras del destino se estuviesen revelando ante sus ojos.

Solo era cuestión de tiempo.

Y eso lo iba a matar. Tragó saliva y volvió al presente.

—Me alegra que estés aquí —gruñó Blay.

—A mí también. —El amante volvía a tener voz triste mientras se la chupaba

—. Yo también me alegro.

CAPÍTULO

59



Ala noche siguiente, Payne se paseaba por la planta baja de la mansión de la Hermandad. A través del vestíbulo, iba desde el comedor hasta la sala de billar, y luego otra vez de vuelta. Y otra vez. Y otra.

Su macho había salido de la casa a media tarde para «encargarse de unos asuntos». No había querido contarle de qué se trataba, pero ella había disfrutado mucho con la sonrisa ligeramente pícara que apareció en su cara cuando la arropó en la cama que habían usado tan intensamente durante la noche.

Luego el de la sonrisa pícara se había marchado.

Pero la vampira no pudo conciliar el sueño. En absoluto.

Era demasiado feliz, tenía demasiadas razones para sentirse dichosa.

Y sorprendida.

Al detenerse frente a las puertas de estilo francés que daban al patio, Payne pensó en la fotografía que su amante le había mostrado. Era obvio que Manello debía de estar emparentado con Butch, y por tanto, con el rey. Pero ni Manello ni ella estaban tan interesados en los detalles como para arriesgarse a una regresión. Estaba de acuerdo con él en eso. Se tenían el uno al otro y, considerando lo que

ya habían logrado superar, no había razón para arriesgarse a nuevas complicaciones. Ya estaba bien.

Además, esa información no cambiaría nada: el rey había abierto las puertas de la casa a su macho, incluso sin que hubiese una declaración formal de consanguinidad, y de todas formas Manello podría tener contacto con su madre humana. Además, se había decidido que trabajaría allí, con la doctora Jane, pero también con Havers. Después de todo, la raza necesitaba buenos médicos y Manello era excepcional.

¿Y qué pasaba con ella? También estaba contenta con lo decidido sobre ella. Iba a salir a combatir. Ni Manello ni su hermano estaban muy contentos con la idea de que se expusiera tanto, pero tampoco iban a detenerla. De hecho, después de hablar extensamente con Manello, el médico pareció aceptar que eso era parte de su personalidad. Su única condición era que dispusiera de las mejores armas. Vishous en persona se encargaría de que así fuera.

Qué vida: al final los dos machos habían acabado llevándose bien, muy bien. ¡Quién lo hubiera imaginado apenas unos días antes!

Payne se asomó por una siguiente ventana, ansiosa por ver algún movimiento, los faros de algún coche en medio de la oscuridad, algo.

¿Dónde estaba Manello?

Manello le había dicho que iba a hablar con Jane acerca de los cambios físicos que había experimentado; cambios que, teniendo en cuenta la forma en que Payne resplandecía cada vez que hacían el amor, seguramente iban a continuar produciéndose. Manello tenía la intención de controlar permanentemente su cuerpo para ver qué pasaba, y rezaría para que todo el efecto se limitara a mantenerlo en buen estado de salud y permanentemente joven.

Pero solo el tiempo lo diría.

Payne soltó una maldición, retrocedió, cruzó el vestíbulo... y entró en el comedor.

Por la tercera ventana de esa estancia, levantó la mirada hacia los cielos. No tenía ningún interés en ir a ver a su madre. Habría sido maravilloso compartir su amor con quienes la habían traído al mundo. Pero su padre estaba muerto y su madre... La Elegida no confiaba en que la Virgen Escribana no la volviera a encerrar: Manello era un mestizo y estaba muy lejos de tener la pureza de sangre que la maldita deidad había aprobado...

El par de puntitos luminosos que subían por la montaña en la cual se erguía el complejo aceleraron su corazón. Y luego oyó música celestial: un golpeteo que se colaba por los cristales.

Payne salió corriendo del comedor, cruzó el vestíbulo con suelo de mosaico en el que se veía un manzano en plena florescencia, y salió como un ciclón por la puerta principal.

Se detuvo al llegar a las escaleras.

Manello no había llegado solo. Detrás de su Porsche, venía un vehículo inmenso, un cacharro muy grande que tenía dos partes.

El cirujano se apeó de su coche y saludó.

—Aquí estoy.

Manello no dejó de sonreír mientras subía hacia donde estaba ella, la agarraba de las caderas y la apretaba contra su pecho.

—Te he echado de menos —murmuró contra la boca de Payne.

—Yo también. —Ahora ella también estaba sonriendo—. Pero ¿qué es lo que traes?

El viejo mayordomo se bajó del puesto del conductor del otro vehículo.

—Señor, ¿quiere que lo haga yo?

—Gracias, Fritz, yo me encargo a partir de ahora.

El mayordomo hizo una venia.

—Ha sido un placer servirle.

—Eres el mejor, amigo.

El doggen entró radiante en la casa.

Manny se volvió hacia ella.

—Quédate aquí.

Un golpe fuerte salió del interior del contenedor con ruedas que iba pegado al segundo vehículo. Payne frunció el ceño.

Después de besarla de nuevo, Manello se metió en el tráiler.

Puertas que se abren. Más golpes. Un chirrido y el sonido de algo que rueda, seguido de un golpeteo rítmico. Y luego...

El relincho le dijo lo que ella no se había atrevido a desear. Y la hermosa yegua de su macho bajó reculando por una rampa. Luego piafó y se acercó a ella.

Payne se tapó la boca con las manos, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. La yegua caminaba con elegancia y su piel brillaba con el reflejo de la luz que salía de la casa, totalmente recuperadas la energía y la vitalidad de purasangre.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —Payne apenas podía hablar por la emoción.

—Lo hombres humanos suelen dar a sus prometidas un regalo en señal de amor. —Manello dibujó una gran sonrisa—. Pensé que *Glory* era mejor que cualquier diamante que pudiera comprarte. Desde luego, significa más para mí, y ojalá también para ti.

Al ver que ella no respondía, Manello le tendió la correa de cuero que estaba amarrada a la brida de la yegua.

—Te la estoy regalando.

Glory soltó un tremendo relincho y comenzó a hacer cabriolas, como si

quisiera mostrar que estaba de acuerdo con el cambio de propiedad.

Payne se secó las lágrimas y se arrojó a los brazos de Manello, mientras lo besaba apasionadamente.

—No tengo palabras.

Y luego aceptó las riendas, al tiempo que Manello sacaba pecho con orgullo.

Payne respiró profundamente y, antes de que el cirujano se diera cuenta de que se estaba moviendo, saltó y se montó sobre *Glory*. Fue como si las dos llevaran años juntas.

El caballo no necesitó espuelas, no necesitó órdenes, ni siquiera caricias. No necesitó nada. *Glory* dio un salto hacia delante, clavando los cascos entre las piedrecillas del sendero y arrancó a galope tendido.

Payne metió la mano en las crines de la yegua y se acomodó perfectamente sobre el lomo, que se movía rítmicamente bajo sus piernas. Mientras el viento le golpeaba la cara, se rió de pura felicidad. Las dos se entregaron a una carrera llena de dicha y libertad.

Hacia la noche.

Con libertad para moverse.

Con el amor iluminándola.

Era mucho más que estar viva. Era vivir.



Mientras Manny permanecía de pie junto al camión y observaba a sus chicas corriendo juntas, se sentía absolutamente feliz. Las dos estaban hechas la una para la otra, las dos parecían cortadas el mismo patrón, y las dos estaban sanas y fuertes y galopaban en medio de la oscuridad a una velocidad que muchos coches tendrían dificultades para sostener.

Muy bien, ahora se ponía a llorar. Cojonudo. Pero tenía excusa, ¿no?

—Lo había visto antes.

—Por Dios Santo... —Manny se agarró el crucifijo y dio media vuelta—. ¿Siempre asustas así a la gente?

El hermano de Payne no contestó, tal vez porque no podía hacerlo. Los ojos del vampiro estaban fijos en su hermana y el caballo y parecía tan conmovido como el propio Manny.

—Lo vi y pensé que se trataba de un simple caballo. —Vishous sacudió la cabeza—. Pero luego la vi a ella sobre el lomo de un purasangre negro, con el pelo ondeando en la brisa. Y no imaginé que fuera una visión del futuro...

Manny dio la espalda a sus chicas, que ahora estaban dando la vuelta frente a la muralla para regresar a la casa.

Manny estaba tan feliz que se sentía proclive a contar sus sentimientos incluso al cabrón de la perilla.

—¡La amo tanto! Eso que ves allá es mi corazón. Es mi mujer.

—Bien dicho.

Una poderosa sensación de acuerdo parecía fluir entre ellos. Manny se sintió como en casa en muchos sentidos; pero tampoco quería pensar demasiado en eso, por temor a que no durara mucho.

Un momento después, miró de reojo al vampiro.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Adelante.

—¿Qué coño le hiciste a mi coche?

—¿Cómo? Ah, ¿te refieres a la música?

—¿Adónde ha ido a parar toda mi...?

—¿Tu basura? —Unos ojos de diamante se clavaron en los de Manny—. Ahora vas a vivir aquí, así que tienes que empezar a acostumbrarte a mi música.

Manny sacudió la cabeza.

—Es una broma, ¿verdad?

—¿Me estás diciendo que no te gustó?

—Bueeeeno... —Después de carraspear, Manny cedió—. Vale, de acuerdo, no es totalmente asquerosa.

La carcajada que resonó tenía un claro tono de triunfo.

—Lo sabía.

—¿Y qué música es, concretamente?

—¿Quieres nombres? —El vampiro sacó un cigarro y lo encendió—. Veamos... *Cinderella Man*, de Eminem, *I Am Not Human*, de Lil Wayne...

La lista siguió y siguió y Manny la escuchaba mientras volvía a clavar la mirada en su mujer y acariciaba el crucifijo de oro que llevaba al cuello.

Payne y él estaban juntos; ese tal Butch y él iban a la iglesia a medianoche, y Vishous no lo había destripado, y su única venganza sería torturarlo a todas horas con una buena cantidad de Black Veil Brides, Bullet for My Valentine y Avenged Sevenfold.

Sonrió.

¿Conclusión?

Se sentía como si le hubiese tocado la lotería, en cada uno de los cincuenta estados al mismo tiempo.

Así de afortunados eran todos.



J. R. WARD, seudónimo de JESSICA ROWLEY PELL BIRD, nació en 1969 en Massachusetts, EE.UU., es la hija de W. Gillette Bird, Jr. y Maxine F. Bird. Empezó a escribir cuando era niña, escribiendo sus pensamientos en sus viejos diarios, así como la invención de historias cortas. El verano antes de ir a la universidad, escribió su primer libro, una novela romántica. Después de eso, ella escribió con regularidad, pero para sí misma. Bird, asistió al Smith College donde se especializó en historia del arte, concentrándose en la época medieval. A continuación, se licenció en Derecho en la Escuela de Leyes de Albany y trabajó en la administración de la salud durante muchos años, incluyendo el Jefe de Estado Mayor en el Beth Israel Deaconess Medical Center en Boston, Massachusetts.

En 2001, Bird se casó con John Neville Blakemore III. Su nuevo esposo la animó a tratar de conseguir un agente en el mercado para sus manuscritos. Ella encontró a un agente, y en 2002 su primera novela, un romance contemporáneo llamado *Salto del Corazón*, fue publicada. Varios años después, Bird inventó un mundo poblado por vampiros y comenzó a escribir un solo título de las novelas de romance paranormal en el marco del seudónimo de J. R. Ward. Estas novelas son una serie, conocida como *la Hermandad de la Daga Negra*.

A Bird, le gusta escribir novelas de la serie que incorporan los personajes de sus libros anteriores. Compara el proceso de creación a una serie de « reuniones con amigos a través de otros amigos ». Sus héroes son a menudo los machos alfa, « el

más duro, el *cockier*, el más arrogante, el mejor» , mientras que las heroínas son inteligentes y fuertes.

Romance Writers of America, otorgó el *Premio Rita* al Mejor Corto Contemporáneo Romance en 2007 por su novela, *El primero*.

Notas

[1] El nombre Payne se pronuncia igual que la palabra *pain*, « dolor » en inglés.
(N. de la T) <<